





DGCL

A

T. 172023

C. 1223225



---

LOS POLÍTICOS EN CAMISA.

---

---

*A los personajes traidores, hipócritas y falaces es deber el odiarles. Todo parisiense debe á su paso arrojar una piedra á Perrinet Leclercq; todo español al conde D. Julian; todo cristiano á Judas y todo hombre á Satanás.*

Victor Hugo: Amores del hermoso Pecopin.

---

**DOS**

**POLÍTICOS EN CAMISA.**

**HISTORIA DE MUCHAS HISTORIAS.**

ESCRITA

**POR J. M. V. Y UN JESUITA,**

*confesor cesante de los farsantes de alto copete, que sabe todas sus marrullerías porque ellos se las han dicho en secreto de confesión, y él nos las ha revelado también en secreto, así como nosotros en secreto las confiamos á todo el público español, recomendándole el secreto,*

---

**MADRID:**

*Imprenta del SIGLO á cargo de Ivo Biosca, calle de las Veneras, número 6, cuarto principal.*

—  
1845.



REPUBLICAN LIBRARY OF LONDON

FOR THE YEAR 1891

1891



R. 137143

# AL EXCMO. SR. D. LUIS GONZALEZ BRABO,

TIPO DE DESINTERÉS Y MODELO DE CONSTANCIA.

Exhala mi pecho un ay,  
lleno de angustia y esplin,  
recordando el folletin  
del célebre *Guirigay*.

Desde entonces os alabo,  
desde entonces os admiro,  
y en vuestra ausencia suspiro,  
señor de Gonzalez Brabo.

Y es consecuencia precisa,  
siendo tan adicto á vos,  
que os ponga al frente de los....  
*Políticos en camisa.*

No es justo que yo desmembre  
de mi lista incalculable  
á un héroe del memorable  
movimiento de setiembre.

Alli combatísteis ciego  
las camarilleras tramas  
con proclamas.... no proclamas,  
con banderillas de fuego.

Por eso con tanta prisa,  
de vuestro renombre en pos,  
quiero dedicaros los....

*Políticos en camisa.*

Nunca en las córtés la vista  
separé de vuestro lado;  
y aunque el flojo diputado  
no era el fuerte periodista,

No juzgué tan mal, tan mal  
que no dijera sin saña:

«este ocupará en España  
la silla ministerial.»

Al ver al demonio en misa  
nadie estrañará por Dios  
veros al frente de los....

*Políticos en camisa.*

Sin pensar en un retruque  
fuísteis setembrista ardiente  
cuando era firme y reciente  
la estatua del Conde-Duque.

Mas llegando á calcular  
que la estatua con estruendo  
se iba cayendo..... cayendo...,  
sin poderlo remediar;

Ya la digísteis aprisa  
como á las gallinas ¡hos!

por eso os dedico los....

*Políticos en camisa.*

Quien recuerde una defensa  
del *Guirigay*, señor Brabo,  
no concibe como al cabo  
diérais por el pié á la prensa.

Todos lloran su desvio  
viendo á la España en un tris,  
menos yo, señor D. Luis,  
que de sus chanzas me rio.

Sí señor; y es tal mi risa,  
que me está ahogando la tos  
ahora que os dedico los....

*Políticos en camisa.*

—

El pueblo español se enfada  
de veros embajador:  
yo extraño tanto furor  
solo por una embajada.

Habeis dado bailes luego,  
y aunque aqui me sobresalto,  
yo lo pasaré por alto  
si hubo limpieza en el juego.

Pues si hubiese habido sisa....  
aqui para entre los dos,  
no os honraria con los....

*Políticos en camisa.*

—

VIII

Si amistosamente os riño,  
muy poderoso señor,  
no es esceso de rencor  
sino esceso de cariño.

Que aunque haya chisgaravis  
que sin tolerancia gruña,  
hemos de ser carne y uña  
¿No es verdad señor D. Luis?

Ni Abelardo y Eloisa  
se amaron jamas cual nos.

Por eso os dedico los.....

*Políticos en camisa.*

J. M. V.



---

## PRÓLOGO.

---

**B**ienaventurados los hombres de conciencia, porque ellos no tienen sátiras que temer ni remordimientos que les despedacen el corazón. Bienaventurados los buenos patriotas, los verdaderos patriotas, los desinteresados patriotas; porque ellos serán proclamados por el pueblo, incensariados por el pueblo, saludados por el pueblo, vitoreados por el pueblo, obedecidos por el pueblo y siempre amados por el pueblo. Desventurados los perjuros; porque ellos serán despreciados por el pueblo, silbados por el pueblo, maldecidos por el pueblo y severamente castigados por el pueblo. Desventurados los apóstatas; porque ellos pasarán muchas amarguras en la vida, y bajarán al sepulcro sin merecer el perdón de los partidos injuriados ni la compasión de los favorecidos. Una serenata final saludará sus

restos corrompidos, y esa serenata será una salva de carcajadas irónicas y amargas, graves y agudas, que ensordecen los oídos más bien templados, música infernal y desacorde que de generación en generación arrullará á los malvados en la eternidad, sin una pausa consoladora, sin olvido de lo pasado, porque hay pecados políticos que nunca tendrán amnistía.

«El que se crea sin mancha que arroje la primera piedra», ha dicho D. Joaquin María Lopez en su folleto, con lo cual quiere dar á entender el ex-tribuno del pueblo, que todos los españoles tenemos manchas. Si no temiéramos faltar á los principios de decoro y buena educación que hemos recibido, diríamos al señor Lopez que se equivoca; pero guardándole las consideraciones debidas á su elevada posición y renombre, le diremos que falta á la verdad. ¿Pues qué, el señor Lopez cree que todos los hombres de partido son un reflejo de su persona, ó su persona un reflejo de todos los hombres de partido? Pero el señor Lopez no cree semejante cosa, lo más que podemos conceder al señor Lopez es creer que se esfuerza en creer lo que no cree, como nosotros nos hemos esforzado para creer que el señor Lopez crea lo que dice, sin que podamos creer en sus creencias á pesar de todos los esfuerzos imaginables.

Si no estuviéramos firmes en nuestras creencias no escribiríamos, y aun diremos más, nos iríamos

de España avergonzados de ser españoles. Pero estamos convencidos de que podemos arrojar sin temor la primera piedra y la segunda y la tercera, porque ni una sola vez en nuestra vida hemos obrado contra nuestras doctrinas, porque ni en hechos ni en dichos hemos cometido un error, un contrasentido de esos que amenguan la dignidad de una bandera política. Si; levantamos nuestra voz con orgullo, y no somos tan egoístas que creamos ser los únicos hombres impecables hasta el día. Diremos lo que creemos de todos los partidos.

Creemos que hay un partido realista donde se abrigan muchos malvados y muchos ignorantes, sin negar que este partido cuente en su seno otros muchos hombres virtuosos, honrados y amantes del bienestar de su patria. Todos los hombres de partido que no abrazan la causa que defienden por espíritu de venganza ó especulación se proponen un fin: la felicidad del pueblo. Unos creen que para conseguir esto es indispensable el absolutismo ó la monarquía pura: creen otros que por el contrario la existencia del trono es un obstáculo á las reformas saludables y á la libertad civil, sin la cual naufragan los mejores deseos, se desbaratan los planes mejor combinados, se arrastra al idiotismo á la sociedad entera encadenando los brazos y el pensamiento de cada hombre en particular y quedan exhaustas, interceptadas ó destruidas todas las fuentes de la prosperidad nacional. Estos últimos cons-

tituyen lo que se llama partido republicano, del cual hablaremos despues. Otros hombres, mas meticulosos y asustadizos, temiendo igualmente los horrores del absolutismo que han experimentado, y los desórdenes de la república que no han llegado á probar, se han colocado en un término medio proclamando como modelo de buen gobierno y por consecuencia como única tabla de salvacion la monarquía constitucional. Este es un partido dividido en dos fracciones; los progresistas, que sin abolir la monarquía quieren acercarse todo lo posible á la democracia, y los moderados, que huyen de la democracia todo lo posible sin acercarse demasiado al absolutismo. Despues analizaremos las probabilidades que tienen los partidos, segun sus doctrinas, para conseguir el objeto que se proponen. No creemos que el nuevo decreto de imprenta nos condene al silencio en este particular. No intentamos hacer proclamas en esta obra: tratamos de discutir, de razonar, de dilucidar sin pasion las cuestiones, y nada debemos temer en esta discusion que procuraremos llevar adelante con el decoro que cumple á nuestra mision de publicistas independientes. Pero antes continuaremos la revista de los hombres que forman los diferentes partidos.

Deciamos que el partido realista ó absolutista cuenta en su seno muchos malvados sin estar desprovisto de hombres de bien. Se nos preguntará ¿de qué modo pueden VV. determinar los hombres que

son malos y los que son buenos en este y en los demas partidos políticos? Regla general, contestaremos: son hombres de bien todos los que no fundan el cambio favorable de su fortuna en el cambio de las instituciones. Son malvados todos los que, impedidos por su egoismo, apetecen este cambio halagando solamente á sus intereses particulares.

Pero si no queremos proceder con tanto rigor; supondremos que al satisfacer un hombre sus deseos no le falta virtud para conciliar su interes particular con los intereses generales del pueblo. En esta suposicion concederemos que el hombre esté muy lejos de ser un malvado; pero desde luego renegamos de la fe que á las gentes sensatas puedan inspirar sus declamaciones.

La mayor parte del clero español se ha adherido á la monarquía pura. ¿Creeremos que todo haya sido virtud? No por cierto: nosotros, y con nosotros todos los españoles de todos los matices, no leemos en la bandera de los clérigos que han defendido el absolutismo *monarquía pura*, sino otra inscripcion que todos divisamos al trasluz de la experiencia, otra inscripcion mas natural y mas espliable en los que tantos ejemplos han dado de intolerante exclusivismo; esta inscripcion es el artículo quinto de los mandamientos de la santa madre iglesia (abolido por la revolucion) que dice: « El quinto pagar diezmos y primicias á la iglesia de Dios con buena voluntad. » Que traducido libremente quiere

decir: « El quinto ganar mucho y trabajar poco , y el que quiera peces que se arremangue. »

Lo mismo decimos de ciertos militares, empleados ó favoritos que habiendo contraído un compromiso serio , solo pueden vivir y medrar á la sombra del gobierno absoluto. Concedemos á todos los hombres el derecho de emitir su opinion libremente; pero no todos los hombres tienen derecho para representar la opinion.

Hay propietarios ; hay hombres de carrera y artesanos que á nada aspiran con el restablecimiento del absolutismo ; que ni siquiera se acuerdan de vengar un ultrage recibido : estos son hombres de bien , debemos hacer justicia á sus intenciones. Lo mas que podemos decir de ellos es que han aprendido poco en la escuela de una esperiencia triste; que han meditado poco en los inconvenientes que ofrece el entregar la suerte de una nacion al capricho de un solo hombre , que conforme puede ser muy bueno puede ser muy malo , y lo mismo puede ser justo y cuerdo que un ente loco y extravagante. De todo esto sacamos en limpio que los absolutistas cuando no son malvados son gentes de poco seso.

El partido constitucional está en un punto equidistante de la democracia y de la monarquia pura , como la media noche entre los dos crepúsculos , ó mas bien como un crepúsculo entre la noche y el dia. Es el partido que quiere la libertad basada y asegurada en la monarquia , y como dicen algunos , es el partido

que apetece el trono rodeado de instituciones democráticas: esto se entiende considerando el partido tal como debe ser y no tal como es. El partido constitucional es un centro sin centro, un punto indeterminado é indeterminable en la esfera política: para formar idea de lo que es este partido ó de lo que debe ser, es preciso saber matemáticas y recurrir á los métodos de sustitucion é igualacion, y alguna vez á las proporciones geométricas. Comparar y componer, alternar, invertir y volver á comparar hasta despejar la incógnita; y aun en este caso no se adelanta lo suficiente, porque las incógnitas en las ecuaciones indeterminadas de cualquier grado suelen aparecer con dos valores, tres valores, cuatro valores, muchos, muchísimos valores que responden á las condiciones pedidas en el problema. Sobre todo exige gran pericia aritmética y mucha atencion de las sumas y restas: cuatro menos uno es tres; cuatro menos tres es uno. Trono sin prestigio y soberanía nacional sin derechos que son iguales entre si, equivalen á una monarquía constitucional. Para saber comparar geoméricamente es preciso conocer los términos de la proporcion: no hay antecedente sin consecuente; no hay consecuente sin antecedente: sin antecedentes y consecuentes no hay razones ni proporciones. Es decir, que para formar una idea del gobierno constitucional es necesario conocer la monarquía que es una base y la democracia que es otra base, y por cierto que si flaquea la pirámide guber-

namental, no será por falta de base sino por sobra de bases. Del mismo modo se necesita saber qué cosa es día y qué cosa es noche para saber qué cosa es crepúsculo, qué es día y noche, sin ser noche ni día. El partido demócrata tiene principios fijos, invariables lo mismo que el absolutista ; por eso es mas fácil sostener constantemente y sin contradicción las doctrinas extremas. El rey no reina ni gobierna, dicen los primeros ; el rey reina y gobierna, dicen los segundos ; mientras que el partido constitucional, con la linterna siempre en la mano sin encontrar jamas lo que desea como Diógenes, dice unas veces que el rey reina y no gobierna, y poco despues que el rey gobierna y no reina. Unas veces manifiesta mucho miedo al trono y otras mucho desden al pueblo: huye de una aristocracia para zambullirse en otra aristocracia , y como todas las aristocracias son tiránicas, reclama el esplendor de la aristocracia primera cuando le mortifica el yugo de la aristocracia segunda, y anda ambulante como perro en febrero, que se aparta del sol que le quema y huye de la sombra que le enfria.

La aristocracia de la sangre es tan torpe como caprichosa : tiene ademas en sus venas un estanque de despotismo heredado que hace imposible toda transaccion, ¡ fuera la aristocracia de nacimiento ! ¡ viva la aristocracia del dinero ! Y en virtud de esta nueva proclamacion , que algunos que se llaman liberales se atreven á llamar liberal , se dice al pue-

blo: «La igualdad no es una quimera entre nosotros: todos los hombres tienen derecho á votar menos los pobres; todos los hombres tienen derecho de representar al país menos los pobres; todos los hombres tienen derecho de imprimir sus ideas menos los pobres.» Total, derecho y voto universal, voto y derecho para todos los hombres menos para los que carecen de dinero.

Con una bandera tan llena de varios matices, tan heterogénea, tan mosaica; con unos principios tan poco firmes, donde en realidad no se falta á la esencia de las teorías por dar un paso á vanguardia ni dos á retaguardia, no debemos admirarnos mucho de ese monton de apóstatas que como niños que juega á las cuatro esquinas se pasan de los progresistas á los moderados y de los moderados á los progresistas, siendo de notar el calor con que defienden algunos á los hombres del progreso con doctrinas moderadas ó á los moderados con doctrinas progresistas, á imitación de un ciudadano amigo nuestro, que queria una república fuerte con un rey fuerte á la cabeza.

Respecto de las intenciones de los moderados y de los progresistas, diremos que hay de todo: reconocemos hombres de buena fe y conocemos muchos, muchos truchimanes, muchas sanguijuelas, muchos pícaros y muchos tontos que en política son otros tantos pícaros.

Réstanos hablar del partido demócrata para

cuando le haya. Creemos que el pueblo español es en su mayor parte enemigo de la república, siendo la mayor parte del pueblo republicano. Los enemigos de la verdad han tenido buen cuidado de pintar la democracia con tan horribles colores que espanta; y los hombres asustadizos temen los horrores de la república sin saber lo que es república, como los niños temen el coco sin saber quién es el coco. La instruccion ó la esperiencia podrán hacer en España muchos republicanos por conviccion que ya lo son por instinto.

Los demócratas declarados pueden dividirse y subdividirse en varias clases: unos que saben lo que piden, otros que solo saben para qué piden y muchos que piden sin saber lo que piden. En estos últimos está pintado el buen deseo al lado de la ignorancia: en muchos de los otros la perfidia con máscara de humanidad, la ambicion disfrazada de desinterés, el despotismo con ropage de libertad. Somos demócratas y no nos ciega la pasion; creemos que no podemos ser mas esplicitos. Hay malos demócratas y hay buenos demócratas: hay hombres virtuosos y liberales que quieren la república para hacer la felicidad de todos, y hay republicanos cuyo sueño dorado es una dictadura cuando no el reparto de la propiedad. Tambien estos llevarán su varapalo sin que les valga la bula de Meco ni la carabina de Ambrosio; porque hay tela cortada y nuestra musa es muy independiente y muy francota.

Hemos creído oportuno dar á conocer aunque muy ligeramente nuestros principios políticos; porque para juzgar á los demas es necesario presentarse con la cara descubierta, y nosotros podemos hacerlo sin rubor, tanto porque nos gloriamos de sustentar las ideas de libertad mas avanzadas, cuanto porque nunca hemos apostatado ni podremos apostatar jamás. Levantamos con orgullo nuestra voz, porque no hemos estampado nunca en nuestra bandera la mancha del perjurio ó de la traicion, y por consiguiente podemos decir al señor Lopez y á todos los que se le parecen. « Ahí está la primera piedra; nosotros la arrojamos. »

J. M. V. Y EL JESUITA.





---

## LOPEZ.

### I.

**E**fectivamente, Lopez, hemos leído tu libro: conocíamos tu talento y de consiguiente no podíamos dudar que hallaríamos en él cosas buenas; sabíamos al mismo tiempo que defendias una mala causa, y de consiguiente no podíamos dudar que hallaríamos en él cosas malas. Y te lo decimos francamente y sin ánimo de adularte: si no eres hombre de bien, eres el que mas se parece á los que lo son; si no eres hombre de fe, eres el que mas se parece á los que la tienen. Aun ahora los que lean tus discursos te han de tener por liberal; los que miran el triste estado de la patria moribunda te han de tener por servil; los que lean tu folleto han de dudar si eres servil ó liberal. Cuando el pueblo junto á la tribuna estaba pendiente de tu voz inspirada; cuando el pueblo automáticamente te aplaudia, á pesar de la campanilla del presidente que le llamaba

al orden y de las amonestaciones bruscas de los esbirros que le amenazaban con la cárcel, cuando tu palabra santa que parecia bajar del cielo como la libertad que defendias, entusiasmaba todos los ánimos, galvanizaba todos los corazones, irritaba todas las fibras, y hacia insensiblemente levantar en sus asientos á tus mismos enemigos, ¿quién habia de decir? ese hombre ¡oh pueblo! que hoy es tu ídolo, será con el tiempo tu sacrificador: ese hombre, cuyos acentos mueren ahora ahogados entre tus aplausos y vítores, hará morir la libertad entre tus murmullos y maldiciones: ese hombre que ahora colmas de gloria y rodeas de prestigio, fuerte con la misma gloria que le dispensas, robustecido con el mismo prestigio que le das, te conducirá, te arrastrará á la ignominia, á la esclavitud, á la muerte; y ese hombre que hoy ves tan grande, tan colosal, tan gigantesco, que llena con su voz el congreso y con su nombre la nacion entera, desaparecerá algun dia intimidado por hombres que nada tienen de gigantescos, que nada tienen de colosales, que nada tienen de grandes.

Que has muerto la libertad no tiene la menor duda. Falta ahora averiguar cómo la has muerto, y por qué la has muerto. ¿La has muerto voluntariamente, ó sin intencion de matarla? ¿La has muerto porque no conociste la profunda herida que tenia, ó conociéndola no quisiste poner el remedio que reclamaba para su salvacion? Si conociste el mal y el remedio con tiempo, ¿cómo no le aplicaste con oportunidad? ¿Habias renegado de tus principios? ¿Habias hecho traicion á tus sentimientos? ¿Habias soñado acaso en una posicion mas halagüeña que la del bufete? ¿Cediste al impulso de alguna pasion baja, indigna de un hombre del pueblo? ¿Te

intimidó una espada, te compró una bolsa, te halagó una muger, te fascinó el amor propio que creiste humillar con la destruccion de tu obra? ¿Engañaste al pueblo, ó te engañaste con el pueblo? En la mano tenemos tu folleto, en la memoria tus hechos, á la vista el estado de la nacion. Veamos.

Dinos, prenda, cuando defendias la regencia trina ¿lo hacias en realidad porque creias que asi convenia á la nacion sin acordarte de tí, ó porque te convenia á tí sin acordarte de la nacion? Seamos francos; tú defendiste la regencia trina porque te parecia muy pesada carga para un hombre solo, y hubieras querido que la regencia se compusiera de tres para ser tú uno de ellos, para arrimar el hombro, sirviendo de puntal á los otros dos. Sabias que de todos modos Espartero habia de ser regente, siendo única ó siendo trina la regencia, y esto te hizo perder las esperanzas; porque si tú hubieras creido ser el candidato de mas probabilidades para la regencia única, entonces no hubieras defendido la trina. Entonces te hubiera parecido la carga demasiado ligera para un hombre solo. Si alguno hubiera salido con la pata de gallo de proponer una regencia de veinte, y tú no te hubieras creido incluido en este creido número, regularmente hubieras abogado por la regencia de veinte y uno ó de veinte y cinco, ó de veinte y cinco y medio, si este medio hubieras sido tú. Porque lo sabemos, Lopez; dispuesto siempre á grandes sacrificios, el que te evita la molestia de hacerlos es siempre tu principal enemigo. Por esto sin duda te dió grima Espartero; porque se empeñó el muy necio en que no te necesitaba para nada; y tú, filantrópico, misericordioso y compasivo, te empeñaste en ser su Cirineo, en ayudarle á llevar la pesada cruz del Estado. ¡Oh, sí!



porque esto era un sacrificio , y tú eres muy dado á los sacrificios , como que eres la causa de muchos sacrificios !

No creas que esta sea nuestra opinion , sino la del público que esplica de esta manera el ódio que manifestaste á Espartero , empleando en su ruina tu prestigio de entonces , aquel prestigio que ya ha pasado á ser exprestigio. Son muchos los que decian que te morias de gana de ser regente. ; Y qué buen regente hubieras sido ! Casi tan bueno como ministro. ¿ Quién sabe ? Si hubieras solicitado ese puesto , tal era el partido que tenias en aquel tiempo , que tal vez hubieras conseguido algunos votos. En cuanto á nosotros , tan poco valiamos entonces como ahora para ofrecerte los nuestros ; pero si alguna vez hubiera dependido de ellos tu elevacion á la regencia , decididamente te los hubiéramos negado hasta para regente de una imprenta , aun suponiéndote hábil en el oficio.

Nosotros no esplicamos como el público tu conducta anti-Esparterista , sabemos que eres desinteresado , y tenemos presentes estas palabras de tu folleto , que alude á una época mas avanzada , á la época en que el regente te llamó para confiarte la formacion de un ministerio. « Yo siempre ( dices ) habia sentido una repugnancia invencible al poder ( para el tonto que te crea ) ; pero en aquellos dias esta repugnancia se habia convertido en la mas decidida y mortal aversion. » ¿ Por qué , pues , lo admitiste ? Ya se vé , tú siempre guiado del deseo de sacrificarte por el pais , y el pais es tan bárbaro que dice que es él el sacrificado.

¡ Cosas del pais !

No : tú no querias ser ministro ; pero escuchaste las

reflexiones que tus amigos te hacian para que lo fueras, y á pesar tuyo acabaste por someterte á ellas.

¡Siempre sacrificios!

Rodeáronte tus amigos: por desgracia sus argumentos eran muchos y muy poderosos para que no lograsen reducirte á su opinion.

¡Siempre sacrificios!

Esforzábanse en pintarte las inmensas consecuencias de tu negativa; decían que el partido progresista iba á ser asesinado por ella; porque mal podia en lo sucesivo sostener teorías que no habia sabido realizar, ni aspirar á un poder que no habia querido recoger cuando se le entregaba. En tan amargo trance ¿qué debias hacer? Un sacrificio.

¡Siempre sacrificios!

Apostrofábante sin cesar, como si fueses la causa de todos los males que los de tu partido presentian. No te quedaba otro medio que abandonar el campo de la política, todas tus relaciones en él contraídas, tal vez tu querido pais, ó someterte al sacrificio que te se demandaba.

¡Siempre sacrificios!

En vano era oponer tu natural aversion al ministerio: contestaban con los deberes del ciudadano á las inclinaciones y á los hábitos del hombre. En vano era acudir á la palabra que habias pronunciado y repetido en el congreso, anunciando tu firme resolucion de no ser jamas ministro. A una palabra imprudentemente anunciada, te decian, no debe sacrificarse el destino de una nacion.

¡Siempre sacrificios!

¡Mártir ilustre! ¡Quedaste comprometido á formar el gabinete!

¡Qué horror!  
 ¡A ser ministro!!!  
 ¡Qué horror! ¡Qué horror!  
 ¡Presidente del consejo de ministros!!!  
 ¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror!!!!  
 ¡Siempre sacrificios, ilustre mártir, siempre sacrificios!

¿A quién no hacen llorar tus geremiadas? A nosotros, porque nos hacen reír. Reír ó llorar, no hay medio; tus cosas no pueden verse con indiferencia; y eso que no hemos visto todas tus cosas. ¡Todas tus cosas! ¡Ave María, Joaquin María!

Y á propósito de María; muchos estrañan que siendo quien eres te llames María. ¿Y por qué no han de estrañar que siendo quien eres, te llames Joaquin? Para nosotros seras siempre María. ¡Tienes tantas cosas de muger! Se entiende en las cosas que te hemos visto.

Todas las Marías son dengosas. Una conocemos que cuando su novio la dice, María, ¿vienes al café? dice que no quiere salir de casa, pero sale; cuando la manda entrar en el café, dice que no quiere entrar, pero entra; cuando la dice que pida lo que guste, contesta que no quiere nada, pero pide, y cuando la sirven un sorbete dice que no la gusta el sorbete, pero lo toma. Si esta María fuera hombre, y la hubiera llamado el regente, habria tambien contestado que no queria ir, pero hubiera ido. Si la hubiera encargado la formacion del ministerio, habria contestado que no queria formar el ministerio, pero lo hubiera formado. Si se la hubiera exigido el sacrificio de aceptar la Presidencia, habria dicho que no la aceptaba, pero la hubiera aceptado.

Ni mas ni menos que tú, Joaquin María.

Tú deseabas ser ministro, y dejabas que te rogaran. Sabias que te iban á hacer ministro, y dejabas que te rogaran.

Conocias que no podias menos de ser ministro, y dejabas que te rogaran.

Si te hubieran rogado menos que fueras ministro, tal vez lo hubieras sido antes.

Dejabas que te rogasen mucho, porque sabias que te habian de rogar mucho.

Si nadie te hubiese rogado, hubieras rogado á todos que te rogasen.

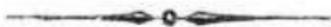
Pero de buena gana te pasamos tantos melindres, te perdonamos tantos dengues; lo que no te perdonamos ni te pasamos es tanta credulidad. ¡Qué cosas crees Lopez! y esto importaria poco si á muchos no les hicieras creer lo mismo que tú crees. Porque á tí te dió la gana de creer en la buena fe de tus adversarios, creyó el pueblo en la buena fe de los suyos, que eran ni mas ni menos que los tuyos. Tú creias que los emigrados serian unos pobres diablos, tan ingratos que ni siquiera te ayudarian á llevar el peso del ministerio; pero ¡ay! fueron tan agradecidos que quisieron llevarle solos para que tú no te fatigases con el peso que te abrumaba.

No en vano te llaman el hombre de los credos. Cuando los emigrados desembarcaron en Valencia, digeron que venian á ofrecer sus servicios á la patria libres de envidia, agenos de ambicion, obedientes, sumisos si era necesario entre los grupos del pueblo, entre las filas del soldado.

¡Y tú te lo creíste!!! No en valde te llaman el hombre de los credos.

Tú creíste que los progresistas no se hundirian aun-

que se hundiese Espartero ; tú creiste que los progresistas no se hundirían aunque vinieran los emigrados. Pero no lo juraremos aunque lo decimos ; lo que pensamos nosotros, hablándote ingénuamente, es que tú creiste que volviendo los emigrados ó cayendo Espartero no te hundirías tú. Y te has hundido sin embargo, y nos alegramos. ¡Sí, nos alegramos ; porque nuestros sufrimientos se calman con tus sufrimientos ! ¡ La ruina de la libertad nos sería mas sensible, nos parecería mas horrosa sin la ruina de los que la causaron ! Tú contribuiste, Lopez , á hundir tu partido con los mismos elementos que él te dió para salvarle : con la popularidad. Los progresista te querían y tu prestigio les asesinó : les asesinaste con el mismo amor que te tenían , que les hacía amar todo lo que amabas tú. Presentaste un programa y defendieron tu programa ; no porque era bueno sino porque era tuyo.



## II.

Qualquiera que lea el folleto de Lopez, si es un poco crédulo puede que llegue á reconciliarse con este señor; porque ya lo hemos dicho, Lopez es hombre de talento, y si no tiene fe es de los que mas se parecen á los que la tienen. Pero como nosotros no somos crédulos ni mucho ni poco, por mas parecido que le veamos á los hombres de fe no le encontramos fe, y á nuestros ojos no ha logrado sincerarse, ni logrará sincerarse jamás de los cargos que muchos dirijen á su mala vida pasada.

¡Amnistía! Tambien para nosotros es esta una palabra mágica que produjo en nuestros corazones una impresion irresistible. ¿Pero que amnistía era la que queria el señor Lopez? ¿Tendia, como la que nosotros deseábamos, á reconciliar todos los ánimos, ó se hacia en beneficio de unos y á espensas de otros? ¡Que vuelvan los emigrados! ¡fuera los ayacuchos! ¿Es esto am-

nistía? ¿Es una amnistía que se encamine á olvidar todo lo pasado, á unir bajo una bandera á todos los españoles, ó á arrojar de su sombra á los unos para dar abrigo á los otros?

¡Los ayacuchos son malos! ¡caigan los ayacuchos! decias tu Lopez en 1843, y despues añadias: ¡Los moderados son malos! ¡Pero vengan los moderados para derribar á los ayacuchos! ¿Es esto amnistía?

¿Qué razones tuviste para derribar á Espartero? Dirás que Espartero no queria deshacerse de un gobierno que infringia la constitucion. ¿Y por esto te uniste á los moderados? Si en setiembre contribuiste á derribar á los moderados porque infringian el código de 1837, ¿cómo te uniste á ellos para derribar al que elevaste en setiembre? Y si los moderados no la infringian, ¿por qué los derribaste, ó contribuiste á derribarlos, ó quisiste derribarlos? Derribaste á los moderados para levantarte tú, y los moderados cayeron y tú no te levantaste. Derribaste á Espartero para levantarte tú, y te levantaste en efecto, pero fué para hundirte despues de mas alto y más profundamente en el aislamiento y la oscuridad de que jamás el pueblo volverá á sacarte.

Espartero estaba sujeto á una pandilla esplotadora, supeditado á influencias estrangeras; Espartero perseguia á la imprenta; Espartero ¡qué horror! no observaba las prácticas parlamentarias (y sea dicho entre paréntesis, no observar las prácticas parlamentarias queria decir no hacer tu santa voluntad); Espartero se negó á dar una amnistía.

Queremos suponer que todos estos cargos son fundados y justos: aun asi, nosotros no encontramos ra-

zon para que te unieses con objeto de derribar á Espartero á hombres á quienes acusabas de camarilleros, de estrangeistas, de enemigos de la prensa y de infractores no solo de las prácticas parlamentarias, si no de lo que habia de mas capital en la ley fundamental del estado.

Mas adelante desenvolveremos estas ideas, porque cada una de ellas puede servirnos de punto de partida para ir muy lejos. El tema de la amnistía que es al parecer la piedra angular de tu defensa, es tambien la piedra angular de nuestro ataque, y si por casualidad nos apartamos de él de cuando en cuando es para tomar nuevo aliento en nuestra carrera. Ya estamos en marcha; ya hemos llegado; ponte en guardia.

Llegó el año de 1843 y el partido llamado progresista estaba diseminado, era un ejército subdividido, cuyos gefes acaudillando á las distintas fracciones, pusieron á Espartero en un precipicio. Los unos se pronunciaron decididamente adictos á Espartero, y los otros le declararon la guerra decididamente. Espartero se vió en una de esas situaciones altamente dramáticas en que el hombre entrevee la realidad por las apariencias, y desconfia por ellas de la realidad. No sabia si los halagos de su camarilla eran un mortífero veneno como decian los coalicionistas, ó si el contraveneno que estos le indicaban para su salvacion era el verdadero veneno. Debia temer mucho de sus enemigos, y debia recelar mucho de los amigos que para combatirle hacian causa comun con los enemigos. Y es claro, Lopez, tú eres, suponiéndote buena fe, de esos hombres que dicen «hágase el milagro y hágale el diablo.» ¡Falso principio! El diablo no puede hacer milagros, y si los hace forzosamente han de ser mi-

lagros malos ; ello mismo lo dice , milagros del diablo. Cuando nosotros nos negábamos á formar parte de la coalición, nos fundábamos en que nuestras ideas estaban muy distantes de las del *Heraldo* , la *Posdata* y el *Católico*. Ellos nos harán el caldo gordo , decian algunos crédulos, ellos nos ayudarán á consolidar la libertad. Nosotros no creíamos semejante cosa , y desde luego renegamos como renegaremos siempre de la libertad que tuviéramos que agradecer al *Católico*, porque la libertad del *Católico* nunca podria ser la libertad que nosotros queremos , tal como comprendemos la libertad. ¿ Debia Espartero echarse en brazos de los moderados para salvarse de Linage ? ¿ Debia temer de Linage menos que de los moderados ? ¿ Podia tener confianza , amigo Lopez , en tu famoso programa de mayo ? Vamos por partes.

Tú presentaste á Espartero un proyecto de amnistía y él no quiso aceptarlo: mal hecho. Pero ¿ quién hizo mal ? ¿ Tú en presentar la amnistía ó el regente en no aceptarla ?

Espartero no quiso aceptar la amnistía. Hizo muy mal.

Espartero no quiso prescindir de las personas que creia mas adictas á él , á pesar de su descrédito. Hizo muy mal.

Espartero no quiso las dos cosas juntas. Hizo bien, muy bien : vamos á manifestarlo.

---

---

---

## AMNISTÍA.

---

### III.

**S**i á ti, Lopez, hoy ó mañana ó cualquier otro dia te nos presentamos afectando interesarnos mucho en tu gloria y felicidad, y te aconsejamos romper todos los vínculos que te unen á tus mejores amigos; si te decimos que el público ve con repugnancia que eres un amigo íntimo de Caballero, por ejemplo, y que Caballero te pierde, que Caballero te desacredita, que Caballero te enajena el amor del pueblo, y que si quieres rehabilitar tu prestigio, es indispensable que cierres á Caballero las puertas de tu corazon y hasta las de tu casa, ¿no es verdad que antes de doblarte dócilmente á nuestras insinuaciones, examinarás la intencion y validez de los motivos que hayan podido dictarlas? Pero supongamos que encuentres nuestros consejos sugeridos por la mejor fe del mundo y fundados en razones las mas valederas y convincentes, si al propio tiempo que nos esforzamos en ahogar en tu corazon los sentimien-

tos de una amistad antigua y sostenida lo mismo en tus días de prosperidad que en los de desgracia, exigimos de tí que tiendas una mano fraternal á tus enemigos, á los hombres del mundo que mas te odian, ¿no es verdad que á pesar de tu candor de querubín creerás descubrir en nuestras exigencias alguna mira tortuosa, algun plan siniestro? Y si los enemigos con quienes te aconsejamos que te reconcilies adolecen de los mismos y aun mayores defectos que los que achacamos á tus amigos para hacértelos abandonar, ¿no es verdad que ni abandonarás á estos, ni te reconciliarás con aquellos, y que calificarás de malignos nuestros conatos y de pérfidas nuestras intenciones? ¿No es verdad que en cada palabra nuestra por melosa que sea creerás encontrar un hilo traidor de una red en que pensamos envolverte? Pues lo mismo ni mas ni menos creyó Espartero cuando te empeñaste en que habia de arrojar de su lado á los que sin razon consideraba sus amigos verdaderos y abrir las puertas de la patria á los que con razon consideraba sus irreconciliables enemigos. Hizo lo mismo que hubiéramos hecho nosotros, lo mismo que hubieras hecho tú hallándote en su lugar. ¡Tú en su lugar! ¡Tú regente del reino! ¡Qué mas quisieras! Pero no se hizo la miel para la boca del asno.

Adivinamos, como si la oyésemos, tu respuesta. Dirás que al proponer al regente una amnistía, no fué tu objeto hacer á los emigrados dueños de la situacion; dirás que tenias confianza en que los emigrados, agradecidos á la generosidad que les arrancaba de la tierra estraña donde les habian lanzado las convulsiones políticas y en la que perecian como plantas exóticas privadas de la nutricion y atmósfera que reclama su desar-

rollo, se contentarian con besar la mano magnánima que les permitiese respirar de nuevo el aire de la patria. ¡Qué candor, Lopez! ¡que candor! ¡el rey Herodes tenga piedad de tí! ¡Dios en el cielo te señale un puesto distinguido entre los santos Inocentes y las once mil Vírgenes! Lo que es nosotros para cuando mueras te prometemos un hábito de religiosa, una corona de flores y cuatro niñas de siete años que te lleven á Fuencarral. ¿Quedarás contento?

No eres, Lopez, ningun mamacallos, ni te chupas ya los dedos, ni saliste ayer del cascaron; creemos que puedes echar un cigarro delante de cualquiera sin que tu madre te riña aunque lo sepa tu madre, y que sin pagar ya no puedes ir á los toros, ni entrar en el teatro; eres abogado, y has sido *asesor* y diputado y ministro, y has leído mucho, y has visto mucho, y has pasado años y años en la córte, y has estado en contacto con intrigantes de toda especie, y les has hablado, y les has conocido. ¿Y cómo un hombre de tu catadura no supo ver lo que los mas ciegos vieron, ni prever lo que previeron los mas incautos? ¿A quién sino á ti podia ocurrírsele pensar que los emigrados entrarían en España hechos todos unos buenos muchachos, que dejarían en la frontera su sistema, su ambicion, sus pretensiones, en una palabra, que se conformarían en un todo á la voluntad y caprichos de los progresistas? Para esto no tenían necesidad de moverse de Francia, al menos los que habia entre ellos de alto copete, los de grueso calibre, los que habian sido intendentes, gefes políticos, ministros, los que habian visto entorchados en sus mangas y fajas en su cintura. ¿Qué? ¿tan mal estaban en las inmediaciones del palacio de la calle Courcelles? ¿No

les favorecía Luis Felipe con todas sus simpatías? ¿No celebraban lo mismo que aquí banquetes opíparos, bailes espléndidos, aristocráticos besamanos? ¿No encontraban á cada paso mil recursos, mil objetos, mil distracciones, suficientes para calmar y desvanecer todas las penas que ocasiona la emigracion? No te nos desuelgues con que todo en el mundo es relativo, no nos digas que si bien la posicion de un magnate emigrado es mas halagüeña que la de un emigrado *jamancio*, tambien es mas halagüeña la posicion de un magnate en su pais que la de un *jamancio* en su pais. Si los emigrados que te empeñaste en amnistiar hubiesen podido trocar su situacion con la nuestra, es seguro que no la hubieran trocado aun estando convencidos de que nunca mas habian de ver brillar el sol en el horizonte de la patria. Cuando en los periódicos estrangeros leíamos todos los dias que los hombres que tanto conmovieron tu tiernísimo corazon gozaban de todo género de consideraciones, asistian á magníficos bailes y deslumbraban algunos con su fausto á los mismos parisienses, les teníamos mas bien envidia que lástima, y hubiéramos creído abusar neciamente de todos los sentimientos generosos si alguna vez les hubiésemos compadecido. No; nosotros no hacemos tan mal uso de la piedad. Contamos en el número de nuestros amigos hombres de todas las opiniones, lamentamos como el que mas las desgracias de los infelices, cualquiera que sea el partido á que pertenezcan, y consideramos la emigracion como la mayor de las mayores desgracias, como el conjunto de casi todas. No hay un dolor comparable al del artesano, al del facultativo, al del militar subalterno, al del hombre de letras, lanzado por un temporal político

á una playa estrangera. Ha defendido sus principios con fe, con conciencia; no ha ocupado pingües destinos, ni se ha enriquecido con las revueltas; vivia de una profesion que no le es dado egercer en tierras estrañas; no cuenta con ningun recurso y la miseria le hace sufrir una prolongada agonía. Por hábil que sea en su oficio ó facultad, antes de haberse dado á conocer el hambre ya ha ejercido en él sus funestos estragos. Y si tiene familia, en su imaginacion se pinta con los mas negros colores la espantosa situacion de su esposa y de sus hijos que piden limosna de puerta en puerta, despues de haber cansado hasta al último amigo y haber vendido hasta la última sábana. Sino es moderado y ha pedido hospitalidad á la Francia, como el gobierno de aquella nacion le odia, sufre de la policia los peores tratamientos; el desgraciado pide un pasaporte para la Suiza ó la Inglaterra, y las autoridades se lo niegan; lo pide para la frontera con el fin de estar mas cerca de los objetos de sus simpatías, y se lo niegan tambien; suplica que le permitan al menos residir en una capital donde le será mas fácil ensayar sus conocimientos y encontrar algun modo de vivir honroso, y sus ruegos se estrellan en el espíritu de partido de un cónsul, cuya oficiosidad cree quizas que le sirve de mérito para conservarse en su puesto; el hambre, mas poderosa al cabo que su dignidad y que su amor propio, le fuerza á pedir al gobierno mismo que aborrece una mezquina pension para conservar su existencia, y no se la conceden los franceses sino sujetándolo á condiciones muchas veces inadmisibles. Entonces el infeliz toma consejo de su desesperacion, y frenético, loco, sin documento ni autorizacion de ninguna especie, sin un franco en el bolsillo, sin zapatos

en los pies, sin quimo en el estómago, trata de evadirse, de pasar la frontera y de penetrar en España para encontrar al menos una tumba que pueda ser visitada de sus hijos. Apenas ha dado doscientos pasos, tropieza con una partida de gendarmas que le piden el pasaporte que no tiene. Se lo piden con muy buenos modos, porque en Francia las maneras bruscas están desde mucho tiempo proscritas hasta de la policía; nadie tiene derecho de estar mal educado, y hasta el verdugo guillotina con elegancia y *politesse*. Esto es algo, con todo, este fino trato de los gendarmas no impide que amarren con una cadena el cuello del emigrado que querría evadirse, y que de justicia en justicia le hagan andar en el caballo de San Francisco leguas y leguas, hasta dejarle en un depósito donde un Argos vigila sus pasos, donde un cancerbero espia todos sus movimientos. Esto es, amigo Lopez, lo que se llama estar emigrado. Y si te parece exagerada la pintura, carlistas y centralistas hay á docenas que te la harán mas leal si se la pides. Esto es, repetimos, lo que se llama estar emigrado; el ostracismo que sufrieron los altos personajes á quienes tendiste una mano compasiva no fué ostracismo, no fué emigracion, fué un paseo, un deliciosísimo paseo. Viven en Francia con mas libertad que nosotros en España; para comer y beber no tenian que tomar medida á la bolsa sino al estómago; si este hubiese sido grande como un globo aerostático, lo hubieran podido llenar diariamente no de menestra y de agua sino de cangrejos de la Mousse, de ostras de Burdeos, de sardinas de Nantes á *l'huile*, de perdices blancas del Pirineo, de salchichon de Arles, de embutidos *aux truffes*, de *muscat* de Frontignan, de vino de Champagne. Residian en

Leon, en Marsella, en Burdeos ó en Paris, lo que es algo mejor que residir en Madrid: tenían palco en el teatro hasta los que no comprendían el francés; hacían lo que les daba la gana, celebraban sus reuniones, sus clubs, sus conciliábulos, y hasta hubieran conspirado los que hubiesen querido. ¿Y les tuviste lástima? nosotros te la tenemos á ti. ¿Creías en realidad cuando aconsejabas á Espartero que los amnistiase que hallándose tan bien en Francia vendrían á España á hacer el oso y no mas que á hacer el oso? *Risum teneatis*. ¿Creías en realidad que los progresistas coligados os repartirais el turrón sin que ellos, estando tan cerca del turrón como vosotros, dijeseis esta boca es mía? ¡*Ah Lopez, Lopez, quæ te dementia cæpit!* ¿Querías hacer de cada uno de ellos un Tántalo, poniéndoles á todos á la vista el goloso turroncito sin dejárselo alcanzar? ¡Vaya unos nenes para estar junto á la teta sin coger el pezon! Hubiera estado gracioso que de la noche á la mañana, en virtud de una amnistía hubiesen parecido en España los enemigos de Espartero para contemplar como unos tontos, como unos bobalicones, al general Espartero acompañado de su brillante escolta, bendecido y vitoreado de todo el pueblo. Esto hubiera sido tentar á Dios, esto hubiera hecho conspirar al mas flemático, esto á los émulos del duque les hubiera hecho agonizar de envidia, morir de rabia. Seguro es que si no hubiesen tenido probabilidades de apoderarse de la situación apenas entrasen en España, ni Luis Felipe les hubiera permitido salir de Francia, ni ellos tampoco hubieran querido abandonar las márgenes del Sena.

¿Pretendías hacer á los emigrados dueños exclusivos de la situación? Responderás que no.

¿Pretendías que regresasen á España para que fuesen simples espectadores de la felicidad de sus adversarios? También responderás que no.

Entonces ¿qué pretendías? Dínoslo, sepámoslo, si es que tú mismo lo sepas para poder­noslo decir.

¿Pretendías destruir todo exclusivismo de partido, prescindir de todas las opiniones, fundirlas todas en un crisol, hacer de todos los españoles una sola familia y repartir, indistintamente entre todos, los cargos y los empleos? Dirás que sí; y nosotros te replicaremos que no, que esta teoría de reconciliación es una paradoja, una utopía; te probaremos que es imposible en la práctica, y que su aplicación está erizada de dificultades que nadie puede superar y que tú no pudiste desconocer.

¿De qué modo habías de repartir entre los hombres de todos los partidos todos los cargos, todos los empleos? ¿Había cargos, había empleos para todos? No; porque si los hubiese, no habría partidos, no habría moderados ni exaltados. La química no se ha aplicado todavía á la política; con todo, repetidos esperimentos confirman que un pedazo de turrón es el mejor reactivo para descomponer los sistemas y las naciones.

¿Pretendías crear nuevos empleos, duplicarlos, centuplicarlos? Antes era preciso declarar oficina toda la nación, y aumentando los empleados, habías de disminuir los contribuyentes, pero disminuyendo los contribuyentes, habías de disminuir los empleados. Es cosa que no puede dejar de ser, mientras no encuentres hombres que se obliguen á servir los destinos *gratis*, y hombres así no los hay en España y fuera de España tampoco.....

No queriendo, como suponemos que no querrias, que la mitad de la España relevase de todos los empleos

á la otra mitad por temporadas, no queriendo que los moderados y los progresistas se reemplazasen en los destinos alternativamente por días, por meses ó por años, lo que no dejaría de ser bastante singular, no te quedaba otro medio para manifestarte independiente de todo espíritu de bandería que distribuir los empleos entre los progresistas y los moderados. Pero como aquellos á la sazón los tenían todos y no podías crear otros nuevos por las razones que llevamos indicadas, era necesario que lanzases á la mitad de ellos de sus puestos para que los ocupasen la mitad de los otros. Los progresistas, á quienes habrías dejado empleo y los moderados á quienes habrías dado empleo, sin duda hubieran bendecido tu plan de reconciliación; pero ¿y los progresistas á quienes se lo hubieses quitado y los moderados á quienes no se lo hubieses dado? Desgracia es tener que alumbrar dos piezas independientes y no tener mas que una luz. ¿Cómo querías con una luz sola alumbrar la sala y la cocina? ¿Cómo querías con cada empleo contentar dos pretendientes?

Tú mismo te pusiste en un conflicto. Tarde conociste que los emigrados no tanto querían volver á España como volver á sus destinos, ó por mejor decir, que solo para volver á sus destinos querían volver á España, y que de consiguiente por sí sola la amnistía era un pésimo medio de reconciliación. La amnistía, lejos de unir los ánimos sembró la discordia, porque solo sirvió para poner en contacto los odios y provocar el choque entre las encontradas ambiciones que se habían de disputar el mando. Todo pensaste arreglarlo con el turrón, pero no tenías bastante turrón, y fueron tantos los que te lo pidieron, que por fuerza habías de dejar á algunos descontentos. No supiste de qué modo repartirlo con equidad

entre los moderados y progresistas, pero los primeros sin duda por gratitud te sacaron del conflicto en que te hallabas. Se contentaron con los empleos militares: con las capitanías generales y con el mando de los regimientos quedó por de pronto satisfecha su ambición, y en lo civil y político te dejaron hacer tu santísima voluntad. No dirás que fuesen descontentadizos. Bien es verdad que una vez tuvieron todo lo militar se apoderaron de todo lo político y civil y mas que hubiese habido; pero esto ¿podías tú adivinarlo? Se apoderaron de todo: mas ¿qué importa? también á tí y á todos los tuyos os ha quedado el derecho de llamarlos ingratos. Esta nota no se la quitarán de encima hagan lo que quieran ¿no es verdad, bendito Lopez?

Segun leemos en el capítulo III de tu esposicion razonada titulada *Amnistía*, crees que ningun hombre honrado puede acusarte ni detractarte por no haberte mostrado en el siglo XIX menos humano que Sila, el verdugo de Roma, quien perdonó á los atenienses que habian entregado la ciudad. No sabemos hasta qué grado la noche de los tiempos habrá oscurecido las circunstancias de aquella remota época para compararla con la actual, pero de todos modos nosotros no somos muy aficionados á juzgar en política por analogías históricas.

Nos dices que Trasíbulo, despues de haber librado á Atenas de los tiranos, abolió la memoria de lo pasado y publicó la famosa ley del olvido. Y nosotros ¿qué tenemos que ver con Trasíbulo?

Nos dices que Pompeyo proclamó la paz desde la altura á que le habia elevado su triunfo, y para no verse en la necesidad de castigar, quemó la correspondencia

de Sertorio. Y nosotros ¿qué tenemos que ver con Pompeyo?

Nos dices que César, vencedor en Farsalia, se negó á oír las delaciones y dijo á los que admiraban su clemencia que prefería ignorar los crímenes á verse en la precision de castigarlos. Y nosotros ¿qué tenemos que ver con César?

Aquellas épocas eran diferentes y diferentes tambien los hombres de aquellas épocas. Entonces los hombres podian tal vez dividirse en buenos y malos, y ahora solo se dividen en sabios y tontos. El siglo llama sabios á los que engañan, aunque no sepan deletrear, y tontos á los engañados, aunque tengan en la cabeza toda una biblioteca; llama sabios á los que medran, aunque sea á costa de engaños, traiciones ó cualquier otro medio de mal género; llama tontos á los que á la virtud y á la religion de su conciencia sacrifican escrupulosamente su bienestar. Andate con amnistías en una época como esta; imita á Trasíbulo, á Pompeyo y á César, y te lo dirán de misas.

Lo que quisiéramos que nos dijeses, ya que tan versado estás en la historia antigua, si la generosidad de Trasíbulo, de Pompeyo y de César fué ó no ventajosa al Estado. Si lo fué, necesario es que confieses que en el exámen y cotejo de las épocas te equivocaste de medio á medio, y que hiciste muy mal en comparar á nuestros moderados con los romanos y los atenienses. Si no lo fué, aquellos grandes hombres de la antigüedad debian haberte hecho eauto para no incurrir en los errores en que ellos incurrieron. *¿O sino de qué te sirve la historia para la vida práctica? ¿Que tienes que contestar á esto?*

Tú mismo con el libro de la historia en la mano dices en

*tu esposicion razonada* que pocas veces puede concebirse y ensayarse sin peligro un pensamiento filantrópico. Nos citas á César que despues de haber vivido entre los aplausos y los puñales quiso dar al mundo una amnistía, y murió víctima de este olvido. Nos citas á Neker que al empezar la revolucion francesa proclamó un principio de perdon, y abrumado bajo el peso de la irritacion universal, se vió obligado á fugarse, atravesando entre obstáculos y dieterios las mismas provincias que poco antes habia recorrido en medio de los aplausos y frenético entusiasmo de la muchedumbre. ¿Si sabias esto, no mereces que te suceda lo que sucedió á César por haber hecho lo mismo que hizo César, que te suceda lo mismo que sucedió á Neker por haber hecho lo mismo que hizo Neker? Las desgracias de Neker y de César te arrancan una infinidad de lamentos y reflexiones *á posteriori*, que casi casi te ridiculizan y te hacen acreedor á aquello de «á burro muerto la cebada al rabo.»

Para nosotros será siempre digno de consideracion y respeto el hombre que como César y Neker, guiado solo por el amor á sus semejantes, se sacrifica por ellos y se espone á ser su víctima. ¿Pero á la coligacion de que formaste parte presidia algun pensamiento filantrópico? ¿La idea de amnistía que surgió de la coligacion era hija de algun sentimiento generoso? No y mil veces no. Los partidos se coligaron para derribar á Espartero, considerándose cada cual de por sí demasiado débil para conseguirlo. La amnistía fué un pretesto, un medio, de ninguna manera un objeto. Despues que sin mas armas que la suposicion y la calumnia abrísteis en el prestigio del regente una dilatada brecha, despues de haber destruido su fuerza moral atribuyéndole conatos de prolongar la minoría de

Isabel y tener así tiempo de prepararse una dictadura ominosa para lo cual contaba con el apoyo de la Inglaterra, á cuya codicia ofreció en recompensa sacrificar nuestra industria, nuestro comercio y hasta nuestras posesiones ultramarinas; despues que el pueblo lo creyó todo porque lo decíais todos, es decir, los corifeos de todos los partidos y de todas las fracciones, seguros de que teníais todo el pueblo, momentáneamente seducido, á retaguardia de vuestras farsas, os unísteis en la arena parlamentaria y derribásteis el ministerio sin mas objeto que poner á Espartero en un conflicto. El regente para formar un nuevo gabinete llamó uno tras otro á los banderizos de todas las fracciones en que se dividía el còngreso, y como todos se habian dado el santo y seña, ninguno admitió el alto puesto que se le confiaba. Tú, Lopez, eras el ministro *in fieri* destinado por la coligacion á dar el golpe mortal á la regencia, y por esto todos los gefes de las fracciones coligadas rehusaron el ministerio para poner al regente en la dura necesidad de llamarte á tí.

¿Y qué hiciste tú cuando Espartero te llamó y cuando no le quedaba otro recurso que encargarte la formacion de un gabinete á pesar de sus justas repugnancias? Presentarle unas condiciones que se suicidase admitiéndolas y que no admitiéndolas se suicidase tambien. ¿Es esto noble, es esto filantrópico, es esto siquiera caballero?

El pobre pueblo, miserablemente engañado, se preparaba para hostilizar á Espartero. ¿Era justo que este en tan crítica ocasion llamase á los emigrados, á sus enemigos irreconciliables? ¿No hubiera sido esto querer engrosar las filas de los alucinados que pretendian derribarle?

El pobre pueblo es generoso, y creia en realidad, porque tú y los tuyos se lo habíais dicho, que la paz y la feli-

ciudad de España reclamaban el olvido de todos los delitos políticos. ¿Cómo, pues, podia Espartero rechazar un proyecto de amnistía que España entera habia acojido con entusiasmo ?

El pobre pueblo, no sin razon, estaba mal quisto con los que vosotros llamábais ayacuchos. Para confundir en un anatema comun á todos los esparteristas, á todos les aplicásteis este dictado, lo mismo á Lujan que á Infante, lo mismo á los San Miguel que á Rodil, lo mismo á Mendizabal que á Seoane, lo mismo á Zurbano que á Gonzalez. No admitiendo el regente el estudiado programa que le presentabas, tú no querias encargarte de formar el gabinete, y como este cargo lo habian ya rechazado las demas fracciones del congreso, no admitiéndolo tú, por precision Espartero habia de confiarlo á pesar suyo á los ayacuchos ó á los que injustamente designaba el público con este nombre. Pero como el pueblo odiaba á los ayacuchos, echando el regente mano de ellos léjos de conjurar la tempestad la volvia mas tremenda. Preciso es confesar que el plan era una obra de jesuitas, que estaba diestramente, diabólicamente combinado. Con tu programa metiste á Espartero en un laberinto sin salida; admitiéndolo se hundia, no admitiéndolo no querias tú encargarte de la formacion del ministerio, y tenia que confiarlo á los ayacuchos, con lo que se hundia tambien, á no ser que se le hubiese ocurrido pasarse sin ministerio.

¡ Cosa rara ! Napoleon hubiera hecho esto último. Hubiera montado á caballo, y seguido de una manga de granaderos habria disuelto á latigazos la farsa y los farsantes. Tal vez Narvaez sin ser Napoleon hubiera hecho lo mismo, y hubiera dicho: *yo mando y gobierno*. Pero Espartero, á pesar de lo mucho que le habeis calumniado, tenia mas

resolucion para romper un cuadro de valientes que una hoja de la Constitucion , y ha abierto muchas mas brechas en las murallas que en las leyes. Tenia la serena calma de un Odonell ; á tener tambien el ímpetu de torrente , la prontitud de rayo que caracteriza á Narvaez , los emigrados estarian aun en las márgenes del Sena haciendo castillos en el aire , y tú , Lopez , tú y los tuyos estariais..... tomando aun antiespasmódicos.

En un pais en que un Martinez de la Rosa pasa por sabio y por poeta , en un pais en que un Gonzalez Brabo ha presidido un gabinete y un Serrano se nombró ministro universal , bien podia el ilustre vencedor de Peñacerrada y Guardamino chasquear su látigo en el salon de Oriente. Si lo hubiese hecho , nosotros no lo hubiéramos aprobado ; pero esto no quiere decir que no le habria valido mas haberlo hecho.

Ahora , Lopez , que estás tocando los funestos resultados de tu obra , tratas en cierto modo de repudiarla , atribuyéndola á la coalicion del congreso y de la prensa. En realidad , del *Eco del Comercio* nació la idea de la coalicion y de la coalicion la amnistía , y el *Eco del Comercio* era el órgano de las opiniones de tu partido. Pero ya que para derribar á Espartero seguiste la marcha trazada por el *Eco del Comercio* , ¿ por qué no la seguiste tambien despues , cuando este mismo periódico , siendo tú ministro , enarboló la bandera de junta central ? ¿ En una y otra época no era acaso uno mismo el personal de la redaccion ? La idea de junta central te pareció un absurdo , y á las razones que alegas para desecharla contestaremos tal vez mas adelante ; ahora queremos concederte que era un absurdo , pero responde , menguado demócrata , revolucionario de tres al cuarto , ¿ cuándo los heróicos catalanes levanta-

ron la bandera de junta central, no se iban ya los moderados apoderando de la situacion? ¿No conociste que el movimiento de los centralistas era hostil á los moderados? ¿Qué te importaba el color de su bandera? ¿qué el lema escrito en ella? Cuando se trata de hacer una revolucion las banderas son no mas que un pretesto, y sea el que quiera el grito que den los revolucionarios, se traduce no mas que con esta palabra: REVOLUCION. Esto no debias tú ignorarlo. Acaso en el pronunciamiento contra Espartero que tanto impulso te dió y á que diste tanto impulso, ¿no se levantaron mil banderas distintas, mil gritos contradictorios? ¿no se pedia á la vez observancia estricta de la Constitucion y mayoría de Isabel II? ¿No vitoreaban los unos á la junta central y los otros á los emigrados? ¿Y hubo algun revolucionario que se opusiese á alguna de estas voces? ¿Te opusiste tú mismo? ¿Se opusieron el mismo Serrano, el mismo Gonzalez Brabo? No; porque todos queríais revolucion, y estas voces al fin y al cabo no querian decir mas que revolucion. Pero la revolucion no te acomodó despues cuando fuiste ya ministro, y por esto rechazaste el grito de los catalanes. No lo hubieras rechazado si hubieses previsto cuan próxima estaba tu caida. Junta central pidieron los catalanes al derribar á Espartero, y entonces les llamabas héroes; junta central pidieron despues de haberle derribado, y entonces les llamaste pillos. Por lo demas es sabido que todos los revolucionarios cobardes, todos los vocingleros fanfarrones, para conservarse en su puesto, evitar compromisos ó ahorrar-se los trabajos y peligros de la lucha, se escusan de pelear constantemente diciendo que no les gusta la bandera enarbolada, que cuando se enarbole la suya entonces acudirán al llamamiento. Despues del triunfo se acogen á la

sombra de cualquiera que lo haya obtenido como perros en agosto.

Un par de preguntas y concluyamos. Los emigrados ya están amnistiados, ¿y ellos á nosotros cuando nos amnistían? ¿cuándo amnistían á sus amnistiadores? ¿Si mañana ú otro dia un gobierno salido del partido moderado emprende una marcha reaccionaria que le arrastre mucho mas allá de lo que los mismos moderados quisieran, se unirán estos á los progresistas para derribarlo? ¿Levantarán una bandera de reconciliacion á cuya sombra se unan todos los españoles honrados para labrar juntos la felicidad del pais? ¿ó piensan ellos poder labrarla por sí solos? ¿ó ellos solos se creen los honrados? ¿Espondrán su existencia en una lucha que tienda á arrancar del poder un decreto de amnistía á favor de los progresistas emigrados, á favor de los que gimen en los calabozos, de los que encanecen en los presidios? Lopez, antes de amnistiar á los moderados debias saber si algun dia los liberales podrian dirigirte estas preguntas, y si tú podrias contestar á ellas satisfactoriamente. Haz bien y no mires á quien. Este bello principio en política no tiene aplicacion, como no sea tomándolo en un sentido inverso. No hagas bien sin mirar á quien.

No solo tú, sino el mismo regente, carecíais de facultades para amnistiar á los emigrados, mientras las instituciones no estuviesen aseguradas hasta el punto de no temer adversarios de ninguna especie. Aplaudimos la conducta del hombre que perdona á sus enemigos personales, y que pasa por su corazon agraviado la esponja del olvido para borrar hasta el recuerdo de todas las ofensas. Un individuo puede correr el riesgo de ver recompensada su generosidad

con nuevos agravios , pero á este riesgo no debe jamás esponer su patria. ¿Quién eres tú, quién es un ministro, un regente, un congreso para aventurar en un acto generoso la suerte de todo un pueblo? Si tienes un enemigo que solo pueda dañarte á tí, perdónalo en buen hora ; si un asesino está amarrado y desea romper sus cadenas sin mas objeto que ejercitar en tí su ferocidad , ayúdale tú mismo á romperlas ; pero si desea al mismo tiempo que en tí ejercitarla en otros y rompes los hierros que le vuelven impotente, tu generosidad será un crimen que nunca deberán perdonarte los que de ella sean víctimás. En este caso se encuentran los progresistas. ¿Crees que te perdonarán jamás el proyecto de amnistía, que solo les ha valido persecuciones y trabajos? ¿Qué les importa que tú seas tambien mártir? Ellos lo son, y de esto es precisamente de lo que te piden estrecha cuenta.



---

## PERÍODO DE LA REVOLUCION.

### HECHOS MAS NOTABLES EN ÉL OCURRIDOS.

#### IV.

**N**os hemos propuesto seguir al señor Lopez paso á paso en la crítica de su intempestivo folleto porque no encontramos en él ni una sola idea, ni una sola palabra que no reclame una pronta y severa refutación. « Todos lamentamos, dice Lopez, el cambio general que se ha obrado en nuestra situacion política. » Es falso, absolutamente falso lo que dice el ex-tribuno, porque jamás el hombre lamenta los males que produce voluntariamente; porque los lamentos se quedan para los que sufrimos las consecuencias de los tristes acontecimientos en que no tuvimos arte ni parte, y aun para aquellos que contribuyendo de buena fe á la revolucion de 1843 no pudieron remediar el

mal cuando estaban bien penetrados de su error. Pero ¿puede decir lo mismo el señor Lopez?

No le niego el saber para arengarnos  
con pico de cotorra peregrino ;  
mas le niego el saber para obligarnos  
á comulgar con ruedas de molino.

Contradicciones hay en el folleto de Lopez que parecen guindas en lo garrafales ; pero contradicciones hijas de la obstinacion de su incalificable amor propio , que casi obligan á convertir en odio la compasion que el autor nos inspira. Esfuérsase en probar que él y todos sus consortes en el gobierno provisional abrigaban esos sentimientos filantrópicos que producen siempre la caida de los que los ponen en práctica , y por mas convencido que se halla de que las amnistías son perjudiciales al poder que las otorga , no está todavía arrepentido de su amnistía , y casi casi le vemos inclinado á conceder otra cuando vuelva á mandar en España , si fuera posible que el señor Lopez volviera á mandar otra vez. Esfuérsase asimismo en probar que los moderados se apoderaban de las juntas y del ejército con visibles deseos de preponderar en la revolucion , y al mismo tiempo se esfuerza en probar que no podia menos de concederse á los moderados todo lo que pedian por la escasez de gefes progresistas. ¡A cuantas reflexiones da lugar el ex-tribuno con su malhadado folleto ! Nosotros no somos de la opinion del señor Lopez respecto de las amnistías : creemos que hay circunstancias en que pueden concederse sin esponer las naciones á un trastorno lamentable , y que hay otras , y la del año 43 puede incluirse en este número , que producen la muerte del que las otorga.

Pero puesto que el señor Lopez cree por regla general que una amnistía equivale á un suicidio, de lo cual ofrece la historia tan palpables ejemplos, ¿por qué tuvo tanto empeño en suicidarse? ¿Por qué quiso proscribir al partido progresista á ciencia cierta con las amargas lecciones de la historia en la mano? Acaso insistiria el señor Lopez en que Espartero era tan malo, que ni los moderados ni otros podian nunca jamás ser peores. Acaso dirá él, y esto es un suponer, que cuando un viagero se ve acometido por dos fieras debe primero asesinar á la una para poder luchar despues cuerpo á cuerpo con la otra. Esto parece que es lo que aconseja el espíritu de conservacion; pero nosotros á fuer de caballeros y leales jamás nos uniríamos á un tigre para vencer á un leon.

Por lo demas, la escasez de gefes liberales de que se queja el señor Lopez es una calumnia y una injuria mas al partido progresista. Es añadir el insulto al agravio, y sobre toda es una mentira. Pues qué ¿habian desaparecido del mundo todos los beneméritos militares que en la guerra contra D. Cárlos prodigaron por la patria su sangre generosa? Y suponiendo por un momento que faltaban gefes de superior graduacion, ¿no habia brigadieres? ¿no habia coroneles? ¿no habia capitanes? Se nos dirá que la ordenanza, las leyes y la costumbre no consienten que un subalterno, por muy buenas cualidades que le recomienden, pueda abarcar un mando militar superior á su graduacion. Esto debe entenderse asi en un estado normal; pero en circunstancias críticas, cuando la suerte de la patria está comprometida, todas las leyes humanas deben ceder ante la ley de la necesidad. Pongamos un ejemplo. ¿Qué deberíamos hacer en el caso de una invasion estrangera, teniendo soldados de sobra y faltando gefes

entendidos que los dirigiesen á la victoria? ¿Qué haríamos si nos viéramos precisados á elegir entre un general carlista y un capitán liberal? El señor Lopez puede que optara por Cabrera ó Villareal; pero nosotros, que solo apetecemos honradez y valor en los militares, y que creemos que los grados no dan ciencia, desde luego nos pondríamos á las órdenes de un teniente ó de un cabo de tambores primero que á las de Cabrera, porque despues de la derrota de los franceses ó de los rusos vendria la dominacion de los carlistas, dominacion mas temible que la de los rusos y mahometanos. El señor Lopez se entregó á los emigrados porque eran enemigos de Ešpartero, convencido de que tambien eran enemigos de los liberales. Sus razones tendria Lopez y sus cuentas se echaria para obrar de este modo; porque hombres de su talento y de su esperiencia jamás dejan de conocer el mal que hacen, y cuando hacen el mal es siempre con su cuenta y razon.

¡Qué cálculos tan alegres debió echarse el señor Lopez al hacer traicion á su partido! ¿Creeria ser ministro inamovible? ¿creeria ganar entre los moderados las simpatías que habia perdido entre los progresistas y prolongar por este medio su dominacion hasta el día del juicio? ¡Pobre Lopez! Los moderados pagan bien al principio, pero saben descartarse despues y hasta olvidar á los que los han favorecido. Y cuidado que cuando hablamos de pagar, no queremos decir que el señor Lopez recibiera dinero, porque ignoramos si lo recibió ó dejó de recibirlo. Hay muchos modos de recompensar los servicios, como por ejemplo, hacerle á uno ministro, á otro gefe político, á otro embajador, á otro comisario régio, á otro título, gran cruz, etc. El premio del señor Lopez fué mas original.

Fué el premio que merecía  
 su democrática fe,  
 pues le premiaron, ¿ con qué?  
 —¡ Pobre D. Joaquin María!  
 pegándole un puntapié.

Pero continuando la crítica del folleto del señor Lopez, que es una de sus peores obras, y eso que las ha hecho muy malas, copiaremos algunos renglones.

«Cuando se suponía, dice, que el Regente, seguido de un numeroso ejército, se dirigía contra Valencia, aparecieron en las plazas de esta varios emigrados que pasaron á manos de la junta una sentida esposicion que por su importancia nos permitiremos copiar.»

Nosotros no queremos copiar toda la esposicion de los emigrados, porque es uno de esos documentos amazacotados y nauseabundos que dan una pobre idea de nuestra floresciente literatura. ¡En tales manos andaba el panderó! Pero como á pesar de todos sus defectos ha tenido tanta importancia en los sucesos, y como por otra parte la dichosa ó desdichada esposicion bastaba por sí sola para desengañar á los crédulos de buena índole, sin que lograsen desengañar al señor Lopez, que en aquellas aciagas circunstancias veía todo lo contrario de lo que veían los liberales, citaremos un trozo que por sí solo, atendiendo á las personas que firmaban, dice mas de lo que nosotros pudiéramos decir en muchos tomos.

«Sus pechos cubiertos de cicatrices, decían los firmantes, han sido por espacio de siete años el baluarte de la libertad.»

Uno de los que firmaban dicha esposicion era procedente del convenio de Vergara; nosotros no sabemos

nada, porque ni siquiera sabemos lo que significa «bailuarte de la libertad.»

Tambien dicen los firmantes que fueron durante los siete años el escudo de la real Huérfana, y despues añaden: «Jamás, nunca sus espadas habrian podido desenvainarse contra objetos tan caros. Esa torpe calumnia es ya de todos conocida.»

No sabemos nada, lo repetimos, porque tampoco sabemos qué cosa es desenvainar una espada contra un objeto, sino se combate el objeto con espada en mano. Pero hemos dicho mal; nosotros sabemos mucho, puesto que en lugar de una hemos encontrado tres soluciones al verbo *desenvainar*. Pudiera ser que el que servia á las órdenes de D. Carlos gastara sable en vez de espada, y en este caso no tenia que desenvainar la espada, sino el sable; pudiera ser que no se hallara en ningun combate durante los siete años, y por consecuencia no tuviera necesidad de desenvainar sable ni espada; y pudiera ser que este militar tuviera siempre la espada desenvainada, en cuyo caso no tenia que desenvainarla nunca para pelear, y esta última solucion es la mas verosimil, puesto que el firmante asegura tener el pecho *cubierto de cicatrices*.

Señor de Lopez, y aquí digo lo que decia el otro: ¿quiere V. mas ó tapo? Nos parece que no es V. tan simple que no pudiera pescar al primer golpe de vista esta palpable contradiccion; porque si bien es verdad que todos, menos uno, tenian derecho para blasonar de liberales hasta aquella fecha, tambien lo es que este uno no tenia derecho para firmar lo que podian firmar sus compañeros de emigracion, y que cuando ingresaba en las filas de la libertad con hoja de servicios supuesta y sus compañeros la prohijaban, faltando á la exactitud en los

antecedentes, del mismo modo podrian hallarse dispuestos á faltar á ella en los consiguientes. Desde aquel momento los buenos liberales desconfiaron de las promesas y protestas de liberalismo que hacian los emigrados, y solo V., señor Lopez, hizo precisamente todo lo contrario.

Ergo, ergo, ergo, ergo,  
fuertes sospechas albergo.

Tal vez cuando esto aseguro  
y te doy duro y mas duro  
me falte moderacion,  
pero desde luego juro  
que no me falta razon.

Pues sino soy un inepto  
y á llamar siempre me inclino  
al pan pan y al vino vino;  
la razon en mi concepto  
no tiene mas que un camino.

Este, tribuno famoso,  
es mi modo de pensar,  
y como soy tan bilioso  
que nunca he podido dar  
blando, blando, blando, blando,  
por mucho que lo procuro;  
voy á continuarte dando  
duro, duro, duro, duro.

Y tenemos un derecho á ser inexorables con el señor Lopez, porque no son suposiciones gratuitas las que hacemos al dirigirle nuestra filípica. Hemos probado que todos previmos el desenlace que podian tener los acontecimientos de 1843 tan luego como los emigrados de

Valencia se prestaron *generosa y desinteresadamente* á apoderarse del ejército, y que el señor Lopez, cuyo talento somos los primeros en reconocer, debía conocer tambien y preveer tan fatales consecuencias. Pero no necesitamos probar lo que el mismo Lopez confiesa en la página 57 de su folleto. «Mientras esto sucedia (dice hablando de la entrada de los emigrados en Valencia), y en tanto que se obraba tan repentina mudanza, que no podia menos de *cambiar* la faz de los negocios públicos, las personas que habian formado el ministerio de mayo se habian retirado á su vida aislada y oscura, y miraban desde lejos como espectadores pasivos la nueva marcha de las cosas, *preveyendo el triste desenlace á que podria conducir*. No era difícil calcular que el partido moderado iba á adquirir demasiado influjo y poder, etc.»

Aquí se ve claramente que el señor Lopez conoció el daño y no quiso poner el remedio, y este hombre que hizo el mal á sabiendas, ¿querrá todavía que los liberales le tratemos con indulgencia? ¿Querrá todavía pertenecer á un partido puro y acrisolado que no necesita al señor Lopez, y que le rechaza con indignacion de su seno porque le sobra su honradez y su perseverancia para triunfar? ¿Y el señor Lopez, á quien tal vez perdonaríamos si presentándose mas modesto dijera: «he sido un ignorante, pero estoy arrepentido de mi ignorancia» se atreve á echar plantas y á decir que todos hemos pecado y, lo que es mas inconcebible todavía, á justificar todos los actos y todas las infracciones del gobierno provisional?

Cosas tenedes Joaquin  
que farán hablar las piedras.

Dice D. Joaquin que siempre ha sido progresista: nosotros creemos que D. Joaquin jamás ha sido progresista, y podríamos probarlo recorriendo uno por uno todos los pasos de su vida política. No somos tan rencorosos y desapiadados que dirijamos la vista muy atras, porque no necesitamos observar á D. Joaquin mas que en los últimos años, cuando tan liberal se ha presentado, para probarle que nunca ha sido liberal. Citaremos un hecho en apoyo de nuestra opinion, y estamos seguros de no ser desmentidos.

En setiembre de 1840, despues de la revolucion que quedó muerta por la impotencia y mala fe de sus directores, escribíamos diariamente hojas revolucionarias D. Manuel García Uzal, D. José Gutierrez Solana y Juan Martinez Villergas, servidor de VV. Una de aquellas hojas fué denunciada en concepto de subversiva, y como autores y responsables del papel entramos en la cárcel los tres susodichos autores. Llegó el dia de reunirse el jurado de calificacion, y se presentaron á defender los tres artículos que contenia el papel los señores D. Joaquin María Lopez, el conde de las Navas y D. Eugenio Moreno Lopez. Escusado será decir que la hoja estaba escrita en el sentido mas liberal y mas democrático, proclamando en ella el *voto universal* consecuente á nuestros principios. ¡Grandes esperanzas concebimos al ver que el señor D. Joaquin María Lopez se prestaba á defender principios tan saludables, y que ofrecian un campo inmenso al fuego abrasador de su imaginacion poética! Pero nos llevamos un solemne chasco.

El señor Lopez empezó su discurso haciendo una advertencia que le honraba poco, al mismo tiempo como liberal que como defensor. Entró diciendo que no

participaba de las ideas vertidas en la hoja volante, pero que se habia ofrecido á defenderlas y las defendia.

Este es D. Joaquin María Lopez.

Hemos dicho que la tal advertencia era poca honrosa para el político; porque vociferando siempre los principios de libertad mas avanzados, cometia una inconsecuencia garrafal abandonándolos cuando con mas firmeza debian proclamarse. Decimos tambien que honraba poco al defensor por dos razones; la primera porque su manifestacion estemporánea, que era una condenacion implicita del impreso denunciado, equivalia á decir á los jueces: «Vosotros debéis condenar este escrito porque es sedicioso, aunque lo defienda yo»; y la otra razon que tenemos para calificar tan severamente la advertencia de Lopez es mas trascendental. ¿Se ha visto en el mundo anomalía como la de defender un hombre ideas que al mismo tiempo rechaza? ¿Pueden merecer algun crédito en el ánimo de los jueces las palabras de un defensor que empieza condenando á su cliente? ¿Merece perdon el hombre que defiende doctrinas en la íntima conviccion de que son malas? Pues el señor Lopez defendió un escrito que declaró estar muy distante de sus ideas, cuando tanta severidad de principios debia manifestar el que aspiraba á representar una bandera política, y defendió á los acusados acusándolos implicitamente de anarquistas, cuando el deber del abogado está en identificarse con los principios que defiende, ó por lo menos disimular su repugnancia á estos principios á fin de no prevenir en contra el ánimo de los jueces.

Este es el señor D. Joaquin María Lopez.

Pero prosigamos, que lo peor de la historia no está en el principio sino en el fin, bien peregrino por cierto.

Siguió el conde de las Navas á Lopez en el uso de la palabra, y este antiguo adalid de la libertad, en quien resalta la franqueza castellana, dijo: «Que puesto que Lopez habia hecho su profesion de fe política, él debia hacerla tambien diciendo que Lopez hacia muy mal en abandonar los principios democráticos, y que él los acogia y los defendia con entusiasmo porque solo la democracia podia asegurar un venturoso porvenir al pueblo.

Una estrepitosa salva de aplausos y vivas resonaron en el salon, y el orador, cuando se hubo restablecido el silencio, continuó: «¡Sí, señores, desfiendo á los acusados porque desfiendo mis principios, que son los únicos principios que nos pueden salvar, y al lado de la juventud democrática los defenderé tambien el dia que esta tremole su magnífico estandarte! ¡Ojalá fuera mañana!»

Segunda vez fué interrumpido el conde de las Navas, cuyos sentimientos liberales inflamaban el corazon de todos los que le escuchaban. El resultado fué la absolucion por unanimidad del papel denunciado, y los tres autores del impreso salimos en libertad desde el jurado. Vamos al fin de nuestra historia. El conocido demócrata Olavarría, que asistió al acto, interrogó al señor Lopez al salir del salon sobre el motivo de haber abandonado tan intempestivamente los principios liberales. ¿Qué se les figura á VV. que contestó Lopez? Contestó que si habia dicho aquello del sufragio universal, era porque ignoraba que el pueblo estuviese tan adelantado.

Este es el escelentísimo señor D. Joaquin María Lopez.

Y nosotros preguntamos, ¿es esta contestacion digna, no diremos de un gefe, sino de un hombre de partido? ¿Necesita el orador saber cómo piensa el público

que le oye para emitir sus opiniones? ¿Podía el señor Lopez dudar que la mayoría de los que le escuchaban eran liberales? Y cuando estuviera convencido de lo contrario ¿no era mas digno, no era mas noble, no era mas laudable defender con valor sus opiniones? Pero el señor Lopez solo quiere bailar al son que le tocan, asi como Mirabeau recobraba mas energía y mas valor cuanto mas formidable era la oposicion de sus oyentes. Hé aquí la diferencia del orador de la revolucion francesa al orador de los pronunciamientos de España. Mirabeau queria hacer prevalecer á todo trance sus principios; queria, como dijo en una sesion, salir de la tribuna vencedor ó muerto, en tanto que el señor Lopez no solicita mas que aplausos, y se le da muy poco no salir vencedor de la tribuna con tal de salir aplaudido. Este es Lopez.

Pero todos estos rasgos de valor cívico eran de esperar en un hombre que ha escrito en su folleto, refiriendo la guerra que en su nombre se hizo á Espartero, «Yo me hallaba tomando los baños de Archena, desde cuyo punto, á traves de mil obstáculos y peligros, me vine á la córte, donde tuve que permanecer oculto hasta la entrada del ejército y del ministro universal.»

¡Oculto! ¡qué vergüenza! ¡O estabas ó no conforme con la revolucion, amigo Lopez! Sino lo estabas, debiste dar un manifiesto al público diciendo que se abusaba de tu nombre para producir en España un trastorno que no podia merecer tu aprobacion. Si estabas conforme con la revolucion debiste correr, volar á infundir ánimo á tus amigos, á pelear hasta morir al lado de los que querian salvar á España invocando tu nombre. Pero no, era mas agradable esperar la resolucion del problema debajo de la

eama. ¿Y eres tú el que en las córtes y en tu folleto te has comparado con Danton, con el hombre que iba á la guillotina con tanta frescura como tú á paseo? Desengáñate, Lopez, tienes muy poco de Danton, y si tienes algo es tan poco que parece que no tienes nada. Tienes talento, y serias un gran orador revolucionario si las revoluciones no fueran peligrosas; es decir, que serias buen guerrero en tiempo de paz.

¡Cosa estraña! No hace todavía tres años que atacábamos al señor Lopez en otra publicacion política, y este ataque era generalmente reprobado por los progresistas, que veian en Lopez la personificacion de la española libertad. Nosotros le hemos seguido la pista mucho tiempo y hace muchos años que desconfiamos de él, como hace muchos años que previmos la apostasía de Gonzalez Brabo. Pocos dias despues de la defensa de que hemos hablado se instaló un semi-ateneo progresista en la casa contigua, y creo que perteneciente al convento de Capuchinos del Prado. Allí se explicaba la economía política por el señor Villalta, turroneo de los progresistas, en tiempo de los progresistas y despues de los progresistas. Se explicaba literatura por el intolerante demagogo don Luis Gonzalez Brabo, que traia por los cabellos la política en sus lecciones, para probar enfáticamente que vale mas el zapato de un pobre artesano que los blasones y las coronas y que todos los pergaminos de la aristocracia, al mismo tiempo que en la calle abandonaba la compañía de sus mas caros correigionarios para colgarse del brazo de un aristócrata. Allí explicaba derecho político D. Joaquin María Lopez, cuyas ideas exageradas hacian olvidar la memoria de Robespierre, sentando doctrinas que habia combatido en las córtes y en otros lugares, y entre

ellas la del sistema electoral, manifestándose el orador de Capuchinos decididamente partidario del sufragio universal, manifestacion que le valió los aplausos que solicitaba. ¿Qué idea debíamos formar del hombre que no tenia creencias fijas, puesto que medía sus inspiraciones al compas de las exigencias del público que le escuchaba? La que debíamos formar de Gonzalez Brabo al contemplar los humos aristocráticos de su democracia. Que ni uno ni otro podian ofrecer garantías al partido liberal, porque ni uno ni otro tenian instintos liberales arraigados por la conviccion. Lo repetimos, muchos progresistas dudaron de nuestra buena fe cuando combatíamos ó mas bien negábamos la buena fe de Lopez y de Brabo; pero estos honrados progresistas no tardaron en darnos satisfacciones cuando palparon los resultados de la mas torpe de las coaliciones. ¡Coalicion! palabra inventada por el genio del mal para tormento de los hombres de bien. Palabra que en 1843 era un sinónimo de *turron*, como vamos á probarlo con el libro de los hechos en la mano. Pero los misterios de la coalicion de 1843 merecen por su importancia tratarse con alguna estension en el siguiente capítulo.

---

Nosotros la hemos visto siempre por ser el más  
 el más ministro. Pero que siendo ministro, se  
 conservaba las ideas en que los corrientes progresistas  
 se han transformado en las políticas, y luego cuando  
 molestia de preguntar á todos los señores de la  
 clase de pájaros han estado en el mundo. En los registros de  
 la casa de los López y en los de los demás se refiere  
 á política, en consecuencia con que de progre-

V.

De por ende era el ministro con el partido del  
 año 1857, el más fuerte en el momento de la guerra.  
 Si nos dice que las reformas que en el día se hacen  
 en el mundo los cambios un gran número de personas,  
 sino de las cosas mismas que cambian en el

**A** mediados de mayo dominaban las ideas progresistas; en fines de julio se miraba preponderante el partido moderado.» Asi lo dices, Lopez, y luego preguntas si esta transformacion fué debida á los individuos que formaron el ministerio en el primer período.

En primer lugar ES FALSO que á mediados de mayo dominasen las ideas progresistas, á no ser que entiendas por dominar las ideas progresistas el dominar tú y los tuyos, es decir, el ser tú ministro y ministros los de tu calaña.

El dominio de los hombres no es el de los principios, y puede muy bien suceder que aquellos sean ministros sin por esto dominar los principios del partido á que pertenecen ó suponen pertenecer los ministros.

Hemos visto dominar muchas veces á los santones del partido progresista; al partido progresista no le hemos visto dominar JAMAS.

Dinos si no cuándo ha dominado.

Nosotros le hemos visto siempre perseguido, lo mismo siendo ministro Juan que siendo ministro Diego; recorre todas las épocas en que los corifeos progresistas se han repantigado en las poltronas, y luego tómate la molestia de preguntar á todos los Alcaldes de España qué clase de pájaros han tenido enjaulados. En los registros de la casa de *Poco Trigo* apenas, por lo que se refiere á política, encontrarás apellidos mas que de progresistas.

¿De qué color era el ministerio en el período del año 1837, el mas fecundo en deportaciones de liberales? Si nos dices que las vejaciones que en distintas provincias sufrían los ciudadanos no eran obra del gobierno, sino de los gefes militares que constituyéndose en ellas dictadores en uso de sus facultades omnímodas atentaban contra la seguridad individual, nosotros te replicaremos que si el gobierno no tenía la culpa de los actos despóticos de los gefes de las provincias, la tenía de mandar á las provincias gefes que cometiesen actos despóticos ó al menos de conservarlos en ellas despues de haber cometido la primera arbitrariedad con lo que, si no se les autorizaba, se les daba al menos ocasion para cometer la segunda.

¿Pero qué? ¿acaso no fuiste tú el autor fecundo y el encomiador acérrimo de las medidas extraordinarias? ¿Acaso no se te debe la ley ó decreto, ó como quieras llamarlo, que concedía facultades á los gefes de las provincias para deportar á los españoles?

Por supuesto, tú creías de buena fe que esta ley ó decreto, ó como quieras llamarlo, obraría solamente contra los enemigos de la libertad; tú creías que los gefes

de las provincias solo harian uso de sus facultades para desbaratar los planes de los conspiradores carlistas; creias que á toda deportacion precederia la correspondiente formacion de causa, que ninguna duraria mas de medio año, y que nadie seria deportado mas allá de las islas adyacentes.

Lopez, creiste muy mal. Las medidas que en mal hora inventaste para reprimir á los enemigos de la libertad sirvieron para reprimir á sus amigos; en lugar de destruir las maquinaciones de los carlistas, castigaron el entusiasmo de los buenos patriotas; los gefes de las provincias, en obsequio á la brevedad, prescindieron de formar causas, y los deportados lo fueron no á las islas adyacentes, sino á las ultramarinas, y no por medio año, sino por tiempo ilimitado.

Tú creias otra cosa, tu buena fe fué astutamente sorprendida.

Hombre de la buena fe, hombre de los credos;

Tus credos y tu buena fe han causado mas desastres á la patria y mas infortunios á los inocentes, han costado mas sangre á los patriotas y mas lágrimas á las familias, que toda la intolerancia de los partidos y que todo el furor de sus corifeos.

Nosotros no creemos que tú creas, ni tenemos fe en tu fe.

Si tuvieses fe y creencias, tiempo hace que hubieras reparado los desaciertos que hacen pesar calamidades sin cuento sobre tus pobres hermanos, ó hubieras muerto en la demanda, y si tu pequeño corazon es tan poco susceptible de dilatarse que ni basta la desesperacion para engrandecerlo, ni la ingratitud para reaccionarlo, ni el amor propio para infundirle brio, debias, como un hom-

bre cobarde pero honrado, haber muerto al menos de pena, de remordimientos y de vergüenza.

¡Cuántos de los que tuvieron la desgracia de creerte, consideraron esta desgracia como un crimen y lo han sabido espiar trágicamente!

¡Cuántos de los que por seguir tu impulso contribuyeron á matar el progreso, despues de haber visto el mal que hicieron sin saberlo, se empeñaron en repararlo y borraron con su sangre la nota de infieles á sus antiguas banderas!

¡Cuántos que hubieran dado su vida para conservar la tuya, que te adoraban, que te idolatraban, en la lucha fatal que provocaste contra Espartero pelearon á la sombra de la bandera que tú levantaste, porque creyeron que tu bandera era la bandera de la libertad, y despues cuando conocieron su error, á pesar de que su error era obra tuya, obra del amor que te tenian, les llamaste desorganizadores, anarquistas, pillos, sin mas motivo que haber levantado el estandarte de la junta central, único refugio que quedaba al progreso proscrito!

Mientras tú, siendo todavía ministro, les insultabas desde el seno de las córtes, ellos, verdaderos apóstoles de la libertad, heróicos mártires de sus principios, caian á centenares envueltos en la metralla y en los cascos de las bombas que disparaba el moderantismo, en cuyas manos pusiste tú la mecha destructora.

Y todos al caer te maldecian, ellos que te habian querido tanto.....

Otros hubo mas heróicos aun, mas gloriosos, mas desprendidos, que fueron bastante cautos para no dejarse deslumbrar por el superficial mogate de patriotismo con que vidriabas tu ambicion, y verdaderamente creyeron

leer en el programa funesto que presentaste á Espartero el dictámen fiscal que pedia la pena de muerte para el partido progresista. El progreso cayó, y á pesar de que ellos no habian contribuido á derribarlo, á pesar de que les era lícito, sin correr los compromisos de una lucha desigual, llorar en silencio los infortunios de la patria y decir á los progresistas coligados: «á vosotros toca, si quereis en lo sucesivo llevar el nombre de buenos patriotas, levantar vuestro partido ya que vosotros lo habeis hundido,» á pesar de que no tenian ningun error que reparar, ni que purgar ninguna culpa, ni que acallar ningun remordimiento, quisieron dar su sangre por cordial á su partido moribundo, y los unos perecieron en el campo, los otros en el cadalso, y los que han sobrevivido á la catástrofe mendigan el pan de la proscripcion en playas estranjeras, sin que ninguna amnistía les abra las puertas de esta patria donde han dejado los huesos de sus abuelos y no podrán tal vez dejar los suyos.

¿Y tú qué has hecho mientras tanto? ¿Qué te debe el progreso en sus últimos momentos? ¿Qué pruebas has dado de arrepentimiento? ¡Ni siquiera te has muerto de vergüenza!

¿Y qué menos podias dar que la vida para reparar tus grandes desaciertos que á tantos han dado la muerte?

Responde, ¿qué has hecho mientras por tu culpa la sangre liberal ha corrido á torrentes?

Has hecho un manifiesto, una esposicion razonada.

¡Digno presente que te consagra á tí mismo tu espíritu egoista!

No es esto lo que el pueblo te pide y tiene derecho á exigir de tí; el pueblo no te pide que te escuses sino

que le salves , ni desea que aligeres tu conciencia sino que aligeres sus penas. Solo aligerando estas puedes aligerar aquella.

¡ Peregrina idea la del médico que despues de haber desconocido el mal ó no haber acertado el remedio, se empeña en manifestar la esclencia de su plan curativo al moribundo que está dando las ultimas boqueadas!

¡ Peregrina idea la tuya que despues de haber causado tanto mal te empeñas todavía en decir que has obrado muy bien!

Déjate de manifiestos , Lopez , porque peor es menallo.

¡ Y tanto como es peor ! se necesita la paciencia de un santo , que sobre ser santo sea aleman y relojero , para no llenarse de ira al ver que no contento con quererte justificar, lo que es algo mas dificil que encontrar la cuadratura del círculo , tienes aun la osadía , la desfachatez, el cinismo de retar á tus mismas víctimas , exclamando con todo el orgullo , con toda la seguridad del que tiene razon: *El que se crea sin falta , que arroje la primera piedra.*

¡ Miserable !

Póngante mañana á la vergüenza en medio de una plaza pública , y la verás en un momento desempedrada.

Verás centenares de familias, cubiertas de luto, disputarse las piedras de la plaza con mas afan que si fuesen diamantes caidos de la corona de una emperatriz.

Y se las disputarán para arrojárte las , y creerán cumplir con esto con un deber de conciencia.

Porque , ya lo hemos dicho en el epígrafe con que encabezamos este libro , todo parisiense debe á su paso arrojar una piedra á Perrinet-Leclerq ; todo español al

conde D. Julian; todo cristiano á Judas, y todo hombre á Satanás.

Pero esto seria una injusticia ¿no es verdad? seria un atropellamiento inicuo, la mayor de las injusticias, el mayor de los atropellamientos.

Porque tú no tienes la culpa de nada de lo que está pasando, tú no tienes la culpa de que los moderados se hayan apoderado de la situacion; la tienen exclusivamente las juntas que se apresuraron á confiárselo todo á ellos, dándoles con los cargos militares y civiles una superioridad funesta de que tan fácil les fué despues abusar.

¡ Pedradas, pues, á las juntas! ¡ pícaras juntas!

¿ En qué oscuro y solitario rincon te habia obligado el miedo á guarecerte de la tempestad que tú mismo provocaste, que no te fué posible ver lo que las juntas hacian? Aunque te cegasen cataratas no podia pasar desapercibida por delante de tus ojos la transformacion política que empezó la España á sufrir desde que se instaló la primera junta. Las juntas lo confiaban todo al partido moderado; moderado era de consiguiente el carácter del pronunciamiento, que sin embargo se verificaba invocando tu programa y tu nombre, y tú, que de progresista te precias, en lugar de protestar contra una revolucion anti-progresista, la autorizaste con tu silencio que tan obligado estabas á romper. Juntas hubo compuestas no ya de retrógrados, sino de absolutistas netos; en todas partes los carlistas levantaron la cabeza; en algunas los mas ardientes patriotas se vieron apaleados por los bandidos de Palillos, y en no pocas el poder monacal desplegó toda su fiereza y llegó á concebir esperanzas de hacer retrogradar á los españoles hasta los tiempos de Felipe II. ¡ Y tú callabas! ¡ tú dabas un consentimiento tá-

cito á todos estos escesos! ¡tú permitiste que tu nombre se profanase hasta el extremo de servir á los inquisidores de voz de alarma y de grito de guerra para atropellar á los liberales de todos los matices! Los periódicos llamados ayacuchos, únicos á la sazón para quienes habia libertad de imprenta, diariamente denunciaban los abusos que los apostólicos estaban cometiendo á la sombra de la bandera que tú habias enarbolado, y te rogaban por tu honor que digeses si eras ó no cómplice en los atentados de que muchos liberales eran víctimas, si era aquella la decantada reconciliación que tú querias; te rogaban que pronunciases una palabra, no mas que una palabra, para desengañar á los unos ó á los otros.

¡Y tú callabas! Tal vez escondido, agazapado en un sótano, el miedo y el frío te hacian temblar como si te hallases en el primer período de una calentura intermitente.

De nuevo los periódicos te rogaban que hablaras, y tú callando, callando, siempre callando.

¡Lopez ha muerto! decíamos nosotros: pero no, no ha muerto, porque si hubiese muerto sabríamos al menos algo de su cadáver. Lopez ha perdido hasta el cadáver; se ha evaporado como su patriotismo, se ha derretido, aniquilado, anulado; ni ha dejado alma para el demonio, ni cuerpo para los gusanos.....

Luego pareció, hicimos la señal de la cruz y cantamos el *resurrexit*.

¡Milagro! ¡milagro!

Pareció cuando hubo calmado la tempestad como un hambriento conejo cuando ha cesado el viento que no le permitia recorrer la llanura. El tambien estaba hambriento, hambriento de aplausos, hambriento de hablar, ham-

briento de figurar, hambriento de aire, de luz, y sobre todo de ministerio.

Nosotros no le vimos salir de su escondite, donde sin duda estaba metido como un muerto en un nicho, como un cigarro en un cajon, como una sardina en un barril, como un lechino en el seno de una llaga fungosa, pero es seguro que salió muy gradualmente, que primero asomó la cabeza por la boca del escondrijo como un reptil por la hendidura de un murallon, que al menor ruido la volvía dentro y luego la volvía á sacar, que así estuvo largo tiempo encojiendo y estirando el gaxnate con toda la elasticidad de uno de esos muñecos de cañutillo contenidos por un tapon en el hueco de un alfiletero, y que por fin cuando hubo perdido todo el miedo, despues de mucho rato que ya no debia tener ninguno, salió disparado de su chirivital, para ir á cojer el turron, con tanto ímpetu como el líquido empujado por el émbolo de una jeringa.

¡ Milagro ! ¡ milagro ! salió sin estar cubierto de polvo, ni lleno de telarañas, ni roido de ratones.

Solo nos pareció que, á consecuencia sin duda del emparedamiento á que su pusilanimidad le habia condenado, habia disminuido de estatura, se conoce que como si hubiese sufrido la compresion de una prensa hidráulica, sus ternillas intervertebrales se habian adelgazado considerablemente; mas diremos, su cuerpo todo se habia transformado tanto casi como su política; esta se amoldó á las exigencias de los moderados de que era instrumento, aquel á las paredes de la guarida en que estaba engastado como un caracol en una concha. Y ambos amoldamientos (permitánnos este vocablo el señor don Antonio Alcalá Galiano, el señor don idem Gil y Zárate, el señor don Juan Nicasio Gallego y demas célebres de

la Academia Española), ambos amoldamientos diz que nacieron del miedo. Sí, Joaquinito, el miedo á Espartero te hizo amoldar el cuerpo á los estrechos ámbitos de un escondrijo; el miedo á Narvaez te hizo amoldar tu política á la voluntad imperiosa de los moderados. ¡Qué hombre tan grande para una revolucion! Nosotros, cuando se ha hablado de tu elocuencia, siempre hemos dicho que eres un Mirabeau menos su valor y su patriotismo; contigo y con Zurbano unidos, cojiendo de cada cual lo que cada cual tiene bueno, nos atreveríamos á formar un Mirabeau. Mas claro: Mirabeau era Lopez con el valor y patriotismo de Zurbano; Mirabeau era Zurbano con la elocuencia de Lopez.

Pero antes de sacarte del escondrijo, queremos dirigirte algunas preguntas como si todavía estuvieses en él metido. ¡Lopez! ¿dónde estás que á nombre tuyo se hace una revolucion y tú no pareces? ¿Eres como Dios ó como el diablo que no se dejan conocer mas que por sus obras? ¡Lopez! ¿dónde estás? ¿No es obra tuya esta revolucion? ¿Por qué, pues, no te vemos en la revolucion?

No eran solo los ayacuchos, no eran solo los esparteristas los que se dirijian estas preguntas. Los progresistas coligados preguntaban tambien: ¿dónde está Lopez? La marcha de los sucesos les desazonaba sobremanera; el giro que desde un principio fué tomando la cuestión les puso en alarma; la alegría de los serviles les hizo estremecer; á la llegada de los emigrados concibieron muy serios temores; veian las juntas confiarlo todo á los moderados, y esto les dió muy mala espina; con todo habia empezado ya la lucha y hubiera parecido muy mal desertar de las filas en el acto mismo de darse la batalla. «Es preciso luchar, luchar y salga lo que sa-

liere. Si la libertad corriese algun riesgo Lopez nos lo advertiria; Lopez tiene talento, Lopez es honrado, es virtuoso, sobre todo es liberal, y no consentirá que muestre el progreso á manos de los mismos progresistas. Pero, la verdad, eso de estar mandando los moderados no deja de parecernos muy peligroso; eso nos huele muy mal, muy mal..... pero; qué diablos! no debemos tener ningun cuidado..... Cuando Lopez no da ningun manifiesto..... »

Asi hablaban los progresistas coligados, asi hablaba toda la parte de pueblo que tuvo la desgracia de creerle hombre de bien. Si lo hubieses sido ¿no hubieras desde luego publicado un manifiesto, dado á los progresistas un grito de alerta y protestado contra un pronunciamiento que mataba el progreso con tu nombre, matándole en tu nombre? Una palabra tuya, no mas que una palabra, y desde luego hubieras visto á los liberales de todos los matices acogerse á la sombra de sus antiguas banderas, y pelear unidos, y unidos destruir la red en que se les envolviese; hubieras visto disiparse como el humo todas las ilusiones de los que soñaban en una próxima restauracion; hubieras visto millares de apóstatas sepultarse bajo el polvo de la ignominia y no alcanzar siquiera para besarla las plantas de este pueblo que despues vimos ensuciado con el lodo que arrojaban las ruedas de los coches del 3 por 100. Tal vez entonces tú no hubieras caido ni Espartero tampoco, pero tú y él y todos los partidos hubiérais recibido una leccion sublime que os hubiera hecho para lo sucesivo mas cautos y mejores. Tú hubieras aprendido á no querer unirse jamás á tus contrarios á espensas de la union de tu partido; Espartero á no posponer jamás el voto general á

la voluntad de una pandilla: los progresistas á no asociarse jamás á los enemigos del progreso para salvar el progreso: los ingratos á no arañar la mano que les tiende un adversario generoso, y los absolutistas á respetar el espíritu de una época que no puede consentir los repugnantes abusos de los tiempos en que eran tratados los hombres como bestias de carga. Una palabra tuya, no mas que una palabra, era capaz de producir todo este maravilloso efecto.

¡Y callaste! ¿por qué callaste?

Si en el rinconcito en que estabas acurrucado carecias de papel y tintero, si tan apretado estabas que ni siquiera podias respirar, todavía despues tuviste tiempo y no poco para enmendar tus errores, por mas que digas que «al instalarse el gobierno provisional los hombres del partido moderado mandaban la fuerza militar en casi todas partés, que ellos obtenian los demas destinos, y que los dias mismoš en que se reunieron en Madrid todos los individuos del gobierno guarnecian la capital cerca de 50,000 hombres al mando del general Narvaez.»

50,000 hombres, es verdad, y dices muy bien que «este elemento de fuerza no era el mas á propósito para inaugurar á un gobierno que debia y, segun te esplicas, se proponia obrar con completa libertad é independenciam.» Pero ya que con este elemento no podias obrar como te proponias ¿por qué no abandonaste tu puesto? ¿por qué no manifestaste á los españoles que tu voluntad se hallaba encadenada por una fuerza irresistible, y que tus actos llevaban el sello de la violencia? ¡Qué! ¿acaso te faltaba libertad hasta para decir que no la tenias? En aquella época solo una cosa exigian de tí los progresistas, solo

exigian de tí que si te faltaba valor y poder para manifestar desde tu altura el estado de opresion á que te veias reducido, descendieses de tu silla, y puesto á salvo aunque fuese en un país extranjero pusieses en evidencia el sepulcro que la ingratitud estaba cavando al progreso. Esto era mas honroso que presidir un ministerio para servir de pantalla á planes tenebrosos. Esto era mas digno que ponerse como una barricada delante de los enemigos de tu partido para que estos dirigiesen impunemente á tu partido tiros de muerte. Todavía era tiempo siendo tú ministro de dar un grito de alarma para salvar el progreso. Los 50,000 hombres que guarnecian la capital no eran moderados, ó al menos no lo eran en su mayor parte. ¿Eran moderados los que componian la division de Enna, que se refugió en la capital para evitar un encuentro con los pronunciados? ¿Lo eran los que componian la division de Zurbano y Seoane tan tristemente sorprendida en Torrejon de Ardoz? ¿Lo eran los que componian la division de Prim que aspiraban en su mayor número á una libertad mas lata que la consignada en el código de 37, y entre los cuales habia batallones enteros que se habian pronunciado á la fuerza, arrastrados á pesar suyo por el torrente de la opinion general fatalmente estraviada? Medita bien esto; hazte cargo al mismo tiempo de que cuando se instaló tu gobierno la milicia nacional de Madrid estaba armada y armados aun los progresistas de toda la Península, y conocerás tan bien como nosotros que te bastaba abrir los labios para impedir que los moderados se apoderasen de la situacion.

En el mero hecho de dejarte ser ministro, debias conocer que no las llevaban todas consigo, que no se habian

robustecido lo suficiente, que era precaria su posición y que temían que el poder se les escapase. Eras una necesidad transitoria del partido moderado, eras la careta de progreso que se puso la situación para no dejarse ver con su natural y repugnante fisonomía; á tu sombra se hizo fuerte, y cuando lo fué lo suficiente para prescindir de tí, prescindió de tí, te arrojó en un rincón como se arroja después del baile una careta sudada y rota de que nunca más se trata de hacer uso. Los grandes compromisos que con los progresistas tenías contraídos hicieron sospechar á los moderados que no te prestarías á ser instrumento dócil de exigencias que chocaban demasiado abiertamente con los principios y la opinión que hasta entonces habías profesado; los moderados conocieron que tú no te querías manchar con ninguna apostasía de esas que no pueden cohonestarse con palabras, de esas que ni siquiera te hubiesen dejado el recurso de escribir una *esposición razonada*, y aunque no consideraron aun oportuno presentarse sin careta en el baile político, trataron de ponerse otra más parecida á su rostro natural. Entonces echaron mano de Olózaga, del autor de la Constitución de 37, que como profesaba opiniones menos democráticas que las tuyas, podía acomodarse á la política de los moderados y hacerse él mismo moderado sin ser tan perceptible su metamorfosis personal. Pero fué el caso que Olózaga tenía principios fijos, y aunque menos avanzados que los tuyos, era incapaz de sacrificarlos á los de ningún otro; tenía más brio, más constancia y más tenacidad que tú para sostenerlos. No le separaba de los moderados una distancia tan grande como á tí, pero más fácil te era á tí atendido tu carácter salvar la mucha que te separaba de ellos que

á él la que le separaba de ellos aunque mucho mas corta. Su política era menos popular que la tuya, pero tambien menos elástica ; menos brillante , pero mas sólida ; menos halagüeña, pero mas positiva. Estaba á un través de dedo de los moderados, y los moderados no pudieron hacerle retrogradar este través de dedo. Era como un soldado ingles que deja la mochila en el suelo, pone un pié en ella , y no mueve este pié aunque le ataquen fuerzas centuplicadas. Llevaba en su conciencia la seguridad de que estaba dotado de una inteligencia poderosa , y esta seguridad le daba orgullo , y este orgullo no le permitia ser instrumento de hombres que valian menos que él. Los que quisieron hacer de él un instrumento para acabar de matar al progreso vieron bien pronto que no podian manejarlo, que aquel era un instrumento que se presentaba siempre de punta á los que querian cogerlo , que era una hoja sin puño que lastimaria la mano de cualquiera que la esgrimiese. Hay talentos privilegiados que hasta cuando se prestan á servir de instrumento manejan al que cree manejarlos, espadas inteligentes que arrastran en pos de sí al esgrimidor, y en lugar de ser esgrimidas, esgrimen la mano que las empuña, con lo que la mano se convierte en instrumento de la espada. Olozága, en el mero hecho de ponerse en frente de los negocios perteneciendo ya la situacion á sus adversarios, debió consentir en ser instrumento de estos, pero lo consintió porque sabia que con la fuerza del genio el instrumento dominaria al artífice. Y asi hubiera sido en efecto si para conservarse no hubiese empleado un medio de mal género, ó si sus adversarios no hubiesen empleado un medio de mal género para derribarlo. Sus contrarios eran fuertes y él era débil ; se encargó de

formar y presidir un ministerio sin contar con el apoyo de ningun partido, sin contar mas que con la fuerza de su poderosa inteligencia y las bien meditadas evoluciones de su ingenio. Era débil y sus contrarios fuertes; sus primeros conatos se dirigieron á robustecerse á sí mismo y á debilitar á sus contrarios. Para conseguir lo primero trató de formarse un partido reorganizando el progresista, único de quien podia esperar algun apoyo. Inauguró su mando con el reconocimiento de todos los grados, honores y condecoraciones dados por Espartero mientras fué Regente de hecho, es decir, hasta que pasó á bordo del Malabar. Con solo este acto se neutralizó sobremanera la mala impresion que su antigua conducta misteriosa, indefinible habia producido en el ánimo de los progresistas, quienes desde luego fundaron en él las esperanzas mas halagüeñas. El no quiso tropezar con el inconveniente que tú alegas cuando se te echa en cara que no pusiste al frente de la fuerza armada gefes progresistas, no quiso tener que decir que no los habia..... El reconocimiento de los grados dados por Espartero le permitia echar mano de una infinidad de generales que no pertenecian al partido moderado, consiguiendo con esto al mismo tiempo atraer millares de oficiales beneméritos á la situacion que trataba de crear. Para debilitar á sus contrarios pensó en disolver las córtes, en las cuales tenian su principal apoyo.

— Dicen los moderados que Olózaga para arrancar de la reina el decreto de disolucion empleó hasta el desacato y la violencia.

— Es posible en Olózaga, *arte pelasga et dolo instructi*.

— Dice Olózaga, que los palaciegos para derribarle inventaron la mas atroz de las calumnias, suponiendo que

habia llevado el desacato y la violencia hasta el mismo trono para conseguir el decreto de disolucion.

Es posible en los palaciegos.

¿Quién es capaz de dar la razon á Olózaga ó á los palaciegos? Lo cierto es que aquel cayó bajo el peso de una acusacion que, sin calificarla por nuestra parte, podia muy bien conducirle del ministerio á la horca. Le acusaban hasta las palabras de la misma reina, y él tenia que contradecir á esta, lo que por sí solo, en concepto de los realistas fanáticos, es un crimen capital, ó tenia que parecer como reo de lesa magestad.

¿Qué hubieras tú hecho en semejante conflicto? Volverte al sótano mas que de prisa, aparedarte de nuevo, acurrucarte en tu chirivital como una tortuga en su concha.

Esto mismo querian los moderados que hiciese Olózaga; pero Olózaga no lo hizo por lo mismo que conoció que los moderados querian que lo hiciese. Cuando todos creian que intimidado por la acusacion tomaria la posta antes de defenderse, sin atreverse á desafiar las miradas de sus acusadores, se presentó delante de estos, en el seno del congreso de los diputados, y allí solo contra todas las sospechas pronunció con la dignidad del inocente, sin que por esto aseguremos que lo fuese, uno de esos discursos inimitables que forman época en la vida de los hombres y hasta en la de las naciones, uno de esos discursos en que no se encuentra una sola palabra que debiera omitirse, ni falta tampoco ninguna de las que han de producir el efecto que el orador se propone. Una improvisacion como aquella, concebida y dada á luz á un mismo tiempo, sin haberlo tenido para desarrollarse en el cerebro, sin mediar, como dirian los fisiólogos, en-

tre la concesion y el parto ningun período de *gestacion*, solo se engendra con esta misteriosa precocidad en una cabeza muy fértil, muy organizadora, que tiene el singular privilegio de abortar en vez de parir; pero de abortar, en vez de fetos, hijos ya perfectos, crecidos y formados como adultos. Una improvisacion como aquella, que á pesar de ser improvisacion parece que dias y dias se ha sujetado al exámen mas severo; calculada en todas sus partes con menos tiempo del que necesita Mangiamele, no ya para resolver el mas fácil problema, sino para hacer la suma de dos números dígitos; acalorada y lógica á la vez, matemáticamente medida, pesada rigurosamente como las onzas de oro que guarda un avaro en su cofre, no parece que haya podido concebirse en medio de los mas inminentes peligros personales, con el corazon desgarrado y abrumada la imaginacion bajo el peso de mil ideas de escarnio, de abyeccion, de atropellamientos y cadalsos. ¡Habilidad singular! Olózaga es el acusado, y mas bien parece el juez que el reo, se sobrepone á sus acusadores, y mira con la serenidad de otro Mirabeau la roca Tarpeya desde el Capitolio. Explica las palabras atribuidas á la reina, sin ofender á la reina, y pone de manifiesto los medios odiosos de que se valen sus adversarios para inhabilitarle, sin provocar demasiado la cólera de estos adversarios, porque sabe que al fin y al cabo ellos mismos son los que le han de juzgar. Su elocuencia es fuerte, pero él es mas fuerte que su elocuencia; dueño siempre de sus espresiones, retrata con ellas sus pensamientos con una fidelidad daguerrotípica; ninguna sale de su boca sin su permiso, y diciendo todo lo que quiere, dice nada mas que lo que quiere. Criminal ó inocente, obtuvo un triunfo moral

completo; y no es admirable, porque con un discurso como el que pronunció se triunfa siempre moralmente. Inocente ó criminal, su derrota material fué completa; y es menos admirable todavía, porque no era posible mas que la derrota, defendiendo una cuestión en que no siendo derrotado el acusado, habian de serlo sus jueces. Cayó, porque no podia dejar de caer, pero él viendo inevitable su caída no quiso darla como un hombre vulgar; buscó en la misma caída su venganza, y fué á darla en medio de sus enemigos, como si intentase al caer aplastarlos, sepultarlos bajo sus escombros. Y en realidad los aplastó, los sepultó, llevándose en pos de sí en su caída toda la fuerza moral, todo el crédito de los que le derribaron. La caída de Olózaga hirió de muerte al partido moderado: desde entonces este partido pretende en vano sostenerse con todo su exclusivismo, sin mas apoyo que el de las bayonetas; su existencia puramente militar es efímera, y solo enérgica en apariencia; la conciencia del pueblo rechaza su sistema, y para rejuvenecerse, para prolongar su vida tiene necesidad de una grande transfusion de sangre progresista en sus venas. O el partido moderado en masa sucumbirá envuelto en el anatema esterminador fulminado por el absolutismo contra los hombres del progreso, ó á la fraccion moderada militar sucederá la fraccion moderada legal, á los moderados de la fuerza física, los moderados de los medios morales. Una vez estos hayan sucedido á aquellos, cada partido levantará de nuevo su bandera y la tremolará valerosamente lo mismo en el campo electoral que en el periodístico; porque fuerza es conocerlo, ningún partido ha renunciado aun al triunfo, ninguno se dá por vencido, ni tampoco ninguno ha derrotado tan

completamente á sus adversarios que haya podido cogerles las banderas. Cada partido tiene la suya; ninguna está en Atocha. Todas, sin embargo, están hechas girones, y la moderada y progresista legales desaparecerán del asta á impulsos de un huracan absolutista, si la una no se remienda con los girones de la otra, y ambas á dos no forman una sola, á cuya sombra puedan acogerse los hombres de ley de todos los matices que reconozcan el principio de la soberanía nacional.

La caída de Olózaga fué magestuosa, estruendosa, sublime, como la de una torre gigantesca que mientras están minando y barrenando sus cimientos, pierde el equilibrio, se ladea toda entera, y se desploma sobre los operarios que la socavan sin darles tiempo de ponerse á salvo.

¡Qué diferencia de su caída á la tuya!

Tú caíste como un toro cobarde y flojo, que sin brio para tomar una pica, despues de haber tenido miedo hasta de las capas, sucumbe fatigado por los perros entre los silbidos de la muchedumbre.

Olózaga, como un gladiador romano, al caer herido mortalmente se esforzó todavía en clavar la espada en el pecho de su adversario, y un pueblo lleno de entusiasmo arrulló con aplausos el adormecimiento de su agonía y el primer sueño de su muerte.

Tú subiste al poder rodeado de popularidad y prestigio, y caíste cubierto de descrédito.

A Olózaga no le acompañaba ninguna simpatía cuando subió al poder. Su sagacidad y ambicion, su política misteriosa, secreta, poco expansiva, daban miedo á todos los partidos. Su *salve al pais y á la reina* sonaba en todos los oidos como una triste campanada que anunciaba

los funerales del progreso. Subió al poder sin crédito, y su caída le rehabilitó, le dió un concepto que solo cayendo podia reconquistarlo.

¡Y qué diferencia de su modo de ser ministro á tu modo de ser ministro!

Olózaga cuando es ministro, es ministro, es mas que ministro; cuando preside algun ministerio hace algo mas que presidirlo, lo dirige, le impone su voluntad, lo subordina. El mismo mecanismo, los mismos medios de accion emplea á la cabeza de un gobierno que á la cabeza de un partido; mata con la suya las voluntades de los que han consentido en dejarse organizar por él, y lo primero que les manda es que nadie mande. Para mandar, él solo y siempre solo. Aunque no reuna mas que cuatro súbditos, estos le bastan para formarse una monarquía absoluta. Todo menos obedecer las órdenes de nadie; prefiere no mandar á mil á tener que obedecer á uno. O el primero ó nada; y sobre todo, si es soberano en cualquier círculo de hombres que reuna para sus fines, que nadie participe de su soberanía. Robustece á los suyos todo lo que puede, pero siempre con cuidado de reservarse para sí un grado mas de fuerza de la que comunica á los demas. No da importancia á la popularidad mas que para ciertos casos precisos en que se vale de ella como de un instrumento que lo suelta sin repugnancia cuando no lo necesita; prefiere el temor del pueblo al amor del pueblo, mas quiere que le besen la mano que la cara. Es el pedagogo de todos los que le rodean, un padre provincial político, el único completo que ha engendrado nuestra pobre revolucion. Se diferencia de tí muy principalmente en que tú por tí solo no tienes ninguna fuerza, y él tiene por sí solo toda la de su parti-

do. Se apodera de la accion de todos sus soldados, y despues la reparte como por favor entre los mismos á quienes se la ha quitado. De este modo parece que dá fuerza á aquellos de quienes la recibe, y no hace mas que devolvérsela á menudo muy escatimada.

Tú aspiras á una situacion que te eleve al ministerio á impulsos de la popularidad; él á un ministerio que le haga dueño de la situacion á impulsos de su genio.

Lo que para tí es el medio, para él es el objeto, y vice-versa.

Por esto nunca ha querido ser ministro, habiendo ya una situacion creada que le impusiese el deber de obedecerla.

El no sabe obedecer ni á las situaciones.

Cuando se encargó de la formacion de un ministerio, la situacion no pertenecia á nadie, ó por mejor decir, no habia ninguna situacion política conocida, y con algunos dias mas que hubiese sido ministro, hubiera creado una *sui géneris* que tal vez no hubiera sido moderada, tal vez tampoco progresista, pero progresista ó moderada hubiera sido una situacion que podia llamarse Olózaga, creada por él, sostenida por él y explotada por él.

Tú, siempre hambriento de aplausos, amigo siempre de esterioridades, preferirias parecer ministro sin serlo á ser ministro sin parecerlo.

Olózaga, al contrario, á nadie presta su nombre, como tú se lo prestaste á los moderados, para que se llenen á cabo designios que no son los suyos.

Tú, cuantas veces has sido ministro, no has hecho otra cosa que encubrir con tu popularidad la ambicion de hombres desacreditados que han gobernado de hecho dejándote las apariencias que saben son de tu gusto.

Olózaga, con tal que pueda mover la máquina del Estado, no le importa obrar como un resorte oculto, inasequible á todas las miradas; no le importa ser como la vida que se hace sentir sin dejarse ver; su sistema es de accion, y en lugar de explicar sus teorías tiende siempre á reducirlas á la práctica.

El quisiera tener la fuerza del huracan, y tú te contentarias con producir su estrépito.

El es el rayo que mata; tú el relámpago que brilla.

El trata de derribar; tú de sostenerte.

El mira siempre hácia arriba, y examina los medios de que ha de valerse para hacer bajar á los que están mas altos que él.

Tú miras siempre hácia abajo, y te contentas con impedir que suban los que están mas bajos que tú.

Tú tratas de permanecer en tu puesto; él de ocupar otro mas alto.

Tú no quieres rivales; él no quiere gefes.

El es siempre superior á su categoría, sea esta la que quiera; tú siempre inferior á la tuya menos cuando eres simple diputado.

Olózaga, siendo simple diputado, no sienta plaza de soldado en ninguna de las fracciones en que se divide el congreso; permanece en un rincon de banco solo con su sistema, con su ambicion, con su genio, y bien pronto se encuentra capitan de una partida que le obedece sin reconocerlo.

Siendo gefe de fraccion puede decirse que es ministro, siendo ministro es rey.

Tú simple diputado, eres un escelente diputado, y tu nombre hubiera pasado á la posteridad brillante y sin mancha, si nunca hubieses querido ser otra cosa. Tus

facultades no te permitian mas ; ellas han puesto un límite á tu ambicion, mas allá del cual solo podias encontrar lo que has encontrado, desengaños, descrédito, ruina y una prueba tras otra de tu insuficiencia, de tu falta de accion y de la veleidad de tu carácter. Diputado; de ahí no podias pasar. Luego que te haces gefe de una fraccion te debilitas en lugar de robustecerte. Los mismos que acaudillas te imponen su voluntad, euando tú debieras imponerles la tuya. Eres como un oficial de la fuerza ciudadana, que hace la vista gorda á los actos de insubordinacion de los milicianos temiendo indisponerse con ellos, no ser reelegido y perder la charretera.

Siendo ministro, te encuentras con alguna cosa que te domina, con una fuerza que te hace marchar como el vapor á un buque. ¿Pero esto qué importa? ¿qué importa que seas instrumento inerte de uno que no sea ministro, con tal que te llamen ministro y que seas tú el que parezca ministro? ¿No llevan tu firma las circulares? ¿no la llevan las reales órdenes? ¿no la llevan los reales decretos? ¿No te dá todo el mundo el tratamiento de escelencia? ¿no te se quitan el sombrero los porteros? Y, sobre todo, si entras en el salon de Oriente ¿no se ponen de pié algunos diputados y no oyes los chichisveos de las bellas que hacen de tí el centro comun de todas sus miradas y dicen: «aquel es Lopez, el ministro Lopez, el escelenísimio señor don Joaquin María Lopez, natural de Villena?»

Lo repetimos, siempre hambriento de aplausos, amigo siempre de esterioridades, prefieres parecer ministro sin serlo á ser ministro sin parecerlo.

Eres un Martinez de la Rosa con un poco mas de originalidad, un poco mas de memoria, un poco mas de

escrúpulos y un poco mas de talento. Siendo diputado, tomas parte en todas las cuestiones ruidosas para hacer ruidoso tu nombre, y no tanto te escita á hablar el interes del asunto como la necesidad que tienes de que te vean, de que te oigan, de que te aplaudan. Antes de despegar los labios recorres con ávidas miradas las tribunas públicas; parece que antes de hablar preguntas con los ojos á los espectadores si serás aplaudido, parece que mendigas los aplausos, y estos te gustan muy particularmente si los debes al bello sexo. Cuando ves entre tus oyentes agitarse muchos abanicos, cuando ves muchas hijas de Eva de encantadora fisonomía, entonces te embriagas de placer, te entusiasmas, te electrizas; de lo que menos te acuerdas es de la importancia de la cuestion que se ventila; hablas con la boca, con los ojos, con los brazos, con todas las partes de tu cuerpo; procuras diestramente por medio de comparaciones ó alusiones ingeniosas echar un requiebro á las hermosas que te están escuchando, y tienes mucho cuidado en redondear el último período de cada cláusula, lo que consigues con envidiable facilidad, porque sabes que el último período es precisamente el que ha de arrancar los aplausos. Los últimos períodos de todas las cláusulas que componen tus arengas, envuelven un pensamiento algunas veces trivial, pero siempre bello, inoportuno algunas veces, pero siempre deslumbrador. Buscas aplausos, y nadie como tú sabe obtenerlos. Con frecuencia tienen tus discursos una dialéctica severa, aunque esta circunstancia se la niegan muchos de los mismos que no aciertan á contestarlos, y la prueba de que no careces de lógica es que tus réplicas son en general mas felices que tus arengas, logrando con ellas acabar siempre

por tener razon. Tampoco carecen tus discursos de la energía de la elocuencia revolucionaria, de esta elocuencia que galvaniza á las masas populares, de esta elocuencia al aire libre con que un Desmoulin hizo en un momento soltar todas las hojas á los árboles del jardin de las Tullerías, y con que un O'Connell agrupa á su redor la Irlanda entera que le escucha como á su Mesías. El pueblo, puro como un niño, ama siempre todo lo bello; entusiasta como un niño, se exalta con los discursos cubiertos de flores, y le gusta que le hablen con imágenes; prefiere las metáforas, con tal que sean muy claras, á la esplicacion de las cosas por sus rigurosos nombres. Jesucristo y los apóstoles se insinuaban al pueblo con parábolas. Pero esta elocuencia, sencilla y figurada á la vez, á la vez clara y sublime, es la elocuencia de la fe, la elocuencia de los apóstoles y de los mártires, y á pesar de que es menos propia de la tribuna que de las plazas, tú con ella obtendrias menos triunfos en las plazas que en la tribuna. Porque para hablar al pueblo no solo se necesita una figura dulce é imponente al mismo tiempo, no solo se necesita una voz que al mismo tiempo que armoniosa sea retumbante como una aria de Bethoven formada de truenos ó como un coro de Bellini cantado por leones; se necesita ademas que el que habla tenga entre los que le oyen concepto de valiente, y si es posible fama de profeta, que el pueblo crea que el que le arenga no puede equivocarse en sus vaticinios, y que le considere capaz de arrostrar con serenidad en apoyo de sus principios el potro y la muerte. Quiere hombres que como el rayo acudan y brillen donde está la tempestad, hombres que no se pongan como las gallinas á salvo del temporal apenas sopla el primer viento de lluvia, sino que como el

alcion y el pampero mojen su imperturbable cabeza en la espuma de las olas embravecidas.

Tú te has equivocado en todos los cálculos que has hecho sobre el porvenir. El pueblo está ya cansado de ser víctima de tus errores, y no puedes ya presentarte delante de él con el mágico ascendiente de un profeta. Si le hablastes no te escucharía, no te creería aunque le dijeres la verdad.

Enarbolas una bandera; el pueblo se acoge á su sombra con entusiasmo, seguro de que tú te colocarás á su cabeza. Pero llega la hora del peligro y desapareces; el pueblo te busca y no te encuentra, jamás te encuentra entre los torbellinos de la revolucion que tú mismo has provocado, jamás entre el humo de la pólvora que quemán los combatientes, jamás entre las nubes de polvo que levanta la metralla. Sin embargo, antes del choque habias hablado con la fe de un apostol y con el desprendimiento de un mártir, pero luego que llega el caso de probar como un Ducantí ó como un Manuel tu valor cívico, sientes que tu valor cívico se ha disuelto en palabras, y no te encuentras siquiera el corazon. Te falta valor, te sobra miedo, y el pueblo lo conoce, y por esto ningun eco hallaria en él tu elocuencia revolucionaria. Con todo es indudable que la posees esta elocuencia, pero te sirve de tan poco como el dinero que se encuentra en el bolsillo un náufrago arrojado por la tempestad á una isla desierta.

Tan pronto atribuyes los males de la patria al espíritu de las juntas, como á la buena fe de los progresistas, como á la mala fe de los moderados. ¿No seria mas lógico atribuirlos á tu falta de valor, ya que no á otros motivos menos honrosos? ¿Si hubieses tenido

valor hubieran hecho las juntas su santísima voluntad? ¿Si hubieses tenido valor, no hubieses quitado la venda que cegaba á los de tu partido, y luego no te hubieses puesto á su frente para destruir las maquinaciones inventadas por la mala fe de los moderados para sobreponerse á los progresistas? ¿Hiciste algo cuando era ocasion de hacer algo? No: porque tuviste miedo, ¿acaso viste levantadas sobre tu cabeza las espadas de unos hombres á quienes tu misma cobardía daba aliento? Mirabeau, que interrumpido por los clamores de la izquierda dijo á los terribles convencionales que mas adelante formaron la *montaña*: « Callen los treinta, » hubiera dicho á estos hombres « abajo estas espadas » y así como los treinta se callaron, toda espada se hubiera vuelto á la vaina. Pero tú no tienes valor para tanto, y no es culpa tuya; no nos quejamos de que te faltase valor, sino de que te empeñases en ocupar un puesto que lo reclamaba muy grande.

Nada decimos de un cobarde que evita el peligro, pero silbamos al cobarde que huye del peligro que él mismo ha provocado. A nadie se le silba por tener miedo á los toros, mientras no se haga torero.

Pero tú te colocaste, porque quisiste, en un puesto que queria mucha audacia y no la tuviste. Y lo peor es que no quieras confesar que no la tuviste. Esto es hasta ridículo. Te empeñas en que no se achaque la derrota de tu partido ni á tu falta de valor, ni á tu falta de cálculo, como si fuese posible, no achancándola á una de estas dos cosas, poder encontrar la causa de esta derrota en otra parte que en tu mala fe. Si no quieres que te tengan por hombre de mala fe, ¿por qué no dices claramente que has tenido miedo ó que te has engañado? ¿Qué padecería con esto tu reputacion si al cabo nin-

guna tienes de valiente ni de previsor? Despues de lo que hemos visto, de lo que hemos tocado, y de lo que todavia estamos viendo y tocando, bien podrias darte por satisfecho con que tus compatriotas te tuviesen por hombre de bien. Ciertamente, á obtener este resultado creimos que se dirigia esclusivamente tu *esposicion razonada* cuando tuvimos noticia de que la habias dado á luz. Pero vimos al leerla que nos habiamos engañado de medio á medio. Pensábamos que dirias en ella: hice esto pensando que sucederia esto, y en lugar de esto ha sucedido estotro; ó bien que dirias queria hacer esto para que sucediese esto, pero no pude hacer esto porque me obligaron á hacer estotro.

Pero nada, ninguna confesion franca, ninguna que arguya en tí falta de resolucion ó de tino.

¡ Vanidad ! ¡ siempre vanidad ! Hablas como si hubieses obrado bien, como si te hubieses portado con valor, con acierto, con dignidad, como si ninguna de las calamidades de tu partido pesase sobre tu conciencia. ¿ Si querrás que te vuelvan á hacer ministro por lo bien que lo has hecho ? ¡ Oh ! sí, lo has hecho bien, muy bien. Progresistas, tenedlo presente; si mañana volveis á organizar vuestro grande ejército, sea vuestro general en gefe el escelentísimo señor don Joaquín María Lopez. Su valor y su prevision son la mejor garantía de vuestro triunfo.

Sí, Lopez, lo has hecho admirablemente. ¡ Bravo ! ¡ bravísimo ! ¡ que se repita ! Lo has hecho admirablemente, al menos tú afectas creerlo así. De otro modo ¿ cómo habias de atreverte á terminar tu *esposicion razonada* con un capítulo en que la echas de maestro, y hablas del porvenir de España como si tú alguna vez hu

bieses sabido leer en el porvenir, y hasta señalas el medio de vencer la actual situacion, sin duda para tener el gusto de destruir cualquiera otra que se cree. ¿No conoces que estás harto desvirtuado para dar lecciones? ¿Quién ha de tomarlas de tí? ¿No ves que eres un catedrático sin discípulos, y que como político estás ya en el hospital de inválidos? En el estado en que te encuentras ¿qué cosa mas justa que darte de baja ó que pedir jubilacion? Pídela, y te prometemos para hacértela obtener nuestro pobre influjo.

¡La actual situacion! Lo que quisieran los de tu partido es que no hubieses contribuido á crearla; para vencerla no necesitan tus consejos, aunque en obsequio á la verdad debemos decir que no nos parecen malos. Tal vez por esta razon sentimos que los hayas dado: es tanto tu descrédito que basta que procedan de tí para que el pueblo los rechace.

No queremos decirte todo lo que decirte podríamos, mas no te figures por esto que te hayamos ya dicho todo lo que queremos decirte. ¡Quiá! Todavía te consagraremos algun otro capítulo; aun falta que te demos un par de vueltas para que el público te vea tal como eres, de frente y de perfil, para que no pase un chiquillo por tu lado que no pueda decir « ¡ese es Lopez, ese es el programista de mayo! »

Pero no temas; hemos sido contigo indulgentes y continuaremos siéndolo; nos reservamos para otros la mayor dosis de bilis. No tomes nuestra generosidad por un sarcasmo despues de las muchas pruebas que de ella tenemos dadas en este y en los precedentes capítulos. Para no atribuir á mala fe los funestos resultados de tu política, hemos siempre procurado encontrar la causa de

nuestras desgracias en tu falta de valor y en tus errores de cálculo. Por desgracia tu miedo y tu impericia no han sido suficientes para explicar todas las anomalías de tu conducta, y á pesar nuestro alguna que otra vez hemos tenido que poner á descubierto tu mala fe, sin la cual algunos de tus actos carecen de esplicacion. Por lo demás hemos tomado la pluma mas bien para disculparte que para hacerte cargos: estos se han desprendido tan lójicamente de tu comportamiento que no hemos podido evitarlos por mas que lo hemos procurado. ¿Quién es capaz de destruir la lójica de los hechos? Dios sabe el afan con que hemos recorrido, examinado, hasta interpretado una tras otra todas las líneas de tu esposicion para entenderlas en un sentido que pudiera servirte de escusa. Si tú supieses cuanto nos ha hecho sudar esta análisis, comprenderias en toda su estension nuestra generosidad inaudita, y nos darias las gracias. ¡Oh! sí; Villergas y el Jesuita serian á no dudarlo los dos nombres mas caros á tu corazon.

Con tu *esposicion razonada* te has privado de la mayor parte de medios de defensa que teníamos aprestados en nuestro arsenal literario. Nadie, nadie como tú posee el don de errar en un grado tan superlativo. Creíamos que despues de tus desaciertos de mayo serias en lo sucesivo mas cauto y prevenido. ¡Error! ¡error! Te faltaba una *esposicion razonada* para colmar tu descrédito. Tienes en tí mismo un enemigo mas fuerte que tú, que te arrastra de precipicio en precipicio y que no te abandonará hasta que se haya consumado tu perdicion. Estás reñido contigo mismo como si fueses el mas misántropo de los suicidas. Cosas dices que casi nos hacen creer que tu imaginacion está enferma; las borrascas de tu vida política, tu per-

manencia en el sótano, el retiro, la soledad á que te ha condenado el miedo que tienes de contraer con algun alcaide relaciones mas íntimas de las que te convienen y quisieras, han debilitado sin duda tu razon y ¡ ay de tí si no te distraes ! ¡ ay de tí si no te sangras ! ¡ ay de tí si no tomas baños de agua fria !

Refréscate, Lopez, refréscate.

Tu esposicion nos ofrece innumerables datos para probar que cuando la escribiste no estabas en tu juicio. En el capítulo iv, sobre todo cuando te ocupas de la marcha que siguió el gobierno provisional, parece que tratas de hacer méritos para que se te admita en una casa de orates sin certificacion de facultativos. Supones que el pais clamaba por el programa de mayo á fines de julio, sin considerar la diversidad de los tiempos y de las cosas, sin reparar en que el partido favorecido que antes mereciera un sentimiento generoso, pudiera inspirar ya entonces un fundado temor para en adelante, y añades «que esto era dejarse llevar de una ilusoria confianza que se esponia á pagar con una realidad dolorosa que solo le dejará un desengaño amargo y un arrepentimiento tardío.»

¡ Magnífico !

« Pero esto, prosigues, solo tocaba calcularlo al pais, y si hubo error, estuvo en él y no en otra parte..... »

¡ Alto ! ya has hablado tú, ahora nos toca á nosotros.

¿ El pais á fines de julio clamaba por el programa de mayo ? ¿ Lo dices de veras ? ¿ Cuando lo dices, dices lo que sientes ? Imposible. Sin duda al escribir tu esposicion no tuviste presente que te estabas ocupando de sucesos contemporáneos, de cosas que pasaron ayer, de hechos que en cada español tienen un testigo y que permanecen escritos en la memoria de todos.

¿Pues qué? ¿Hay quien no sepa que los libres barceloneses, los mismos á quienes principalmente debió Espartero su caída y tú tu elevación, mandaron á esta córte algunos delegados que te manifestaron los recelos del pueblo y la resolución de levantar una bandera, á cuya sombra peleasen los progresistas para impedir que sus adversarios se apoderasen de la situación? ¿Clamaban por el programa de mayo los centralistas insurreccionados en Barcelona? Dirás que Barcelona no es la nación, que los gritos de junta central no hallaron eco en el resto de la Península, y que por esto la insurrección murió apagada por los fuegos de la ciudadela y Monjuí dentro de los muros de la capital del Principado. A esto responderemos que la voluntad de los progresistas se hallaba ya á la sazón encadenada, y que no pudo en julio manifestarse tan abiertamente como en mayo; que á pesar de esto el grito salvador de los centralistas resonó hasta las márgenes del Ebro, y que hasta el cabo de Finisterre llegaron algunas chispas de la insurrección catalana; Zaragoza se pronunció á la voz de junta central, y lo mismo Leon y lo mismo Lugo, y este pronunciamiento hubiera sido mas grande que el de mayo, si tú y otros corifeos progresistas le hubiéseis dado como al de mayo todo el apoyo que reclamaba la victoria. ¡Y dices que el error estuvo en el país! ¡Y dices que estuvo en él para no decir que estuvo en tí, para echarla de profeta, para manifestar que tú ya habías previsto lo que está sucediendo, y que sino lo evitaste fué por querer acatar demasiado á fuer de buen constitucional la voluntad de los pueblos! ¡Esto es lo que se llama irritar con sarcasmos a desesperación de las víctimas! No, el error no fué del país, cuya voz tú y los demás corifeos del partido progre-

sista procurásteis ahogar con todos los medios de que podíais disponer. El error fué tuyo y demas corifeos que entonces teníais turrón y no queríais esponeros á perderlo en un nuevo pronunciamiento. Por lo demás, demasiado sabíais todos que el progreso se hundía; en esto no os equivocásteis, pero os equivocásteis creyendo que con vuestro partido no os hundiríais vosotros.

Mas sabedlo; vuestro partido se ha hundido y vosotros con él; pero no penseis en levantaros cuando él se levante. El se levantará del cieno, no sabemos cómo ni cuando, pero se levantará. ¿Qué será entonces de los apóstatas, sin bandera á qué acojerse, sin partido á qué afiliarse, despreciados de todos, escupidos de todos? ¿Qué reptil asomará la cabeza sin que la clava popular la despachurre? ¿Se dejará el pueblo engañar otra vez por los mismos que tantas veces le han engañado? No, porque se los habremos presentado todos en camisa, todos con señales tan características que hasta á oscuras podrá reconocerlos.

Con respecto á tí, Lopez, repetimos lo dicho; cuando salgas de nuestras manos, saldrás con tantas ronchas y cicatrices que por ellas te han de conocer hasta los muchachos de la escuela, y por tu lado no ha de pasar cristiano ni moro que no diga: «Este es Lopez, este es el programista de mayo.»

---

## JUNTA CENTRAL.

---

### VI.

**A**QUI te quiero ver escopeta; aunque aquí es donde menos necesito los auxilios del arte para cazar al gazapo tribuno, porque la puntería está hecha y no puede fallar el tiro; y digo que no puede fallar la puntería, no solo porque el Jesuita y yo hemos echado la visual, sino porque esta ha sido rectificada por el ojo perspicaz y matemático de la opinion pública, de esa opinion que nunca se alucina, que nunca se engaña, que nunca yerra, que nunca miente; y si de esta sales con bien, amigo Lopez, no será porque al cazador le falta el tino ó el pulso, sino por algun detrimento de la municion. Pero ¡cá! ¡que si quieres!!! Está todo previsto, se han tomado todas las medidas, todas las precauciones; he-

mos examinado la pólvora y es excelente y está refinada además; hemos escogido los perdigones mas á propósito para herirte á una distancia regular, perdigones gordos como grajea de confitería, perdigones mayúsculos, que son un poco mas grandes que los perdigones comunes, y un poco mas chicos que las postas; en fin, hemos tomado lo que los cazadores llaman *perdigones loberos*, porque sirven para matar lobos, y con ellos vamos á hacerte una descarga á quema-ropa, que es lo mismo que si dijéramos á boca de jarro, hasta que te matemos políticamente á riesgo de que el público nos llame despues *Mata-lobos*.

Una vez que maté un lebo  
me pusieron *mata-lobos* ;  
una vez que maté un cuervo  
me pusieron *mata-cuervos* ;  
una vez que maté un gato  
me pusieron *mata-gatos* ,  
y una vez que maté un perro  
me pusieron *mata-perros*.

¿ Pero qué importan los apodos ? Nada. Si los apodos son esclarecidos por los hechos ó si han adquirido celebridad en el campo del saber y de las virtudes, entonces importan mucho, porque importan todo el valor que tienen. A Larra le agradaba que le llamáran Fígaro, y eso que Fígaro no era el nombre propio ni el apellido de Larra, sino un pseudónimo, un sobre-nombre, un apodo, un mote; pero un apodo que el pueblo pronunciaba con tanto gusto como respeto, con tanta veneracion como gusto, con tanta gratitud como veneracion, con la mis-

ma veneracion, con la misma gratitud, con el mismo respeto con que pronuncia el nombre del Empecinado; porque el apodo Empecinado y el pseudónimo Fígaro, uno en la escena literaria y el otro en la arena de los valientes han dejado á la posteridad una memoria ilustre, inmarcesible. Por eso no tememos los apodos que nos pongan si tienen un origen noble y santo, y nada tan santo y tan noble como esterminar á los apóstatas. También tú, infeliz Lopez, tienes tu mote que ofrecer al porvenir en tus sueños de inmortalidad. Recordamos haber leído en algun número de algun periódico, ó mas bien en muchos números de muchos periódicos, que te llamaban *Ruinas* á consecuencia de no sabemos qué extravagancia, en no sabemos qué comparacion, de no sabemos qué discurso, sobre no sabemos qué asunto, discutido en no sabemos qué sesion; pero segun dicen, parece que dijiste con los ojos encandilados como atacado de la hidrofobia, y los pelos tiesos como la cola de un gato cuando se asusta de un perro, no sabemos qué cosas de quedarte solo en el mundo, gritando encaramado sobre cadáveres y ruinas—¡ Viva la libertad!

Y los muertos contestarian desde las tumbas—¡ Buen provecho te haga!!!

Pero no; los muertos nada contestarian por muchas razones poderosísimas: la primera porque estaban muertos, y no diremos mas porque esta vale por todas.

¿Estarás todavía ufano con el apodo Ruinas que te valió aquel rapto de entusiasmo liberal? No por cierto, porque el origen tiene mucho de ridículo, y sino, figurémonos lo que sería el mundo desierto, la superficie de la tierra cubierta de ruinas y sepulcros (¡ qué miedo!) sin mas viviente que D. Joaquin María Lopez gritando á los

vientos ¡viva la libertad! A la verdad que seria un espectáculo gracioso, y se lo recomendamos á los directores de cosmoramas para que en sus *vistas sorprendentes* presenten este cuadro mas, encargándoles que suban la entrada, porque seria mucha la gente que acudiera á ver á D. Joaquin María Lopez gritar ¡viva la libertad! entre ruinas y cadáveres.

Preseindiendo de lo estravagante que anduvo Lopez en este arranque de bárbara elocuencia, vamos á hacer algunas reflexiones que de él se desprenden naturalmente.

Supongamos que el mundo llegára á verse en el estado en que nos le pinta el señor Lopez (D. Joaquin), ¿qué falta le hacia á este liberalon gritar viva la libertad? si nadie existia mas que el que daba la voz, ni tenia amigos ni enemigos. Si no tenia amigos que contestasen á su voz, escusado era dar la voz, y si no tenia enemigos, era mas inútil todavía, porque ¿qué necesidad habia de gritar viva la libertad? ¿Quién la combatia? ¿Quién la coartaba? No lo comprendemos, á no ser que el señor Lopez no fuera á la vez el amigo y el enemigo de la libertad, el que la victoreaba con la boca y la mataba á traicion, el que la invocaba para sepullarla entre ruinas y cadáveres. Esto podria ser muy bien, porque Lopez es capaz de hacerlo y lo sabemos por esperiencia.

¿Y qué egoísmo no se descubre en el dicho célebre de Lopez? ¡Caramba!! Pues no queria poco el niño; nada menos que ser el preferido, el predilecto, el niño mimado de la fortuna hasta el extremo de sobrevivir á toda la especie humana. ¡Carambola!!! ¿Y por qué tú habias de quedar, pobre Lopez, y los demas no? ¿Y por qué todos habian de morir menos tú? ¿Tú te crees de mejor condi-

cion? ¿Crees que hacias alguna falta hasta despues de acabarse el mundo? Como no quedáras para pasto de grajos.....

Pero ya hemos adivinado por qué Lopez queria quedarse solo para gritar ¡viva la libertad! y es consiguiente. Si el señor Lopez fuera solo, no tendria amigos, pero tampoco tendria enemigos; no habria un pueblo que le siguiese, pero tampoco habria un Narvaez que le fusilase. Podria decir á boca llena que era un anarquista, un revolucionario, un republicano, un conspirador, y nadie le perseguiria, nadie le amenazaria, nadie le encarcelaria, nadie le fusilaria. ¡Oh! Esta seguridad valia un Perú para defender la libertad y maldecir á los tiranos. Con esta seguridad ¿quién habia de temer los resultados de una imprudencia? El hombre de mas miedo tendria tanto valor como un Empecinado, y D. Joaquin María Lopez como el hombre de mas miedo.

Déjalo, Joaquin, no te comprometas.

Tú no puedes servir sino para una de dos cosas: ó para gritar ¡viva la libertad! despues que se acabe el mundo, ó para servir de pantalla á los enemigos de la libertad en sus siniestros designios.

Nosotros lo sabemos cuando lo decimos, y lo aseguramos porque lo sabemos.

Contaremos á nuestros lectores un cuento que no será muy gracioso, pero es muy cierto, y él bastará para persuadir á nuestros lectores de la candidez del señor Lopez, no para persuadir al señor Lopez, que demasiado sabe la razon que nos asiste.

Pues señor vamos al cuento. Sabrán VV. que este era un hombre que ejercia un alto destino en tiempo de Espartero; y siendo un alto funcionario recibió carta de

Paris, en que se le decia que los enemigos de la libertad conspiraban á cara descubierta y que trataban de tocar todos los resortes imaginables para fastidiar á los anarquistas de España. (*Los anarquistas* son aquellos á quienes los realistas llamaban *negros* en 1823.) Pues como íbamós diciendo, parece que los *blancos*, es decir, los enemigos de los *negros*, contaban con muy pocas simpatías en España, aunque les sobraba dinero, que es un tal cual ingrediente para amasar revoluciones. ¿Qué haremos? ¿qué no haremos? ¿No podríamos seducir á los campeones del partido progresista para que nos preparasen el terreno? Dicho y hecho. ¿Y quiénes son esos hombres que capitanean á los progresistas?—Aqui nombraron una porcion, de los cuales tuvieron que desechár á muchos por inútiles para el servicio, y á los demas por incorruptibles. El último que quedó pendiente de resolución fué nuestro nunca bien ponderado Ruinas, (a) D. Joaquin María Lopez. Creian unos que Lopez tenia talento, y no iban descaminados; creian que tenia influencia política, y no iban descaminados; creian que tenia ideas avanzadas, y no iban descaminados; pero creian tambien que tenia ambicion, y no iban descaminados; creian ademas que era un pobre diablo, y no iban descaminados. ¿Sí? pues bastante hemos hablado, dijeron entonces; este es el hombre que nos conviene y necesitamos conquistarle á todo trance. Pero ¿de qué modo? ¿Le brindaremos con el poder para echarle á patadas cuando nos haya servido? No es mal pensamiento, aunque no sabemos si conseguiremos algo por este medio. ¿Le ofreceremos dinero? Tampoco esta será mala idea, pero ¿cómo ofrecérselo que no hiera su amor propio y nos espongamos á una derrota completa?

—Aquí llegaba la discusion de los *blancos*, cuando uno de ellos, como hombre muy versado en intrigas, tomó la palabra y dijo:

Señores: no se debe tratar aquí de los medios de ganar á D. Joaquin María Lopez, porque ya es nuestro; lo que debemos examinar es si este nos puede servir, y qué clase de servicios podemos esperar de él.

Levantóse una polvareda de todos los demonios entre los conjurados.

—Yo creo que es el único hombre de prestigio entre los progresistas, decia uno.

—Yo creo que el partido progresista aclamará todo lo que quiera Lopez, sea bueno ó malo.

—Yo creo que nos interesa mas Lopez que un ejército de cien mil bayonetas.

—Yo creo que si Lopez quiere unirse á nosotros podemos ir cantando el *de profundis* á la libertad.

—Pues en ese caso, contestó el diplomático de quien hemos hablado, cantemos el *de profundis* á la libertad, porque Lopez es nuestro.

—¿Es posible? ¿Está ya de acuerdo?

—Le haremos que lo esté bien pronto, si hay dinero.

—¿Cómo? ¿pensais ofrecerle alguna suma considerable? Mirad que estamos algo apurados, y que el oro que sacamos de España al emigrar se va consumiendo que es un prodigio.

—No se necesita mucho, porque no se trata de ofrecer un premio á una traicion; se trata de ganar á un hombre, y de ganarle á comprarle hay mucha diferencia. Voy á esplicarme. Yo soy hombre de negocios; tengo algunas fincas y algunas trampas que importan mas que las fincas, por lo cual me veo cercado y asaeteado por

los acredores que pleitean para que les pague, y yo pleiteo para no pagar. Yo no niego las deudas, y al contrario, no me importa confesar que son mayores de lo que son, con tal que no me pidan un cuarto, porque mas quiero deber mil, que pagar ciento; y como mis acreedores prefieren que yo les pague ciento á que les deba mil, siempre estamos en pleito. Pues bien, yo para salir bien de estos pleitos necesito un abogado acreditado, elocuente, entendido, y ninguno mejor que D. Joaquin María Lopez.

—Bien, dijo uno, pero defender sus trampas de V. no es defendernos á nosotros.

—Déjeme V. concluir, continuó impasible el diplomático. Yo puedo entablar relaciones con Lopez, valiéndome de este pretexto: lo mismo que yo habrá muchos que elijiéndole por abogado, le den á ganar algunos cuartos, y despues de familiarizarse con él es fácil pintarle los males de la patria, el estado angustioso de nuestro partido, la necesidad que tenemos de una amnistía, las bendiciones de tantas familias errantes á la mano generosa que las libre de la proscricion y la miseria; el triunfo moral del partido progresista por una accion magnánima que impedirá en adelante hacer armas contra él á sus enemigos obligados por la gratitud y el reconocimiento; la leccion saludable para todos los partidos de castigar al criminal perdonando al vencido; el ejemplo de fraternidad á toda la Europa que nos contemplará estática y nos vindicará de la nota de vándalos y caribes, y sobre todo, un lugar preferente en la historia para Lopez que no ha tenido ejemplo en las generaciones pasadas, que admirará la generacion presente y que será bendecido por todas las futuras generaciones. Pongamos en planta este proyecto, y Lopez es nuestro.

El pensamiento fué aprobado por unanimidad, porque todos debían conocer su importancia y la facilidad de fascinar á Lopez, atendida su volubilidad, la inseguridad de sus principios, su ambicion de figurar como hombre de poder, su deseo de brillar como hombre de prestigio, su afan de aplausos, de vivas, de aclamaciones, de gracias, de historia, de ministerio, de todo.

La autoridad de quien hemos hablado recibió aviso al poco tiempo de las maquinaciones de los *blancos*, y entre otras cosas tuvo noticia del acuerdo que hacia relacion al tribuno Lopez.

La autoridad á que aludimos cumplió con los deberes del patriotismo y de la amistad, llamando á Lopez y mostrándole las cartas de Paris para que no fuese sorprendido por ignorancia.

La autoridad á que nos referimos cumplió con estos deberes sin rebajar un ápice su dignidad, porque sabemos que habló el lenguaje de la autoridad y de la franqueza, el del deber y el honor, el de la amistad y el patriotismo.

«Lopez, le dijo, tengo que comunicarte noticias de nuestros comunes enemigos: tú haces la oposicion al ministerio, no creas que doy este paso para comprarte, no quiero contrariar las inspiraciones de tu conciencia, no trato de violentar la rigidez de tus principios, eres enemigo del ministerio, pero eres liberal.»

Aqui creemos nosotros que á Lopez debieron salirle los colores á la cara.

«Eres liberal y tienes honor, continuó la autoridad, y yo descanso en el convencimiento íntimo de que no harás traicion á tus principios, y que no condenarás á la libertad y á sus defensores á la muerte y á la ignominia,

sirviendo de instrumento á nuestros enemigos. Toma esa carta y lee.»

Y Lopez tomó la carta, la leyó despues de tomarla, la devolvió despues de leerla, y dijo despues de entregarla:

«Ya tenia yo algunas noticias de los planes liberticidas que fraguan los emigrados para arruinar nuestras instituciones; pero nunca he dado crédito á los rumores esparcidos con respecto al uso que quieren hacer de mi persona, porque creo que mis opiniones políticas son bien conocidas, que todos saben mis compromisos por la causa de la libertad, y que no habrá poder humano que me haga retroceder un paso en la senda gloriosa que me he trazado. Creo por lo mismo que mis enemigos han de conocer la impotencia de sus esfuerzos, y que no habrá uno entre todos bastante osado para proponerme un plan reaccionario, que sabria rechazar con toda la energía de mi carácter franco, noble, independiente y liberal. Yo hago por conviccion y no por sistema la oposicion al ministerio actual; pero antes seria ministerial que servir á los retrógrados en sus planes de opresion y oprobio para España. ¿Piensas tú que Lopez habia de renunciar á la gloria de llamarse uno de los mas constantes baluartes de las libertades patrias? ¿Piensas tú que Lopez habia de corresponder con la mas negra ingratitud á las distinciones que debe al partido progresista?»

—Yo no creo ni pienso nada de tí, contestó la autoridad en tono amistoso, pero todo lo pienso y lo creo de los retrógrados.

—«Pues bien, exclamó Lopez hecho un erizo en los pelos y un vesubio en el corazon; yo tambien lo espero y lo creo todo de los enemigos de las instituciones, que son los enemigos de la humanidad, pero estoy dispuesto

no solo á rechazar sus proyectos parricidas, sino á publicarlos en el congreso, á informar á la representacion nacional y al pais de nuestra situacion para que todos los buenos patricios vivan prevenidos, y para que nuestros enemigos pierdan sus esperanzas. Mañana mismo atronará mi voz en el santuario de las leyes denunciando las intrigas y maquinaciones diabólicas de los emigrados, y sabrá el mundo que si hay hombres tan viles que intentan manchar la mas acrisolada de las reputaciones, hay hombres tambien que marchan impertérritos por el camino de la virtud, del honor y de la constancia al templo de la inmortalidad. »

En aquel momento de entusiasmo faltó poco para que Lopez se declarára ministerial, faltó poco para ofrecerse á servir de espía y de alguacil al gobierno de Espartero contra los retrógrados, faltó poco para tragarse al mundo entero ofreciendo las pruebas, los sacrificios mas costosos para sincerarse á los ojos del pueblo de todas las dudas que se pudieran abrigar respecto á su conducta, y costó mucho trabajo, muchos sudores, muchas palabras y muchas reflexiones prudentes á la autoridad para apaciguar á Lopez é impedir los arrebatos imprudentes de su romántica fe.

Por fin Lopez salió convencido de que no debia informar al congreso de lo que pasaba, porque no tenia ninguna necesidad de escandalizar para cumplir con su deber, y salió dando palabra de caballero de no hablar del asunto ni obrar contra los intereses y la existencia de su partido.

A los pocos dias volvió Lopez á casa de su amigo, y le participó que efectivamente habia sido invitado á encargarse de una defensa, y que asi como la hubiera acep-

tado en otras circunstancias, la habia rehusado en virtud de los antecedentes que tenia, concluyendo por dar muestras de gratitud al amigo que le habia salvado del peligro con sus avisos.

Todo esto es lo que pasó, y si los acontecimientos no hubieran venido á despejar la incógnita, seguramente Lopez seria hoy uno de nuestros oráculos.

Pero los desengaños han desvirtuado la fe de las palabras de Lopez y desvanecido nuestras ilusiones.

Pero los desengaños han roto la máscara de los hipócritas.

Pero los desengaños dicen que Lopez fué doblemente criminal, porque sabia los planes de los enemigos de la libertad, y sabiéndolos, se prestó despues á servirles de instrumento.

Lopez sabia de mucho tiempo que la amnistía de los emigrados prepararia la tumba de la libertad, y fué el primero que pronunció con énfasis la palabra amnistía. El delito á sabiendas no es un pecado venial que el partido liberal pueda absolver, ni un manifiesto es el confesionario á propósito donde el pecador pueda alcanzar indulgencias con el dolor de la contricion y las lágrimas del arrepentimiento. Los partidos perdonan la ignorancia, pero no disculpan la malicia.

*¡ Un manifiesto !*

Gran golpe hemos dado, amigo Lopez, con un manifiesto; y no porque un manifiesto deje de tener importancia en ocasiones, porque el valor de las cosas es relativo y significan mas ó menos segun la oportunidad ó importunidad en la aplicacion.

En 1843 todo el partido progresista hubiera deseado un manifiesto de Lopez.

En 1843 todo el partido progresista ha despreciado el manifiesto de Lopez; cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento.

En 1843 al ver un manifiesto de Lopez todos hubiéramos exclamado: «¡Mas vale tarde que nunca!»

En 1845 al ver un manifiesto de Lopez todos hemos dicho: «Después del burro muerto la cebada al rabo.»

¡Cuánta diferencia en tan pocos años!!!

Lo mismo dice Victor Hugo hablando de Mirabeau, con quien tú, pobre Lopez, has pretendido rivalizar, del Mirabeau de 1781 despreciado de su tío, repelido por su padre y maldecido por su mujer; del Mirabeau de 1781, proscrito, infamado, aborrecido, perseguido, encarcelado, castigado y quemado en efígie, comparado con el Mirabeau de 1791 (diez años después), admirado, bendecido por un pueblo que lloraba su pérdida; del Mirabeau moribundo que tenía conmovido á Paris, cuyos entusiastas habitantes ofrecían abrir sus arterias para trasfundir su sangre en las venas del ilustre enfermo. Al notar Victor Hugo esta metamorfosis, pregunta asombrado del genio de Mirabeau: ¿Cómo en diez años el demonio de una familia ha podido llegar á ser el Dios de una nación? Y nosotros, no menos sorprendidos del contraste que lamentamos entre el Lopez de 1843 y el Lopez de 1845, preguntamos también: ¿Cómo en dos años la esperanza de una nación ha podido llegar á ser el escaño de todos los partidos?

Esto es lo que nosotros tratamos de investigar sentando como base el epígrafe de este capítulo, que es el mismo epígrafe del capítulo VII de tu manifiesto á que vamos á contestar. Oigamos tus palabras.

«Según iban declarándose las provincias contra la do-

minacion de Espartero, nombraban sus juntas para que dirijiesen y regularizasen su accion. Dióse á estas juntas el nombre de salvadoras, porque dotándolas de amplísimas facultades, se les encomendaba la salvacion de los pueblos en situacion tan dificil y arriesgada.»

El señor Lopez se obstina en defender todos sus desaciertos de 1843, y por eso nos dice que las juntas encargadas de salvar á los pueblos recibieron el nombre de *salvadoras*. El señor Lopez debe estar convencido de que las juntas no salvaron al pueblo, y por consiguiente no debia prohijar el dictado que las aplica. Nosotros concederemos el nombre de salvadoras á las juntas solo en el concepto de que fueron dignas de comer salvado.

Pero Lopez no, porque es muy cuco y sabe donde le aprieta el zapato. Dice que es consecuente, porque jura que es progresista; dice que las juntas eran moderadas y que estaban identificadas con las ideas del gobierno provisional. ¿Entienden VV. la lójica?—No.—Pues nosotros tampoco; y esto consiste sin duda en que somos algo míopes, y Lopez caza muy largo.

Y no se crea que salga de nuestra cabeza lo que decimos en el parrafillo anterior, somos incapaces de hacer suposiciones, y no las necesitamos cuando los hechos y las palabras de Lopez son las armas lejítimas con que le combatimos. Vaya un parrafillo de Lopez.

«¿Cómo siendo progresistas en su totalidad los hombres que habian formado el ministerio de 9 de mayo, siendo progresistas las doctrinas sobre que basaron su programa y teniendo el movimiento de junio el objeto de poner en nueva accion á aquellos hombres y á aquel programa, no obtuvo en el movimiento una preponde-

rancia decisiva el partido progresista, sino que quedaron todas las ventajas del lado de los que habian sido y fueron despues sus adversarios?»

Creemos que el señor Lopez no puede decir mas claramente que las juntas de 1843 eran retrógradas. Pues bien; ahí va otro parrafillo de Lopez en el mismo capítulo.

«No se dirá, sin embargo, que se mostró ingrato (el gobierno provisional progresista) olvidando los eminentes servicios que en el tiempo de la lucha habian prestado las juntas de las provincias, etc. Asi, al acordar en 1.º de agosto que en cada provincia no se conservase mas que una junta y que estas tomasen el nombre de auxiliares, ensalzó el gobierno, como era justo, el mérito contraído por aquellas corporaciones, declarándolas **IDENTIFICADAS CON SUS IDEAS.**»

Pues el autor de estos dos parrafillos, que braman de verse juntos, se llama consecuente á boca llena. ¡Qué saber tiene este cuco!

Lopez, mira lo que haces; considera que no todos somos tan crédulos como tú para que nos puedas vencer con los pobres recursos de tu falsa lójica. No basta que te llares liberal; nosotros no pedimos á nadie que se lo llame sino que lo sea. No basta que comentes con buenas doctrinas el manifiesto retrógrado dado por María Cristina en 1833, si has hecho atrasar á la nacion en 1843 diez años de camino. Estamos perfectamente de acuerdo con estas palabras de tu folleto: «La gratitud solo se debe al favor; pero ni es favor otorgar á los pueblos lo que de justicia les corresponde, ni aun en otro caso puede decirse que lo dispensa el que en ello encuentra su utilidad y consuela sus ventajas.» ¿Y cómo noso-

tros, demócratas ardientes, no habíamos de acoger con entusiasmo esas palabras, que representan la viva imájen de nuestras ideas? Sí, estamos conformes en estas verdades; no hay mas que una diferencia y es que tú las dices y nosotros las sustentamos; tú solo las escribes y nosotros las proclamamos porque las creemos y son la base fundamental de nuestro sistema; tú las dices para halagar á un partido, nosotros para que se arraiguen en el corazon del pueblo; en una palabra, tú las pronuncias con miedo, como implorando con su auxilio el perdón de los agraviados, nosotros las repetimos con orgullo porque son el lema verdadero de nuestra bandera política: « *todo por el Pueblo, todo para el Pueblo.* »

Hay ademas otra diferencia y es que nosotros nunca decimos mas que la verdad, y tú acostumbras á faltar á ella, porque hasta has apelado á este triste recurso para autorizar tu oposicion á la Junta Central. Y eso es claro. Esta es sin duda la parte menos justificable de tu vida política tan abundante en aberraciones y contrasentidos. En todo tu manifiesto has defendido una mala causa; pero en la cuestion de Junta Central tu causa no es solo mala sino malísima, que no puede ser peor, y has tenido que valerte de la mentira para salir triunfante. ¡Qué locura! De ningun modo podias salir triunfante, pero siquiera podias haber aspirado al olvido de tus errores, y para esto has equivocado el camino. Te lo repetimos; el partido progresista podia absolver tus culpas sino hubieras dado ese manifiesto, hijo de la mas refinada hipocresía y de la mas reprehensible pertinacia; podia perdonarte si hubieras implorado su gracia de otro modo. No queria el partido liberal que negases tus faltas, sino que las confesases y te mostrases arrepentido. Asi hubieras manifes-

tado que tenias conciencia en vez de probar como lo has hecho que tienes orgullo. Si querias volver al seno de tus antiguos amigos, con pocas palabras lo hubieras logrado: «Españoles, yo he arruinado la libertad queriendo defenderla; mi intencion era rodearla de flores, pero mi torpeza la ha circundado de cipreses.» Estas palabras bastaban si no para sincerarte para alcanzar al menos un perdón que en vano solicitarás hasta en la hora de la muerte. Pero te has aferrado en la senda de perdicion que te aconsejó el orgullo de orador astuto; has creido envolver á toda una nacion con frívolos silojismos y el razonador ha desaparecido ante el sofista.

Dices que el general Serrano habia empeñado su palabra en Barcelona de instalar la Junta Central, y que esto no debia obligar al gobierno provisional, cuyos individuos no tuvieron conocimiento en mucho tiempo de semejante compromiso. Esto es faltar á la verdad descaradamente; pero suponiendo que tú no tenias noticia de la palabra empeñada por Serrano, ¿por qué tan pronto como lo supiste no enmendaste la falta? Para eso dices que la palabra de uno solo no debia hacer fuerza á los demas individuos del gobierno. Pues nosotros decimos que todos los hombres tienen obligacion de ser honrados, y que es una gloria el sucumbir cuando se salva el honor. El general Serrano dió una palabra; contrajo como hombre la obligacion de cumplirla y antes debió morir que faltar á su promesa. Si en los demas individuos del gobierno tenia oposicion, debió procurar vencer esta oposicion; si la oposicion era invencible, no le quedaba mas recurso que arrojar de las sillas á sus compañeros si era el mas fuerte, ó retirarse si era el mas débil: por cualquiera de estos medios hubiera podido el general Serrano evitar la

inmensa responsabilidad que sobre él pesa: ó ser ministro cumpliendo los deberes del ciudadano , ó ser ciudadano conservando íntegra la dignidad del hombre.

Pero esta responsabilidad no es solo del general Serano sino de todos los individuos del gobierno provisional, porque si teníais diferentes doctrinas y diferentes compromisos no debíais, como hombres que estiman en algo la moralidad, gobernar juntos. O la opinion y el compromiso de los unos, ó la opinion y el compromiso de los otros. Si no queríais algunos faltar á lo que vuestra conviccion os dictaba, tampoco debíais tener compañeros que faltáran á sus deberes ; porque tanto vale para nosotros ser delincuente como cómplice de un delito.

¡ Hombre inconsecuente ! Tú que tanto abogabas por la Junta Central en 1840 tánto la temias en 1843 ; no es extraño , porque acostumbras á llamarte á boca llena progresista , calificas de moderadas á las juntas de 1842, y sin embargo declaras solemnemente que estaban identificadas con tus ideas. Di que no tienes fe, que no tienes principios , que no tienes carácter y te ahorrarás de manchar papel, que asi como asi lo mejor que puede sucederle es ir á servir en las especerías ; por lo demas tus razones son razones de pié de banco, y solo tenemos la paciencia de leerlas por el gusto y la necesidad de refutarlas.

Y no queremos decir con esto que seas mal razonador : nosotros hemos admirado tu elocuencia , y ahora mismo que somos enemigos tuyos, ahora que te rechazamos de nuestras filas, te concederemos que como orador de pasion y como improvisador feliz eres el primero de todos los que se han distinguido en esta época. No consiste , pues, en que tengas pocas luces, el que tus razones sean desgraciadas, sino en que defiendes mala causa,

y cuando la causa es mala las razones no pueden ser buenas. Vamos á copiar, con sus correspondientes comentarios, las razones que tuviste para no acceder al universal deseo de *Junta Central* que abrigaban todos los liberales honrados en 1843.

— «¿ De cuántos individuos debería componerse esta junta magna ? »

— ¡ Bonita pregunta ! Si todos los pronunciados hubieran vacilado ante esta consideracion, de seguro no habrían nombrado juntas en las provincias por no saber el número de representantes que cada una debiera tener. Nosotros somos aficionados á ver poca gente en escena, y creemos que cada provincia tenia suficiente con un representante de su confianza. Si una nacion está bien representada depositando su confianza en un congreso de trescientos diputados, lo mismo lo estará en uno de cuarenta, porque tan insignificante es el número de trescientos como el de cuarenta para reasumir las voluntades de doce millones de almas que son otros tantos cuerpos.

— « ¿ Cuántos habia de nombrar cada provincia ? »

— Es muy fácil optar entre dos medios. O bastaba con un solo representante, ó cada una podia mandar los que debiera proporcionalmente al número de sus habitantes, tomando por tipo la provincia de Madrid ó cualquier otra.

— « ¿ Cómo se habia de instalar ? »

— Instalándose, nada mas fácil queriendo, y nada mas difícil no queriendo.

— « ¿ Qué reglamento debería tener ? »

— Ella lo haria y bien pronto. Pues qué ¿ todo se lo habíamos de dar amasado y cocido ?

— « Pero no era esto solamente lo que debia decidirse.

¿ Por quién se habia de nombrar la Central ? ¿ Por las

juntas salvadoras instaladas en las capitales de las provincias? »

—No, porque las juntas de las provincias ni representaban el voto de los pueblos, ni aunque lo representasen tenían facultades para transmitir la confianza de sus comitentes.

—« Estas eran en su mayor parte moderadas, y los resultados hubieran correspondido en el nombramiento de la Central á la índole de tales elementos. »

—¡Hola! ¿Con que eran *moderadas*? ¿Pues no dices que estaban identificadas con tus ideas? Ergo, tú eras moderado, y está probado lógicamente y matemáticamente.

— « ¿Se quería que se nombrasen los centrales por los pueblos mismos? »

—¿Pues quién los habia de nombrar? ¿el gobierno? Entonces la Junta Central hubiera sido una oficina.

—« Y entonces, ¿deberia ser por los propietarios y capacidades que con arreglo á la ley electoral nombran los diputados á córtes? »

—No señor, no señor, no señor; por todos los ciudadanos sin trabas ni cortapisas aristocráticas.

— « Esto hubiera sido duplicar inútilmente la operacion, puesto que esos mismos electores estaban llamados á elegir los diputados que debian componer las córtes aplazadas para el término mas breve posible. »

—¡Pero si la nacion queria Junta Central, y reuniéndose la central estaban de mas las córtes, y estando de mas las córtes estaban de mas los electores!

— « ¿Se quería que la designacion de los centrales se hiciese por los pueblos en masa ó del modo mas democrático posible? »

— Sí señor, sí señor, sí señor; porque los diputados

que son elegidos por los ciudadanos representan á la nacion, y los nombrados por los electores solo representan á unos cuantos contribuyentes y empleados.

— « Esto hubiera sido mas dificil y embarazoso, porque era necesario abrir un nuevo camino á la forma de la eleccion, y sobre todo de resultados mas lentos y por lo mismo menos acomodables á una situacion de agovio y angustiosas exigencias. »

— Al mal nadador hasta los pelos le estorban. Repetimos, Lopez, que todo lo hallabas dificultoso, porque no querias servir á la libertad estando como estabas *identificado* con las juntas moderadas; por lo demas, cuando un hombre de revolucion ó de gobierno trata de llevar á cabo un plan, no pregunta si es dificil sino si es útil, y hallándolo útil se arrostran todos los peligros para vencer todas las dificultades. Dí que el pensamiento te parecia detestable y no te andes por las ramas; pero confiesa que te parecia malo porque los liberales lo creian bueno.

— « ¿ Se apetecia una representacion genuina y fiel de la opinion pública ? »

— Eso no se pregunta: ¿ quién ha de decir que no ?

— « Las córtes lo eran é iban á reunirse muy en breve. »

— ¡ Otra vez con las córtes !! ¡ qué pesadez !

— « ¿ Se deseaba un cuerpo que hiciese mas que las córtes y que el poder mismo ? »

— Claro es que sí; ¿ pues qué ? ¿ la Junta Central habia de ser un espantajo ? Se queria que la junta fuese lo que son reunidos el poder ejecutivo y el legislativo, y no para servir de lazarillo á hombres tan ciegos como los del gobierno provisional.

— « ¿ Qué facultades habia de tener la Junta Central ? »

—Estraordinariamente omnímodas, omnímodamente estraordinarias.

— « ¿Serian lejislativas? »

— Y ejecutivas.

— « Entonces estaban de mas las córtes. »

— Y tanto como estaban de mas. ¿Crees tú que pudieran funcionar á la par las córtes y la Junta Central? Eso es un disparate garrafal. ¿En qué cabeza cabe tal despropósito? La convocacion de la Junta Central supone un estado violento y las córtes la consolidacion de la ley. El estado normal escluia la Junta Central como escluia las córtes el estado de revolucion; por consiguiente no era posible ni lo será nunca el fenómeno de ver una Junta Central con córtes, ni unas córtes con Junta Central.

— « ¿Habian de ser las facultades de la Central ejecutivas? »

— Y lejislativas.

— « Entonces estaba de mas el gobierno. »

— Y maldita la falta que nos hacia.

— « Se quiere, se decia, un cuerpo que aconseje y ayude al gobierno. »

— Mentira, Lopez, nadie dijo semejante cosa, y el que lo dijera era un solemne zopenco; lo que se queria era una junta que os echára á patadas á tí y á los demas del punto que ocupábais indignamente, y en el cual trabajábais con ahinco para arruinaros y para arruinarnos. ¡Un cuerpo consultivo del gobierno! Eso hubiera sido una especie de consejo real.

— « Pero no se reparaba sin duda en que estos cuerpos empiezan siempre por aconsejar y acaban por imponer. »

— Pues si la Junta Central habia de empezar desde luego imponiendo, ¿ cómo habia de acabar aconsejando? »

—«Todas las fracciones, todos los intereses de partido y todas las exigencias hubieran dejado oír su voz, y este procedimiento infinito hubiera hecho las discusiones interminables á la vez que tumultuarias.»

— Cierto ; y si pronunciabas tú muchos discursos hubiéramos tenido junta hasta la venida del Mesías. Pero conviene que nos paremos un poco en este significativo párrafo. En él hay palabras maliciosas que pudieran fascinar á primera vista, pero que realmente son hijas mas bien de las meditaciones que de la verdad. Quiere Lopez suponer, y lo dicemas adelante de un modo esplicito, que la Junta Central *«hubiera sido un cuerpo raramente heterogéneo, compuesta de moderados, progresistas de la coalicion, progresistas esparteristas, republicanos, absolutistas, etc., etc.»*

Falso. La Junta Central hubiera sido un cuerpo liberal: esto es lo que nos interesa saber, y esto es lo que vamos á demostrar. Cuando se proclama un principio y los que le proclaman triunfan, son vencedores, y los vencedores tienen siempre una irresistible fuerza moral sobre los vencidos. En el hecho de prevalecer la opinion de los centralistas, sus contrarios se habrian declarado en derrota : ¿ cómo se hubieran atrevido á disputar el campo á los que empuñaban las armas de la victoria? No solamente no hubieran osado luchar conociendo la posicion desventajosa en que se encontraban, sino que hubieran renunciado á tomar parte en una eleccion que repugnaba á su conciencia. Ahora bien ; ¿ quiénes eran los que proclamaban Junta Central? ¿ Los moderados? no por cierto; porque esto hubiera equivalido á decretar su ruina, á suicidarse. ¿ Los realistas? Menos ; porque esto estaba en oposicion con sus doctrinas; porque nada podrian pro-

meterse en la contienda electoral y tambien porque como los moderados estaban en derrota. Los que querian la Central eran todos liberales mas ó menos avanzados, y no podian ser tan tumultuarias las discusiones de los que profesaban las mismas doctrinas, ni muy encontradas las exigencias de los que por la identidad de sus principios y por la necesidad de batir al enemigo comun habian de estar poco discordes.

El triunfo hubiera sido indudablemente del partido liberal; porque asi como la revolucion de 1843 era una contrarevolucion de la de 1840, que dió la victoria á los progresistas, el triunfo de la Junta Central hubiera sido una contrarevolucion de la revolucion de junio que dió la victoria á los moderados. Esto es lo que naturalmente debia inferirse, y no nos vengas, Lopez, en tu monomanía de comparaciones y metáforas á decir que es muy fácil adivinar el remedio que hubiera convenido al enfermo despues de muerto, porque te diremos que el médico que ve que su plan curativo es malo, debe desahuciar al enfermo para entregarlo á manos mas esperatas ó afortunadas mejor que hacerle víctima de su orgullo y de su obstinacion. Esta franqueza te hubiera presentado como el hombre mas inepto en la medicina, pero te habria valido la opinion de doctor concienzudo y no te llamaríamos hoy el doctor Sangrado de las enfermedades políticas.

No faltan detalles en tu manifiesto relativos á la cuestion de Junta Central; pero has tenido buen cuidado de pasar en silencio el mas importante de todos: el *bombardeo*. La historia del gobierno provisional está llena de manchas indelebles; pero el *bombardeo* es un sangriento borron que no podrá lavar el tiempo y que, justificando la

conducta del general regente, ha impreso en la frente de sus adversarios desleales el sello de la eterna maldición.

Establezcamos comparaciones entre el bombardeo de 1842 gobernando Espartero, y el de 1843 representando Lopez su papel de primer farsante.

Cuando Espartero hizo bombardear á Barcelona se hallaba esta ciudad sublevada contra el gobierno legítimo. Ningun otro punto de la nacion dió señales de secundar aquel movimiento aislado y heterogéneo, en que bajo un frívolo pretexto pugnaban los hombres de mas opuestas doctrinas por explotar una insurreccion parcial en provecho propio.

Los liberales de buena fe reprobaron entonces el levantamiento de Barcelona como reprobaron despues el bombardeo de Barcelona. Querian que el bombardeo no se verificára y maldecian la hora de la fatal insurreccion; sentian el castigo de un pueblo amotinado, pero conocian la necesidad de una medida enérgica para restablecer el imperio de la ley. Profesaban ideas bastante democráticas para saber que una nacion sublevada tiene mas razon y mas poder que un gobierno cualquiera que sea su origen; pero profesaban principios de orden, para conocer que la causa de una ciudad sola no era la causa de toda una nacion; porque si una nacion en revolucion ejerce el derecho natural y legítimo de su soberanía, una poblacion que ataca al gobierno contradiciendo el voto de la mayoría numérica de la nacion, tanto destruye el principio de la soberania nacional como la legitimidad del gobierno.

Aunque no hubiera mas razones que estas en pro del gobierno de Espartero, diremos que este tenia una obligacion de someter á Barcelona, sin que por esto apro-

bemos los medios; pero hay otras razones de gran peso que inclinan la balanza á nuestro favor. Una revolucion no solo debe ser el resúmen de la opinion nacional, sino que ademas necesita levantar una bandera justa y popular. La revolucion de Barcelona no contaba con simpatías en la nacion, y era ademas injusta, bastarda y anti-liberal. Era el producto de las ambiciones, de las intrigas de los retrógrados y del maquiavelismo de los extranjeros. ¿Cómo podia tener un fin santo y noble una revolucion en que los republicanos servian de pantalla á los retrógrados, y en que el movimiento de toda la máquina era producido por la palanca de los agentes extranjeros? En aquella revolucion sin bandera tomaron parte los hombres de todos matices, lo mismo los retrógrados que los progresistas, y los republicanos como los serviles; pero ninguno sabia la razon sino los directores. Preguntábase á un catalan—¿Por qué te pronuncias?—Para matar soldados, contestaba.—Preguntábase á otro—¿Por qué te pronuncias?—Porque no quiero quintas, respondia. Algunos decian, ¡muera Espartero y viva Isabel II! Otros victoreaban á la república, muchos gritaban ¡abajo las ¡contribuciones! Aquello era un laberinto; aquello no podia llamarse revolucion, sino motin, y motin preparado por agentes extranjeros, alguno de los cuales ha sido luego recompensado; motin provocado por los retrógrados que gozaban al ver tanta desolacion y mortandad. Si morian soldados, se alegraban, porque eran soldados de la libertad; si perecian nacionales, se complacian, porque eran defensores de la libertad; las balas que salian de la ciudad y las bombas que llovian de Monjuich les agradaban igualmente, porque las de fuera mataban nacionales y

las de dentro mataban soldados. Los retrógrados en aquella ocasion dirijiendo la representacion del drama sangriento entre bastidores se prometian ganar sin esponerse á perder. Querian que el resultado les fuese favorable, pero sobre todo querian asaltos, querian lucha feroz, querian mortandad, porque tanto odiaban á los que defendian la libertad fuera, como á los que la victoreaban dentro. Venciendo estos sucumbia la libertad con Espartero; triunfando Espartero perecian muchos liberales en la pelea y en el cadalso. ¿Qué importaban tantas calamidades si el resultado era siempre ganar?

Hemos dicho lo bastante para pintar la revolucion de Barcelona. Espartero como liberal debia sofocarla, porque de este modo defendia la libertad, sin la cual no hay gobierno; como Regente debia igualmente someter á Barcelona, porque de este modo defendia al gobierno, sin el cual no hay libertad. Los medios de que Espartero se valió no fueron buenos; nosotros se los reprobaremos siempre, como se los reprobamos entonces, porque no desmentimos jamás lo que decimos una vez; pero es lo cierto que el mal reclamaba un remedio pronto y enérgico; pronto para evitar su propagacion, y enérgico para estirparla radicalmente. Sin duda Espartero conoció esta necesidad apremiante, pero tuvo la desgracia de equivocarse la enerjía con la crueldad, haciendo ver la fuerza del gobierno en las espoletas de las bombas. Pero ¿qué medios tenia de apagar el fuego de la insurreccion? A vosotros os lo preguntamos, bombardeadores de 1843, no para disculpar á Espartero, sino para confundiros, para que digais por qué seguisteis la conducta de Espartero si era tan tiránica, por qué un bombardeo era sultánico y el otro justificable. ¿Era mas

justa la causa del pueblo en 1842 que en 1843 ? ¿ Era mas razonable la causa del gobierno en 1843 que en 1842? Comparemos.

Barcelona estaba sublevada en 1843 como lo estaba en 1842. Espartero echó bombas, luego Lopez debia echar bombas. Esto es lo que dirán los provisionalistas; pero el raciocinio es falso. Necesitamos examinar los antecedentes para deducir lógicamente las consecuencias. En 1843 el pueblo de Barcelona no se habia pronunciado para combatir el gobierno provisional, ó lo que es lo mismo no se habia *despronunciado* desde que con la bandera de *Junta Central* se levantó contra Espartero. El pueblo de Barcelona reclamaba ademas una promesa que solemnemente le hizo el ministro universal D. Francisco Serrano. ¿ Se dirá que el pueblo de Barcelona era díscolo porque exigia el cumplimiento de una palabra? ¿ Se dirá que era rebelde porque perseveraba en la bandera que habia levantado desde un principio? Lo que se dirá es que Barcelona pedia *Junta Central* y el gobierno no la queria, pero si Barcelona pedia *Junta Central* y otras juntas pidieron la mayoría de la Reina y la integridad de la *Constitucion* contradiciéndose palpablemente, pues la integridad de la *Constitucion* no podia hermanarse con la mayoría anticipada, y si otras juntas proclamaban ministerio Lopez con la regencia del duque de la Victoria hasta el 10 de octubre de 1844, y de aqui quiere decir Lopez que no podia atender á tantas exigencias, le diremos que lo que de esto puede deducirse es que la revolucion general de España que elevó á Lopez al gobierno provisional era tan descabellada y tan monstruosa como la revolucion de Barcelona de 1842. Bien conocemos que Lopez no podia acceder á tantas exigencias con-

trarias; pero si era hombre de bien no debía halagar las ilusiones de tantos españoles con quienes contrajo una deuda de gratitud puesto que invocaban su nombre, y á quienes sabia de cierto que venciendo la revolucion no podria corresponder por la heterogeneidad de sus principios. Cuando Lopez aceptó las consecuencias de una revolucion tan deforme, no debió ignorar, so pena de ser un ignorante muy superlativo, que tenia que burlar muchas esperanzas, y si conoció lo que tenia que suceder y consintió en burlar las esperanzas de los pueblos, se hizo digno de otro epíteto que él debe presumir, y que nosotros ahogamos comprimidos por la cólera que nos escitan tantos tristes recuerdos y tantos amargos desengaños.

¡Qué diferente era la posicion de Lopez en 1843 á la de Espartero en 1842, cuando uno y otro arrojaron bombas sobre el pueblo de Barcelona! El grito de *Junta Central* en 1843 no estaba circunscrito á Barcelona, pues resonaba con entusiasmo en otros puntos de la Península; el grito de abajo Espartero en 1842 solo se oia en las calles de una ciudad sin hallar eco en ninguna otra parte. Espartero por consiguiente tenia facultades y hasta obligacion de someter á un pueblo rebelde; Lopez no tenia ningun derecho para negar á Barcelona lo que pedia, y mucho menos para faltar al cumplimiento de una promesa. Barcelona, cuyos heróicos esfuerzos en 1843 han oscurecido las glorias de Numancia, combatia con tanta justicia, con tanta razon como razon y justicia pueda tener Lopez cuando reclame de sus acreedores lo que le pertenezca.

¡Y Lopez *bombardeó* á Barcelona!! ¡Qué iniquidad!!

¡Y Lopez se pronunció contra Espartero porque este habia *bombardeado* á Barcelona!! ¡Qué inconsecuencia!

¡Qué maldad!

Si nosotros nos hubiéramos hallado en el caso de Espartero no hubiéramos *bombardeado* ; pero en el de Lopez mucho menos.

Porque bombardear en el caso de Lopez era justificar el bombardeo de Espartero, y cuando no hubiéramos hallado otro camino por donde salir del atolladero que el bombardeo , convencidos entonces de la necesidad que el Regente debió tener para apelar á aquel medio terrible , y sobre todo impulsados por lo que el honor y el amor á la justicia nos debian dictar en tan apurado trance , hubiéramos llamado á Espartero para decirle:

—«¡ Espartero , vemos que eres mas hombre de bien que nosotros , te hemos calumniado , te hemos arrebatado el poder ; pero convencidos de la sinrazon con que te hemos combatido , te devolvemos la regencia que la nacion te dió y el honor que nosotros te habíamos quitado.»

Esto hubiera sido noble , decoroso y sobre todo seria justo ; por eso no lo hizo Lopez. Al contrario. Espartero echó 2,000 bombas en Barcelona y Lopez 16,000 ; ya ven VV. que la diferencia es grande , y que si Espartero fué digno de perder el mando por 2,000 bombas , Lopez por 16,000 debia perder algo mas que el mando.

Pero para eso , dirás tú, infortunado Lopez , que lamentas la situacion de los liberales ; para eso derramas lágrimas á todas horas sobre la tumba de la libertad. ¡Ah! Tambien el cocodrilo llora sobre las manchas de sangre del hombre que ha devorado , pero le ha devorado y su arrepentimiento no le impide hacer rechinar entre sus dientes los huesos de otros hombres cuando caen bajo su dominio insaciable. No llores , Lopez , no llores , porque nada conseguirias de los que sabemos que tus lágrimas son las lágrimas del cocodrilo.

## CONCLUSION.

## Y VA DE CUENTO.

**E**n hora menguada, desdichada criatura, para satisfacer tu hambre canina de aplausos y apagar tu sed hidrópica de ministerio, se te ocurrió hacerte aplaudir á la vez de moderados y de progresistas, y ser ministro proclamado á la vez por progresistas y por moderados.

En hora menguada pudiste olvidar que los silbidos están tan cerca de los aplausos como las manos de la boca, y que el que se empeña en que todos le aplaudan corre el grave riesgo de que todos le silben.

Sacrificaste, desdichada criatura, á los aplausos unánimes de progresistas y moderados, que duraron una hora, los aplausos parciales, pero eternos, de los progresistas.

¡ Miserable ! preferiste un mucho que durase poco á un poco que durase mucho.

En hora menguada quisiste que tu popularidad sirviese de lazo para unir á dos partidos antagonistas. Los partidos al verse juntos lucharon para separarse , y para separarse rompieron el lazo que les unia , y para romper el lazo que les unia hicieron pedazos tu popularidad. La destruccion de tu popularidad es una consecuencia lógica del uso que de ella hiciste.

Perdiste en un momento todo tu crédito; tu reputacion de hombre de talento y tu reputacion de hombre de bien.

Los moderados creen que te engañaron y los progresistas que les engañaste. Aquellos te miran con desprecio y estos con ódio. Los primeros , cuando se ocupan de tí , dicen riendo ¡ qué tonto ! Cuando se ocupan de tí los segundos dicen rabiando ¡ qué farsante ! Y estas dos calificaciones , que salen á la vez de millares y millares y mas millares de bocas distintas , forman una especie de descarga cerrada de carcajadas y refunfuños , de burlas y amenazas , de sarcasmos y maldiciones ; una especie de coro estrepitoso que atruena , que confunde , que atonta , que no deja formar de tí la opinion debida , que dá ambigüedad á todos los juicios , y que no ha permitido hasta ahora que la conciencia pública diese un fallo absoluto y certero , ni ha consentido que un universal criterio determinase si has sido la víctima ó el sacrificador.

Nosotros creemos que has sido á la vez sacrificador y víctima.

Nosotros creemos que has sido bastante sagaz para engañar á los progresistas , y bastante incauto para dejarte engañar por los moderados.

Y así es que cuando los moderados dicen ¡qué tonto! y los progresistas dicen ¡qué farsante! nosotros, que te tenemos mejor estudiado, decimos ¡qué farsante y que tonto!

Y si farsante y tonto fuiste engañando á los progresistas y dejándote engañar por los moderados, mas farsante y tonto fuiste todavía cuando despues de haberte dejado engañar por los unos y despues de haber engañado á los otros, tuviste la singular ocurrencia de dar un manifiesto para justificarte y para pasar entre tus contemporáneos por hombre de talento y de buena fe.

Porque cuantos esfuerzos hagas para arrancar el dardo que tienes clavado en el pecho, solo servirán para internarlo mas profundamente en tu corazon.

Has vuelto contra tí tus mismos medios de defensa, y la esposicion razonada con que pensaste desarmar á tus contrarios, solo ha servido para suministrarles nuevas armas.

Tu intempestivo manifiesto ha sido como una carlanca puesta al revés cuyas puntas, vueltas hácia dentro, heririan al mismo mastin que se armase de ellas para su defensa.

Pero, ya se ve, ¡habias tantas veces logrado alucinar al pueblo! ¡tenias pruebas tan convincentes de la credulidad de tus compatriotas! ¡eran tantos los hechos que debian confirmarte en la idea de que á los españoles se les hace comulgar con ruedas de molino!

Desgraciadamente para tí esta vez como otras muchas ha querido la Providencia poner el antídoto al lado del veneno, y así como hizo que Ginebra diese un Rousseau á la Francia en medio de la disolucion general del siglo de Luis XV, ha querido que en medio de las

farsas de la embustera época que alcanzamos asomásemos la cabeza Villergas y yo, que carecemos de genio, que estamos destituidos de talento, que somos unos pobres diablos bajo todas las acepciones de esta palabra, pero que en cambio tenemos una malicia especial, una perspicacia *sui generis* que nos permite descubrir tinieblas donde la generalidad no ve mas que luz, y descubrir el llanto de algunas risas y la risa de algunos llantos, y descubrir la punta de las orejas de los que las tienen de asno, aunque para tapárselas hagan de su pelo una carrillera y mantengan á fuerza de bandolina sujetos los aladares en los ángulos de la quijada inferior.

No tenemos talento, no tenemos genio, pero tenemos instinto para conocer á los embaucadores, ya se disfracen de *ordenistas*, ya se disfracen de *patrioters*; tenemos una voluntad enérgica, paciente, resignada y á prueba de bomba para seguirles la pista por el rastro de sus malas obras, y no paramos hasta encontrarlos, y cuando les encontramos hacemos en ellos presa, y no les soltamos, no, hasta haberlos encerrado, enteros, originales, feos, tales como son, en este libro, que es el panteon de los farsantes y de las opiniones usurpadas.

Este libro es el *requies eterna* de las famas injustamente adquiridas; cada uno de sus capítulos es la tumba de un nombre que no debe vivir, y nosotros temdremos buen cuidado en cerrar esta tumba con una losa pesada y que se ajuste herméticamente para que no salga fuera un solo átomo de las reputaciones que hayamos enterrado.

Y esta pesada losa será la conciencia pública debidamente ilustrada.

Este libro es mas que un panteon, es un gabinete anatómico, es una sala de diseccion donde se hace una detenida autopsia de todas las reputaciones funestas á la patria, las cuales están formadas por las apariencias de patriotismo con que los especuladores y charlatanes políticos han disfrazado sus actos y no por el general y detenido exámen de la tendencia y esencia de los actos mismos. Y esto no debe ser así. Nosotros, ya lo has visto, diseccamos los actos por los cuales se han de juzgar los hombres públicos; los presentamos aislados, desnudos; los seguimos con el escalpelo desde su oríjen hasta sus ramificaciones últimas, y á derecha y á izquierda y en todas direcciones los vamos separando de toda la faramalla patriota, como separa un anatómico el nervio que quiere poner de manifiesto del tejido celular que lo rodea.

No tenemos talento, no tenemos genio, pero tampoco tenemos pelillos en la lengua, y así en pelillos reparamos para decir una verdad como un diplomático para decir una mentira. Y esto es precisamente lo que el pueblo necesita, lo que el pueblo quiere, lo que el pueblo pide, y lo que nosotros le damos y seguiremos dándole; verdades, muchas verdades, tantas verdades como mentiras le habeis dado hasta ahora, verdades suaves, dulces, agradables y útiles para él, pero severas, amargas, irritantes y cáusticas para vosotros, para vosotros histriones y trastulos políticos, representantes á la carátula, que nunca desempeñais vuestro papel á cureña rasa sino cubiertos de perifollos, oropel y colorines como los endemoniados recitantes de la compañía de Angulo *el malo*.

Pero esto se acabó. Villergas, que andaba á tatas y que no podia aun comer el pan con cortezas cuando cojió el rebenque de la sátira, no hubiera salido del vientro

de su madre si vosotros no hubiérais salido del de la vuestra, y yo por mi parte tengo mis razones para decir que soy un enviado de Dios. *Nihil datur in universitate rerum sine ratione sufficiente*, lo que equivale á lo que decia el otro *nihil in terra sine causa fit*. Y la causa, la razon suficiente de mi venida al mundo y de la venida al mundo del atrabiliario Villergas no es ni puede ser otra que la necesidad que tiene Dios de que se siegue la mala yerba del campo de la política, que impide el desarrollo de los buenos principios antes que todo se lo lleve el diablo. El que tiene el espíritu valiente para decir verdades en unos tiempos en que solo son lícitas las mentiras, por fuerza ha de tener en la cabeza el gérmen de algunas ideas que no son de este mundo, y su mision tiene algo de providencial.

¿ Pero por qué, preguntareis, se ha encomendado esta mision á hombres sin talento y sin genio ?

Porque para desempeñar esta mision no se necesita talento ni genio, os responderemos nosotros; porque lo que se necesita es mucha fe, y nosotros tenemos mucha fe; mucha resolucion, y nosotros tenemos mucha resolucion; mucho desprendimiento, y nosotros tenemos mucho desprendimiento.

Porque, os responderemos, Dios ha formado los hombres del tamaño de las épocas y las épocas del tamaño de los hombres, de suerte que estos son el molde en que se vacian aquellas, ó aquellas el molde en que se vacian estos.

Porque nunca pequeños hombres crean grandes cosas, ni nunca son los grandes hombres los destinados á destruir las pequeñas cosas creadas por hombres pequeños.

El Napoleon de la batalla de Ardoz es Seoane; el

Wellington de la batalla de Ardoz es Narvaez, ó lo que es lo mismo, el Seoane de la batalla de Waterlío es Napoleón, el Narvaez de la batalla de Waterlío es Wellington. Ahora bien ¿quereis saber la diferencia que hay de la batalla de Waterlío á la batalla de Ardoz? Mirad la que hay de Narvaez á Wellington y de Seoane á Napoleón. ¿Quereis saber la diferencia que hay de Seoane á Napoleón y de Narvaez á Wellington? Mirad la que hay de la batalla de Ardoz á la batalla de Waterlío.

Siempre proporcion entre los hombres y las épocas, entre las personas y las cosas.

Todo esto es providencial. No hay épocas grandes con hombres pequeños, ni hombres grandes en épocas pequeñas, ya sea que las épocas formen los hombres, ya que los hombres formen las épocas. Son las obras segun el artifice. Dió la Providencia á Sanson fuerzas colosales no para matar gallinas sino para derribar el templo magno, y Colon, que descubrió un nuevo mundo, no descubrió ni podia descubrir otros polvos como los llamados del general Quiroga para blanquear la dentadura.

Si el gran Riquetti resucitase en esta pequeña época, esta época seria mas grande ó Riquetti seria mas pequeño.

Para preparar la gran revolucion francesa fué necesario que todo un Voltaire diese pábulo á la corrupcion y á la incredulidad del siglo XVIII, y que todo un Rousseau combatiese esta incredulidad y corrupcion. Del polvo y centellas despedidas en esta lucha de gigantes se enjendrú la gran revolucion, revolucion de polvo y centellas, de turbulencias y guillotinas, de fuego y de sangre, que tuvo necesidad de un Mirabeau para desenvolverse, de un Danton para crecer y de un Bonaparte para morir. To-

dos estos nombres son grandes como aquella revolucion, y aquella revolucion grande como todos estos nombres.

Los hombres de la época actual dicen : ¡ en que época tan miserable hemos nacido ! Y la época actual responde : ¡ qué hombres me forman tan miserables !

Los hombres dicen : ¡ qué hombres han de ser grandes siendo la época tan pequeña ! Y la época responde : ¡ con hombres tan pequeños que época puede ser grande !

Los hombres dicen : época , danos un Napoleon y seremos grandes. Y la época responde : hombres , sed grandes y os daré un Napoleon.

Los revolucionarios piden un Mirabeau á la revolucion, y la revolucion pide un Mirabeau á los revolucionarios. Y los revolucionarios y la revolucion son demasiado pequeños para darse recíprocamente otro Mirabeau.

La revolucion española engendrada por cualquiera, nutrida y desenvuelta por cualquiera , murió en manos de cualquiera. Si tú , Lopez , la hubieses engendrado , no habia de ser un Mirabeau quien la nutriese ; si tú la hubieses nutrido , no habia de ser un Danton quien la desenvolvese , y si tú la hubieses desenvuelto no habia de ser un Bonaparte quien la ahogase en sus brazos. Las revoluciones heredan los vicios orgánicos y disposiciones todas de los padres que las han engendrado y educado ; de padres débiles y mal humorados salen hijos raquíuticos y escrofulosos , que sucumben á la accion de cualquier principio morbífico.

¿ Quién pide fuertes atletas á una raza de tísicos moribundos ? ¿ Quién pide grandes cosas á nuestros pequeños hombres ? ¿ Se quiere que del huevo de una tórtola salga una águila real, ó que salga un leon de la larva de un insecto ?

Esta proporcion entre las épocas y los hombres se observa tambien entre los hombres que constituyen cada época debidamente comparados entre sí. Esto es lo que determina en cada nacion el carácter de cada siglo, lo que da espíritu, tipo, fisonomía, unidad y armonía á cada tiempo, lo que hace marchar simultáneamente todos los conocimientos humanos desde las matemáticas á la poesía, desde la diplomacia al arte de cocina. Todas las ciencias, todas las artes parecen subordinadas á un solo influjo; si una de ellas adelanta, adelantan todas; todas retroceden si una de ellas retrocede. Al pié de cada idea florece otra que á menudo no guarda con aquella ninguna ilacion aparente, y es porque en el mundo intelectual todo se desenvuelve á la vez en proporciones recíprocas como los distintos miembros y órganos que constituyen el cuerpo de un animal, y cada sociedad es una unidad, colectiva, sí, pero al cabo es una unidad, cuyas partes no pueden marchar sino marcha el todo, y cuyo todo no puede marchar sino marcha cada una de sus partes. ¿Qué diríamos de un recién nacido, cuyos brazos fuesen creciendo, creciendo continuamente hasta llegar á la edad adulta, sin que sus piernas y demas partes de su cuerpo participasen proporcionalmente de este incremento? ¿Qué diríamos de un hombre que se empeñase en hacer marchar su cabeza sin dejar marchar su tronco? Este fenómeno tan raro en el reino animal lo sería no menos en el mundo intelectual, que no es otra cosa que el conjunto de todos los conocimientos humanos, los cuales marchan unidos, arrastrados los unos por los otros como los numerosos *vagones* que obedecen el impulso del vapor en un camino de hierro.

Las diversas ideas nuevas, dominantes en cada época

y en cada país, no se levantan las unas encima de las otras, sino las unas al lado de las otras. Todas se desarrollan á la vez como hermanas gemelas. El que compare de una manera general una nación civilizada y floreciente con otra que no lo sea, ó que lo sea menos, notará una diferencia de la cual se hará el debido cargo con solo descender á la análisis y exámen parcial de cualquiera de las cosas que constituyen esta grande diferencia. Basta ver un brazo, una mano ó un dedo de gigante para conocer que su talla no es la de un hombre regular. Un gigante es gigantesco en todas sus partes; en todo es grande una nación grande. Cuando decimos que la Francia está mas adelantada que la España, no queremos decir que lo esté mas bajo este ó aquel punto de vista sino bajo cualquiera que se la considere; mas adelantada que la España en literatura, mas que la España en las ciencias, mas que la España en las artes liberales, mas que la España en las mecánicas; industria, agricultura, arte de la guerra, bellas artes, ciencias exactas, lo mismo la química que las matemáticas, lo mismo la medicina que la jurisprudencia, la arqueología que la tipografía, la agricultura que la alfarería, la música que la pintura, que la escultura, que la arquitectura, en una palabra, todo, absolutamente todo es un testimonio de la ilustracion de cada pueblo, que se observa en todo lo que se ve, en todo lo que se oye, en todo lo que se toca. Lo que falta á la *Conjuracion de Venecia* de Martinez de la Rosa para llegar á *La torre de Nesle* de Alejandro Dumas, lo que falta á Zorrilla para llegar á Victor Hugo, á la Avellaneda para llegar á Jorje Sand, á Vallejo para llegar á Arago, á Carnicer para llegar á Aubert, á Galiano para llegar á Thiers, á Mazarredo para llegar á Bugeaud, á la Ci-

beles para llegar al Arco de la Estrella, á Madrid para llegar á Paris, falta á la España para llegar á la Francia. Se nota la diferencia tanto en el campo como en la ciudad, en las cabañas como en los palacios, en los cafés como en los colejos, en los cuerpos de guardia como en las oficinas, en las tiendas como en las fondas, en los cuarteles como en los teatros. Hablamos de las grandezas contemporáneas no de las que quedan como un recuerdo. Un todo que crece reclama el incremento de todas sus partes. Y es porque los conocimientos humanos, necesitándose mutuamente, mutuamente se ausilian y mutuamente se desarrollan; es porque lo grande llama siempre lo grande. A la sombra del héroe nace el poeta que ha de cantar sus glorias, el historiador que ha de narrar sus hechos; un poeta proporcionado á la grandeza de las glorias que ensalza, un historiador proporcionado á la grandeza de los hechos que refiere. El gran soldado tiene un intérprete en el escritor, como los autores dramáticos en los actores. Las espadas reflejan en la epopeya como la sociedad en el teatro.

Y la proporcion nunca falta. Virgilio cantó la destruccion de Troya, Ventura de la Vega la defensa de Sevilla. ¡Qué diversidad de asuntos!... pero tambien ¡qué diversidad de poetas!

En el teatro la Raquel interpreta á Racine, la Mars á Soulié. Para interpretar á Comella bastaba con una Plácida Tablares.

La *Historia de la Revolucion y del Imperio* está redactada por Thiers; el *Panorama Español* por tres ó cuatro escritorillos, entre los cuales figura en última línea este humilde servidor de VV., á quien se debe todo lo que va y todo lo que irá del 4.º tomo, á escepcion de las 64 primeras pájinas.

La biografía de Mirabeau está escrita por Victor Hugo; D. Manuel Ovilo y Otero escribe la de su tocayo D. Manuel Godoy. *Asinus asinum fricat*. Para escribir tu vida basta, Lopez, el mismo Ovilo y Otero, ó cuando mas un Neira de la Mosquera.

Lo grande desdeña lo pequeño hasta para combatirlo. El mastin juega con la oveja, el perro de presa con el faldero, el alano con el niño; pero el mastin acosa al lobo, el perro de presa al toro y el alano al javalí. ¿Querías que para combatir á los pequeños españoles del siglo XIX pareciesen acá en España los grandes filósofos del siglo XVIII? ¿Quisieras sin ser Arouet hallar un Juan Jacobo? Villergas y yo somos suficientes para meterte el resuello en el cuerpo; ya te hemos dicho que somos predestinados, que nuestra mision es providencial, y que solo hemos venido al mundo para decir cuatro frescas al mas pintado.

¿Quién es capaz de penetrar los insondables arcanos de la Providencia? ¿De qué medios se vale tan ingeniosos para conducirse á su fin! ¿No es admirable, tan admirable al menos como la coalicion de marras, el íntimo contacto en que se han puesto Villergas y un Jesuita, el poeta mas atroz y escéptico de nuestros dias y el hijo mas sumiso de San Ignacio de Loyola? ¿De qué modo se estableció esta alianza? ¿Qué misteriosa casualidad pudo hacer entrar en relaciones recíprocas para que mancomunasen su accion y conspirasen á un mismo objeto á dos hombres de tan diferentes hábitos, de tan diversos principios, de condicion tan distinta, de profesion tan opuesta?

¡Oh! esto es grande, muy grande; esto ha hecho decir á algunos que Villergas habia sucumbido á los jesuíticos halagos que últimamente han hecho tomar la plu-

ma á Cormenin ; esto ha hecho pensar á otros que cuando el autor de los *Misterios de Madrid* se aliaba á un hijo de Loyola , ya no habia nada imposible en el mundo , y que en realidad se está verificando pacíficamente la gran revolucion social , el gran movimiento sintético que tiende á paralizar el antagonismo de las ideas y á formar de todos los hombres una sola familia. Pero todo esto son paradojas y suposiciones aventuradas ; ni Villergas se ha vendido á la sociedad de Loyola , ni su alianza conmigo es símbolo ni síntoma precursor de una alianza general.

La ocurrencia mas trivial ha producido nuestras tan murmuradas relaciones , cuyo oríjen voy á descubrir en pocas palabras. Villergas , que tan despreocupado parece , tiene algo de fatalista y hasta de monomaniaco , lo que unido á una mordacidad sin límites , á un deseo constante de lucha y á un jenio de demonios , forma de él un tipo particular que ni ha tenido orijinal ni probablemente tendrá copia , como no sea en el cielo ó en el infierno. Su monomanía es singular ; la sombra de Gil y Zárate le persigue como un remordimiento , y sabe por esperiencia que el dia que tiene la desgracia de encontrarse en la calle ó en otra parte con el autor de Carlos II , todo le sale mal , todo al revés de lo que desea , sin que baste ninguna probabilidad para hacerle concebir esperanzas de buen éxito en una cosa que emprenda. No teme una maldicion de jitano y teme una mirada de Gil y Zárate. Ha visto á D. Antonio ; entra en un villar , toma bola para guerra y muere en tres tiradas aunque lleve detrás un chambon que dé en cada taca una pifia. Ha visto á D. Antonio , y encuentra ¡ cosa rara ! calientes los sorbetes , y la sopa y las mugeres frias. Hasta que han pasado 24 horas cada declaracion

amorosa le vale una calabaza, y en todo este tiempo funesto para él ha de abstenerse de escribir sino quiere comprometer su bien merecida reputacion. Tan convencido está de esto, que no hay editor que pueda hacerle tomar la pluma ni siquiera para firmar un recibo antes de haber transcurrido las 24 horas. Asi es que mi infatigable colaborador para evitar un encuentro con Gil y Zárate, que tiene para él tan fatales consecuencias, no acostumbra á salir de su casa sino las horas en que sabe que el buen D. Antonio tiene obligacion de estar en la oficina.

Desgraciadamente para él, y mas aun para tí y los demas cuya vida y milagros nos hemos propuesto examinar, el ansia de leer tu malhadada esposicion le hizo momentáneamente olvidar la existencia del célebre D. Antonio, del que él llama su antípoda; y madrugando mas de lo que tiene de costumbre, salió de su casa con el esclusivo objeto de comprar un ejemplar de tu magnífica defensa. De vuelta á su casa, iba yo en pos de él sin yo saberlo ni él tampoco, pues no teníamos el honor de conocernos; el camino que él llevaba para ir á su casa precisamente lo era de la de un redactor del *Católico*, á quien yo iba á entregar un artículo *que hice yo mismo* de un corresponsal de Turin. De repente, y cuando no faltaban ya seis pasos para llegar á su casa, Villergas se volvió como un hombre que recuerda que en una tienda en que acaba de comprar una cosa de poco valor no le han dado la vuelta de una onza de oro. Pero no era esta la causa de su rápida evolucion. Volvióse para sortear á Gil y Zárate que lo tenia á las barbas, que se lo encontró allí como improvisado, á Gil y Zárate, que tal vez sin pensar en Villergas se dirijia al ministerio con la cabeza llena del es-

tupendo plan de estudios, destinado á hacernos á todos mas burros de lo que somos.

Iba yo tan cerca de Villergas que casi le pisaba los calcañares, y asi es que cuando se volvió dió contra mí con tal ímpetu que casi le partí el ojo derecho con el ala de mi sombrero. Aplicándose como un parche la mano izquierda al ojo averiado, dijo con tono brusco:

—¿Es V. ciego? zopenco...

—Mas ciego es V., le respondí yo; y en efecto en aquella ocasion lo era él mas que yo, porque él lo era del ojo derecho y yo de ninguno de los dos que tengo en la cara.

—¡Jesus que bruto! A pocos encuentros como este me inutiliza para todo menos para vender calendarios y gacetas extraordinarias.

—Y V., dije yo limpiando con la manga el ribete del ala del sombrero manchado con una lágrima, V. á pocos encuentros como este me pone en la dura precision de comprar un sombrero nuevo.

En el momento de decir esto pasó Gil y Zárate junto á mí á toca penoles, y Villergas sorprendió en sus labios una sonrisa sarcástica, que unida á mi contestacion, que fué lo que la produjo, hizo subir su cólera de punto. Cojió casi por la contera un tremendo baston que llevaba, y dejó caer sobre mi hombro su voluminoso puño, que era nada menos que una cabeza de metal macizo que representaba la de Quevedo.

—Villergas tiene siempre á Quevedo en su auxilio, dijo al descargar el golpe; yo perdí el mundo de vista, el dolor me hizo apretar los dientes, cerrar los puños, contraer todos los músculos, encojer todo mi cuerpo. Villergas conoció que me habia hecho mucho mal, y yo

desde luego advertí que toda su cólera se había vuelto arrepentimiento. El arrepentimiento está siempre cerca de la ofensa en los hombres de genio vivo.

Un instantáneo fruncimiento de mis cejas describió la curva olímpica, pero mi sagrado carácter y evangélica mansedumbre me forzaron á disimular mi irritacion y me contenté con decir:

—¡Villergas! ¡V. es Villergas! ¡Oh! ¡con qué modales tan bruscos se insinúa V. ! ¡qué modo tan particular tiene V. de darse á conocer! A la verdad, no me hacian falta sus argumentos para saber que Quevedo era hombre de peso y que tenia gran cabeza.

En aquel momento Villergas me dió casi lástima. Se puso colorado de vergüenza como actor que sufre la primera silba. No esperaba de mí una réplica tan suave, y hubiera preferido á verme tan humilde, encontrarme dispuesto á contestar á sus argumentos de palo con argumentos de palo. Se deshizo en cumplimientos, me dió mil satisfacciones, y se esforzó tanto en que fuese con él á su casa, que rehusando este obsequio me hubiera acreditado de muy rencoroso y de muy poco condescendiente.

El vivo dolor que me causó la cabeza de Quevedo fué apaciguándose poco á poco sin necesidad de valerme de ninguno de los tópicos y remedios caseros de que Villergas quiso que hiciese uso. Sentados estábamos ambos junto á una mesa llena de papeles y libros, de pruebas y borradores, puestos en desórden y tan distintos los unos de los otros, que remedaban una asonada de coalicionistas. *Los políticos sin camisa*..... ¿Qué es eso? dije yo, leyendo sin querer el prospecto de un libro que al parecer debia llevar este título. *Los políti-*

cos, esto solo ya es una cosa atroz; y *sin camisa*, esto va á ser hasta cínico..... ¡Jesus! ¡Jesus! ¿Y quién es el encargado de redactar esta obra?

—Véalo V., dijo Villergas, el prospecto lo dice.

Tomé el prospecto y leí: *Los políticos sin camisa*, por D. Juan Martinez Villergas. ¡Ave María purísima! exclamé santiguándome: ¡*Los políticos sin camisa!* ¡Y por Villergas!

—¿Qué encuentra V. en eso de particular?

—¡Una friolera! ¿Desnudos quiere V. presentar á los políticos? ¡sin un taparabos siquiera! ¡Oh! al menos déjeles V. la camisa.

—¡Que les deje la camisa! Escrupuloso es V. Yo quisiera quitarles hasta el pellejo.

—Pero, hombre ¡sin camisa! ¡será un espectáculo indecente! La camisa déjesela V.; tal vez es tiempo todavía; ¿el prospecto está ya tirado?

—No señor; lo que tiene V. en la mano es no mas que una prueba.

—Pues entonces ponga V. *Los políticos en camisa*, en lugar de *Los políticos sin camisa*, y le prometo ser su colaborador y servirle de gran provecho, si el objeto de esta obra es el que yo creo haber traslucido en su título. Porque ha de saber V. que yo soy Jesuita...

—Jesuita... es decir que es V. investigador, sagaz como un Jesuita... Me gusta, me gusta...

—Sí señor, investigador, sagaz como un Jesuita, pero ademas soy Jesuita...

—¿Cómo se entiende?

—Como suena. Soy Jesuita.

—Pero entendámonos; ¿es V. Jesuita, es decir, es V. individuo de la compañía de Jesus, de esa compañía?..

—Sí señor, Jesuita, hermano de la orden... ¿lo entiende V. ahora?

Un cazador que mata el perro en lugar de la liebre no queda más sorprendido que lo que quedó Villergas al oír esta revelación.

—Jesuita !!! dijo, cuánto siento...

—¿Habermé lastimado un hombro? le interrumpí ¿no es verdad?

—No, al contrario, siento lo que he sentido haberse-lo á V. lastimado; es decir, que me arrepiento de mi arrepentimiento.

—Mucho odia V. á los Jesuitas, dije yo tomando un polvo.

—Sí señor, mucho, mucho... ¡Y quiere V. ser mi colaborador! No, no quiero nada con los hijos de Loyola.

—Peor para V.; no tendrá V. quien le inicie en ciertos pecadillos ocultos de esa gente *non sancta* de que tal vez solo yo soy guardador. Si V. supiese quién soy yo.....

—Demasiado lo sé, un Jesuita.

—Sí, un Jesuita; pero un Jesuita confesor de los farsantes, que sé todas sus marrullerías, porque ellos me las han dicho en secreto de confesion.

—Entonces es como si V. no las supiese, porque no pudiendo revelarlas...

—¿Y quién le ha dicho á V. que no puedo revelarlas? No se las revelaremos mas que al público, y le recomendaremos el secreto.

—Pues si es así, le admito á V. gustoso como colaborador, y no hay mas que decir. Manos á la obra.

—Pues manos á la obra, dije yo, y acerqué algo mas

á la mesa la silla en que estaba sentado. Villergas se puso en actitud de escribir, cojió el prospecto é hizo en él las modificaciones que ambos creimos oportunas.

Despues de esto, dije yo : — Me parece que la obra podríamos dedicarla á D. Joaquin María Lopez.

— En realidad, dijo Villergas, me parece D. Joaquin muy digno de este obsequio, y otros muchos conozco que son tambien á él acreedores, pero entre todos ninguno lo es tanto como el Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo. ¿ Le conoce V. ? el hijo de D. Manuel.

— A D. Luis y á D. Manuel conozco, dije yo, de los dos soy confesor desde que pecan; vea V. si es larga la fecha. D. Manuel, ¡ oh ! D. Manuel juega mucho á las damas... es una notabilidad.

— Y á la bolsa juega mas todavía, respondió Villergas, ha hecho jugadas que ya, ya... ¿ Pues y el hijo? Crea V. que nuestra obra tendrá todas las circunstancias si lleva á su frente un nombre tan respetable como el de D. Luis. Su capacidad, su talento, su erudicion inmensa, la constancia de sus principios, la nobleza de su casta, la rijidez de su moral, la incorruptibilidad de su ánimo, su patriotismo á toda prueba, su carácter consecuente, prendas son estas que me obligarian á dedicar nuestro libro á D. Luis, aun cuando fuesen menos numerosas las simpatías de amistad, admiracion y respeto que me unen á tan elevado personaje. Yo le quiero lo que nadie puede figurarse. He sido condescendiente, he consentido alterar el título de la obra á instancias de V., y modificar el prospecto. ¿ Pero dedicar la obra á otro que á D. Luis ? no se empeñe V. ; con esto no me conformaré jamás, jamás, jamás.

— Por tan poca cosa no hemos de reñir, dije yo, haga

V. la dedicatoria , y hoy mismo demos principio á nuestras tareas.

Le dí las señas de mi casa , se la ofrecí , como era regular , y nos citamos para reunirnos en ella á las cuatro de la tarde , hora impertinente , perezosa , pesada , mas propia para dormir la siesta que para escribir , pero la única de que él y yo podíamos disponer. Villergas acudió á la cita con una puntualidad militar , armado con su esposicion razonada y con un borrador de la dedicatoria á Gonzalez Brabo , que la leyó desde luego y que me pareció escelente. Hojeamos tu esposicion y escribimos y dictamos los dos á la vez , y de este modo logramos aquella tarde escribir los dos primeros capítulos que con la dedicatoria y el prólogo fueron suficientes para una entrega. Dios solo sabe lo que aquellos dos capítulos nos hicieron padecer. A menudo el que dictaba se encontraba con que el que escribia se habia dormido como un tronco y con que la pluma se le habia caido de la mano ; á menudo el que escribia estaba aguardando que su colaborador dictase , y un ronquido le advertia que no se hallaba en disposicion de hacerlo. Afortunadamente nunca nos dormimos á la vez , y asi á fuerza de despertar el uno al otro pudimos concluir la tarea que para aquella tarde nos habíamos impuesto , pero nos convencimos de que la hora de dormir la siesta no sirve para otra cosa , y que no pudiendo disponer de una parte del dia mas propia para el caso , era indispensable que cada cual trabajase de por sí con una absoluta independenciam. Por otra parte al leer el estupendo aborto de nuestros adormecidos celebros notamos que era bastante monstruoso ; en cada cláusula percibimos dos estilos , poca ilacion entre unas y otras , poco método en el enlace de las ideas y poca unidad en

el todo. Entonces recordamos lo que dijo Cowley al marques de Twickenham empeñado en que trabajase de acuerdo con otro poeta: «Un asno y un caballo, dijo Cowley, tirarian mal de un carro.»

Resolvimos, pues, por dobles razones trabajar cada cual por su cuenta y riesgo, y al efecto hicimos pedazos tu esposicion y nos repartimos sus capítulos con mucha mas equidad que los coligados los empleos, comprometiéndonos á no dejar sin contestacion ninguno de los que la mereciesen. Desde entonces no te hemos dejado en paz un solo instante. Has pasado como pelota de mis manos á las de Villergas, y de las de Villergas otra vez á las mias, que es como decir de Escila á Caribdis y de Caribdis otra vez á Escila. Tocóme en suerte darte una tunda por aquello de la *amnistía* y por las razones que alegas en tu folleto para justificarte, y te la dí tan blanda como pude; tuve sin cesar presente el carácter sacerdotal de que me hallo revestido, que no me permite decir ciertas cosas que han de guardarse *in pectore*. Saliste de mis manos muy bien librado, pero caíste en las de Villergas que te aguardaba con hambre, y que por lo que dices en tu manifiesto del *período de la revolucion y de los sucesos mas notables en él ocurridos* te puso como chupa de dómine, y destrozó tu reputacion de modo que no admite zurcidos ni remiendos. Cuando te dejó mi atroz colaborador, te tomé yo de nuevo por mi cuenta, pero estabas hecho ya un Lázaro, un San Bartolomé; donde no tenias una llaga tenias un cardenal, y te tuve lástima, mucha lástima. Me contenté con darte un par de azotes por algunas de las especiotas que viertes en el capítulo VI de tu esposicion, de las cuales no pude prescindir; hice ver la diferencia que hay de tí á Olózaga, y procuré

ocuparme de éste para que tú tuvieses algunos momentos de descanso. Mas ¡ ay ! Villergas no se compadece mas de los farsantes que un ministro de Hacienda de las clases pasivas, y de nuevo se apoderó de tí y te aplicó manteca de antimonio sobre las vejigas levantadas por las cantáridas, y con quirúrgica impasibilidad puso en tus desolladuras moxas y botones de fuego. A pesar de esto no tienes motivos de quejarte. La resistencia que opusiste á la *Junta Central* y las antiperástasis ridículas que empleas en tu esposicion para poner en buen lugar tu desquiciada reputacion, te hacen acreedor á todos los martirios que se complace Villergas en hacerte sufrir. Te dejó moribundo, y me encargó que te diese el golpe de gracia, lo que voy á hacer ahora mismo para abreviar los dolores de tu agonía. Tan cerca estás del sepulcro que basta para arrojarle á él el mas ligero empuje.

Para probar que eres liberal y que como liberal te portaste hasta en la época misma de tu ominoso ministerio, sujetas al exámen público los actos de tu administracion, y realmente este modo de probar es ingenioso, lójico y sobre todo deslumbrador. Pero nosotros preguntamos ¿ dónde están los resultados de aquellos actos? Algunos de ellos ni tan siquiera nos parecen liberales, y los que realmente lo son no tuvieron ningun efecto.

« El gobierno, dices, recibió la nacion ajitada, dividida, todavía con la cuestion empeñada y remitida esta á la suerte de las armas. Conoció el interés de una pronta y general pacificacion, porque no se desarrollan los mas fecundos sistemas, ni se promueve el bienestar de un pais entre el fragor de las armas y en medio de las alternativas y desgracias de una guerra fratricida. » Para hacerla terminar dirijió una comunicacion perento-

»ria al Rejente que lo habia sido del Reino, y otra igual  
 »al conde de Peracamps, para que desistiesen de su teme-  
 »rario empeño é hiciesen cesar toda hostilidad contra la  
 »invicta Sevilla, como contra cualquier otro pueblo que  
 »se propusiesen acometer. En 1.º de agosto pasó otra  
 »comunicacion á Cádiz, que todavía se resistia, para que  
 »desistiese de su inútil empeño y se sometiera á la vo-  
 »luntad de la nacion.»

Estas comunicaciones se extendieron en agosto, y tú mismo dices que en fines de julio se miraba preponderante el partido moderado. ¿Cómo, pues, sabiendo esto te empeñaste en que Espartero y Van-Halen desistiesen de su empeño y en que Cádiz se sometiese? ¿Por qué querias que Espartero y Van-Halen desistiesen, por qué que se sometiese Cádiz? Sin duda porque los moderados pudiesen disfrutar en paz de la situacion de que, según tú significas, se habian ya apoderado. De otra suerte, no estando el ministerio vendido á los moderados, lo que debia haber hecho era aconsejar á Espartero y Van-Halen que se mantuviesen firmes en su propósito, alentar á los gaditanos para que no sucumbiesen, dar un manifiesto á la nacion para desengaño de los progresistas, confesar paladinamente que os habíais engañado, y liberal como era el ejército en su mayor parte, armado como se hallaba el pueblo en casi toda la Península, con un contra-pronunciamiento hubiérais arrancado la situacion de las manos de los moderados.

«El gobierno, prosigues, inculcó y recomendó en sus órdenes la union de todos los españoles, cuidando con incansante solicitud de que no se relajára el lazo que por entonces parecia unir todas las voluntades.»

Desde que no soy yo tu confesor se conoce, Lopez,

que has tomado uno de manga muy ancha. Cosas dices que á fe de quien soy no merecen absolucion. ¿ Con que todas las voluntades parecian unidas cuando se hubo instalado el gobierno provisional? Jamás, como en aquella época, han estado en España los ánimos tan divididos. Apenas la coalicion hubo obtenido el triunfo, cada partido enarboló su bandera particular, cada fracción reveló sus exigencias, cada individuo sus pretensiones. Habia lo mismo que ahora republicanos, progresistas, absolutistas y moderados; habia, mas que ahora, una guerra de empleos encarnizada; los republicanos y progresistas se dividian en vencedores y vencidos, en coaligados y no coaligados; los coaligados se subdividian en arrepentidos y no arrepentidos, y los no coaligados en ayacuchos y no ayacuchos. ¿ Dónde está, pues, el lazo que temias que serelajase? ¿ Podia ser mayor la division?

Dices en seguida: « Una de las primeras providencias » del gobierno, dictada á los dos dias de su instalacion, » fué la que dispuso se diera direccion en correos á los » periódicos de todas las opiniones y matices, revocando » la inconstitucional órden de 1.º de julio, por la que se » habia prevenido que solo tuvieran curso la *Gaceta*, el » *Espectador*, el *Patriota* y el *Centinela*. »

En efecto, la órden de 1.º de julio era inconstitucional, y la mas imprudente, la mas inconducente, la mas intempestiva que podia ocurrirse á los pobres hombres de estado que aconsejaban á Espartero. Era imprudente, porque estando aquellos hombres acusados por una parte de la opinion pública de infractores de la Constitucion, debian desmentir con los hechos esta acusacion tal vez exajerada; era inconducente, porque con ella lejos de neutralizar los efectos de la oposicion de Madrid

en las provincias, probaban que no tenían razones para contestar á las de sus adversarios; era intempestiva, porque la prensa coligada de Madrid habia ya hecho todo el mal que podia hacer, y precisamente la impusieron silencio cuando una parte de ella era quizás susceptible de hacer algun bien. Los periódicos progresistas que hacian la oposicion á Espartero hubieran sin duda desistido de su tema, cuando los emigrados que desembarcaron en Valencia infundieron sospechas de que los moderados iban á apoderarse de la situacion, y el pueblo todo hubiera abierto los ojos despertado por la prensa, y la coaliccion se hubiera disipado como el humo. Hiciste, Lopez, muy bien en revocar aquella órden; pero vanamente te esfuerzas en probar que la providencia que tomaste fué dictada por tu patriotismo. Tenias necesidad de periódicos que te lisongeasen y aplaudiesen, y sabias que te lisonjearian y aplaudirian todos los de la coaliccion; por esto revocaste la órden de 1.º de julio, órden que tambien nosotros calificamos con dureza. Cuando por medio del amor propio ó del egoismo pueden esplicarse debidamente los actos de hombres como tú y los demas que formaban el gobierno provisional, no deben esplicarse jamás por medio de virtudes patrióticas.

Blasonas de amante de la milicia ciudadana, y sin embargo cuando esta se disolvió en Madrid el gobierno provisional estaba ya instalado con parte de sus individuos. Dirás que tenia en sus filas una mayoría esparterista que hacia indispensable su disolucion, pero nosotros te diremos que en aquella época eran esparteristas todos los liberales, todos sin distincion, los unos porque nunca habian dejado de serlo y los otros porque desengañados lo volvieron á ser. Suponiendo que la medida de

disolucion no fué obra tuya, debiste conocer que era des-  
acertada y darte mucha prisa en repararla. Sin embargo,  
no lo hiciste, y no puedes decir que te faltase tiempo pa-  
ra ello. Aunque encontrases viciosa su organizacion, de-  
bias preferir á quedarte sin milicia en unos momentos en  
que era tal vez necesario rechazar la fuerza con la fuer-  
za, armarla tal como se hallaba el dia mismo en que se  
disolvió. Dejaste pasar la ocasion oportuna, y los pro-  
gresistas quedaron desarmados entre las bayonetas de  
sus adversarios.

« La nacion necesitaba consolidarse, añades, y fi-  
» jar una situacion normal y bonancible, cuya obra sólo  
» podia llenarse cumplidamente por las córtés que re-  
» presentáran y materializáran su voluntad y su opi-  
» nion. »

¿ Con que solo las córtés podian fijar una situacion  
normal y bonancible? Pues bien, las córtés se reunieron,  
y ahora nosotros tenemos derecho de preguntarte donde  
está esta situacion. ¿ Qué motivos tienes para decir que  
esta obra solo podia llenarse por las córtés? ¿ Y por qué  
no por una Junta Central, cuyas facultades hubieran si-  
do mucho mas latas? ¡ Junta Central! ¡ En el año 40, en  
que nos hubiera perdido, tú la deseabas, y no la desea-  
bas en el 43 en que nos hubiera salvado!

¿ Y por qué el gobierno provisional, que tanto alarde  
hace de su constitucionalismo, mandó la renovacion total  
del senado? Nosotros profesamos como tú la idea de que  
dos cámaras son un absurdo, creemos que si las dos  
obran de acuerdo una de ellas es un pleonasma, y que lo  
son las dos si no obran de acuerdo. En el primer caso  
¿ para qué sirve la accion de la una si no añade ninguna  
fuerza á la de la otra? En el segundo ¿ para qué sirve la

acción de las dos si mutuamente se la neutralizan? Mas valiera que hubiese tres, ó cinco, ó siete, ó un millon y una, ó cualquier otro número, con tal que fuese impar, para dar mayoría á unas ó á otras. Si hubieses destruido el senado, lo inconstitucional de esta medida podia cohonestarse con lo absurdo de la existencia de aquella cámara, pero tú no lo destruiste sino que lo renovaste en su totalidad, y esto fué una infracción de ley que no tiene el apoyo de ningun principio, ni tan siquiera el de la conveniencia pública. Muy al contrario, si alguna vez el senado ha podido ser útil á la causa nacional, fué seguramente en aquellos momentos en que compuesto como se hallaba en su mayor parte de verdaderos progresistas, podia ofrecer un lugar de asilo al progreso que empezaba á emigrar. « Bien es verdad que, segun tú dices, » era el símbolo y presunto defensor de las antiguas opiniones, de los antiguos actos y de los antiguos intereses » Cualquiera al leer esto creerá que aquellos respetables veteranos representaban las ideas del feudalismo, y sin embargo profesaban ideas mucho mas avanzadas que la mayoría de las córtes que se reunieron despues. Eran indudablemente aquellos senadores adictos á Espartero; ¿ mas esto qué importaba habiéndose ya los moderados apoderado de la situacion? Pero Lopez, el progresista Lopez, hubiera en aquellos momentos preferido Cabrera á Zurbano, el obispo de Leon á Argüelles y Carlos V al vencedor de Peñacerrada. ¿ Y dirás que la libertad fué tu guia? No, no tuviste otra que el egoismo, que el mas sórdido egoismo.

« Si los cuerpos colegisladores, exclamas con una candidez de novicio, deben ser el reflejo de la opinion nacional, ¿ cómo continuar representándola é interpre-

»tándola una cámara que debía suponerse en abierta  
»contradiccion con ella ? »

¡ La opinion nacional ! ¡ Siempre la opinion nacional sirviendo de pretesto á los farsantes para asesinar á la nacion ! En efecto , la opinion nacional estraviada por tí y otros como tú se volvió resueltamente contra Espartero , pero poco á poco se fué rectificando por sí sola , aunque desgraciadamente cuando la iluminó la razon con los reflejos de un desengaño tardío , fué menos poderosa que la obra creada por sus propios errores , y luchó en vano para reparar sus desaciertos.

Y dejándote arrastrar de tu furor de comparaciones concluyes esta cuestion diciendo : « El senado no podia »continuar ni en todo ni en parte , porque las renovaciones periódicas y parciales nada pueden contra el espíritu arraigado de una mayoría imponente ; porque la tercera parte de senadores que nuevamente entrara , no podia contrarestar , cuanto menos vencer , á la numerosa »falange que combatiese su pensamiento de innovacion ; y »porque en estos casos sucede lo que en las aguas de un »arroyo puro y cristalino , que van á parar al seno de un »estanque cenagoso , las cuales pierden pronto su transparencia , tomando la fetidez y el negro color del depósito en que vienen á confundirse. »

Los moderados eran dueños de la situacion ; suyas eran de consiguiente las probabilidades de triunfo en las elecciones que iban á verificarse. El senado , tal como estaba constituido , era el estanque cenagoso , segun la comparacion de Lopez ; ¿ cuáles eran , pues , las aguas del arroyo puro y cristalino ? Claro está ; triunfando los moderados , estas aguas puras eran los moderados elejidos para renovar la tercera parte de los senadores que , aun-

que no eran coligados, al cabo eran progresistas. ¡Y Lopez insiste en llamarse progresista!

De esto tiene mucho la esposicion de Lopez, quien llama al pronunciamiento á que se debe la derrota del partido de que se tenia por gefe, «conquista hecha por el pueblo español con su decision y su denuedo.» Lopez, ¿qué quiere decir esto? ¿qué es lo que con aquel pronunciamiento ha conquistado el pueblo español? Como no sea el nuevo sistema tributario ó el de tarifas sobre correos, dinos, ¿qué es lo que el pueblo español ha conquistado? ¿No aciertas á responder á esta pregunta? Pues bien, te dirigiremos otras que tampoco tienen nada de capciosas, y ¡ojalá encuentres una contestacion que nos satisfaga! Dices que «en la necesidad de nombrar tutor á las regias pupilas, confi6 el gobierno este cargo grave al duque de Bailen.» ¿Y por qué fué al duque de Bailen á quien confi6 este cargo grave? ¿Qué predileccion podia merecerte un hombre que, dejando á parte sus hechos militares, se te presentaba desenvuelto á la sombra del trono absoluto, mimado de Fernando VII, encanecido en la córte; uno de esos hombres duchos que á pesar de todas las revueltas quedan siempre en su puesto como un escollo en medio de un golfo tempestuoso? Si los compromisos con que la coalicion encadenaba tu voluntad no te permitian para este cargo echar mano de un progresista, ¿por qué no echabas mano de un moderado, pero de un moderado liberal, de un moderado menos aguerrido en campañas de besamanos, de uno de esos moderados cuya suerte está hasta cierto punto identificada con los principios constitucionales? ¿Creias acaso que los juramentos á lo Talleyrand prestados por Castaños á todos los sistemas eran suficiente garantía? Bien es verdad que,

según dices, le pusiste trabas en el ejercicio de sus funciones, pues si bien le competía por derecho la elección de todos los empleados de palacio, le preveniste del modo más explícito y como condición esencial de su nombramiento, que no hiciese ninguno importante en lo que se llama la servidumbre, sin consultarlo previamente con el gobierno. ¡Vaya un novillo Castaños para dejarse embolar! ¡No se reíría poco el muy marrajo de tus prevenciones! «Venga la tutoría, diría él entre encías, porque en su edad ya no se dice nada entre dientes, venga la tutoría, que el modo como yo he de desempeñarla corre de mi cuenta.» Y fecundo como es en chistes atrevidos y en chocarrerías epigramáticas, de aquellas que tanto divertían al digno hijo de María Luisa, añadiría (nos parece que lo estamos oyendo): «¿Pues no quiere ese Lopez enseñarme lo que he de hacer, enseñar á su padre á hacer chiquillos? ¡Qué cosas tiene la juventud del día!» Ya se ve; el pobre viejo debe ya ser algo duro de oído ¡achagues de la ancianidad! no oyó lo que le decías, y los viejos se vuelven niños; por poco que se les deje hacen de las suyas. No te causó poca extrañeza el picarillo cuando supiste sus travesuras, cuando tuviste noticia de que sin tu anuencia había dado destinos en palacio de alta influencia y categoría. ¡Azotes al niño, azotes! Le llamásteis y le reconvenísteis severamente. ¡Uf! ¡qué miedo! la camisa no le llegaría al cuerpo de una cuarta al pobre Paquito viéndose reconvenido nada menos que por un Lopez, por un Serrano, por un Caballero, es decir, por todo un ministerio revolucionario. ¡Qué personajes tan imponentes! ¡Cuando D. Joaquin se pone serio!

Por supuesto, desde aquel momento pensásteis en

destituirle. «Se pensó en destituirle» dice tu esposicion. Bien hecho; era necesario un castigo egemplar; destituirle hubiera sido demasiado, pero *pensásteis* en hacerlo, que no deja de ser una medida gravísima. ¡Oh! el ministerio de mayo no hizo grandes cosas, pero pensó hacerlas gigantescas, sorprendentes, estupendas, maravillosas. Pensó unir á todos los españoles, como que inculcó y recomendó la union en sus órdenes; pensó proteger la imprenta; pensó organizar la milicia; pensó ¿qué sabemos lo que pensó? hasta pensó destituir al tutor. Por supuesto, ni los españoles se unieron, ni la imprenta tuvo proteccion, ni la milicia se organizó, ni el tutor fué destituido, pero el pensamiento nadie se lo puede negar al ministerio. ¡Qué ministerio tan pensador! No en vano le llama Villergas el ministerio de los piensos, porque en realidad los que lo componian piensan mucho.

¿A que no adivina nadie, absolutamente nadie, por qué no tuvo ningun resultado práctico el pensamiento de destituir al tutor á pesar de sus picardigüelas? Lopez lo dice; porque se encontraban pocas personas á propósito para sucederle, y estas pocas fueron invitadas y se negaron del modo mas abierto y decidido á encargarse de la tutela. ¡Pobre Lopez! Sin duda eres tú el verdadero autor de aquella cancion:

«Yo soy desgraciado

»desde que nací,

»que á nadie le pasan

»las cosas que á mí.»

En efecto; las cosas que á tí te pasan no pasan á na-

die. Si te preguntan por qué no echaste mano de progresistas para gefes de las armas, contestas que los progresistas no tenían generales, y esto que hacer generales no es en España una cosa muy difícil. Si te preguntan por qué no destituyiste al tutor, contestas que no había otro á propósito para sucederle que quisiera encargarse de la tutela. ¡Esto es lo que se llama ser desgraciado en grado superlativo! A todos los ministros les faltan empleos para tantos como quieren ser empleados; solo á tí te faltan empleos para los empleos. ¿Por qué no me nombraste tutor á mí? ¿sabes tú si lo hubiera admitido? ¿no fué nombrado un Ventura de la Vega maestro de la reina? ¿qué tenía, pues, de particular que yo fuese nombrado tutor? Y suponiendo que yo no hubiese admitido este grave cargo, ni tampoco ningun otro español, ¿no era preferible dejar sin tutor á las reales huérfanas á dejarlas un tutor enemigo declarado de tu partido? ¡Sin tutor la reina! ¡qué sacrilegio! dirás sin duda. Si así como así la dejásteis sin tutor á los pocos días; si así como así la declarásteis mayor antes del término que la ley prescribía, ¿á qué vienen estos escrúpulos? Sobre que estos escrúpulos son muy ridículos y sientan pésimamente en un hombre que tanto como tú ha blasonado de demócrata. Y si por casualidad Castaños hubiese muerto repentinamente, ó hubiese caído gravemente enfermo, ó tampoco hubiese querido encargarse de la tutela, ¿qué hubieras hecho entonces? Dinos, ¿qué hubieras hecho? ¿Callas? ¿no respondes? ¿oyes, Lopez, lo que te digo?..... ¡Qué diablos! ¡si duerme como un liron!..... ¡Lopez! ¡Looopezl! ¡Loooooopez! ¡Escelentísimo Sr. D. Joaquin María Loooooopez!! Nada; no responde..... y está frio, frio como una nariz de perdiguero..... ¡Socorro! ¡socorro!

¡ha muerto!!! ¿No dije yo que había salido tan estropeado de las manos de Villergas que me bastarian un par de azotes para hacerle pasar á mejor vida!!!

En paz descansa , tribuno ,  
y ni el nombre dejes solo  
en este mundo importuno ,  
do te llaman unos bolo ,  
y te llaman otros.....  
Todo , Lopez , todo sobras ;  
el pico nunca mas abras ,  
ya que al pueblo en sus zozobras  
solo le dabas palabras ,  
y lo que él quiere son obras.





---

---

## D. FERMIN (1) CABALLERO (2).

---

¡Albricias lectores! Ya hemos acabado con Lopez, y ojalá hubiéramos acabado con él para siempre. Intenciones teníamos de consumirle á fuerza de zurrarle la badana, pero está visto que tiene siete vidas como el gato, porque si así no fuera debieran haberle enterrado las pesadumbres que le causamos tirando de la manta para descubrir el pastel. Además, que el señor Lopez es uno de los hombres que engañan tanto física como moral y políticamente. Cualquiera que por primera vez le vea le tendrá por un labrador de lugar, de aquellos labradorotes de pocos alcances y mucha malicia, que pasan el día recorriendo sus heredades sobre una mula mansa, y sin embargo, Lopez ha nacido orador. ¡Ojalá

---

(1) Felipe.

(2) Y Morgaez.

no hubiera nacido tan orador y sí mas labrador, que por perverso que fuera en la labranza, menos daño habria causado con el arado en la tierra que con la palabra en la tribuna. Engaña tambien Lopez cuando habla, porque al ver su aparente irritabilidad, está uno tentado por decirle que tiene un temperamento exajeradamente sanguíneo, y no obstante Lopez, parodiando aquel dicho del gallego «aunque guro non guro», podia decir que aunque parece que siente no siente, que aunque finje que se enfada no se enfada, de todo lo cual podemos nosotros concluir diciendo, que si Lopez no es el mejor cómico de Madrid es el hombre mas irritable de España; que sino es el hombre mas irritable de Europa es el mejor cómico del mundo. Pero tampoco podemos decir esto, porque la prueba de que Lopez no se irrita está en la paciencia y longanimidad Gil y Zaratescas con que escucha nuestras críticas, los lamentos de sus víctimas y las maldiciones de todo el pueblo; y la demostracion de su incapacidad artística está en que un primer actor solo debe recojer laureles, y el señor Lopez para una vez que ha hecho su papel de primer galan ha sido silbado, y si tarda un poco mas en abandonar la escena puede que hubiese salido á patatazos.

Pero no todos han de tener la paciencia de Lopez. Entre tantos pajarracos como vamos á examinar, alguno habrá tan bilioso que no pudiendo sufrir nuestras verdades amargas lo eche todo á rodar. Sí, sí que le habrá, y hablando con franqueza sí que le hay, y nosotros estamos con semejante noticia turulatos. ¡Vaya! figúrense ustedes si será algo lo del ojo llevándole en la mano. ¿Podemos nosotros escribir con tranquilidad sabiendo de fijo que hay espadachines en campaña, que

es lo mismo que decir *moros en la costa*? Ya se vé, nosotros debemos decir la verdad, pero ¿y si nos dan una estocada? ¿si nos levantan el hueso coronal para examinarnos el cráneo contra todos los principios de la buena frenología? Nada, nada, conducta y juicio que ya somos grandes. Lo mas que podemos hacer es corregir un poco nuestro lenguaje y decir las cosas embozadamente para que nadie las entienda, por ejemplo: al que abjure de sus principios no le llamaremos mas que apóstata, al que venda su partido solamente le llamaremos traidor, al que se haga rico sin saber cómo y cuándo le diremos con buenos modales que es un ladrón, y de este modo nos eximiremos de la inmensa responsabilidad que sobre nosotros pesa; porque sino vivimos engañados, nadie debe ofenderse porque le llamemos ladrón, traidor y apóstata si reúne las tres cualidades.

Ya es hora de mudar la decoracion ó por lo menos la escena; bueno es que la emprendamos con otro actor, que el primer soliloquio de la comedia ha sido un poco largo. D. Fermin Caballero es el que tiene la suerte ó la desgracia de seguir á D. Joaquin María Lopez en la revista de nuestros farsantes políticos, y no debe ser otro que D. Fermin Caballero por las razones que diremos. Hay algunos murmuradores que se quejan de que siendo nosotros como somos liberales, hayamos empezado nuestra filípica de los farsantes políticos por los que, aunque no lo sean todavía, se obstinan en llevar el nombre de progresistas. Lo extraño es que esto se estrañe. Nosotros no distinguimos los partidos en cuanto á lo primero. Nosotros aborrecemos mas á los malos que quieren parecer buenos que á los que

son malos y hacen alarde de ello. Nosotros queremos conocer á nuestros verdaderos enemigos y á nuestros amigos, y no son nuestros amigos: 1.º los que no convienen con nosotros en ideas políticas; 2.º los que hacen ó han hecho causa comun con nuestros declarados enemigos; 3.º los que una vez nos engañan sea por imprevision ó mala fe; 4.º los turroneiros; 5.º los que varían de pensamiento á medida que varían de posicion y son liberales cuando diputados, serviles cuando ministros y casi republicanos cuando proscriptos. Todos los hombres que han dirijido los negocios públicos hasta el dia son nuestros enemigos, porque todos sin escepcion han tenido diferente modo de pensar, y sobre todo han obrado de diferente modo que nosotros hubiéramos obrado, por consiguiente contra todos tenemos que troñar enérgicamente.

Sin embargo, amantes de la justicia, no podemos menos de pesar fielmente los servicios de las personas para contrabalancear sus faltas. Por eso nada diremos ahora de Espartero y otros muchos que, aunque alguna vez se hayan separado del buen camino, pueden con orgullo levantar la cabeza y decir: «La patria y la libertad me deben en mucha parte su salvacion.» Y es cierto; sin los esfuerzos de Espartero puede que la providencia nos hubiera salvado, pero lo mas presumible es que fuéramos hoy presa del yugo inquisitorial del obispo de Leon, Cabrera y otros hotentotes. ¿Qué debe la libertad á Lopez, á Caballero y otros muchos que vociferan méritos que la patria ha premiado sobradamente sin que los sugetos los hayan contraido? Ya lo hemos dicho y lo repetiremos cien veces. Les debe discursos, que en lugar de hacerla mucho favor la han

hecho mucho mal, porque con los discursos han ganado reputacion y prestigio los charlatanes, y el prestigio de los charlatanes ha servido para arruinar la libertad. Nosotros no podemos tolerar que Lopez, Caballero, Serrano y otros muchos se llamen todavía progresistas: lo uno porque no lo son, lo otro porque no queremos que lo sean, pues por su descrédito solo pueden dar una importancia negativa al partido á que se agreguen. Tampoco deben pasarse á los moderados, porque aunque este partido es tan poco escrupuloso que admite en su seno todo lo que se presenta por despreciable que sea, estamos seguros de que estos sugetos harian un triste papel. Serrano, Caballero, Lopez y otros muchos solo pueden tomar un partido, que es el partido prudente de no hablar de política y dejar rodar la bola. Esto probará que no les queremos del todo mal. A Gonzalez Brabo no le aconsejaremos tal cosa; antes por el contrario, si quiere darnos gusto debe hacer cada vez mas alarde de su serenidad y de su cinismo; porque queremos tener cada dia mas motivos para odiarle.

Hemos empezado nuestra revista por los falsos progresistas, porque de paso vamos á narrar los acontecimientos históricos desde la caida de Espartero hasta que Dios quiera ó hasta que quiera el gobierno, que es otro ser tan omnipotente aunque no tan divino y misericordioso. No queremos hablar hoy de Narvaez y mañana de Lopez, y despues de Prim y en seguida de Mon porque seria un desórden. Siguiendo el curso de los sucesos hablaremos de las épocas y de los hombres que han influido y figurado en cada una. Sobre todo pensamos acabar de una vez con los hombres y la época del Gobierno provisional para no volver á acordarnos en nues-

tra vida de tal época y tales hombres. Así, en concluyendo con ellos y con ella, la emprenderemos con Olózaga y todos sus compañeros de ministerio. Después pondremos en berlina á Gonzalez Brabo, el mocito de las encerradas y de las farsas, el demócrata de antaño y moderno saltimbanqui á quien tenemos tanto que agradecer los liberales por su apostasía; pues seguramente que si de algo teníamos que avergonzarnos el año cuarenta era de tener por correligionario al actual embajador de Portugal. Las apostasías son generalmente mal recibidas por los daños que producen los engaños y los desengaños. La apostasía de Brabo es una escepcion. Nosotros nos hemos irritado con la apostasía de Lopez, porque Lopez como orador podia hacer honor á un partido ya que no por otras cualidades. Los franceses han sentido y lamentan la semi-apostasía de Cormenin, porque Cormenin es un escritor notable y un ciudadano virtuoso. Cuando desertó Gonzalez Brabo de nuestras filas, en lugar de llorar nos pusimos á reir, no hubo un liberal que se aflijera por la noticia: véase en el rostro de todos los progresistas pintada la alegría que produce la satisfacción de haber sacudido una plaga, y aun en el dia, en medio de tantos sufrimientos, de tantas persecuciones, de tantas atrocidades de que somos víctimas, nos consolamos con la halagüeña idea de no contar á Gonzalez Brabo en el número de nuestros amigos. Del mal el menos.

No son pocos los que tienen la dicha de aproximarse á Gonzalez Brabo en esta parte. Entre ellos se nos presenta el actual gefe político de Guadalajara D. Rafael Navascues. Este señor podrá estar muy satisfecho del mal rato que crea haber dado á sus antiguos amigos abju-

rando sus ideas democráticas, pero nosotros podemos asegurarle que se equivoca, porque para nosotros no hay satisfaccion que equivalga á la de poder decir: ¡ Loado sea Dios que nos ha libertado de tales hipócritas!

Este Navascues es un jóven, hombre que en 1840 gritaba desafortadamente por las calles, plazas y cafes: ¡ Viva el pueblo soberano! y queria insurreccionar contra la reina Cristina hasta los guardacantones. Entonces tuvimos el poco envidiable gusto de conocerle, y el bárbaro placer de aplaudir unos versos suyos, ó que por lo menos recitó como suyos en la comida que celebramos los liberales ardientes en el salon del jardin de las Delicias. S. S. el señor de Navascues se acordará muy bien de aquella comida, y puede que no haya olvidado los versos suyos ó no suyos que recitó; pero por si los ha olvidado se los recordaremos para los efectos correspondientes.

Libertad, igualdad, independenciam  
 sean de hoy mas el lema y la bandera.  
 Abnegacion, desinteres y ciencia  
 de nuestro gremio marquen la carrera.  
 ¡ Abajo la tutela y la *regencia*,  
 y pandillaje y camarilla artera!  
 ¡ Fuera *mómiás*, no mas *santos de yeso*,  
 y *libertad* habrá y habrá *progreso!*

El señor de Navascues para recitar estos versos se puso de pié sobre una mesa, y los pronunció con un tonillo de candor tonto, y un tan bien estudiado aire de conviccion y entusiasmo republicano, que la asamblea esclamó unánimemente.

—¡ Que se repita ! ¡ Que se repita !

Y el señor de Navascues tuvo que repetir su octava, que aunque mala artísticamente por la asonancia de los seis primeros versos, creemos que no fuera parto de Navascues, porque nos parece incapaz para la poesía.

Ya ven VV., amados lectores, que la octavilla tiene bemoles y que apenas hay un verso ¿ cómo un verso? ni una palabra que no respire desinterés, patriotismo y libertad. ¿Quién había de decir que el señor de Navascues, autor de esta octava, llegara á ser jefe político de los moderados? Al ver tales anomalías no encontramos ya nada imposible, y hasta nos parece fácil resolver los problemas de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo.

Vamos á examinar la octava del señor Navascues políticamente. «¡Libertad!» ¡qué bonita palabra para seducir á los incautos! ¡Qué buen andamio para subir á la cúspide del poder! ¡Qué memorial tan excelente para conseguir gefaturas y embajadas! Parece mentira que la palabra libertad sea la única relacion de méritos de algunos hombres de orden. «Igualdad.» ¿Y esta palabra es moco de pavo? El señor de Navascues puede vanagloriarse de haber llegado en ideas políticas á la altura de los mas avanzados ¡Buen bajon ha dado! pero en cambio si nosotros hemos llegado á la altura del señor Navascues en honra no hemos conseguido tanto provecho, y lo que es mas, ni lo apetecemos si para conseguir el fin hemos de apelar á tales medios. «Independencia» Esto es lindo, el señor de Navascues pedia independencia, y cuando la pedia señal que la queria, y de quererla claro es que no solo la queria para los demas sino tambien para él. Pues ha venido á suceder todo

lo contrario ; ni nosotros somos independientes, porque dependemos de la voluntad del señor de Navascues ú otros que se le parecen , ni el señor de Navascues ha logrado la suspirada independencia, porque como gefe político depende de otros gefes que le harán obedecer sus órdenes mal que le pese, so pena de dejar el mando, lo cual no entra en la cartilla de los Navascues. ¡Pobre independencia ! ¿ qué es de tus entusiastas defensores ? Tal me verás que no me conocerás.

« Sean de hoy mas el lema y la bandera. » Si el señor de Navascues hubiera dicho sean hoy , no hubiera hablado con el porvenir ; pero diciendo sean desde hoy quiso decir sean para siempre, hasta el dia del juicio. A bien que para todo hay salida ; el señor Navascues dirá que el dia del juicio , esto es, el dia de tener juicio ha llegado para él. Dios se lo conserve.

« Abnegacion , desinteres y ciencia. » ¡ Qué riolada de sarcasmos ! ¡ Abnegacion ! Ya se conoce. ¡ Desinterés ! A la vista está. ¡ Ciencia ! La ciencia del señor Navascues. La abnegacion del señor Navascues está en razon de su ciencia, ó lo que es lo mismo , la ciencia del señor Navascues es igual á su abnegacion. El señor Navascues ignora lo que es ciencia ; infieran ustedes el corolario.

« De nuestro *gremio* marquen la carrera. » ¿ El *gremio* de entonces ó el *gremio* de ahora ? Alguno de los dos debe ser , porque no es de presumir que el señor de Navascues hablára con los *cinco gremios*.

« Abajo la tutela y la regencia. » Esto era hablar en profecía , fué la base del programa de 1843 contra Espartero y Argüelles. Por este verso puede que haya conseguido S. S. llegar á ser S. S.

«Y pandillaje y camarilla artera.» Este verso se refiere á muchas épocas, á la del parto, antes del parto y despues del parto.

«Fuera mómias?» Eso es, fuera unas mómias para que vengan otras mómias, el partido es mómio. «No mas santos de yeso.» ¿Han de ser de plata ó de oro? ¿de qué los quiere el señor Navascues? Tonto es el perro que ahulla cuando le apedrean con longanizas.

«Y libertad habrá.» ¿Cuándo? «Y habrá progreso.» ¿Dónde?

El expediente está pendiente de resolucio:n : pase á informe del señor de Navascues.

Hemos dicho lo bastante para dar á conocer el rumbo que pensamos seguir: ahora vamos al asunto, y el asunto pendiente es el Excmo. Sr. don Fermin Caballero.

D. Fermin Caballero, conocido por el solo nombre de Fermin y el solo apellido de Caballero desde que empezó á figurar en el Estamento de Procuradores, se llamaba antiguamente antes de morir Fernando VII don Fermin, y ademas de Fermin, Felipe; Caballero, y ademas de Caballero, Morgaez, que sumando los términos dan por resultado un D. Fermin, Felipe, Caballero y Morgaez.

Con este nombre y este apellido, ó por mejor decir con estos dos nombres y estos dos apellidos añadió dos tomos á la historia del Anquetil, y tuvo la honra de narrar los acontecimientos que hasta entonces mas se rozaban con la política. No queremos citar sus notas haciendo la apolojía de Fernando y del absolutismo, porque ya dijimos al empezar la reseña biográfica de Lopez, que si bien tratamos de inutilizar á los hombres que por impericia ó debilidad nos han la-

brado las cadenas , no queremos sonrojarlos. La historia que lleva al frente el nombre de D. Fermin Caballero es una de las obras que mas predileccion han podido merecer de los tiranos agradecidos. Basta con decir esto, y tanto sentimos decirlo como pueda sentir D. Fermin el haber escrito la citada obra, en unos tiempos en que si no habia obligacion de quemar incienso ante el altar de la tiranía, tambien era absolutamente imposible hacer resonar los acentos de un corazon independiente y libre.

Sin embargo ; nuestro deseo de inutilizar para siempre á algunos farsantes que por desgracia han capitaneado hasta aquí al partido liberal , no nos obligará á ser injustos porque, desgraciadamente para todos, no necesitamos esgrimir otras armas que las de la razon para vencer, y porque nosotros no acostumbramos ni queremos faltar á los deberes que nos impone nuestra conciencia. Seremos inflexibles al pintar los deslices de nuestros políticos , pero al mismo tiempo diremos francamente sus buenas cualidades. D. Fermin Caballero , segun se nos ha dicho, no escribió el Anquetil tal como esta obra vió la luz pública, al contrario , personas bien informadas nos han asegurado que la historia escrita por D. Fermin estaba en sentido liberal. El editor ó empresario, no sabemos si por miedo ó por amor al despotismo, tuvo por conveniente alterar el orijinal, y el resultado fué aparecer la obra con el espíritu servil propio de aquella maldita época. Creemos de buena fe lo que nos han dicho, porque nos lo han dicho personas que merecen crédito, y tambien porque nos parece imposible que D. Fermin Caballero haya sido jamás absolutista. Pero haciéndole el favor ó la justicia de creer que no aduló al despotismo, porque quien aduló al despotismo fué el absolutista ó tí-

mido editor, no por eso está D. Fermin exento de responsabilidad, no por eso será menos digno de reconvenções.

Si no escribió la obra tal como se publicó, ¿por qué autorizó con su nombre aquellas doctrinas que no eran las que profesaba? ¿Acaso no vió la obra despues de entregar el original hasta que se anunció al público? Esto es imposible; porque ya se sabe que el autor de un escrito tiene siempre costumbre, necesidad y obligacion de corregir las pruebas, y si D. Fermin descuidó este requisito, fué sumamente confiado y necio tratándose de materias de tamaña gravedad y trascendencia.

Pero aun queremos suponer que D. Fermin, en un esceso de confianza, abandonó la impertinente tarea de corregir sus pruebas (y siempre resultará otro cargo en este caso, á saber, que el hombre que en política deposita toda su confianza en otro se identifica con él por aquello de dime con quién andas y te diré quién eres.) Preguntamos nosotros, ¿será por eso menos reprehensible la conducta de D. Fermin? No por cierto. El despotismo de Fernando VII era temible, era inhumano, bárbaro y cruel; pero ni el despotismo de Fernando VII, ni todos los despotismos imaginables pueden condenar al hombre á guardar un silencio criminal en cosas que atañen á la reputacion y al honor. D. Fermin Caballero, viendo desfigurada su obra, debió dar un manifiesto al público diciendo que el libro que aparecia bajo sus dos nombres y apellidos era apócrifo, y que de ninguna manera aceptaba el compromiso de prohiar lo que no era suyo. A esto ya sabemos qué responderá D. Fermin, que una aclaracion semejante en aquel tiempo de ominosa tiranía podia acarrear serios compromisos. Es falso, nosotros no al-

canzamos á comprender tales compromisos. Si D. Fermin hubiera dicho: «yo no soy autor de esa obra ni quiero serlo porque soy liberal y no adulo á los tiranos», aunque en este caso no hubiera dicho nada de mas, concebimos las funestas consecuencias que acarrearle pudiera su franqueza; pero ningun mal podia resultarle de decir simplemente: «He traducido, he escrito ó he anotado esta obra, pero pongo en conocimiento del público que esta obra no se ha impreso tal como yo la escribí, tal como yo la traduje ó tal como la anoté.» En esto no vemos ningun mal, ningun peligro, ningun compromiso, y sobre todo, si aun en decir esto habia mal, habia compromiso, habia peligro formal, ¿qué importaba la muerte tratándose de salvar el honor? La historia de España, como la de todos los pueblos libres, está llena de mártires que han exhalado en el cadalso su último aliento victoreando la libertad.

Considerada literariamente la obra debemos convenir en que es buena. El señor Caballero sabe escribir porque tiene talento y erudicion, en lo cual no le hacemos favor sino justicia: véase cualquiera de sus escritos, y en todos ellos se hallarán destellos nada comunes. Su obra titulada, *Pericia geográfica de Miguel Cervantes Saavedra* está escrita con precision, elegancia y conocimiento; sus tipos en los *Españoles pintados por sí mismos* son de los mejores artículos, y principalmente el *Alcalde de Montera*, que ha sabido describir con mucha gracia sin faltar á la exactitud.

Creerá cualquiera al leer las líneas que preceden que nosotros intentamos disminuir los cargos que habíamos de hacer á D. Fermin, atendiendo á su mérito, á sus relevantes cualidades como escritor, á su indis-

putable talento. Mas no es así. Precisamente pensamos todo lo contrario, porque la fe en nuestros hombres públicos ha estado siempre en razon inversa de la capacidad intelectual; así es que el desacierto de las masas, aunque hijo de la buena fe, se ha debido á sus cortos alcances, en tanto que las calamidades que deploramos, debidas á los desaciertos de los gefes del partido progresista, han sido abortos de la impremeditacion y de la debilidad, ó de la ambicion y egoismo. Y de paso sentaremos aqui la opinion que tenemos respecto á los dos partidos constitucionales, conocidos con las denominaciones de moderados y progresistas. Los moderados son taimados é hipócritas, y á su astucia mas que á su valor real deben como han debido siempre su transitoria dominacion: los progresistas pueden dividirse en dos partes, los que dirijen y los que se dejan dirijir. Los primeros (los directores) son egoistas y ambiciosos, ó confiados y débiles; los subordinados cándidos é inocentes. Así se ven ellos y así se verán mientras no aprendan mas. Todo lo que tienen los gefes de este partido (salvo algunas escepciones) de egoistas y de flojos, tienen las masas de valientes y de generosas. Por eso el partido progresista cuando está desarmado lucha con valor para vencer, sin consideracion á los peligros; por eso tambien en el momento del triunfo abusa de su inocente bondad y pone de su parte todo lo posible para ser vencido; por eso el partido progresista puede decirse que nunca es mas débil que cuando está mas fuerte, y jamás está mas próximo á sucumbir que cuando tremola el estandarte de la victoria. Buen remedio, que conozca de una vez á sus amigos y á sus enemigos, que descarte de sus filas á los hipócritas los cobardes y á los ineptos gefes. Ponga en su lu-

gar hombres nuevos, aunque sean desconocidos para el público; pero de acrisolada virtud, de firmeza de carácter, de valor cívico á toda prueba y no comerciantes y capitalistas como algunos han tenido la ridiculez de proponer para las elecciones municipales de Madrid. Prescindiendo de los mil inconvenientes que ofrecian los manejos y esfuerzos de nuestros adversarios, ¿cómo podian prometerse el triunfo los autores de semejante candidatura? ¡Qué inconsecuencia! El partido progresista debe ser un partido popular que al tesoro metálico de los moderados sepa, porque puede hacerlo, oponer un tesoro de virtud. ¡Qué candidez! Los que presentaron semejante candidatura, que tan pocas simpatías tuvo en el partido liberal, han sancionado sin pensarlo las doctrinas de los moderados, que consisten en hacer que prevalezca el dinero y dar la preponderancia á títulos insignificantes. Lo repetimos: el partido progresista no se levantará mientras no sea verdadero partido, y para serlo es necesario que adopte principios, que proclame doctrinas que no sean las doctrinas, los principios de los retrógados. Es necesario tambien que no sea exclusivista, que no lo quiera todo para sí, porque la comunión liberal consta de muchas fracciones mas ó menos adelantadas, mas ó menos atrasadas. Ya no debe haber denominaciones odiosas, ni rencores necios. Si queremos triunfar, es preciso que al lado de un viejo veamos un jóven, al lado de un rico un pobre, al lado de un doceañista un republicano, y entonces todos concurriremos á un fin; pero si no nos estaremos quietos, porque no nos da la gana de contribuir á encumbrar siempre los mismos hombres; hombres viejos, hombres gastados, hombres de los cuales los mas nada son, nada sa-

ben, nada valen y nada pueden hacer que sea bueno.

Volviendo á nuestro asunto, decíamos que D. Fermin Caballero es hombre de talento, y lo repetimos con sentimiento, porque un hombre de talento es capaz de hacer mucho daño en ocasiones, no solo por lo que él hace malo sino por lo malo que obliga á hacer á los demas. Vamos á demostrarlo.

D. Joaquin María Lopez es elocuente: he aquí el origen de su popularidad y de nuestra desgracia. D. Fermin Caballero no es elocuente pero tiene talento: he aquí la causa muy importante y esencial de nuestra ruina. Porque es tan necesario hablar de Lopez siempre que se hable de Caballero, como imposible hablar de uno prescindiendo del otro. Para no decir nada de uno de ellos seria forzoso prescindir de los dos. Lopez nació para obedecer á Caballero, Caballero para mandar á Lopez, y los dos para hundir la libertad.

Caballero es uno de esos hombres que tienen el poder de dominar á sus semejantes con la astucia. Lopez tiene una de esas cabezas equilibradas que, careciendo de voluntad propia, necesitan ser arrastradas al bien ó al mal por un impulso superior de otra voluntad mas fuerte. Cuando á Lopez y á Caballero se los presenta un plan, ni lo aprueban ni lo reprueban á la ligera sino que necesitan algun tiempo para decidirse. Pero hay mucha diferencia entre la indecision de Lopez y la de Caballero. Este necesita tiempo para discurrir en el silencio de su gabinete, Lopez lo necesita para aconsejarse de su amigo. Caballero es el preceptor, el ayo, el confesor de Lopez; pero á pesar de las relaciones de amistad que estrechan á los dos, estamos seguros de que Caballero obra siempre por sí, que jamás pide parecer á

Lopez para obrar, y que aunque se le pida no le obedece. Si Lopez conviene con Caballero, éste lleva á cabo su pensamiento y si no conviene lo mismo; porque el dictámen de Lopez en el concepto de Caballero es un guarismo que nada representa. Al contrario, Lopez es el órgano de Caballero, y como ha llegado á persuadirse de que los dedos que le manejan son ájiles y prácticos se deja tocar que es un gusto. La lengua de Lopez es el teclado de un gran piano de cola: tiene voces armoniosas, sonoras, dulces, pero se necesita un Listz que pulse las teclas, y este Listz es D. Fermin Caballero. Si Caballero siempre se estuviera quieto, jamás se movería Lopez: si Caballero quiere hacer ruido, no tiene mas que tocar la tecla que quiera, y Lopez dirá *re* ó dirá *sol* ó *solfa*, ó hará escalas cromáticas con tres bemoles y un sostenido. Desde luego que Lopez suena podemos asegurar que Caballero le ha tocado las teclas, asi como es una señal indudable de que Caballero está ausente, ó no se mueve, el que Lopez permanezca en silencio mucho tiempo. De suerte que todo lo que dijimos á Lopez se lo podemos decir con mas motivo á Caballero, que es quien le inspira, en una palabra, quien le hace sonar, y nosotros, persuadidos de esta verdad, dejaremos de aconsejar á Lopez acerca de la conducta que debe seguir y tomaremos el camino acertado de poner límites á los dedos del pianista. Que se esté quieto Caballero, y Lopez no volverá á decir esta boca es mia. ¡Lástima es que tan buen pandero no haya caido en mejores manos!

Consideremos, pues, á Lopez como un autómata, como un órgano que produce voces ásperas ó suaves segun el registro que toca y la tecla que pulsa el orga-

nista, seguramente la censura que sobre él recaiga debe ser mas blanda ; al paso que Caballero tiene sobre sí la responsabilidad de las acciones de Lopez, su dócil instrumento. Porque es claro ; si en tiempo de los progresistas se hubiera oido una flauta tocar algun himno realista , el gobierno no habria sido tan imbécil que formára causa á la flauta y la echára al peñon de la Gomera por tocar la pitita , sino al que tocára la flauta por cuya voluntad é impulso se verificaban los sonidos. Si Caballero no hubiera aconsejado á Lopez , el año 1843 habria pasado sin programas , sin amnistías , sin coaliciones , sin pronunciamentos retrógados , sin batalla de Ardoz , sin desarme de la milicia nacional , sin farsas palaciegas , y ¿quién sabe? puede que estuviéramos bien , puede que estuviéramos mejor , puede que nos fuera mal ; pero desde luego aseguramos que tan mal como estamos no podiamos estar , por mas que diga Lopez cuando Caballero le toca la tecla , ó por mas que diga Caballero por boca de Lopez , que sea dicho entre paréntesis , es lo mismo que hablar por boca de ganso.

Resulta , pues , que Caballero en nuestro concepto es mas que Lopez el verdadero autor de nuestras calamidades , y no nos vengan citando las disposiciones liberales dadas por el ministerio de la Gobernacion en aquel tiempo ; porque jamás nos dejaremos deslumbrar por falsas apariencias. Dice Lopez que por cada capitán general que Serrano ponía moderado , ponía Caballero un gefe político liberal. ¡Buena embajada aunque fuera verdad! El señor Caballero sabe mejor que su amigo Lopez la impotencia de una autoridad política ante las bayonetas de un gefe militar. Dice tambien que el señor Caballero tomó algunas resoluciones que le honran , relativamente á li-

bertad de imprenta, organizacion de milicia, diputaciones provinciales, ayuntamientos y otros particulares. Lopez tendrá razon, pero no cuela. Cuando Caballero espedia órdenes y decretos liberales veia demasiado cargado el horizonte político; sabia que dejaria de ser ministro muy pronto, y que los que le sucedieran no dejarian títere con cabeza. ¿Qué importaba adoptar medidas que no habian de realizarse y que aun realizándose debian tener tan corta vida? El señor Caballero ostentando liberalismo cuando fué ministro, no hacia otra cosa que preparar calamidades á la patria con el talento de cubrir el espediente. Esto se llama tirar la piedra y esconder la mano. Mas sospechoso es Caballero para nosotros defendiendo la libertad que haciendo el panejírico de Fernando *el deseado*.

Por cierto que los méritos alegados por Lopez son armas que vamos á volver de punta á su administracion, siendo D. Fermin Caballero el que regularmente saque la peor parte de la refriega. La historia habla mas claro que los sofismas de un manifiesto. ¿No se acuerda el señor Lopez de las dos graves cuestiones que quedaron pendientes por negligencia ó voluntad del señor Caballero, cuestiones en que debia estrellarse y se estrelló con efecto el gabinete sucesor?

Hablamos de las dos cuestiones, tan cacareadas por el señor Lopez, de milicia nacional y ayuntamientos.

El señor Caballero en su refinada hipocresía estuvo chuleándose con el partido liberal, haciendo promesas que no pensaba en realizar, dando palabras que no queria cumplir, halagando á los moderados y á los exaltados, pero de distinto modo: á los exaltados con tentativas, nada mas que con amagos de liberalismo; á los mo-

derados con servicios positivos, con manejos importantes que no podian menos de asegurarles la victoria.

Respecto á la cuestion de milicia nacional, todo el mundo sabe la conducta cómica y casi titiritera del señor Caballero. Los progresistas creian en el armamento de la milicia, y lo esperaban confiados en las buenas palabras del Ministro de la Gobernacion. Los moderados, fiados precisamente en las buenas palabras del mismo ministro, esperaban todo lo contrario. Esto no lo negará el señor Caballero porque lo hemos visto, lo hemos palpado, porque desgraciadamente no ha sido un sueño ni una ilusion fantasmagórica, sino hechos cuyas consecuencias lamentamos todos; consecuencias que todo hombre de bien tendrá grabadas en su corazon hasta el dia terrible de la justicia nacional.

¡ Pobre España! ¿ Cuándo llegará el dia de tu felicidad? ¿ Cuándo brillará para tí el sol de la independenciam? Cuando sacudas el yugo de tus enemigos declarados, cuando conozcas á los amigos desleales que á tu sombra medran, arrastrándote á la humillacion, al abatimiento y á la esclavitud.

Efectivamente en tiempo del señor Caballero se repetia todos los dias la cuestion de armamento de la milicia nacional, y hasta se dió una real órden diciendo que S. M. se hallaba muy complacida de los servicios que á la patria y á su trono habia prestado aquella institucion, y por consiguiente que deseaba su pronta reorganizacion. Con esto entretuvo el señor Caballero al partido progresista durante los tres ó cuatro meses de su ministerio, halagando hipócritamente nuestras esperanzas, aunque siempre nos merecieron poca fe por mas que salieran de un hombre que hasta de apellido se llama Caballero. Hoy

estaba resuelto el ministerio á organizar la milicia ; mañana resolvía lo contrario ; cuando habia buenas noticias por la mañana, corrian muy malas por la tarde ; cuando eran gratas las ilusiones de la tarde, venia la noche ó la mañana siguiente á desvanecerlas , y nosotros esperando y el señor Caballero prometiendo ; y nosotros confiando en el señor Caballero , y el señor Caballero burlándose de nosotros : vimos transcurrir muchos dias sin que una vez se sentára la base de los castillos prometidos, que siempre fueron para nosotros castillos en el aire.

¡ Ah Caballero, Caballero ! ¡ Con qué poca razon te llamas Caballero ! Concebimos muy bien que en la pila te pusieron Fermin , y ademas de Fermin Felipe ; comprendemos que tu madre tuviera el antojo de llamarse Morgaez, pero tu padre, ¿ qué derecho tenia y qué motivos pudieron impulsarle á ponerte Caballero ? Y si tu padre te lo puso porque no podia hacer otra cosa , puesto que el apellido es una propiedad hereditaria ¿ por qué tú no has desechado este apellido segun proscibiste el Morgaez, ó por qué no le has cambiado por otro conforme has cambiado de trajes durante la representacion de nuestra larga tragedia política ? Nosotros no descansaremos hasta averiguar la razon que te asiste para llamarte Caballero. ¿ Eres *caballero* porque montas á caballo ? ¿ Eres *caballero de aventuras* como D. Quijote ? ¿ Eres *caballero por descender de fidalgos* ? ¿ Eres *andante caballero* ? ¿ Eres *caballero de cuantía*, de aquellos que mantenian caballos para armar á sus compatriotas con el fin de poner á salvo la patria contra las invasiones de los moros ? ¿ Eres *caballero de conquista* ? ¿ Eres *caballero de Espuela dorada* ó *caballero de la órden de Isabel la Católica* ? ¿ Eres *caballero de la Gineta* ? ¿ Eres *caballero en Plaza* ? ¿ Eres *caballero*

de la Sierra, por otro nombre *guarda á caballo de montes y plantíos*? ¿Eres *caballero pardo*, nombre con que los antiguos distinguían á los que no siendo hijos de estirpe noble alcanzaban privilegios del rey para no pechar, gozando las preeminencias de hijo-dalgo? Nada de esto te autoriza en nuestro concepto para llamarte caballero. Puede que seas caballero en tus acciones. Díganlo los progresistas, á quienes has hundido, magüer tus humos de caballería. Tal vez seas un caballero despilfarrado y rumbo. Díganlo los moderados, á quienes has hecho el caldo gordo con una generosidad sin ejemplo. En algo habías de ser caballero; ya hemos resuelto el problema, y no solo nos pareces caballero sino caballerito, caballeroso, caballeresco, caballerote, y si nos apuras un poco caballerizo, que es á lo que deberías aspirar atendidos tus méritos y servicios prestados á la monarquía.

Pero tú dirás ¿á qué viene este hacinamiento de equívocos, esos retruécanos, esos juegos de palabras mas propias del romance jacaresco, que de una publicacion de altas pretensiones? No sabemos darte la razon: nosotros lo hacemos maquinal, automáticamente, porque este martilleo que tanto acaso te incomoda, á nosotros nos place, en cuanto creemos por el verte martillado, despedazado, desmenuzado, aplastado, trillado, espachurrado, deshecho, desleído, aniquilado, disuelto y pulverizado. Porque de paso que desentrañamos tus actos, tu vida y tu conducta, queremos jugar con tu nombre, que por sus acepciones se presta á tantas cosas, que te multiplica y te eleva á la décima potencia para hacer entuertos desfaciendo agravios; y no solo te apropiaremos las cualidades que por mil conductos se desprenden de tu tronco genérico, sino que hasta te llamaremos *caballete*,

por la analogía que tiene con tu apellido, y que por sus diversas acepciones te viene de perilla, ó como si dijéramos de molde ó bien como pedrada en ojo de boticario. *Caballete* se llama el madero en que se afirma el tornillo en la pierna izquierda de la prensa donde se detiene la barra; y tu eres mas que caballete, porque no solo has hecho todo lo posible porque se detenga la barra, sino porque se acabe para siempre la imprenta. *Caballete de chimenea* fuiste durante tu mando, para poner á cubierto á los retrógrados de la lluvia y granizo de la revolucion, ahogando el humo del entusiasmo. *Caballete de tierra*, porque entre los surcos contiguos, adláteres ó adyacentes ocultabas la mala semilla, que tan amargos frutos debia producir para España. *Caballete de tejado*, porque por tu astucia y maña eres la parte mas alta y mas visible del ministerio, aunque para engañar á tus amigos supiste encojerte y agacharte y terraplenarte tanto, que finjias sumerjirte en los cimientos. *Caballete* tambien y no de quebrantar cáñamo ó lino sino de quebrantar las palabras y las promesas, las instituciones y las leyes. *Caballete*, por fin, que era el potro en que, cuando el rey rabió, atormentaban á los mártires; porque en tí, que has sido un verdadero potro para la libertad, se han quebrantado muchos mártires, y con ellos nuestros fueros, nuestra dignidad nacional, nuestras garantías, nuestra seguridad, nuestra gloria, nuestro porvenir y no cuando el rey rabió, sino cuando tuviste la habilidad de no rabiar y morder, haciendo rabiar á todos los españoles.

Ya se ve, tú dices, si no hay milicia es porque los milicianos no quisieron empuñar las armas, que yo hice todo lo posible por reorganizar la institucion salvadora. ¡Ah cuco! Mira que te conocemos muy bien y sabemos

el pié de que cojeas. Tú decias : que se arme la milicia; pero al mismo tiempo te incomodaba la milicia, la tenias miedo y deseabas á todo trance que no se armára. ¿ No es eso? Sí por cierto; y por eso al mismo tiempo que invitabas á los nacionales á tomar las armas les imponias condiciones que no habian de admitir; condiciones degradantes á que no podia someterse una institucion benemérita sin manchar su buen nombre y su reputacion no empañada. Tú lo sabias muy bien, conocias que los nacionales de Madrid eran verdaderamente caballeros y no accederian jamás á tus deseos y caprichos, porque no podian hacerlo sin rebajar su dignidad, sin desmentir su independencia. Y obraban como hombres de bien, como patriotas, como liberales. La milicia de Madrid, en virtud de su honrosa capitulacion, queria volver á organizarse tal como estaba á la entrada de Narvaez en esta capital, porque tenia derecho á exigir el cumplimiento de un tratado formal que en ningun pais donde signifique algo la moralidad podia ser violado. No queria reorganizarse como tú pretendias; porque la reorganizacion tal como entonces la entendíais los hombres del poder, hubiera producido un resultado mónstruo. Con la organizacion, la milicia habria sido la misma sin quitar ni poner; pero la reorganizacion que tú querias era muy distinta, quizá no hubiera tomado las armas ninguno de los antiguos milicianos, quizá hubiéramos tenido una milicia realista. ¡Bonito genio teníais los del gobierno provisional para que esperásemos otra cosa! Qué ¿ no sabemos el espíritu reaccionario que os animaba entonces?

Aun nos parece que estamos presenciando aquella sesion en que interpelado por el conde de las Navas acerca de este particular, te pusiste colorado como cresta

de gallo, y digiste que no sabias á qué atribuir la tardanza en el armamento de la milicia de Madrid cuando el gobierno hacia de su parte todo lo posible porque se realizára cuanto antes, y que en prueba de ello habias nombrado inspector de la milicia al señor Cortina. ¡Qué escándalo! ¿Dónde se ha visto nombrar inspector de un arma que no existe? En España solamente, y solamente en la España del gobierno provisional, que es la España de los absurdos, de las aberraciones, de las barbaridades inauditas. En aquella sesion se interpeló al gobierno tambien acerca del desarme de la milicia de Caspe, y se hizo notar por el conde de las Navas el sistema reaccionario seguido casi en todos los puntos de la Península, sistema que á la sazón ofrecia serios temores á todo hombre liberal, que veia por do quier á los patriotas inermes insultados por los realistas apaleadores de 1823, que gozaban de un poder irresistible ensobrecidos con la conducta del gobierno. Pero nada; tú siempre con buenas palabras. El gobierno quiere conservar la milicia, quiere reorganizar la milicia, conoce lo que valen los sacrificios hechos por la milicia, desea dar una prueba inequívoca de afecto á la milicia.—Buenas y gordas. El afecto tan decantado del gobierno provisional á la Milicia Nacional, debia haberse manifestado no con palabras buenas y obras malas, sino en primer lugar no desarmándola, quebrantando los tratados de capitulacion inúcuamente, organizándola cuando hubiera pasado el peligro que pudo motivar una medida arbitraria, y no de otro modo, porque nos dareis lugar á decir que el amor que los hombres del gobierno provisional profesaban á la milicia, era muy parecido al ódio que la profesaba Cabrera.

Tambien Lopez se deshizo aquel dia en piropos á la Milicia Nacional, y no es estraño, porque entonces todos decíais lo mismo, hasta el gurrumino Nocedaleta parecia que estaba entonces haciendo el amor á una institucion que hoy detesta porque le sirvió de escalon..... pero dejemos á este botarate, cuyo nombre hemos escrito sin acordarnos de la antipatía y repugnancia que nos inspira. Algun borron habia de caer en el libro de *Los Políticos en camisa*.

Es una verdad incontestable la felonía de ciertos hombres para subir al mando y la ingratitude con que han pagado los beneficios al partido que les abrió las puertas de la patria, parodiando, como dice Lopez, la fábula de la culebra; pero tambien es verdad que la milicia de Madrid debe estar igualmente resentida de los moderados, sus enemigos naturales, que de los falsos progresistas sus asesinos. Sabemos muy bien que el gobierno provisional queria cimentar su sistema en el apoyo de la fuerza ciudadana, que consideraba como indispensable la existencia de aquella institucion; pero el gobierno provisional que queria conservar la milicia en España, era hostil á la milicia de Madrid, á la de Zaragoza, Barcelona y otros puntos, y principalmente á la de la córte; porque siendo la mayoría de los milicianos madrileños enemigos de la reaccion, y estando mas cerca del gobierno, podia ofrecer obstáculos serios á la marcha retrógrada de los fusionistas ó llámense coalicionistas. Por eso lo que se trató en 1843 por los hombres del gobierno provisional fué impedir el armamento de la milicia de Madrid á todo trance, á cualquier precio, *quand même*.

Entonces los avisos de los amigos liberales de nada

servian; los hombres de influencia, los hombres cuyos solos consejos merecian oirse, eran los moderados. Llegaba un progresista y decia: «Señor Lopez ó señor Caballero, porque lo mismo es hablar á Caballero que á Lopez, y á Lopez que á Caballero, por mas que malas lenguas digan que Caballero nada tiene de Lopez y que Lopez no tiene nada de Caballero. Pero volvamos á empezar, que el paréntesis ha sido un poco mas que bastante largo. Señor Lopez ó señor Caballero, miren ustedes que esto va mal, muy mal. Y los ministros contestaban.

—Ya lo vemos.

—Pero miren ustedes que los realistas sacan los pies de las alforjas.

—Ya lo vemos.

—Pero miren ustedes que se hunde la libertad, que se hundan ustedes, que nos hundimos todos sin que nos valga la bula de Meco.

—Ya lo vemos.

—Pues si lo ven ustedes, ¿por qué no lo remedian?

—¿Y cómo lo hemos de remediar? El gobierno toma sus medidas para atajar el mal.

—¿Y qué medidas son esas?

—Eso es demasiado preguntar; bástele á V. saber que el gobierno toma medidas.»

Y las medidas para salvar la libertad consistian en ahogar el entusiasmo liberal, perseguir á los patriotas, entregar el ejército á los convenidos de Vergara, desarmar la milicia..... ¡qué medidas! ¡Vaya unas medidas salvadoras! Y los liberales volvian á interrogar, y los ministros á hacerse los sordos ó á divertirse, cantando despues de enjuagarse la boca entorpecida por el turrón:

Mi madre me predica  
 y yo la digo,  
 predicar en desierto  
 sermón perdido.

Pero llegaba un moderado á los ministros y decía:  
 « Señor Lopez, señor Caballero, es preciso que haga-  
 mos algo.» Y los ministros contestaban:

—Lo que usted quiera.

—Es preciso que no haya milicia.

—Como usted guste.

—El himno de Riego y otros himnos de 1822 suenan mal en los oídos de 1843. ¿No les parece á ustedes que deberíamos proscribir esas canciones de triste recordacion?

—Lo que V. mande.

Así es que aunque el gobierno provisional, por el aspecto de las cosas y atendiendo á los consejos amistosos de los liberales, estuviera convencido de que solo armándose la milicia nacional podia oponerse un dique á la funesta reaccion, como era preciso obedecer á los moderados, todos los planes patrióticos de los ministros se quedaban reducidos á buenos deseos.

La milicia nacional de España decian los gobernantes que necesitaba una reforma; pues bien, si las circunstancias aconsejaban su desarme en algun punto, podia haberse procedido en seguida á su reorganizacion en todos los pueblos empezando por Madrid; pero esto no convenia, porque se queria que en la capital de España no hubiera milicia nacional, y con este objeto se trató de un proyecto de ley que se quedó como otros muchos proyectos en lo que era, *un proyecto*.

Este proyecto de ley no tenia por objeto reorganizar la milicia de España, sino dar tiempo al tiempo, y entretener á los que exigian el armamento de la milicia de Madrid.

Vamos á tratar del otro asunto no menos capital que el armamento ó reorganizacion de la milicia, en el cual, como hemos demostrado, resultan graves cargos contra el célebre Caballero; este asunto es la ley de ayuntamientos, que no llegó á tener efecto por las farsas del gobierno provisional, las farsas de Olózaga y las farsas de los que siguieron á Olózaga en el mando.

Si los moderados temian mucho la reorganizacion de la milicia nacional, no eran mas adictos por cierto á los ayuntamientos liberales que habia en España antes de la caída de Espartero; asi es que todo el conato de los moderados estaba cifrado en que no volvieran á resucitar en España la milicia ni los ayuntamientos de principios de 1843.

Ahora bien: si los moderados, cuya boca era entonces medida de sus deseos, se oponian á la reorganizacion de las corporaciones municipales, como se oponian á la reorganizacion de la milicia, ¿por qué no habian de conseguir una cosa con la misma facilidad que alcanzaron la otra?

Asi sucedió y no podia menos de suceder; porque los hombres del gobierno provisional que estaban identificados con los retrógrados, tenian que caminar de comun acuerdo, so pena de no estar del todo *identificados*. Hay mas; los hombres del gobierno provisional, sin creencias y sin carácter, obedecian á los moderados, no por estar identificados, como dice Lopez, sino por falta de corazon para resistir á ciertas influencias. Hay mucha

diferencia de *identificados* á *supeditados*, y aunque nosotros, creyendo á Lopez bajo su palabra de honor, no negaremos que él y los demas estaban identificados con la reaccion, permítasenos asegurar que ademas de identificados estaban supeditados, sometidos en un todo á los reaccionarios, de quienes se constituyeron siempre en simples editores responsables.

Y bien; ¿qué es lo que podian hacer los hombres del gobierno provisional, si los ayuntamientos de real orden eran contrarios al progreso?

A esta pregunta contestaremos con otra. ¿Y qué es lo que pudieron hacer los hombres del gobierno provisional al empuñar las riendas del poder? Pudieron disolver las municipalidades nombradas por el pueblo; pudieron sustituir las con otras nombradas de real orden; pudieron invocar la Constitucion infrinjiéndola, y quien podia hacer todo esto que al parecer rayaba en lo imposible, ¿por qué no habia de poder hacer otras muchas cosas que en nada traspasaban los límites de la posibilidad?

Y á propósito de esto, no dejaba de ser chocante en aquel tiempo el fenómeno de llamarse ayuntamientos constitucionales los ayuntamientos de real orden. Por si acaso nos hacia falta una prueba mas de la omnipotencia del gobierno provisional, ya la tenemos. No solamente pudo disolver ayuntamientos y nombrar otros contra el espíritu y letra de la Constitucion, sino que pudo hacer ayuntamientos constitucionales de los que eran reales. Jamás hemos tenido idea de constitucionalidad mas inconstitucional.



## UN MENOS.

---

¡Todavía el Trovador! Decía D. Nuño profundamente herido por las palabras de Leonor. ¡Todavía D. Fermin Caballero! dirán nuestros lectores. Sí, todavía D. Fermin, porque á pesar del *menos* que los cajistas tuvieron á bien poner en el final de la anterior entrega, no hemos acabado la historia de D. Fermin, concerniente al Gobierno provisional, ni la historia del Gobierno provisional concerniente á D. Fermin Caballero. Pero antes de acabar la historia del Gobierno provisional y de D. Fermin vamos á contar la historia de un *menos*, en lo cual ni haremos ni diremos nada de mas, sin embargo de que el asunto, que es un *menos*, á no ser *nada*, no podia ser *menos*.

Existen siempre entre los cajistas y los escritores relaciones estrechas, y esto no puede *menos* de suceder, porque todo escritor para dar sus obras á luz necesita un cajista cuando *menos*, asi como cada cajista, para tener trabajo, necesita por lo *menos* un escritor. Con esta relacion, que á lo *menos* podrá calificarse de dependencia mútua, fácil es conocer que entre los escritores y los cajistas ha de reinar siempre la mejor armonía; que lo que tengan los unos ha de ser de los otros, porque los otros y los unos deben vivir como hermanos, ni *mas* ni *menos*.

Así sucede entre nuestros cajistas y nosotros; tenemos una completa correspondencia, y no una correspondencia á medias, como el otro que dijo que tenia media correspondencia con el ministro de Hacienda, en razon á que él escribia todos los correos á S. E., y su escelerencia no le contestaba nunca. Sí señor; tenemos correspondencia, y muy cumplida, y muy buena; como que no hay dia, y aun podemos decir que no hay hora en que los aprendices no nos hagan una visita en nombre de los cajistas, lo cual es muy de agradecer, aunque hablando francamente, somos tan ingratos que no siempre lo agradecemos. Y eso que hay un motivo muy poderoso para que las relaciones de nuestros cajistas sean mas cordiales con nosotros que con otros escritores, y es que todos pertenecemos á la cofradía liberal, á la hermandad que llamaban de los *negros* en 1823, la cual ha sido sustituida en 1846 por la denominacion de los *anarquistas*, los *ayacuchos*, los *revoltosos* y otras varias, que tanto mas nos honran cuanto mas inmunda y vil es la gentuza que nos las aplica: la mayor gloria de los *progresistas* que han sido calumniados en los periódicos moderados, está en que casi todos los apodos con que se les conocia y los insultos que se les prodigaba eran invenciones de *Quintanilla* (1). Pero volviendo al tema de nuestras relaciones con nuestros cajistas, decíamos que estos nos aprecian mas que á otros escritores por la identidad de principios, cosa bien rara por cierto en el dia, que haya escritores que piensen como los cajistas, no porque los cajistas tengan obligacion de pensar y obrar mal, sino porque los es-

---

(1) Examínese la historia de este famoso... ex-diputado.

critores faltan á la obligacion que tienen tambien de pensar y obrar como caballeros, como buenos ciudadanos, como hombres justos, desinteresados, liberales y patriotas, que si se ha de decir la verdad, de estos hombres hay pocos; estos hombres son los *menos*, porque los mas se han prostituido, se han envilecido, se han vendido á los halagos de una sonrisa aristocrática, de una adulacion, de una cruz ó de un salario. Pero en fin, ya los hemos conocido; del mal el *menos*.

No obstante, hay ocasiones en que el interes que nuestros cajistas tienen por saber de nosotros nos causa una cosa algo *mas* que ira y algo *menos* que aversion, es una cosa que se puede llamar fastidio sobre poco *mas* ó *menos*. Esto sucede cuando nos falta lo que otros llaman *inspiracion* y nosotros llamaremos *ganas de trabajar*. Entonces es desconsolador el oir sonar la campanilla.

—Tilin, tilirin, lirliririn.....

—¿Quién?

—Diga V. que vengo por original.

—El muchacho de la imprenta que viene por original.

—Dígale V. que no tengo original.

—Dice mi amo que no tiene original.

—Pregunte V. á su amo cuando podré venir por original.

—El muchacho quiere saber cuándo tendrá V. original.

—Dígale V. que no tengo original, que no quiero por hoy hacer original, que no sé cuando tendré humor, gusto y tiempo para hacer original.

El muchacho de la imprenta que da á luz los *Polí-*

*ticos en Camisa* se pasa de fino en esta parte; se despide con muchos cumplimientos y reverencias, no economiza ninguna de aquellas frases que exige la buena educacion con su correspondiente humillo de diplomática cortesanía.—A los piés de V..... Beso á V. la mano; muchas cosas á la familia, y estamos temiendo que por parecerle esto demasiado vulgar nos va á decir el dia menos pensado: *Je vous suis obligé; Je suis tout á vous*—ó bien —I most húbly thank you.—En cuyo caso somos muy abonados para contestarle.—Vaya V. al infierno, ú otra cosa mas enérjica en castellano.

Lo cierto es que el muchacho se larga, dice nuestra contestacion al rejente, y aqui parece que deberian suspenderse las hostilidades; pero nada de eso. El rejente tiene poca paciencia, menos paciencia que los progresistas, porque probado está que los progresistas tienen mucha paciencia cuando tales cosas han sufrido, sufren y estan dispuestos á sufrir, sin que esto quiera decir que el rejente de nuestra imprenta no sea progresista, porque lo es y por lo mismo que lo es le disimulamos á veces el imperdonable delito de pedirnos original. Pues como íbamos diciendo, el rejente tiene poquísima paciencia, y apenas ha transcurrido un cuarto de hora cuando vuelve á mandarnos el muchacho en busca de original; y él á pedir y nosotros á no darlo, se arma una de dares y tomares, de dimes y diretes que no hay demonios que lo aguanten, y todo sin mas fruto que el tener en movimiento continuo al mocito de los cumplimientos, á nuestro corre, ve y dile, que es una especie de telégrafo convencional.

Pero dice muy bien el refran que el que no llora no mama, y nuestro rejente, que tiene este adajio por un

evangelio, insiste en mandar por orijinal una, dos, tres, cuatro y hasta mil veces ; de modo que nosotros sofocados y por temor de que se nos despida la criada cansada de abrir y cerrar la puerta, tenemos que capitular, tenemos que entrar en transacciones, tenemos que dar al rejente el orijinal que pide, aunque no siempre todo lo que pide, y aqui viene como de molde la historia del *menos* que ya no podemos *menos* de empezar.

Es el caso que en la entrega anterior yo Juan Martinez Villergas, estaba fastidiado de escribir para los *Políticos*, sin esperanzas de ver una entrega completa, como me sucede casi siempre cuando escribo para esta obra, en razon á que el rejente tuvo la humorada de poner una letra tan menuda que se traga cuartillas sin que llegue el suspirado caso de completar las treinta y dos pájinas. En la entrega anterior me dijo que faltarian dos planas : escribo dos planas y me preparo á dormir la siesta, cuando vuelve el *telégrafo* á darme la noticia de que todavía no hay bastante con otra plana mas, y tengo que hacer otro par de planas antes de echarme en la cama. Ya creo estar descansado, me tumbo, cierro ventanas y vidrieras, dejo caer la cabeza sobre la mullida almohada y..... pero aqui oigo otro campanillazo ; sale la criada y vuelve y me dice:

—Que faltan unas diez ó doce líneas.

—Diga V. que no puedo hacerlas ahora.

—Dice que va á entrar en prensa el segundo pliego y se necesita original.

Me levanto, agarro la pluma, escribo original; cuento las letras que pueden entrar en doce líneas, y soy tan generoso que doy original para veinticuatro. En-

tonces vuelvo á la cama, ya puedo volver, ya puedo dormir.

Pero al levantarme veo la entrega impresa y concluida la biografía política de D. Fermin Caballero; sí, concluida cuando yo no tenia ánimo de concluirla; porque no lo he dicho todo, porque todavía puedo decir mucho. Entonces voy al rejente y le digo:

—¿Pero hombre? ¿por qué me ha puesto V. aqui ese *menos*

—Porque no podia *menos*.

—¿Y por qué no podia V. *menos*?

—Porque V. no me daba mas original; porque está visto que Marat tenia razon cuando decia que en este mundo es preciso pedir lo mas para lograr lo menos.

Entonces vuelvo amostazado á mi casa, vuelvo á tomar la pluma y digo:

— No importa el *menos*; quiere decir que dividiré la crítica de D. Fermin en dos partes; pero antes debo advertir á los algebristas, á los que saben que el signo *menos* indica sustraccion ó resta, que no rebajen la segunda parte de la primera, sino al contrario, que donde dice *menos* lean *mas*, porque no queremos que un producto tan diferente redunde en favor de D. Fermin Caballero.

Y á propósito del signo *menos*, diré que parece que ha venido como rodado y por casualidad, pero muy oportunamente para resolver algunas cuestiones.

El signo *menos* indica *sustraccion*, hasta ahora no hemos hablado de sustracciones, si es que las hubo en el Gobierno provisional, despues lo veremos al tratar de un asunto poco claro de aquella administracion: hablo del famoso contrato de los 400 millones.

El signo *menos* indica tambien que la cantidad que

le sigue es negativa, que según algunos matemáticos es menor que cero, y como todos los hombres del Gobierno provisional en mi concepto valían menos que cero, resulta que cada uno de aquellos hombres era una cantidad negativa. Ahora bien: el Gobierno provisional era igual á Lopez, mas Caballero, mas Serrano, mas Ayllon, mas Frias; es decir, se componía de todos estos hombres—Lopez—Caballero—Serrano—Ayllon—Frias = 0. De donde sacamos que todo el Gobierno provisional era igual á 0.

Pero se dirá ¿cómo es que siendo todo el gobierno cero, haya podido producir tantas calamidades? Contestación al canto. Porque los hombres no eran ceros, sino el gobierno; porque los ministros eran cada uno un *menos*, y siendo un *menos* cada uno, erraron la combinación de los signos, y dijeron: si se trata de hacer beneficios nos sumaremos; si se trata de perjuicios nos multiplicaremos. Hicieronlo así, y se sumaron—Caballero—Lopez—Serrano—Ayllon—Frias, que produjeron una *menos* libertad, *menos* justicia, *menos* legalidad, *menos* decoro, *menos* independencia. Multiplicáronse para hacer el mal, y como que *menos* por *menos* dá mas, produjeron tiranía, injusticia, ilegalidad, dependencia y sumisión, total Lopez, mas Caballero, mas Serrano, mas Ayllon, mas Frias, que juntos equivalen al Gobierno provisional.

Pero no nos digan estos hombres que nuestros cálculos son inexactos por mas que parezcan matemáticos; no necesitamos apelar á sofismas para atacarlos, como Lopez para defenderlos; vamos á lo positivo. Ya hemos probado la mala intención de D. Fermin Caballero en materia de ayuntamientos y Milicia Nacional, y hemos sentado que los hombres del Gobierno provisional no eran liberales, ó que hacían todo lo posible por parecer lo contrario,

puesto que hacian todo lo que podian para arruinar la libertad. Esto, por lo que hace á los actos y á las arbitrariedades, disculpadas siempre en España bajo el pretesto maquiavélico de sostener el órden y la tranquilidad, cuando la tranquilidad y el órden no presentan síntomas de alteracion. ¿Eran mas liberales Caballero y sus compañeros en las doctrinas? Lopez dice que sí; nosotros decimos que no, y tenemos derecho á ser mas creídos que Lopez, porque nosotros nunca hemos engañado á nadie y mucho menos al partido liberal. Nosotros decimos que los hombres del Gobierno provisional no eran liberales ni en sus actos ni en sus doctrinas: lo primero está demostrado y sin necesidad de demostrarlo puede pasar por un axioma; lo segundo lo vamos á demostrar pero de modo que no deje lugar á ninguna duda, si es que puede haber alguna duda en este particular.

El 26 de noviembre de 1843, veinte años despues de la rendicion del Trocadero, se presentó á las córtes por el ministro de la Gobernacion D. Jacinto Felix Domenech un proyecto de ley de ayuntamientos, que era ni mas ni menos el fruto de las meditacione de D. Fermin Caballero, y la viva y fiel espresion de sus sentimientos liberales. Este proyecto de ley merece nuestra censura, porque se aparta mucho del espíritu liberal que reclaman los adelantos del siglo, porque es una transaccion vergonzosa con los moderados que no conceden representacion á la pobreza, como si la pobreza fuera un crimen que razonablemente pudiera imposibilitar al hombre para ejercer el derecho electoral; es la sancion de principios políticos que profesan los enemigos del pueblo, los que despues de ha-

berse enriquecido con el sudor de los pobres quieren abrogarse todos los títulos y todos los derechos constitucionales por la recomendación del dinero. Leamos en prueba de esto el artículo 2.º, título 1.º de dicha ley electoral, que sino estamos equivocados dice así:

«Son electores todos los vecinos del pueblo ó término municipal, mayores de 25 años, que contribuyan con mayores cuotas, hasta el número de individuos que determina la siguiente escala.

«En los pueblos que no pasan de 60 vecinos, todos los vecinos serán electores á escepcion de los pobres de solemnidad.

«En los que no pasen de 300 habrá 60 electores, mas la mitad del número de vecinos que escedan de 60.

«En los que no pasan de 1,000 habrá 180 electores (máximum del caso anterior), mas la tercera parte del número de vecinos que escedan de 300.

«En los que no pasen de 5,000 habrá 413 electores (máximum del caso anterior), mas la cuarta parte de los vecinos que escedan de 1,000.

«En los que no pasen de 20,000 vecinos habrá 1,413 (máximum del caso anterior), mas la quinta parte del número de los vecinos que escedan de 5,000.

«En los que pasan de 20,000 habrá 4,413 electores (máximum del caso anterior), mas la sexta parte del número de vecinos que escedan de 20,000.

«Se consideran como vecinos para los efectos de esta ley todos los que siendo cabeza de familia con casa abierta tengan además un año y día de residencia, ó hayan obtenido vecindad del ayuntamiento con arreglo á las leyes.»

El artículo 5.º entre otras cosas concede el derecho electoral á los individuos de los cabildos eclesiásticos, los curas párrocos y sus tenientes, y tambien á los oficiales de ejército retirados y los oficiales generales en cuartel.

Por de pronto observamos que la ley es incompleta, puesto que el llamado proyecto solo trata de las cualidades de los electores y elegibles, y del modo de verificarse las elecciones, sin hablar una palabra de la organizacion y atribuciones de los cuerpos municipales. De suerte, que lo mas interesante se lo dejó D. Fermin en el tintero, sin duda porque considerando que los ayuntamientos debian estarse con los brazos cruzados, contemplando á los pueblos desde cerca y á los ministros desde lejos, maldita la falta que hacia hablar de atribuciones, ni falta que hacian segun el sistema de los gobernantes.

Pero el escándalo está en el artículo 2.º que hemos citado, el cual espresa claramente las tendencias retrógradas de los *salvadores del pais y de la reina*. Nosotros, es verdad, vamos un poco mas adelante que los progresistas en principios de libertad: somos demócratas, no reconocemos mas soberanía que la del pueblo; pero soberanía real, soberanía superior, única, palpable é incompatible con otras soberanias que juntas forman una mala menestra. Somos del pueblo, defendemos los derechos del pueblo, que en nuestro entender son muy latos, algo mas de los que hasta aqui ha gozado el pueblo español. Profesamos tambien cariño á la igualdad, no á la igualdad absoluta, tal como la pintan con sombríos colores los enemigos de la democracia, sino de la igualdad legal, fundada en los imprescriptibles derechos naturales.

del hombre. Somos, para decirlo de una vez, partidarios y defensores del *sufragio universal*.

Hemos tocado un punto de suma importancia para el porvenir del partido liberal, y convendrá que nos detengamos un poco, tanto para esplanar nuestras doctrinas, que los serviles califican de utopias y de sueños, cuanto por refutar las de los enemigos del pueblo.

Dicen estos que el *sufragio universal* es impracticable, y efectivamente, si entendemos por sufragio universal el voto de todos los individuos del cuerpo social, sin distincion de edades y sin restriccion de ninguna clase, no lo tenemos por fácil ni prudente; porque claro está que los niños que no tienen uso de razon, los locos que la han perdido y los criminales, no podian prometer un resultado justo y racional en la votacion. Pero no es esto lo que nosotros pretendemos, porque nosotros no queremos extravagancias. Nosotros no podemos conceder el derecho electoral á los que no pueden hacer buen uso de este derecho. Nosotros no queremos que voten los niños que por su poca edad no tienen discernimiento para saber lo que hacen. Tampoco abogamos porque los dementes concurren á la urna, porque deseamos que la eleccion no se resienta de semejantes vicios ridículos, y dé por resultado la espresion de la opinion general, de la opinion sensata de los ciudadanos segun sus convicciones y sus necesidades. No podemos abogar por los criminales, porque asi nos lo mandan nuestra moralidad y nuestra conciencia, y porque no queremos levantar nuestro edificio con ese apoyo que sienta muy bien y que ha aprovechado mejor á nuestros contrarios políticos. Lo que nosotros apetecemos, á lo que nosotros aspiramos, es á que todos los ciudadanos honrados tengan derecho de estar re-

presentados, y no pueden estar representados los ciudadanos que no tienen la cualidad de electores. Mirabeau, que no era republicano, lo ha dicho antes que nosotros. Hé aquí sus palabras:

« Cuando una nacion es muy numerosa para poder reunirse en una misma asamblea, forma muchas; y los individuos de cada asamblea particular, dan á uno solo el derecho de votar por ellos.

« Por consecuencia, todo representante es un elegido. La reunion de los representantes es la nacion; y todos los que no son representantes, han debido ser electores por lo mismo que estan representados.

« No debe, pues, existir en la nacion ningun individuo que no sea elector ó elegido, representante ó representado. »

Esto decia Mirabeau; pero Caballero no dice esto, porque Caballero dice que solo son ciudadanos los que pagan mayores cuotas, puesto que solo los que pagan mayores cuotas son electores, y los que no son electores no tienen derechos, y los que no tienen derechos no son ciudadanos. Para eso D. Fermin Caballero dá el derecho de votar á los curas y tenientes curas y otras gentes de iglesia, sin duda porque cree que un cura es mas y mejor ciudadano que un honrado labrador. Señor Caballero: no mas derechos á quien tiene demasiados elementos para torcer las conciencias.....

Pero dicen los enemigos del pueblo ¿ por qué razon los pobres han de tener tanta representacion como los ricos? Y nosotros contestamos ¿ y por qué razon los ricos han de ser privilegiados? En los tiempos de positivismo que corremos, la respuesta de nuestros antagonistas es muy sencilla: los ricos deben ser privilegiados porque tienen mas

que perder, porque necesitan garantías que les aseguren la propiedad. ¡ Bravo! por este principio debía hacerse una ley electoral que concediese el derecho de votar á los majuelos, á las tierras, las casas, los bueyès y los caballos, ó por lo menos debía darse á los propietarios el derecho de votar por cada una de sus fincas, por cada uno de sus lacayos, por cada uno de sus coches, de sus casas, de sus bienes y de sus viñas. Esto sería soberbio, y los que tal cosa desean, no hay duda que discurren como una caballería mayor. Esto es lo que quisieran establecer algunos, y todavía no estamos lejos de verlo establecido; pero entretanto, ya que no puedan lograr el estender el derecho electoral en cada individuo en proporcion de sus capitales, se contentan con tener el derecho de elegir, lo cual está prohibido á los pobres por el delito fatal de no tener dinero, como si la propiedad territorial ó industrial valiera mas, y por consecuencia fuera mas digna de garantías que la vida de los ciudadanos.

¿ Por ventura un padre de familia que tiene su muger y sus hijos, no es acreedor á intervenir en la eleccion de los que le han de mandar? ¿ Qué razon hay para semejante absurdo? Se dirá que no tiene nada que perder porque no tiene fincas. Es cierto que no tiene fincas, pero tiene hijos que pueden servir á la patria, y que valen algo mas que las fincas de los ricos. Sí, aristócratas, vosotros quereis que los pobres no intervengan en los negocios públicos, porque sois menos que ellos y siempre habeis pretendido que los menos tiranicen á los mas; pero os engañais: los mas triunfarán algun dia y vosotros tendreis que someteros á la ley del mayor número, mal que os pese; porque la arbitrariedad y la injusticia no pueden tener muy larga vida. Mirabeau

profetizó vuestra ruina inevitable cuando dijo: «Los privilegios perecerán pero el pueblo es eterno.» Y citamos á Mirabeau y no á otros escritores, porque ya hemos dicho que Mirabeau no era republicano, y no le podeis tachar de visionario ya que tienen la ridiculez de calificar así á los demócratas, porque con las armas irresistibles de la razon trabajamos por derrocar vuestra efímera y funesta dominacion.

Decís que los pobres no deben tener derecho electoral, porque es fácil influir en su ánimo por medio del dinero. ¿Y acaso no es mucho mas fácil influir en vuestro ánimo? Nosotros creemos que no es tan difícil comprar á un caballero de levita como á un ciudadano de chaqueta; en primer lugar porque para el primero hay mas premios donde escojer, y en segundo porque el que compra no solo tiene que hablar á la conciencia, sino á la razon. Vamos por partes.

*Que hay mas premios para el caballero de levita que para el ciudadano de chaqueta.* Esto es indudable, porque al hombre de chaqueta no se le puede ofrecer mas que dinero, en tanto que al otro por sus principios, por su educacion, está en disposicion de aceptar destinos, y por la posicion en que le colocan sus relaciones sociales está ademas en situacion de ambicionarlos. Para el hombre de chaqueta, lo repetimos, no hay mas medio de corrupcion que el dinero; para el de levita hay el dinero, un empleo, una cruz, un título. Véase cuanto mas difícil ha de ser el comprar á un hombre á quien solo puede ofrecerse dinero que otro á quien se puede dar dinero, un título, una cruz ó una intendencia.

*Que es mas fácil convencer con razones cuando se*

*trata de obrar mal al hombre de levita que al de chaqueta.* Tambien es cierto, y para demostrarlo basta decir que el primero las oye y contesta y el segundo no las escucha. El humillo mismo de caballero que ostenta el hombre de levita, obliga á adoptar un estilo diplomático que hace oír sin disgusto cualquiera proposicion por absurda y denigrante que sea. Por egeemplo se les dice: «El Gobierno cuenta con la cooperacion de V. para salvar al pais del peligro que corre, y faltaria á su deber el Gobierno sino apreciára en su justo valor los servicios que va V. á prestar á las instituciones.» Se habla de plazas vacantes en el ministerio de Hacienda, de condecoraciones concedidas á personas de menos ilustracion y méritos, todo esto como por incidencia. El que mas y el que menos se ruboriza y contesta, pero busca argumentos débiles para dejarse vencer y concluye por aceptar la proposicion en obsequio de la patria. Esto no puede tener lugar con un hombre de chaqueta que no entiende de palabras indirectas, de metáforas, de rodeos y circunloquios: á este es preciso decirle francamente que si se quiere vender y el dinero que se le puede dar, lo cual ofrece serios inconvenientes, porque puede darse con un ciudadano de malas pulgas que por única respuesta sacuda un garrotazo al seductor.

Nosotros creemos en general que hay mas virtudes en la clase media de la sociedad que en la alta clase; pero prescindiendo de esto, aseguramos desde luego que hay menos necesidades de lujo que satisfacer, y las necesidades del lujo aumentan las probabilidades del envilecimiento. Resulta, pues, que todo hombre tiene el derecho natural é imprescriptible de ciudadano, porque todos los hombres reunidos constituyen la unidad social,

y no se puede privar á ningun ciudadano de sus prerrogativas sin destruir el órden de la naturaleza. Que todo hombre sabe hacer el uso conveniente de sus derechos, porque todo hombre tiene necesidad de conocer á las personas en quienes deposita su confianza para que garanticen sus intereses, su hogar ó su seguridad individual: que si los pobres pueden ser engañados ó seducidos, los ricos no están exentos de esta contingencia, y algunas veces, de lo cual España ofrece muchos ejemplos, por cada pobre engañado hay centenares de ricos vendidos. Y si todo esto es innegable ¿por qué hemos de negar el derecho electoral á los ciudadanos? Nosotros quisiéramos *que todos los ciudadanos desde cierta edad en que el entendimiento ha podido desarrollarse, concurrieran á las urnas electorales sin exceptuar mas que á los criminales y á los dementes.* Tal es lo que nosotros entendemos por *sufragio universal.*

He aquí nuestras doctrinas, muy distantes de las del señor Caballero, que en el artículo segundo de su ley electoral empieza diciendo que son electores **TODOS LOS QUE CONTRIBUYAN CON MAYORES CUOTAS.** Véase como dijimos muy bien que D. Fermin Caballero y sus colegas que habian sido absolutistas en sus actos, no eran mas liberales en sus doctrinas.

Pero D. Fermin Caballero podrá decir que él era liberal progresista y no tenia obligacion de hacer un proyecto de ley que satisfaciese las exigencias de los republicanos, y por consecuencia que no tiene fuerza nuestra acusacion. Nosotros le diremos que todo lo que sea separarse de los principios que hemos sentado, es arbitrario y anti-liberal, pero que aunque descendiéramos un poco y nos colocáramos en el terreno de los progre-

sistas, el proyecto de ley del Gobierno provisional merecería igual acusacion, lo cual podrá comprobarse remitiéndonos á la prensa progresista que le combatió en el terreno de las doctrinas, y nosotros no podemos prescindir de copiar estas palabras del *Espectador*: «Indudablemente que el que se leyó el dia 26 al senado *restringe bastante* el derecho de elegir, que nosotros quisiéramos fuese tan lato en el nombramiento de concejales, que los pueblos gozasen en este punto de la libertad mas amplia para darse en administradores de sus localidades respectivas á las personas que por medio de la libertad mas lata en la eleccion, se creyese eran las mas aptas y á propósito para defender con celo los intereses bien entendidos de la localidad, de su administracion, y al mismo tiempo reuniesen á ser posible las simpatías de todos sus administrados.»

Esto decian y dicen los progresistas, amigo Caballero, sábelo para que te confundas y no vuelvas á hacer alarde de principios liberales, que nadie cree en tí, ni tú tampoco. Y no digas que no haces alarde de tales principios, porque te diremos que Lopez en su manifiesto ha dicho que todas las disposiciones del ministerio de la Gobernacion, durante el Gobierno provisional, eran liberales, y cuando Lopez lo dice es porque tú se lo has dicho antes, pues todos creemos con fundamento que todo lo que Lopez ha hecho y dicho ha sido aconsejado por tí.

Que todo el pueblo cuyo fallo invoco,

dice y repite cuando á cuento sale,

Caballero sin Lopez, vale poco;

Lopez sin Caballero, nada vale.

Yo por capricho de enmendar la glosa

diré que es ya verdad averiguada  
 que Fermin sin Joaquin , no vale cosa ;  
 que Joaquin sin Fermin , no vale nada.

Réstanos decir algo de un negocio que ya hemos indicado en esta segunda parte de la mala vida política de Don Fermin Caballero: hablamos del mónstruo contrato de 400 millones propuesto por un célebre capitalista al Gobierno provisional. Seremos muy breves en este asunto , porque los periódicos del año 1843, á los cuales pueden remitirse nuestros lectores si quieren informarse minuciosamente, combatieron con incontestables razones al gobierno, y principalmente al ministro de la Gobernacion, que con su acreditado patriotismo se proponia hundir el pais con tal de poder salir de apuros. Bastará decir para que quede consignado en la historia de los *Políticos en Camisa*, que segun los cálculos mas exactos de hombres inteligentes y experimentados , por el desembolso en cinco años de 120 millones efectivos, iba el mencionado capitalista á apoderarse de 1200 millones en tasacion de bienes nacionales y del clero.

Esta era una medida digna del Gobierno provisional que tantas economías prometia. Y luego dirán que Caballero no es buen economista ; si entiende tanto la economía doméstica como la política este *político en camisa*, no damos seis maravedís por la camisa de este político.

El ayuntamiento de Valencia, en una esposicion que dirigió á las córtes en 27 de octubre, sentaba y demostraba las siguientes proposiciones :

«1.<sup>a</sup> El contrato constituye el ataque mas sério y mas trascendental que pudiera darse á la Constitucion del Estado ; barrena y viola en lo que de mas esencia y precioso

tienen los derechos constitucionales de los españoles.

«2.<sup>a</sup> Menoscaba y perjudica con exceso la hacienda, los haberes y el crédito de la nacion.

«3.<sup>a</sup> Inutiliza un patrimonio inmenso, fruto de nuestras reformas políticas, y resultado de tantos años de lucha y sacrificios. Por él se derogan las leyes sobre amortización de la deuda pública hechas y votadas en córtés.

«Se establece una legislación nueva en la materia.»

«Se toma una gran medida de hacienda, sin anuencia de las córtés, únicas que pueden disponer de los haberes de los españoles.

«Se destinan las propiedades del Estado á otro objeto que aquel á que lo están por las leyes, etc., etc., etc.»

¿Y qué importaba todo esto al Gobierno provisional? decimos nosotros. Si para ello hubiera tenido que infringir un artículo constitucional, se hubiera mirado muy bien en lo que hacia; pero como que necesitaba infringir dos artículos, atropellaba por todo, porque D. Fermin y sus cólegas querian las infracciones por arrobas, de donde viene el llamar al Gobierno provisional, Gobierno de las infracciones por mayor.

La Constitucion de 1837 decia:

«Artículo 74. Igual autorizacion se necesita para disponer de las propiedades del Estado, y para tomar caudales á préstamos sobre el crédito de la nacion.

«Artículo 75. La deuda pública está bajo la salvaguardia especial de la nacion.»

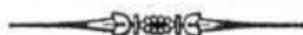
Creemos por consecuencia que las proposiciones del ayuntamiento de Valencia, que espresaban la opinion de todos los hombres de bien, estaban en su lugar, y nosotros no necesitamos añadir nada, porque siendo del mis-

mo modo de pensar, repetiríamos, aunque con distintas palabras, las ideas del ayuntamiento de Valencia.

Muchos son los cargos que resultan contra el Gobierno provisional por sus continuas infracciones. La disolución del Senado, los bombardeos, las tropelías de todo género; pero ninguno de tanta entidad como el monstruoso contrato de los 400 millones, y como que D. Fermin Caballero era el alma del gobierno, D. Fermin Caballero es á quien mas vivamente deben herir las acusaciones.

---

## **DON MATEO MIGUEL AYLLON.**



**D**ON Mateo Miguel Ayllon tuvo la desgracia de ser ministro de Hacienda del malhadado Gobierno provisional y despues ha tenido la desgracia de morirse. Por la primera desgracia pensábamos haberle censurado agriamente; pero la segunda desgracia nos obliga á respetarle y compadecerle, contentándonos con ponerle este epitafio:

**AQUI YACE EL SEÑOR DON  
MATEO MIGUEL AYLLON.**

---

DOM MATTEO MIGNIEL VALLINO

1843

Don Mateo Migniel Vallino tuvo la desgracia de ser nom-  
brado de Hacienda del malhabido Gobierno provisional  
y después ha tenido la desgracia de morir. En la pri-  
mera desgracia pensábamos haberlo concurrido algún-  
tanto; pero la segunda desgracia nos obliga á respo-  
nderlo y compararlo, contentándonos con ponerle este  
epitafio:

AGUAYACH EN SEÑOR DON

MATEO MIGNIEL VALLINO

---

# DON JOAQUIN FRIAS.

---

## INTRODUCCION.

**V**ive Dios que es seria cosa  
la prosa, me causa esplin;  
y así, señor D. Joaquín,  
no quiero hablaros en prosa.

Aunque es V. cosa fría,  
señor D. Joaquín, no obstante,  
la fuerza del consonante  
reclama la poesía.

Perdonad mis cuchufletas,  
mas quiero haceros cosquillas  
en sonetos y en quintillas  
y en romances y cuartetos.

El hado os ha sido adverso,  
y así no tengais cuidado  
que habeis de ser bien cardado  
sea en prosa, sea en verso.

---

**D**e la elevacion de Frias  
el origen no comprendo,  
y es que se pierde sin duda  
en la noche de los tiempos.

Por mas que leo la historia  
de todos los embelecos  
que son otros tantos Frias  
sobre poco mas ó menos.

Por mas que pido incesante,  
porque saberlo deseo,  
noticias de este marino  
á cuantos hombres encuentro.

Ni los libros ni los hombres  
me dan las luces que quiero  
y paso noches y dias  
devanándome los sesos.

Solo saber he podido  
lo que decir os prometo  
harto de ver viejos códices  
y harto de leer libros viejos.

Que el tal D. Joaquin de Frias,  
patriota de mal modelo,  
aprendió yo no sé cuando  
la ciencia de turroneo.

Que con egoístas fines  
y particulares medios  
hízose covachuelista  
por no ser covachuelero.

Llegó á oficial ¡qué vergüenza!  
¡oficial! voto al infierno,  
que á lo mas debió ser cabo  
sin ascender á sarjento.

Todos los hombres que logran  
fortuna en el universo  
necesitan distinguirse  
para alcanzar un buen puesto.

El uno por su presencia,  
el otro por su dinero,  
por su ciencia, por su gracia,  
por su cuna ó su talento.

Pero D. Joaquin de Frias  
que no tiene nada de esto  
¿cómo subió, siendo en todo,  
fuera de los nueves, cero?

Cosas hay para contadas  
y cuando las hay las cuento.  
Cosas hay tambien, señores,  
que reclaman el silencio.

Al hombre público solo voy á juzgar, y por eso las primeras las escribo; las segundas las reservo.

Tampoco sabré decir: tampoco decir: puedo si este bueno ó mal ministro algo mas malo que bueno llegó al poder por chiripa; porque en el hogar doméstico, y en la sala y el retrete ni pretendo entrar ni debo.

Ni tampoco en la cocina, y en la alcoba mucho menos; que estas cosas son vedadas y no inspiran buenos versos. Que hay cosas para contadas, y cuando las hay las cuento, y hay cosas tambien, señores, que reclaman el silencio.

Bastará con que digamos que este político necio sin saber por qué ni como se encargó del ministerio de Marina, allá en Valencia, despues del pronunciamiento que mas glorias ofrecia para el porvenir del pueblo.

Pero que por Frias y otros como Frias, desde luego, pronosticamos entonces la vuelta de los cangrejos.

**Y**a lo he dicho, señores, cosas mías, que D. Joaquin de Frias es tan pequeña cosa que no merece retratarse en prosa. En verso, en verso describirle trato, que por eso mi numen no se apura, pues con hacer cualquier caricatura tengo sin aparato de Frias el vivísimo retrato.

Una duda me ocurre solamente; quisiera hacer de metros un mosaico, y aunque corre mi pluma diligente ¿cómo ha de ser brillante y elocuente tratando de un asunto tan prosaico?

El trance, voto á Cribas, es muy crítico, pues como dicho llevo

no es digno de la prosa este político;  
 pero tampoco debo,  
 aunque al fin mi clarín nada le encomia,  
 tratar en verso á semejante mómia.

¡Horrible posicion! Yo me confundo,  
 y digo y juro con dolor profundo  
 que de Frias el mísero retrato  
 me pone sin cesar meditabundo,  
 me tiene como tres en un zapato.

Mas no importa, mi pluma ya reposa  
 en profunda alegría; pues barrunto  
 que cualquier hombre, al leer mi quisicosa,  
 por fuerza debe convenir al punto  
 que mi verso ramplon, en mala prosa  
 es digno al fin de tan mezquino asunto;

No quiero, pues, en dulces melodías  
 cantar al tonto D. Joaquin de Frias.

¡Qué loco! ¡qué finchado

estaba el pobrecito desdichado!

¡Qué engreido y que serio  
 cuando logró subir al ministerio!

¿Y qué hizo allí? Me place la pregunta,  
 disuelta al cabo la postrera junta,  
 el ministro Marino

que por su falta de esperiencia y tino

en lugar de ministro de los mares

debió ser del canal de Manzanares;

empezó á trabajar ¡dura fatiga!

y hasta su misma comunión amiga

¿qué hace ese hombre? decia atolondrada;

y el que mas respondia.—Nada, nada.

—¿Nada? cosa será que al mundo asombre,

¿cómo logró celebridad ese hombre?  
 su misma nulidad por vida mia  
 le ha dado tan funesta nombradía.  
 Y era verdad, su nulidad famosa  
 pudo solo en España dar renombre  
 al insulso varon, á este buen hombre  
 que es indigno del verso y de la prosa.  
 Ya no cabe, señores, disimulo:  
 yo al ver que este hombre nulo  
 de la Nacion el ministerio atrapa,  
 lo digo sin rubor y no estoy chispo;  
 tengo intenciones de pasar de obispo,  
 tengo esperanzas de llegar á Papa.

Mas todo no es verdad; yo sé una cosa  
 de este santo varon, no varon santo,  
 que disminuye un tanto  
 su nulidad que raya en fabulosa.

Yo sé que antiguamente  
 era Frias un pobre penitente  
 que por falta de mus, hablando en plata,  
 andaba siempre por la calle á pata,  
 y hoy de dia y de noche  
 le vemos todos por doquier en coche.

Sentadas como quedan las premisas,  
 segun dicta en rigor nuestra conciencia,  
 queremos por sacar la consecuencia  
 saber de donde salen estas misas.

Con grande sentimiento  
 tenemos que apelar á tal registro,  
 dicen que tuvo el singular talento  
 cuando este señoron era ministro,  
 sin reparar jamas de los marinos

la ciencia ni la fama, confería destinos como quien dá confites á una dama.

Si esto pudiera ser verdad probada, de lo cual no hay testigos, no dijeran amigos y enemigos que este hombre, que esta momia desdichada logró celebridad sin hacer nada.

Pero estas han de ser habladurias de jente descontenta que rebajar intenta al ex-ministro D. Joaquin de Frias.

Nosotros lo que oimos escribimos, pero esto no es verdad, lo repetimos, por mas que este señor cediendo al flujo de la moda en Madrid, de dia y noche va por las casas ostentando lujo y por las calles arrastrando coche.

No obstante, es cosa seria, es cosa muy estraña ver á tantos podencos en España sacudir fácilmente la miseria.

Ni concebimos fácil en el dia de los ayes de viudas al contraste que un hombre coma, beba, triunfe y gaste con una mal pagada cesantía.

Si el hecho que poco antes denunciábamos no es verdad, que no serlo aseguramos, volvemos sin remedio á nuestro tema, por no hallar solucion á este problema: sin heredad, sin lotería y sisas ¿de dónde diablos salen éstas misas?

## III.

**P**ues este marino célebre  
que nunca ha visto un bajel  
y que goza en la marina  
estado de doncellez;

Este que aduló á Espartero  
como gazmoña muger  
cuando defensor se hacia  
de la proscripta grey.

Este bravo pronunciado  
del año cuarenta y tres  
que no ha visto mas castillos  
que en el juego de ajedrez (1).

Tambien entró en conchavanza  
con una pandilla infiel

---

(1) Y para eso no son castillos, sino torres.

que pensó traer á España  
 con arrogante altivez  
 sacrificios para el pueblo,  
 para los suyos pastel,  
 para muchos calabaza,  
 para todos mendiguez.

Y en una gran comilona  
 harto de sopa y beef-steak  
 tomó la palabra y dijo  
 entre soplar y sorber:

«Gracias que se fué el tirano;  
 permita el Dios de Israel  
 que el mar borrascoso trague  
 el infractor de la ley.»

Mas fué tal el desentono,  
 que en vez de decir «bien, bien»  
 todos le silbaron viendo  
 su necia desfachatez,

¡Yo soy hijo de Neptuno!  
 exclamó ¡pobre belen!  
 yo no diré lo contrario  
 y solamente diré.

¿Hijo de Neptuno? ¡quiá!  
 No señor; usted, usted  
 es Neptuno en cuerpo y alma  
 como le quiten el Nep.



## D. FRANCISCO SERRANO Y DOMINGUEZ.

**L**o cumplimiento de una real orden de 7 de abril de 1832 pasada por el ministro de la Guerra, marques de Zambrano, á los generales Moreno, Monet y Quesada, á 28 del propio mes el primero de estos generales hace las propuestas por cuerpos, y en el de carabineros de costas y fronteras dice:

«D. Francisco Serrano, subteniente de la 11.<sup>a</sup> comandancia de costas y fronteras. Este oficial concurrió á la persecucion y rendicion de los REBELDES, por cuyo servicio le considero acreedor á que obtenga el grado inmediato y la cruz de primera clase de la real y militar orden de San Fernando.»

¿Y qué tenemos con eso?

El general Moreno era nada menos que el general D. Vicente Gonzalez Moreno; el mismo general desig-

nado en el martirologio de los liberales con la calificación de *el verdugo de Málaga*; el mimado, durante la última guerra civil, del pretendiente D. Carlos; el mismo que despues del convenio de Vergara, al pasar por Urdax para refugiarse en Francia con los tesoros que habia acumulado, halló una muerte desastrosa en los aceros de sus propios partidarios.

¿Y qué tenemos con eso?

El subteniente de la 11.<sup>a</sup> comandancia de costas y fronteras, D. Francisco Serrano, propuesto por el general Moreno para un grado y una cruz, era nada menos que D. Francisco Serrano y Dominguez, absolutista, segun se ve, en tiempo del absolutismo, constitucional en tiempo de la Constitucion, en una palabra, situacionero de distintas situaciones.

¿Y qué tenemos con eso?

Los REBELDES, á cuya persecucion y rendicion concurrió D. Francisco Serrano, eran nada menos que el general Torrijos y sus infortunados compañeros, villanamente vendidos y despues de vendidos arcabuceados en los famosos campos de San Roque.

¿Y qué tenemos con eso?

¿Pues? Una friolera. Tenemos que D. Francisco Serrano y Dominguez, no solo sirvió al absolutismo, sino que contrajo sirviéndolo compromisos terribles, compromisos de sangre, uno de estos compromisos de que no es fácil deshacerse, que mantienen al hombre hasta cierto punto ligado al partido á cuyo favor se contraen y que le inutilizan moralmente para servir nunca mas á ningun otro partido sin inspirar desconfianza, porque entre el hombre que los contrae y los otros partidos queda levantada una muralla de cadáveres defendida por un ancho

foso lleno de la sangre que los mártires han derramado. Los manes invindicados del inmortal Torrijos y de sus gloriosos compañeros están interpuestos entre D. Francisco Serrano y el partido liberal. Si D. Francisco Serrano no hubiese hecho mas que prestar juramento al gobierno absoluto, si se hubiese limitado á defender el sistema de la época en que era subteniente sin introducir lágrimas y luto en el seno de las familias de los que lo combatian, podia muy bien acogerse á la sombra de la bandera constitucional, manifestándose contrario á los principios que un tiempo hubiese profesado: una série de grandes sacrificios hechos á favor de la libertad podia impedir á sus contemporáneos que volviesen atras la vista para encontrar sus antecedentes, cogerlos y echárselos en cara; pero cuando estos antecedentes son de la sangrienta índole de los que acabamos de descubrir, no hay ningun hecho ulterior, por grande y estrepitoso que sea, suficiente para borrarlos del todo; ellos dejan en la reputacion, ya que no una mancha indeleble una mancha, ya que no una mancha la sombra de una mancha; son el punto de partida de los juicios que forma el pueblo acerca de las personas para saber lo que de ellas puede esperar; no son un rasgo mas ó menos característico en la vida del hombre, sino un tipo constitutivo y esencial que absorve todos los demas actos, los cuales quedan no mas que como accesorios, secundarios, accidentales. Al trasluz de todas las protestas de liberalismo, de todos los actos de contricion, de todas las muestras de arrepentimiento, se transparenta siempre el cuerpo inanimado de las víctimas. Serrano, no lo negamos, ha luchado con brio en siete años de guerra encarnizada, y sin embargo, todos los partes que recomiendan á los liberales su nombre en las *Gacetas*, no pueden hacerles olvidar la

propuesta del general Moreno. « *D. Francisco Serrano, subteniente de la 11.<sup>a</sup> comandancia de costas y fronteras. Este oficial concurrió á la persecucion y rendicion de los rebeldes, etc., etc. Fecha en Granada á 28 de abril de 1832.— Vicente Gonzalez Moreno.* »

Los que hacen de un soldado un autómeta, una máquina semi-viviente, un instrumento pasivo; los que debajo de la ordenanza pretenden que la facultad de pensar debe ahogarse en las cabezas de los militares, como debajo del mono de Judas ó maticandelas se ahoga la luz de un candil; por medio de esto que llaman disciplina, subordinacion, obediencia, se esplicarán, muy satisfactoriamente para el mismo Serrano, la conducta que observó este hoy esclentísimo señor en la catástrofe á que hace relacion la propuesta del general Moreno. Tambien nosotros, haciéndonos cargo de los rigores de la ordenanza, de lo crítico y azaroso de aquella época en que á un militar le hubiera bastado manifestar alguna tibieza en la persecucion de los liberales para perderse sin remedio, en obsequio á los pocos años del subteniente Serrano y al teson con que durante la última guerra civil combatió á los partidarios de D. Carlos, nos sentiríamos hasta cierto punto dispuestos á pasar la esponja del olvido sobre los primeros actos de su vida si no nos lo impidiesen algunos documentos que tenemos á la vista, entre ellos un comunicado de la viuda de Torrijos, del cual se desprende que Serrano concurriendo á la persecucion y rendicion de aquel mártir ilustre y sus compañeros gloriosos, no solo á los ojos del vulgo desmintió para lo sucesivo todos los principios liberales que despues ha afectado profesar, sino que hizo traicion á las leyes que la amistad impone y faltó á los deberes á que sujeta una promesa á los hombres de bien y

caballeros. En la *Tribuna de Valencia* del lunes 13 de junio de 1842 se halla el comunicado á que nos referimos, cuya autenticidad no puede ponerse en duda. Este notable documento dice, entre otras cosas que no son para reproducirse aqui, que Torrijos tenia una correspondencia en que se le prometia la cooperacion de toda la guarnicion de Málaga, y que una persona recomendada por Gonzalez Moreno y que en la época del comunicado figuraba entre los liberales del progreso habia asegurado á la viuda de Torrijos, al mismo tiempo de confesar que él estaba en relaciones con los amigos de su esposo, que estaban en la insurreccion toda la infantería y parte de la caballería incluso los carabineros. El *Espectador* del 12 de julio de 1843 asegura que esto hace referéncia al general Serrano, quien dió todas estas noticias á la comunicante en una entrevista que le pidió para vindicarse, lo que no pudo conseguir por constar á aquella con documentos oficiales la parte activa que él tuvo en la captura de su esposo y compañeros. Añade el mismo *Espectador* que entre las dos familias de Torrijos y Serrano habian existido antiguas y fuertes relaciones de amistad, habiendo sido compañeros y amigos íntimos el general Torrijos y el general Serrano, padre del actual; razon por la cual han existido las mismas relaciones entre esta familia y la señora viuda de Torrijos, aun despues del martirio de este, hasta que la ilustre viuda se persuadió y convenció hasta la evidencia de la parte activa que Serrano hijo tuvo en la catástrofe de su esposo. Sentados estos antecedentes, es indudable que á no ser que aquellos documentos estén basados sobre datos falsos, Serrano faltó á la amistad y á sus compromisos contraidos, que lo que llama Moreno concurrir á la persecucion fué concurrir á la venta,

á la más infame de las ventas, y que cuantos tomaron parte en semejante acto de bajeza, traicion y perfidia, cometieron un crimen que no lo excusa ni atenua la subordinacion militar ni ninguno de los artículos de la ordenanza. Los sujetos honrados, sean ó no soldados, llevan en su corazon una ordenanza que es más poderosa que la militar, y no hay ninguna ley escrita que autorice á nadie para dejar de ser hombre de bien.

Sin embargo, aunque nosotros respondemos de la autenticidad de los documentos, no respondemos de la autenticidad de los datos bajo que se han formado. Es cierto que en la *Tribuna* del 13 de junio de 1842 se insertó un comunicado de la viuda de Torrijos, pero no sabemos si es cierto lo que la viuda de Torrijos dice en su comunicado. No es esto poner en duda la buena fe de aquella respetable señora; pero la buena fe engaña también algunas veces. Es muy posible que la esposa del ilustre mártir, preocupada por sangrientos recuerdos, pensando, hablando, escribiendo siempre bajo la impresion de un dolor que nunca se acaba, haya aventurado cargos que carecen tal vez de fundamento por no gozar de toda la calma y serenidad que se requiere para formarse de las cosas el debido juicio. Lo decimos con sinceridad: deseamos que el señor Serrano se justifique, y creemos que no le faltan medios para ello, fundándonos en un comunicado que en julio de 1845 dirigió al *Espectador* la madre del mismo Serrano. Cuando este general se hallaba en Barcelona á la cabeza del pronunciamiento que derribó la situacion creada en 1840, el *Espectador* se permitió hacer algunas reflexiones acerca del comunicado de la viuda de Torrijos y también acerca de la propuesta del general Moreno. Entre otras cosas decia aludiendo á Ser-

rano: «¿Qué significa ese figuron de teatro improvisado  
 »en la escena por el impulso abortivo de una junta inmo-  
 »ral? ¿Con qué derecho se presenta ese miserable para  
 »invocar la patria, la Constitucion y la libertad? ¿Cuáles  
 »son los títulos de que se halla revestido para atacar el  
 »poder supremo que la nacion ha depositado en manos del  
 »héroe libertador de España, hombre inmortal y eminén-  
 »temente virtuoso, que se ha sacrificado en las aras de la  
 »patria y de la independenciam nacional? ¿Cuáles son esos  
 »títulos y esos derechos? Nosotros los encontramos con-  
 »signados en un suplemento á la *Gaceta de Madrid* del 20  
 »de diciembre de 1831.—De él resulta que el subte-  
 »niente D. Francisco Serrano, furioso defensor del despo-  
 »tismo, servil entre los serviles de aquella época, hizo  
 »proezas de valor en la persecucion que el tirano de Má-  
 »laga desplegó contra los mártires de la libertad capitanea-  
 »dos por el inmortal Torrijos...»

Estas palabras llenas de hiel desazonaron, como era natural, á la madre del general Serrano, la cual dirigió al *Espectador* la siguiente comunicacion:

«Señores redactores del *Espectador*:

«Muy señores míos: con sorpresa he visto que en el número de su periódico correspondiente al dia de ayer, atacan VV. de un modo virulento y atroz la reputacion acrisolada de mi hijo, el general D. Francisco Serrano. Ausente, y en la imposibilidad de contestar en que se halla, merecia ser tratado con consideracion por quien abrigue sentimientos hidalgos y caballerescos, y segura como estoy de que puede confundir á sus detractores, y contestar victoriosamente á las acusaciones que en su ausencia solo ha habido valor para dirigirle, me limito hoy á rogar á sus amigos, tanto particulares como políticos,

que esperen para juzgar su respuesta, la cual será tan cumplida como merece el cargo que se le hace y la manera con que se le dirige.

« Ruego á Vds. que con arreglo á la ley se sirvan insertar esta manifestacion, por lo cual les quedará reconocida S. S. S. Q. B. S. M.—*Isabel Dominguez.* »

En vista de esta comunicacion deseábamos que cuanto antes regresase á Madrid el general Serrano, persuadidos de que lo primerito que haria al llegar sería contestar á las imputaciones periodísticas por reclamarlo así su reputacion y el compromiso contraido en su nombre por su señora madre. ¿Cómo habíamos de pensar siquiera que aguardase para contestar haberse quitado el polvo del camino y haber metido el caballo en la cuadra? Creíamos que escribiria la contestacion sin apearse, que los interesados en su buen nombre le saldrian al encuentro mas allá de la Venta del Espíritu Santo con papel y tintero y un número del *Espectador*, y que él entraria en la capital con la contestacion puesta en un asta á guisa de bandera para que todo el mundo la viese, y que luego la mandaria litografiar, grabar, estereotipar y hasta pintar al óleo, y que ministro universal como era la espediria en forma de circular por todas las gefaturas políticas y comandancias generales, y que hasta daria las correspondientes órdenes á todos los párrocos para que diariamente la leyesen en voz alta á sus feligreses antes ó despues de la epístola, despues ó antes del *ite, missa est.* Hasta creimos que la mandaria poner en música.

¡Ilusiones engañosas.....!  
livianas como el placer!

La otra mitad de esta cuarteta del *Trovador* aquí no viene al caso.

¡Ilusiones engañosas !!! Serrano no contestó antes de entrar en Madrid, ni tampoco contestó después de haber entrado. ¿Qué será? ¿qué no será? Siempre indulgentes, dispuestos siempre á favorecer al prójimo con una excusa cualquiera, aunque sea traída por los cabellos, dijimos: Serrano no contesta... ¿Si tendrá razon el *Españador*? Imposible. No contesta porque es ministro universal, porque es él solo cinco ministros, porque tiene que atender él solo á lo que cinco ministros con dificultad pueden atender. Unidad-colectiva, singular-plural, individuo-muchos, hombre-cinco, no es extraño que vucencias no conteste, dijimos entonces, y dijimos vucencias y no vucencia, porque era él solo cinco escelencias. Era escelentí si si si si mo señor, señor, señor, señor, señor. Y añadimos: Cuando el ministro-cinco pueda depositar en los atlánticos hombros de sus robustos compañeros la parte de peso que á cada uno corresponda; cuando pueda deshacerse del escedente gubernamental que le abruma y que aplastaría á cualquier otro aunque fuese un Pitt ó un Taillerand, un Florida Blanca ó un Castlereagh; cuando lleguen los elefantes que le han de ayudar á llevar la torre, los Cirineos que le han de ayudar á llevar la cruz, entonces contestará, indudablemente contestará.

¡Ilusiones engañosas !!! Llegaron los demas individuos del Gobierno provisional; desde luego Serrano recobró su estado primitivo, su individualidad aislada; se dividió en cinco partes iguales y se repartió entre sus compañeros, quedándose una parte para sí mismo, es decir, quedándose él mismo á sí mismo. Serrano-Gracia y Justicia tocó á Lopez; Serrano-Gobernacion á Caballero; Serrano-

Hacienda á Ayllon, y Serrano-Marina á Frias. Él se quedó con Serrano-Guerra. ¡Cuán ágil debió quedar! ¡Cuánto peso se habia quitado de encima! Ahora contestará, ahora. ¿ Tampoco ? ¿ Si tendrá razon el *Espectador*? Imposible. Y pasaron dias, y pasaron mas dias, y pasaron mas y mas dias. ¿ Si tratará de darnos una contestacion de muchos tomos en folio ? ¿ Si veremos antes concluido el diccionario geográfico-estadístico de Madoz ? No: Serrano no contesta, dijimos entonces, porque es ministro, pero contestará luego que deje de ser ministro.

¡ Ilusiones engañosas.....  
livianas como el placer !

Dejó de ser ministro y tampoco contestó.

Y hasta ahora no ha contestado.

No ha contestado y lo sentimos.

Lo sentimos, porque el general Serrano es un valiente, y quisiéramos que el hálito impuro de la destraccion no empañase jamas el buen nombre de un valiente.

Lo sentimos, porque al cabo el general Serrano, á pesar de sus faltas, ha prestado buenos servicios á la libertad en el campo de batalla, y quisiéramos que el partido de la libertad nada tuviese que echar en cara á los que la han servido bien.

Lo sentimos, porque el general Serrano es hijo de un general tambien acreditado, distinguido por sus servicios, y mas aun por su amor á la libertad, y mas aun por su honradez á toda prueba, y quisiéramos por lo mismo que su nombre se conservase immaculado en sus hijos y en los hijos de sus hijos.

Lo sentimos, porque debilitado como se halla el partido liberal por las deserciones que ha sufrido de algunos años á esta parte, quisiéramos que no se viese obligado á escluir de sus filas á ninguno de los que pudieran concurrir á su triunfo.

Lo sentimos, porque en el diploma de liberales que se ha librado á algunos hombres dotados de buenas circunstancias, quisiéramos no ver ninguna enmienda ni raspadura.

Lo sentimos, porque el general Serrano nos habia sido siempre mas simpático que antipático, y no es de aquellos sugetos indiferentes á la causa de la libertad.

Las deserciones, las defecciones, las traiciones, las apostasías, los perjurios que han debilitado al partido liberal han servido al mismo tiempo para purificarlo, y solo lamentamos que una parte de sus buenos elementos se haya derramado con la espuma.

Nos lamentamos de la conducta de Lopez, porque Lopez tenia para defender la libertad palabras tan hermosas como la libertad.

Nos lamentamos de la conducta de Caballero, porque Caballero tenia una lógica poderosa que disolvía los sofismas de los enemigos del pueblo.

Nos lamentamos de la conducta de Serrano, porque Serrano tenia una espada que la sangre de los esclavos enrojció en los campos de batalla.

Defecciones hubo que las sentimos, otras que nos son indiferentes, de algunas nos alegramos.

¿Qué nos importa, por ejemplo, que Posada Herrera pertenezca ó deje de pertenecer á las filas del progreso? Sea la que quiera la plaza que en cualquier partido

se le destine, tan llena estará en su presencia como en su ausencia.

Gonzalez Brabo no es ya progresista.... ¿Qué progresista no ve con satisfacción esta metamórfosis? El único servicio que Gonzalez Brabo ha prestado á la libertad ha sido el dejar de ser liberal, si es que alguna vez haya sido liberal.

Pero, con sentimiento lo repetimos, se ha perdido con la espuma una parte de la buena sustancia que se mezcló con ella. El partido liberal al alambicarse no pudo conseguir que subiesen por el cuello de la retorta todos los buenos principios que trataba de conservar. Quedaron en el fondo con las partes inertes y con las nocivas algunas provechosas. Despues de la operacion, despues de tirar las heces que habian quedado en el fondo, notaron los liberales que habian tirado con ellas alguna cosa espirituosa y medio esencial que podia hacerles falta; notaron que habian tirado á Lopez, á Caballero y á Serrano con los Posada y los Gonzalez Brabo. Algunos quisieran hacer una segunda destilacion, pero es el caso que la retorta se rompió.

Finalmente, sentimos que el general Serrano no haya contestado á los virulentos ataques del *Espectador*, porque su señora madre ruega en su manifestacion á los amigos particulares y políticos de su hijo que aguarden la respuesta de este para juzgar, y nos tememos que los amigos particulares y políticos del señor Serrano se cansen de esperar. La manifestacion se insertó en el *Espectador* del 6 de julio de 1843, y nos hallamos en febrero de 1846. Mas de dos años han transcurrido desde aquella fecha, y si durante todo este tiempo los amigos particulares y políticos del señor Serrano han esperado con pa-

ciencia su respuesta, bien puede el señor Serrano vanagloriarse de tener los amigos particulares y políticos mas pacientes del mundo desde que hay en el mundo amistades y paciencias. En este tiempo Eugenio Sue ha publicado los *Misterios de Paris* y el *Judio Errante*; hemos pasado por cuatro crisis ministeriales, por la reforma de la Constitucion y por una docena de pronunciamientos; se han propagado los tacos de suela por todos los villares de la Península, y se han introducido en la *Esmeralda* y en *Amato* las bandas de goma elástica; se ha estudiado y ensayado el medio de sustituir como agente motriz el vapor al aire; se ha decretado y puesto en práctica el sistema tributario; se ha desmontado y descuajado el *Campo del Moro*; se han dado tres uniformes á los agentes de policía; se han curado homeopáticamente quinientos cánceres al menos, y se han construido quinientos coches para quinientos situacioneros; Cubí ha recorrido *piano piano* las capitales de España y pueblos subalternos, dando en cada uno de ellos un curso completo de frenología y magnetismo, y se ha aplicado la electricidad á los telégrafos, el palo á la libertad y el aceite de bacalao á las escrófulas; para todo ha habido tiempo, para todo, menos para la respuesta del general Serrano. Si ha de ser tan larga como el tiempo que tarda en darla, ¿qué respuesta será esa? Una respuesta de mas de tres años. ¡Oh, deberá ser muy sólida, toda de piedra, fundada en datos de hierro colado, y acompañada de documentos de cal y canto! Se publicará por entregas, y el autor puede comprometerse con el público á dejarla concluida antes del arreglo de nuestros negocios con Roma, antes del casamiento de Trápani, antes de la conclusion de la contienda sobre cereales en Inglaterra, antes de la solucion defini-

tiva de la cuestion de Oriente, y en una palabra, antes de todo lo que venga despues.

— Pero, aunque sea tarde, lo que nosotros deseamos es que el señor Serrano se justifique, que conteste victoriosamente á los ataques que le dirigió el *Espectador*. Y no deseamos que se justifique de los cargos que se le han hecho por haber servido á las órdenes del gobierno absoluto; esto cuando mas probaria que Serrano en su primera juventud profesaba opiniones distintas de las que profesó despues en su edad adulta. Tampoco le pedimos que desvíe los tiros que se le hayan dirigido por haber contribuido á la persecucion y rendicion de Torrijos y sus compañeros. Esto cuando mas seria un servicio prestado al gobierno á cuyas órdenes se hallaba, y solo probaria que cuando Serrano ofreció su espada al absolutismo se la ofreció con lealtad, y que no desmintió esta lealtad en aquellos momentos críticos. Serrano se hallaba á las órdenes del gobierno absoluto contra el cual se insurreccionaron Torrijos y sus compañeros; contribuyendo al esterminio de estos, no hizo mas que cumplir con su deber y ser fiel á sus convicciones. Si Serrano dice con franqueza: «Yo antes era absolutista y ahora no lo soy» nosotros contestaremos: «Eso nada tiene de particular.» Si dice: «Cuando yo era absolutista, era enemigo de los constitucionales» nosotros contestaremos: «Todo eso es muy natural.» Si dice: «Cuando yo era absolutista, y de consiguiente enemigo de los constitucionales, concurrí á la persecucion de Torrijos y otros que se levantaron para restablecer la Constitucion» nosotros contestaremos: «Eso es muy lógico y hasta cierto punto honroso; Serrano no hizo mas que cumplir con su deber de militar y de hombre de partido.»

Al mismo tiempo que muchos bajo el pretexto de que han rectificado sus ideas tratan de cohonestar las mas asquerosas apostasías, son no pocos los que califican de apostasía lo que tal vez no es mas que una rectificacion de ideas. Las mudanzas de opinion no siempre arguyen falta de rectitud de conciencia, y las reclama el espíritu de perfectibilidad del género humano. ¿Quién es capaz de exigir de nuestros padres que piensen ahora como pensaban en tiempo de la guerra de la Independencia? Entonces pensaban muy bien, y si pensasen ahora como pensaban entonces pensarían pésimamente. El que en todas las circunstancias cree que debe pensar siempre de la misma manera, es un orgulloso, un loco, que quiere sujetar el pensamiento humano á leyes generales como las de la materia, y que ha creído neciamente haber encontrado un sistema político adaptable á todos los países y á todos los tiempos. La bondad absoluta, que sería la muerte del progreso, no la han encontrado mas que los teólogos, y aun no ha sido en la tierra sino en el cielo; los políticos no la encontrarán jamas. Si alguno pretende que un hombre ha de pensar siempre de la misma manera, que nos diga de qué sirve la esperiencia, de qué la reflexion, de qué las lecciones de los hechos, de qué el choque de los partidos, de qué la discusion razonada, de qué el prurito de convencer unos hombres á otros para aumentar el número de prosélitos que busca cada cual para el triunfo de sus respectivas doctrinas. Estas son mis máximas, y digo las mías, porque no puedo decir las nuestras, sin esponerme á que Villergas me desmienta. El público sabe sin duda que somos dos los que nos hemos encargado de poner á los políticos en camisa, y aunque estamos

siempre muy bien avenidos (1), muy conformes en los principios para escribir con la debida homogeneidad una obra de la naturaleza de esta, no es posible que en todas las cosas pensemos absolutamente de la misma manera, porque esto nace del modo de verlas, y no hay dos hombres en el mundo que las vean del mismo modo. Para esto seria menester que hubiese dos hombres perfectamente iguales, que hubiesen vivido siempre del mismo modo, que hubiesen estado constantemente sometidos á la accion de los mismos agentes físicos y morales, y que estos agentes físicos y morales hubiesen ejercido en los dos una influencia absolutamente igual.

Acaso no falte quien diga que mis máximas son la apología de los apóstatas, ó que al menos estos pueden emplearlas para borrar de su honor las manchas puestas por sus actos de apostasía. Es un error. Nada mas fácil que distinguir la apostasía de la rectificacion de ideas. La primera va siempre acompañada de un interes puramente individual, es el egoismo su base, y se hace la transformacion de una manera repentina, de ayer á hoy ó de hoy á mañana. La rectificacion de ideas se ve-

---

(1) Siempre muy bien avenidos, menos cuando jugamos al villar. Villergas no puede transigir con una chiripa, y yo hago una en cada tacada, hago los golpes á fuerza de tiempo, como dice ingeniosamente D. Enrique O-Donell, es decir, á fuerza de fuerza: padre nuestro á Santa Bamba, y tacazo, y lo que no sale con la mia sale con el mingo ó sino con la contraria; el caso es que rueden todas, que rueden mucho, y si no se hacen palos de doblote, salen de sube y baja, y si no se hacen por un recodo se hacen por otro, y viva el esperpento. Todos los golpes se apuntan aunque sean de flato. No tengo rival en los *san Brunos*..... como no sea el mismo Villergas.

rifica gradualmente, es hija de la reflexion, de la meditacion prolongada, y se va efectuando progresivamente, poco á poco y paso á paso; jamas á saltos. Para producir una apostasia no se necesita mas tiempo que el indispensable para ofrecer y tomar un empleo, un título, una cruz ó una talega; la metamórfosis se hace en un credo, parece cosa de milagro.

Ayer en pié y hoy en coche, y ayer progresista y hoy moderado, apóstata seguro.

Ayer en la cazuela y hoy en palco, y ayer blanco y hoy negro, apóstata seguro.

Ayer escribiente y hoy gefe político, y ayer liberal y hoy realista, apóstata seguro.

¿Quién es aquel tan estirado? Desde que no piensa como pensaba lleva una cruz en el frac: es un apóstata seguro.

Nada mas fácil que conocer á los apóstatas, nada mas fácil que distinguirlos de los hombres de bien que han variado de opinion sin hacer traicion á su conciencia, ó por mejor decir, obedeciendo no mas que á su conciencia. Un hombre de bien debe mudar de opinion siempre y cuando la conciencia le dicta que es mala la que sigue, pero ha de ser nada mas que la conciencia quien le dicte esta mudanza; si se la dicta otra cosa deja de ser hombre de bien. Victor Hugo lo ha dicho en sus *misceláneas de literatura y filosofia*: «Mal se elogia á un hombre diciendo: Su opinion política no ha variado en cuarenta años. Es decir que para él no ha habido ni esperiencia de cada día, ni reflexion, ni aplicacion del pensamiento á los hechos. Eso es alabar un agua por estar estancada, un árbol por estar muerto; es preferir la ostra á la águila. Al contrario, todo es variable en la opinion; nada es absoluto en las cosas po-

líticas, esceptuando la moralidad interior de estas cosas. Pero esta moralidad es asunto de conciencia y no de opinión. La opinión de un hombre puede alterarse honrosamente con tal que no se altere la conciencia. Progresivo ó retrógrado, el movimiento es esencialmente vital, humano, social. Lo que avergüenza es el mudar de opinión por interés, y que sea un escudo ó un galon quien os haga pasar bruscamente del blanco al tricolor y vice-versa.»

No todos los que han apostatado de sus principios se presentan bajo un mismo aspecto, pero todos se presentan sin escepcion bajo uno de los dos que vamos á manifestar. Los hay que mientras reciben gracias y favores del partido á que nuevamente se han afiliado, afectan con estudiada exaltacion ser sus enemigos y pertenecer con mas teson que nunca á las filas de que han desertado. Estos por lo comun son algo mas que apóstatas, son espías; venden la correspondencia y los secretos de los que tienen la desgracia de tomar por verdadero patriotismo el fuego fátuo que anima sus palabras; tienden sus redes en los cafés, en los teatros, en las calles y hasta en el seno mismo de las familias que se dignan recibir sus visitas, y de este modo se hacen muy acreedores á un grado honroso en la benemérita milicia de Chico. De cuando en cuando el gobierno mismo de que son humildes agentes los persigue, los manda á la cárcel, les hace sufrir vejaciones que sirven para rehabilitarlos y para desvanecer las sospechas que el público concibe acerca de la realidad de las opiniones de que blasonan. Desde su encierro, en que están como reclamos en jaula, siguen atrayendo y cazando incautos. Apenas se les pone en comunicacion les van á

visitar algunos crédulos que abiertamente les manifiestan sus sentimientos y hasta sus planes si alguno tienen concebido, y todo lo que dicen á los presos es lo mismo que si se lo digesen á Redondo. Los reclusos salen de la jaula enteramente rehabilitados y tan gordos como antes de entrar en ella; hacen alarde de la persecucion que acaban de sufrir, ya nadie pone en duda sus palabras, ya no hay uno solo que sospeche de su buena fé y que no les tenga por mártires de la causa misma que venden. Esto no impide, sin embargo, que mas ó menos tarde tales apóstatas pierdan todo su crédito; en este caso son inútiles al gobierno, quien los manda á otra parte frecuentemente con un destínillo que vale la pena. Está es la historia de varios que eran antes republicanos y progresistas, y que aun en la actualidad de republicanos y progresistas se jactan, mientras tanto que merecen del gobierno, que no es ni progresista ni republicano, tales cachos de turrón que se les caen las muelas.

Otros apóstatas hay tan insolentes, tan cínicos, que al parecer hacen gala de su apostasía. Estos renegados se distinguen por su intolerancia, por su odio encarnizado al partido á que pertenecieron. Quisieran borrar sus antecedentes con la sangre misma de sus antiguos correligionarios, y para hacerse gratos á sus correligionarios nuevos ponen un singular conato en escederles en todas las pasiones bajas que puede sentir un partido contra otro. No se espere de ellos jamas ningun sentimiento generoso, ningun recuerdo de relaciones antiguas; en el acto de apostatar parece que nacieron otra vez, que empezaron una vida enteramente nueva; su metamorfosis fué mas bien una metempsicosis, fué una

transmigracion de su alma á otro cuerpo y á otro mundo. Mucho hemos sufrido en defensa de los principios que hemos abrazado con fe ciega y con entusiasmo puro; nos hemos visto ultrajados, calumniados, perseguidos, presos, embarcados, deportados, y con todo hemos respetado las leyes, y si alguna vez hemos buscado la libertad fuera del círculo legal, ha sido sin movernos nosotros del círculo legal; propiamente hablando no la hemos ido á buscar sino que la hemos llamado. Si nuestra mision no ha sido santa, hemos creido que lo era, y han sido tantos los medios que hemos empleado para llevarla á cabo; pero ni nuestra rectitud, ni los buenos deseos que nos han dado aliento en nuestro apostolado pudieron desarmar á nuestros perseguidores. Y nosotros les hemos conocido, y ocasion ha llegado en que podíamos volverles ultrage por ultrage, dolor por dolor y martirio por martirio: ¿Y qué hemos hecho? les hemos abierto las puertas de nuestra casa para que encontrasen en ella la seguridad que les faltaba en la suya. Y en medio de nuestras creencias, tan despreocupados somos an imparciales y tan justos, que reconocemos en los otros partidos las mismas virtudes que en el nuestro, y si mañana corriésemos algun riesgo, no vacilaríamos en pedir á algunos moderados en particular un asilo para ponernos á salvo de los ataques de su mismo partido. Y este asilo no nos lo negarian, y sabemos que seria sagrado. Si algun dia un delito político nos atragese el fallo de muerte de un tribunal, en aquel momento supremo procuraríamos impetrar el perdon de quien pudiese concedérselo, y nos valdríamos de la intervencion de nuestros enemigos políticos, de un Llorente tal vez, tal vez de un Roca de Togores, tal vez de un du-

que de S. Carlos; pero no nos valdríamos, no, de la de un Gonzalez Brabo ni de la de un Alcalá Galiano. Si se la pidiésemos quizás no nos la concederian, y nosotros no se la pediríamos aunque supiésemos que habian de concedérsola. Dígase que esto es orgullo, llámese orgullo, si se quiere; pero es un orgullo fundado en nuestra moralidad de hombres, no ya de políticos.

En estos dos modos diversos de presentarse los apóstatas encontramos nuevas señales características para distinguirlos de los que han rectificado sus ideas. Estos últimos, como no han hecho traicion á su conciencia, no creen haber obrado mal, y por lo mismo no se empeñan, como algunos renegados, en ocultar su transformacion, sino que se presentan metamorfoseados con una especie de serenidad calmada que solo la da la rectitud de la conducta que se ha observado. Y al mismo tiempo son indulgentes, tolerantes y generosos con los hombres del partido á que han dejado de pertenecer, porque saben por esperiencia propia que puede pertenecerse á él honradamente, y el que goza de buen criterio y al mismo tiempo de buenos sentimientos, respeta todas las opiniones, sean las que quieran, que se profesan con honradez y conviccion.

La constancia de principios no es obra muchas veces de convicciones arraigadas y profundas, sino del interés mismo individual que en algunos sufriria menoscabo si dejasen de ser consecuentes. En este caso la constancia de los principios está fundada sobre los mismos cimientos que la volubilidad de los apóstatas, y es casi tan poco meritoria aquella como esta. Un fraile que defiende con constancia el absolutismo, defiende con constancia el refectorio, y se opone firmemente á las re-

formas políticas porque teme que lleguen hasta su estómago. Y lo mismo puede decirse con respecto á las ideas fijas de muchos que no son frailes. Son constantes porque son egoistas, por lo mismo que otros porque son egoistas son inconstantes.

Siguiendo paso á paso al general Serrano, desde que una simple charretera adornaba su hombro izquierdo hasta que ostentó en la cintura una faja y en la vuelta de cada manga dos entorchados, acaso nos sea lícito decir que no ha sido muy constante en sus principios. Esto nada importa si ha sido consecuente con su conciencia, si la mudanza de su política ha sido efecto de la mudanza de sus convicciones, si no es el egoismo, la ambicion de un grado, el afan de hacer fortuna quien ha pintado su vida pública con los diferentes colores que la malizan, si solo se ha asesorado con el interes de la patria en estas estrayasaciones de servicios de un partido á otro.

No es tan fácil como á primera vista parece señalar un puesto al general Serrano en la clasificacion que llevamos indicada. Es indudable que habiendo variado de opinion debemos colocarlo entre los hombres que han rectificado sus ideas ó entre los apóstatas de primero ó segundo órden. Pero no le podemos colocar entre los hombres que han rectificado sus ideas, porque estos, como hemos dicho, se transforman gradual y paulatinamente, y las transformaciones que ha sufrido el señor Serrano han sido siempre bruscas, siempre se han verificado á saltos. No le tenemos por apóstata, y en realidad no encontramos en él algunos de los caracteres constantes y esenciales que distinguen á cada uno de los órdenes en que hemos dividido esta benemérita clase. En-

tonces ¿qué hacemos del general Serrano? ¿Dónde le colocaremos? No tiene lugar entre los que han sido firmes en sus principios por convicción, ni entre los que lo han sido por cálculo; no tiene lugar entre los que han rectificado sus ideas concienzudamente, ni entre los apóstatas de primero ni de segundo orden. Forma un tipo primitivo que carece y goza de algunas de las condiciones esenciales de los demás tipos. Es mucho mejor que los apóstatas; algo peor que los que no lo son. Es una cosa todavía no clasificada en la zoología política.

Pero le hemos de señalar un puesto, ¿qué puesto le señalamos? Ayúdenos Gall, Lavater y Richerand; pidamos á la craneología alguna luz, y alguna luz á la fisonomía, y alguna luz también á la fisiología. El más desaplicado discípulo de Cubí, á la simple vista, sin pedir á las manos ningún auxilio, notará en el cráneo del general Serrano un hueso coronal regularmente desenvuelto en su parte anterior, de suerte que no revela, al menos someramente estudiado, ni un grande genio, ni tampoco una escasa inteligencia. Pero al propio tiempo notará que este mismo hueso en su parte superior sube casi verticalmente como un cohete, rechazado al parecer por el desarrollo excesivo del cerebro en la parte de este en que colocan los frenólogos el órgano de la vanidad.

Consultemos ahora la fisonomía y la postura habitual del político que estamos desnudando. En la frente del general Serrano ningún discípulo de Lavater encontrará la especie de *i griega* (y) formada por el desenvolvimiento notorio de las abolladuras frontales, la cual indica una cabeza muy pensadora, muy bien organizada, casi perfecta. Pero en el conjunto que constituye las

facciones del general hallará una especie de bondad y de dulzura que, sin usurparle cierta severidad varonil y casi militar, le vuelve agradable y hasta simpático. Es una fisonomía que al parecer dice á cuantos la miran que está muy contenta de sí misma, una fisonomía que nunca riéndose pierde toda la seriedad y que nunca estando seria deja de reirse del todo. Este aire de satisfecho se nota no menos en el cuerpo que en el rostro. Un pecho ancho y saliente, una columna vertebral tiesa y casi inflexible como el espinazo de un pájaro disecado, un cuello corto pero habitualmente erguido, todo esto dá al general Serrano una actitud arrogante y altiva sin ser provocadora. El examen mas superficial, la mirada mas distraida escusan de preguntarle si es militar aunque se disfrace de cura, y si las investigaciones del que le mira descienden hasta sus estremidades inferiores, sus piés inclinados ligeramente hácia dentro le evitarán la molestia de leer su hoja de servicios para saber si los ha prestado en infantería ó en caballería. No hay necesidad de mirar si lleva espuelas.

El cuerpo de Serrano está bien nutrido; el fisiólogo mas lego notará en él el predominio de las funciones asimilativas. Se conoce que estas funciones se egercen en aquel cuerpo con mucha regularidad, que hay mucha libertad en la accion de los órganos, que no es casi posible que padezca ninguna enfermedad que no sea de carácter agudo y que no reclame eficazmente el auxilio de la lanceta. Su aspecto florido, sus miembros carnosos, su cútis sonrosado, su porte desenvuelto, franco y decidido dicen al que ha saludado la fisiología que Serrano goza de un temperamento sanguíneo muy pronunciado, que el sistema arterial es el que en él prepondera sobre todos los demas sistemas.

Resuelto ya que el general Serrano goza de un temperamento sanguíneo, veamos cuales son las circunstancias morales que acompañan á este temperamento. La fisiología concede á los sanguíneos mucha impresibilidad, pero al mismo tiempo mucha volubilidad, porque dice que en ellos la susceptibilidad nerviosa es muy viva y poco estable; les concede tambien una percepcion pronta, una memoria feliz, una imaginacion viva y agradable, é inclinacion decidida á los placeres de la mesa y del amor.

Si bien se medita todo lo que acabamos de esponer, se encontrará que el acuerdo de Gall, de Lavater y de los fisiólogos es muy unánime con respecto al general Serrano. A nada de lo que dice la frenología se opone la fisonomía, ni á nada de lo que dice la fisonomía se opone la fisiología. Frenológicamente, fisiognomónicamente, fisiológicamente el general Serrano es fantástico, es vanidoso, y como al mismo tiempo es voluble por temperamento, nada mas fácil que hacerle pasar de un partido á otro y convertirlo en un excelente instrumento para cualquier cosa, *cogiéndolo por el mango de la vanidad*, como decia de su hijo el padre de Mirabeau.

Mucho nos complace poder explicar las transformaciones del general Serrano por medio de la vanidad y de la volubilidad inherente á su temperamento, sin tener que recurrir á ninguna de las pasiones bajas que con tanta frecuencia son el móvil de todos los actos de los hombres políticos. Damos por ello las gracias mas expresivas á Gall, á Lavater y Richerand. Sin el auxilio de estos grandes hombres, ¿cómo salíamos del atolladero?

Pero hay un acto en la vida del personaje de que

nos ocupamos que no nos lo podemos explicar por mas que invoquemos la ciencia. Hemos dicho que ninguna necesidad tiene el señor Serrano de justificarse de las acriminaciones que se le dirijan por haber servido á las órdenes del gobierno absoluto, y por haber concurrido á fuer de hombre de partido y de militar subordinado á la persecucion y rendicion de Torrijos y sus compañeros. Todo esto puede haberlo verificado sin empañar su honor, sin hacer traicion á su conciencia y sin dejar de ser hombre de bien. Pero el *Espectador* del año 1843 dice que en una entrevista que con la condesa de Torrijos tuvo el general Serrano, este manifestó que él estaba tambien metido en la insurreccion que condujo al cadalso á aquellos mártires ilustres. ¿Cómo, pues, estando metido en la insurreccion concurrió á la persecucion y rendicion de los insurreccionados? ¿Fué esto una traicion? Si no fué una traicion, diga el señor Serrano lo que fué. Para un acto de esta naturaleza ni Gall, ni Lavater, ni Richerand nos suministran la mas pequeña excusa. Que el general Serrano tenga preponderante en su cabeza tal ó cual órgano, que ostente mas ó menos abierto, mas ó menos cerrado el ángulo facial, que goce de un temperamento sanguíneo, nervioso, bilioso ó linfático, la imparcialidad histórica, al legar á la posteridad los hechos de nuestros contemporáneos, dirá lo que le parezca digno de decirse, y reproducirá las palabras del *Espectador* sin buscar en el señor Serrano las relaciones de su físico con su moral. Y ya lo hemos dicho, el general Serrano tiene demasiado prominente la parte superior anterior del cráneo para consentir que su nombre pase á las generaciones futuras tan siquiera con la sombra de una mancha. Se justificará, es

necesario que se justifique. El cargo es demasiado grave para dejarlo sin contestacion, y la contestacion que ha de desvanecerlo no la encontrará el señor Serrano en la punta de una espada ni en la boca de una pistola. Las pistolas y las espadas pueden contestar muy bien á los insultos que á un militar se dirijan tratándole de cobarde, no á los que ponen en duda su reputacion de hombre de bien. No es, pues, espada contra espada, ni pistola contra pistola como ha de ventilar el señor Serrano este negocio con el *Espectador*, sino prueba contra prueba, dato contra dato y documento contra documento.

Los demas actos del general Serrano con el auxilio de los grandes hombres que hemos invocado se esplican todos perfectamente, y nosotros damos á la organizacion demasiada importancia para no escusar, cuando de ella dependen, las tendencias de los hombres. El señor Serrano fué setembrista, fué Esparterista, fué de los que votaron la regencia única del general Espartero; luego se unió contra Espartero á los que habia contribuido á derribar en setiembre, y formó parte de un ministerio compuesto casi en su totalidad de trinitarios. Nombróse á sí mismo en Barcelona ministro universal; formó parte en seguida del ministerio provisional, y el ministerio provisional cayó, y no por esto cayó Serrano; creyeron algunos que de ministro universal habia pasado á ministro perpétuo, pues se reservó para el ministerio Olózaga, en el cual quedó como una especie de levadura destinada á hacer fermentar los malos principios del Gobierno provisional. Viéndole de este modo figurar en todas las combinaciones, algunos llegaron á persuadirse de que Serrano era un grande hombre, un portento, un génio, un Taillerand, una cosa sin la que

no habia gobierno posible, un artículo de primera necesidad, un *panis noster cotidianus*, y es de creer que el mismo Serrano estuviera tambien persuadido de lo mismo, si consultamos de nuevo la parte superior anterior de su cráneo. Y era precisamente lo contrario; se conoce que Olózaga habia estudiado frenología. Pronto conoció que aquella cabeza era harto pequeña para no dominarla con la suya, y que aquel hombre en sus manos seria un buen instrumento *cogiéndolo por el mango de la vanidad*. Desgraciadamente Narvaez habia podido cojerlo antes; por lo visto tambien Narvaez es frenólogo. Todo esto no es malo, sino muy bueno..... al menos para el general Serrano. Para servirse de él con provecho era menester halagar su vanidad, y para halagar su vanidad era menester darle grados sobre grados. Asi es que ha ascendido con una rapidez que asombra, á pesar de que en España á nadie debe ya asombrar la rapidez de los ascensos. Pero á nosotros no nos admira lo mucho que ha ascendido Serrano, sino el modo como ha ascendido, la manera especial de ascender, sin por esto querer decir que no sea tan acreedor á la faja y á los entorchados como los demas que los llevan. Pero es el caso que á Serrano todos los partidos le han servido de escalon para subir. Mas rápida que la suya fué la carrera militar de Cabrera; pero todos los grados que Cabrera ha obtenido los debe á D. Carlos. D. Manuel de la Concha ha llegado á teniente general; pero en la época de Espartero pesó sobre él una proscripcion y una sentencia de muerte. Narvaez es capitán general; pero tampoco pudo permanecer en España durante la dominacion de Espartero. Prim, el mismo Prim, es mariscal de campo; pero en vida de Fernando VII

todos los dias andaba á palos con los realistas , y muchas noches las pasaba sujeto á la vijilancia de un alcaide. El jóven Gurrea llegó á coronel ; pero triunfaron sus adversarios , y Gurrea se halla en la actualidad en Lóndres de tenedor de libros de una casa de comercio. Los bravos Leon y Zurbano ascendieron á tenientes generales ; pero el uno fué fusilado en tiempo de los progresistas y el otro en tiempo de los moderados. ¿ Y á Serrano quién ha pensado jamas en fusilarlo , quién en proscribirlo ? En tiempo del absolutimo Moreno le propone para un grado y una cruz ; luchando valerosamente contra el absolutismo , asciende á coronel ; Espartero le hace brigadier y mariscal de campo ; la coalicion lo eleva á teniente general. Serrano tiene motivos para ser optimista , y decir : *Todos los sistemas políticos son buenos , todos son escelentes..... al menos para mí.....* ¡ Cosa rara ! Son muchos , muchísimos los españoles que van siempre de mal en peor , sea la que quiera la revolucion política que se espere , y que por lo mismo tienen derecho de esclamar : ¿ Qué partido ha de triunfar para que no perdamos ? Serrano , al contrario , puede decir : ¿ Qué partido ha de perder para que yo no triunfe ? ¡ *Oh terque cuaterque beatus !*

Por lo demas , en épocas de partidos , cuando estos piden su triunfo mas bien á la fuerza material que á la bondad de su causa , el rápido encumbramiento de algunos militares nada tiene de maravilloso. Los partidos para triunfar necesitan á los militares , y los militares necesitan á los partidos para ascender. Cuando la política pide espadas , las espadas piden grados. Y como es sabido que la influencia de un militar se duplica á cada grado que obtiene ,

el partido que necesita esta influencia la duplica y la vuelve á duplicar dando un grado y otro grado á los militares en que se apoya. Los militares entonces toman como una gracia que se les concede generosamente lo que les dan los partidos por egoismo. Por otra parte, en tiempos normales ó de guerras internacionales, se asciende en el ejército á fuerza de muchos años ó de muy grandes servicios; pero en tiempos turbulentos y de guerras de partidos, los militares que toman parte en ellas, ya sea por conviccion, ya sea por cálculo, son la *materia prima* de Aristóteles, son una cosa que se hace de cualquier cosa y de que se hacen todas las cosas. Un mal estudiante de teología (cuidado que un mal estudiante de teología es muy poca cosa, porque aun siendo bueno no seria una gran cosa) se cansa de arrastrar bayetas por las universidades, desentierra una espada, levanta una partida y al dia siguiente amanece general. Hé aqui como en tiempos de revueltas un militar se hace de cualquier cosa. Y de un militar se hacen todas las cosas. ¿Quereis ver á un militar gefe político, ayuntamiento, diputacion provincial y congreso nacional? Mirad á un militar que declara en estado de sitio la provincia de su mando. ¿Quereis ver á un militar juez? Mirad á cada uno de los individuos de un consejo de guerra. ¿Quereis ver á un militar regente? Mirad á Espartero. ¿Quereis ver á un militar emperador? Mirad á Napoleon. Es indudable que en épocas de turbulencias los militares que toman parte en ellas son la *materia prima* de los peripatéticos. Asi lo reconoció sin duda la universidad de Valencia cuando en el año 1840 dió al general Espartero el grado de doctor *in utroque* por sus servicios prestados en el campo de batalla.

Bien es verdad que hemos llegado á unos tiempos en

que no son ya solo los militares la *materia prima* de los peripatéticos. Hasta la medicina, que es la facultad mas independiente de las pasiones de los partidos, se halla invadida por la política. Se concibe que un militar, abriéndose paso con la espada, llegue empujado por un partido ó arrastrado por las oleadas revolucionarias hasta las gradas mismas del trono. Se concibe, aunque no ya tan fácilmente, que un comerciante en estos dias de positivismo vuelva accesibles al oro los puntos mas culminantes del estado. Se concibe, y esto es ya mas difícil, que un abogado aplicando á la defensa ó á la destruccion de un partido la ciencia y la palabra que tiene para defender la justicia y combatir la iniquidad, consiga en hombros del partido que defiende y sobre las ruinas del que destruye elevarse alto, muy alto, dentro ó fuera del círculo de su profesion. Pero no se concibe que un facultativo se cree una posicion política por medio de la medicina, ó una posicion médica por medio de la política. Sin embargo, la experiencia de estos últimos años nos enseña que tambien en los anfiteatros de Pedro Virgili se come turrón amasado por los pronunciamientos. Una cátedra no es ya cuestion de ciencia sino de barricadas, y tiempo ha de llegar en que las de medicina se adquieran á fuerza de puños como las de gimnasia. Esta aplicacion de la política á la medicina dará mas fama á la época contemporánea y causará una revolucion mayor en el globo que la aplicacion del vapor á la maquinaria. Es un descubrimiento portentoso, debido principalmente al ingenio de D. Pedro Mata, primer redactor del *Constitucional* de Barcelona y fundador del *Sapo y el Mico* en tiempo de Espartero, que se hizo periodista para llegar á diputado, y cuando llegó á diputado se hizo coalicionista, y debió á la coalicion una plaza de oficial

en el ministerio de la Gobernacion, y á la plaza de oficial el arreglo del plan de estudios, y á este arreglo una cátedra, nada menos que una cátedra. ¿Quién habia de decir á los progresistas que el tribuno callejero de agosto de 1835, cuando en mal castellano estaba dirijiendo á la plebe sus peroratas puesto de piés sobre un banco, á imitacion de Desmoulins en el jardin de las Tu-llerías; quién habia de decir, repetimos, que aquel entusiasmado improvisador de arengas democráticas, que casi hacia aborrecer la libertad á fuerza de nombrarla, en aquellos momentos en que el pueblo estaba persuadido de que le dirijia la palabra sin pensar mas que en el pueblo, estaba desempeñando el primer acto de oposicion á una cátedra de medicina? ¿Quién habia de decir que eran otros tantos actos de oposicion á cátedra los artículos esparteristas del *Constitucional* y los artículos anti-esparteristas del *Pabellon Español*, que mas bien hubiera podido llamarse el *Pabellon Frances*? Como nuestros padres eran tan bárbaros, en tiempo de nuestros padres el que se empeñaba en ser catedrático de medicina se dedicaba á la medicina, malgastaba las horas leyendo libros de la facultad, visitando enfermos y disecando cadáveres, y cuando sabia tanto como todos los autores reunidos, sujetaba su idoneidad á prueba, no perorando en las plazas públicas, ni escribiendo artículos de política, sino haciendo la esposicion razonada de algun hecho práctico, contestando á los argumentos de sus opositores, presentando una preparacion anatómica, ejerciendo otra quirúrgica, respondiendo á todas las preguntas que le dirijian los profesores y otra porcion de barbaridades que manifiestan, como hemos dicho, lo bárbaros que eran nuestros padres. Gracias al Gobierno provisional, se ha

arreglado ya esto de otra manera mas adecuada á los progresos de la civilizacion. Los primeros dias de aquella administracion magnífica se consagraron á la mondadura de todas las oficinas. Los ministros, mas bien que ministros, parecian barrenderos; en un momento limpiaron los ministerios hasta que no quedó ni huella de *ayacucho*. Entonces fué cuando D. Pedro Mata se sentó en la silla, todavía caliente, de un oficial del ministerio de la Gobernacion, comprendido en la excomunion mayor del Gobierno provisional, y levantando la cabeza con el orgullo de Sixto V, exclamó: «Ya soy oficial. *Beatus qui possidet.*» Tambien Mata tiene muy desenvuelta la parte superior anterior del cráneo. «Bien hecho por cuanto vos contribuísteis,» diria Caballero, y le encargó el arreglo del plan de estudios médicos. Entonces Mata se acordó por la primera vez desde muchos años de que él era médico, y fijó la atencion en una cátedra. Los coligados, que en la hora del peligro habian permanecido unidos en amor y compañía, al repartirse el botin se dividieron de nuevo, y Mata conoció que su posicion era precaria, que no estaba muy seguro en el puesto que ocupaba. Era menester buscar otro menos espuesto á las vicisitudes del tiempo y á la codicia de los moderados, y no esponerse á la suerte del *escomulgado vitando* que le precedió. Arregló de prisa y corriendo el plan de estudios médicos, y de su arreglo resultó una cosa tan francesa como el pronunciamiento mismo á que debia la facultad de hacerlo, teniendo buen cuidado en perfeccionarlo de modo que le permitiese ser catedrático sin hacer oposicion como la hacian nuestros bárbaros padres. ¿Qué mejor oposicion á cátedra que la oposicion que habia hecho á Espartero? ¿Aquel artículo chavacano del *Pabellon Español* que apostrofaba á Espartero diciendo:

¿Qué haceis aqui, hombre fatal, único pero deplorable resto del pronunciamiento de setiembre, encerrado en el palacio de Buena-Vista? no le hacia acaso acreedor á una cátedra y hasta á un canonicato? Fué catedrático, y es catedrático aun, y nosotros estupefactos y haciéndonos cruces, viendo la eucrasia, la flema y perfecta salud del maestro, no podemos abstenernos de parodiar la apóstrofe del *Pabellon* y decirle: «¿Qué haceis aqui, hombre fatal, único pero deplorable resto del pronunciamiento de junio, comiendo turrón *ad sacietatem*, cuando á los progresistas coligados y no coligados se les hace echar el turrón que comieron y hasta el que no comieron *usque ad animi deliquium*?»

Perdóneme Villergas si he echado una mancha en este libro que tanto á los dos nos cuesta. El tambien le echó una cuando al hablar de Caballero se ocupó de Nocedal por incidencia; yo por incidencia hablando de Serrano me he ocupado de Mata; estamos en paz de manchas, y ruego á los botarates que ninguno de ellos se me vuelva á poner en la memoria ni á disputar á los individuos del Gobierno provisional el puesto que les toca en este panteon, porque no quiero manchar mas la obra ni separarme de mi objeto con digresiones fastidiosas. Acabemos con Serrano de una vez para siempre.

El general Serrano era la persona mas importante del Gobierno provisional, no por su categoría, que era igual á la de los demas ministros; no por su talento, que era inferior al de Caballero, aunque superior al de Frias; ni por su popularidad, que era menor que la de Lopez, sino por el ministerio que desempeñaba, por la posicion que tenia en el ejército, y por ser el único individuo del gabinete que á fuer de valiente ha-

bia tomado parte activa en el pronunciamiento mientras duró el peligro. Poco les hubiera importado á los progresistas que los demas ministros se hubiesen portado mal con ellos, con tal que con ellos se hubiese portado bien el de la Guerra. Si el señor Serrano hubiese tenido firmeza, los moderados no serian dueños de la situacion. Desgraciadamente el general Serrano es, como la mayor parte de los militares francos y honrados, tan débil á la cabeza de un partido como fuerte á la cabeza de un ejército, y se reserva todo el arrojo para los dias de batalla. Siendo ministro no tiene ninguno, y carece hasta del necesario para destruir las influencias que le desacreditan y anulan. Sin tener al general Prim por mas honrado, por mas liberal ni por mas valiente que al general Serrano, le hubiéramos á la sazón preferido á este en el ministerio provisional. Hombre de voluntad propia, buena ó mala, Prim no hubiera sido ministro en nombre de otro, lo hubiera sido en nombre propio, y ningun otro general se lo hubiera puesto encima sin darle antes una estocada de muerte. Suponiendo que Prim sea liberal y que Serrano tambien lo sea, aquel en el puesto de este no hubiera separado de las filas millares de oficiales liberales y decididos capaces de mantener en el ejército el espíritu que se debia alimentar para impedir toda avenida reaccionaria. Serrano fué débil, y á su debilidad se deben todos los males que en la actualidad pesan sobre el partido progresista.

Serrano no debió formar parte del Gobierno provisional. Debíó conocer que su carácter era poco á propósito para luchar en una guerra de intrigas, y ceder su puesto para no comprometer su reputacion. Los compromisos contraidos con los barceloneses á favor de la

Junta Central le obligaban á abandonar el ministerio para colocarse al frente de los centralistas ó á emplear en provecho de estos todo el influjo de su elevada posicion. No hizo ni una ni otra de estas dos cosas, y los catalanes, de cuya memoria no se borrar  jamas esta falta de cumplimiento   una palabra dada solemnemente en la hora del peligro, mientras dure la actual generacion y tal vez las venideras se arrepentir n de la parte activa que tomaron en el pronunciamiento de junio. No han olvidado que cuando el bombardeo de Espartero, Serrano era gefe de Estado mayor, y creen que fué él quien llevó   Monjuí la órden terminante que abrió la boca   cien morteros para que vomitasen la destruccion y la muerte sobre la desventurada Barcelona. No han olvidado la alocucion que les dirigió algun tiempo despues, en que ningun epfteto escase  para atraer al regente la execracion universal por haber bombardeado la ciudad, y mucho menos han olvidado que, siendo ministro de la Guerra este mismo general Serrano, Monjuí sembró de nuevo la desolacion y el horror dentro de los muros de la ciudad siempre fuerte por haber levantado la bandera de Junta Central, cuyo triunfo el señor Serrano debió procurar hasta   costa de su vida.

A pesar de faltas tan grandes y de tanta trascendencia, repetimos lo que llevamos dicho. El señor Serrano en nuestro concepto no es apóstata, ni enemigo de la libertad, por mas que su conducta le d    primera vista apariencias de tal. Los males que ha ocasionado no son hijos de perversidad de corazon, ni de escasez de talento, sino de la debilidad de su carácter, que le ha hecho siempre inferior   las circunstancias que le han rodeado, lo que no ha sabido conocer por las razones fre-

nológicas, fisonómicas y fisiológicas que llevamos espuestas. En la actualidad es Senador, y defiende en la alta cámara la libertad á que sin querer ha causado tanto mal. Pero es ya tarde; ha pasado la ocasion en que podia servirle con tanto fruto como cuando combatia á sus enemigos en el campo de batalla.

Sí, es ya tarde; mas no por esto deben rechazarse los nobles esfuerzos de los hombres cuya imprevision no les ha enagenado aun todos los títulos al amor y á la consideracion del pueblo. Grandes, muy grandes males ha causado el Gobierno provisional, y sentimos decir que muchos de ellos son incurables. Sentimos que sus errores hayan hecho correr tanta sangre, sangre preciosa que la tierra ha absorbido estérilmente como absorbe un arenal desierto el agua de las tempestades, y que nunca mas hará latir las arterias de los entusiastas que sellaron con ella sus juramentos. En medio de la lucha todavía no terminada de la libertad contra el despotismo, algun dia el mismo Serrano echará de menos la cooperacion poderosa de los que han sido víctimas de su funesta imprevision.

El general Serrano ocupa una posicion que le permite rehabilitarse. El pueblo es demasiado generoso para no olvidar el mal que se le ha hecho en presencia del bien que se le hace, y sus brazos, como los de Dios, están siempre abiertos para recibir de nuevo á los verdaderamente arrepentidos. Ahora, que apenas hay una voz que se levante para defender sus derechos, la del general Serrano puede dejarse oír aterradora gritando atras y siempre atras á todas las invasiones liberticidas. Centinela del pueblo, ¿qué importaria que al dar el *quién vive* le contestase el enemigo con una descarga y le hiciese

caer acribillado en su garita? Su muerte seria entonces su victoria. Ningun nombre escrito en el martirologio de los que han sido víctimas de sus opiniones consta jamas en el padron de los tráfugas, porque hasta el de los tráfugas se borra de este al inscribirse en aquel. La Providencia solo deja sangre á ciertos hombres para que laven con ella su reputacion. Es la sangre una legía á que no resiste ninguna mancha, ni la del perjurio.

Algunos esfuerzos mas, y Serrano puede quedar rehabilitado. Aunque harto tardíos estos esfuerzos para reparar todos los males que se deben á la administracion de que formó parte, si los emplea con una fe ciega y con un arrepentimiento sincero nunca serán del todo infructuosos. La libertad no ha muerto todavía, ni morirá mientras no muera el pueblo, y el pueblo no morirá jamas. El pueblo vive encarnado en ella como el cuerpo en el alma; esto es una cópula indisoluble que no admite ninguna solucion de contigüidad. El triste período que estamos atravesando es un período de transicion, una parte heterogénea de nuestro todo, un episodio independiente de la accion principal del que podrán prescindir los cronistas como si no existiese; es un período sobrepuesto, colocado simplemente en contacto con la época, pero sin formar parte de ella. Es una anomalía, un fenómeno, como un dia de frio en la canícula, como una tempestad de rayos y truenos en medio del invierno. Durará poco como todo lo extraordinario. ¿Y quién no desea que dure poco? ¿Quién no quiere acelerar su término? Respondan los hombres de bien de todos los partidos, digan si este episodio mezquino é incongruente que se está desenvolviendo ante sus ojos es digno de la gran epopeya nacional que empezó antes de la batalla de

Bailen y cuyo último canto debió ser el Convenio de Vergara.

Este período pasará, y pasará conjurado no por un interés personal, ni por los esfuerzos de un partido, sino por la combinación de todos los intereses y de todos los esfuerzos. No puede por más tiempo permanecer usurpando el puesto que el siglo XIX tiene señalado á la libertad, á la razón y á la justicia. En medio de los vapores de sangre que suben en torbellino y que encapotan el horizonte, nosotros vemos un pedazo de cielo azul que no se empaña, y que se nos figura el ojo de la providencia del pueblo que nunca duerme. En medio de las ambiciones de los partidos y de los encontrados intereses de la muchedumbre, vemos encocado un pensamiento generoso, regenerador y fecundo que poco á poco irá creciendo y dominará todos los odios. En medio del borrascoso mar de las pasiones políticas en que tantos hombres han naufragado, vemos sobrenadar los principios. Y lo que nosotros vemos lo ven todos aquellos á quienes las pasiones políticas no ciegan. ¿Qué nos importa que los ciegos no lo vean? Nosotros les preguntaremos como Napoleon á Caulincourt: «Veis allá á lo lejos una estrella?» Y ellos nos responderán: «No.» Y nosotros les replicaremos: «Pues bien, nosotros si, la vemos.»

El Gobierno provisional fué bastante poderoso para hacer retrogradar las instituciones, pero ¿qué importan las instituciones? ¿Son ellas acaso la esencia de la libertad ó la forma que á la libertad se imprime? La necesidad de un momento las derriba, y las vuelve á levantar la necesidad de otro momento. Son cuando más la urna en que se encierra el ídolo. Y el ídolo ha salido intacto de todas las violaciones, é intacto saldrá siempre, porque

cuando la urna se rompe, cuando el ídolo no encuentra en una constitucion seguro asilo, nunca lo busca en vano en el corazon de sus idólatras. La libertad tiene como la iglesia griega epistemonarcas encargados de conservar su pureza.

La Constitucion al caer no sepultó bajo sus escombros ningun principio. Las ideas no han retrogradado con las instituciones, y siguen intactas y completas germinando en el corazon del pueblo para dar su fruto en un próximo porvenir. Estas ideas no se hallan en la actualidad consignadas en ningun código, pero con esto no han perdido mas que la fórmula. Imperceptiblemente nutren la sociedad, son su savia, su sangre, y á pesar de todos los obstáculos, se van apoderando de los destinos del mundo sin dejarse sentir, á la manera de los judíos, de esta raza proscrita y maldecida que absorbiendo poco á poco tesoros y mas tesoros, se ha hecho dueña del globo en medio de la execracion universal. Ahora es árbitra de la suerte de los mismos que la anatematizaron.

Con el pronunciamiento de junio lo que el pueblo ha perdido en libertad lo ha ganado en liberalismo. No es ahora tan libre como en tiempo de Espartero, pero ahora tiene mas que entonces deseos y necesidad de serlo. El número de liberales es inmenso, y crece sin cesar, y se robustece hasta con la persecucion. Los destinos del mundo pasarán del poder de los judíos al poder de la libertad. Con el tiempo el oro y el acero se someterán á las ideas.

Tenemos en el porvenir tanta confianza, que la triste actualidad que estamos atravesando solo nos merece una mirada distraida y desdeñosa, y una sonrisa de indife-

rencia y sarcasmo. ¿Qué nos importa el choque de los partidos, la contrariedad de las opiniones, la lucha de los intereses individuales? Esta lucha, esta contrariedad, este choque, podrán cuando mas alterar un sistema, borrar una ley escrita, colocar una teoría en el lugar de otra teoría, una mentira en el lugar de otra mentira. Pero no ahogarán el germen de una sola idea, no matarán el embrion de un solo principio, no quitarán un solo rayo de luz á la verdad eterna.

El porvenir encierra ya completo el triunfo del pueblo, y este porvenir es hermoso y consolador. Pero la actualidad es funesta, y mayores males nos amenazan, males que aunque transitorios se deben conjurar, porque pueden dejar en pos de sí una huella sangrienta. Por desgracia, ó tal vez por fortuna, no hay ninguna fraccion del partido liberal bastante fuerte para conjurar estos males por sí sola; la Providencia ha querido que todas fuesen débiles para que su propia necesidad les obligue á apoyarse la una en la otra. Ha llegado el momento de una reconciliacion que, aunque difícil, no es imposible, porque lo necesario no es imposible nunca. ¿Y qué? A pesar de los extravíos, del exclusivismo, de la intolerancia de unos y de otros, ¿será imposible que los que unidos pelearon en defensa de la libertad vuelvan á unirse cuando la libertad se lo pida? ¿El interes comun será insuficiente para extinguir los odios y borrar los resentimientos? ¿Habrà alguno que sacrifique la conveniencia pública al placer de una venganza que tal vez nunca le llegará, y que tal vez cuando le llegue se volverá contra sí mismo? ¿Querrán los partidos cobrarse en sangre las deudas de sangre que mutuamente hayan contraido? ¿Porque el cargo fué de sangre, ha de ser de sangre la

data? Mucho retardan el día de la libertad los que quieren que el día de la libertad sea el día de la expiación y de las venganzas.

— Queremos una reconciliación, pero no una reconciliación traidora como la que provocó el pronunciamiento de junio y la caída de los progresistas.

— Queremos una reconciliación, pero no una reconciliación como la de Lopez, basada sobre el interés exclusivo de unos cuantos banderizos.

— Queremos una reconciliación, pero no una reconciliación como la de Lopez, hija de la necesidad de un momento, pasado el cual se reproducen los odios con mas violencia que antes.

— Queremos una reconciliación, pero no una reconciliación como la de Lopez, en que cada fracción se presenta con todo su exclusivismo, y los hombres se dan un abrazo con el firme propósito de devorarse despues.

— Queremos una reconciliación sincera, de buena fe, que dure mas que las circunstancias que la hayan aconsejado.

— Queremos una reconciliación que dé por resultado algo mas que el reparto de un botin.

— Queremos una reconciliación fundada sobre la conciencia que cada fracción del partido liberal debe tener de su propia debilidad.

— Queremos una reconciliación que no excluya ninguna fracción del partido liberal.

— Queremos una reconciliación que mantenga á todos los liberales unidos bajo una sola bandera como cuando el absolutismo nos desafió desde las breñas de Navarra.

— Al ocuparnos de Lopez y de su amnistía, dijimos: «Los emigrados ya están amnistiados, ¿y ellos á nos-

otros cuándo nos amnistían? ¿Cuándo amnistían á sus amnistiadores? ¿Si mañana ú otro dia un gobierno salido del partido moderado emprende una marcha reaccionaria que le arrastre mucho mas allá de lo que los mismos moderados quisieran, se unirán estos á los progresistas para derribarlo? ¿Levantarán una bandera de reconciliacion á cuya sombra se unan todos los españoles honrados para labrar juntos la felicidad del pais? ¿Ó piensan ellos poder labrarla por sí solos? ¿Ó ellos solos se creen los honrados? ¿Espondrán su existencia en una lucha que tienda á arrancar del poder un decreto de amnistía á favor de los progresistas emigrados, de los que gimen en los calabozos, de los que encanecen en los presidios?»

Quando eso escribíamos ningun síntoma de desave-nencia se notaba entre los que definitivamente se habian apoderado de la situacion creada por el pronunciamiento de junio; el partido moderado estaba unido y compacto; el gobierno salido de sus filas contaba por el de moderados el número de sus ciegos sostenedores, y ni los moderados mismos eran capaces de prever que no transcurriria un año sin que se hubiesen dividido mas ó menos profundamente. Nosotros lo previmos sin embargo, ó por mejor decir nosotros lo calculamos. Habian subido al poder á impulsos de una reaccion sagazmente encubierta bajo el mentido velo de una alianza leal, y las reacciones son como las révoluciones, que nunca se detienen donde quieren sus conductores. Adelante ó atrás, á un paso sigue otro paso; la voz de alto no se dá en política. Se ha retrocedido mas de lo que muchos moderados quisieran; las instituciones se han separado demasiado de las ideas; han retrogradado aquellas mientras estas han

ido progresando ; se ha olvidado que las primeras , para ser estables y legítimas , han de seguir el impulso y la direccion de las últimas. Los riesgos que corren en la actualidad los moderados de buena fe son debidos á los extravíos de todos ellos, que no han sabido conocer que sus aliados naturales son los progresistas , y que hubieran ocupado una posicion mas digna y mas propia de sus principios colocándose como cuerpo de reserva á retaguardia de las huestes del progreso que marchando á vanguardia de los partidarios del absolutismo. Ahora los absolutistas lo esperan todo de ellos á pesar de ellos, y piden á las instituciones de los mismos moderados el próximo establecimiento de su sistema. Los moderados de buena fe quedarán á no tardar espantados de su propia obra , y algunos lo están ya en la actualidad. Se encuentran acorralados entre la restauracion y la revolucion , y fuerza es que capitulen con una ó con otra.

Los que reconocen el principio de la soberanía del trono quieren que el triunfo de sus ideas se derive de las instituciones ; los que reconocen el principio de la soberanía del pueblo quieren que las instituciones se deriven del triunfo de sus ideas. ¿ Y los moderados qué quieren ? ¿ Qué quieren los moderados que reconocen las dos soberanías , ó que no reconocen ninguna , ó que tan pronto reconocen la una como la otra ? ¿ Qué quieren los moderados apoyándose en el absolutismo de miedo que tienen al pueblo , apoyándose en el pueblo de miedo que tienen al absolutismo ? ¿ Qué quieren los moderados que no saben lo que quieren ?

Si la soberanía corresponde de derecho al pueblo, los demócratas tienen razon ; si de derecho corresponde

al trono, tienen razon los absolutistas; pero ¿ cómo la tendrán los moderados que no son absolutistas ni demócratas? ¿ Por qué en lugar de buscar la verdad en la verdad, la buscan entre la verdad y la mentira? ¿ Creen que es posible un sistema fundado en la transaccion de lo verdadero y lo falso? Si unos dicen lo blanco es blanco y si otros dicen lo blanco es negro, ¿ conciliarán estas opiniones tan opuestas los que digan que lo blanco es pardo? La verdad es absoluta; lo que no es verdad es mentira.

La esperiencia tardará poco en acabar de demostrar á los moderados lo irrealizable de sus utopias. Colocados entre las instituciones que retroceden y las ideas que avanzan, se encontrarán harto lejos de unas y de otras; habrán sacrificado su porvenir á una actualidad efímera, al dominio de un cuarto de hora, y su sistema no tendrá ni el apoyo de la ley escrita ni el apoyo de la verdad eterna. Entonces el partido moderado quedará disuelto, y sus restos irán á engrosar el partido absolutista ó vendrán á engrosar el demócrata, segun los instintos, las pasiones y los resentimientos de cada individuo.

Mientras tanto al partido moderado no se le debe ocultar que corre graves riesgos. « Este partido, dijimos en la página 83 de este mismo tomo, pretende en vano sostenerse con todo su exclusivismo, sin mas apoyo que el de las bayonetas; su existencia, puramente militar, es efímera y solo enérgica en apariencia; la conciencia del pueblo rechaza su sistema, y para rejuvenecerse, para prolongar su vida, tiene necesidad de una grande transfusion de sangre progresista en sus venas. O el partido moderado en masa sucumbirá envuelto en el anatema es-

terminador fulminado por el absolutismo contra los hombres del progreso, ó á la fraccion moderada militar sucederá la fraccion moderada legal, á los moderados de la fuerza física los moderados de los medios morales. Una vez estos hayan sucedido á aquellos, cada partido levantará de nuevo su bandera y la tremolará valerosamente lo mismo en el campo electoral que en el periodístico; porque, fuerza es conocerlo, ningun partido ha renunciado aun al triunfo, ninguno se dá por vencido, ni tampoco ninguno ha derrotado tan completamente á sus adversarios que haya podido cogerles las banderas. Cada partido tiene la suya; ninguna está en Atocha. Todas, sin embargo, están hechas girones, y la moderada y progresista legales desaparecerán del asta á impulsos de un huracan absolutista, si la una no se remienda con los girones de la otra, y ambas á dos no forman una sola, á cuya sombra puedan acogerse los hombres de ley de todos los matices que reconozcan el principio de la soberanía nacional.»

El tiempo que ha pasado desde que escribimos las precedentes líneas ha venido ya á apoyar en parte nuestras predicciones, y del tiempo esperamos una confirmacion todavía mayor. Ya algunos de los órganos mas autorizados de la política dominante han manifestado deseos de reorganizar el gran partido liberal con los elementos dispersados por las vicisitudes de estos últimos años. En esta ocasion el general Serrano puede prestar grandes servicios á la causa de la libertad. El general Serrano es senador, es uno de los pocos que sin haber hecho pedazos su diploma de progresista goza del privilegio casi esclusivo de dejar oír su voz en el parlamento, cuyas puertas pudiera decirse que de hecho están cerradas

para todos los demas que pertenecen á su comunión política. Hermosa posición es la suya para ilustrar su nombre, rehabilitar su prestigio y ser útil á la patria. Si se hace el debido cargo de la posición de todas las fracciones que en otro tiempo constituían el partido liberal, acaso no le sea difícil reorganizarlo haciendo entrar en fila todos los elementos diseminados y errantes que juntos pudieran resistir el golpe que nos amenaza á todos. A él toca levantar una bandera de reconciliación á cuya sombra peleemos unidos con tantas esperanzas de triunfo como cuando nos lo disputaba el absolutismo en los campos de batalla. Un grito de reconciliación destruiría todas las maquinaciones liberticidas, todas las tramas ocultas, todos los conatos pérfidos, todos los proyectos infames, todos los cálculos de camarilla. Este grito se dará, y resonará en el corazón de los que todavía tienen patria, como un cañonazo de auxilio en los apuros del naufragio. Este grito se dará, y la presencia de los grandes males que nos amagan, la íntima convicción que para conjurarlos debe tener cada fracción de su propia debilidad, hará que este grito encuentre eco en todos los hombres de bien y de instintos nobles y generosos que hasta los resentimientos saben inmolar ante las aras del interés común.

El nombre del general Serrano marcha unido á los acontecimientos más dolorosos de nuestra época, ¿sabrá separarlo de ellos cuando para conseguirlo se le presenta una ocasión la más propicia? Si no aprovecha esta ocasión, no se lamente de que otros le juzguen con más rigor y menos consideración que nosotros. Los actos de su vida admitían muchas interpretaciones, pero nosotros estimamos demasiado nuestra reputación para no

respetar la de los demas, y por esto hemos procurado interpretarlos del modo que puede serle mas favorable.

## D. JUAN BAUTISTA ALONSO.

**L**A España se parece mucho á un cojo que corre bien: todo lo que adelanta brincando lo pierde con un tropiezo; lo que avanza con el remo agil y sano, lo atrasa con el otro remo entorpecido y enfermo; por un lado gana todo lo que por el otro pierde, y si habíamos de calificar debidamente su estado de ilustracion, diríamos que tiene bastante semejanza con un número al lado de una fraccion decimal en que se trueca absolutamente el oficio y valor de las cifras: cada guarismo contando de derecha á izquierda vale diez veces mas, asi como contando de izquierda á derecha vale diez veces menos. En los números enteros valen mucho los ceros á la derecha, en las decimales no valen nada, y al revés, los ceros á la izquierda en las cantidades decimales tienen un valor aunque negativo, porque sirven para disminuir el valor del quebrado, al paso que á la izquierda en los

números enteros, valen tanto como un Justiniani para correjidor de Madrid, como una cámara vitalicia en un gobierno constitucional, como un militar para gefe político y como un *generalísimo* en tiempo de paz. Todo en el dia es antítesis, todo contraste, todo anacronismos. Por una parte parece que nos adelantamos un siglo en ilustracion al ver brotar de las prensas españolas á borbotones los periódicos políticos, literarios, científicos é industriales, y las novelas á cargas, y las comedias á carros, y las traducciones y las reimpressiones á centenares. Sí, un siglo adelantado creemos vivir, al ver como progresan tanto las cosas: que los folletinistas de periódicos se hacen ministros, embajadores, y lo mas sorprendente de todo, caballeros del cordon de la legion de honor; que los teatros sustituyen á las lunetas butacas; que la corte de España se embellece con arboledas; las calles se empiedran con tarugos y las casas se alivian con el auxilio de costosas alcantarillas. Un siglo, y mas que un siglo creemos vivir adelantados, cuando vamos en ómnibus á los toros y vemos elevarse la escelencia del gas hasta las rejiones de la cerveza; pero al mismo tiempo se nos figura vivir dos siglos atrasados cuando vemos que un gobierno sin mas razones que el *yo lo mando*, prohíbe la representacion de una comedia al mismo tiempo que premia los trabajos literarios de Gil y Zárate. Sí, lo repetimos, creemos vivir dos siglos atrasados al ver como se consiente á un cura fanático como el de S. Gines destituir á los capellanes liberales y se fulmina un anatema contra los *bailes de piñata* (1), sin duda por alejar los

---

(1) Que costó trabajo conseguir licencia para bailar este año, y para eso no se consintió el traje ni la careta.

recuerdos del folleto político que con este título dió á luz el que estos renglones escribe, cuando los moderados se encaramaron en el poder. Mas que un siglo atrasados vivimos cuando se nos conduce á los tiempos de estúpida superstición en que se imponía castigo al artesano que trabajaba en dia festivo, y se premiaban las delaciones y se sentaban los principios Rocalineros de que los reyes lo pueden todo porque están sobre todo á pesar de lo prevenido en las constituciones.

Pero dejemos á un lado esto; apartemos la vista del estado de nuestra civilizacion en la parte desconsoladora del retroceso; porque nos sentimos inspirados por un entusiasmo ardiente, y si nos tienta el demonio seríamos capaces de hacer una de pópulo con los que tanto nos incomodan. Lo cierto es que el contraste existe y tanto mas perceptible cuanto mas exagerados son los términos de comparacion; que en España tenemos de todo, desde lo mas grande hasta lo mas pequeño, desde lo mas sublime hasta lo mas frívolo, desde lo que no puede ser mejor hasta lo peor en grado superlativo. Por ejemplo, para un Olavarría que desea el mayor grado de libertad posible, hay un marques de Viluma que quiere todo lo contrario; para un Lista que sepa mucho y escriba poco, podemos vanagloriarnos de tener un Ovilo que sabe poco y escribe mucho; tenemos un García Gutiérrez desgraciado y un Gil y Zárate afortunado; un conde de las Navas que hace la oposicion á todos los gobiernos y un Posada Herrera que los defiende á todos; un Riaño que no puede jugar mas al villar y un Biosca que no puede jugar menos; un D. Faustino que hace magníficos dobles y un Ribot que hace magníficas chiripas.

Sí, todo lo tenemos; no nos faltaba mas que ham-

bre para rabiarse, y las economías de los hombres de paz, orden y justicia han hecho lo posible para llenar este requisito. Tenemos un decreto de imprenta, en vez de una ley, que nos obliga á omitir las cuatro quintas partes de la verdad, con la añadidura de desfigurar el resto. Sin embargo, así como el general Foy, recordando las glorias de la Convencion cuando subió por primera vez á la tribuna en tiempo de la Restauracion, dijo con todo el orgullo de un patriota y la firmeza de un liberal: «Todavía encuentran eco en Francia las palabras de honor y patria pronunciadas desde este sitio.» Del mismo modo decimos nosotros: «Todavía hay hombres dispuestos á derramar su sangre por el honor y la patria una vez que estas palabras encuentran eco en todos los corazones esforzados y generosos.» La prensa periódica lejos de amedrentarse con la supresion del jurado y los atropellos ensayados en los redactores del *Clamor Público*, cada dia da mayores pruebas de independencia y heroismo, multiplicándose prodigiosamente á medida que el temporal arrecia, y mayores y mas probables síntomas se presentan del peligro que amenaza á las empresas y á los redactores. En poco tiempo hemos visto aparecer dos periódicos, el *Universal* y la *Libertad*, moderado aunque con ribetes de liberal el uno, el otro progresista y mas que progresista, demócrata; dentro de pocos dias verá la luz pública otro periódico mas segun tenemos entendido, de ideas tambien avanzadas, defensor del pueblo y enemigo por consiguiente de los déspotas y del despotismo; y ese periódico de tan buenas doctrinas, atleta furioso de la democracia, ardiente amigo de la juventud y paladin franco y perseverante de la soberanía nacional; ese periódico cuya

publicacion deseamos cuanto antes por el influjo que ha de ejercer en la buena opinion del pueblo tan pronunciado á favor de las ideas regeneradoras; ese periódico, en fin, tendrá por redactor y director al señor D. Juan Bautista Alonso, cuya vida y milagros debemos referir antes de acabar el primer tomo de nuestra obra, por razones que luego se dirán.

¿Quién es D. Juan Bautista Alonso? Esta es la pregunta que nuestros lectores harian si se tratára de un hombre oscuro que no fuera conocido sobradamente en España bajo el triple concepto de abogado, de político y de poeta; y nosotros tendríamos que contestar, y lo contestaremos aunque nadie lo pregunte, que D. Juan Bautista Alonso es un hombre que acaba de llegar á Madrid de regreso de un largo viage que ha hecho por Francia é Inglaterra. Allí parece que ha visto y hablado á varios emigrados liberales que están comiendo, cuando lo tienen, el pan verdaderamente amargo de la emigracion. Porque es necesario tener en cuenta, que si los moderados emigrados comian en vez de pan tortas y bizcochos, los liberales que tienen la desgracia de alejarse de su patria sufren las privaciones del destierro, y el Sr. Alonso ha visto á muchos generales y ministros de aquellos que la *Posdata* llamaba ladrones con todas sus letras, vivir en bohardilla y pedir una limosna por los cafes.

Nadie nos ha preguntado aun por qué razon D. Juan Bautista Alonso ha hecho tan largo viage, pero nosotros anticipamos siempre las respuestas á las preguntas, y tan solícitos somos en este punto que mil veces hemos contestado á cartas que no recibimos. Váyase por las que se quedan sin contestacion. El Sr. Alonso ha sido objeto de los recelos y persecuciones del partido dominante; veia

que en España tanto peligro corrian las personas en el reposo de su gabinete como el dinero en el escondite de una piel de gato, y dijo para sí: «Esto no va conmigo, pongamos tierra por medio y sálvese cada uno como pueda.» En lo cual hizo muy bien el Sr. Alonso, que necesitaba respirar el aire libre.

Ademas cuando los contribuyentes de Madrid, asustados con los enormes impuestos que se les iba á exigir, con arreglo al sistema tributario de Mon y compañía, impuestos imponentes y capaces de poner en cuidado á cualquiera, se horripilaron y se chuparon los dedos de canguelo al pensar que íbamos á volver á la época de Carlos III, famoso rey que tenia al pueblo muerto de hambre y las tesorerías reales apuntaladas. Y entre paréntesis, ¡qué buen rey era Carlos III! ¡Qué benigno cuando echó á presidio por seis años á un honrado padre de familias que tuvo la audacia de matar en vedado una perdiz. ¡Qué liberal era cuando tenia al pueblo amarrado y hambriento! Asi como asi dicen bien sus panegiristas; si el pueblo ha de perecer, mal por mal, mas vale morir de hambre que de miseria. Conociendo, pues, los contribuyentes de Madrid que iban á volver á aquellos tiempos en que la riqueza del Erario estaba en razon de la miseria de la nacion, resolvieron acudir al gobierno con una reverente esposicion, pintando las calamidades que todos temian y pidiendo la gracia de que se disminuyeran los impuestos. Esta esposicion, firmada por un gran número de contribuyentes de todas las opiniones, fué escrita, segun se dijo, por Don Juan Bautista Alonso. Hé aqui la causa principal de la cólera de los conservadores. ¡Cosa estraña! El derecho de pedir no se niega en ningun pais, ni en España se ha

negado jamas hasta el advenimiento de esos hombres que se llaman enemigos de los trastornos, y que sin embargo privando al pueblo de los medios legales de hacerse oír en sus sufrimientos y necesidades, están continuamente mostrándole la senda de las revoluciones. Ya lo hemos dicho y lo repetimos, el gobierno verdaderamente revolucionario es aquel que restringe demasiado los derechos del pueblo. ¿Quereis que un pueblo no se insurreccione jamas contra el poder? Abandonad ese lujo de tiranía que le aniquila y ultraja; escuchad y atended sus justas quejas. Dejadle la tribuna y la imprenta donde por los medios legales pueda emitir su opinion contra los abusos y pedir reparacion de sus agravios. Mientras esto no hagais, os vereis precisados á vivir en continuo sobresalto, á velar de noche y de dia por vuestra seguridad pública y privada, á no poder transitar sin numerosas escoltas por las calles de la capital, y á no escuchar una voz de consuelo que no sea de rufianes vendidos. No hay término medio: ó estended el círculo limitado de las garantías políticas, ó temed los desastres naturales de las revoluciones. Ya veis que os aconsejamos bien; que cuando hablamos asi es porque no queremos las revoluciones, y estamos plenamente convencidos de que estas no se evitan cercenando los derechos del pueblo y ahogando la libertad. Meditad y decidid quién de vosotros ó nosotros es mas amante del orden, quién de vosotros ó nosotros trabaja con mas ahinco y siembra con mas fruto en el campo de los trastornos.

En todo pais donde la sociedad se compone de hombres y no de fieras, cuando un ciudadano, y aunque sea vasallo en los dominios del emperador Nicolas, cuando un ciudadano solicita una gracia se le oye y se le con-

testa que sí ó que no. La negativa es todo el mal que puede esperar el que pretende, porque ni las leyes, ni el poder que las atropella en virtud de una voluntad apoyada en la fuerza bruta, pueden hallar pretexto para una arbitrariedad, ni la imaginacion mas caprichosa y aleccionada en la escuela del despotismo concebir la peregrina idea de perseguir al pretendiente y al memorialista. El señor Bautista Alonso, en la ocasion á que vamos haciendo referencia, puede decirse que era un memorialista; un hombre encargado de formular, de estender, de escribir los pensamientos de los que acudian al gobierno á reclamar legal y decorosamente una rebaja justa y racional en la imposicion gravosa que habia de obligarles á cerrar las tiendas privando al pueblo de los utensilios precisos para comer y vestir. Y si á vista de las atrocidades que hemos presenciado podemos comprender que el gobierno procurando no descender del punto á que se habia elevado en el vuelo de las demasías, pensase sériamente en aplicar el castigo al que no era delincuente, apenas nos atrevemos á creer, aun despues de verlo y examinarlo bien, que escritores públicos, que hombres de letras en quienes debemos suponer alguna ilustracion, aunque poca, tomasen la pluma para delatar y acusar al señor Alonso. Sin embargo, la *Posdata* se encargó de ejecutar este papel: no la envidiamos la gloria.

Por lo demas, cuando el señor Alonso escribia el memorial célebre no hacia otra cosa que condenar en parte una obra que era en parte suya: ayudar á demoler un edificio que él habia ayudado á edificar; sacar un anillo del nudo gordiano que habia contribuido á atar por entero; en una palabra, condenar las consecuencias de sus antecedentes. Las calamidades que el pueblo de-

ploraba eran debidas al ministerio Narvaez ; el ministerio Narvaez era consecuencia del ministerio Gonzalez Brabo ; el ministerio Gonzalez Brabo era consecuencia de un aborto palaciego , y este aborto tenia por antecedente , por base , por asiento , por fundamento y por origen la revolucion anti-esparterista que produjo el Gobierno provisional , en el cual le tocó al señor Alonso desempeñar el no insignificante papel de subsecretario de la Gobernacion. Aquí es donde D. Juan Bautista Alonso empieza á padecer trabajos , aquí es donde se estrellan todas las glorias que por hechos anteriores ó posteriores podian tener derecho á reclamar muchos de nuestros célebres políticos.

Cuando en mayo del 1840 D. Joaquin María Lopez se encargó de formar el ministerio de los nueve dias , entre las varias candidaturas que circulaban por los corrillos públicos figuraba el nombre de D. Juan Bautista Alonso , cosa que no pusimos en duda ; porque si bien su reputacion de hombre de Estado no estaba aun suficientemente labrada para elevarse á una silla ministerial , su amistad con Caballero y otros de los que se designaban para la confeccion del gabinete , y por otra parte , la conviccion que teníamos de que el señor Alonso no se desdeñaria de aceptar una cartera , fuese de Gobernacion , fuese de Estado y aun cuando fuese de Guerra ó de Marina , nos inclinaron á creerle ministro hecho de golpe y porrazo ; estando tan persuadidos de ello que seguramente le habríamos dado la enhorabuena si como no le vimos le hubiéramos encontrado en el cafe Nuevo , á donde concurría todas las noches. Otros , mas afortunados que nosotros en materia de encuentros y encontrones , tuvieron el placer de verle , y nos asegura-

ron (no sabemos si será cierto), que el señor Alonso, lejos de ser ministro, estaba hablando y presajando mal del nuevo ministerio (prueba evidente de que no era ministro, porque ningun bobo tira piedras á su tejado). Pero al dia siguiente el señor Alonso estaba reconciliado con los nuevos mandarines, porque creyó de buena fe que iban á hacer la felicidad del pais, aunque no fuera mas que porque le acababan de nombrar á él subsecretario, y nos parece que estamos viendo discurrir al señor Alonso en el silencio de la noche de este modo: «Un gobierno que inaugura su poder confiriéndome la subsecretaría de la Gobernacion, no puede menos de ser bueno, ó no hay ley en las cartas.» Desde entonces el señor Alonso resolvió seguir la suerte y, lo que es peor, las doctrinas de sus buenos amigos, y lo cumplió de tal modo que mas cuenta le hubiera tenido cumplirlo menos.

¡Amnistía! gritaba Lopez. ¡Amnistía! contestaba Alonso. ¡Caigan los ayacuchos! exclamaba Caballero, y Alonso por seguir el duo, exclamaba tambien: ¡Caigan los ayacuchos! Por fin Espartero que conoció el ajo y le iba sabiendo muy mal, gritó á su vez: ¡Abajo Lopez! y D. Juan Bautista Alonso, fiel á sus compromisos, alzó la gaita y dijo: ¡Pues abajo yo! y abandonó la halagüena perspectiva del despacho de la subsecretaría para volver á sepultarse entre el pupitre, los libros y los legajos de su profesion.

Empezó la revolucion que D. Joaquin María Lopez deseaba sin empujarla, y deseándola aunque sin empujarla contemplaba el señor Alonso su próxima rehabilitacion. Cayó Espartero y subió Lopez: ya tenemos otra vez en candelero al D. Juan Bautista Alonso, á quien

vamos á hablar muy claros esta vez por mas que seamos amigos, pues ya debe suponer que no quita lo cortés á lo valiente, ni pasion á conocimiento.

Llegó su vez al Gobierno provisional, á ese célebre gobierno cuyo mando se inauguró con muestras del contento universal de todos los partidos, menos del llamado progresita (en el cual incluimos nosotros á todos los liberales mas ó menos avanzados). Al entrar las tropas de Narvaez en Madrid vimos salir á recibirle muchos serviles vertiendo lágrimas de consuelo; muchos capellanes y obispos erupiendo bocanadas de restauracion; muchos periodistas que poco tiempo antes parecian carmelitas descalzos por no llevar zapatos, ó sansebastianes por vestir poco menos que el traje de Adán en el paraiso, iban en coche con el mismo ruido y algazara que llevan los aguadores cuando van con la escalera al hombro y el cencerro en la mano á esperar á los Reyes Magos. Entrada triunfal de amnistiados y amnistiadores que patentizaban su amor á la libertad destruyendo todos los recursos de independenciam que hablaban al pasar, y su espíritu conciliador dando garrotazos en el cafe Nuevo y bayonetazos en la Puerta del Sol á los liberales decididos, á los setembristas, á los hombres honrados y beneméritos. Si á pesar de la preponderancia que veíamos tomar á los moderados en el movimiento teócrata-reformista de 1843, concebimos que los liberales puros, mal informados de la situacion de España, insistiesen en sus compromisos anti-esparteristas; si no se arrepintieron de su empezada carrera al ver desembarcar en Valencia á los emigrados seducidos por apariencias falsas, engañados por palabras lisongeras por sí, pero que envolvian la hipocresía, aten-

diendo á las personas que las pronunciaban, apenas podíamos persuadirnos que hombres de instintos y de corazon liberal, que hombres por temperamento y por conviccion enemigos de la esclavitud, que patriotas distinguidos que habian cautivado la voluntad del pueblo con rasgos generosos y sublimes en la prensa, en el jurado y en la tribuna parlamentaria combatiendo con todas sus fuerzas la tiranía bajo todas sus fases, continuáran un solo momento prestando su apoyo, su cooperacion, sus luces, sus fuerzas, sus trabajos y su reputacion á un órden de cosas calamitoso; á un órden de cosas que significaba sino la muerte, la mengua de la libertad; á un órden de cosas que era el precursor de la justicia mancillada, de la ley escarnecida, de la fuerza erijida en suprema autoridad, de la independencia perdida y de la libertad postrada. D. Juan Bautista Alonso tuvo esta vituperable debilidad. Nosotros le conocemos á fondo y no entablaríamos una acusacion formal contra sus intenciones; pero, con dolor lo decimos, tenemos que condenar su conducta cualquiera que fuera el movil que le impulsára á robustecer con su apoyo la restauracion naciente; tenemos que depouer un instante los afectos de la amistad personal ante las aras de nuestra conciencia, para juzgarle con la inflexible severidad que nos impone la mision de escritores imparciales y consecuentes, y pronunciar solemnemente el castigo que merece quien sacrifica su opinion y sobre todo, quien sacrifica á su patria por falta de reflexion ó de tacto, por volubilidad ó imprevision, por torpeza ó debilidad.

Nosotros no diremos que el señor Alonso, subsecretario de la Gobernacion en aquella época para siem-

pre odiosa, tuviera alguna parte influyente en la marcha reaccionaria del gobierno, pero en asuntos de tamaña importancia para el presente y porvenir del pueblo no basta contentarse con no obrar mal sino que es necesario obrar bien, y con asiduidad y celo servir á la buena causa. El silencio en semejantes casos es tan censurable como el mal que producen los gobiernos, y el que no reprueba explícitamente las iniquidades ó los desaciertos, hace cuenta que implícitamente lo aprueba todo. El señor Alonso, á quien creemos sinceramente liberal, hubiera conservado su fama y su popularidad sin tacha habiéndose apartado con tiempo de los hombres de perdicion; pero consideraciones pueriles que hemos escuchado de su boca le inclinaron á permanecer en su destino, en perjuicio de la causa de la libertad y en desdoro de su nombre: prefirió mancillar su reputacion política al deber de rechazar á los que no porque fueran amigos tenian derecho á exigir tan costoso sacrificio: el fallo de la opinion pública le condena sino como instrumento como cómplice. Nosotros creemos que el hombre puede disponer de todo lo que le pertenece, menos del honor, y no exclamaremos como Danton: *¿Qué me importa mi reputacion? ¿Que mi patria sea libre aunque mi nombre sea maldito!* Sin embargo, en la alternativa de optar entre uno de los dos extremos, diríamos mil veces lo que el republicano frances y no haríamos una sola vez lo que D. Juan Bautista Alonso.

Asi, pues, el delito grave del señor Alonso consiste principalmente en su permanencia en la subsecretaría, fuera por la amistad personal que le ligaba á los ministros de entonces, fuese por aficion al destino con que aquellos supieron comprometerle, fuese por creerse su-

perior á los acontecimientos, fuese por cualquiera otra Gil-y-zaralada tan extravagante como comer sopas en vaso, encender el cigarro por las dos puntas ó poner un puente en la calle del Rio. Aunque no somos militares sabemos muy bien que una retirada á tiempo vale mas en ocasiones que empeñarse en una accion dudosa, y aunque en virtud de nuestros pocos años no pretendemos ni abrigamos la presuncion de políticos experimentados, conocemos sobradamente que en todas las situaciones de la vida, fáciles ó complicadas, vale mas un «por si acaso» que un «¡quién lo hubiera sabido!» Pero en fin, de los escarmentados nacen los avisados, y las lecciones recibidas por todos los liberales en estos últimos tres años, no serán perdidas para los que amamos al pueblo y deseamos la gloria de servirle, si Bautista Alonso y otros como Bautista Alonso aprovechando en un dia de ventura lo que han aprendido en la desgracia, arreglan su marcha á los buenos deseos, y corresponden con sus obras á la confianza y á las exigencias de la nacion.

— Dos cargos resultan notables ademas de lo dicho contra D. Juan Bautista Alonso. El primero, su ciego asentimiento al contrato mónstruo de los cuatrocientos millones de que ya hemos hablado, y de que volveremos á ocuparnos cuando le llegue su turno á D. Manuel Cortina, que tuvo una parte muy principal en aquel proyecto de agiotage, que de llevarse á cabo hubiera sido un ajo de mil demonios; no *ajo-ali-oli*, que entre paréntesis nos gusta mucho si está bien hecho, sino un ajo de Valdestillas, que segun dice el adajio está frio y quema.

— El señor Alonso dirá que era dueño de pensar como le diera la gana en un asunto en que nosotros opinábamos de distinto modo. No es verdad: cuando los juicios

son á todas luces contrarios al buen sentido, no hay facultad de oponerse al comun sentir de los hombres. Nadie es dueño de pensar, por ejemplo, que el agua es vino, y que cuatro más cuatro son seis; y nosotros no podemos conceder al señor Alonso la facultad de pensar bien del ruinoso contrato, así como no podemos permitir á D. Juan Nicasio Gallego la escandalosa licencia de dormirse en público (1).

El segundo cargo es mas grave, y pudiéramos muy bien decir para acabar esta semi-semblanza lo que dice Dumas en el *Casamiento sin amor*.

—El jóven me visitaba todas las semanas.

—¿Todas las semanas?

—Y despues dió en ir á verme todos los dias....

—Vamos hija prosigue, que hasta ahora yo no encuentro nada malo.

—¡Ay!... Es que lo malo empieza ahora.

Lo malo es la cuestion de *Junta Central*: parece que el polvo de la revolucion tapó los ojos á todos esos hombres de quienes el pueblo tenia derecho á esperar mas consecuencia y mas resolucion. Pero no señor, venimos siempre á parar á lo del *Vaso de agua*, de que las causas mas insignificantes producen grandes efectos, y como en todos los hombres hay un sentimiento de amor propio, por no decir de vanidad, tan escesivo que casi preside á todas las operaciones del alma, sucede que lanzado el hombre en una corriente arriesgada y espinosa, una vez que se figura encarrilado al objeto que presume co-

---

(1) Es tal la propension al sueño en el abedul de que hablamos, que cuando se retira por la noche á su casa tiene que ir cantando por la calle para no dormirse en el camino.

nocer , sigue su rumbo sin que le arredren los obstáculos que pueden impedirle el paso , sin que le detengan los guijarros y las espinas amontonadas por la Providencia para desgarrarle los piés al pasar. Es cosa estraña que las afecciones de partido hayan de modificar el pensamiento en cuestiones tan claras y capitales algunas veces. Si á la muerte de Fernando VII no hubiera habido en España lo que llamamos *serviles y liberales*, muchos de los que se declararon carlistas habrian sido isabelinos, y no pocos de estos hubieran encontrado incuestionables los derechos de D. Carlos á la corona; pero mediaban las pasiones de partido, y los que por conveniencia se decidieron en favor de los derechos de Isabel de Borbon, como los que se declararon por D. Carlos, acabaron por defender con las armas en la mano, cada cual al que satisfacía sus miras políticas, no ya por conveniencia solo, sino con fe y por convencimiento de lejitimidad. Esto sucedió en la cuestion de Junta Central con los coalicionistas de alto copete; las palabras de paz, órden y justicia, que tan saludables son y tantos males han causado en España, empezaron á seducir á los que tuvieron necesidad de tomarlas una vez en boca, y llegado el trance fatídico de pronunciarlas, un poder incontrastable como el que impelia al Judio Errante en su eterna carrera, parecia que con el dedo marcaba á nuestros hombres el camino de la restauracion, al cual se lanzaban desbocados sin mas guia que la voz de su funesto destino, que les gritaba sin cesar: ¡Anda! ¡Anda! ¡Anda!

D. Juan Bautista Alonso se pronunció abiertamente contra la Junta Central, y escribió á sus paisanos invitándoles á que no se pronunciasen. Nosotros hemos oido al señor Alonso dar sus razones sobre este punto, pero

con dolor tenemos que decirle que no nos ha convencido. Fuese porque creyera mas conveniente al interes de su partido la convocacion de las córtes, sin pararse en si la medida era ó no inconstitucional y antirevolucionaria, fuese porque pensára que los moderados tuvieran mayoría en la Central, cosa imposible como creemos haber demostrado victoriosamente, lo cierto es que el señor Alonso cometió la gravísima falta de contribuir á sofocar el eco unánime y sincero del entusiasmo nacional.

Sin embargo, diremos para concluir, que el señor Alonso no es un enfermo deshauciado; al contrario, creemos y nos alegraremos que pueda curar radicalmente la úlcera que ha puesto en peligro su vida política sino se abandonan los medios curativos en la convalecencia; pero para conseguir esto son ineficaces las visitas y consultas médicas; todos los medios, todos los esfuerzos, todos los medicamentos para alcanzar la salud, afirmarla y robustecerla, dependen esclusivamente de la voluntad del enfermo.





---

---

## DON ANTONIO GALLEGO.

---

**L**A provincia de Albacete ha dado muchos sustos y no pocos pesares á las otras cuarenta y ocho hermanas con su terrible comercio de navajas, y bien puede asegurarse que en las continuas guerras de que España ha sido teatro, no han derramado tanta sangre las famosas hojas de Toledo como las no menos famosas hojas de Albacete en tiempos de tranquilidad. Pero desde luego puede asegurarse que la mas débil de todas las hojas de esta provincia, por muchos conceptos apreciable, es la hoja de servicios de su hijo D. Antonio Gallego, subsecretario de la Guerra durante el nunca bien ponderado Gobierno provisional. La hoja de servicios de este mariscal de campo es una hoja inferior á la de la mas inferior navaja de Albacete, y desde luego vaticinamos mal de la vaina si es tan mala la vaina como la hoja, cosa que ignoramos y deseamos ignorar eternamente.

:

¡Desgracia fué que D. Antonio Gallego naciera en el pueblo de Tobarra, provincia de Albacete; desgracia y grande aunque no nos atreveremos á decir si fué desgracia para el pueblo ó para D. Antonio Gallego: solo diremos lo que dicen que dijo cierto sábio filósofo á quien un hombre estúpido y malvado quiso afrentar por haber nacido en un pueblo bárbaro.—«Sí, contestó el filósofo: yo me avergüenzo de mi patria, pero la tuya no se honra de tí.» El pueblo de Tobarra cuando acabe de leer esta semblanza política de su pilongo mancebo hará la aplicacion que deba de la sentencia, decidiendo si es el hombre quien debe honrarse de la patria ó la patria la que debe honrarse del hombre. Nosotros no lo diremos! por lo claro, aunque tampoco lo diremos tan turbio que no tenga muchos puntos de contacto con lo claro.

D. Antonio Gallego, natural de Tobarra, si no estamos mal informados, tuvo la intrepidez de tomar las armas en la guerra de la Independencia, si no estamos equivocados, en la cual llegó al grado de capitán de milicias nada menos, si no miente la historia.

Nosotros no tenemos la fortuna, si es fortuna, ni la desgracia, si es desgracia, de conocer á D. Antonio Gallego, por consiguiente podemos juzgarle con imparcialidad; aunque esto no necesitamos decirlo, porque francamente, lo mismo acostumbramos á tratar á los amigos que á los enemigos, y á los que nos son indiferentes. La verdad es una para todos. Pero sépase que si recargamos la mano á D. Antonio Gallego, no es por género ninguno de antipatía ó rencilla personal, pues no sabemos quién es mas que por sus hechos y por ellos vamos á juzgarle únicamente. Solo una cosa hay que á primera vista nos desagrade en este señor que es el apellido *Gallego*, por ser el apellido de

D. Juan Nicasio y por el nombre de D. Antonio, que es el que en la pila pusieron á Gil y Zárate, personas para nosotros antipáticas (1).

Y entre paréntesis, ya quisiera D. Antonio Gallego ser tan afortunado como D. Juan Nicasio, su tocayo de apellido, que dias pasados se murió y volvió á resucitar entre los vivos. Pero esto no solo ha sido fortuna para D. Nicasio sino para el pueblo de Madrid, espuesto á una conmocion por la noticia de tan prematura muerte. En primer lugar se asustaron los comerciantes porque en todos los almacenes de Madrid no habia bastante bayeta para la mortaja; se sobrecojieron las mulas de alquiler pensando que las faltarian las fuerzas para tirar de aquella viga de lagar, y se dijo ademas que era necesario construir un panteon aparte, tan grande como el féretro para depositarle allí, pues segun todos los geómetras no hay ningun Campo Santo en la córte de España donde quepan las cenizas de D. Juan Nicasio Gallego. Lo que nosotros podemos asegurar es que en los montes de Liébana se ha subido el precio de la madera, desde que se difundió la noticia alarmante de que habia que hacer un ataud de tan colosales dimensiones.

Pero volviendo á D. Antonio Gallego, que es el espediente que mas urge despachar, diremos que toda su vida fué partidario acérrimo del sistema constitucional, por cuya circunstancia alcanzó de 1820 al 23 la gracia de pasar al cuerpo de zapadores. Nada mas justo que esto,

---

(1) Y esto lo digo con perdon del Jesuita, mi compañero, que no tiene mas mancha en su vida política y literaria que el llamarse Antonio como Gil y Zárate.

y algo mas debieron hacer por este liberal benemérito los hombres del *trágala perro* atendiendo á sus buenos antecedentes y servicios ; pero ya que no lo hicieron los liberales lo hicieron los absolutistas, y el gobierno de Fernando VII, atendiendo á las recomendables prendas del señor don Antonio Gallego, tuvo á bien elevarle al grado de teniente coronel , con mas la bagatela ó añadidura de agente fiscal supernumerario del consejo supremo de la Guerra. Ahí tienen ustedes una justísima reparacion y una digna recompensa. Ahí tenemos el mayor elogio que se puede hacer de los servicios de D. Antonio Gallego, servicios de tanta importancia, que ya que no los premiaron los liberales, los premiaron los absolutistas.

Ya D. Antonio Gallego, militar de paz, se acomodó á la vida oficinesca, y aclimatado en el destino se propuso no volver á mandar soldados, persuadido de que en España se asciende en las oficinas y se puede llegar á general, porque desde luego concederemos que algunas naciones pueden tener mejores generales que nosotros, pero eso de tener mas, ni tantos... conversacion.

Hizo muy bien D. Antonio en no volver á tomar las armas, sabiendo que sin salir de Madrid podria colocarse á la altura de los Wellington y otros no menos célebres hijos de Marte. Por eso no abandonó su destino hasta que subió al ministerio su amigo íntimo el general Zarco del Valle, que le quiso poner á prueba sacándole del Consejo... ¿ Saben ustedes para qué ? ¡ Oh prodigios del belicoso ardor que animó siempre á los descendientes del Cid y de Pelayo ! Pues señores, le sacó del Consejo para verle hacer proezas... en la secretaría de la Guerra.

Otra vez tenemos estacionado á D. Antonio Gallego,

que á la cuenta es hombre de tal temple que cuando entra en alguna parte parece que le clavan; y así como el soldado inglés poniendo la rodilla sobre la maleta aguarda al enemigo haciendo fuego, así nuestro D. Antonio cuando hinca el codo derecho encima de un pupitre, espera con una serenidad á prueba de bomba el huracán político sin temerle. Bien hecho; al fin y al cabo sabemos también que no todas las plantas de nuestra revolución son tan extraordinariamente débiles que deban temer las sacudidas de semejantes huracanes, y algunas de ellas han demostrado ser de la calidad del gato que siempre queda de pie. D. Antonio Gallego, firme que firme en su secretaría, permaneció en ella hasta que le metieron fuera los acontecimientos de la Granja en 1836. Pero como dice el refrán que no hay mal que por bien no venga, si D. Antonio salió de la secretaría, en cambio se encontró muy pronto con el grado de coronel, sin saber cómo, ni por qué acción de guerra. Desde la de la independencia hasta la época á que nos referimos, no se sabe que D. Antonio Gallego concurriese á ningún hecho de armas, pero en cambio ha oído hablar de generales célebres y de batallas famosas como la de Mendigorria, la de Arlaban, la de Retuerta, la de Luchana, la de Peñacerrada y otras muchas, y esto casi equivale á lo mismo, como dice Quedo hablando de un coplero que se creía poeta porque había gastado unos calzones que desechó Lope de Vega. Desde 1836 á 1838 tampoco salió del hogar doméstico Don Antonio, pero sin embargo el generoso gobierno de entonces tuvo á bien elevarle al grado de brigadier, en atención á los servicios prestados á la causa de la libertad sin salir de su casa. ¡Cosas de España!

Siempre hemos oído lamentarse á algunas gentes, que

por haberse mecido en afortunada cuna se creen exclusivamente merecedoras de todas las gracias aunque sean indignas de recompensa; las hemos oido lastimarse, repetimos, de los premios concedidos á hombres beneméritos que á pesar de sus sacrificios y méritos tuvieron á los ojos de la preocupacion la desventaja de nacer pobres. Parece que la condicion en que nace el hombre debe ser una cadena que le oprima y sujete eternamente á su esfera, fuera de la cual no le es permitido girar; y asi por ejemplo, se ha llevado á mal por algunos que el Empeccinado y Zurbano ciñeran la faja de generales, al paso que ven sin escándalo capitanes y comandantes sin haber oido el humo de la pólvora, solo porque sus padres ó sus tios merecieron entorchados y bandas ¡ Solemne disparate! Por este principio el hijo del cavador debia cavar toda su vida, el del labrador abrir surcos, y el del zapatero coser zapatos. ¿ Pues qué el genio pertenece á las clases elevadas? ¿ No hay muchos talentos ignorados por falta de cultivo en las pequeñas aldeas, que con una mediana educacion eclipsarian el brillo prestado y artificial de esas capacidades de chiripa que como la luna brillan á merced de la luz que reciben de un astro superior? ¡ Ah! ¡ Cuantos Newtones, cuantos Bonapartes y cuantos Cervantes habrán vivido y muerto en el mundo oscurecidos, porque la Providencia no puso en sus manos mas pluma ó espada que la esteva y los gavilanes!

Nosotros hemos leído con indignacion periódicos que al combatir á Espartero querian sonrojarle recordándole que era hijo de un carretero, como si al hombre de bien pudiera avergonzarle jamas la condicion de sus padres. ¡ Espartero: nosotros que hemos censurado tus errores y elogiado tus hazañas; nosotros que nunca te hemos aborre-

cido ni idolatrado ; nosotros que hemos experimentado al verte muchas esperanzas y desengaños ; nosotros , los únicos acaso que por la independenciam de nuestro carácter y por la índole de nuestros principios , hemos podido seguirte los pasos durante tu memorable carrera política , ajenos de mezquinas pasiones ; nosotros sin canonizarte , porque jamas pisaste los lumbrales del santuario de nuestras ilusiones , y sin rechazarte porque hijo del pueblo , tu encumbramiento representaba en parte á nuestros ojos el triunfo del principio popular ; nosotros que juzgándote con imparcialidad podemos hablarte sin temor de que la envidia ponzoñosa y sistemática repugne las palabras que no son hijas de un entusiasmo rutinario y estúpido ; nosotros te haremos la justicia de creer que por afición que tuvieras á las vanidades de la vida cuando la fortuna te halagaba , nunca querrias tanto tus grados y títulos como al pobre carretero de Granátula que te dió la existencia ! ¿ Qué te importan , pues , los ataques de este género que aseste la rabia de tus implacables enemigos ? ¿ Qué importa que tus honrosas distinciones , esas cruces que son la numeracion indeleble de tus gloriosos triunfos , esos grados adquiridos por una série de inmarcesibles laureles y de repetidas conquistas , sean mal mirados por un escuadron numeroso de émulos y envidiosos ? Si alguna vez llega á tus oidos el sañudo alarido de los que en tus padres desahogan la cólera que les ciega , respóndeles con la nobleza y dignidad que no te habran abandonado en la desgracia , porque son el patrimonio vitalicio de los hombres honrados : « Sí , soy hijo de un humilde carretero , y de buena gana renunciaria á la pompa del mundo con tal de verle y compartir con él mis lágrimas y mis consuelos ; porque la fortuna que se

pierde con la misma facilidad que se ganó, puede reconquistarse tambien con la facilidad que se ha perdido, pero nunca puede el hombre recobrar á sus padres una vez que la tumba esconda sus restos.»

Nosotros hemos oido tambien decir en alta voz que la sublevacion de Zurbano era una ventura para el ejército, puesto que por aquel acontecimiento podia lavarse la mancha que habia caido sobre las armas españolas, al ver el nombre de un bandido en la lista de los generales. Y sin embargo, mientras otros militares subian como la espuma, Zurbano parecia estacionado en su carrera, pero siempre infatigable escarmentaba á los enemigos de la libertad atacándolos sin descanso, cada dia, cada hora, esponiéndose á los mas grandes peligros, de los cuales, merced á su genio guerrero, á su táctica particular y á sus talentos estratéjicos salia constantemente victorioso causando considerables pérdidas á los facciosos. Si Zurbano era ó no merecedor de la faja lo pueden demostrar las acciones de Arlaban, Peñacerrada, Arana, Gamarra, Pitarque, Beceite, Zalduendo, Alegría y otras infinitas que no necesitamos enumerar por ser tantas y tan conocidas, asi como no podemos enumerar las acciones heróicas de otros generales por ser tan pocas y tan ignoradas.

D. Antonio Gallego desde 1836 á 1838, sin salir de su casa obtuvo los grados de coronel y brigadier, y nadie ha dicho nada de esto, nadie absolutamente hasta ahora que lo decimos nosotros, que estamos condenados á decir todo lo que nadie ha querido decir ó no ha podido decir, ó no ha sabido decir, ó no se ha atrevido á decir. Doloroso es que solo nosotros hayamos de decir al público las cosas que otros nos dicen á nosotros encargán-

donos el secreto; porque depositarios fieles de estos secretos, nosotros no tenemos licencia para revelarlos á nadie mas que al público, al cual recomendamos tambien encarecidamente el secreto de todo lo que le decimos. Sí por cierto; nosotros tenemos formada una lista colosal de notabilidades á quienes iremos sucesivamente examinando de doctrina política, literaria, social, militar, financiera, científica y artística, y al que no sepa la leccion le daremos pasaporte para el cuartel de inválidos si es militar, y si es paisano le quitaremos todos los grados y condecoraciones de paisano, le condenaremos á no ser paisano, le eliminaremos del gremio de los paisanos, le haremos menos que paisano, cosa bastante difícil en los tiempos presentes, pues á fe que hoy dia el que es paisano es todo lo menos que puede ser un hombre. Y vive Dios que aun habrá hombres bastante filósofos que apetezcan ser menos que paisanos para ser mas que paisanos, así como los músicos creen que son mas que los soldados y estos mas que los músicos, cuestion difícil de resolver, porque á la verdad menos que músico y que soldado no concebimos empleo en el ejército. Lo que hemos dicho de tener mas generales que las demas naciones no es de ahora; hace ya tiempo que en España adolecemos de este vicio, por lo cual, no sabiendo como premiar ó por mejor decir como bautizar los títulos de nuestros guerreros, observa muy oportunamente un autor frances que hemos tenido que darles un nombre enteramente opuesto á lo que exige la naturaleza de su profesion, y así hemos tenido un marques de la *Concordia*, un conde de la *Union*, un príncipe de la *Paz* y otros varios que han debido ponerse turbados al comparecer ante el tribunal de Marte.

Posteriormente, es decir, despues de 1838 en que recibió D. Antonio Gallego el grado de brigadier, refiérese que desempeñó algunas comisiones y entre ellas la de la junta de gobierno del Monte Pio militar, á la que perteneció hasta 1843, año de la pasion y muerte de los progresistas.

En este año fué nombrado D. Antonio Gallego subsecretario de la Guerra, y allí, en la subsecretaría, debió haber algunas escaramuzas mas formidables que la batalla de Arapiles con motivo de las cuestiones de Junta Central que se ventilaban entonces, donde es de creer que el señor Gallego desplegara en alto grado su estrategia, pues al retirarse de la plaza llevaba el consuelo de haber alcanzado una faja trasconejada entre otros víveres del botin revolucionario. ¡Una faja! ¡Bravísimo! ya tenemos un mariscal de campo mas, un nombre mas para la Guia en la lista de los setecientos, que dentro de poco llegarán al número de once mil, y tendremos once mil vírgenes doncellas en el catálogo de los santos y once mil espadas en el almanaque militar.

La elevacion de D. Antonio Gallego, debida, segun dicen, en parte á sus buenos amigos Serrano, Zarco del Valle, Campo Sagrado y otros generales, no ha dejado de tener altísimas consecuencias para nuestro orgullo nacional; pues gracias á sus ascensos ha tenido este señor popularidad y posicion suficientes para ser senador, con cuyo motivo ha podido ostentar sus facultades oratorias en ese cuerpo que bien puede llamarse cuerpo sin alma, donde se han oscurecido las glorias de los Mirabeaus, los Cicerones y los Demóstenes, aunque no sea mas que por la aversion que algunos oradores han logrado inspirar á la elocuencia. Pasemos á otro, que ya hemos dicho mas

de lo que D. Antonio Gallego podía esperar de nuestra paciencia, aunque menos de lo que sus hechos exigían.

Pero para acabar necesitamos resolver el problema de si el D. Antonio Gallego es el que debe avergonzarse de su patria, ó esta vanagloriarse del fruto de sus amores, sobre lo cual solo nos ocurre citar el cuento del otro:

—¡Muchacho! si aciertas lo que llevo en el morral, te doy un racimo.

—Llevarás uvas.

—Ó eres adivino, ó el demonio te lo ha dicho.



de la que D. Antonio Callego había estado de casaca  
 y ahora, aunque menos de lo que sus hábitos eran.  
 Pero para acabar necesitaba un poco de dinero.  
 D. Antonio Callego es el que debe a don Gregorio de su  
 casa, a esta familia de los señores de sus señores, que  
 se lo que tal cosa nos ocurre con el punto del cargo.  
 — Muchacho, si quieres lo que llevas en el bolsillo.

— ¿Qué me quieres?

— ¿Qué te importa?

— O me das lo que te pido, o te voy a dar lo que me pides.

---

## D. FRANCISCO DE PAULA ALVAREZ.

---

**L**os hombres mas enemigos de la libertad en España son los que la deben mas, los que todo lo son por ella, los que sin ella hubieran vejetado en ignoradas aldeas pobres y desconocidos. ¿De dónde ha podido dimanar esa casi unánime ingratitud?

Lo cierto es que la mayor parte de nuestros literatos, de nuestros militares y de nuestros políticos han vuelto la espalda con desden á la revolucion, despues de haber logrado los mas distinguidos favores que una dama pródiga, complaciente y hasta coqueta pueda dispensar á sus amantes.

En la política y en el ejército hay muchos hombres que han alcanzado celebridad, merced á los padrinos cuando no á la casualidad. Por ejemplo, un..... un..... un..... un..... un..... y otros infinitos ex-ministros,

¿cuándo hubieran llegado al poder en tiempos de paz y en un orden de cosas regularizado y legal? ¿Cuándo algunos de los hombres que han figurado habrían alcanzado tantas distinciones sino en tiempos de continuas revueltas, en que á la sombra de los que medran legítimamente pueden elevarse burlando la vijilancia de la justicia, tantas nulidades que recorren el camino de la posteridad agarrados á la casaca de sus bienhechores y amigos, de sus padres ó de sus hermanos?

En cuanto á los literatos es otra cosa: Estos se han remontado con su genio, pero ha sido necesario que la revolucion les prestase las alas, porque de lo contrario no hubieran podido volar. Yo quiero conceder talento á muchos notables jóvenes escritores que honran á España con sus obras; pero no puedo prescindir de hacerles una pregunta. ¿Qué serian hoy Zorrilla, García Gutierrez, Campoamor, Rubí y otros muchos si la libertad de imprenta no les hubiera servido de palanca para levantarse á la altura en que se encuentran? Me dirán que Quintana, Breton, Arriaza y algunos mas escribieron y lograron popularidad bajo el régimen absoluto; pero debemos advertir que por cada poeta que abortó el absolutismo ha producido ciento la libertad, y que muchos ó casi todos los que de diez años á esta parte se han dado á conocer como poetas líricos, como autores dramáticos y como publicistas, empezaron por embadurnar folletines de periódicos con miserables producciones que nadie queria leer. Con el estímulo de la prensa fueron estudiando y corrijiéndose hasta conseguir ser leídos sin empacho, y á poco tiempo con gusto y últimamente con asombro en sus escogidas creaciones; pero los aplausos que hoy el público les tributa con justicia no habrían tenido lugar

si tales poetas no hubieran cultivado su talento, y claro es que muchos poetas no hubieran cultivado su talento puesto que solo se han encontrado aptos para seguir una carrera en que nunca soñaron, cuando la libertad de escribir vino á sacarles de su error. En el dia tenemos poetas á centenares; y aunque es verdad que donde hay mucho bueno tambien abunda lo malo, es innegable que donde hay mucho malo tambien abunda lo bueno, y por consiguiente en ese innumerable enjambre donde tanto hay que desechar, hay tambien mucho, muchísimo que escojer, y esto bueno, es decir, lo que podemos escojer, es por lo menos medio centenar de poetas brillantes, de poetas verdaderos, que nacieron poetas, que son poetas, pero que sin la libertad de imprenta hubieran muerto siendo poetas sin reparar en ello.

Pues bien: los literatos por su ilustracion tienen el deber de ser liberales, porque no se concibe cómo hombres de seso puedan vacilar un momento cuando se trata de optar entre lo bello y lo feo, entre la virtud y el vicio, entre la justicia y el capricho, entre el saber y la ignorancia; tienen obligacion de ser liberales porque debemos suponerles sentimientos de humanidad y de independencia, de honor y de dignidad, cuatro cosas que están en pugna con el despotismo; y tienen últimamente la obligacion de ser liberales por gratitud, puesto que todo lo que son lo deben á la libertad. Los que se aparten de este camino (fácil es sacar la consecuencia) son ingratos porque reniegan de la madre que les dió á luz, son egoistas porque contra sus mismos instintos se han vendido á la aristocracia por satisfacer necesidades torpes y miserables, y hacen alarde del mas refinado cinismo declarándose abiertamente paladines de la tiranía, ó lo que

es lo mismo enemigos acérrimos de la humanidad, del honor, de su dignidad y de la particular y universal independencia.

Nuestros políticos, aun los mas merecedores del aprecio público por sus talentos, ¿qué habrían podido prometerse si el sol de la libertad no hubiera iluminado á España? Becerra, Olózaga, Lopez, Cortina, Madoz, Domenech y otros mil hubieran hecho algun progreso en sus carreras, llegando el que mas dichoso fuera, el mas mimado por la fortuna, á ocupar una plaza en la española magistratura; pero la representacion nacional les dió medios de manifestar y lucir sus conocimientos, sus inspiraciones patrióticas, acordes con las exigencias del pueblo, y por este medio tantos hombres que habrían muerto arrinconados bajo el yugo del absolutismo han figurado al frente de los negocios y de los partidos gracias á la revolucion. La casualidad que sacó del polvo del olvido á los hombres de superior talento, proporcionó ocasion á las medianías de medirse frente á frente con ellos, y aunque á su lado era bien difícil brillar, la consideracion de satélites de los primeros planetas hizo á los hombres secundarios seguir su constante rumbo por el numeroso vacío político, sufriendo todas las vicisitudes y participando de todos los honores aunque en escala mas inferior. Entre los muchos diputados, mas propios de un colegio de sordo-mudos que de un congreso nacional, vino el señor D. Francisco de Paula Alvarez, enviado por los electores de no sabemos qué provincia, como dice Victor Hugo que los electores de Aix mandaron á Mirabeau á los Estados generales en un momento de fiebre, á falta de otra cosa y quizá sin saber por qué. Pero la casualidad hizo que los elec-

tores de Aix eligieran sin saberlo al padre de la elocuencia moderna, y esa pícara casualidad no quiso ofrecer en D. Francisco de Paula Alvarez ningun punto de contacto con Mirabeau, como no sea la identidad de la eleccion y el que podamos citar á estos oradores como los polos contrarios, ó sea los dos antípodas de la tribuna. Victor Hugo dice en *Lucrecia Borgia* que la noche es lo contrario del dia, una torre lo contrario de un pozo, etc., etc., si hubiera conocido al individuo cuya semblanza nos ocupa, podia haber añadido á su larga lista de contrastes que lo contrario de Mirabeau es D. Francisco de Paula Alvarez.

Este ciudadano, hablemos sin pasion, ha sido considerado siempre como un progresista y como *un buen hombre*, por cuya razon ha tenido constantemente mas favorecedores que partidarios, mas amigos que prosélitos. De esto tenemos los mejores informes. Cuéntase que fué en algun tiempo auxiliar del ministerio de Hacienda, donde dejó memorables recuerdos... de su falta de aptitud. Siguió luego dando inequívocas pruebas de lo mismo (de inaptitud) en las gefaturas políticas como las dará siempre que se quiera, porque el señor Alvarez solo puede ser apto cuando se requiera talento para ser inepto; y como es sabido que en España muchos tontos se llenan de títulos honoríficos, consiguió el nombramiento y consideracion de intendente sin ejercer intendencia alguna y sin entender lo que entender debemos por intendente.

Las noticias biográficas que han llegado hasta nosotros convienen en que D. Francisco era tan negado para el despacho de los negocios, que varios oficiales del ministerio se quejaron manifestando que no podian despachar con él á causa de su absoluta carencia de compren-

sion. Espedientes existen en el archivo de Hacienda con resoluciones escritas por el señor Alvarez que justifican lo que decimos, pues no solo ignoraba la ortografía y el modo de construir las oraciones, sino que al vaciar sus ideas se embrollaba de tal suerte, que la mayor parte de las veces ni por conjetura se llegaba á conocer el espíritu ó el significado de sus resoluciones puestas al margen de los espedientes.—He aquí un gran diputado.

Benditas revoluciones  
que á tal punto nos conducen ;  
benditas las minas sean  
que tales perlas producen.

Empleados como D. Francisco de Paula Alvarez hay algunos en España para gloria de nuestra Hacienda. Nos otros conocimos un tal D. José Segundo, empleado de rentas, que algunas veces escribía, por abreviar, en número su apellido de este modo «José 2.º» lo cual parecia querer decir que era un rey sucesor de José Botellas. Este mismo empleado al rotular una carpeta que contenia varias contestaciones habidas entre un intendente y un contador puso «DIMS Y DIRETES entre el contador y el intendente» y por último, escusado es insistir en este particular, porque demasiado sabido es que algunos de nuestros empleados son capaces de sembrar morcillas, como cierto literato de quien tantas veces hablamos en nuestra historia. Por lo demas, se dice que D. Francisco de Paula Alvarez es hombre de trato dulce, de buenas intenciones, escelente patriota, y en la subsecretaría de Hacienda, donde tantas pruebas dió de su inaptitud y torpeza, fué un dechado de moralidad. Esta es una prenda

que le honra tanto, que casi estamos por perdonarle las demas faltas en muestra de nuestra imparcialidad con un hombre á quien ni de vista conocemos.

Hay quien dice que su entrada en la subsecretaría no fué solicitada por él sino que sus amigos personales trataron de proporcionarle una cesantía regular, á fin de que pudiese vivir con menos escaseces. Sensible es que las consideraciones personales valgan tanto en España que se las anteponga al bien y á los intereses de la nacion. Si efectivamente D. Francisco de Paula Alvarez es tan honrado como nos aseguran, merece que se le atienda en el infortunio; porque aunque es cierto que el hombre tiene obligacion de ser honrado y nada hace de mas al serlo, tan rara se va haciendo esta prenda que no dudaríamos en premiar al que la posea; pero cuando se trata de la nacion todas las afecciones personales, todas las consideraciones de amistad y aun de familia deben enmudecer, porque la nacion es antes que todo, y porque ni los hombres ni los gobiernos son dueños de disponer de la bolsa agena.

Hemos hablado de este ciudadano porque tuvo la desgracia de servir en la secretaría de Hacienda durante el Gobierno provisional y nada mas, porque hombre pacífico, de carácter melancólico é incapaz de hacer mal ni bien donde quiera que se encuentre, como el unguento blanco que ni mata ni sana, nada podemos decirle acerca de los acontecimientos que deploramos y en que no ha tenido mas parte que la necesidad desgraciada de asociar su nombre á los caudillos de la reaccion.

Diremos para concluir que á poco de entrar en el ministerio D. Francisco de Paula Alvarez se publicó una biografía suya, es decir, de su vida, porque la obra era de otro, en la cual, que por cierto no la hemos leído, cuentan

que se sacaron á relucir algunos trapillos de sus verdes años. Pero sobre esto no queremos decir nada, porque en los *Políticos en Camisa* no tratamos de penetrar en el terreno de la vida privada. Dejemos por consiguiente á un lado pormenores que no nos interesan, y reasumamos á D. Francisco de Paula Alvarez diciendo, que es tan bueno como nulo; liberal, sin mas tacha que haber servido al Gobierno provisional; hombre que la casualidad ha elevado á los primeros puestos de la nacion; pero que á pesar de su honradez, si un dia prevalecen sus principios políticos, nadie debe volver á acordarse de él, ni para diputado, ni para subsecretario, ni para consejero.

ciudadano en el extranjero para mejorar la condici6n de los pueblos y de los gobiernos. Queda como se espone la juventud n6stra de los viejos progresistas. Los viejos han desechado la bandera liberal con sus inc6gnitas; han aceptado los principios de los tiranos por tiranos, y si el pueblo no se rebela se rebela por tiranos.

**D. LUIS COLLANTES Y BUSTAMANTE.**

Los viejos que habian creydo en la libertad la quieren con la condici6n de ser ellos los 6nicos encargados de salvarla, y en la alternativa de abandonar el mando 6 ser perfectos liberales, pr6ximos que la libertad se hunda.

La juventud ¿ y qué es lo que podemos esperar de la juventud? ¿ Qué significa el patri6tico ardor con que defiende las doctrinas liberales, si con el mismo ardor las combate á poco tiempo? ¿ No hemos visto á muchos jóvenes vomitar pestes contra el palacio y los palaciegos, proclamar la democracia en la prensa, en el jurado y en las c6rtes, y despues servir de palanca á los absolutistas para derribar la libertad? Ciertamente que la juventud no nos merece el mejor concepto, porque la esperiencia nos ha hecho conocer el valor de sus lisongeras palabras, y por lo tanto levantamos nuestra voz contra ella, y quedo sentado desde hoy que los viejos son los que pueden sacarnos del atolladero en que estamos; que los viejos son los buenos, los verdaderos liberales; que á los viejos debemos confiar la obra de la regeneracion española, y en fin que la cualidad de j6ven sea en adelante en todo

ciudadano un obstáculo para merecer la confianza de los pueblos y de los gobiernos.

Oigamos como se espresa la juventud acerca de los viejos progresistas.

Los viejos han despedazado la bandera liberal con sus inconsecuencias ; han aceptado los principios de sus contrarios por miedo , y si el partido moderado se ve hoy engrosado por una parte de la juventud ilustrada ; si muchos de nuestros literatos y artistas han abjurado de sus principios liberales, no tanto es esto debido á la inmoralidad de los tiempos que alcanzamos como á la intolerancia y exclusivismo de los viejos progresistas.

Los viejos que de buena fe quieren la libertad la quieren con la condicion de ser ellos los únicos encargados de salvarla, y en la alternativa de abandonar el mando ó ver perecer la libertad, prefieren que la libertad se hunda, porque su orgullo no les consiente desprenderse de la bandera que no pueden tremolar por falta de valor y que no quieren sin embargo soltar á dos tirones sus trémulas y cadavéricas manos, impulsadas por el egoismo mas refinado.

Asi como los viejos moderados han tendido constantemente una mano protectora á la juventud ilustrada, y la han halagado y hasta adulado nada mas que por el santo afan de hacer prosélitos , asi los viejos progresistas han vuelto la espalda á los jóvenes de letras llevando mas allá de lo que puede concebir la imaginacion la injuria y el desprecio. Porque en los hombres que se distinguen por la pluma ó la palabra menos ven correligionarios que rivales ; porque desean mas el brillo de sus personas que el de su bandera ; porque no pueden ni saben amar la libertad si para ella han de hacer el sacrificio de condenar su nombre á una honrosa jubilacion.

Y luego añaden en son de queja lastimera.

¿A quién se debe la importacion de la cámara alta, del veto absoluto y otras frioleras consignadas en una constitucion, de la cual dijeron sus autores que dentro de ella se podia entregar la nacion española á los estrangeros? Responda desde la tumba el mismo Argüelles, contesten desde la emigracion otros célebres caudillos del partido progresista, y atrévanse todavía á calumniar á la juventud liberal que sin comerlo ni beberlo está purgando los desaciertos y pecados de sus primeros padres. Estamos seguros de que no desplegarán sus labios esos hombres que solo en el nombre se han diferenciado siempre de nuestros adversarios declarados. Sabemos muy bien que los autores de la Constitucion de 1837 conocen hoy su error, aunque estamos muy persuadidos de que no lo confesarían por no permitírsele su vanidad pueril, y lo único que nos diran tal vez, es que al espresarnos con la proverbial ingenuidad que nos caracteriza tratamos de entronizar la division en un partido que ahora mas que nunca necesita manifestarse homogéneo y compacto; pero nosotros diremos todo lo alto que nuestros pulmones consientan, que estamos dispuestos á hacer todos los sacrificios imaginables, como no sea el de nuestras doctrinas democráticas, para establecer la mejor armonía, la verdadera union entre los buenos liberales, al paso que no dudamos aceptar la separacion entre los jóvenes y los viejos, ya que estos han tomado la iniciativa, y si algun dia se vuelven á ver en el apogeo del mando, les rogamos que no se acuerden de nosotros para nada, que esten seguros de tenernos por opositores; porque nosotros lo estamos de que, salvo algunas honrosas escepciones, nada pueden hacer de provecho para España, que saben poco, que nada

aprenden, que la libertad sucumbirá cuantas veces caiga en sus torpes manos, y que las canas y las calvas no son el mejor antídoto contra los viejos abusos que necesitamos estirpar de raíz.

Quando los jóvenes no tuvieran muchos títulos á la consideracion de los liberales, tendrian siempre en su abono la de no haber mercedido favores del absolutismo al que no pudieron servir, al paso que los que por su edad avanzada han conocido diferentes formas de gobierno no están exentos de esta mancha. Muchos de los viejos progresistas que mas han figurado en la revolucion disfrutaron empleos en la época de Calomarde, y asi han tenido que jurar amor al rey absoluto como á las libertades patrias para conseguir ó conservar el turrón que pretendieron ó alcanzaron.

Al oír esta tremenda filípica de los jóvenes, se encolerizan los viejos, y escupiendo por el colmillo á guisa de jaque andaluz, vuelven á la carga con mas decision que nunca, procurando hacinar materiales de guerra para alcanzar la victoria en esta lucha de edades. Oigamos de nuevo á los viejos.

« Vosotros, jóvenes incautos, os quejais de nuestra ambicion y la vuestra es incalificable, porque si muchos de vosotros defendeis con calor doctrinas exajeradas, mas bien que la conviccion os guía el designio de llegar al poder por distinto camino, y no sabemos si vuestra dictadura seria más blanda que el despotismo de Felipe II. Vosotros nos acusais de vanidosos y apenas hay un joven que al pronunciar un discurso de principiante ó al producir una quarteta de piés forzados no se considere apto para desempeñar una gefatura política, arreglar la hacienda, revolver la marina, dirijir los ejércitos y hasta

cantar misa y curar enfermedades crónicas. Vosotros acusais á hombres respetables de nuestro seno de haber elaborado una constitucion raquítica, y de entre vosotros han brotado los Gonzales Brabos y otros muchos corifeos de la exaltacion que juzgando nuestras doctrinas demasiado avanzadas, las han derrocado para sustituir otras que solo pueden parecer pasables á los absolutistas. Vosotros nos acusais, en fin, de haber desempeñado destinos en épocas distintas, habiendo tenido que jurar amor al rey absoluto lo mismo que á la libertad, y si vosotros no habeis servido al despotismo es porque no le habeis alcanzado, como se prueba con los ejemplos que tenemos de muchos de vosotros que tan pronto como lograron vislumbrar un rayo de luz palaciega, no se acordaron de que habia democracia mas que para escarnecerla y perseguirla.—Quede, pues, sentado que nosotros somos los buenos.»

Irritados los jóvenes al ver la pertinacia de sus antagonistas, esclaman como energúmenos. «Vosotros habeis servido al absolutismo, y le habeis jurado obediencia, y le habeis canonizado, y le habeis hecho versos, y nosotros de nada de esto tenemos que acusarnos; pues aunque es cierto que muchos jóvenes están libres de la mancha de absolutistas solo por la razon de no haber alcanzado el absolutismo, tambien es cierto que no estamos manchados sea por la razon que querais.—Quede, pues, sentado que los buenos somos nosotros.

Los viejos se acaloran y gritan; los jóvenes se exaltan y vocean; aprietan los viejos sus puños y los jóvenes levantan la tizona, cuando nosotros, testigos imparciales de este acalorado juicio, nos metemos en medio de los combatientes, y despues de evitar una catástrofe decimos sinceramente.

—Ninguno de vosotros tiene razon y todos estais cargados de ella, porque si es cierto que conocemos jóvenes cuyo republicanismo se echaria á pique con pocas de una portería, tambien es verdad que muchos, sin ser demasiado viejos, desempeñaron destinos en tiempo de Fernando absoluto, como lo puede atestiguar D. Luis Collantes y Bustamante, subsecretario de Gracia y Justicia en el memorable Gobierno provisional, que segun noticias obtuvo su rebanada de turrón en la judicatura durante el decenio Calomardino, y fué nada menos que alcalde mayor de Novelda en la provincia de Alicante.»

Es cosa singular, que los antecedentes de casi todos los hombres empleados en tiempo del Gobierno provisional sean tan poco satisfactorios. Ya hemos dicho los de Lopez, los de Serrano, los de Caballero, los de D. Antonio Gallego y los de D. Luis Collantes. Nos hemos olvidado de resucitar unos versos de Bautista Alonso, desenterrados por Alaix en el congreso, y tampoco nos habíamos acordado de hablar de D. Manuel Breton de los Herreros, que apenas Lopez salió de su escondrijo para arrellanarse en la poltrona, cuando vimos al autor de la *Ponchada* escalar con arrojo cómico la administracion de la *Gaceta*, en reparacion de los agravios de setiembre.

El señor D. Manuel Breton de los Herreros quisiera que le tratáramos como poeta, porque entonces podia esperar algo bueno de nosotros, aunque no somos sus admiradores; pero considerado como político, ¿qué le podremos decir que sea de su gusto? Nada, como no sea que le agrade el recuerdo de los versos que hizo al rey absoluto, y los que hizo despues á Cristina, y los de la *Ponchada*, en que sin querer ofendió á la milicia, y

queriendo aduló á Espartero para conservar el turrón de la Biblioteca Nacional. Llegó el año 44 y se dió á Doña María Cristina de Muñoz una serenata mónstruo, en la cual se cantaron algunos himnos *ad hoc*. Para esto había y habrá siempre en España poetas y copleros útiles, pero aunque solo existiera la musa del señor Breton, pronta siempre á inflamarse á todos los vientos, no se necesitaba mas, y conociendo esto los serenateros encomendáronse al señor Breton, quien en muy malos versos, contra lo que acostumbra, puso de vuelta y media á los anarquistas, á los revoltosos, á los enemigos del orden, que son las calificaciones con que en el diccionario bretónico se conoce á los buenos españoles. ¡Ah! ignoramos si el señor Breton estará arrepentido de los versos al rey absoluto, ó si le remuerde la conciencia por las adulaciones de la *Ponchada*; pero lo que creemos positivamente que le habrá ya pesado, y le pesa, y le ha de pesar mucho mas es el aborto poético de 1844!

Volvamos á D. Luis Collantes, de quien se puede decir poco, porque su nulidad no le ha permitido nunca dar mucho que decir. Hay hombres que hasta para el mal son impotentes, como el señor Collantes, que todo lo debe á la casualidad. Con efecto: la casualidad le hizo juez de primera instancia de Barcelona en 1835 donde permaneció hasta fines de 1842, en que no sabemos qué casualidad le proporcionó la dicha de ser censurado su procedimiento en la causa seguida contra algunos jóvenes, presos por uno de los alcaldes constitucionales en el acto de recorrer las calles cantando canciones patrióticas. Entonces se manifestó campeón de la juventud liberal el señor alcalde mayor de Novelda. ¡*Oh témpora!* ¿Quién lo habia de decir algunos años atras? Porque si

tan patrióticos sentimientos le han animado siempre, ¿por qué no los hizo conocer durante la dominacion del Barón de Meer, y de otros gefes militares, cuyas ilegalidades dejó correr sin decir esta boca es mia? Sin embargo, cuando tantos infelices iban á la isla de Pinos, víctimas de sus sentimientos liberales, delito imperdonable en ciertas épocas por que hemos atravesado; cuando las prisiones, los confinamientos y las deportaciones estaban á la órden del dia, y el estado de sitio habia llegado á ser normal en Cataluña, el señor Collantes, retirado de la política y casi de la sociedad, puesto que hasta ignoraba lo que no era un misterio para los habitantes del Nuevo-Mundo, poblado de catalanes, permaneció insensible á todos los clamores, y no insensible sino casi muerto del todo, ó por lo menos en un estado de catalepsia judicial y política que no le permitia mover pié ni mano, puesto que á todo se aguantó el muy cuco. Asi es que el repentino ardor democrático en este señor causó mas sorpresa que su elevacion á la subsecretaría de Gracia y Justicia, y eso que este acontecimiento nos dejó patitiesos á muchos que aun le contemplamos con la boca abierta.

○ Cuando ocurrió el pronunciamiento en Reus y Barcelona en mayo y junio de 1843 se hallaba Collantes en la corte con licencia, de regreso de la provincia de Burgos á donde habia ido para inspeccionar unas minas, y fué sorprendido por el ascenso que le confirieron los pronunciados, nombrándole gefe político, y hay quien dice que estuvo algunos dias pensativo no sabiendo si presentarse á servir la gefatura rebelde ó disculparse con el gobierno diciendo que ninguna parte tenia en el tal nombramiento; pero obedeciendo al grito de su conciencia, esperó unos dias hasta ver á qué lado se inclinaba la

balanza para no dar un paso desacertado que pudiera comprometerle. Aseguran que despues de disculparse con el gobierno de Madrid, y viendo oscurecido el horizonte, se deslizó como pudo y llegó á tiempo de admitir el mando que le habian conferido los revolucionarios. Lo cierto es que el señor Collantes caminaba á paso rápido, pero tan rápido que no se sabia si habia mas distancia entre el alcalde mayor de Novelda y el juez de Barcelona, ó entre este y el gefe político. Declaróse acérrimo partidario de la Junta Central y fué nombrado comisionado por una provincia para pasar á Madrid á representarla; pero ¡Oh sorpresa! cuando todos los centralistas teníamos esperanzas en los esfuerzos del comisionado Collantes, apareció en la *Gaceta* el nombramiento de este para la subsecretaría de Gracia y Justicia. ¡Adios Junta Central! ¡Adios progreso rápido! ¡Adios ilusiones engañosas, livianas como el placer! D. Luis Collantes descendió tan aprisa como habia subido, solo que descendió para subir mas de lo que pensaba ¿A dónde se fueron los pensamientos de libertad avanzada? Cualquiera diria que le habian picado bajo y con suela, como á las bolas del villar, para hacerle retroceder en la carrera política todo lo que habia andado en poco tiempo. Se han visto retrógrados de recodo, de tres tablas y de pasabola, pero retrógrados por efecto de suela no se habian conocido hasta los turroneiros de 1843. ¿Nos tocará algun dia presenciar otra jugada de combinacion y sorpresa de estos señores? ¿Tendremos que contar alguna villa, alguna pérdida, alguna carambola, ó serán víctimas de un retruque? Allá lo veremos; entretanto, considerando la posicion de las bolas y la habilidad de los jugadores, nosotros vaticinamos un doblete de muchos palos.

Si hubiéramos de dar crédito á los corrillos de café

diríamos que siendo subsecretario el señor Collantes se celebraron algunas reuniones en su casa, á las cuales concurrían los catalanes centralistas. Se asegura que en una de dichas juntas se acordó que salieran comisionados para Barcelona, Gerona, Zaragoza y Burgos, siendo el comisionado designado para esta última ciudad D. Antonio Collantes, hermano del subsecretario. En las mencionadas reuniones parece que se hacia entrever la idea peregrina de que el gobierno protegía el pensamiento centralista, y hay maliciosos que añaden, sin duda con malísima intencion, que el subsecretario era el que mas se esforzaba en probar la utilidad de llevar á cabo la revolucion por todos los medios imaginables. Y para que mas resulte la perversidad de los murmuradores, concluyen diciendo que al dia siguiente salieron los comisionados á las provincias, y tras ellos las mas severas órdenes del gobierno para estorbar el pensamiento, con la particularidad de que D. Antonio, el hermano del subsecretario, llegó oportunamente á Burgos para evitar el movimiento centralista y lo mismo el comisionado que fué á Zaragoza. La verdad en su lugar.

Hemos acabado con los ministros y subsecretarios del Gobierno provisional, los cuales han dado asunto para completar el primer tomo de nuestra obra. No podemos hablar de nadie mas, como no metamos la tigera en los oficiales de las secretarías y otros hombres de poco mas ó menos, porque ni la materia se presta, ni las personas merecen tanto honor. En nuestro segundo tomo seguiremos ocupándonos de los *politicos en camisa*, presentando en relieve otros nombres y otras cosas.

POLÍTICOS EN CAMISA

TRADUCCIÓN DE JUAN M. GARCÍA

DEL DR. JUAN MARTÍN GILBERTO Y DE LA ESCUELA

# LOS POLÍTICOS EN CAMISA.

PRIMERA EDICIÓN

1935

IMPRESIÓN DE LA EDITORIAL "EL SIGLO VEintiésimo" S. A.

1935

THE POLITICAL EX CHANGES

**LOS**

# **POLÍTICOS EN CAMISA.**

**HISTORIA DE MUCHAS HISTORIAS**

ESCRITA

por **Juan Martínez Villergas y el Jesuita,**

*confesor cesante de los farsantes de alto copete, que sabe todas sus mar-  
rullerías porque ellos se las han dicho en secreto de confesión, y él nos  
las ha revelado también en secreto, así como nosotros en secreto las con-  
fiamos á todo el público español recomendándole el secreto.*

---

**TOMO II.**

---

**MADRID:**

**IMPRENTA DEL SIGLO Á CARGO DE IVO BIOSCA.**

Calle de las Veneras, núm. 6, cuarto principal.

**1846.**

# POLITICOS EN CAMISA.

HISTORIA DE NUESTROS DIAS

LIBRO I

por Juan Martínez de la Cruz y el Sr. D. Juan

En esta obra se trata de los sucesos que han ocurrido en España desde el año 1808 hasta el presente. El autor ha seguido el orden cronológico, y ha tratado de dar una idea clara y sencilla de los acontecimientos que han marcado esta época. El libro está dividido en tres tomos, y el primero de ellos contiene los sucesos desde el año 1808 hasta el año 1812.

---

LIBRO II

---

MADRID:

IMPRIMERIA DEL SIGLO Y CARGO DE D. JOSE BARRAL  
 Calle de San Francisco, número de cuatro principal.

## DON ANTONIO SEOANE.

### I.

#### SEOANE PARLAMENTARIO.

**H**ASTA ahora no habia tenido miedo. Uní mis esfuerzos á los de Villergas para dejar á Lopez en camisa, y entre los dos pusimos de vuelta y media al malhadado presidente del Gobierno provisional. ¿Habia en esto algun compromiso? Ninguno, absolutamente ninguno. Aqui que no peco, dije yo; aqui que no peco, respondió Villergas; y pluma en ristre arremelimos ambos contra el pobre don Joaquin María, sin acordarnos de lances personales, de odios de partido, de leyes de imprenta, ni de arbitrariedades de situacion. ¡Lopez! ¿quién no tiene derecho á decir de Lopez lo que le dé la gana? ¿Es hombre de armas tomar? Su prudencia está bien acreditada, y celosos nosotros de su reputacion, nos las habremos con cualquiera que se atreva á tacharle con la fea nota de valiente. No, Lopez no es valiente; tendrá defectos, si se

quiere, ¿quién no los tiene en este mundo? tendrá faltas, muchas faltas, mas faltas que una vieja opilada de toda su vida; pero falta de cobardía no la tiene, ni la ha tenido nunca. Así, pues, por lo que toca á lances personales podíamos estar tranquilos; Lopez con todo su saber no sabe redactar un cartel de desafío, ni ponerse en guardia, ni coger una pistola. Tampoco escribiendo contra él temimos atraernos el odio de ningun partido. ¿En qué partido tiene Lopez apoyo? ¿Qué partido le quiere en sus filas? ¿Hay alguno que saque por él la cara? Los que no le aborrecen le desprecian; es un instrumento que á fuerza de servir para todo se ha gastado tanto que ya no sirve para nada. Los Tirios le toman por Troyano, y los Troyanos por Tirio, y Troyanos y Tirios se alegran de cuanto contra él dicen Tirios y Troyanos. Es una posición envidiable la de ese hombre. ¡Qué habilidad para indisponerse con todos! Lo único que podíamos temer ocupándonos de él era una denuncia ó una barrabasada, pero no dimos importancia á la primera porque tampoco se la dió nuestro editor, el cual nunca creyó posible que D. Joaquin colmase su descrédito denunciando el Evangelio. Sobre que fuimos muy moderados é indulgentes. «Teníamos, como dice Desmoulins, la mano llena de verdades, y no la abrimos enteramente para que no saliesen todas.» No dimos importancia á una barrabasada, á pesar de que considerábamos á nuestros enemigos políticos capaces de hacer con nuestras humildes personas una de las suyas, no precisamente para favorecer á Lopez, sino para fastidiarnos á nosotros. Pero nosotros maldito el caso que hacemos de las arbitrariedades, á pesar de haber sido mas de una vez víctimas de ellas. Hombres de conciencia y de ley, solo la ley y la conciencia nos ponen trabas. Para

nosotros la defensa de nuestros derechos es el cumplimiento de nuestros deberes, y fuertes con esta máxima, examinamos la bondad y legalidad de nuestros actos antes de cometerlos, jamas fijamos la atencion en los compromisos que pueden acarrearlos. ¿Qué nos importan los compromisos? Atáquennos las pandillas, atáquennos los partidos; con tal que para llegar á nosotros hayan de abrir brecha en la ley, nosotros les aguardaremos á pié firme entre los escombros de la muralla, tapando con nuestros cuerpos el boquete. No se ha inventado todavía ningun escudo contra la arbitrariedad, y por lo mismo es digno de compasion el miserable que trata de ponerse á cubierto de sus golpes, condenándose á una inaccion permanente, que es lo mismo que decir renunciando al uso de sus derechos y al ejercicio de sus deberes. Estos pusilánimes se parecen á ciertos enfermos aprensivos y maniáticos que se quedan sin comer temiendo que les sienta mal cualquier cosa que coman. No faltaba mas sino que por miedo á una de pópulo bárbaro dejásemos de hacer lo que nos pide el deseo, lo que nos aconseja la razon y lo que la ley nos permite. ¡Ira de Dios! si la damos en hacer caso de lo que sobrevenirnos pueda por los caprichos de un cualquiera..... ¡por favor! ¡pistolas y sepultureros! nos suicidamos y que nos entierren.

No conociendo contra las arbitrariedades ningun específico, no hay mas que dejar correr la bola y salga el sol por Antequera; nos encomendamos á la suerte, y hacemos lo que una tripulacion inglesa cuando en medio de la tempestad ha perdido el timon y la envergadura; apura botellas y mas botellas; cada marinero coge una mona que por lo grande parece un orangutan; se tienden todos en los camarotes ó donde mejor les acomoda, y no

pudiendo conjurar el temporal le dejan que haga lo que le dé la gana. Si un golpe de mar les acerca á la orilla y les salva, perfectamente; si nó, paciencia: al menos en este último caso han tenido el consuelo de beber rom y de dormir, sin haberse incomodado en precauciones inútiles y maniobras infructuosas. Cuando todas las precauciones son inútiles, lo mejor es nó tomar ninguna. Esto dijimos en un artículo de la *Risa* titulado *Melones y mujeres* (1), y esto repetimos ahora, dando tanta importancia á este apolegma que nos sirve de guia en la mayor parte de casos de nuestra vida práctica.

Tan poco respeto nos infunden los hombres del Gobierno provisional, que despues que dimos á Lopez su merecido dejándole sin humor para volver á ser ministro y escribir esposiciones razonadas, Villergas, como quien no hace nada, sin descansar, sin tomar aliento, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se fué derechito á Caballero y á Frias, y como si luchar solo contra dos le pareciese aun poca cosa, sintió muy de veras la calaverada de D. Mateo Miguel Aillon, que emigró de este mundo sin duda para no encontrarse en él con el autor del *Baile de Piñata*. Yo tuve que habérmelas con Serrano, quien, si debidamente se medita, mas bien encontró en mí un apologista que un enemigo, un defensor que un fiscal. De las manos de Villergas no hubiera salido tan bien librado. Esto va en genios; Villergas es una víbora, y yo soy un bendito.

---

(1) LA RISA, enciclopedia de estravagancias. Obra clásico-romántica, de costumbres, de literatura, de sana moral, de gastronomía y de carcajadas, escrita en prosa y verso por varios poetas de buen humor y un habilísimo cocinero. Tomo II, página 43, línea 45.

Hasta aqui todo ha sido tortas y pan pintado. Ahora vienen los compromisos; ahora es preciso que nos pongamos bien con Dios. Hasta este momento no habia tenido miedo. ¡Seoane! ¡poner en camisa á Seoane, á Seoane que es un hombron, un fierabras! Moverá un escándalo y habrá la de Dios es Cristo. Yo conozco á Seoane lo mismo que la madre que lo parió; hace muchos años que le sigo la pista, y no es esta la primera vez que de él me ocupo. En el año de 1841, hallándome en una capital de provincia de redactor de un periódico (1), á consecuencia de no sé qué extravagancia parlamentaria del general Seoane escribi un folletin que entre otras cosas decia:

«A pesar de todas las autoridades químicas y políticas, no hay sustancias por incompatibles que parezcan que no puedan combinarse, ni principios por opuestos que sean en su esencia y tendencias que se escluyan mutuamente. Porque á no ser asi, el general Seoane no existiria, el general Seoane seria una cosa imposible. Cuando el célebre Alcalá Galiano desertó de las filas del progreso para sentar plaza en las del retroceso, no pudo formar en estas sin dejar de formar en aquellas. En esto, que unos llaman rectificacion y otros apostasia, yo no vi mas que una metamórfosis como otras que estoy acostumbrado á ver, y de las cuales hacina infinitos egemplos la época presente, formando una pirámide de extravagancias en cuya punta ha izado el progresista diputado Vila el proyecto de ley de imprenta del ministro Carramolino (2). El señor Seoane, que por mas que se empeñe

(1) *Constitucional de Barcelona*, año 1841.

(2) Vila, diputado por Barcelona, que mercedió de los progresistas de aquella provincia los sufragios que le hicieron sen-

en borrar de la lógica aquel axioma que dice *quod est causa causæ est causa causati*, no puede dejar de confesar que debe á los *puñalistas de alma metalizada* (1) el ser en la actualidad teniente general y senador con algunas otras campanillas, no es un desertor, no es un tráfuga, como neciamente suponen algunos, sino una aberracion inconcebible, un viceversa perenne, un argumento continuo de sí mismo. La política del señor Seoane está compuesta de elementos tan heterogéneos que rabian al verse juntos, y se muerden los unos á los otros; es el punto de confluencia en que desaguan á la vez dos rios, uno de tinta y otro de leche, cuyas corrientes se mezclan y penetran en sus partes mas íntimas, pero de un modo tan especial que ni la leche pierde su color blanco ni la tinta su color negro; es una amalgama de nieve y fuego que han formado un cuerpo comun sin apagarse el uno ni licuarse la otra. Materializando de este modo las ideas, quiero significar que el señor Seoane no carece de principios fijos,

---

tar en los escaños de la representacion nacional, sometió á la deliberacion del Congreso un proyecto de ley de imprenta tan retrógrado, que le obligó á sostener con el *Constitucional* de Barcelona una encarnizada polémica, de la cual salió muy mal librado. A consecuencia de esta polémica, y de unas cuantas pullas que le valió su indefinible conducta en la cuestion de Regencia, hizo dimision de su cargo de diputado.

Son tantos los políticos que hemos de poner en camisa, que si á cada uno de ellos consagrásemos un artículo, esta obra seria interminable, por lo que es menester que á muchos de ellos les desnudemos por carambola ó por retruque, haciéndoles rodar por incidencia, ya por medio de una digresion, ya por medio de una nota.

(1) Palabras literales del general Seoane. Sesion del 15 de abril de 1841.

pero tiene fijos principios opuestos. Si nos fuese dado por medio de un reactivo descomponer para analizarlos los entes morales ó de razon como se hace con los cuerpos materiales ó físicos, la política de Seoane nos suministraría recursos de sobra para formar unas córtes como las pasadas con sus Carrascos, sus Mon y sus Torenos (1), y otras córtes como las presentes con sus Lopez, sus Olózagas y sus Alonsos (2). El señor Seoane formula solo mas de una cámara; tiene en sí mismo su pro y su contra, su gobierno y su oposicion, su mayoría y su minoría, de suerte que si él solo fuese todo un congreso y todo un ministerio, no por esto faltaria controversia y discusion en las cuestiones, y ninguna apareceria votada por unanimidad. Yo he pensado muchas veces en lo que ha de suceder cuando el mundo vuelva á su caos, cuando hendiendo los aires la trompeta del juicio final, las cenizas de los difuntos levanten las losas de sus tumbas para comparecer ante el tribunal de Dios. Todos se darán prisa en recobrar las partes que el aire, la tierra, los anatómicos y los gusanos les hayan robado; se confundirá el polvo de millares de millares de generaciones; los cadáveres se disputarán la carne; los esqueletos se disputarán los huesos; una esbelta vírgen á falta de columna vertebral echará mano de la de un jorobado disforme; el tronco de un viejo centenario que no fué bastante ágil para coger su parte en el botin se articulará con los muslos de un niño que murió en el claustro de su madre, y tal vez un galan que murió de puro enamorado habrá perdido la cara y tendrá que ponerse la de un Armendariz ó la de un Alcalá Galiano, que

(1) Córtes moderadas del año 40.

(2) Córtes progresistas del año 41.

deben ser las últimas que queden en el cementerio, pues á ningun muerto le pasará por las mientes hacerse con unas caras tan detestables. Yo al menos, á pesar de lo feo que soy, si no encuentro otras para escoger, no querré espantar al juez supremo, y me presentaré á su audiencia sin cabeza.

« En cuanto á Toreno, si conserva muerto las buenas circunstancias que tuvo en vida, no dejará de escoger lo mejor, aunque sea dejando á los muertos en tan buen estado como dejó á los vivos (1). Castro y Orozco para cohonestar su fantástica ambicion buscará la desdentada cabeza de un vegestorio, y no parecieran entonces tan ridículas sus pretensiones de decano. Por ventura el magnánimo corazon de Wasingthon se encerrará en el pecho de Luis Felipe, y el malogrado Armand-Carrel completará su organizacion con el brazo de Girardin que le arrojó á la tumba (2). ¡ Oh ! aquello será una mezcolanza inconcebible, un hervidero de carne y huesos. En todas direcciones, en todos sentidos cruzaran ojos buscando cuencas, dientes buscando quijadas, uñas á caza de dedos,

(1) Respetamos la memoria de los grandes hombres, y el conde de Toreno era un grande hombre por su genio y su talento. Cuando escribimos el folletin á que se refiere esta nota, Toreno estaba lleno de vida.

(2) Armand-Carrel, el caballero brillante de la democracia, segun Timon. Girardin, escritor tambien célebre, lo mató en un desafio. Dícese que Girardin provocó este duelo instigado por elevadas influencias. Asi lo da á entender la famosa expresion del ilustre Chateaubriand, quien admirando, á pesar de su realismo, las virtudes y talentos del republicano Carrel, al tener noticia de su catástrofe dijo: « Todos los que son causa de su muerte no valen el pedazo de paño que la bala ha introducido en su corazon. »

narices á caza de rostros. Todo será en aquella ocasion anómalo, heterogéneo, revuelto, desconcertado, tempestuoso... ¿Quién será entonces capaz de conocer á cuántas generaciones, á cuántos hombres habrán pertenecido las cenizas esparcidas por el ambiente? Dios y nada mas que Dios; Dios que es el único capaz de adivinar cuantos crímenes han llenado el area de un potentado, de cuantos harapos está formada la capa de un pobre y cuantos fragmentos constituyen la política de Seoane. Fundid en un mismo crisol un folleto de *Cormenin* y una columna de noticias del *Faro de los Pirineos* (1), una alocucion del ayuntamiento pasado de Barcelona (2) y un parte telegráfico de *Castellane* (3), un artículo de fondo del *Huracan* y otro artículo de fondo del *Correo Nacional*, un discurs-

(1) Periódico doctrinario que se publicaba en Tolosa de Francia, y que llenaba sus columnas de noticias que tendian todas á deprimir á los progresistas de la Península.

(2) Ayuntamiento progresista del año 40, que se hizo famoso por sus alocuciones atrevidas y sus esfuerzos en derribar la situacion creada por los moderados.

(3) Para que se conozca el espíritu de estos partes, transcribimos el siguiente, en que se refieren los sucesos de Barcelona del día 18 de julio del año 1840: «El día 18 Espartero, apoyado por el tumulto, ha obligado á la reina que mude su ministerio, designando para primer ministro á Campuzano, que es el mayor enemigo de la Francia. Perez de Castro y los demas ministros, funcionarios públicos y guardias se han salvado á bordo de los buques franceses. Hoy se les espera en Portvendres con otros muchos emigrados conducidos por el *Fenicio*. La reina ha recibido ultrages, y puede considerársela como prisionera. El dictador Espartero ha armado por sí solo á ochocientos hombres del batallon de la *blusa*. Barcelona está consternada.» Véase ahora lo que acerca de este particular decimos en el *Panorama Español*, tomo IV, página 419.

so de Alcalá Galiano de antes y otro discurso de Alcalá Galiano de ahora, una interpelacion de Carrasco y una contestacion de Cortina, una hoja volante de Campuzano y un folletin de Abenhamar, los deseos de los progresistas de Barcelona y el proyecto de ley de imprenta del diputado Vila, la alocucion del consistorio y las improvisaciones de Prim, el uniforme mas nuevo del general Leon y la túnica mas vieja de un ayudante de anatomía, una letrilla del *Guindilla* y una caricatura del *Cangrejo*, una peroracion de Lopez y otra de Perpiñá, una capillada de *Fray Gerundio* y una discusion de actas de las córtés pasadas; fundid todo esto, meneadlo, revolvedlo, volvedlo á fundir, á menear, á revolver, y tendreis una parodia, no mas que una insignificante parodia de la política de Seoane.....

Con este ligero esbozo quisimos dar una idea de la fisonomía política del general Seoane en 1841. Y este retrato parece hecho de ayer; si hoyuviésemos que volverlo á hacer lo haríamos de la misma manera. Es una fisonomía que no envejece, refractaria á las impresiones del tiempo. Asi es que despues de cuatro años tuvimos que bosquejarla de nuevo en el *Panorama Español*, y empleamos los mismos colores que en el año 41. « La regencia trina, decimos en el *Panorama*, halló escelentes abogados en D. Martin de los Heros y en D. Joaquin Campuzano, y de la defensa de la regencia de una sola persona se encargaron principalmente los generales Infante y Seoane. El primero estuvo feliz en algunos puntos de su discurso, y dió pruebas de buen ingenio para crear razones y de buena memoria para apoyarlas en la analogía de hechos pa-

sados; el segundo se hizo notar, como tenia de costumbre, por sus escentricidades provocativas, por sus fanfarronadas y por su elocuencia de cuerpo de guardia. Ya en la sesion del 15 de abril habló sin mas ni mas de desorganizadores y anarquistas, cuando él con sus extravagancias y baladronadas ha sido siempre el primer desorganizador. Raras veces tomaba Seoane la palabra sin denunciar alguna conspiracion terrible, y apoyaba siempre sus peroratas en los riesgos inminentes que cercaban al Estado, los cuales hubieran dado mucho miedo á los pusilánimes si el orador no hubiese en general concluido sus discursos haciendo alarde de la fuerza de su brazo y del temple de su espada para conjurar todos los males. En la sesion del 29, defendiendo la regencia única, dijo que con lágrimas en los ojos se habia despedido de la reina Cristina, y que desde entonces, viendo la horfandad del pais, se habia ocupado en estudiar los medios para hacer menos triste su situacion, y que solo los habia encontrado en la regencia única. Blasonó con singular cinismo de haber recorrido las calles catequizando diputados para aumentar el número de defensores de la opinion unitaria. Su discurso fué tan incongruente, dijo tantos absurdos, y se apartó tanto y con tanta frecuencia del punto que se discutia, que el presidente tuvo que llamarle á la cuestion, á la cual volvió el orador para amenizar la sesion del dia siguiente con nuevos despropósitos.»

En España hay generales civiles, y el general Seoane es general civil. Es un excelente general de parlamento, hombre que nunca se acuerda tanto de que es militar como cuando debería tenerlo mas olvidado. Ha tomado las legislaturas por campañas y el salon de córtes por campo de batalla; la tribuna se le figura una ciudadela, y

para él son descargas los discursos. Los suyos huelen siempre á pólvora, y cuando no meten miedo son muy divertidos. Le gusta hablar de todo, hablar mucho, y sobre todo hablar de su espada. Cada perorata suya es una nueva edicion de su biografía. Es el hombre que se tiene á sí mismo mas presente.

No hay partido con que no se haya indispuerto en su larga carrera político-militar. Se ha figurado que los términos mal sonantes le acreditan de patriota y de valiente, su lengua no acierta á pronunciar mas que palabras ásperas, y estudia para decir las cosas los vocablos mas provocativos. Y esto no pensamos que el general Seoane lo haga con mala intencion; creemos que el general Seoane no tiene ninguna intencion buena ni mala. Dice las cosas porque las dice, porque su boca es suya y hace de ella lo que le da la gana. Por lo demas, hiere las personas y las cosas sin propósito de destruirlas, y capaz es, segun el humor que le domina, de hacer hoy la apología de lo que ayer le mereció una sátira. Es múltiple, y de consiguiente indefinible como no sea por medio de muchas definiciones. Un teólogo lo explicaria como explica la trinidad, un físico como los fenómenos del galvanismo. Y en realidad su fisonomía política, alterada sin cesar por gestos diferentes, es la fisonomía de un cadáver sometido al aparato de Galvani ó de Volta, que destituido de voluntad obedece á los impulsos de un agente que le hace pasar con una rapidez mas que eléctrica de la espresion de una sensacion á la espresion de otra sensacion, de la manifestacion de un estímulo á la manifestacion de otro estímulo, siendo este tránsito tan repentino, tan brusco, que ni siquiera se nota, ó por mejor decir que ni siquiera existe: todas las sensaciones, todos

los estímulos se confunden en aquellas facciones que convertidas en un mar tempestuoso tienen todas las pasiones por borrasca; á la vez ríen y lloran, amenazan y suplican, y suplican riendo y amenazan llorando, y al mismo tiempo suplican llorando y amenazan riendo... fenómeno inexplicable, maravilloso, sorprendente, que sería preciso para espresarlo confundir las palabras, y desgraciadamente las palabras nada espresan cuando se confunden.

El género de elocuencia del general Seoane se dió á conocer perfectamente en la sesión del 18 de agosto de 1837 al someterse al debate una proposición de varios diputados relativa á la conducta observada por los oficiales de la Guardia Real en Pozuelo de Aravaca, quienes á las dos de la madrugada se presentaron á Espartero en su alojamiento manifestándole que estaban resueltos á no seguir la división si no se cambiaba el ministerio Calatrava. Se le ocurrió á Seoane en aquellos días ser hombre de subordinación y disciplina como podía ocurrírsele ser otra cosa, y no contento con llamar *poltrones* á los peticionarios, y decir que lo que querían era disfrutar de la corte y dar la guardia en Palacio en lugar de habérselas con el enemigo, añadió que sentía que Espartero *no hubiese tenido bastante energía para diezmarlos, arrancarles la casaca por la espalda y haberlos paseado por las calles de Madrid con un grillete..... ¡Ave María purísima! Es una friolera lo que quería D. Antonio.*

No serán nuestras plumas las que hagan la apología de los sucesos de Aravaca, ni reprobamos tampoco que el general Seoane clamase contra ellos enérgicamente. La petición de los oficiales era contraria á la ordenanza, y se hizo á impulsos de una influencia seguramente muy

poco liberal. Pero el general Seoane podia anatematizar la conducta de los peticionarios sin por esto insultarlos; ninguna necesidad tenia para envolver aquellos hechos calamitosos en la pública execracion, de condimentar su catilinaria con palabrotas de pésimo gusto y contrarias al decoro del mismo parlamento. ¿A qué llamar *poltrones* á un gran número de beneméritos oficiales por haber imprudentemente pedido la caida de un gabinete? El epíteto, á mas de ser grosero y disonante, no califica la culpa, no es el epíteto á que los culpables se hicieron acreedores. Podia llamarles indisciplinados, puesto que infringieron la ordenanza; podia llamarles díscolos, puesto que amenazaban con la desobediencia á un poder legítimo si no consentia que prevaleciese su voluntad; podia llamarles serviles, puesto que servian de instrumento á las ambiciones de un partido; podia aplicarles muchos, muchísimos epítetos ásperos y duros, de estos epítetos que tanto son de su gusto, pero de ninguna manera les podia aplicar el de poltrones. ¡Poltrones! ¿y por qué les da Seoane esta calificacion? Porque amigo siempre de darse importancia, creia que se la daba muy grande esplicando no solo la conducta sino que tambien las intenciones de las personas. Llama *poltrones* á los peticionarios de Pozuelo, porque lo que ellos querian era *disfrutar de la corte y dar la guardia en Palacio en lugar de háberselas con el enemigo*. Son sus propias espresiones, las cuales envuelven una injuria, por no decir una calumnia, puesto que recaen sobre oficiales beneméritos, cuyo modo de proceder en el campo de batalla les daba derecho á ser juzgados de otra manera. Asi es que Espartero, muy directamente aludido en la perorata de Seoane, salió al mismo tiempo que á la de-

fensa propia á la de los oficiales injuriados, contestando victoriosamente á todas las imputaciones. Son notables los siguientes párrafos de su contestacion: «No diré que obraron bien los oficiales de la primera brigada, pero su falta no merece tan negros matices como se han prodigado en el discurso. Hay muy notable diferencia entre una sublevacion que envuelve los desórdenes, los crímenes y la anarquía, y una solicitud para la cual se auna toda una clase. Estas pretensiones están sabiamente prohibidas: por esto el general de la division los reconvino, y viendo su insistencia en preferir sus retiros á servir bajo la direccion de aquel ministerio, los despidió manifestándoles cuanto se podia exigir en tal situacion. Con este conocimiento, mandé que dicha brigada fuese conducida al punto en que me hallaba. Lo verificó sin sus oficiales en el mejor orden. Dispuse que estos se me presentasen: lo hicieron, y no consiguiendo el objeto, les señalé punto donde esperasen la resolucion de S. M. Yo me presenté á las tropas, y á la faz pública reprobé la conducta de los oficiales, y les exhorté á que llenasen su deber, no faltasen á la disciplina, y que esperaba batirian al enemigo con el mismo valor y orden que tenian de costumbre. Todos á una voz llenos de entusiasmo me lo prometieron. Y en el acto promoví en nombre de S. M. á subtenientes á los sargentos primeros, á esta clase á los segundos, pidiendo al gobierno 16 cruces de Isabel II para cada uno de los cuatro batallones de la brigada, á fin de distribuir las por suerte entre los soldados, en justo premio de su obediencia y de su decision de marchar al enemigo aun sin oficiales, como lo verificaron. Su conducta hasta el dia ha sido egemplar. Los oficiales indultados por S. M. han vuelto á sus fi-

las ; todos van al enemigo, y tengo esperanzas de que en el primer encuentro darán pruebas de su arrojo añadiendo nuevos laureles á los ya adquiridos á costa de su sangre.—Por este sencillo relato se evidencia que la Guardia Real no ha hecho nada para permanecer en Madrid : que va donde están los enemigos : que no esquiva los peligros : que yo confié con razon, porque contando con su amor patrio no habian de tener lugar las sugerencias de los partidos: que no he sido engañado: que todos mis conatos han tendido á dejar á S. M. en el libre uso de sus prerogativas : que no me he mezclado ni permitido la iniciativa del ministerio, como ha dado entender el señor Seoane valiéndose de la frase peregrina de que en el público habian corrido tales rumores. Y se evidencia tambien que semejante falta no era para diezmar oficiales, arrancarles la casaca por la espalda y mandarlos á pasear por las calles de Madrid con un grillete y una cadena al cuello. Tengo la satisfaccion de que el señor Seoane no es el llamado á darme lecciones de energía. Con ella he mantenido y tal vez mejorado la subordinacion en el ejército ; subordinacion admirada de propios y estraños en medio de la miseria y de sacrificios de que solo da ejemplo el soldado español. ¿Quería el general Seoane el escándalo de fusilar 19 ó 20 oficiales? Tal se deduce de la espresion diezmar. ¿Quería que los 70 restantes diesen al bando carlista el placer del singular espectáculo de pasear la capital con grillete y cadena al cuello? Asi lo ha proferido. Pero el general Espartero, que sin saber la tendencia que podia tener en la tropa el paso de los oficiales, se presentó á ella con el valor que inspira el deseo del órden y del bien comun, no era ciertamente el hombre que guiado por la imprudencia y

extrañas afecciones, fuese á privar á la patria de un considerable número de oficiales distinguidos, valientes y llenos de acciones heróicas. Un momento de error, una falta sin graves consecuencias no permite castigos tan estrepitosos, improvisados solo por el calor, sin pesar los hechos ni meditar en los resultados. ¡Qué mayor triunfo para el Pretendiente! ¿Estarian estas tropas en aptitud de salirle al encuentro? Razones poderosas dicen que no.»

¡Poltrones! piensa el ladron que todos son de su condicion, dice el adajio, y si el adajio en vez de *ladron* digese *poltron*, bien podian los oficiales de Aravaca aplicarlo al general Seoane. No es mal sastre el que conoce el paño. ¡Ira de Dios! Se necesita estómago y molleja de buitre para digerir esta espresion siendo el general Seoane quien la profiere. ¿En qué batallas D. Antonio ha conquistado el derecho de deprimir el mérito militar de los que lo han contraido luchando con valor en encarnizados combates? ¿Dónde están sus campañas, dónde los testimonios de los triunfos que ha obtenido? Pronto, general, pronto; aqui los diplomas, aqui la hoja de servicios, y veamos cuantas derrotas deben á la casi siempre envainada espada de V. E. los enemigos de la patria. ¡Oh casta espada que casi nunca te has desnudado delante de nadiel ¡Oh espada ruborosa y bien criada! ¡Oh Lucrecia de las espadas!

No es esto decir que el general Seoane sea cobarde. Capaz es de sostener con el brazo los desmanes de su lengua, y tiene un corazon sereno para editor responsable de todas sus quijotadas. Asi es que desafiado por los oficiales á quienes llamó poltrones, salió al puesto con valor y les probó que era hombre de pelo en pecho, capaz de habérselas con el mas pintado.

A pesar de todo, repelimos que el general Seoane es mas bien general civil que general militar. Su rostro no está tostado por el sol de los campamentos, y para su modo de pelear halla en algun diccionario enciclopédico ó en algun átlas universal de ciencias y artes el almacén de sus municiones. No hay conocimiento humano que no salga á relucir en sus discursos; unas cuantas extravagancias de su política original y amorfa son la urdiembre ó portadas de su elocuencia, y luego le sirven de trama todas las ciencias, artes y oficios, sin que sepa ningun oficio, arte ni ciencia. En sus discursos hay física, hay química, hay matemáticas, historia antigua y moderna, jurisprudencia, medicina, etc., etc., y todas estas cosas y otras muchas mas, pésimamente hiladas, se entretengan con unas cuantas palabrotas de política, que frecuentemente no están en ningun diccionario, con unas cuantas amenazas y unos cuantos insultos, ya á un partido, ya á una provincia, ya á una clase, ya á todas las clases, provincias y partidos, formando una peroracion que pertenece á todos los géneros de elocuencia sin pertenecer á ninguno, una peroracion *sui generis*, que solo puede designarse con el nombre de peroracion de Seoane.

Uno de los discursos mas enciclopédicamente científicos es el que pronunció en la sesion pública del Senado del dia 6 de mayo de 1843. Para justificar el bombardeo de Barcelona refiere la historia del pais desde el año 1773, y cuando ha conseguido hacer dormir con la fuerza magnética de sus pesadas digresiones á todos los viejecitos del Senado, los despierta con los siguientes párrafos capaces de resucitar una momia:

«Yo me constituyo aqui en médico para curar una

gran enfermedad, y no estrañe el senado que hable como médico, porque hace poco tiempo que la prensa periódica me ha regalado el grado de doctor en medicina: voy á manifestarle que no ha estado desacertada en sus dones, porque si no alcanzo á curar el cuerpo físico, algo entiendo de curar el cuerpo moral.

«Hablando como médico diré que Barcelona padece una enfermedad que acá los facultativos llamamos plétora, es decir, una abundancia estremada de sangre, que no puede circular libremente por las venas, y que se arrebatá á la cabeza, produciendo congestiones cerebrales y golpes de apoplejía, enfermedad que si una vez se padece probablemente se muere de ella: esta es la enfermedad que aqueja á Barcelona.

«Voy á leer al Senado 18 golpes de apoplejía, y hacer observaciones sobre ellos, que están consignados en la historia: dejo todos los golpes de apoplejía antiguos; voy á contraerme á la época posterior á la muerte de Fernando VII.»

Esto de leer golpes de apoplejía es muy salado, y leerlos en un parlamento es mas salado todavía.

Hay muchos párrafos en aquel memorable discurso tan notables como los que acabamos de transcribir, párrafos trágicos, párrafos asainetados, que hacen reir por lo serios, que hacen llorar por lo ridículos, desiguales, incongruentes, imprevistos, en que todas las ideas andan revueltas, desconcertadas y en torbellino, sin guardar ilacion entre sí, sin desprenderse jamas la una de la otra, sin que los antecedentes lleven en pos de sí consecuencias ni las consecuencias se deriven jamas de los antecedentes. Y asi son todos los discursos de Seoane, lo mismo el primero que el último, de suerte que basta leer uno

cualquiera para formarse un concepto aunque ligero de su peregrina y singular elocuencia.

Mientras blasona de liberal tiene algunas veces, como Mirabeau, salidas aristocráticas y petulantes que revelan su fatuidad y sus instintos de gran señor. Estas salidas, sin embargo, son muy diferentes de las del gran Riquetti, quien cuando desdoblaba sus pergaminos y los enseñaba al pueblo republicano, no heria con ninguna palabra de desden á este pueblo que era su ídolo. Cuando Mirabeau decia: *El señor almirante de Coligny, que, entre paréntesis, era mi primo*, cuando prestaba á su alcurnia este homenaje que le honraba, porque en aquella época estos humos aristocráticos eran peligrosos, no por esto deprimia á ninguna clase. La petulancia aristocrática de Seoane es de un género muy distinto; para ensalzar su persona abate á las demas personas, para ensalzar su partido abate á los demas partidos. Es una luz tan pobre que no puede brillar si no se apagan las otras. Pero á Mirabeau..... ¿qué le importa á Mirabeau que otros brillen en pos de él ó junto á él? ¿Qué le importa al sol que haya luna, ni á la luna que haya estrellas? Mirabeau, el sol de 91, tenia demasiada luz para que lo ofuscase ningun otro astro. Seoane no puede brillar si arde á su lado aunque no sea mas que un miserable candil.

Si al general Seoane se le ofrece calificar al pueblo porque no hace lo que él desea, le llama populacho; si se le ofrece calificar á los revolucionarios, les llama pillos; si tiene que contestar á los escritores, se contenta con decir que mojan la pluma en una jícara. Segun él, nadie tiene derecho de creerse hombre de bien si no es rico, á no ser que sea general. Siendo general puede ser hombre de bien aunque sea pobre.

¡Mojar la pluma en una jícara! Esto es magnífico. Todo lo que hay de aristocrático en los sentimientos de Seoane, todo lo que hay de petulante en su carácter y de provocativo en su elocuencia, se encuentra en estas palabras mal meditadas, que dieron á los periódicos para combatirle armas mas poderosas y de mejor ley que las que hasta entónces habian empleado. Estas palabras definen á Seoane, le resumen, le caracterizan. La prensa coligada sacó de ellas un partido muy ventajoso, y dió al traste con la reputacion menoscabada y vacilante del general parlamentario.

Pero no es solo á Seoane á quien caracterizan, resumen y definen aquellas indiscretas espresiones; caracterizan el materialismo de esta época de metal, resumen cuanto en la actualidad tienen de oligárquico los sistemas mistos, definen el constitucionalismo de los hombres que mas blasonan de adelantados en ideas, y que provistos de una frenología inventada para el caso, miden por las de las arcas las dimensiones de las cabezas.

Nuestras ideas acerca de este particular son muy justas, y sin embargo parecerán á muchos exageradas. Hemos buscado en el oro las garantías de libertad y de orden que le atribuye la sofistería constitucional, y despues de un exámen concienzudo nos hemos convencido de que el rico es mas irresponsable que el pobre, entendiendo por pobre el hombre que pide diariamente á su facultad, á su arte, ó á su oficio el pan de cada dia; el que no ha podido con su trabajo de hoy crearse una posicion que no le exija el trabajo de mañana, en una palabra, el que está condenado á vivir trabajando, porque sin trabajar no puede vivir. Este hombre, abogado ó tejedor, médico ó jornalero, pintor ó poeta, es un elemento

de órden mas poderoso que el potentado, se resiente mas que el potentado de cualquiera vicisitud social ó política que le saque de su estado normal, de la atmósfera de su trabajo, única que le da el aire que respira. No pierde millones como un bolsista porque no tiene millones, pero se espone á perder su trabajo y con su trabajo su porvenir, y esta pérdida es incalculable. Si un temporal político le arroja lejos de su patria, ¿qué hace fuera de su patria? Si el firman de un mandarin le confina á un punto lejano de aquel en que tiene establecidas las relaciones que el ejercicio de su profesion reclama, ¿qué hace separado del círculo de estas relaciones? Los ricos, que son todos optimistas, responderán con serenidad estóica: «Si es médico que haga visitas, si es abogado que haga pedimentos, si es literato que haga novelas, si es zapatero que haga zapatos.» ¿Pero dónde están los enfermos, los clientes, los editores, los parroquianos? Cuando un estudiante ha dejado transcurrir los años que prescribe el plan de estudios, ha sometido su idoneidad á los correspondientes exámenes y ha agotado en matrículas y depósitos los ahorros de sus padres, recibe un diploma que en úl timo resultado no es mas que una licencia para egercer su profesion, igual á la que se da á los inválidos para pedir limosna. Este diploma por sí solo le cuesta mucho trabajo, mucho dinero, y sin embargo este diploma nada vale por sí solo. Si es de médico permite al que lo obtiene hacer visitas, si es de abogado permite al que lo obtiene hacer pedimentos; pero el facultativo no vive de las visitas ó pedimentos que puede hacer, sino de las visitas ó pedimentos que hace. El diploma es un testimonio de su capacidad, pero el elemento de vida de un facultativo no es la capacidad sino la reputacion. La reputacion es la que

da visitas al médico, litigantes al abogado: la reputacion es la que da editores al escritor, parroquianos al artesano. No es esto decir que la reputacion no sea muchas veces consecuencia de la capacidad, pero puede muy bien suceder que no lo sea. Si el poeta mas oscuro de la corte compusiese versos como los de Zorrilla, no encontraria tal vez un editor que se los imprimiese, y á Zorrilla no le faltaria editor para sus versos aunque los hiciese iguales al del mas oscuro poeta de la corte. ¡Cuántos médicos dotados de profundos conocimientos viven á pesar suyo retirados en una aldea donde ganan con dificultad lo necesario para vivir, mientras tanto que una infinidad de medianías egercen su facultad en una capital y tienen una clientela que les promete una vejez tranquila y descansada! ¡Cuántos abogados sirven de simples emanuenses á otros que no son capaces de sostener con ellos una discusion sobre ningun punto de derecho!

Repitámoslo: el facultativo, el artista, el artesano viven de su reputacion, y esta solo se adquiere á fuerza de tiempo y á favor de cierto número de circunstancias propicias, cuyo conjunto constituye el horóscopo industrial de cada uno, y que no tiene para designarse otro nombre que el de *suerte*. Si prescindimos de estos génius extraordinarios que brillan como planetas en el horizonte científico ó artístico, y que lo mismo que el sol se hacen visibles desde todos los puntos del globo; si prescindimos de estos gigantes de las ciencias y de las artes que llenan con su nombre todo el mundo ahogando las medianías que encuentran en su paso, los demas gozan de una reputacion circunscrita dentro de la periferia del círculo mas ó menos ancho en que la han adquirido, de una reputacion que se ciñe cuando mas á los límites de una

ciudad, de una comarca ó de una provincia, y que fuera de la ciudad, de la comarca ó de la provincia deja ya de acompañar al hombre. Arrancad á una de estas individualidades del círculo mas ó menos estenso que le ha trazado su reputacion, y arrancais la anémoma de la sombra, el nenúfar del agua y el cárice de la arena. Direis, vosotros los potentados, que los conocimientos que el hombre ha adquirido le acompañan en todas partes, que su profesion ó industria es un capital que lo lleva siempre consigo, inaccesible á los caprichos de la suerte; pero no direis que este capital nada vale no reduciéndolo á moneda, y que esta operacion depende de los demas y no de sí mismo. Tiene en sí propio una mina, pero no está en sí propio la accion de que se ha de valer para explotarla, y si no encuentra esta accion, la mina se queda sin explotar, tan inútil como si no la tuviese, tan ignorada como la veta de oro que guarda en su seno la tierra del desierto. Tal vez debajo del surco que riega el pobre labrador con el sudor de su rostro hay un tesoro enterrado, tal vez hay enterrado un tesoro debajo del camino en que pide el mendigo una limosna. Como este tesoro es el capital de los hombres que han de vivir de su profesion ó industria; un capital muerto que nada vale hasta que la casualidad lo descubre, y que es muy posible que la casualidad no lo descubra nunca; capital de ideas que no impide que el que lo posee se muera de hambre si no puede hacerlo circular. Y el hombre que tiene puesto en juego este capital en una parte, ¿está seguro de que en otra podrá ponerlo en juego tambien? He aqui lo que nadie sabe, y esta incertidumbre, en una cuestion de vida ó muerte para el individuo, le hace mirar con repugnancia la mas pequeña convulsion que pueda arrancarle de la tierra en que ha echado sus raices, le obliga á

ocultar bajo la máscara de una indiferencia egoista las opiniones que profesa, y le convierte en un elemento de estabilidad y de orden, aunque sea un orden varsoviano, porque no se atreve á desafiar las eventualidades á que puede esponerle el mas insignificante disturbio. Pero el rico, el capitalista, el hombre del oro, cuyo bienestar depende de las riquezas que tiene acumuladas, encuentra el pan de la emigracion tan blanco como el del suelo natal, y poco le importa que una tempestad política le obligue á pedir asilo lejos del pais de su cuna. El rico es el único cosmopolita; en todas partes el oro le da una patria. Y siendo la espatriacion una de las mas frecuentes calamidades que llevan en pos de si los desórdenes, ¿no es evidente que estos pueden acarrear mayores perjuicios al industrial que vive de lo que gana que al potentado que vive de lo que tiene? ¿Cual de los dos es pues un elemento de orden mas poderoso?

Hay otro elemento de orden sumamente sólido, mas sólido tal vez que todos los demas, y al cual sin embargo no han dado tampoco la mas mínima importancia los ordenistas del dia. Este elemento es la familia. Para nosotros un padre que tiene seis hijos ofrece mas garantías de orden que un capitalista que tenga seis millones. Nos parece la familia un seguro de tanto valor para el buen orden de los estados, que son muchos los cargos públicos que no conferiríamos generalmente á los que de ella careciesen. Un hombre que ha llegado sin casarse á los 40 años, habiendo tenido en el transcurso de su vida alguna época de felicidad material, raras veces deja de ser un egoista que queriéndolo todo para sí mismo, no ha querido hacer á otro ser partícipe de su fortuna, y ha tenido á bien reservarse el derecho de disiparla toda, toda él solo, como si en él acabase el mundo. No espereis ninguna accion gene-

rosa de esos individualistas, de esos sibaritas, de esos frailes sin hábito, sea la que fuere la posición que ocupen. Uno de los ministerios que mas tristes recuerdos han dejado en nuestra patria estaba compuesto en su casi totalidad de solteros ó de divorciados sin hijos, hombres ensimismados, explotadores y duros, que no les unia á su patria ninguna afección tierna, que ni siquiera se habían podido hacer el debido cargo de lo que vale un padre para un hijo y un hijo para un padre, y con indiferencia cínica, mientras hijos y padres caían ensangrentados bajo el peso de su política esterminadora, ellos se derretían en el Prado, asestaban el lente á las hermosas y fruncían los labios con una sonrisa que quería parecer amor y no era mas que concupiscencia; ellos, Adónis de 60 años, con el pelo cano, la frente arrugada, los dientes tal vez postizos y el corazón de corcho, pero, por supuesto, los pantalones con trabillas.

Hablamos de una manera general; la familia es un elemento de orden, la trama de unos individuos con otros, la base de la sociedad, la armonía de un estado. Tan distantes están de nuestras opiniones Arrazola como Martínez de la Rosa, y preferimos aquel á este aun prescindiendo de la superioridad de sus talentos. Poco importan las excepciones; harto sabemos que la familia no da religión de conciencia al que no la ha adquirido desde la cuna, ni la quita al que desde la cuna la ha adquirido. Hombres como San Miguel no son comunes; tampoco lo son hombres como Gonzalez Brabo.

Por cada padre que desea legar á sus hijos un patrimonio de oro, hay mil que desean hacerles un legado de honra. Esto sucede aun hoy, á pesar del positivismo de esta época que no otorga consideraciones mas que al dine-

ro. Aun se hallan en mayoría los que prefieren ver á sus hijos sumidos en la miseria á verles encenagados en la crápula y el crimen. El sentimiento de lo justo se conserva en medio de nuestra corrupcion accidental, y todavía no se ha estinguido la santa idea de que la felicidad y el crimen se escluyen mutuamente. Débese á esta conviccion el que los lazos que forman la familia no sirvan de dogal á ningun noble instinto, ni de rémora al cumplimiento de ningun deber. Durante la última guerra hemos conocido muchos gefes militares idólatras de sus hijos que se han lanzado á los combates con mas ardor que si no se hallasen unidos á la tierra con el vínculo de ninguna simpatía, obligando á sus mismos hijos á seguir su tan noble como peligroso egemplo. Van-Halen idolatraba á sus hijas y las tenía en poder de los sublevados de Barcelona; esto sin embargo no impidió que hostilizase la ciudad despreciando las terribles amenazas de los sublevados.

Seoane á todas sus gracias reúne la de solteron, que no es pequeña. Con todo no ha sido para aludir á él personalmente que hemos hecho mencion de la poca confianza que los solterones nos inspiran. Nuestro objeto solo ha sido contestar á su petulancia y á la de tantos otros aficionados á insultar la miseria con palabrotas de mal género, presentando á los que no tienen grandes caudales, bien ó mal adquiridos, como hombres que no ofrecen ninguna garantía. Hemos querido hacerle ver que tambien fuera de las arcas se encuentra responsabilidad, y que un escritor puede valer mas que él, infinitamente mas que él aunque moje la pluma en una jícara.

¡Mojar la pluma en una jícara! Estas desdeñosas palabras solo indican que ninguna importancia debia darse á los cargos hechos por los periódicos, porque los periodis-

tas eran pobres; suponen casi casi que la inteligencia absorbe atribuciones que no son suyas cuando carece de algunos pedazos de metal acuñado para responder de sus juicios. Para Seoane debe ser ininteligible como pudo Cervantes escribir su D. Quijote y como pudo Rousseau componer su Emilio sin tener una escribanía de plata. No le admiran el Emilio ni el Quijote; tal vez se ha formado de sí mismo un concepto bastante alto para considerarse capaz de escribir dos obras como aquellas; cree quizás que Cervantes y Rousseau le robaron la idea, y con respecto al primero sin duda tiene razón, porque el mismo Seoane es un Quijote mas original que el del mismo Cervantes, mas infatuado y escéntrico, si bien los dos se parecen como dos gotas de agua. La diferencia está en los tiempos; D. Quijote se hizo caballero andante, Seoane se ha hecho D. Quijote parlamentario. Si Cervantes compusiese ahora su Quijote, Seoane le serviría de tipo, y es indudable que si en su tiempo hubiese habido córtés, hubiera puesto en boca de su héroe discursos muy análogos al del nuestro. Seguros estamos de que Seoane no lee el D. Quijote porque en casi todos sus pasages encuentra alguna alusion personal.

Y, sea dicho de paso, si Cervantes viviese ahora, hallaria en nuestros hombres políticos todos los tipos de su poema, incluso el del Rocinante y el del rucio de Sancho Panza.

Con su fatuidad parlamentaria, con sus repentés bruscos, con sus salidas *ex-abrupto* que nunca venian al caso, Seoane, que tanto hacia reir á muchos, ha acabado por hacernos llorar á todos. Seoane es muy poca cosa seguramente; con todo jamas pequeñas causas han producido tan grandes efectos. El que compare la nulidad de ciertos

sujetos con los males que han acarreado, por precision ha de caer abrumado bajo el peso de una verdad terrible que va disipando las ilusiones de todos los hombres de bien. Un Seoane, un Gonzalez Brabo, un Martinez de la Rosa y otros tan insignificantes como Martinez de la Rosa, como Gonzalez Brabo y como Seoane, han sido suficientes para impedir el desarrollo de los buenos principios que ya habian empezado á echar raices en este suelo engrasado con cadáveres de héroes, y los héroes que se han convertido en cadáveres para sostener los buenos principios no han podido impedir que hombres insignificantes los ahogasen en su cuna. La mas pequeña reforma, la reforma reclamada mas poderosamente por las exigencias de la época cuesta años y años de debates, de luchas, de conmociones y de sangre, y al genio del mal le basta un solo dia para destruir todas las reformas que se han hecho en el transcurso de muchos años. ¿No es triste tener que confesar que los que valen algo son impotentes para el bien, cuando los que nada valen no son impotentes para el mal? ¿Será que Dios haya concedido al ángel rebelde mas fuerza de la que se ha reservado á sí mismo para dominarlo?

Los males que han causado Seoane y otros que valen tan poco como Seoane son muy superiores al poder que ellos tenian en sí naturalmente para causarlos. Pero se les ha dado importancia y se les ha hecho valer lo que nunca hubieran valido por sí mismos. Ha habido un fuerte empeño en poner guarismos al lado de ciertos ceros para darles un valor positivo; ha habido un afan constante en rodear de popularidad á ciertos hombres que no tenian ningun título que les hiciese á ella acreedores. Y la popularidad es una arma ofensiva que no saben manejar-

la todos , y una arma defensiva que no todos tienen bastante poder para soportarla. Cuando un hombre no se la ha adquirido sino que se la han dado, culpa son de los que se la han dado los males que causa con ella. ¿No sabeis que la popularidad es un medio de accion terrible, omnipotente algunas veces, lo mismo para el bien que para el mal? ¿No habeis visto á Lafayette con su popularidad republicana dar un rey á los republicanos franceses? La popularidad en un hombre que no sabe hacer de ella el uso debido es una pistola amartillada en manos de un niño. Lafayette se mató con ella matando al mismo tiempo á su partido. Con ella otro que no hubiese sido Lafayette hubiera salvado á su partido y él se hubiera salvado tambien. Y cuenta con que Lafayette tenia virtudes. Pero las virtudes no bastan para hacer de la popularidad un buen uso á favor del pueblo; tambien se necesita genio, sin el cual la popularidad del hombre de bien es explotada por cualquiera ambicioso, y sirve para producir un efecto diametralmente opuesto á los deseos del hombre de bien.

Seoane debió su reputacion, que tan funesta ha sido, á sus exageraciones patrióticas que le daban todas las apariencias de un hombre franco y leal, capaz de decir una claridad al menos dispuesto á sufrirla, sin reparar jamas en compromisos de ningun género. Indudablemente en su larga carrera parlamentaria ha dicho muchas verdades que escuecen, y precisamente no ha sido malo que las haya dicho, ni tampoco que las haya condimentado con frases acres, irritantes y provocativas, sino que las haya dicho cuando no debia decirlas, que casi nunca las haya colocado en su lugar, y que no tanto se haya servido de ellas para ilustrar las cuestiones como para enve-

nenarlas. Sus arengas consideradas aisladamente no son malas, pero estudiándolas en la relacion que guardan con la época en que se pronunciaron, examinándolas en su enlace con la situacion que las provocó, se encuentra que son intempestivas y por lo intempestivas perjudiciales. Las mentiras no deben decirse nunca, pero tambien hay ciertas verdades que no deben decirse siempre. ¿Qué necesidad tenía para defender el bombardeo de Barcelona de sacar á relucir todas las conmociones que desde los tiempos mas remotos han tenido lugar en la capital del Principado, para deducir de todo esto que el carácter de los catalanes es naturalmente díscolo y rebelde? Abrumando de este modo bajo el peso de una acusacion comun á todos los catalanes, convirtió en cuestion provincial la que tal vez no hubiera sido mas que cuestion de uno ú otro partido, y acabó de escitar en el pais los deseos de la funesta coalicion destinada á derribar al mismo ídolo que él afectaba sostener. Podia decir las mismas verdades y conducirse al objeto á que se proponia llegar sin despertar el espíritu de independendencia, ni herir la susceptibilidad provincial que se reaccionó mancomunada contra él y contra todos los hombres del sistema que defendia. Podia atribuir á exceso de energía esta facilidad con que truecan los catalanes en instrumentos de guerra los instrumentos de su industria; podia atribuir la propension de los barceloneses á la revuelta, al íntimo enlace que guarda en todos los pueblos fabriles la cuestion política con la social, el derecho con el hecho, la libertad con el pan. La libertad en las ciudades industriales es la emancipacion de las clases trabajadoras; ser libre en el language de los proletarios quiere decir no estar sometido á los caprichos y codicia de un fabricante que aumenta el trabajo y acor-

ta los salarios, seguro de que el hambre hará transigir á los pobres trabajadores con sus tiránicas exigencias. ¿Ignoraba esto Seoane? Bien es verdad que de este modo no hubiera probado la necesidad del bombardeo, pero tampoco la probó con los argumentos de que hizo uso, y logró al propio tiempo exasperar mas y mas los ánimos harto irritados ya á consecuencia de causas que son de todos conocidas.

Los hombres de cierto temple tienen con los niños muchos puntos de semejanza. Cuando á un chiquillo se le aplaude un chiste ó una salida feliz que la casualidad ha puesto en su boca, sin que él mismo tenga conciencia de lo que ha dicho, se infatúa, se engríe, se hincha con todo el viento de la vanidad halagada, y ensarta desde luego una majadería tras otra, las echa de gracioso, parece que se toma á sí mismo por un Quevedo en miniatura, y se tiene despues no poco trabajo en hacerle callar y desistir del flujo inagotable de vaciedades con que trata de acreditar su chispa. A Seoane se le han aplaudido tantas cosas, que tiene sobrados motivos para creerse un grande hombre, y al que tratase de convencerle de lo contrario es seguro que el mismo Seoane le tendría mucha lástima. ¿Quién es capaz de destruir la vanidad de un hombre alimentada incesantemente por espacio de muchos años? Hubo un tiempo en que todos los epitetos honrosos que tenemos en nuestro idioma se empleaban para calificar á Seoane. El *honrado* general Seoane, el *bravo* general Seoane, el *célebre* general Seoane, el *ilustre* general Seoane, el *hábil* general Seoane, el *incorruptible* general Seoane, el *franco* general Seoane, el *patriota* general Seoane, el *virtuoso* general Seoane, el *digno* general Seoane, el *elocuente* general Seoane, el

héroe general Seoane, ¿quién que sepa leer no recuerda haber visto el apellido de Seoane precedido de alguno de estos adjetivos? Con tantos elogios sus parciales le hicieron perder enteramente la cabeza; el pobre don Antonio, que no la tenía bastante fuerte para sobrellevar tanto prestigio, quiso corresponder á las esperanzas de sus ciegos aduladores, y exagerándose su propio mérito, procuró presentar exageradas también de una manera ridícula las condiciones hónrosas que se le atribuían. A fuerza de querer parecer bravo se hizo insolente, y se hizo grosero á fuerza de querer parecer franco. De este modo en el parlamento se convirtió en un verdadero D. Quijote, en un personaje absolutamente grotesco, del cual suplicamos á Dios que libre á nuestra pobre patria por todos los siglos de los siglos. *Amen.*

*De Seoane parlamentario libera nos Domine.*



184

... de las cosas que se han hecho y se hacen en el mundo, y de las que se han de hacer en el futuro. Este es el objeto de la historia natural, que trata de describir y explicar las causas y efectos de las cosas que se ven en el mundo, y de las que se han de ver en el futuro. La historia natural se divide en tres partes: la historia de la vida animal, la historia de la vida vegetal, y la historia de la vida mineral. La historia de la vida animal trata de describir y explicar las causas y efectos de la vida de los animales, y de las que se han de ver en el futuro. La historia de la vida vegetal trata de describir y explicar las causas y efectos de la vida de las plantas, y de las que se han de ver en el futuro. La historia de la vida mineral trata de describir y explicar las causas y efectos de la vida de los minerales, y de las que se han de ver en el futuro.

De donde se ve que la historia natural es una ciencia que trata de describir y explicar las causas y efectos de las cosas que se ven en el mundo, y de las que se han de ver en el futuro. Esta ciencia se divide en tres partes: la historia de la vida animal, la historia de la vida vegetal, y la historia de la vida mineral. La historia de la vida animal trata de describir y explicar las causas y efectos de la vida de los animales, y de las que se han de ver en el futuro. La historia de la vida vegetal trata de describir y explicar las causas y efectos de la vida de las plantas, y de las que se han de ver en el futuro. La historia de la vida mineral trata de describir y explicar las causas y efectos de la vida de los minerales, y de las que se han de ver en el futuro.

## II.

### SEOANE JEFE DE PROVINCIA.

---

**Y** líbranos también, Señor, de Seoane jefe de provincia!

¡Seoane jefe de provincia! ¡qué escándalo! Por grande que haya sido la influencia que el general Seoane ha ejercido desde el parlamento, no puede compararse en lo funesta con la que ha ejercido teniendo á su cargo el mando militar de una provincia.

Al cabo, á pesar de los esfuerzos de los que se empeñaron en hacer de él un grande hombre, aplaudiendo sus desatinos, encomiando sus baladronadas y halagando su fatuidad, con lo que se le volvió mas fatuo y se le dieron alas para que cada dia prorumpiese en nuevas baladronadas y desatinos, la mayoría del pueblo supo apre-

ciarle en su debido valor y no dar á su fatuidad, desatinos y baladronadas mas importancia de la que realmente merecian. En vano sus necios aduladores le prodigaron, hasta que definitivamente hubo colmado su descrédito, los lisongeros epitetos con que hemos visto que le calificaban cuantas veces se les ocurría pronunciar su nombre ; nada impidió que Seoane fuese tenido por un extravagante, por un maniático, por un loco, y los que concurrían á las tribunas públicas no estaban poco contentos cuando llegaba el turno al primer gracioso en aquellos magníficos sainetes que en los dos teatros parlamentarios representaban y de vez en cuando representan aun los padres de la patria.

Los parlamentos, del modo que están constituidos, son (perdóneseme la vulgaridad) una mentira, y todo el pueblo sabe que son una mentira. En lugar de representar la nacion, representan cuando mas la mayoría del cuerpo electoral, y algunas veces ni siquiera esta mayoría representan. Jamas son el órgano de la opinion pública, jamas son, como deberian ser, la síntesis de la voluntad nacional, aun suponiendo que no sean el fruto esclusivo de los amaños, intrigas y violencias de que con tanta prodigalidad suelen hacer uso los gobiernos para obtener el apoyo de una mayoría en las córtes cuando no la tienen en el mismo cuerpo electoral. El pueblo siente que las córtes son una farsa, y nada le importa en ellas un farsante mas ó menos. ¿Qué le importaban las extravagancias de Seoane, sus provocativas fanfarronadas, sus desatinos imponderables? Todo esto era un motivo de risa, capaz de desviar un instante la atencion del negro cuadro de calamidades que presentaba la patria fecunda de los Seoanes, de los Sancho Panzas, de los Gonzalez Brabos, de

los Candelas y de los Jaime el Barbudo. Pero cuando el pueblo vió que el nunca bastante ponderado D. Antonio abandonaba el charco de las ranas (1) donde tanto le divertía para ir á hacer de las suyas en alguna capitania general, tuvo un sentimiento análogo al que tendrán los madrileños aficionados al género cómico el dia que Orgaz se retire de la escena definitivamente. Y su sentimiento fué doble, porque Seoane, que tanta falta hacía en las córtes, cuyas sesiones narcóticas amenizaba con sus barbaridades, maldita la falta que hacia á los catalanes cuando se lo vieron en Barcelona de capitán general del Principado. Aquello era algo mas que retirarse Orgaz de la escena, era un trueque completo de papeles, era un papel de barba confiado á una primera dama, era Orgaz en el Hamlet desempeñando el papel de Ofelia. En España se ven muchas aberraciones, muchas monstruosidades de este género. España, que es el pais de las opiniones usurpadas, es tal vez por la misma razon el pais de los papeles trocados; en ella los hombres están lo mismo que los edificios, casi ninguno ocupa el lugar que debe. Del modo que las cosas siguen desconcertándose, todavía tengo esperanzas de no pasar á mejor vida sin que algun médico me remonte las botas, sin que algun abogado alopática ú homeopáticamente me cure una jaqueca y sin que un albañil me haga un par de pantalones. A nadie deberá esto causar maravilla despues de haber visto á Gil y Zárate nombrado director de estudios, lo que en otra patria que no fuese la de Pelayo supondria que Gil y

---

(1) Con estas palabras calificaba el general Zurbano el salón de córtes, cuando éstas en épocas azarosas perdian el tiempo hablando inútilmente.

Zárate es un hombre que ha profundizado todas las ciencias, versado en todos los ramos del saber humano, familiarizado con todos los conocimientos que constituyen lo que se llama un sabio; pero esto en España no supone nada, absolutamente nada, y ni siquiera sirve para acreditar aquel refran que dice *en la tierra de los ciegos el tuerto es rey*. Gil y Zárate no es un tuerto entre ciegos; es mas bien un ciego entre tuertos. No pasa de ser un oficinista muy mediano, y el peor de nuestros poetas. Ni siquiera tiene esa ligera tintura de conocimientos enciclopédicos con que se disfrazan de sabios algunos hombres adocenados; no sabemos que tenga ninguna profesion científica; ni es médico, ni es abogado, ni es arquitecto, ni es farmacéutico, ni es filólogo, ni tampoco es práctico en ninguna de las ciencias llamadas vulgarmente ausiliares; es director de estudios sin tener ningun estudio. No se tome esto por exageracion.—¿Gil y Zárate es botánico?—No sabe lo que es estambre, ni tampoco lo que es pistilo.—¿Es zoólogo?—No distingue un prócer de un liron, ni un liron de un cetaceo, una mariposa de un molusco, ni un mamífero de un zoófito.—¿Es mineralogista?—Ignora lo que es terreno primario y lo que es terreno terciario; no sabe cuantas clases hay de metales, ni en qué se diferencian estos de las tierras.—¿Es filósofo, no en el sentido de investigador de las cosas naturales, ni en el de amante de las ciencias, sino en el de conocedor de las opiniones de las diversas sectas de filósofos?—No sabe lo que es sensualismo y método *á posteriori*, ni lo que es idealismo y método *á priori*. Ignora quienes fueron los eleáticos despues de Hipócrates, la filosofia de los chinos, los sofistas de la escuela de Protagoras, los cínicos, los cirenaicos y los eretriacos de la

escuela de Sócrates; no se le alcanza una jota del dogmatismo de Euclides, Ebulides y Stilpon; desconoce á los peripatéticos, á los estoicos y epicureos, y á los cépticos, y no ha aprendido lo que es sincretismo, platonismo, escolasticismo, panteismo, sensualismo, criticismo ni idealismo.—¿Es matemático?—Trabajo le costaría valuar un quebrado y decir lo que es número complejo.—¿Es físico?—Nos guardaremos bien de preguntarle cuales son las leyes generales de la materia, cuantos los fluidos impondérrables y qué se entiende por electricidad negativa y positiva.—¿Es astrónomo?—¡Si no es matemático! Lléveme el diablo si acierta á decir lo que son círculos polares, horizonte, meridiano, ecuador, zodiaco y eclíptica, coluros, trópicos, lunaciones, eclipses y demas zarandajas con que juega en las escuelas la memoria pueril.—¿Es cronólogo?—Que la pluma se me caiga de las manos para nunca mas volverla á coger si sabe lo que son eras, olimpíades, período juliano, indicciones, epacta, ciclo solar y áureo número.—¿Es geógrafo?—Algo. Sabe en cuantas partes se divide el globo terráqueo.—¿Nada mas?—Nada mas. Ignora tal vez el número de penínsulas é istmos que tiene Europa.—¿Es decir que tampoco es geógrafo?—Ya ve V...—¿Entonces qué es Gil y Zárate, que no es nada?—¡Como que no es nada! es director de estudios. Se le ha realizado la utopia de los niños que cuando les preguntan: ¿Quieres ser abogado? responden: No, quiero ser regente de la audiencia. ¿Quieres ser militar? No, quiero ser general. General sin ser militar; regente de una audiencia sin ser abogado; director de estudios sin.... estudios. ¡Si Aristóteles viviese en España! ¡si Newton resucitase en España! ¡si Arago hubiese nacido en España!.... ¿Y qué? Seria su director Gil y Zárate.—

Pero eso sería atroz.—Pero sería muy español, y españoles sobre todo.

Ya hemos espuesto los motivos que nos obligan con frecuencia á separarnos del político que estamos desnudando para de paso hacer otro tanto con algunos otros que por su insignificancia no son acreedores á que nos ocupemos de ellos determinadamente. Fastidiosas son sin duda tantas digresiones, pero cada una de ellas nos ahorra una biografía. Nos sucede lo que á un cazador novicio, que mientras se dirige al cazadero no sabe resistir á la tentacion de disparar la escopeta contra los gorriones que encuentra en el camino. Uno conocemos que fué á caza de conejos, y cuando llegó al coto los saltamontes y mariposas que vió de paso le habian consumido ya todas las municiones. Afortunadamente á nosotros no puede sucedernos otro tanto; vamos muy bien provistos, y no nos han de faltar perdigones ni pólvora para acabar con los pajarracos, aunque gastemos algunos tiros para acabar con los pajaritos. Para ciertos pajaritos nos bastan los tacos, y algunas veces nos basta apuntar sin disparar.

Indudablemente Espartero mientras fué regente del reino estuvo muy desatinado, y la causa de sus desatinos la encontramos constantemente en su falta de golpe de vista que no le dejaba justipreciar ni la importancia de los sucesos, ni el valor de las personas y de las cosas. Todo lo debia á su 'popularidad y á su prestigio en el ejército, y sin embargo mas de una vez sacrificó el amor de sus partidarios á sus deseos de una reconciliacion imposible con sus enemigos. Tuvo miedo á la revolucion, y este fué su principal defecto y otro de los motivos de su principal debilidad y de su caida. Despues de la sublevacion de octubre, que tan evidentemente le manifestaba

la esterilidad de sus esfuerzos contemporizadores y la imposibilidad de granjearse jamas el afecto de sus adversarios, léjos de desistir de su propósito, trató de halagar á los moderados á espensas de los progresistas. Y es que temia mas á la revolucion que le podia salvar que á la reaccion que le debia perder. No tardó en colocar en el ejército infinidad de oficiales procedentes del convenio de Vergara y á no pocos de los mismos que le habian querido derribar en octubre de 1841. Al mismo tiempo muchos oficiales que le eran adictos fueron separados de las filas porque se les tenia por revolucionarios ó republicanos. Los retrógrados calificaban con estos epitetos á todos los progresistas, y Espartero daba mucha importancia á las calificaciones de los retrógrados. Tal vez no se la hubiera dado tan grande si hubiese sido hombre de pensamiento propio, si hubiese obedecido la voz de sus instintos mas bien que la de sus paniaguados, si no hubiese admitido siempre sin exámen las necias amonestaciones de sus consejeros aúlicos, entre los cuales se encontraba Seoane egerciendo una influencia superior á la de todos los demas. A Seoane se debió principalmente la insercion en el *Eco del Comercio* del comunicado de Linage de 27 de marzo de 1841, con el cual se enagenó Espartero las simpatías de muchos progresistas, que desde entonces creyeron descubrir en él una ambicion desmedida, un deseo inestinguible de esplotar su popularidad exclusivamente en provecho propio.

Los efectos de aquel comunicado son de todos conocidos; á él tal vez debió Espartero su elevacion al supremo poder, pero le debió tambien la debilidad de este mismo poder. Permitasenos reproducir aqui lo que acerca de aquel funesto documento dijimos en el *Panorama Español*.

«No hubo necesidad mas que de esta especie de manifiesto para que la mayor parte de los que pensaban defender y votar en el parlamento la regencia múltiple se convirtiesen en acérrimos unitarios. El documento de Linage no solo modificó la conducta de las cámaras, sino que hasta cierto punto alteró tambien la opinion del país, si bien sirvió para dar á los adversarios de Espartero armas de muy buen temple. Para la generalidad de la nacion, la cuestion de número de regentes no era tan vital como la consideraba el parlamento; el país habia fijado mas la atencion en el personal que en el número. Con tal que Espartero fuese nombrado regente, le importaba poco lo fuese solo ó acompañado. Los hechos del ilustre general estaban vivos en la memoria de todos, y su persona inspiraba mas confianza que todas las demas que hubieran podido sentarse á su lado. Considerábanle los liberales como el lazo mas poderoso que mantenía unidos el pueblo y el ejército, sin cuya armonía juzgaban muy frágil y precaria la situacion que se habian dado en setiembre de 1840.

«Es indudable que algunos militares deseaban la regencia única con la esperanza de verla convertida en una verdadera dictadura, de cuyas ventajas hubieran ellos participado. Parece que el general Seoane fué otro de los que sugirieron esta idea á Espartero y de los que intervinieron mas directamente en el manifiesto de Linage. El temor que afectaban tener de que degenerase el poder constitucional en otro despótico era la base principal de la opinion de los trinitarios, quienes veian disminuir sus prosélitos á cada instante que pasaba. Los trinitarios no supieron hacerse cargo de que si Espartero hubiese aspirado á la dictadura, lo mismo hubiera conseguido su fin

teniendo que dejando de tener asociados á la regencia. Su voluntad hubiera siempre dominado la de sus compañeros, de los cuales le hubiera sido fácil deshacerse al primer obstáculo que hubiesen opuesto á sus designios. Nótese si no cual era el carácter de los que acaudillaban en el congreso las huestes de los trinitarios, y véase si eran muy á propósito para contrarestar la ambicion de un guerrero acostumbrado casi desde que nació á imponer su voluntad y á jugarse la vida en las batallas. Lopez y Caballero eran los corifeos de la fraccion que defendió la regencia trina, y si alguno de ellos hubiese sido dado por coregente á Espartero, como sin duda hubiera sucedido si los trinitarios hubiesen triunfado, ¿qué dique hubieran opuesto á las miras ambiciosas del soldado? El mismo dique que siendo ministros opusieron tres años despues al general Narvaez, quien sin ocupar una posicion tan elevada ni gozar de su ascendiente y de su genio, les convirtió en maniqués y les hizo labrar á pesar suyo la ruina propia y la de su partido. Si se dejaron dominar por Narvaez, que estaba mas bajo que ellos, ¿como no se hubieran dejado dominar por Espartero estando este cuando menos á su nivel?

« Los moderados comentaron de mil maneras el manifiesto de Linage para dividir el partido progresista é indisponer una parte de él con Espartero. Los que tenian asiento en los escaños de la representacion formaron en la cuestion de la regencia causa comun con los unitarios, como para hacer ver que Espartero les estaba unido por un secreto y misterioso compromiso, y enagenarle de este modo la confianza de los progresistas. A mas de que los moderados tenian necesidad de desvirtuar al conde-duque, y esto les era mas fácil conseguirlo siendo Espartero único regente. En este caso él era el único blanco á que

habian de dirigir sus tiros, y todo el descrédito recaia esclusivamente sobre él, sin que le fuese lícito desviar su responsabilidad moral para inclinarla hácia otros. Asi se esplica como los moderados, que odiaban mortalmente á Espartero, contribuyeron á elevarlo al punto que él ambicionaba.»

Espartero, antes que viese la luz pública el comunicado de Linaje, adivinó sus consecuencias, se hizo cargo de los riesgos á que esponia su reputacion aquel singular documento, y conoció las interpretaciones poco favorables que darian los partidos á la indiscreta oficiosidad de su secretario privado. A ser menos empeñadas las instancias de Seoane, es seguro que en el platillo de la balanza de la opinion parlamentaria no se hubiera puesto la espada de Breno para inclinarlo á favor de un interes propio y de una ambicion personal. ¿Pero Seoane tiene la culpa de que Espartero fuese dócil á sus imprudentes insinuaciones? ¿Quién hace caso de Seoane? Espartero se lo hizo por desgracia suya y de todo el partido que habia depositado en él su confianza. Espartero indudablemente era poco fisonomista, y no hemos visto á otro tan desprovisto de este don singular que permita á los hombres de gobierno conocer á los que les rodean de una sola ojeada. No dudamos que Espartero pensó en organizar la España combinando debidamente los elementos de órden y de libertad que estaban al parecer reñidos, pero era un mal artífice que nunca conoció la fuerza y el uso de los instrumentos de que se valia. Asi le vemos en todos los casos mas apurados del período de su regencia echar mano de Seoane, como si Seoane le hubiese podido servir de algo. Asi le vemos en medio de los riesgos del naufragio encomendarse á Seoane

como si Seoane fuese el santo de su mayor devocion. Y asi tambien vemos á Seoane desde que Cristina abandonó la regencia hasta que la causa de los progresistas sufrió un golpe decisivo en los campos de Torrejon, asociarse á Espartero , como si fuese su ángel malo , para conducirlo al borde del abismo y darle el empujon que le habia de precipitar hácia el fondo del derrumbadero abrazado con la ley del estado. Esto no seria admirable si Seoane fuese un genio ; al cabo el genio siempre domina, y son muy numerosos los que elevados á la autoridad suprema se han visto arrastrados al precipicio por los falaces consejos de un intrigante astuto. Napoleon, el mismo Napoleon, á pesar de las extraordinarias dimensiones de su cabeza sin igual, á pesar de que era bastante fuerte para llevar por sí solo sus grandes pensamientos sin la ayuda de nadie, á pesar de que registraba con su mirada las dobleces del corazon mejor disfrazado bajo la máscara de la adhesion mas perfecta y leia las facultades y sentimientos mas hondos en el rostro de los hombres menos expansivos ; Napoleon, para quien no habia nadie que no fuese transparente , para quien cada individuo era no mas que una letra y el conjunto de todos un inmenso abecedario en el cual sabia leer perfectamente y que trató de combinarlo de modo que no produjese mas que su nombre y el nombre de la Francia; Napoleon tuvo tambien su ángel malo, Napoleon se entregó á Taillierand conociéndolo, previendo, sabiendo que habia de ser su perdicion , á la manera de esos miserables que no pueden al terminar el plazo convenido desprenderse del demonio á quien de antemano han vendido el alma. Bien sabemos que Espartero no era Napoleon, y que los errores de aquel no debieran admirarnos ha-

biéndolos también este cometido, pero por grande, por inmensa que sea la distancia que separa al hijo de Granátula del hijo de Ajaccio, es infinitamente menor que la que separa de Taillerand al general Seoane. Solo Espartero podía dejarse alucinar por las fantásticas escen-tridades del Excmo. Sr. D. Antonio; solo él hu-biera tomado por lo serio sus extravagancias y bala-dronadas.

Todos los partidos, lo mismo que las sociedades de gente de mala vida, como prostitutas, fulleros, bandi-dos, etc., tienen para los casos de mayor conflicto sus barateros, sus matones, que están encargados de la su-blime misión de meter miedo. El partido ayacucho te-nia á Seoane. Barcelona, la turbulenta, la rebelde Bar-celona, como la llaman todos los que en ella encuen-tran obstáculos para llevar á cabo algún plan siniestro, ha visto colocarse á su cabeza unos tras otros, mandan-do negros, pardos y blancos, los espadachines de to-dos los partidos, porque todos los partidos se han empeñado en que no puede haber tranquilidad en el Principado no mandando en él uno de esos hombres que se comen los niños crudos. Después de los sangrientos su-cesos que provocaron el bombardeo de Espartero, digno prólogo del drama funesto que se desenlazó en Torrejon de Ardoz, Seoane reemplazó á Van-Halen en la capita-nía general del Principado. No podía Espartero escoger para suicidarse un instrumento de mejor temple. Aque-lla era mala ocasión para echar bravatas; Barcelona se encontraba en uno de aquellos accesos de fiebre revo-lucionaria que de cuando en cuando acomete á los pue-blos, durante los cuales todas las medidas bruscas y vio-lentas solo sirven para exasperar la calentura. Se nece-

quita mucha prudencia en los que mandan, mientras dura el parasismo, si no quieren que se lo lleve todo el demonio. Espartero no conoció esto, ó tal vez tuvo á Seoane por hombre prudente. Ya hemos dicho que nadie es menos diestro que Espartero para justipreciar la importancia de las personas y de las cosas. No se hizo cargo, á pesar de que se lo revelaban síntomas inequívocos, de que aquel pronunciamiento era moderado, aunque como hombres de accion tomaron parte en él los descontentos de todos los partidos. Si no era suficiente para ponerle de manifiesto el verdadero carácter de la asonada la opinion de muchos de los individuos que figuraron en las distintas juntas que se sucedieron, debia habérselo manifestado la conducta del cónsul Lesseps activa y del todo favorable á los proyectos de los sublevados. ¿Qué otra causa que no fuese la moderada habia de proteger en España un agente de Luis Felipe? A pesar de esto las bocas de los calabozos solo se abrieron para tragar progresistas, solo en los tobillos de progresistas se remacharon los grilletes de los presidios, y en el plomo de los soldados de la patria solo se estrellaron cabezas de progresistas. Y estos mártires, instrumentos ciegos de una causa que no era la suya, cuando hincaban la rodilla en el glásis de la Ciudadela para sufrir el martirio, vitoreaban á la libertad creyendo que morian por la libertad. Y estos sangrientos sacrificios no arrancaban una lágrima de los ojos de los moderados, que veian con satisfaccion como rompía Espartero los instrumentos mismos destinados tal vez á herir á sus adversarios. Los progresistas tratados de este modo desviaron sus odios reconcentrados por espacio de muchos años contra los moderados, y los volvieron contra Espartero. Este modo

de proceder, aunque muy funesto, era muy justo y muy natural. Con todo, los enemigos de los progresistas y de Espartero consiguieron su objeto; consiguieron que los progresistas y Espartero luchasen mutuamente y mutuamente se derribasen, para ellos en seguida entonar un himno de victoria sobre la ruina de todos.

Si el capitán general Van-Halen y el jefe político D. Juan Gutierrez no hubiesen sido destituidos, la voz de victoria se hubiera ahogado en la garganta de los moderados. Van-Halen y Gutierrez, tan atrocemente hostilizados por los revoltosos, sabían que no era en la cabeza de unos cuantos miserables en quien habían de ejercitar la justicia para escarmiento de los grandes conspiradores, y en lugar de romper los instrumentos hubieran cortado la mano que los manejaba. Espartero no podía interpretar siniestramente los actos de Van-Halen y del jefe político, porque la causa de los tres era común, los tres estaban envueltos en un mismo anatema, y lo mismo Zurbano y lo mismo el ayuntamiento. Los que conseguida su efímera victoria dieron el grito de *abajo Espartero* eran los mismos que pidieron la cabeza de todos los individuos de la municipalidad, la de Zurbano, la de Gutierrez y la de Van-Halen. En estos, pues, debía Espartero haber depositado su confianza; ellos, testigos y actores de las escenas, hubieran cojido el hilo de la trama y hubieran descubierto su origen, y entonces no hubieran sido cuatro miserables autómatas los que hubieran regado con su sangre la arena misma en que vitoreaban la libertad. Pronto conocieron los moderados que sobre ellos pesarían los rigores de las autoridades, y no encontraron para evitarlos otro medio que pedir su destitución. Entonces se

habia ya llevado á efecto la coalicion periodística, y les fué fácil encontrar en todos los partidos un eco de su demanda. Los periódicos progresistas, absolutistas y moderados de la corte y de las provincias pidieron á coro que el capitán general y jefe político de Barcelona fuesen destituidos y que al mismo tiempo se les formase causa sometiéndolos á un consejo de guerra. Esto pidieron por espacio de muchos días, y lo pidieron hasta en la época misma en que la coalicion abortó el célebre pensamiento de amnistía. He aquí lo que acerca de este particular dijimos nosotros á la sazón, y lo transcribimos para que muchos hombres que pasan por grandes políticos conozcan lo poco que valen, cuando nosotros, que valemos tan poco, fuimos mas previsores que ellos.

«Las intenciones no tienen el mas mínimo valor en política, y por buenas que las del señor Lopez hayan sido no desviarán un ápice la responsabilidad que él mismo ha levantado sobre su cabeza, si los amnistiados conmueven las instituciones con nuevos sacudimientos y de nuevo riegan con sangre los trigos de la patria. Si al proponer una amnistía le ha guiado un instinto puramente filantrópico, tambien es filantrópico el motivo que á nosotros nos fuerza á reprobala. Deseamos sobre todo que se consolide la paz para que á su sombra florezcan las artes, se desarrollen las ciencias y se desenvuelva la industria, que es la tímida víctima de la guerra, la que mas se amilana con el estruendo de las batallas. Por esto reprobamos una amnistía con la cual es muy fácil que se aplique la mecha á los combustibles que la restauracion tiene desde mucho tiempo hacinados en la Península, y en verdad que si el señor Lopez ha creído que una amnistía general despertaria en los amnistiados

sentimientos de gratitud capaces de hacerles desistir de sus proyectos, y ahogar de este modo los odios inveterados que imposibilitan una necesaria reconciliacion, se ha dejado fascinar por sus afectos tiernos, y ha creído posible cegar con pólvora ó con fósforo los cráteres de un volcan.

«La gratitud es un vocablo que hace mucho tiempo que está borrado del diccionario de los partidos, y sobre todo del diccionario de los moderados, porque á no ser así, ¿cómo era posible que O'Donnell se sublevase en Pamplona contra un poder que le permitió establecerse en aquella ciudad á pesar de los motivos que hacian peligrosa su permanencia en la capital de Navarra? ¿Cómo era posible que Concha y Leon, antiguos camaradas de Espartero, á quien debian las recompensas de sus hechos de armas, pues ningun hecho de armas es jamas recompensado si á ello se opone el general en jefe del ejército, contra este mismo Espartero se insurreccionasen en Madrid? Y no se crea que la víctima designada no estuviese de antemano advertida de quienes habian de ser sus sacrificadores, pero no quiso obrar contra ellos hasta que los mismos sucesos le revelaron que tambien son capaces de una mala accion los pechos castellanos.

«Y cuando de este modo procedieron unos hombres tan caballeros y valientes, cuando pudo la esponja de los partidos borrar de su corazon todas las afecciones hidalgas, ¿qué no debemos temer de muchos otros que pertenecen á su mismo partido, y que desde mucho tiempo llevan en su frente escrita la nota de apóstatas y traidores? No; el tiempo de una amnistía general no ha llegado aun ni llegará hasta que se halle la España definitivamente constituida, hasta que las conspiraciones sean im-

potentes para minar su libertad ahora vacilante, hasta que hayamos salido de este carril de sangre, de este lodazal inmundo donde á cada paso nos atascamos. ¿Es seguro que nuestra regeneracion política seguirá una marcha normal y regular, sin tropezar con ningun obstáculo, sin detenerse en ningun atolladero? ¿No es de temer ya una reaccion que arroje á unos á Canarias, á otros á Pinos, á estos á Ceuta, á aquellos á la horca? Si tiene datos el señor Lopez para responder á estas preguntas afirmativamente, hace bien, muy bien en aconsejar al regente una amnistía. Desgraciadamente nosotros carecemos de semejantes datos. . . . .

«Otra cosa nos ha llamado la atencion. El señor Lopez al mismo tiempo que una amnistía general, pide que se forme causa á Van-Halen y á Gutierrez. Esta es otra de las condiciones. ¿Pero esta condicion y la primera no se escluyen acaso? Si Van-Halen y Gutierrez son criminales, ¿no van comprendidos tambien en la amnistía? ¿O acaso se les esceptuará, y serán ellos de peor condicion que los mismos sublevados, de peor condicion que O'Donnell que bombardeó Pamplona? Antes debia haberseles formado causa; esta medida es en la actualidad intempestiva, sobre todo si á ella precede una amnistía.»

Asi nos espresábamos en el *Constitucional* de Barcelona del 13 de mayo de 1843, y nadie se dignó disipar nuestros recelos, que desgraciadamente el tiempo ha tenido la bondad de probar que no eran infundados. Algunas declamaciones vagas nos honraron con el epíteto de visionarios, y no pocos supusieron que éramos una débil barrera colocada por los ayacuchos delante de los *filantrópicos* proyectos de Lopez para oponernos á la *felicidad* de

la patria. Ni al gefe político, ni al capitán general se les formó causa, pero ambos fueron destituidos con no poca satisfacción de los que tenían la conciencia no muy limpia y estaban ya rezando un acto de contrición. Entonces fué cuando se encargó Seoane del mando militar del Principado, y á pesar de las anomalías de su carácter ó tal vez á consecuencia de estas mismas anomalías, los moderados, que hasta entonces habian tenido el resuello metido en el cuerpo, empezaron á respirar libremente. Seoane fué para ellos un verdadero antiespasmódico.

La ocasion no podia ser mas crítica y azarosa cuando Seoane tomó el mando. Se necesitaba mucho tino, mucha circunspeccion para impedir que de las cenizas de aquel volcan mal apagado saltase una chispa que originase un nuevo incendio. Seoane para hacerse obedecer de un pueblo engreido con un reciente triunfo, no contaba mas que con un ejército abatido por una reciente derrota. A pesar de esto no dejó de echar sus habituales bravatas, y aquellos momentos eran muy poco á propósito para hacerse el valiente.

Los barceloneses estaban todos compactamente unidos; hubo entre los partidos un armisticio momentáneo, y todos los odios se volvieron contra el poder dominante. La táctica de Seoane debia consistir entonces en destruir esta unión que hacia á los barceloneses invencibles; todos sus medios debian dirigirse á procurar que los partidos levantasen de nuevo su respectiva bandera para que gastasen sus bríos en combatirse mútuamente en lugar de emplearlos todos de mancomun contra el gobierno. Léjos de esto, su conducta solo sirvió para afianzar mas y mas esta alianza funesta. Espartero para castigar á los sublevados impuso á Barcelona una exaccion de doce

millones, sin querer advertir que muchos inocentes, muchos que ninguna parte habian tomado en aquellos calamitosos sucesos y hasta algunos que muy de veras los lamentaban, quedaban envueltos en el castigo. Pero de todos modos el castigo se habia impuesto, y aunque es verdad que una disposicion ilegal menoscaba sobremodera la fuerza moral de un gobierno, todavia la menoscaba mas la falta de energía cuando no se tiene la suficiente para hacerla obedecer. El ayuntamiento, á cuyo arbitrio se dejó el modo de hacer efectiva esta contribucion, despues de haber protestado en vano contra ella valerosamente, quiso que pesase tan solo sobre los capitalistas que en su juicio mas habian contribuido á fomentar los precedentes desórdenes. De este modo es indudable que la medida se hubiera llevado á cabo con prontitud; al ayuntamiento no se le ocultaba que el origen de la conmocion de junio era moderado; sabia de una manera positiva que habian tomado parte en ella algunos de los pertenecientes á este partido, y aunque no le hubieran enseñado la fisonomía verdadera de aquellos disturbios los procedimientos del consul francés y la opinion de algunos individuos que constituyeron las juntas revolucionarias, bastaba para conocer su origen examinar someramente la conducta que antes de ellos y durante ellos observaron los corifeos del partido moderado. Los mas valientes de este partido, cuantas veces habia habido un ligero amago de conmocion, se dieron prisa en abandonar la ciudad, y ni los mas pusilánimes la abandonaron cuando la conmocion de junio, á pesar de que se presentó con síntomas precursores mucho mas alarmantes que todas las demas conmociones.

Seoane, echándola de imparcial y de justiciero, se

opuso al reparto hecho por el ayuntamiento, y resolvió que la contribucion pesase indistintamente sobre todos los barceloneses, de suerte que los mismos individuos del ayuntamiento, que se vieron obligados á abandonar la ciudad cuando la evacuaron las tropas del gobierno, participaban tambien del castigo impuesto á los sublevados. Exigir la contribucion á todos era lo mismo que decir que no la pagase nadie. No faltó en el ayuntamiento quien acerca de este particular hizo algunas reflexiones á Seoane, y este que á fuer de jaque y de onmisapiente no admite jamas ninguna contradiccion, se irritó como una víbora, y con sus arranques soldadescos se quedó sin el apoyo de la municipalidad, único que en el pueblo le quedaba.

La milicia nacional estaba desarmada, y el miserable, rodeado de un numeroso ejército, se consideraba omnipotente. Ya habian desaparecido de las azoteas y torres las banderas rojas y negras, símbolos de sangre y muerte con que los barceloneses habian manifestado al poder su resolucion terrible. Las campanas, que con sus lenguas de bronce desafiaban durante el movimiento las huestes del gobierno, dejaron de tocar somaten, y con funeral acento anunciaron las exequias de los que habian perecido en la lucha. Los vestijios de la sublevacion habian desaparecido y solo quedaban los de las iras del poder. Solo quedaban los escombros de algunos edificios arruinados por los proyectiles de Monjuí, y estos escombros despertaban odios inveterados que habian permanecido dormidos en el corazon de los catalanes desde los tiempos de Felipe V.

Aquel pueblo, tan caracterizado por el antagonismo, la rivalidad, la intolerancia y el exclusivismo de los par-

tidos, habia sufrido una transformacion inesplicable, se habia mancomunado misteriosamente, y despues de haber probado á Van-Halen lo que podia unido con las armas en la mano, trató de probar á Seoane que tambien sin armas sabia pelear, y que le bastaba para triunfar de sus opresores una resistencia pasiva. Desgraciadamente esta homogeneidad es muy rara en la historia de los pueblos, y de ella la crónica contemporánea apenas nos ofrece otros ejemplos que los que suministra la guerra de la independendencia.

Ya á la sazón el ayuntamiento formaba causa comun con el pueblo, pero las órdenes de Seoane eran terminantes, y no tenia ningun poder para contrarestarlas. Hizo el reparto consultando la estadística; pero la generalidad de los vecinos no hizo caso de este reparto. Seoane prorumpió en amenazas terribles; nadie hizo caso de sus amenazas. Fulminó bandos espantosos; nadie hizo caso de sus bandos. Su rabia impotente le abogaba; dispuso que fuertes partidas de ejército hiciesen efectiva la exaccion, obligando á cada ciudadano á satisfacer la cuota que le correspondia, y al efecto pidió al ayuntamiento las correspondientes listas. Ni aun así se salió con la suya. En una noche se borraron todos los nombres de las calles y todos los números de las casas. Los soldados eran forasteros y no sabian números de casas ni nombres de calles. Preguntaban indistintamente á los transeuntes, y estos, como si se hubiesen dado el santo y seña, les engañaban sin escrúpulo y les fatigaban con las continuas vueltas y revueltas que les hacian dar inutilmente. Y si por casualidad estos agentes lograban penetrar en el domicilio de algun ciudadano, veian escritos en las paredes con caracteres gigantescos varios artículos de la

Constitucion que les ponian en evidencia el atentado que iban á cometer. En un tabique se leia : «Las contribuciones deben estar votadas por las córtes ;» en otro habia una disertacion entera sobre la seguridad individual ; en otro resaltaba con letras grandes como el puño el juramento que prestó Espartero de guardar y hacer guardar la Constitucion de la Monarquía española de 1837, acompañándolo de aquella fórmula : «Y si en lo que he jurado ó parte de ello lo contrario hiciere , no debo ser obedecido: antes aquello en que contraviniere sea nulo y de ningun valor.»

Conoció Seoane la infructuosidad de su empeño, y para hacer menos patente su derrota, quiso cohonestarla bajo las apariencias de una generosidad mentida. Dirigió al gobierno una esposicion suplicándole que inclinase el ánimo del Regente á favor de los barceloneses para que les eximiese de la contribucion que se les habia impuesto por castigo. El pueblo se rió muy de veras de esta esposicion que tan bien remedaba la conformidad y resignacion forzosa de la famosa fábula de la zorra cuando esta dijo: *están verdes*. Están verdes, dijo tambien Espartero, y accedió á las súplicas de Seoane echándola tambien de generoso y compasivo; pero nadie agradeció su generosidad, porque al fin y al cabo esta generosidad no revelaba mas que su impotencia, y semejante revelacion dió á su fuerza moral el último golpe.

Esto fué para los barceloneses un nuevo triunfo que les envalentonó mas y mas. Todos se burlaban descaradamente de Seoane que con mas miedo que vergüenza recorría la ciudad precedido de cuatro batidores y seguido de una gruesa escolta de caballería. Nosotros que á la sazón considerábamos á Espartero como una neo-

sidad del partido progresista , á fuer de progresistas nos dolíamos de sus errores , y cuando fijábamos la atención en lo mucho que los desaciertos de Seoane contribuirían á destruir el prestigio que necesitaba para mantenerse en su puesto , conocimos que todas las escenas que hasta entonces se habian desenvuelto eran el prólogo de una tragedia terrible que se desenlazaría con la caída del Regente, y la mengua de nuestra independencía y libertad. Nosotros no nos reíamos cuando contemplábamos á Seoane; levantábamos la vista al cielo, uníamos las palmas de las manos en ademan de súplica, pedíamos á Dios misericordia, y terminábamos nuestra plegaria resumiéndola en esta sencilla invocacion :

De Seoane gefe de provincia *libera nos Domine.*





### III.

#### SEOANE GEFE DE EJÉRCITO.

---

**Y** líbranos tambien, Señor, de Seoane gefe de un ejército!

Ahora mas que nunca, ocupándonos de Seoane, se nos figura que estamos adicionando la obra inmortal de Cervantes Saavedra. Si tuviésemos humor y tiempo para seguir paso á paso á nuestro héroe desde que se le ocurrió armarse caballero hasta que en Torrejon de Ardoz puso el *finis coronat opus* á sus estrepitosas hazañas, escribiríamos muchos tomos de aventuras, resucitaríamos los libros de caballería, y oscureceríamos la gloriosa memoria del Cid Campeador, de Amadis de Gaula, de Oliveros, Roldan y demas pares de Francia, y lo mismo la de los caballeros de San I... y la de todos los de la

Tabla-Redonda, de aquella órden esclarecida, fundada por el famoso rey Arturo, despues de haber sometido la Escocia y la Sajonia. Nos limitaremos, en obsequio á la brevedad, ahora que ya saben nuestros lectores lo que vale Seoane parlamentario y de lo que es capaz Seoane gefe de provincia, á decir cuatro cosas relativas á la descomunal batalla de Ardoz, para que vean lo que puede dar de sí Seoane gefe de un ejército.

¡Oh! ¡quién tuviera la sonora trompa del divino Homero para cantar los grandes hechos de aquella memorable jornada! ¿Seoane y Narvaez no tendrán cantores como con mucho menos merecimiento los tuvieron los héroes de la Iliada, y los que acaudilló Godofredo en la conquista de Jerusalem? ¿Ni una hoja quedará de los leureles de Ardoz, ni un eco de la batalla de los dos calañeses, llamada por algunos la batalla de las cintas, no sabemos si á consecuencia de ciertas cintas que adoptaron por distintivo algunos de los combatientes, ó si porque aquella batalla nos ha puesto á todos á parir? ¿Qué haceis vosotros los que optásteis á la escribanía de plata que ofreció Beltrande Lis á los cantores de la heróica Sevilla sin duda para que de vosotros no pudiese decir Seoane que mojais la pluma en una jícara, como de nosotros lo ha dicho? ¿Por qué no cantais la batalla de Ardoz, Virgilios de nuestros tiempos, cantores de nuestros Césares?

¡Cosa rara! Tres años han transcurrido desde que Seoane y Narvaez se avistaron en los campos de Torrejon, y hasta ahora nadie nos ha descrito detalladamente aquel encuentro, y esto que en los campos de Torrejon tuvo su Waterloo el poder de Espartero, y que algunas reputaciones están involucradas en que se ponga en

evidencia la realidad de aquellos sucesos. No parece sino que en Torrejon de Ardoz todos los combatientes se hallaban bajo el poder de un narcótico. Hemos preguntado á algunos de los que acompañaban á Azpiroz, á algunos de los que iban con Narvaez, y á algunos tambien de los del ejército de Seoane, y todos nos han dicho que aquello fué un sueño, que no saben precisamente lo que pasó, pero que pasó una cosa extraordinaria que nadie acierta á explicar, y de este modo, despues de la contestacion, nos quedamos tan ignorantes como si nada hubiésemos preguntado. ¿Lo de Ardoz fué en realidad una batalla? ¿fué una sorpresa? ¿fué una traicion? Nadie es capaz de decirlo á punto fijo; sin embargo, en una cosa están todos contestes, todos lo están en que si Seoane hubiese sido otro hombre, otro gallo nos cantára.

¿Hubo en Seoane cobardía, impericia ó traicion? Seoane espontáneamente se hizo blanco de los pocos tiros que se dispararon en la descomunal batalla de Ardoz, y de consiguiente no puede decirse que fué cobarde, si bien, segun algunos, careció, ya que no de arrojo, de serenidad; se aturrulló, tal vez por falta de práctica, y no supo dar ninguna de estas disposiciones salvadoras que las circunstancias inspiran á los grandes generales en medio de los apuros del combate. Del mismo argumento que emplean algunos para probar que Seoane no fué cobarde, se valen otros para probar que tampoco fué traidor. ¿Como estando vendido á los enemigos, se espuso á ser víctima de los proyectiles que estos le arrojaron? En realidad este argumento nos parece muy poderoso, y basta casi para destruir todas las apariencias de traicion con que se presentó en los campos de Ardoz el campeón

terrible en quien el poder de Espartero tenia fundadas sus esperanzas mas legítimas.

Pero si Seoane no fué cobarde , si tampoco fué traidor , ¿ como se dejó arrollar por el enemigo al primer encuentro , y á la voz de jaque y mate que le dió Narvaez cedió todas las piezas antes de haber movido ninguna? ¿ Por qué no tomó ninguna de estas disposiciones desesperadas que algunas veces han arrancado la victoria de las manos que ya la tenian asida , y que al menos permiten decir á los vencidos lo que los franceces en Roncesvalles: *todo se ha perdido menos el honor*? ¿ Por qué no se jugó el todo por el todo? ¿ Por qué no fué á buscar, como el pundonoroso San Miguel en el año 23, ya que no el triunfo , una muerte honrosa en una batalla decisiva? ¿ Por qué cayó en poder del enemigo antes de haber mordido la arena del combate? Debió luchar hasta el último aliento, porque la libertad no es una cosa tan insignificante que pueda abandonarse al primer sacrificio que ella reclama; y en aquellos momentos Seoane era el hombre que la libertad tenia por campeón , y siendo su campeón la dejó sucumbir sin defenderla , y se entregó á discrecion del enemigo sin tener hechos pedazos el cuerpo ni la espada. Seoane , sin embargo , siempre las habia echado de valiente: él fué quien quiso dar á Espartero lecciones de energía, quien quiso arrancar la casaca por la espalda á los oficiales de Aravaca, quien pocos dias antes habia dicho en pleno parlamento que al hallarse en el puesto de Van-Halen cuando los sucesos de Barcelona , hubiera hecho pasar al coronel Prim por debajo de las herraduras de su caballo. Prim dijo que para esto la espada de Seoane tenia poco temple, y nosotros asi lo creemos; con todo, el lance que sostuvo Seoane con los oficiales de la guar-

dia y la gloriosa herida recibida en los campos de Navarra en el muy corto tiempo que estuvo en campaña, le daban derecho á exigir que sus provocaciones no se tomasen todas por fanfarronadas. Fanfarronadas fueron, sin embargo, porque cuando un hombre aventura espresiones provocativas como las que se ha tomado la libertad de verter Seoane en su larga carrera política y militar, él mismo se impone el deber de ser mas valiente, mas patriota, mas honrado y mas entendido que todos los demas, y el mas insignificante accidente que pueda argüir en él falta de inteligencia, de honradez, de patriotismo ó de valor da derecho á todo el mundo de calificarle de fanfarron. Seoane con su fatuidad é indiscreciones se habia colocado en la dura necesidad de ser un héroe; el que se hace un D. Quijote con sus palabras, con sus hechos ha de ser tambien un D. Quijote, y aunque parezca temeridad, no ha de cejar delante de ningun peligro, ni delante de yangüeses desalmados, ni delante de la jaula de los leones. Debíó Seoane en 43 haber imitado el egeemplo que le dió 20 años atras el célebre ministro de las notas, el valiente San Miguel, quien despues de haber cometido la imprudencia de recoger el guante que le echó la Europa absolutista, acudió al sitio del combate, y allí como un bravo que no quiere sobrevivir á la ruina de la causa que defiende, pidió la muerte á los soldados que le magullaban la cabeza para poder decir al exhalar el último suspiro: *¡O patria, morituri te salutant!*

Si en realidad no fué una cobardía ni una traicion lo que produjo el desenlace que tuvieron los sucesos de Ardoz, es menester convenir en que Seoane, que ciñe una faja de general, no es acreedor á una gineta de sargento segun-

do. Su impericia fué tan grande que no acierta á formarse cargo de ella el oficial subalterno de menos alcances, y así es que nadie achaca á impericia su derrota, considerando que es imposible tanta impericia. Un cabo segundo de Milicia nacional sedentaria hubiera dirigido mejor que Seoane la accion de Ardoz. En esto se fundan sus detractores para hacer recaer sobre el pobre D. Antonio una nota algo mas fea que la de poco táctico, y les confirma en su juicio el somero exámen de la conducta que observó desde el momento mismo que salió de Cataluña para obligar á los coligados á levantar el sitio que tenian puesto á la capital de España hasta despues de la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha (1).

Al amanecer del dia 12 de julio de 1843 el toque de generala despertó á los habitantes de Madrid que descansaban tranquilos en la vigilancia de la Milicia nacional que cubria el servicio y los puestos avanzados. En un instante no hubo un solo miliciano nacional que no empuñase las armas. Toda la poblacion armóse en masa, y la heroica villa, que un momento antes dormia desapercibida, se halló al despertar convertida en un campamento.

¿Quién producía aquella alarma tan imprevista y tan súbita? Los coligados se hallaban á la vista de la capital exigiendo de sus autoridades que se les abriesen las puertas. Entraron y salieron parlamentos, cruzáronse

---

(1) Copia literal del título del capítulo XX de la historia del *Ingenioso Hidalgo*. Dejamos en esta ocasion á discrecion del lector que reemplace el nombre de D. Quijote con el que mejor le parezca.

comunicaciones; el pueblo madrileño estaba aprestado á una defensa vigorosa, y despreció las amenazas de los sitiadores, que calificaron de vil y traidora la sangre de los milicianos de Madrid. Esta calificación atroz, dada en una de las comunicaciones que dirigió Narvaez al capitán general de Madrid, acabó de hacer imposible toda especie de avenencia entre sitiadores y sitiados. Cuantos habian tomado las armas para sostener el órden y las instituciones en aquellos momentos de prueba rechazaron indignados toda idea de transaccion con un enemigo que llamaba vil y traidora á su sangre.

Con todo, aunque el odio á los invasores era casi general en la corte, y la milicia casi en su totalidad estaba resuelta á sostener la regencia de Espartero, no dejó la coalicion de sembrar entre los grupos del pueblo y las filas de la fuerza ciudadana algunos gérmenes de discordia que podian desenvolverse con el tiempo y ahogar el entusiasmo, tan necesario en aquellos dias de peligro. Era indispensable llamar fuerzas al auxilio de la capital antes que aquella vida de campamento, á que no todos los milicianos estaban acostumbrados, fatigase y desalentase á los madrileños.

La division de Seoane fué la destinada á levantar el sitio. ¡Siempre Seoane! ¡Siempre, en todos los momentos críticos y decisivos en que la causa de Espartero necesitaba para evitar su ruina un hombre hábil y resuelto, Seoane el elegido para sostener esta causa! Ya lo hemos visto; despues del bombardeo de Barcelona se necesitaba en el Principado un gefe militar sagaz y prudente, y este gefe militar fué Seoane. Para justificar la conducta observada en Cataluña por Espartero y su gobierno, se necesitaba en las córtes un orador ingenio-

so y circunspecto que defendiese al regente sin exasperar los ánimos de los catalanes, y Seoane, que nada tiene de circunspecto ni de ingenioso, tomó á su cargo esta misión difícil. Empeoró como gefe de provincia los males que habia causado al regente como consejero, y empeoró como orador los males que le habia causado como gefe de provincia. Todavía le era dado siendo gefe de un ejército reparar las faltas que habia cometido y evitar la ruina del partido que tan poderosamente contribuyeron á labrar sus desaciertos. La causa de Espartero no estaba aun desahuciada antes de los sucesos de Ardoz, y si Seoane hubiese sido otro hombre, si hubiese derrotado á los sitiadores de Madrid como no podia dejar de derrotarlos atendido el número y la calidad de su ejército, Sevilla hubiera abierto las puertas á Van-Halen, los catalanes en su mayor parte hubieran abandonado á Serrano y á Prim, y todos los proyectos de la coalicion se hubieran desvanecido como el patriotismo de un turroneo. Cuando la accion de Ardoz los liberales de la coalicion habian ya empezado á abrir los ojos, adivinaban el porvenir que la victoria les reservaba y estaban dispuestos á renunciar á ella considerándola como un verdadero suicidio. Una derrota cualquiera en aquellos momentos bastaba para hacerles desistir de su propósito. Madrid, Zaragoza, Cádiz y algunas ciudades de Castilla y Galicia permanecian fieles á Espartero; entre los que acompañaban á Prim la mayor parte seguian á remolque el movimiento de la coalicion, y en Sevilla estaban ya preparadas las colgaduras con que habian de adornarse los balcones para recibir á Van-Halen victorioso, del mismo modo que fué recibido Concha. Por cuantos puntos pronunciados de la Península pasaba una division cualquiera

no pronunciada, el pronunciamiento quedaba deshecho, y el nombre del regente era vitoreado entre los tañidos de las campanas echadas á vuelo en señal de regocijo. La accion de Ardoz debia ser el desenlace de toda aquella farsa de pronunciamientos, y esto Seoane debió haberlo conocido de antemano. ¿ Lo conoció ó no lo conoció? Sí, lo conoció, porque no podia dejar de conocerlo, porque lo hubiera conocido un animal aunque no hubiera sido del órden de los mamíferos, porque lo hubiera conocido hasta un zoófito. Lo conoció, sí, lo conoció; y sin embargo ¿ de qué modo se preparó para triunfar en una accion en que estaban cifradas todas las esperanzas, y comprometidos tantos intereses, tantas personas y tantos principios? Unida su division á la del intrépido Zurbano constituia un grande ejército que ni siquiera permitia á Narvaez disputar un minuto la victoria. Al salir de Cataluña supo confidencialmente que algunos gefes de alta graduacion de los que le acompañaban habian dicho en voz alta que no se batirian contra los coligados, y en lugar de separarlos en aquellos momentos tan críticos, ó cuando menos vigilarlos escrupulosamente, se contentó con llamarlos para cubrir el expediente, les dirigió algunas preguntas como aquellas que hace un examinador al recomendado de su querida para que responda satisfactoriamente, y siguió depositando en ellos una absoluta confianza. Hizo mas; confirió el mando de una arma importante á un gefe sobre quien pesaban sospechas y hasta cargos de desafeccion. Esto solo es un arsenal magnífico de datos que los suministra de sobra á los enemigos de Seoane para rebatir los argumentos de los que se empeñan en sostener que D. Antonio no hizo defeccion. A estos datos, que cuando menos hacen concebir serias sos-

pechas, se agregan otros, ya que no suficientes para confirmarlas, poco á propósito para desvanecerlas. Desde que salió del Principado sabia Seoane que á las tropas que conducia les aguardaba en las inmediaciones de Madrid una batalla decisiva, y si bien eran poderosos los motivos y apremiantes las circunstancias que le obligaban á acelerar la marcha, debió disponerla de modo que los soldados se fatigasen tan poco como fuese posible para hallarse en disposicion de contrarestar con brio el choque de sus adversarios. La estacion era abrasadora, ardiente, insoportable; parecia que se agolpaban sobre cada cabeza los rayos de toda una canícula. Nada mas natural, atendido esto, que dejar descansar á las tropas de dia y hacerlas marchar de noche, sobre todo cuando le permitia tomar esta disposicion el camino trillado que seguia su ejército y su número inmenso que las ponía á cubierto de toda sorpresa. Nada mas natural en un tiempo de calor y de sequía, cuando no habia ninguna circunstancia que limitase el terreno, que hacer marchar á los soldados á alguna distancia los unos de los otros para que mutuamente no se ahogasen. Nada mas natural que separar algun tanto la infantería de la caballería y artillería, y hasta si era posible colocar á sotavento estas dos armas, para que no envolviesen á los peones en un torbellino sofocante con el polvo que levantaban los cascos de los caballos y las ruedas de las cureñas. Nada de esto se le ocurrió disponer á nuestro Napoleon. Rompia la marcha en medio del dia por la carretera de Aragon cuando el sol se hallaban en su cenit, cuando caian sus rayos tan aplomados y perpendiculares sobre las cabezas de los soldados que les parecian barrenas de fuego. No se oia ni el trino de un pájaro, ni el susurro de un árbol. La naturaleza toda

dormía aletargada. No tenía el aire un solo soplo para consuelo de los soldados de la libertad. Los infelices no veían mas que polvo, ni tragaban mas que polvo; hasta aire les faltaba para respirar. Los fusiles ardían; el reverbero de los aceros en que se reproducía el sol añadía mas calor á aquella atmósfera infernal. Seoane creería mandar en aquellas jornadas un ejército de salamandras. Y en medio de aquella fragua iban los sufridos soldados tan pegados, tan encolados los unos á los otros que se pisaban los calcañares; apiñados, cosidos de pecho á espalda, ensartados, engarzados como cuentas de rosario. La necesidad de respirar, de absorber un hálito de aire les hacía abrir la boca, el polvo se la hacía cerrar. Momentos hubo y no pocos en que la propia caballería y artillería les eran mas odiosas que las de los enemigos. Y á este polvo que brotaba de sus propios piés, de los cascos de los caballos, de las ruedas de las cureñas y de las acémilas y carros de los bagages se agregaba el que incesantemente levantaba el coche mismo de Seoane, quien tuvo la feliz ocurrencia para ponerse al abrigo de los rayos del sol de dirigirse á la batalla en calesa. Lástima que esta calesa no se conserve para colocarla en la Armería al lado de la famosa litera en que Cárlos V se hacía conducir á los combates. Sus ruedas con el tiempo se venderían á pedazos como un *lignum crucis*, como la dentadura de Santa Polonia y como los clavos de que Napoleon colgó su sombrero en Austerlitz. Este clavo seguramente no fué mas que uno, pero nosotros empleamos el plural, porque sabemos que de este clavo, lo mismo que de dientes de Santa Polonia, se han vendido ya millares de ediciones. Parece imposible no llevando Napoleon mas que un sombrero, ni teniendo Santa Polonia mas que una boca; pero des-

pues de la batalla de Ardoz nada debe parecer imposible, absolutamente nada.

Tampoco favorecen mucho la reputacion de Seoane las arengas que hizo á sus soldados dirigiéndose á Madrid. No ignoramos que la elocuencia militar, esta elocuencia á que un César, un Alejandro y un Bonaparte debieron tanta gloria como á su espada vencedora, y que tal vez contribuyó no poco á formar el ascendiente que por algun tiempo deificó á Espartero á los ojos del ejército y del pueblo, está reservado á muy pocos militares, y que Seoane arengando á los soldados no es mas feliz que hablando en un congreso. Pero al menos hallásemos fe, ya que no elocuencia, en sus arengas, hallásemos en ellas este firme propósito de vencer ó morir que se forma y revela un general momentos antes de las batallas. Sentimos no tener á la vista ninguna de las alocuciones á que nos referimos para transcribir alguna de ellas y evitarnos de este modo la molestia de juicios y calificaciones que se alcanzarian al lector menos inteligente. Aridez en el conjunto, palidez en cada una de sus cláusulas, tibieza en todas las espresiones; ni una palabra que hable al corazon del soldado, ni una frase que le ponga de manifiesto el interes del triunfo, ni una metáfora que haga palpitar sus arterias con un latido de entusiasmo; tales son las arengas de Seoane en los dias que precedieron á los sucesos de Torrejon. Y es porque para sembrar palabras que no sean estériles entre hombres de pura accion, como son los soldados y el pueblo armado, se necesita mucha fe que supla las combinaciones del talento, ó mucho talento que supla las inspiraciones de la fe. Se necesita un corazon que hable por sí solo, sin mas voz que la del sentimiento, sin pedir á la cabeza ningun recurso, ó una

cabeza que sepa remedar perfectamente los acentos de un corazon apasionado, aun cuando el corazon esté frio, seco, envarado, y nada sienta de lo que la boca dice. Desgraciadamente algunos militares carecen de fe, porque han convertido su noble carrera en carrera de mera especulacion, porque salvas muchas honrosas excepciones, no tienen mas patria que sus hombros, sus mangas y su cintura, y hasta el humo de las batallas ven con ojos de comerciante. Van al combate como un jugador á la bolsa, y miran los partes de las gacetas como un banquero las cotizaciones con el mero objeto de saber si han ganado algo. Si las derrotas les valieran grados, se dejarian derrotar espontáneamente. Este es el mal. Hay profesiones tan nobles, dice Juan Santiago Rousseau, que nadie puede egercerlas por dinero sin manifestarse indigno de egercerlas: tal es la del militar, tal la del preceptor.

Nuestros militares ascienden, muchos de ellos ascienden hasta á generales, y como algunos no tienen fe, como blasonan no pocos hasta de no tener opinion, mecanizados por la ordenanza, en sus proclamas á los soldados no saben encarecerles mas que la subordinacion, que es lo mismo que si á un esclavo no le encareciesen mas que sus cadenas. Por lo comun carecen de instruccion, porque no han pedido ascensos mas que al valor, y realmente nuestros militares son valientes hasta la temeridad, pero en su mayor parte no son mas que valientes y les falta talento que reemplace á la fe, este talento con que Bonaparte en Egipto hablaba á los mahometanos como un creyente, como un inspirado de Alá, como un enviado del profeta.

Se necesita talento ó fe, es decir, se necesita fe ó talento para suplirla. Cárlos Espagne y Córdova tenian ta-

lento, y aunque tal vez carecian de fe, sabian hacer proclamas que porque parecen llenas de fe son un modelo de elocuencia militar. ¿Quién no recuerda la alocucion de Córdova á su ejército despues de la batalla de Arlaban? No la copiamos aqui porque apenas habrá uno que no la haya leído; las de Cárlos Espagne son menos conocidas, la que transcribimos basta para hacerse cargo de este género particular de elocuencia, reproduciendo antes, extractados del relato que hicimos en el *Panorama Español*, los antecedentes que motivaron su arenga indispensables para formarse el debido concepto de su mérito y oportunidad. « Los primeros conatos de Espagne al llegar á Cataluña se dirigieron á restablecer el órden y la disciplina en sus tropas. Colocó bajo su inmediata dependencia á la junta que hasta entonces no habia reconocido superior y la obligó á residir en una pequeña aldea entre Berga y Caserras. En este último punto estableció su cuartel general, y dió una órden para que se uniesen á él todas las fuerzas carlistas que habia en el Principado con objeto de revistarlas. Todos los cabecillas obedecieron, á escepcion de Manuel Ibañez, que se hallaba muy resentido con Espagne por haberle este mandado á presidio á consecuencia de la intentona carlista que tuvo lugar en Cataluña en 1830, y que Espagne reprimió y castigó por órden de Fernando VII. Manuel Ibañez es el gefe carlista que bajo el nombre de *Llarch de Copons* sembró de consternacion y espanto en la última guerra el campo de Tarragona. Debe el apodo con que es principalmente conocido á su agigantada estatura. Era el mas bravo, el mas subordinado y tal vez el mas influyente de todos los cabecillas catalanes. Por esta razon Espagne, al ver que Ibañez no obedecia sus órdenes, temió hallarse en

un conflicto que trató á toda costa de evitar. Con esta idea, acompañado de algunos oficiales de su estado mayor y algunos mozos de la escuadra que le servian de guías, anduvo á caballo nueve horas durante la noche para salir al encuentro del terrible cabecilla. Pasó el dia siguiente en una casa solitaria, y á la madrugada del otro llegó al punto donde las tropas del Llarch estaban acampadas. Se apeó inmediatamente, se acercó al Llarch que estaba rodeado de sus oficiales, y abrazándole con evidentes muestras de entusiasmo se dirigió á su comitiva diciendo: « Hé aqui el orgullo de Cataluña, el mas digno servidor del rey y mi mejor amigo. Honor y gloria á D. Manuel Ibañez y á la division de Tarragona. Y tú, añadió dirigiéndose al mismo Llarch, desde hoy eres brigadier, y á vosotros, soldados, os señalo la gratificacion de una semana de haberes, porque vosotros servis á Cárlos V y no le servis con los cinco dedos.» Con este juego de palabras, que aludia á la rapiña, consiguió perfectamente su fin. Todos, hasta el mismo Ibañez, tan predispuesto contra él, prorumpieron en gritos de alegría.

« Montó de nuevo á caballo, y al lado de Ibañez, que cabalgaba en un caballo padre de mucha talla, recorrió lentamente aquellas filas de hombres no uniformados todavía que llevaban al hombro las mantas á guisa de los bandoleros del pais. Alabó Espagne en alta voz el brio y la musculatura notables de aquella raza de hombres atléticos, y colocándose en medio de ellos, les dirigió estas palabras: « Bien, hijos míos, pero estoy viendo que no teneis bayonetas, y la bayoneta es el arma de los bravos; los cartuchos se gastan y con la humedad se malogran, pero las bayonetas permanecen siempre fieles. Yo no las tengo para dáros las, pero el enemigo tiene muchas: bus-

« caremos las del enemigo. » Esta breve alocucion fué interrumpida por infinitas aclamaciones, y el Llarch simpatizó tanto desde entonces con Espagne, que es seguro que nadie como él lloró tanto su desastrosa muerte.»

Si Seoane hubiese tenido fe, ya que no otra cosa, hubiera hablado á sus soldados con esta elocuencia de corazon, casi siempre defectuosa si se somete á la rigurosa análisis de un retórico y hasta de un gramático, pero que entusiasma, electriza, inflama á los hombres de pura accion que no reparan generalmente en faltas de dicción y de estilo; les hubiera hablado con esta elocuencia tosca con que Balmaseda se insinuó á los castellanos para dirigir sus odios contra Maroto despues de las ejecuciones de Estella, y de que en cada una de sus alocuciones nos ofrece un escelente ejemplo el inculto ingenio de Zurbano arrebatado por sus belicosos instintos.

Y sin embargo jamas á ningun caudillo le han ofrecido las circunstancias tantas fuentes en que beber una inspiracion sublime, ni tantas y tan interesantes imágenes para improvisar una de estas arengas de fuego que ponen en combustion los corazones mas amortiguados. ¡ Cuán hermoso era arengar á un ejército de valientes que en medio de tantas defecciones de que habian sido testigos y á pesar de los motivos que les impelian á abandonar la causa del regente, permanecian fieles á sus banderas y á sus juramentos, é inaccesibles á todos los medios de corrupcion y soborno que la coalicion puso en juego para hacerles faltar á sus deberes! Era la libertad en el naufragio lo que Seoane iba á salvar, y la libertad que peligra inspira siempre grandes pensamientos á los hombres que de corazon la quieren. En los pechos de los oficiales de su ejército brillaban las gloriosas cruces de Luchana,

de Peñacerrada y Guardamino, adquiridas en defensa de la libertad que iban á sostener y á las órdenes del mismo campeón que los coligados se aprestaban á derribar. Un recuerdo de estas glorias, asociado al nombre del guerrero ilustre, bastaba para hacer acometer á aquellos beneméritos oficiales la empresa mas arriesgada. Y luego podía pintar á los soldados con colores que nunca hubieran sido demasiado vivos el hermoso espectáculo que les aguardaba en Madrid despues del triunfo, los vítores con que hubiera aclamado la heróica villa á sus libertadores, el anhelo de los milicianos que les aguardaban con los brazos abiertos y las licencias que tenian prevenidas para regresar á sus hogares cubiertos con el polvo de la batalla, realzados con la prez de los valientes y acompañados de las bendiciones de los libres.

¡ Ay ! ¡ y nosotros les vimos entrar á esos bravos defensores de la libertad, abatidos, mustios, á las órdenes de los mismos caudillos que iban á combatir, agoviados bajo el peso de una ignominia que no era suya, dudando de la funesta realidad que tenian delante de los ojos, asombrados, atontados como si saliesen de un sueño aterrador ! Nosotros les vimos entrar sin brío casi para sostener las armas que la patria les habia dado y de que un imprevisto accidente, una traicion ó un misterio, no les permitió hacer uso ; les vimos entrar en Madrid como en un despoblado inmenso, sin que hallasen una fisonomía agradecida, confundidos con las huestes de la coalicion y tomándolos tal vez el pueblo por coligados tambien. Las músicas tocaban himnos patrióticos, el himno de Riego, la marcha de Peracamps y hasta el himno de Luchana, y este sarcasmo cruel llenaba sus corazones de amargura ; los infelices embebidos en sus tris-

tes pensamientos ni acertaban á seguir el compas de aquellos acentos que tantas veces habian conducido á la victoria á los predilectos hijos de la patria.

Consideradas aisladamente las arengas de Seoane, sin antecedentes ni consecuentes que se refieran á su persona, tal vez prueban no mas que una cosa, tal vez solo pueban que Seoane no posee la elocuencia militar. Pero examinándolas sin perder de vista los demas actos de su vida, acaso entre estos y aquellas se encuentre cierta dependencia, cierta relacion mas ó menos íntima; acaso se encuentre que las alocuciones que dedicó Seoane á su ejército dirigiéndose á Madrid forman parte de un todo que se resume en esta sola palabra: *defeccion*; acaso se encuentre que no son incongruentes sino que concurren á la constitucion de un plan premeditado y llevado á cabo con constancia hasta los sucesos de Ardoz para producir el desenlace que tales sucesos tuvieron. Esto creen los que de desleal le acusan; ven en sus proclamas, que tendian mas bien á desalentar á su ejército que á infundirle brio, una tibieza estudiada, y las consideran como un eslabon de la larga cadena de desaciertos que caracterizan á Seoane desde que tomó el mando del Principado hasta la definitiva caída del regente. No consideran posible que tenga un hombre tan trastornada la cabeza que no acierte ni una vez siquiera, y en realidad si es inconcebible en el individuo de mas perspicacia el don de siempre acertar, tambien es inconcebible en el mas estúpido el don de errar siempre. ¿Ni por casualidad, dicen sus detractores, queriendo Seoane acertar, había de hacer una cosa con acierto? ¿Á qué jugador, por malo que sea, no le sale un golpe de chiripa? Y concluyen afirmando con un tono magistral, que revela

su convicción profunda, que los errores de Seoane son maliciosos y que todos los ha cometido á sabiendas, sin ignorar sus resultados.

Pero esto seria demasiado y suplicamos al público que no dé importancia á acriminaciones tan apasionadas y ciegas. Afortunadamente á Seoane no le faltan defensores, á no ser que le hayan abandonado los que aplaudian sus baladronadas en las córtes, los que encomiaban sus atentados en Barcelona, y los que en todas partes hacian de él un César ó un Alejandro Magno. Algunos amigos deben quedarle todavía de los muchos que en Madrid durante el sitio se metian como cuñas entre todos los grupos para hacer su panegírico. Aquello era magnífico sobre todas las magnificencias. Era cosa de ver el desden con que los partidarios de D. Antonio miraban á los sitiadores, y no sabian explicarse como aguardaban á pié firme al leon que se acercaba para devorarlo todo. «Esos bárbaros no conocen á Seoane, se decian, si le conociesen como nosotros hace tiempo que habrian tomado tole. ¡Pobres corderitos, si no se dan un poco de aire en irse por donde vinieron! D. Antonio tiene humos y sabe donde le aprieta el zapato; friolera es la gana que les tiene; llegará con unos dientes como espada-sables y armará una de Dios es Cristo que no dejará títere con cabeza.» Estas ú otras espresiones análogas salian sin cesar de la boca de sus encomiadores de oficio, y preciso es confesarlo, nosotros sin tener á Seoane en muy buen predicamento, participábamos hasta cierto punto de su opinion, porque sabíamos que el ejército que le acompañaba era numeroso y valiente, que era un ejército á prueba de pronunciamiento, puesto que habia atravesado la Cataluña entera, pronunciada en masa, sin dejarse arrastrar por el vértigo turbulento que se habia

apoderado de casi todos los catalanes. No teníamos á Seoane por un Napoleon, y hasta si se quiere le teníamos por un bárbaro, pero tampoco era Narvaez una cosa del otro juéves, y tenia ademas la desventaja de mandar un ejército desalentado por la resistencia tenaz que le oponia Madrid; un ejército pronunciado sin fe, sin conviccion, sin saber por qué, para seguir la moda de aquel tiempo; un ejército que habiendo abandonado á Espartero podia del mismo modo abandonar á Narvaez, por aquello de quien hace un cesto hace ciento. Ciertamente nosotros creíamos, y lo mismo todos los madrileños, que Seoane no encontraria enemigos que combatir, que Narvaez á su aproximacion, rabo entre piernas, pondria los piés en polvorosa á un trote mas que regular, y que si cometia la imprudencia de querer medir sus armas con las de D. Antonio, este le haria pagar tan caro su arrojó que solo un milagro podria salvarle la vida. Desde el principio del sitio contábamos por los dias que tardaria Seoane en avistar á los coligados los que tardaria en hacer en Madrid su entrada triunfal. Con todo, la obstinacion de Narvaez en permanecer en las inmediaciones de la capital cuando Seoane estaba próximo á llegar, nos daba mala espina; no podíamos esplicarnos tanta temeridad y arrojó, y ya entonces concebimos ciertos recelos de que en todo esto habia algun misterio que el tiempo no podia tardar en revelarnos. A pesar de estas sospechas que nosotros mismos procurábamos para disiparlas atribuir las á este exceso de desconfianza propio de los hombres acostumbrados á sufrir grandes contratiempos y á presenciar muchas anomalías inesplicables y muchas peripecias sorprendentes, participamos en la tarde del 22 de julio del estupor general, adivinamos en los melancó-

licos semblantes de los patriotas de la Puerta del Sol que acababa de sobrevenir alguna catástrofe, y embebiéndonos en los corrillos que estaban haciendo comentarios relativos á los sucesos de Ardoz, nuestra ansiedad nos hacia pasar de un grupo á otro y buscar en alguno de ellos un consuelo que estábamos seguros de no poder hallar. Ya todo habia concluido, todo, hasta las esperanzas; las autoridades estaban negociando la capitulacion con las tropas coligadas; á los milicianos, algunos momentos antes tan entusiasmados, parecia que el fusil les pesaba, y no abandonaban sus puestos, aunque sabian que su mision habia llegado á su último término, porque no se lo permitian los hábitos de subordinacion que caracterizaban á los nacionales de Madrid. Seoane habia sido derrotado; *de Seoane conclamatum est.*

Madrid estaba abismado en un silencio profundo, pavoroso, casi funeral, parecido al que reina en una ciudad diezmada por el azote de la peste. Los coalicionistas que habia en la córte, que durante el sitio habian en su mayor parte inmolado vigotes y perillas á las imprudentes exigencias de algunos milicianos apasionados, y luego se habian cerrado herméticamente en el último chirivital de sus respectivas casas temiendo algun insulto de sus adversarios, salieron á respirar el aire libre, y su sonrisa de satisfaccion, un si es no es provocadora, hacia resaltar singularmente la general tristeza. Los turroneros sin opinion que se habian puesto al paio para determinar su rumbo segun el viento que decididamente soplase, se unieron con resolucion á los coligados y quitaron de nuestro héroe todos los epítetos para aplicarlos á Narvaez. En todos los corrillos se asociaban irónicamente al nombre de Seoane las mil y una calificaciones

con que hasta entonces le habian distinguido los que á fuerza de elogios le acabaron de hacer perder la cabeza. El honrado general Seoane, el intrépido general Seoane, el inteligente general Seoane, el incorruptible general Seoane habia sobrepujado hasta las esperanzas de los que le tenian por loco, y en las inútiles reflexiones que suelen hacerse siempre despues de haber perdido, los unos le llamaban estúpido y los otros le trataban de traidor. *C'est égal*, como dicen los gallegos; lo mismo dá, como dicen los chinos; con tal que Dios nos libre de Seoane por todos los siglos de los siglos, podemos estar algo consolados.

De Seoane gefe de un ejército *libera nos Domine.*



## CONCLUSION.

**P**ero aunque sean reflexiones para despues de haber perdido; aunque no sea ya posible deshacer la jugada y de consiguiente cuanto acerca de ella se diga sea tan inútil como las leyes sin el apoyo de la fuerza; aunque el resultado de los sucesos de Ardoz será siempre el mismo ya se determine que reconocen por causa la impericia militar de Seoane, y una escandalosa defeccion; aunque, desleal ó estúpido, á Seoane no le levanta la bula de Meco, y está tan muerto políticamente que ni siquiera podrian sus amigos hacerle dar galvanizándolo algunas apariencias de vida, queremos por via de desahogo tomarnos el que se concede al que llora sobre un difunto y se deshace en invectivas contra el médico y su plan curativo cuando ya no hay planes curativos que le valgan para restituirle lo que ha perdido. Por via de desahogo diremos que si Seoane fué traidor, su traicion escede á todas las de los demas traidores; que si Seoane fué estúpido, escede en estupidez á todos los demas estúpidos. Pero, lo repetimos, ¿traidor ó estúpido qué importa? Nada absolutamente, y callaríamos si pudiésemos callar,

si la desesperacion no nos hiciese hablar á pesar nuestro al ver que Seoane, que tenia en la mano un solo-bola, se dejó dar codillo por Narvaez, habiendo en el plato una puesta que consistia nada menos que en las esperanzas y bienestar de todos los liberales.

No se concibe como un general tan celoso observador de la ordenanza, que en pleno parlamento habia acusado á Espartero de débil porque dejó impunes á los oficiales de la Guardia que en Pozuelo de Aravaca obraron en un sentido poco adecuado al que las leyes militares les prescribian, tan puro al parecer que en el seno de las córtes tuvo la resolucion de fulminar cargos gravísimos contra el conde de Toreno, acusándole de dilapidador de los caudales públicos, y que mas adelante vertió contra Prim, que era á la sazón coronel y diputado, las mas provocativas bravatas porque abandonó la capital antes de obtener el competente permiso de la autoridad militar, no se concibe, decimos, cómo un hombre tan austero, tan estóico, tan delicado, tan inexorable con todos, tan incapaz de transigir con la mas pequeña falta en el cumplimiento de los deberes exigidos por la posicion y el honor de cada individuo, pudo cometer una felonía y mancharse con la fea nota que le atribuyen los que de traidor le acusan. Tampoco se concibe como un hombre que habia llegado á teniente general, lo que aunque no supone mucho al cabo siempre supone algo, que habia hecho la guerra en dos continentes y que habia sido herido en el campo del honor, lo que prueba evidentemente que cuando menos habia presenciado algun hecho de armas á tiro de fusil ó de cañon, pudo disponer la batalla de Ardoz del modo que él lo hizo y se dejó vencer por fuerzas inferior-

res en calidad y número, como si ni iniciado estuviese en los primeros rudimentos del arte de la guerra. Es general la opinion de que en Ardoz pasó una cosa estraña que muchos designan cínicamente con el nombre de traicion. El mismo Zurbano, que fué testigo de los hechos, participaba de esta idea. Debió su salvacion en aquella funesta jornada á su intrepidez y á la ligereza de su caballo; dirigióse á Madrid, y al llegar á las puertas un nacional le dió el *quién vice*, reconoció al famoso guerrillero y le vitoreó con entusiasmo, haciendo otro tanto los demas de la guardia. «No me vitoreeis, hijos mios, dijo Zurbano con amargura; hoy es dia de luto; *nos han vendido.*» ¡*Nos han vendido!* decian tambien con rabia al entrar en Madrid muchos oficiales y hasta gefes de regimiento. Pero todos esponian el hecho sin designar la persona. Hubo una traicion, ¿pero fué Seoane su autor, su cómplice ó su víctima? He aqui el problema que en este momento seria curioso resolver.

Seguramente en Torrejon de Ardoz no se jugó muy limpio, pasó alguna cosa fea, alguna cosa que honra muy poco á unos y á otros, y esto lo prueba el que en unos tiempos en que no hay acontecimiento por insignificante que sea que no se lo dispute esa cáfila de escritores que lo devora todo, en unos tiempos en que una camorra de manolas hace gemir á la vez tres ó cuatro prensas, los sucesos de Ardoz no han encontrado historiadores ni editores, y á pesar de su incontestable transcendencia ni siquiera los honores merecieron de un parte detallado. ¿Qué significa este silencio, este abandono criminal de nuestros vates, esta indolencia vergonzosa de nuestros impresores? Ahora que se han introducido ya en Madrid los abanicos catalanes con romances y décimas y octavas y todos los géneros

de versificación, ahora que se ofrece á los poetas este nuevo campo de gloria... ¿por qué no cantan la victoria de Torrejon? Ahora que tanto ha menguado la industria de los ciegos por la falta de gacetas extraordinarias, ¿por qué no nos refieren en una jácara todos los grandes hechos del Waterlío de la regencia? Todos los que figuraron en aquella memorable jornada se han dado al parecer el santo y seña y han convenido en no decir oste ni moste con referencia á unos acontecimientos que son el punto de partida de la situacion actual, la fecha de que data nada menos que el encumbramiento de un partido y la ruina de otro, nada menos que una remocion completa en todos los cargos y destinos militares y civiles, nada menos que una organizacion del pais por *reales* órdenes del *ministerio*, nada menos que una declaracion de mayoría, nada menos que una reforma de la ley fundamental, nada menos que un pronunciamiento cada dia y diez ejecuciones por cada pronunciamiento, nada menos que una reforma del plan de estudios, nada menos que la creacion de policia, nada menos que el nuevo sistema tributario, y en una palabra, nada menos que la aparicion de todo lo que nos faltaba para ser completamente felices. ¡Cosa singular! en estos tiempos de demagogia en que los títulos aristocráticos se confieren por muy poca cosa por lo mismo que valen tan poco; en estos tiempos democráticos en que cada dia se crea un nuevo aristócrata no sabemos si para destruir la democracia ó la aristoeracia, pues es muy posible que se consiga acabar con esta queriendo acabar con aquella; en estos tiempos en que una jugada de bolsa puede valer un título y otro título una escaramuza y otro título el .....  
 ..... , ninguno se ha conferido, ni de baron si-

quiera, por la batalla de Ardoz. A Prim, que se encerró en Reus con los suyos, sin poder sostenerse en aquella villa sobre la cual no hizo mas que provocar las calamidades consecuentes á un bombardeo, viéndose obligado á abandonarla hostilizado por Zurbano á cuya generosidad debió su salvacion y la de su gente, sin mas que esto, que mas bien le hacia acreedor á una reconven- cion que á un premio de parte de los mismos coligados, se le confirió el título de conde de Reus. Los servicios de Carrasco, moderado neófito, le grangearon el título de conde de Santa Olalla. A Roncali le hicieron conde de Alcoy, ciudad famosa por el papel de fumar que en ella se fabrica. Conde de Reus, conde de Santa Olalla, conde de Alcoy, y nadie es conde de Ardoz; he aqui lo que mas llama la atencion, he aqui lo que prueba que no fueron muy gloriosos los sucesos á que nos referimos, puesto que si lo hubiesen sido, Narvaez, que á ellos debió su elevacion y su omnipotencia, les hubiera pedido el título que ambicionaba en lugar de pedírselo á la ciudad de Valencia, donde no hizo mas que entrar pacíficamente despues de haber desembarcado en el Grao. Pidió un título á la ciudad del Cid que ni el mismo Cid obtuvo. Bien es verdad que el Cid no contrajo méritos para tanto. Del Cid no se dice que hubiese desembarcado en el Grao; contentóse el muy menguado con ponerse á la cabeza de un puñado de cobardes como él y arrojar á los moros de la ciudad. ¡Vaya una hazaña!

Por lo demas, el título de duque de Valencia que posee Narvaez le ha creado muchos émulos, ha escitado muchos celos y provocado muchas envidias. ¿Quién que haya desembarcado en el Grao no se considera tan acreedor como Narvaez al título que Narvaez posee? Yo mismo

me he sentido mas de una vez inclinado á pretenderlo, y vive Dios que si por cada punto en que he desembarcado con mas riesgo que Narvaez en el Grao se me ha de conferir un título de duque, mas títulos de duque tendré que los duques de Osuna y de Medinaceli. ¿ Por qué para evitar dimes y diretes no se hizo titular Narvaez duque de Ardoz? ¿ Este título quién se lo habia de disputar? No es él el *heroe de Ardoz*, la *estrella de Ardoz*, la *providencia de Ardoz*? Pero el diablo que lo entienda; no ha querido este título que sin duda le ha parecido ridículo; ha creído sin duda que la calificacion de héroe de Ardoz con que le designan los periódicos progresistas se la aplican irónicamente. Nada de esto, señor general, ¿ cómo han de aplicar á V. E. irónicamente una calificacion que V. E. se adquirió derrotando nada menos que al general Seoane?

Indudablemente de todo lo que hemos dicho se deduce que los sucesos de Ardoz son un hecho de armas que ninguna nueva gloria añade á las páginas de nuestra crónica contemporánea. La victoria que Narvaez obtuvo fué demasiado fácil para que le acredite. No diremos que estuviese en inteligencia secreta con Seoane, pero indispensablemente habia de estar de acuerdo con algunos de los que á Seoane acompañaban cuando concibió el pensamiento de esperar al enemigo con fuerzas tan inferiores. No falta quien dice que Narvaez, á pesar de la inferioridad de sus tropas, hizo frente á Seoane porque sabia que en pos de este venian las divisiones de Prim y del ministro universal para auxiliarle en un caso de apuro. En realidad Serrano y Prim salieron de Cataluña dejando completamente pronunciado el Principado, de suerte que el mismo pais armado en masa bastaba para sostener por sí solo y sin necesidad de un soldado la

bandera de la coalicion; en realidad se dirigieron á Madrid con fuerzas considerables al mismo tiempo que Seoane, pero este les llevaba tanta delantera que tiempo tenia de sobra para batir á Narvaez antes de que hubiese recibido de Cataluña el mas pequeño refuerzo. Destruido Narvaez, las tropas de Serrano y de Prim se hubieran amilanado con esta derrota, y las de Seoane, alentadas con su primer triunfo, hubieran indudablemente obtenido el segundo. Necesidad hubo de que mediase lo que en Ardoz para que las fuerzas que acaudillaban Prim y Serrano no les abandonasen al primer encuentro. Eran en su mayor parte tropas irregulares, compuestas de elementos los mas heterogéneos. Muchos de los que las componian habian sido arrancados de sus casas á viva fuerza y solo esperaban una ocasion propicia para regresar á ellas. Habia no pocos liberales puros que habian ya salido de su alucinamiento y previan los resultados funestos de su victoria en el caso de obtenerla, y á estos, con tal que pudiesen salvar sus personas en la derrota, les parecia esta preferible al triunfo para el próximo porvenir de su partido. Los demas eran soldados que seguian automáticamente á sus gefes, entre los cuales habia tambien no pocos arrepentidos. Tal era el ejército procedente de Cataluña que venia á auxiliar á los sitiadores de Madrid, y dígase francamente si derrotados estos era muy á propósito para contrarestar el ímpetu de los vencedores, dígase qué confianza podian tener en él los coligados y sobre todo dígase si podia Narvaez fundar en él sus esperanzas cuando sabia que los auxilios que hubiera podido prestarle indispensablemente habian de ser tardíos.

Tampoco falta quien cree que Narvaez estaba convencido de que con sus escasas fuerzas no podia hacer frente

á las de Seoane, y que nunca fué su idea aventurar en una accion desventajosa el éxito del pronunciamiento, pero que viendo venir al enemigo concibió súbitamente el pensamiento de atacarlo, porque las disposiciones tomadas por el gefe contrario menoscababan todas las ventajas que le llevaba y le permitian obtener la victoria á pesar de la inferioridad de su ejército. ¿Pero acaso sabia Narvaez de antemano las disposiciones que Seoane tomara? ¿Sabia de antemano que Seoane mandaria colocar toda la caballería á vanguardia y á retaguardia la artillería sostenida por las compañías de preferencia, dejando encerrada la infantería de modo que se paralizase su accion? Si lo sabia de antemano, claro es que él y Seoane estaban ya de acuerdo. Si no lo sabia ¿cómo se atrevió á colocarse al enemigo en el paso tomando posicion en Torrejon de Ardoz donde se hacia el encuentro inevitable? Poco importa que para cohonestar la farsa con una nueva farsa, Serrano, que llegó al sitio de la refriega cuando ya todo estaba concluido, reprendiese agriamente á Narvaez por haber aventurado la suerte de su causa sin aguardar que se le reuniesen las fuerzas de Cataluña para obrar en combinacion con ellas como al parecer se habia resuelto. Narvaez se escusó diciendo que nunca fué su idea habérselas con Seoane antes de haber reforzado su ejército con el procedente del Principado, pero que presentándosele una ocasion propicia para batirlo á consecuencia de las malas disposiciones que habia tomado aquel general, juzgó que no debia desperdiciarla, y que de este modo servia mejor á la causa comun que sometiéndose servilmente á un plan trazado de antemano. Sin duda Serrano sentia no haber participado de las glorias de aquella jornada tan fácilmente adquiridas,

y creyó que tal vez Narvaez, obrando por sí solo y de motu proprio, pretendía conquistarse con un golpe aventurado una posición exclusiva sin tener rival alguno digno de disputársela. Indudablemente la victoria de Ardoz le había de colocar encima de todas las demás ambiciones de aquella época. Esta es la causa, este es sin duda el estímulo que hizo prescindir á Narvaez de todas las combinaciones acordadas, y no las malas disposiciones tomadas por Seoane. Porque, lo repetimos, cuando se situó Narvaez en Torrejon de Ardoz, donde indispensablemente había de ser atacado, ¿sabía acaso las disposiciones que Seoane tomaría? ¿Sabía de qué modo le presentaría la batalla? No, nada de esto sabía, porque no podía saberlo, porque Narvaez no es un adivino; pero sabía que en el ejército de Seoane había traidores, y pidió á la defección una victoria que sus propias fuerzas no le podían conceder.

Prim, cuya ambición y deseos de figurar le obligarian á pedir ascensos á la intriga si no tuviese un corazón valiente á quien pedírselos, sintió llegar á Torrejon cuando ya no había ni una hoja de laurel que recoger. Deseaba acreditar en los campos de Ardoz su arrojó y desprecio de la vida como un gladiador en el circo. Tiene horror á la paz como los antiguos al vacío, como al agua los perros rabiosos; padece una verdadera *pacifobia*, está afectado de una especie de bellimanía, y se moriría de tedio el día que no hubiese hombres que matar ni peligros que correr. Un día de combate es para él una noche de boda; se recrea en las batallas como el alción en las tempestades, y creemos que si todos los hombres fuesen como él se harían rogativas para conjurar la paz como se hacen ahora para conjurar la sequía. Prim

llegó á Torrejon cuando ya su presencia era allí completamente inútil, y en la imposibilidad de hacer brillar su espada en una batalla, trató de satisfacer sus deseos de lucha en un lance personal, por lo que preguntó por Seoane, con quien sin duda queria ajustar las cuentas que quedaron pendientes desde la famosa sesion en que D. Antonio le había amenazado con ponerle debajo de las herraduras de su caballo. Para evitar una ocurrencia desagradable algunos amigos de Prim ó de Seoane dijeron á aquel que este habia tomado la posta y que de consiguiente en aquella ocasion era imposible solventar las deudas. Prim se mordió los labios; la filantropía de sus amigos evitó un duelo, que atendido el carácter de los combatientes y la naturaleza de la provocacion no podia dejar de tener alguna consecuencia funesta para uno de los dos. Por lo demas, á pesar de que Prim es valiente y despojándose de su ambicion puede ser útil á la causa de la libertad, no se hubiera perdido mucho en este lance cualquiera que hubiese sido su resultado. Por de pronto, si Prim hubiera sido la víctima, los bravos catalanes se hubieran ahorrado los torrentes de sangre que vertieron en Mataró y en San Andres de Palomar, y si Seoane hubiese sucumbido, su muerte en aquellos momentos hubiera parecido providencial, se hubiera tomado por una justa espiacion, y nosotros, que no nos cebamos en cadáveres, nosotros, que no somos hienas ni buitres, hubiéramos tratado al muerto con mas caridad que al vivo. Ahora le hemos consagrado tres entregas y entonces nos hubiéramos limitado á dedicarle el siguiente epitafio:

Nos trague el diablo de un sorbo;

vuelvan con su ceño torvo  
Neron, Calígula, Heródes;  
que vuelva el cólera-morbo  
con el lifus icteródes.

Mas no vuelva D. Antonio,  
el héroe de Torrejon;  
librennos Dios y el demonio  
de una segunda edicion  
de este general bolonio.

Con esto nos hubiéramos contentado si Seoane, consultando mejor sus intereses, se hubiera dignado morir. No lo ha hecho, y no sabemos qué razon plausible puede alegar para seguir viviendo. Aconsejamos á los demas políticos que hemos de poner en camisa que no imiten á Seoane, que procuren morir pronto si quieren que les tratemos con alguna consideracion.

Sabemos de algunos amigos de nuestro héroe que habiendo leído las dos primeras entregas de este tomo se quejan de nuestro encarnizamiento. Dicen, como todo el mundo, que en Ardoz hubo defeccion, pero que no fué Seoane quien la hizo. Inútil es advertir que no aciertan á defender la honradez de D. Antonio sino á costa de su inteligencia. Hubo traidores, pero algunos de estos mucho antes de la accion de Ardoz le habian dado suficientes motivos de sospecha para enagenarles la confianza que en ellos tuvo á bien depositar. Acerca de esto hemos espresado ya nuestro pensamiento. Por otra parte, ¿por qué no procuró antes de comprometer en la lucha el éxito de su empresa cerciorarse de la lealtad de su ejército? Debió hacer lo que en Tarragona hizo Zurbano, quien viendo pronunciado contra Espartero casi

todo el Principado, y notando que el contagio se propagaba rápidamente en las filas del ejército, mandó formar su division, y léjos de ocultar á los soldados los riesgos que corria la causa del Rejente, les manifestó que estaba muy sériamente comprometida. Pero les dijo que á él los riesgos no le amilanaban, que el miedo no le haria faltar jamas á sus juramentos, que en cumplimiento de sus deberes lucharía hasta el último trance, que tenia un corazon de buen soldado y que en aquellos momentos supremos no aspiraba mas que á morir como buen soldado. Léjos de impedirles que se pasasen á los pronunciados les escitó á que lo hiciesen todos los que lo considerasen conveniente, guiados por el cálculo ó por la conciencia; que si todos le abandonaban se embarcaria en un buque que habia anclado en el puerto, pero que con solo una compañía que le ofreciese serle fiel y seguir su suerte, próspera ó adversa, pelearía hasta encontrar en su patria el triunfo ó la muerte. «Todavía es tiempo, repitió despues de haberle todos vitoreado: en este momento abandóneme el que quiera; nada desmerecerá en mi concepto; pero no me abandone despues el que jure seguirme ahora.»—Jamás abandonaremos á nuestro general, exclamó entusiasmada toda la division, y en aquel instante Zurbano y sus soldados eran invencibles. Digno es de notarse que ninguno de aquellos valientes faltó á su promesa, y si hubiesen salido mas pronto del estado de estupor en que les sumió en Ardoz una defeccion tan imprevista hubieran por sí solos dado una leccion terrible á Narvaez, á Prim, á Serrano y hasta al mismo Seoane.

Si Seoane no tenia en su ejército bastante confianza ó si no estaba cierto de derrotar á Narvaez, ninguna ne-

cesidad tenia de presentarle la batalla. Podía muy bien haber pasado de largo é introducirse en Madrid, donde sus tropas fatigadas por su larga marcha y sobrecogidas tal vez del desaliento que infunde un pais hostil como el que acababan de dejar, se hubieran animado con el ardor de los madrileños, hubieran descansado de sus fatigas, hubieran cobrado brio y debido este entusiasmo á favor de Espartero y de la libertad que rebotaba del corazon de los madrileños. Sin mas que esto el triunfo era seguro. ¿Por qué no lo hizo? Porque está de Dios que Seoane nunca en su vida haga lo que debe hacerse.

Con esto está dicho todo. Ahora nuestros exigentes lectores querran que se lo demos todo mascado y que les digamos definitivamente lo que fué Seoane, si fué ignorante, cobarde ó desleal. Los hombres se juzgan por sus actos; hemos dicho de Seoane todo lo que sabíamos y de consiguiente ahora nuestros lectores saben de él tanto como nosotros. Los mismos antecedentes que nosotros poseen para deducir la consecuencia. Asi, pues, si nos preguntan lo que fué Seoane, su misma pregunta nos servirá de respuesta, y á nuestra vez les preguntaremos tambien: «¿qué fué Seoane?» El que lo quiera saber que lea y juzgue.





---

## D. LUIS GONZALEZ BRABO.

---

### I.

#### BRABO LITERATO.

---

**H**ACE pocos años, amigo Brabo, trabajo te hubiera costado alcanzar la gloria de figurar entre los *políticos en camisa*, porque entonces no tenias camisa siquiera, y á no haber puesto una galería, un apartado, una seccion puramente de políticos en cueros, no hubieras tenido cabida en nuestra obra so pena de saltar por la razon y la exactitud como tú saltaste por la ley y por todas las consideraciones político-sociales lo mismo cuando eras patriota que cuando te rebelaste contra los patriotas; tanto en la prensa como en la poltrona ministerial.

Pero ahora, Luisito, ya es otra cosa; porque gracias á las gracias tienes camisa y andas abrigado, lo que no me pesa hablándote francamente, pues soy tan compa-

:

sivo que sentiria mucho verte morir de frio, y antes de que llegue tan calamitosa situacion deseo verte bien arropado con una buena bata con mangas ó sin ellas como las antiguas túnicas, y lejos de quererte mal deseo que á mas de la gloria mundana y perecedera alcances la eterna.

Supongo que no te habras descuidado en este particular: tienes ambicion y no debes limitarte á los goces materiales de esta vida, y aunque sea cuestionable tu relacion de merecimientos para la salvacion del alma, cosas tan raras hemos visto que nada puede ya sorprendernos. Tú has llegado á ser embajador y ministro, ¿qué razon hay para que no logres un lugar privilegiado entre los bienaventurados? Si has alcanzado lo uno, ¿por qué no puedes alcanzar lo otro? Por mi, concedido, porque todo me parecia imposible, y cuando te he visto al frente de los negocios políticos en España, no creo sino que todo lo que se desea se puede.

Pero tú me contestarás. España es la nacion de los malos ministros, y espetándome la interminable lista de los que hemos conocido en pocos años me demostrarás fácilmente que todos valen poco, que todos son ignorantes y malos, que todos son unos ceros á la izquierda y que por consiguiente entre tantas cabezas de melon bien podia figurar la tuya de calabaza. ¡ Ah, pícaro! Ya te veo venir; pero no te vale la bula. Yo no te negaré en parte lo que dices, pero ni puedo ni quiero concedértelo todo. Sé muy bien que los ministros que hemos tenido desde el año treinta y cuatro hasta la presente valen poco, tan poco que despojándoles del oropel prestado y arrojándoles á la calle, no habria trapezo que les echára el gancho; pero sé tambien que valiendo todos tan poco,

vales tú muchísimo menos que el que menos de ellos. Hay personas de tan escaso mérito que cuesta trabajo verlas ascender aun á los puestos mas inferiores, y en esa escala de capacidades negativas suelen hallarse todavía tales distancias que cuesta menos trabajo ver á un tonto muy tonto conseguir la mitra de obispo, que ver á otro tonto mas tonto lograr el empleo de sacristan. La raza de los tontos es como los números, que por muy grandes que sean aun pueden hallarse otros doble mayores, y tres veces mayores, y cien mil veces mayores. Pues bien, si nos fuera dable poner límites á las inteligencias, diríamos que Newton ha sido el límite de las que crecen y tú el de las que decrecen. Es el único punto de vista bajo el cual puede unirse tu nombre al de un sabio.

Apostaría el turrón de Navidad á que tú crees todo lo contrario. No hace mucho tiempo que yo tuve la humorada de llamar Napoleon á un amigo, que por mas amigo que sea no puedo menos de decirle que es un pobre diablo, y sin embargo, el paralelo con Napoleon le ofendió tanto que me temí perder su amistad. Y no creas, amigo Brabo, que este santo varón se incomodase por imaginar que yo me burlaba de él dando á entender que era un génio por antífrasis, nada de eso; se incomodó por considerarse humillado en la competencia, y pronunció un discurso tal acerca de sus buenas circunstancias y méritos superiores á los méritos y circunstancias del capitan del siglo, que te puedo jurar no hubiera logrado convencerme, aunque como no lo fué hubiera sido elocuente. Pues precisamente, amigo Brabo, te has de parecer mucho en los humos al ciudadano de que hemos hecho mencion, al Napoleon por antonomasia.

Y ahora que ha salido á cuento eso de ciudadano, ¿sabes tú, amigo Brabo, qué hay de soberbio y anárquico en esa palabra para que tus recientes amigos la proscriban como un infausto recuerdo? Digo esto porque he visto últimamente un tratado de paz entre el gobierno español y la república de Venezuela en el cual no se llama ciudadanos á los españoles sino súbditos, que es lo mismo que decir domésticos, esclavos ó vasallos. Esta palabra «súbditos» te confieso que me ha sonrojado un poco, porque te aseguro que ni soy ni quiero ser súbdito de nadie aunque para ello hubiera de renunciar á todos los derechos y consideraciones de español. Primero seria demonio que súbdito, y sobre todo súbdito por fuerza. Yo bien sé que esta palabra, que tambien te ofendió en algun tiempo, se habrá dulcificado considerablemente para tu paladar aficionado á metamórfosis, y que hoy te hará chuparte los dedos de gusto; porque acostumbrado debes estar ya á usar y hasta á envanecerte de admitir calificaciones mas humillantes, pero eso va en gustos, amigo Brabo, y no debes desconocer que lo que para tu pecho es jarabe, para los hombres libres no puede ser sino purga. Sobre todo convenimos en que de gustos no hay nada escrito, por cuya razon cuando un hombre se empeña en ser súbdito ó esclavo, cosas que por lo mismo que valen tan poco son tan fáciles de alcanzar, no hay sino decirle «abur y buen provecho» pero de esto á ser esclavo ó súbdito por fuerza hay una enorme distancia, y yo te juro por lo mas sagrado que no he dado permiso á nadie para que me dé lo que no solicito, y que mientras yo no otorgue facultad para ello, ningun alma de cántaro podrá llamarme súbdito sin esponerse á que yo se lo desmienta públicamente.

La palabra « súbdito » está en su lugar cuando hablan los reyes absolutos, porque segun el diccionario, súbdito es adjetivo que se aplica al que está sujeto á la disposicion de algun superior con obligacion de obedecerle; es decir, que esta palabra altamente servil envuelve esclusivamente la idea de sujecion sin garantías, y los que viven en una nacion que se dice regirse constitucionalmente al paso que tienen deberes ú obligaciones que cumplir, tienen tambien derechos legales que disfrutar, y por consiguiente son ciudadanos y no súbditos. Es verdad que la palabra *ciudadano* os ofende mucho á tí y á los tuyos, asi como os empalagan las canciones patrióticas, y yo tengo un genio tan particular que gozo en todo aquello que os hace sufrir; me basta saber que no estais contentos para satisfacerme ó que estais tristes para bailar; me parece perverso y maquiavélico todo lo que vosotros calificais de inocente, y á tal punto llega mi oposicion á vuestras opiniones, que preferiria morir á vivir á vuestro lado y no querria ir á la gloria si habiais de ser vosotros los que me enseñáseis el camino. Asi es que no tengo mas gusto que el de disgustaros; y no sé cómo los delicados oidos de algun polizonte no me ha cogido alguna vez infringiendo vuestros preceptos restauradores, porque tengo la costumbre, que ya degenera en vicio, de ir á todas horas cantando por la calle el himno de Riego con la siguiente coplita y otras parecidas:

No pretendan los tiranos

hacernos mas tiempo el bú:

que hemos de ser ciudadanos

aunque pese á Belcebú.

¿Y sabes tú á quién alude este Belcebú? Apuesto tambien á que deseas saberlo para castigar mi profanacion; ¡pero cá! No lo sabrás si yo no te lo digo, y yo no te lo diré porque no quiero que lo sepas. Échate por esos trigos... ó por esas cebadas, que seria mas propio, á ver si lo adivinas, que yo te doy mi palabra de honor de que tampoco te diré quién es Belcebú aunque lo adivinases, y es la mayor prueba que darte puedo de mi amistad.

Pero ahora caigo en que hemos dejado una cuestion pendiente que es la de si te darías ó no por satisfecho comparándote á un sabio. Yo he dicho que no, porque conozco tu ambicion y tu orgullo y sé muy bien que estás tan pagado de tí, lo que se llama tan envaneido y tan finchado que te juzgas un ser sobrenatural en todas las materias, sin que basten razones para convencerte de que eres un chisgaravis, un simple, un nadie, y no será posible apearte del asno porque está probado que á tí no te convencen razones.

Para demostrar lo poquísimo que vales y las altas pretensiones que tienes, bastará decir que presumes de literato y de poeta. ¡Qué literato! y sobre todo ¡qué poeta! Sí, señores, ¡qué poeta! y sobre todo ¡qué literato! Yo quiero probar que Brabo como poeta pertenece al rango mas inferior y voy á intentarlo. Desde luego advertiré que en España (y en todas las naciones sucede dos cuartos de lo mismo) se acostumbra á llamar poeta á todo el que produce versos, ya tenga la prodigiosa fecundidad de Lope de Vega, ya sea incapaz de completar una quintilla. Es una desgracia el carecer de un nombre para cada cosa, y que consistiendo la poesía en el pensamiento mas que en las formas, ó lo que es lo mismo

en los conceptos mas que en la versificación, se haya de llamar poetas indistintamente á todos los versificadores buenos y malos. Lo cierto es que así sucede y que para gozar el nombre de poeta que á pesar de merecerlo tanto debió envanecer á Homero y á Virgilio, á Sakespeare y á Calderon, á Byron y á Espronceda, no hay necesidad de romperse los cascos estrujando la mollera para deleitar la imaginación de sus semejantes con ricas fantasías donde compitan la energía con la ternura y los gigantes-cos vuelos del genio creador con la belleza y galanura de la expresión, sino hacer versos contando las sílabas por los dedos, como cuentan muchos aldeanos los cuartos de una peseta, amontonando consonantes con el auxilio de un diccionario de la Rima. Apelando á este medio sumamente fácil y sencillo fué como Brabo pudo aspirar al renombre de poeta, y aunque no pudo conseguirlo porque esto no estaba en su mano, hizo al menos todo lo posible por lograrlo escribiendo necedades con tono pedantesco en desiguales renglones.

Hemos visto algunas composiciones, que nunca llamaremos poéticas, del señor Gonzalez Brabo, y no nos detendremos á analizarlas por no malgastar el tiempo en cosas que merecen tan poco, que no valen el papel de borradores que pudiéramos emplear para criticarlas. Diremos, sí, que en todas ellas se advierten los violentos é impotentes esfuerzos del que á todo trance quiere figurar. Plagios y mas plagios, escandalosos plagios de conceptos y de versos, de giros y de palabras. Raras veces pensamientos nuevos, y si alguna vez hemos visto uno, es tan buscado y rebuscado, tan forzado, tan estemporáneo, tan trivial y tan insulso que á no saberse el afán de inmortalidad que devoraba al autor, diríamos que era

el digno fruto de un delirio ó de una extravagante pesadilla. Los versos largos ó cortos nos hacen ver en el señor Brabo una maldita oreja para la música. Sirva de ejemplo el siguiente octosílabo con que terminaba una carta laudatoria á Prim, cuando este general combatía á los centralistas catalanes:

«Gonzalez Bravo Luis.»

¡Qué oreja! repetimos: ¡Qué oreja para un poeta! Bien podia cuando fué ministro haber espedido una real órden mandando pronunciar largas las sinalefas, y en lugar de «Luis» que sin embargo de tener dos vocales solo debe sonar una sílaba, diríamos Lu y despues de una ligera pausa concluiremos is, para lo cual convendria mucho poner un guion ó sea un *menos* ó tambien unos puntos suspensivos entre la *u* y la *i* de esta manera *Lu-is*, ó de estotra *Lu....is*.

Pero no era este solo el remedio aplicable al verso cojo del Señor Brabo, y nosotros, á fuer de hombres caritativos que gustamos de hacer obras de misericordia, experimentamos una singular satisfaccion en enseñar al que no sabe.

Si era preciso Gonzalez  
acabar con «Bravo Luis»  
porque asi te lo mandaba  
el fiero asonante en *i* (1).

Ya que la opinion del vulgo

(1) Verso de Gil y Zárate.

te importa un grano de anís,  
 cosa sin embargo indigna  
 del nielo de un alguacil :

Ya que tienes de aristócrata  
 los humos, sino el barniz,  
 pudiste colgarte un Don  
 como de España á Pequin  
 para acabar de este modo  
 « Gonzalez Bravo Don Luis. »

Esto hubiera sido altamente pedante, pero á nadie hubiera sorprendido conociéndote. Y estamos seguros de que no lo pusiste así porque no te se ocurrió semejante remiendo, que si te se hubiera ocurrido lo hubieras puesto, lo que prueba que tienes mas osadía que invención y mas descaro que recursos.

No hemos acabado todavía, pobrecito Brabo, la crítica de tus versos, si versos pueden llamarse á los renglones desiguales que son tambien desiguales en sílabas hasta el punto de tener algunos dos ó tres mas que sus vecinos, á no ser que nos digas que escribias silvas, en cuyo género de composición entran interpolados, *pelemele*, los versos de siete y de once sílabas; lo cual no podria en manera alguna satisfacernos, porque tus versos cojos se hallan hasta en los romances octosílabos, y si tú entiendes por silva esto, no lograrás convencernos de otra cosa sino de que mereces por cada composición una silba. Ibamos diciendo que no hemos concluido aun la crítica de tus versos, porque no tan solo encontramos en ellos plagios y mala medida, y mal gusto y pobreza y vulgaridad; hay otra cosa que te pertenece esclusivamente y es el ripio. Y decimos que te pertenece exclusivamente

porque sin embargo de que todo versificador incurre en este defecto, no hemos visto ripios de la calidad de los tuyos ni aun en el principiante mas ramplon. Hay poetas que por lo menos cuentan un ripio en cada página, otros en cada estrofa, otros en cada línea. Hay ripios de palabras, ripios de versos, ripios de conceptos; pero en tí no es fácil asegurar si el ripio está en el concepto, en la palabra ó en el verso, si hay uno en cada página ó dos en cada línea, porque es todo ripio desde que empiezas y aun antes de empezar, hasta que concluye y aun despues de concluir. Si quieres demostracion al canto la tendrás, porque sobrándonos la razon para atacarte en todos terrenos, jamas olvidaremos las pruebas de nuestros asertos. ¿A cuál de tus composiciones acudiremos en apoyo de nuestra opinion? — A todas. — ¿Cuál de tus composiciones será capaz de vindicarte? — Ninguna. — No creas pues que vamos á buscar la peor, porque no necesitamos esto donde todo es malo; al contrario, para mayor ignominia tuya citaremos «*Los Toros del Puerto*» que debe ser tu mejor obra, puesto que es la única que ha tenido popularidad, si bien creemos que esta popularidad no tanto se ha debido al verso como á la música de nuestro inspirado compatriota D. Francisco Salas. Pero lo cierto es que la cancion de «*Los Toros del Puerto*» es la mas popular de tus producciones y que la mas popular de sus estrofas es aquella de:

Vámonos á matar moros  
aunque sea en un desierto  
hasta que callen los loros,  
¡Quién se embarca para el puerto?

¿Cuántos ripios te parece á tí que hallamos en estos cuatro versos? Pues no hallamos mas que cuatro, que es decir que salimos á ripio por renglon.

*Demostracion:* «Vámonos á matar moros» es un ripio porque lo mismo podias haber dicho «Vámonos á matar cerdos ó vámonos á pescar ranas» y otras mil cosas siempre que llenára los requisitos del metro y de la rima, que no es lo que exclusivamente debe observar el poeta.

Ripio segundo.—«Aunque sea en un desierto» porque es verso tan ocioso como el primero; y no nos apures la paciencia, pues te diremos que en este solo verso hay dos cuñas, una el *aunque* y otro *desierto*, palabras que tú solo podias juzgar indispensables, la primera porque tiene dos sílabas y la segunda por consonante á puerto.

Ripio tercero.—«Hasta que callen los loros.»—¿A qué demonios viene este verso?—A nada; es un tema obligado como otros muchos del consonante á toros y lo mismo daria decir: hasta que canten los coros, ó hasta que suden los poros, ó hasta que aturdan los lloros y una infinidad mas, como hasta que triunfen los oros, hasta agotar los tesoros, hasta llamar metéoros, hasta sufrir deterioros y..... ¿quien sabe las cosas que pudiéramos decir que hicieran el mismo papel que hasta que callen los loros?

Cuarto ripio.—«Quién se embarca para el puerto» este es el pié de la letrilla que no porque sea tal pié, y deba terminar siempre la estrofa, está dispensado de usarse con sentido y propiedad. Si no hubiera tales exigencias literarias, seria la cosa mas fácil del mundo el escribir letrillas.

Sin embargo, el señor Brabito cuenta algun triunfo en la literatura dramática, y puede decir que su drama « *Intrigar para morir* » alborotó al teatro, solo que no hemos dicho si alborotó en el sentido de obtener aplausos ó en el de merecer silbidos. ¡Qué cosa tan sin piés ni cabeza! ¡Qué monton de vaciedades! insufribles por ser tan inmorales que rayan en indecentes, y sobre todo por tan necias que rayan en estúpidas!

Dicen que los grandes genios producen á veces grandes disparates, y en esto se funda el señor Brabo para conceptuarse hombre de genio; pero falta decir que los hombres de genio nunca ofrecen sus grandes desatinos aislados sino al lado de grandes bellezas, y he aqui en lo que yo me fundo para negar á Brabito las cualidades de hombre de genio, pues si bien posee el don de hacer grandes barbaridades, es incapaz de producir una sola belleza. Y cuidado que es plagiario como él solo y sabe las encrucijadas de la Sierra-Morena literaria, donde se roba sin piedad conceptos y versos; pero ni por esas: el que nació para hacer papel de estraza no puede hacerlo de seda, y por mas que vista sus frutos con prendas de sabio, jamás logrará presentar un engendro mediano. Será una garrafal majadería: sí, majadería en el todo, majadería en las partes, majadería por dentro, por fuera, por arriba y por abajo; majadería, en fin, propia y digna de hombres que solo saben hacer malo lo bueno, entre los cuales brilla en primera línea el autor de *Intrigar para morir*. Pero majaderias de que Brabo se manifiesta orgulloso, aunque no mas sea por aquello que dice Quevedo que no hay majadero que no muera en su oficio.

Pero ¿cómo un hombre de tan escaso mérito ha llegado á tener importancia en España? — Porque en Es-

pañía y en todo el mundo logra importancia todo el que se empeña en tenerla. Gonzalez Brabo, que cuando mas debia haber aspirado á oficial de una administracion ó fiscal de imprenta, se empeñó en hacer gran papel como político y literato, para lo cual solo se necesita observar las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Escribir mucho salga pez ó salga rana; y Gonzalez Brabo escribia mucho y mal.

2.<sup>a</sup> Hacerse amigos de reputacion, á cuya sombra se puede medrar á falta de recursos propios; y Gonzalez Brabo se juntaba con Espronceda y otros grandes poetas con lo cual creia él ser tan poeta como ellos, y lo que es peor, tambien ellos creyeron lo que creia él, y lo que es mas sensible, el público viéndolos tan amigos llegó á creer lo que creia él y lo que creyeron ellos.

3.<sup>a</sup> No recibir lecciones de nadie, sino darlas aun á los que saben mas, y aunque no se sepa uno lo que se pesca; y Brabo hablaba con aire de superioridad de lo que entendia y de lo que no entendia, con lo cual hacia callar á los hombres de talento que no querian replicarle temiendo provocar su impúdico charlatanismo, y fascinaba á los ignorantes que le tuvieron por un oráculo viéndole bachellear impunemente entre literatos acreditados.

4.<sup>a</sup> Hablar bien de las personas cuando se las tiene delante, porque de este modo se gana la voluntad, y murmurar mucho de ellas por detras para darse tono. Esta mina de *intrigar para medrar* ha sido explotada admirablemente por el autor de *intrigar para morir*.

5.<sup>a</sup> Ser entremetido hasta la desvergüenza, por aquello de que quien no se determina no pasa la mar, y el que no llora no mama. Brabo nos ha dado el ejemplo;

pues siendo tan pobre hombre como todo el mundo sabe, se coló en la redaccion de *El Pensamiento*, periódico escrito por los señores Espronceda, Santos Alvarez, D. Cayetano Cortés y otros apreciables literatos y empezó á esgrimir la péñola, dando leccion de crítica como maestro el que debia ir á la escuela como discípulo. Y no paró aqui su audacia : no satisfecho todavía de sus locas pretensiones supo que en Capuchinos trataban los progresistas de formar una especie de Ateneo liberal donde se esplicasen ciertas materias en buen sentido, y con efecto se establecieron las cátedras de principios de legislacion que desempeñaba el eminente orador D. Eugenio Moreno-Lopez; la de derecho político constitucional á cargo de D. Joaquin Ruinas; la de economía política que esplicó el distinguido escritor D. José María Villalta; la de geología de que se encargó el liberal y erudito diputado Lujan, y por último la de literatura que Luis Brabo tuvo la estravagancia de solicitar, y que para vergüenza de la civilizacion y mengua de las letras españolas le fué concedida entre hombres dignos de la mas alta consideracion por sus luces, sus talentos y sus brillantes cualidades oratorias.

Yo fuí socio del Ateneo liberal, hice inscribir mi nombre en la lista de los discípulos tan pronto como vi figurar en el número de los catedráticos á algunos jóvenes ilustrados y patriotas; pero le hice borrar cuando supe que Brabo estaba llamado á esplicar literatura, no solo por aquello de que, caso de tocar las castañuelas mas vale tocarlas bien que tocarlas mal, sino porque caso de no tocarlas bien, estoy por no tocarlas.

Y en efecto, ¿qué es lo que hubiéramos sacado de las lecciones de Brabo? Quizá y sin quizá aborrecer la li-

teratura; porque no podia producir otro resultado la palabra de semejante hombre, asi como daba ganas de desertar de las filas progresistas cuando semejante hombre las defendia. Y sin embargo, creerá Brabo que hizo un gran daño al partido liberal privándole de una unidad. ¡Qué disparate! Nosotros nos damos el parabien de su apostasía que nos ha librado de muchas apostasías. El daño fué para los moderados, sobre los cuales acabó de colmarse la medida del ridículo con la admision de Brabo y otros como él que llevan siempre el descrédito y la antipatía.

Quando se abrieron las cátedras de Capuchinos dijimos, esto empieza bien. Quando vimos á Brabo desempeñar una cátedra, dijimos esto acabará mal, y asi sucedió porque no podia menos de suceder. Nuestros amigos hallaron un flanco por donde atacarnos; nuestros amigos desmayaron, la concurrencia se hastió cuando vió que para satisfacer su necesidad se la daba berza en vez del repollo que se la habia ofrecido, y la sociedad se desplomó con notable perjuicio del partido progresista, sobre el cual debia recaer la nota de discolo cuando no de incapaz para llevar á cabo un pensamiento regenerador.

Nosotros predijimos la ruina del Ateneo progresista nada mas que porque Brabo era catedrático, y teníamos esta opinion porque conocíamos de sobra al demócrata de mal género. Seguramente para que la sociedad se concluyera no se necesitaba que Brabo fuera gefe, bastaba que fuera socio, porque en cualquier sentido su pedantería hubiera acabado por empalagar á todos y escitar la cólera de los hombres mas calmosos y resignados. Y eso que entonces gozaba buena reputacion de liberal.... entre los que no le conocian; porque en cuanto á los de-

mas, Dios guarde á V. muchos años. El Señor Brabo sabe muy bien que siempre hemos pensado lo mismo, que nuestra oposicion á su fama política y literaria no proviene de su defeccion ostensible en 1843; pues mucho antes de los acontecimientos calamitosos que le encumbraron á la poltrona, le mirábamos con justo desden y condenamos sus locas pretensiones. En nuestros escritos anteriores al año 43 de fatal memoria se hallan las pruebas de lo que decimos, y todavía recordamos un soneto que hicimos con motivo de otro soneto que Brabo recitó en la célebre comida del salon de Oriente, despues del pronunciamiento de setiembre. Decia y dice asi:

Brindó Brabo, no el padre sino el hijo,  
y dé gracias de entrar en el reparto  
que harto me tiene su meneo y harto  
su voz, bronco-chiflona, de botijo.

Este semi-orador, posma y prolijo  
cantó..... un soneto, desgraciado parto,  
y al llegar al renglon décimo cuarto  
¡Bravo! ¡Bravo! escuchó con regocijo.

¡Bravo! ¡Bravo! exclamó ¡Triunfo completo!  
el lauro eterno de alcanzar acabo  
que orló la sien de Lope y de Moreto.

Y es que uno dijo, de la mesa al cabo  
¿quién es autor de tan fatal soneto?  
y respondieron todos ¡Bravo! ¡Bravo!

Entonces merecimos aplausos y censuras, porque al paso que muchos liberales desconfiaban con razon del patriotismo de Brabo y hasta del de Lopez, habia otros que miraban á Lopez y aun á Brabo como la mas per-

fecta personificación del puritanismo. Nosotros, amantes de la verdad y no desprovistos del valor suficiente para predicarla en todos tiempos, la hemos dicho siempre sin rebozo, porque nadie nos arredra, porque sin que esto sea una fanfarronada andaluza, no tenemos miedo á nadie, y mucho menos á hombres como Luis Brabo y Joaquín María Lopez. Quede sentado esto para inteligencia de los interesados y efectos correspondientes.

Quiere decir que Brabo no ha nacido para las bellas letras, y que al ver los malos resultados de sus afanes poéticos, el hombre que entraba en el gran mundo lleno de ilusiones debió decir: esta es la primera vez que me he engañado en mi vida, como dice cierto personaje cómico que no recuerdo en cierta comedia cuyo nombre no conservo en la memoria. Le engañan una vez y dice: la primera vez que me han engañado en mi vida; vuelven á engañarle y vuelve á decir: la segunda vez que me he engañado en mi vida; y vuelve á ser engañado y continúa diciendo: esta es la tercera vez que me han engañado en mi vida. Si bien es verdad que Brabo no puede tomarse esta tarea tan molesta, porque el número de sus engaños seria el cuento de nunca acabar; pues no hay en la tierra ente que haya recibido y dado tantos engaños y tan grandes desengaños.

Y á fe que sentimos en el alma que no haya nacido poeta; pues si hubiera nacido poeta acaso se habria contentado con los aplausos del público á quien hubiera tratado de complacer, y no le veríamos jugar en la escena política donde tantos desastres ha ocasionado, sirviendo de instrumento ciego á los impíos cálculos de una camarilla parásita y sanguinaria.



## II.

### **BRAVO PERIODISTA.**

---

**L**legó el año 1839.

Los moderados habían tomado por asalto el poder, como siempre, contra la voluntad del país.

Bravo el literato se convirtió en un periodista bravo; pero tan bravo como un toro salamanquino.

Cuanto mas visible se hacia la retrogradacion de los retrógados, mayor era la exaltacion de los exaltados. Entre los exaltados ninguno apareció tan propenso á exaltarse como Gonzalez Bravo.

La exaltacion política de Gonzalez Bravo era indefinible; solo podia compararse á la de una manola que grita mucho cuando riñe y no tiene razon.

En España se ha dado en llamar exaltados indistintamente á los hombres que van demasiado avanzados en las

ideas democráticas y á los que gastan sus pulmones voceando por los cafés y las calles sin fijarse en las doctrinas y hasta sin conocerlas.

A este género de exaltados perteneció Brabo desde luego. Ningun estudio habia hecho, ninguna conviccion le impelia á presentarse á mano armada en la arena política; pero necesitaba hacerse oír, necesitaba meter ruido, hacerse notable, darse á conocer, y esta fué la única razon que tuvo para sentar plaza en el partido exaltado.

Pero desde luego se veia que no era la exaltacion propia del entusiasmo, sino del cálculo, la que le hacia escribir con tanta vehemencia, y por esta razon jamas le hemos visto acorde ni en el ataque á los principios ni en la defensa de los principios; pues esto ha sido para Brabo una cuestion secundaria, y si alguna vez el *Guirigay* avanzó un paso en el camino de la democracia, fué para retroceder dos al dia siguiente, sin quedar mas prueba de consecuencia en el periódico que la enconada virulencia en el ataque á los actos y á las personas de los ministros.

El *Guirigay* fué calificado por algunos en su aparicion de republicano, y el *Guirigay* ni era periódico republicano, ni absolutista, ni moderado: caso de ser algo en política, podia serlo todo menos republicano, pues artículos hay en él que harian un buen oficio en las columnas de la *Esperanza*.

El *Guirigay* era, pues, un periódico de ataque, esclusivamente de ataque: no tenia otra divisa que « guerra á los que mandan, sean quienes fueren » y si no leamos cualquiera de sus cencerradas. Veamos cómo se explicaba Brabo el 11 de febrero de 1839.

## CENCERRADA.

—

Pues señor, nos quedamos sin córtés por algunos días. El ministerio les ha dado un tapa-boca antes de ayer por la mañana. El señor *Galiano*, que en lugar de escuchar la discusion ganaba el pan suyo escribiendo en el congreso el artículo de córtés para la *España*, de esta hecha se queda sin oficina y sin gente que le aplauda desde las galerías.

—Si nosotros denunciáramos el artículo de la *Gaceta* de antes de ayer por calumnioso, y el jurado le condenase, ¿seria justo que el ministerio á quien la *Gaceta* representa sufriese la condena?.... Esta es una pregunta que nosotros nos atrevemos á dirigir á los que hoy mandan, á pesar del miedo que tratan de infundirnos.

—Los que crean que el *Guirigay* piensa variar de tono porque las córtés se han cerrado, tengan entendido que ahora es cuando hemos resuelto decir mayor número de verdades y con mayor claridad.

—El *Guirigay* no conspira; no ha conspirado nunca; no ha pertenecido jamas á ninguna sociedad secreta á pesar de las insinuaciones que para pertenecer se le han hecho. Es un periódico el *Guirigay* que dice la verdad, fundándose en las leyes; que respeta y proclama á la reina doña Isabel II y la regencia de su augusta madre (1); que quiere que la Constitucion se cumpla y que los ministros gobiernen. El que diga lo contrario, aunque sea la misma

---

(1) Vean ustedes qué republicano era el *Guirigay*.

*Gaceta*, miente. Los redactores del *Guirigay* no han conspirado por espacio de diez y siete años para llegar á ser ministros y faltar como gobernantes á los principios de libertad pura (1).

—Hay hombres que medran á fuerza de hacer el bú. Estos señores, acostumbrados á los conciliábulos tenebrosos, piensan que todo el mundo anda á oscuras y que los periódicos de la oposicion infaliblemente están redactados por bandoleros de la selva negra. Se valen de este recurso para hacerse necesarios, suponiendo que ellos son los que entienden la cosa, y los que pueden parar el golpe. Pues sepa todo el mundo que la cosa es muy fácil de entender y que el golpe quienes tratan de darlo son ellos.

—Corre muy válida la voz de que se medita un sartenazo contra la libertad de imprenta. Si tal sucede, tenga por sabido el pueblo que detras de esta medida vendrá la de declarar á Madrid en estado de sitio, y despues la de desarmar á la milicia: por señas que á la caballería y á los artilleros ya los han desmontado; y á continuacion la de prender á diestro y á siniestro, porque la sogá vá siempre tras el caldero: las medidas arbitrarias se dan la mano; y asi como una franquicia da por consecuencia otra franquicia, asi un acto despótico supone la necesidad de otro del mismo género; que siempre un delito arrastra la precision de cometer otros delitos.

—Ahora, si no es verdadera esta noticia y el ministerio quiere luchar en el campo de la ley y combatir ante el jurado, santo y muy bueno; eso precisamente, eso es lo

---

(1) A su tiempo ajustaremos cuentas.

que nosotros deseamos. Con nuestros artículos en una mano y con la Constitución en la otra, no tememos á ningun fiscal de imprentas, aun cuando el mismo señor Arrazola pudiera hacer el papel de ministro y de representante de la ley á un tiempo.

—Tambien nos han asegurado con cierto misterio que en Londres se está fabricando un protocolo nuevecito para la guerra civil de España. Esto debiera la *Gaceta* denunciarlo.

—La Constitución política de la nacion española empieza asi: « *Las córtes generales han decretado y sancionado, y Nos de conformidad aceptado la Constitución de la monarquía.* » Luego todo poder político proviene de lo que las córtes decretaron y sancionaron; es asi que las córtes representan el pueblo, luego todo poder político proviene de la voluntad del pueblo; es asi que el trono es un poder político luego... Saque Vd. la consecuencia, señora *Gaceta*, y atrévase si puede á poner en duda y á denunciar lo mismo que la Constitución previene y manda. Esto es un derecho escrito en España y una verdad axiomática en todos los pueblos del mundo.

—Sabemos que se van á intentar varias denuncias contra el *Guirigay*. Desde ahora prometemos hacer nuestras defensas de tal manera, que el pueblo que nos lee quede satisfecho de nosotros. Es difícil que calle el *Guirigay*, porque el *Guirigay* tiene razon.

—Pero ¡qué discursos vamos á decir con motivo de las denuncias! Peor va á ser el remedio que la enfermedad, suponiendo que el hablar claro sea alguna alifafe. Y ahora que no hay córtes... de pensarlo nos chupamos los dedos.

—Mucho sentimos que el señor Montero sea nuestro

fiscal, porque le conocemos y es buen sugeto; pero su mision es denunciarnos, y la nuestra defendernos; él debe tener ya preparada una denuncia y nosotros tambien tenemos aparejada la defensa. Es mucho *Guirigay* este que anda en boca de los ciegos.

Véase cuál era el género de oposicion de *Ibraim Clarete*, que asi se llamaba entonces D. Luis Gonzalez Brabo, y asi se le llamará toda su vida por mas cruces y y perifollos que se cuelgue, pues este nombre morisco, adoptado por un cristiano, era un signo de apostasía precursor de otras apostasías. El pueblo que en medio de las verdades secas que apetece necesita alguna cosa mojada, algun jugo con que poder restablecer el equilibrio en el paladar, miró siempre con desden á Gonzalez Brabo, en quien jamas llegó á ver un hombre sino un muchacho, un aspirante á liberal, un meritorio del partido progresista á quien nadie podia conceder el *visto bueno* en su relacion de méritos, un mozo vocinglero que queria hacerse oir y gritaba mucho para que hasta los sordos le oyeran, y que tambien queria que le vieran, y por eso se presentaba en todas partes incomodándose con los ciegos si, diciendo la verdad, aseguraban no conocerle personalmente.

Es verdad que entonces el señor Brabo á mas del orgullo de literato y la presuncion de gran político, abrigaba una ilusion que podia perdonársele en gracia de los pocos años, sin embargo de que ya por la edad podia cantar misa. El señor Brabo en aquel tiempo tenia, entre otras, la preocupacion de ser buen mozo. ¡Buen mozo! ¡Buen mozo Brabo, y cualquier hombre regular se lo puede pasar por entre las piernas!! Pero estas son ridiculeces de la juventud. *Ibraim Clarete* estaba á la sa-

zon en edad de merecer : galanteaba simultáneamente á la libertad y á una señorita , es decir , que hacia dos veces el oso , y para esto necesitaba acicalarse á menudo , atusarse el pelo con aceite barato y cepillarse un fraquecito de ala de pichon , que á pesar de sus buenos servicios se creia muy distante de entrar en ninguna combinacion ministerial.

Todavía se me figura que le estoy viendo pasear á la media rienda por el salon del Prado , mirando de reojo á derecha é izquierda como quien implora las miradas de sus admiradores. Llevaba el susodicho fraquecito azul con boton dorado , porque en aquella época nuestro héroe miraba siempre al cielo antes de salir de casa para arreglar el traje á la estacion , y así cuando hacia buen dia le veíamos salir con fraque azul , cuando llovía se ponía fraque azul , cuando nevaba ó granizaba , como segun malas lenguas no tenia otra cosa , se ponía también el fraque azul. El fraquecito azul era para Gonzalez Brabo lo que la concha para el caracol , lo que la brújula para el piloto , lo que la caña para un pescador , principalmente si es pescador de caña , lo que la pluma para las aves y para los escribanos , escribientes y escritores , es decir , era una cosa indispensable. Todos los hombres chicos y grandes tienen sus preocupaciones , y así como cuentan que el famoso Ober concibió su gran sinfonía de la Muda atropellando pucheros y cazuelas con su caballo , y el gran Buffon se vestía de toda gala para escribir , y Gil y Zárate no acierta á hacer quintillas sino se pone pantalon de mahon , así Gonzalez Brabo para inspirarse en la tribuna , en las plazas y en el bufete , necesitaba el fraquecito azul de boton dorado y ala de pichon.

Y por cierto que el susodicho fraquecito no estaba del todo mal hecho ó por mejor decir mal arreglado, pues segun pública fama, y no echando en saco roto las cicatrices que dejaba ver hácia las caderas, era hijo de una levita, nieto de un sortú, viznieto de una capa y tata-ranieto de una pieza de paño, llegando al destino de frac por una larga degeneracion de castas ó sea transmigracion tigeretera de especies, lo que no nos atreveremos á afirmar, porque carecemos de datos justificativos para ello; pero tampoco lo pondremos en duda, porque desde luego se puede asegurar que desde que el mundo es mundo y los hombres se visten de paño, jamas se ha hecho ni ha podido ni podrá hacerse un frac primitivo del color del fraquecito azul en cuestion. Era un color azul tan estraño que no podia llamarse azul claro, ni azul oscuro, ni azul celeste, ni azul turquí, ni azul de Prusia, ni entre azul como la sotana milagrosa del padre Cabra, y sin embargo era tan azul y mas azul que todo esto, pudiendo apostárselas á ser azul con el azulejo mas azulado.

Asi es que el hombre que ni por los desaforados gritos, ni por andar al trote entre las personas, ni por estirar el pescuezo, ni por hacer gestos, genuflexiones y esparavanes, ni por otros medios de llamar la atencion, conseguia atraer las miradas del prójimo, logró hacerse ver y señalarse en todas partes por el fraquecito azul de boton dorado y ala de pichon, pudiendo decirse que la mitad del aura popular que disfrutó Brabo en aquel tiempo pertenecia de derecho al frac, asi como al tal frac corresponden por lo menos la mitad de las maldiciones que las víctimas liberales lanzan hoy á su señor, como origen (el frac) de aquellos polvos que han traído estos lodos.

Otra de las prendas con que Brabo intentó llamar la pública atención fué un sombrero de paja con dos borlas colgando hácia aquella parte que el vulgo llama cogote. Digo ¡y que no sabia sacudirlas su dueño á derecha é izquierda! ¡Poquito calavera era entonces Brabito! ¡Era muy salado, muy graciosísimo, muy chusco! Solo que nadie se reia de sus gracias; pero en cambio se las reia él mismo. Y para estas calaveradas no solo estaba dispuesto cuando el placer de un momentáneo triunfo le sacaba de juicio, sino cuando experimentaba algun reves de la fortuna. Asi lo mismo se presentó en la escena pública altanero y petulante cuando le silbaron horrorosamente la comedia *Intrigar para morir*, que cuando escribia un folletin con el cual estaba muy seguro de hacer desternillar de risa..... á los tontos. Es cierto que Brabo tuvo siempre tanto amor propio que todo lo convirtió en sustancia, y llegó á imaginar que tanto mas le aplaudian cuanto mas le silbaban.

A la verdad, el sombrero de las borlas no fué adoptado por *Ibraim Clarete* solamente como un mueble de lujo y coquetería, propio para realzar el estudiado zarrandeo de su cuerpo salao, que afectando un democrático desden iba tal vez oprimido por el corsé mas aristocrático de la corte, sino que tambien entraba en las razones de partido espresadas en todos tiempos por vanas esterioridades. Las borlitas atras significaban en aquella época tanto como « progreso rápido » y Brabo era entonces tan progresista, que creia como nosotros en el dia que el epíteto de moderado era sinónimo de realista; y tenia tal aversion á los apóstatas que los miraba con horror, con ira, con asco, con fastidio, en una palabra, como se debe mirar á entes tan despreciables. En prue-

ha de ello, veamos como se esplicaba Brabo en una de sus cencerradas contra *El Piloto*, periódico servil, sin mas motivo que porque escribia en él D. Antonio Alcalá Galiano. Decia el *Guirigay*:

### CENCERRADA.

#### *El Piloto, periódico futuro imperfecto.*

El partido de la *ciencia* y del *entendimiento* que por mas que araña no puede nunca hacer cosa buena, á pesar de tantos desengaños como recibe y de que ya no hay quien no conozca sus virtuosos intentos, ha creído conveniente insistir en sus artificios de comedia casera, y esplotar la mina periodística publicando desde primero del mes entrante un papelito que será, á lo que nos han dicho, el segundo tomo del cultísimo *Porvenir* que nadie pudo comprender, y murió de puro sábio, y llevará sin duda por antífrasis el título de *El Piloto*.

*El Piloto*, sí señores; como quien dice, el que dirige el timon, el práctico, el que puede salvar la nave que zozobra aquel, en fin, sin el cual es imposible hacer frente á las borrascas, evitar los arrecifes, pasar felizmente las barras y huir de los escollos que el turbulento mar de las revoluciones presenta. ¡*El Piloto!* La España va á tener piloto; un piloto periódico que saldrá todos los dias á decirnos el cómo y el cuándo de todas las cosas sin que nadie logre entenderlo.

Porque repárese que el director del nuevo *papelito* es nada menos que el Júpiter tonante del olimpo inteli-

gente : es la individualidad fiera y solitaria del congreso; es finalmente un hombre , Donoso en el hablar , Cortés en lo entendido ; tan Donoso que hace reir á carejada suelta; tan Cortés como Donoso , y mas que nada tan Donoso Cortés que con ningun otro puede confundirse. Malas lenguas de víbora dieron en llamarle *Quiquiriquí*: nosotros reprobamos altamente semejante apodo, indigno de la elevacion filosófico- enfática de tan estupenda cabeza; nosotros rechazamos este alias de tan mal gusto porque nos huele á cosa de gallinero , y porque nunca las gallinas han podido cantar como los gallos. El Señor Donoso no es , y téngase por entendido, un *Quiquiriquí*, y el que sustente lo contrario es una individualidad follona de siete suelas.

En seguida entra lo Galiano, que es como si dijéramos lo feo del periódico (el señor Júpiter es bonito): Don Antonio Alcalá de lo mencionado desempeñará la mision política del *Piloto*; cosa que nos pasma, porque en esto de categoría si bien el señor Don Antonio no ocupa la mas limpia (1), á lo menos fué ministro de Marina, y en asuntos de pilotage él debiera entender mas que un muchacho que puede ser hijo suyo. Sin duda el ex-ministro sacrifica el valor de sus dignidades y antigüedad en beneficio de los intereses de la opinion flamante que sustenta hoy. Considere el lector lo bueno que andaré el bajel de los negocios públicos con los dos nenes que acabamos de nombrar.

En pos de estas alti-potentes figuras, existencias

---

(1) Sino es limpia será puerca; y en efecto, Sr. D. Luis, ¿qué cosa hay mas puerca ó menos limpia que un apóstata?

colosales por el exceso de mentecatez y de precacia, viene el gato garduño de la redaccion pilotesca. El señor Bravo Murillo, sutil escoto del partiador, anfibología personalizada, curial de forma nueva, argumentador peripatético, harto de defender sus doctrinas como las culebras, y como los esgrimidores de la escuela italiana defienden sus cuerpos, cumplirá con el encargo de establecer principios y teorías económicas y de administración. Imagínese el público qué economía podrá ser ella y qué administrativo el sistema de un hombre que amen de ciertos antecedentes, de los cuales se guarda memoria en Andalucía, ha defendido á capa y espada con toda la argucia de un laberíntico entender los actos del señor conde de Toreno, cuya legalidad y pureza constan en los archivos de las córtes y en la bolsa de todos los habitantes de España.

El folletinista, porque de todo tiene la viña, es un personaje desconocido, á quien nosotros conocemos, que ha prometido folletinear con tal de que no se revele su nombre. Lástima es que un talento tan claro, que una juventud pura, y que una reputacion intacta vayan á mezclarse con tan viciosos y caducos personajes. Si diciendo el nombre de este escritor á quien, prescindiendo de sus ideas políticas, profesamos mucha amistad, pudiéramos separarle de la sentina en que piensa meterse, ahora mismo lo revelaríamos; pero haciéndolo así tal vez faltaríamos á lo que nos obligan las íntimas relaciones que con él nos unen.

Pues todavía falta lo mejor, que son los accionistas de la empresa, el dinero, en una palabra. El principal de los empresarios es cierta persona que si llega á entender de periódicos como de torear, no hay si no suscri-

birse al *Piloto* y dejarse de tonterías. S. E. (es un señor escelentísimo este de quien hablamos) es la primera espada de la grandeza española, es una individualidad torera, que tiene piernas torcidas y se llama don Pedro Colon y se titula duque de *Veraguas*. Parécenos que no pueden darse mas señas. Todo banderillero le conoce por sus profundas elucubraciones tauromáquicas, y los que no son banderilleros le conocen tambien de cuando el señor don Pedro solo era medio torero, y tenia en pleito lo de *Veraguas* y aun el apellido por añadidura.

Ahora bien, pensar que un grande tan grande como el señor duque, y un chico tan chico como el señor Donoso, y un Galiano tan Galiano como el señor Galiano, y un economista tan economista como el señor Murillo (y no el pintor) no han de hacer un gran periódico el cual nadie leerá sino los de la comparsa, con lo que conseguirán sus redactores gloriosísimo prez, equivale á imaginar que el presente ministerio está cuajado de luces de que las córtés no deben disolverse.

Cada redactor goza del sueldo de diez mil reales cada año; y hay quien asegura que los empresarios saben de positivo que los primeros doce meses perderán cuanto pongan. ¡Luego se dirá que no hay desprendimiento, desinterés y virtud!

Esto á todos debe dar lástima, ira y asco, á todos menos á mi, porque yo tengo la aprension de tomar á risa todo lo que tiene relacion con Luis Gonzalez Brabo hijo de D. Manuel idem idem. ¡Es tan ridículo el pobre mozo, tan caricaturesco, tan digno de figurar en la trasera de un calesin cuando no en la delantera de un birlocho! ¡Tan á propósito para hacer papel... en

la tercera página del *Charivari!* Si yo fuera hombre de posibles, y Brabo no hubiera llegado al puesto que ocupa, merced á nuestras monstruosas aberraciones políticas, pagaria á peso de oro la adquisicion de este muchacho, asi como los señores de otros tiempos buscaban con avidez bufones que les distrajeran en sus ratos de esplin. Entonces habria logrado mi mayor placer, que es reir y siempre reir, y sin necesidad de leer á Quedo ni oir á Guzman conseguiria desternillarme de risa viendo ú oyendo á Luis, porque en honor de la verdad me hace reir cuando habla, me hace reir si calla, si anda, si no anda; siempre, siempre objeto de risa para mi. Dice el refran que vale mas caer en gracia que ser gracioso, y es cierto, porque el tal Brabo malos demonios me lleven si tiene pizca de gracioso, y sin embargo confieso francamente que me ha caido en gracia, muy en gracia.

—No obstante, dicen algunos, que son muy pocos, Brabo tiene talento y osadía.

—Lo primero *no*. Lo segundo *si*.

—La osadía es propiedad del talento.

—Falso; la osadía nunca supone talento, no supone mas que osadía.

—Todos los hombres de genio son osados.

—Mas osados son los necios. Díganme VV. si hay en el mundo cosa mas atrevida que la ignorancia.

—Pero cuando él ha llegado á la posicion que ocupa, indudablemente hay alguna disposicion.

—Falso tambien: ahí tienen VV. á tantos y tantos que ocupan una posicion que no les corresponde; ahí tienen VV. algunos que en circunstancias normales no habrian pasado de cabos de tambores, de sargentos pri-

meros ó de oficiales subalternos, y estan hechos nada menos que gefes y oficiales superiores de los ejércitos, que todavía no sabemos si son reales ó nacionales, por no habérnoslo dicho monsieur le marechal duc de Valence como dice el mas servil de los periódicos franceses, dedicado sin duda á elogiar por cuanto vos á cualquiera que se presente. Y ahora que sale á colacion, hablaremos algunas palabras sobre el particular, porque aunque tenemos reservado su lugar entre los POLÍTICOS EN CAMISA al general Narvaez, no tenemos paciencia para esperar á que le llegue su vez sin desmentir algunos pormenores de los apuntes biográficos del héroe de Ardoz que segun malas lenguas estan escritos por él mismo.

Con respecto al párrafo en que Narvaez se jacta de haber esterminado á Gomez despues de restablecer la subordinacion en la division del general Alaix, todo el mundo sabe que solo ese escandaloso exceso de amor propio que domina al *coco de la Mancha* ha podido imaginar los disparates que han visto la luz pública en ese mercenario papel frances. Pero si nuestros lectores quieren mas detalles, los remitiremos á un artículo del *Tiempo* que dice asi:

«Señores redactores de *El Tiempo*:—En vista de un artículo publicado por el *Heraldo*, en que se hablaba de la parte que tuvo el general Narvaez en subordinar á la division del general Alaix, y de otro artículo de VV. en que provocaban esplicaciones sobre esto, remito á ustedes los siguientes apuntes para que se sirvan insertarlos.

## NARVAEZ EN CABRA.

«Restablecido que fué (se va hablando de Narvaez) el gobierno le encargó la persecucion de la division carlista de Gomez, la cual, atravesando toda España, trataba de hacer una diversion al mediodía, invadiendo la Andalucía. Todo el mundo sabe el éxito con que fué coronada su espedicion, y el valor de que el general Narvaez dió muestra, cuando en el curso de ella hizo entrar en órden en Cabra á una division del general Alaix, que se habia sublevado.»

(*Heraldo* 26 de julio de 1846: artículo titulado «*El duque de Valencia.*»)

El general Narvaez no hizo entrar en órden en Cabra á la division del general Alaix; lo que hizo fué transigir, ceder ante los sublevados.

El éxito de dicha espedicion pertenece al general Alaix y de ningun modo á el entonces brigadier Narvaez; porque la batalla de Alcaudete, victoria que decidió la evacuacion de Andalucía por las fuerzas de Gomez, y único hecho de armas importante sostenido en aquel pais, fué dispuesta, sustentada y ganada por el general Alaix en persona.

En la noche del 25 de noviembre de 1836 se alojaba la tercera division del ejército del norte, al mando del general don Isidro Alaix, en el pueblo de Montellano, provincia de Sevilla, y la órden general anunciaba á las tropas que en virtud de real órden Alaix resignaba el mando en el coronel Cacelas, gefe mas antiguo, interin el brigadier Narvaez, nombrado en su reemplazo, se presentaba.

En la madrugada del siguiente día 26, y mientras los batallones se concentraban para marchar por el camino de Osuna, se presentó Narvaez, que continuó la marcha, y en pos suyo la division al mando ya de Caceres. Anduvieron las tropas sin descanso alguno hasta las once de la noche que se alojaron en Osuna, habiendo hecho sin respiro once leguas en diez y seis horas.

Antes de amanecer el siguiente día 27 evacuaron á Osuna sin haberse racionado ni de pan, ni de menestra, ni de carne, ni de vino, ni de nada, y avanzaron tambien sin descanso hasta Zapateros y Lucena, donde tomaron alojamiento sobre las diez y media de la noche, por supuesto sin haberse racionado absolutamente de nada.

Llevaba, pues, la division al llegar á Lucena 48 horas al mando del brigadier Narvaez, y en ellas habia andado 23 leguas, no habia sido auxiliada con género alguno de víveres, ni se le habia proporcionado que de ellos y por su dinero se surtiese en los pueblos del tránsito.

Alojada en Lucena la columna de vanguardia, compuesta de algunos escuadrones y de todas las compañías de cazadores, la oficialidad de esta pasó en cuerpo á cumplimentar al nuevo comandante general, que la recibió en su alojamiento.

Arregó el señor Narvaez de un modo extraño, pues que dió punto á su acalorada perorata diciendo: «Y en fin, señores: S. M. me envia á remediar los desórdenes y castigar los excesos que esta division acostumbra á cometer, y fusilaré á cuantos sea necesario para conseguirlo, empezando por los oficiales...» Los vencedores de Villarobledo y los que á las 24 horas justas iban á refrescar sus laureles en las memorables

plazas de Alcaudete, se retiraron de tal suerte saludados por el novel general en gefe de Andalucía.

A las pocas horas, y amaneciendo el día 28, las columnas salieron de Lucena y de Zapateros, por supuesto sin racionar, dirigiéndose á Cabra como punto señalado para su reunion. Allí supieron los batallones de boca de los cazadores, sus camaradas, la elevada opinion que estas tropas merecian á su nuevo y prudente gefe; allí recordaron que hacia tres dias que no se les daba de comer, que se les hacia marchar sin regla alguna de logística, que en pago á una brillante campaña y á los mayores de cuantos trabajos ha sufrido jamas milicia alguna, se enturbiaba la claridad de su honra, y allí digeron los batallones que no seguian á las órdenes de Narvaez, gritando: «Fuera Narvaez.» «Viva Alaix.»

A este grito el brigadier Narvaez, arrojando un capote de barragan en que iba envuelto, se presentó uno por uno á los batallones, arengándoles sucesivamente, y convencido de la insuficiencia de sus arengas requirió en alta voz al tan malogrado como valiente Leon, que al frente de su silenciosa caballería estaba, para que cargase á aquella infantería insubordinada; no se arrojó Leon á tan sangrierta escena, pero se brindó á dirigir su voz á los batallones que con razon le idolataban, y de quienes no pudo calmar la irritacion, á pesar del entendido elogio que hizo del brigadier Narvaez. Entonces este, buscando al general Alaix que entre los equipages venia, y despues de una escena que mi prudencia calla, mandó á este en nombre de S. M. que se encargase nuevamente de la division y de sus operaciones.

Quando juntos ambos gefes se presentaron ante las

masas, estas prorumpieron en el grito de «viva nuestro general» dirigiéndose á Alaix, quien puesto sobre el caballo, alargando el brazo y señalando con el dedo á Narvaez, que á su costado izquierdo venia, contestó: «Soldados, vuestro general es este, porque tal es la voluntad de la reina.»

A las dos horas el señor Narvaez se separó en Baena de la division, la que despues de refrescada con pan y vino, y á las órdenes de Alaix, continuó marchando hasta caer en la madrugada del 29 sobre Alcaudete, en cuyas calles amanecieron tendidos 584 cadáveres facciosos, en las casas multitud de heridos, y entre las filas de nuestros batallones profundas y anchas masas de prisioneros.

Los restos de la faccion huyeron tan velozmente, que el 15 de diciembre, esto es, á los 17 dias, entraban en Vizcaya por Orduña cubiertos de derrotas, de nieve y de miseria, y seguidos de la valiente tercera division y del mas bravo general Alaix.

Esta es, señores redactores, la historia en resúmen de los dos dias y medio que duró el mando del brigadier Narvaez en la division Alaix, despojada de numerosos detalles que calla mi pluma, porque se ha propuesto no escribir mas que lo necesario para fijar la exactitud de un suceso que importa á la honra de un cuerpo de ejército y de un general ilustre, honra que en sus dos sentidos me interesa por haber servido en aquella bizarra division, y por haber sido y ser actualmente amigo del referido general que nunca hubo menester de agena ayuda para llenar sus deberes, y que antes se hubiera dejado matar que pasar por la desobediencia de tropas confiadas á su mando.

La circunstancia de hallarse actualmente en Málaga el señor Alaix y de que fué publicado el día 26 del corriente el artículo del *Heraldo* y contestado el 30, es prueba convincente de que ninguna parte ha tenido en la confeccion de este mi escrito; el deseo de ayudar á descorrer el velo que hasta hoy ha cubierto este episodio de nuestra guerra y que tan temerariamente se atreve á levantar el imprevisor amigo del señor Narvaez; la resolución que me anima de entrar en mas copiosos detalles, si á ello se me compele, y de sostener la verdad de cuanto llevo escrito y pueda escribir en adelante de todas partes y á cualquiera hora, me hace rogar á VV., señores redactores, que se sirvan publicar en su apreciable periódico estas líneas, no como defensa del extravío cometido por la 3.<sup>a</sup> division que siempre he condenado y condeno, sino como homenaje que rindo á la verdad y tributo de amistad que ofrezco en su retiro injustificable, pero siempre noble, al señor Alaix, que es uno de los generales mas valientes, mas experimentados y mas justamente respetados y queridos del ejército. Madrid 30 de julio del 1846.—*Un suscriptor.*»

Preciso es que el general Narvaez estuviera malo cuando escribió el artículo del *Portefeuille*, notable por sus conceptos, su inexactitud y sus pretensiones ridiculas á eclipsar á Espartero en un paralelismo tan falso y escaso de sentido como el manifiesto de Lopez. ¿A qué viene, pobre Narvaez, ese espíritu de ponerte en parangon con el que tú llamabas soldado de *casualidades*, cuando el verdadero soldado de *casualidades*, el general de *chiripas* eres tú? ¿No conoces la inmensa distancia que hay de tí, general sin batallas, al

vencedor de Bilbao y Peñacerrada? Pues la distancia es infinita aunque te pese, tan infinita como la que hay de un mal peon de albañil á un buen arquitecto, ni mas ni menos que la que hay de uno que no es militar á otro que lo es y ha dado muchas pruebas de serlo. No te canses, pues, en vanas quimeras: la posteridad, que recordará el nombre de Espartero hablando de militares, no hará mencion de tí como tampoco la hará de D. Antonio Gallego y otros generales por el estilo.

Se habla mucho y con sobrada razon de ambiciosos y envidiosos, y hay sobrados motivos para criticar la envidia y la ambicion asi como no faltan para estender y alimentar estas fatales pasiones. Aqui me tienes, amigo Narvaez: aqui me tienes á mi siempre contento con mi suerte, que nada espero de la patria á quien consagro mis pobres tareas; que proclamo la libertad porque la amo y no porque me prometa comer turrón: aqui me tienes á mi que aunque me esté mal el decirlo soy tan desinteresado patriota como el que mas; que no apetezco el dinero sino en la cantidad indispensable para ir pasando, y que respecto á títulos y condecoraciones jamas he pensado en semejante cosa sino con desprecio, llegando á tal punto mi desden á estas vanas esterioridades que si algun dia me conceden una cruz de esas que llaman honoríficas, seré capaz de colgársela al perro ó al galo como el destino mas á propósito que puedo darla: aqui me tienes, repito, con toda mi abnegacion en lo cual nada te he exagerado, y sin embargo, épocas ha habido en que la ambicion se ha apoderado de mi razon y la envidia me ha corroido la médula de los huesos. ¿Y seras tú capaz de adivinar en qué ha consistido mi ambicion y cual ha sido la causa de mi envidia?—Pues te lo diré

para que lo sepas : he ambicionado una faja y tú y otros como tú habeis sido la causa de esta loca tentacion. Porque francamente: si tú has llegado á la primera dignidad de la milicia , si D. Antonio Gallego y algunos otros han merecido la faja de generales ¿qué razon hay para que no me la den á mi ? Diras que no soy militar. No importa; está probado que para ceñir la faja no se necesita ser militar, y algunos de nuestros generales pueden justificar con su vida que para ser general no se necesita haber olido la pólvora ni mandar una compañía de fusileros. Diras que no soy militar. Eso va en el modo de ver las cosas : yo creo que aunque toda mi vida he hecho profesion de paisano , soy mas militar que algunos generales españoles á quienes yo y otros muchos que valen, si es posible , menos que yo, desafiamos á la prueba teórica y prácticaménte. ¿Pero cómo ? Con la firme seguridad de triunfar en la competencia , no por lo que nosotros podemos saber, que por cierto será bien poco, sino por lo poco que sabran los otros, que será mas poco que lo poco nuestro. ¡ Qué gente ! El dia que nuestra nacion se viera acometida por un ejército estrangero seria preciso enviar en posta por los generales proscritos; porque ¿quién se habia de poner en manos de algunos chisgaravis nulos é impotentes, y de los que no tienen un mal bofetón y dan bofetones al que no les saluda con sombrero en mano ? Con gente indefensa se batiran ellos, y aun esto cuando lleven escolta, que lo que es con armas iguales no les da la gana y hacen muy bien. Ellos profesan el principio de que un general no debe esponer su pecho al plomo de una pistola ni á la punta de un estoque, ni al golpe de un sable , sino que debe procurar morir de viejo con media docena de médicos á la cabecera de la

cama, que es la muerte digna de los héroes, por mas que digan O-doyle, Iribarren, Murat y otros bárbaros que se dejaron matar como cualquier pillo revolucionario.

La última parte del artículo del *Portefeuille* es el colmo de la desfachatez. ¿Pues no dice que *Mr. le marechal Duc de Valence* que no debe ninguna de sus dignidades, títulos, condecoraciones y grados á nadie, absolutamente á nadie mas que á su espada? La jornada de Ardoz, en que venció á los que se le pasaron como hemos dicho otra vez y repetiremos siempre, la farsa carnavalesca de Ardoz le valió el grado de teniente general. ¿Qué hizo despues de entrar en Madrid esa espada dichosa que nadie ha recordado sino es por los grados, condecoraciones y títulos que ha valido á *Mr. le marechal*? ¿Contra quién se ha desenvainado? ¿Cazaba su amo ratones con ella? Sin embargo, hemos visto á Narvaez sin salir de Madrid ascender á capitan general del ejército, lo hemos visto de *general en jefe* en tiempo de paz, ha recibido el título de *duque de Valencia* con la grandeza de España de primera tigura, ha sido agraciado con una porcion de cruces de grueso calibre y distinciones de marca mayor, y todo esto sin salir de palacio, sin matar á nadie, absolutamente á nadie que sepamos, como no haya muerto algun capon para comérselo con arroz y pimientos verdes.

Francamente, somos apasionados de la literatura francesa, porque conocemos que actualmente da la ley al mundo; pero no podemos concebir ni remotamente un papel tan idiota como el *Portefeuille*. ¿Cómo ese órgano (que mas parece manicordio) de la tiranía se atreve á decir que el general Narvaez no debe sus grados y títulos á nadie mas que á su espada? Si el general Narvaez tuvie-

ra bastante fortaleza de espíritu para confesar lo que siente, nosotros le preguntaríamos cuales son los grados de su corta carrera militar que ha alcanzado por el solo influjo de su espada, y estamos seguros de que la respuesta seria ponerse colorado. Si el *Portefeuille* no conociera bien que los elogios pagados á peso de oro que ridiculizan á quienes los recibe, ridiculizan mas y aun envilecen al que los tributa, le preguntaríamos qué datos ha tenido para biografíar á una de nuestras nulidades, y qué razones tan poderosas para narrar hechos falsos con esa energía que se elevaba al tono magistral de la convicción, y el periódico frances nos enseñaria quizas algunas onzas viejas del tiempo de Carlos III, que son las buenas para cobrar y pagar señalados servicios.

El *Portefeuille* como periódico frances estará bien informado de las intrigas del partido frances español; sabrá sin duda todo lo que ha pasado entre bastidores durante la representacion del drama en que Narvaez ha hecho de primer galan; pero nosotros, que no hemos abandonado la luneta ni tan siquiera en los entreactos para tomar una taza de café, nosotros que hemos procurado seguir la pista á todos los actores y actrices, y que hemos procurado conservar todo el argumento sin olvidar la mas insignificante de sus escenas con todas sus peripecias, sus diálogos, sus monólogos, sus llamadas y sus mutis; nosotros, repetimos, no podremos dar una noticia exacta de las batallas que Narvaez haya ganado de telones adentro ó á telon caido, pero recordamos muy bien que á telon corrido y de bastidores á fuera, el héroe de Ardoz no ha dado ninguna accion, ni aun de esas que por su poca importancia se llaman escaramuzas. Es cierto que el protagonista del

*Portefeuille* ha tenido que habérselas constantemente con personajes invisibles para nuestro teatro, como por ejemplo los Montemolines y los Trápanis, y que las batallas habrán sido invisibles también para el público español; pero en ese caso las recompensas debieron ser también invisibles, porque es muy enojoso ver premiados los méritos desconocidos.

Pero dicen los apologistas de Narvaez: cuando el héroe ha sido tan pródigamente recompensado algo habrá hecho.

—Convenidos en que algo habrá hecho. Como no sea desenvainar la espada todo lo que VV. quieran.

—Pues ello, como dijo el otro, en algo tropieza, y se ponía los calzones por la cabeza. Nosotros ignoramos en qué concepto vale el general Narvaez; pero indudablemente vale algo cuando ha sabido encaramarse.

—No estamos conformes; bien poco vale Gonzalez Brabo y se ha encaramado también.

—Gonzalez Brabo ha trabajado mucho en favor del trono y de las instituciones.

—En favor del trono á temporadas; en favor de las instituciones jamas, á no ser que se entienda por instituciones la negacion, la absoluta carencia de instituciones.

—Brabo ha sido ministro moderado.

—Y antes fué escritor anarquista.

—Cuando ministro prestó grandes servicios á la reina y á la duquesa de Rianzares.

—Cuando folletinista obsequió con lindos piropos á la hija y á la mamá.

—Pero ha sido ministro y sabe lo que es ser ministro de la corona.

—Vaya si lo sabe, como que él ha dado la defini-

cion siguiente que íntegra y sin quitar punto ni añadir coma trasladamos del *Guirigay*. Oíganlo ustedes, porque Brabo es aquí superior á sí mismo, hasta el punto de constituirse en juez de su causa y dictar inexorable su sentencia.

### CENCERRADA.

Sábado 27 de abril de 1839.

—¿ Quiénes son los ministros ?

—Son seis hombres nulos, heterogéneos, cobardes, absolutistas, que en virtud de una órden contraria á la ley, mandan contra la voluntad de la nacion.

—¿ Por qué los sufre la nacion ?

—Porque la guerra civil embarga sus fuerzas.

—¿ Luego la guerra civil es el alimento que mantiene á este ministerio ?

—Asi es la verdad.

—¿ Luego el ministerio debe tener un interes en que la guerra civil no cese ?

—Esa es la consecuencia inmediata de lo que antes he dicho.

—¿ Luego el ministerio es un traidor ?

—Traidores son los que venden la causa que deben defender.

—¿ Cuál es la pena de los traidores ?

—El garrote vil.

—Con efecto ; y todavía me parece corta esa pena.

—Los ministros han violado la ley fundamental. Los ministros son facciosos.

—Sí; porque facciosos son los que pertenecen á una faccion.

—Y faccion es toda pandilla que ataca las leyes vigentes.

—Los ministros han permitido que la nacion sea robada de real órden.

—Dígalo la contrata de D. Juan Sevillano.

—Los ministros son tiranos.

—Sí; porque tirano es el que manda á su capricho, no segun la ley.

—¿Y los ministros han hollado los tribunales y escarnecido la magistratura?

—Dígalo el proceso de Córdoba y Narvaez.

—¿Los ministros viven de la sangre del pueblo?

—Sí; porque el ejército es el pueblo.

—Y el ejército, sacrificado en inesplicables operaciones militares, pierde con la fuga el honor, sin combatir, despues de regar con sangre una tumba ignorada.

—Los ministros lo toleran, ¿luego los ministros son los verdugos de nuestros heróicos soldados?

—Verdugos voluntarios que mensualmente cuentan el oro del pueblo, y se lo embolsan como galardón de los asesinatos que mensualmente se perpetran por su ignorancia y tenacidad en no dejar las poltronas. Como el verdugo, los ministros viven de la sangre del pueblo; como el verdugo, los ministros comen con el dinero del pueblo; como el verdugo, los ministros son odiados por el pueblo.

—El bandolero que roba ya sabe cuál es su sentencia. El hombre que tiraniza no debe ignorarla.

—El que se deja robar pudiéndose defender es un cobarde.

- La nacion debe defenderse siempre que la roben.
- El que se deja herir y no hiere es un cobarde.
- La nacion debe herir cuando la hieran.
- El que se vé amenazado de muerte y no mata se suicida.
- La nacion no debe suicidarse.
- ¡Horrible perspectiva!
- Esa es la obra de estos y de otros ministros iguales á estos.

*Ibrahim Clarete.*

¿A cuán amargas reflexiones no da lugar el tal folletin? El hombre que así escribía llegó á ser ministro, y ministro mas ilegal y mas destemplado que aquellos á quienes combatió con tanta saña. Llegó á ser ministro en el mismo ó peor orden de cosas: llegó á ser ministro para hacer enmudecer la Constitucion en todas las provincias; para desarmar la Milicia Nacional en toda la nacion; para acabar con la libertad de la imprenta; para prohibir el himno de Riego; para perseguir, encarcelar y llevar al cadalso á los liberales; para halagar á los realistas; para convertir en esbirros inquisitoriales á la mitad de los españoles contra la otra mitad; para humillar el pabellon nacional ante la interesada amistad de la Francia; para herir de muerte nuestra independencia; para insultar á la moral pública; para servir á los palaciegos, y por último, para hacer una magnífica casa detras de la de Cordero. ¡El! ¡Luisito Brabo, que poco antes no ganaba para pagar al casero un cuarto de cinco reales diarios!

Vean VV. si despues de haber visto tales cosas; si en unos tiempos en que Gil y Zárate, que no sabe gra-

mática castellana, ha sido nombrado director de instrucción pública, nos asustaremos de ver duques y generales sin mas servicios que los que se fabrican en Talavera. Una cosa ha hecho Gil y Zárate buena entre muchas malas, que es una redondilla del Cárlos II aplicable á la situacion actual. Dice asi:

¡Oh mengua! ¡Oh torpe baldon!

¿Cómo España ha de ser grande

Si consiente que la mande

Quien la imprime tal borron?

Algo bueno habia de decir Gil y Zárate, y aun para esto ha sido tan barbarote que queriendo escupir al cielo le ha caido en la cara. Si no fuera porque no queremos colocar el nombre respetable de Quintana al lado del de Gil, citaríamos un verso de aquel poeta que dice:—

¿Cómo España es tan vil que lo consiente?

Pero ya que lo hemos citado aunque sin querer, bueno es que se imprima y se lea. Y aun diríamos algo mas sino fuera por temor de una denuncia, pues desde que Gonzalez Brabo condenó el desbordamiento de la prensa, tenemos que mojar en horchata de chufas la pluma que habia de teñirse en hiel. Si fuera cuando se publicaba el *Guirigay*, aquello era otra cosa, entonces se podian hacer folletines como el anterior de *Ibrahim* y el que sigue de *Clarete*.

## CENCERRADA.

—

*Miércoles 13 de marzo de 1839.*

—¡Y aquí de Dios que matan á un ministro!

—Hombre ¿y por qué?

—Por ser él quien es con propósito de confesion y enmienda.

—¡Matar á un ministro! Es casi tanto como poner un dedo en la llaga.

—Matar un ministro legalmente en el garrote, v. g., es el bello ideal de la justicia humana.

—Pero ¿y el órden?

—Pues no hay cosa mas puesta en el órden que ajusticiar á un ministro ladron, por ejemplo...

—Chito: calle V. y no haga alusiones personales.

—No; sino son alusiones las que yo quiero hacer.

—Pero V es un revoltoso.

—Es verdad; sin embargo no he sido voluntario realista.

—Usted es un conspirador.

—Pero no he conspirado durante diez y siete años.

—Usted es un revolucionario.

—Cabalito; pero no soy pedante ni ministro de Gracia y Justicia.

—Usted es un redactor del *Guirigay*.

—Convenidos; más no soy miembro del jovellanismo, ni redactor del *Mundo*, ni camarillero, ni partidario de dictaduras, ni traidor, ni...

—Esas son bachillerías.

- Estas son realidades.
- Usted sueña.
- Usted chochea.
- No hay tales jovellanistas.
- Pues para cuando los haya.
- Ni tales camarilleros.
- Lo que no hay es quien les meta mano.
- ¡Qué horror!
- Y si no los hay ¿á qué viene tanto susto?
- Hombre, nunca complacen ciertas palabritas.
- Lo dicho dicho. Esto no marcha.
- Demasiado.
- Mire V.: mientras vea yo en los altos puestos á los que en 1823 adularon al rey, á los que ocasionaron la muerte de tantos patriotas, á los que hicieron versitos al difunto monarca, á los que apostatan segun les conviene, á los ambiciosos de mando que ellos mismos á sí mismos se dan empleos, á los que desprecian la Constitucion y la infringen, á los que...
- Pues entonces tiene V. que ver que no manda nadie.
- ¿Por qué?
- Toma ¿dónde estan esos hombres que V. se imagina?
- De sobra los hay arrinconados, perseguidos, calumniados, víctimas de...
- ¡Eh! víctimas de nadie: víctimas de su tontería. ¿Quién los mete á defensores de la canalla? ¿Quién les dice que empleen su talento tan mal?
- Es que esos hombres tienen virtud; son honrados; son patriotas y no se venderian aunque intentáran comprarlos con las minas del Potosí.

—Esas son teorías; desengáñase V., amigo mio, los doblones siempre son doblones.

—Sí; pero la infamia y los doblones no son incompatibles.

—Tampoco lo son la infamia y la horca.

—Eso anda muy lejos todavía.

—Pero vendrá.

—Hasta entonces veremos, y entretanto vamos viviendo.

—La justicia de los pueblos no avisa, es como la de Dios: cae sobre los criminales cuando menos lo piensan; es el rayo que abrasa, es el volcan que estalla, es el torrente que inunda, es la devastacion, el incendio, la ruina que pasa por Gomorra y Sodoma, y en vez de ciudades riquísimas, de palacios y de jardines, deja lagos de betun hirviente y una nube pestífera que sirve de epitafio al vicio y de ejemplar eterno á los apóstatas.

—Poesía y embuste.

—Verdad eterna.

—Pues yo á mis talegas me atengo.

—Y yo á mi pluma y á mi fusil.

—Hay cañones.

—Esa es la última respuesta de los tiranos y la señal de su ruina, porque el pueblo tiene piedras en las calles.

—El pueblo huye.

—Y tambien triunfa.

—Alguna vez; muy rara.

—Esa vale por todas. Llega un dia en que los hombres se cansan, y ese ruge la voz tronante del pueblo, y los déspotas se estremecen, las generaciones se levantan como si fueran un hombre solo, se rompen las exclu-

sas, la sangre corre á mares, los orgullosos de ayer mueren en el lodo de las plazuelas, los traidores se ocultan, los palaciegos cobardes abandonan el ídolo á quien incensaban; el pueblo usa del mas terrible de los derechos, del de represalias; el pueblo entonces es tirano á su vez, y á su vez verdugo, y despues la historia desenvuelve en páginas de sangre el drama de un siglo sangriento. Esta sangre cae entonces.....

—¡Qué disparate!

—Gota á gota, como decia Isturiz, sobre la cabeza de los que mandaban contra la opinion y desoian el grito universal.

—Es decir ¿sobre la cabeza de los ministros?

—Pues.

—¿De los actuales?

—Qué se yo.

—Entiendo, entiendo, y me largo que no quiero nada con V.

—Ni yo con V.

—Abur.

—Abur.

—(Aparte.) ¡Qué horror!

—(Aparte.) ¡Qué miseria!

*Ibrahim Clarete.*

Entonces se podia escribir con entera libertad porque el pueblo era juez y absolvía los artículos del *Guirigay*, que aunque no tenia razon para escribir en estilo salvaje, la tenia para condenar con energía la marcha retrógrada de los gobernantes.

Entonces no habia temor á las denuncias, se deseaban, y el folletinista del *Guirigay* escribia expreso

para ser denunciado, seguro como estaba de la victoria.

Entonces quien temia las denuncias era el gobierno, porque jamas se decian tan amargas verdades en un periódico por muy guirigayescas que fueran, como en el jurado al defenderse el artículo denunciado.

—¿Quiénes son los ministros?

—«Son seis hombres que en virtud de una orden contraria á la ley, mandan contra la voluntad de la nacion.»

Esto decia el *Guirigay*.

Todavía recordamos que el defensor de este artículo era Luis Gonzalez Brabo, y tan buena memoria tenemos que pudiéramos citar *c* por *b* todo su discurso.

¡Qué espíritu de libertad animaba en aquel tiempo á Brabo! ¡Era de ver como se quejaba de la tiranía hasta en las cosas mas insignificantes!

Al empezar el acto del Jurado en este memorable artículo, se vió la sala invadida por un piquete de nacionales que, si bien iban mandados por el gobierno, no habia nada que temer de ellos, pues al cabo y al fin eran nacionales, eran hijos del pueblo que simpatizaban con los defensores de la libertad.

A pesar de esto, cuando llegó el turno de la palabra al señor Gonzalez Brabo, advertimos que se le inflamaron las venas de la frente, que de sus ojos se desprendian chispas, que su fisonomía sufría una contracción muscular, y que todo su cuerpo, en fin, manifestaba hallarse alterado, descubriendo síntomas semejantes á la hidrofobia.

«Señores (dijo con el tono de un bravo): el gobierno, temeroso de las verdades que van á resonar en esto

recinto, ha mandado fuerza armada sin duda para coartar la defensa intimidando al abogado del pueblo. Pues bien; yo protesto desde este instante que nada me arredra, y que en el discurso que voy á pronunciar estoy dispuesto á decir las verdades por fuertes, por duras, por amargas que deban ser, mal que pese á los infames satélites del despotismo. Sí, señores, esta es una leccion que necesitamos dar á los tiranos, y se la daremos. Seguramente nada tenemos hoy que temer de la fuerza armada porque son hijos del pueblo, son nuestros compañeros, nuestros hermanos; pero este es un fatal precedente que no debemos autorizar con el silencio, porque si hoy vienen nuestros hermanos; nuestros compañeros, en una palabra, los hijos del pueblo, mañana vendrán las bayonetas del ejército, y el defensor se verá imposibilitado de hablar teniendo sus labios sujetos por una mordaza de hierro.»

El pueblo aplaudió, y no solo aplaudió sino que prorumpió en desaforados gritos de

¡Fuera! ¡Fuera las bayonetas! ¡fuera! ¡fuera!

Y los nacionales, es decir, nuestros hermanos, nuestros compañeros, los buenos hijos del pueblo tuvieron que tomar el tole á la calle, dejando á Gonzalez Brabo en plena libertad. Ya empezaba Ibrahim Clarete á mirar de reojo á los milicianos nacionales. ¡Lástima es que los nacionales no sospechasen las intenciones que mas tarde desenvolvió aquel hijo del pueblo que los llamaba amigos, compañeros y hermanos! ¡Lástima que las cosas no pudiesen hacerse dos veces!

En la defensa probó Gonzalez Brabo que los ministros eran tales ministros en virtud de una orden contraria á la ley, fundándose en que en los gobiernos constitucio-

nales, si bien el trono tiene la libre facultad de nombrar sus ministros, estos deben ser elejidos de entre los individuos que componen la mayoría parlamentaria. La corona habia olvidado este requisito, luego eran ministros en virtud de una órden contraria á la ley, ó lo que es lo mismo en virtud de una órden contraria á la práctica que tiene fuerza de ley.

Esto era verdad y lo será en todos tiempos; lo malo es que para Brabo no hay verdades eternas.

Para probar que mandaban los ministros contra la voluntad de la nacion no necesitó esforzarse mucho, porque la nacion lo habia ya probado suficientemente.

Pero lo que se esforzó en demostrar ademas Gonzalez Brabo fué la traicion, la cobardía, el latrocinio y la imbecilidad de los ministros, ó lo que es igual, que los ministros eran traidores, cobardes, imbéciles y ladrones. ¿Y creen VV. que despues de este desahogo escribió con menos hiel? Lean estotro folletin.

## CENCERRADA.

—

*Miércoles 19 de marzo de 1839.*

El gobierno ha quebrantado la ley.

1.º Cerrando las córtes y no convocando otras cuando los presupuestos no estan votados.

2.º Permitiendo (que es lo mismo que sancionar) el despotismo del baron de Meer y la emancipacion del principado de Cataluña.

3.º No formando causa al general Palarea por la pérdida de Melilla.

4.º Tratando de arrancar de su fuero y juez natural al general Córdoba.

5.º Buscando para esto una aprobacion tardía é ilegal en el tribunal supremo de guerra y marina.

6.º Deponiendo á los señores Olózaga y Sancho sin formarles causa como lo previene la ley.

7.º QUERIENDO EXTRAER LAS PIEDRAS PRECIOSAS DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL QUE SON DE LA NACION.

8.º Haciendo contratas ruinosas como la que acaba de hacer con D. Juan Sevillano, de la cual hablaremos otra vez mas despacio.

9.º Influyendo en las decisiones de la magistratura sobre causas que siguen su curso y el gobierno no tiene derecho de manejar.

10. Asalariando periódicos sin duda con los fondos que debieran destinarse á la guerra.

El gobierno no gobierna.

1.º Porque no cubre como pudiera las necesidades públicas.

2.º Porque no adelanta un ápice en la guerra.

3.º Porque está dividido esencialmente.

4.º Porque no esplica sus actos.

5.º Porque no hace.

6.º Porque carece de fuerza.

7.º Porque no representa idea ninguna.

8.º Porque está imposibilitado de representarla.

9.º Porque la única idea que puede ejecutar, que es la disolucion, le repugna.

Luego el actual gabinete es dañósísimo.

1.º Porque es ilegal.

2.º Porque es ignorante.

¿Quién castiga legalmente las ilegalidades de los gobiernos? Los pueblos. Luego el pueblo tiene el derecho legal de castigar al ministerio presente por haber faltado á la ley.

¿Quién remedia la ignorancia de los gobiernos? Los pueblos tienen la facultad de suplir á la ignorancia de los actuales ministros.

¿Quién es el pueblo? La ley mientras esta existe: la fuerza cuando la ley muere.

¿Cuándo muere la ley? Cuando tiránicamente calla la opinion.

¿Luego entonces la fuerza es legítima? Sí; porque la fuerza se repele con la fuerza, que asi lo manda Dios.

¿Quién es entonces el criminal? El tirano, el ofensor de la justicia.

¿Luego si á tal caso llegamos los ministros serán los criminales?

Sí, porque serán los tiranos.

¿Y de quien será el triunfo?..... Del mas perseverante, porque la constancia es el valor. Luego en no cediendo se vence. Luego no hay que ceder nunca. Luego hemos de triunfar. Luego los ministros han de caer.

—Pero tendreis miedo, dicen los ministros.

—Ya sabeis que no, respondemos nosotros.

—Pero os prenderemos.

—Y escribiremos desde la carcel.

—Pero no os dejaremos escribir.

—Tampoco nos dejaremos prender ilegalmente.

—Pero os escapareis y no escribireis.

—Haremos lo uno y lo otro.

- Os perseguiremos.
- No nos encontrareis.
- Declararemos á Madrid en estado de sitio.
- Nos iremos de Madrid.
- ¿A donde?
- Eso quisiérais saber.
- ¿Con que no hay remedio?
- Sí.
- ¿Cuál?
- Que dejéis el puesto á otros mas liberales.
- No queremos.
- Peor para vosotros.
- Es que S. M.....
- Es que la nacion.....
- Manda.....
- Quiere.....
- Que nosotros seamos ministros.
- Que vosotros no seais ministros.
- Y lo hemos de ser.
- Y lo habeis de dejar de ser.....
- Pésele á quien le pese.
- Que querais que no querais.
- Lo veremos.
- Lo veremos.
- Vengan seis mil hombres.
- Venga la pluma.
- Vengan esbirros.
- Lleve V. ese artículo á la imprenta.
- Vigílese á los redactores del *Guirigay*.
- Imprímase esta Cencerrada.
- Denúnciese á ese papelucho.
- Tírense cuatro mil ejemplares.

- Acúsesele de sedicioso.
- Vengan ciegos y griten con fuerza: á tres cuartos el *Guirigay* de esta tarde.
- Hable el señor fiscal.
- Responda el señor Alonso.
- Condene el jurado.
- El jurado absuelve.
- El *Guirigay* es un papel incendiario.
- Que se reimprima el número del dia 14.
- El *Guirigay*.....
- El *Guirigay* tiene tres mil suscritores en dos meses y diez y nueve dias que lleva de existencia. Con que chiton y aguantarle, y que os aproveche este artículo como os lo desea de corazon vuestro *apasionado*

*Ibrahim Clarete.*

Nuestros lectores nos perdonarán el abuso de insertar folletines y mas folletines, de modo que esta entrega puede decirse que no está escrita por Villergas ni por el Jesuita, sino por Luis Gonzalez Brabo (a) Ibrahim Clarete. Y les pedimos perdon de esta falta, porque estamos seguros de que los suscritores á los *Políticos en Camisa* se han suscrito en la inteligencia de que eran el Jesuita y Villergas los únicos redactores de esta obra, y que si por falta de recursos podian necesitar quien los ayudara en la pesada carga de completar las 32 páginas de una entrega, de ningun modo admitirian por colaborador á ningun apóstata. Pero no ha sido asi; y para que se vea como van todas las cosas de España, puede decirse que el trabajo de esta publicacion se ha dividido entre Lopez, Gonzalez Brabo, el Jesuita y Villergas, cuatro personas que pueden reducirse á dos, políticamente hablando;

Villergas y el Jesuita, que tienen un alma partida en dos cuerpos, que sienten y piensan lo mismo, que han dado iguales pruebas de liberalismo, que se entienden sin verse y sin hablarse y que desean juntos lo que cada cual desea de por sí. Esto mismo puede decirse de Lopez y Gonzalez Brabo, antiguos campeones del progreso, que estremecieron con sus peroratas al *Mundo* periódico, porque lo que es para estremecer al mundo *Mundo* tienen los dos pocos hijares. Uno y otro fueron semi-demócratas ó casi demócratas, que en estas materias viene á valer tanto un semi como un casi, por lo mismo que un casi vale tanto como un semi. Luego engrosaron juntos las filas de la oposicion, de aquella oposicion de mala índole que era tanto mas servil, cuanto mas liberal parecia: los dos recojieron abundantemente el premio de sus dos hazañas en el escamoteo revolucionario de 1843, y si el uno fué presidente del consejo mas pronto, el otro fué presidente del Consejo mas tarde; pero los dos con las mismas tendencias, con igual prurito de perseguir á los liberales, con deseos análogos, y hasta con designios homogéneos, que casi casi rayaban en gemelos. Pero no basta que los redactores de una obra sean iguales ó semejantes de dos en dos, y que pueda decirse comparando razones: Villergas es al Jesuita lo que Brabo á Lopez, ó Villergas es á Brabo lo que el Jesuita á Lopez, ó Villergas mas el Jesuita son al Jesuita mas Villergas, lo que Lopez mas Brabo son á Brabo mas Lopez; se necesita que todos piensen del mismo modo, tener iguales creencias, iguales antecedentes, la misma conducta política á fin de merecer igual concepto, y que haya eso que los clásicos y los matemáticos llaman *unidad*.

Sin embargo, á pesar de la inmensa distancia que hay de los cubileteros Lopez y Brabo á nosotros, que aunque nos esté mal el decirlo, somos buenos patriotas, liberales verdaderos, netos, puros y avanzados, ha sido preciso que los folletines del *Guirigay* y algunos trozos del manifiesto de Lopez alternen con nuestros escritos, porque solo así podíamos dar una idea clara y distinta de lo que Brabo y Lopez son, de lo que Lopez y Brabo han sido, y de lo que Brabo y Lopez pueden ser y serán. ¿Cómo podríamos pintar la diferencia que hay en la fisonomía de los hombres de hoy, comparada con la de los hombres de ayer? ¿Qué pincel podría jactarse de desempeñar este cargo dignamente? ¿Qué compas sería capaz de regular exactamente estas diferencias? Ahí estan, pues, los retratos de las personas en su estado progresista, sacado por el daguerreotipo de sus escritos ó discursos de entonces: ahí están los retratos de esas mismas personas en su estado retrógrado, sacado por el daguerreotipo de sus hechos de ahora. Examínense bien, y se verá palpablemente la transformacion, viendo lo blanco transformado en negro y lo negro convertido en blanco.

Si dijéramos que Gonzalez Brabo como periodista habia saltado la valla de todo lo racional y decente, que habia sido mas bien que un crítico un escritor maldiciente, que habia llevado la hipérbole de la sátira á la exageracion del insulto; si todo esto dijéramos, seria decir demasiado poco. Ahí están sus folletines, repetimos; ellos dicen mas que nosotros, ellos revelan lo que la pluma no acierta á bosquejar.

Y eso que nos hemos dejado lo mejor en el tintero: los folletines que hemos copiado son aquellos del justo

medio; ni los mas flojos ni los mas destemplados; son los folletines que hacia Brabo en su estado normal, que cuando se le exaltaba la bilis, cuando de pronto le acometia la fiebre revolucionaria, era lo que habia que ver. Entonces cojia por su cuenta á la reina hija y á la reina madre, rejente del reino á la sazón, y me las ponía como chupa de dómine, diciendo cosas que no nos atrevemos á trasladar á nuestra obra de miedo que no las dejarán pasar, por mas que las haya escrito el vasallo leal que desempeña bien ó mal la embajada de España en Lisboa. Entonces hacia mas: cojia por su cuenta á los ministros, y no contento con hincar el diente viperino en sus actos, dignos verdaderamente de la mas agría censura, se entrometia en la vida privada y nos ofrecia las mas repugnantes escenas de alcoba á vidriera cerrada y cortina corrida. Sentimos tener que recordar aquel indecente folletin que ofendió á todos, que mereció el anatema de todos los partidos, porque era imposible pasar la vista por él sin que asomára á las megillas el carmin de la vergüenza; pero aunque no hayamos juzgado prudente ni decoroso citar un solo párrafo de tan inmoral produccion, no podemos prescindir de recordar las cosas que Ibrahim Clarete escribia entonces, y que parecia no podian tener otro objeto que desnaturalizar el periodismo y matar la imprenta, inspirando el horror de niños y ancianos hácia esa institucion que es el alma de los gobiernos representativos. Pudiéramos por consiguiente estendernos mas todavía en el periodista, pero la moral, la decencia y el respeto que nos merece la misión que desempeñamos nos impiden continuar hablando del folletinista del *Guirigay*, y nuestros lectores nos permitirán un rato de descanso para tomar aliento antes de empezar la historia del diputado.



### III.

#### **BRAVO DIPUTADO.**

*Aprended flores de mi  
lo que va de ayer á hoy;  
ayer maravilla fui  
y hoy sombra mia no soy.*

ESTA es la canción que ha podido entonar de pocos años á esta parte el pobrecito Luis, pues le viene tan pintiparado el pensamiento, que no parece sino que el autor de estos lindos versos preveía la aparición de este fenómeno político. Poco antes de la revolución de 1840 vimos circular por Madrid una candidatura progresista que no era la acordada por la mayoría de este partido. En dicha candidatura figuraba el nombre de Gonzalez Brabo, y esto solo bastó para que no mereciera la simpatía de un solo elector, ni el apoyo de ninguna persona sensata, ni otra cosa que la verdadera calificación de *candidatura de trueno*.

Gozaba entonces Brabo de la mejor opinion como liberal decidido, de los liberales precisamente que buscaban los electores de Madrid, avanzados en ideas y osados y enérgicos para si era menester exigir la responsabilidad á los ministros y castigarlos con la última pena. A pesar de eso, Brabo no mereció otra cosa de los que por otra parte le consideraban como un mozo de provecho que desconceptuar la candidatura en que iba impreso su nombre, con el epíteto de candidatura tronada: ¿Qué tal seria la opinion de que como hombre de seso gozaba este incorregible bullanguero? En vista de todo esto, mudó ya de conducta adoptando un rumbo enteramente contrario. No sabia él qué era lo que debía hacer exactamente, pero conocia que habia pasado el tiempo de las niñerías y que era forzoso hacer algo, y que lo que hiciese no se pareciera nada á lo que habia hecho hasta entonces. Le echó por aparentar sensatez y filosofía, y se presentó al público manifestando la metamórfosis repentina de su talento precoz, que produjo alguna sensacion, aunque solo fuera por la ley de los contrastes.

Púsose mas serio que portero de secretaría, mas grave que catedrático de ciencias médicas, sobre todo si está persuadido de que puede ser catedrático aunque no lo merezca; proscribió el corsé para dar libertad á la tripa, porque habia notado que todos los hombres de categoría sacan la tripa mucho, y hay quien dice que despues de atracarse de pepino y sopas de aceite bebia mucha agua y tragaba mucho aire, con lo cual andaba con tal embarazo que parecia que estaba en el último mes. Si con todos estos auxilios sobressalia poco aun la muestra de la categoría (la tripa) bebia

mas agua, tragaba mas aire hasta inflarse como pellejo de vinatero manchego, engullia mas pepino y menu-deaba la racion de sopas de aceite, que sobre ser cosa barata tiene las siete virtudes siguientes, segun dice Quevedo:—«quita la hambre, mata la sed, hincha el vientre, limpia las encias, causa sueño, hace parir y cria dos rosas en la cara.»

Con efecto, salí yo un dia de paseo, de las pocas veces que salgo, y me fuí derechito al Prado, de las pocas veces que voy. Estaba allí Luis Gonzalez Brabo, á quien miraba mucho la gente por dos razones poderosísimas. La primera porque hacia poco tiempo que se hallaba libre de las persecuciones del gobierno que le envió unos cuantos esbirros una vez, y tuvo que tirarse el pobrecito por el balcon ¡qué lástima de horquilla! como dijo el posadero al tuerto. Y la segunda poderosísima razon, porque la gente se queria comer á Brabo con los ojos, de verle sacar un palmo de tripa, cosa que tenia asombrados á los naturalistas y sobre todo á los profesores de medicina, que creian llegada la ocasion de enriquecer las observaciones patológicas y los recursos terapéuticos con la aparicion de una enfermedad que podia calificarse de *fenómeno-quirigayesco-enteritis*.

Confieso que me llamó la atencion aquel objeto que á todos tenia confusos. Ver á Brabo con una tripa tan grande era para mi una cosa tan extraordinaria como si mañana se presentase mi amigo Ribot en parage público con poca tripa. Todo es posible; porque yo nada creo imposible ya desde que he visto las metamórfosis de Gonzalez Brabo, y fué tal la impresion que me causó el tono y el zangoloteo con que el aspi-

rante á hombre de Estado mostraba el documento, que llevando las dos manos á la cabeza y dando una fuerte patada en el suelo, despues de cierta acostumbrada interjeccion castellana que no me es lícito repetir aqui, esclamá con el dolor de la desesperacion:

¡De cólera estoy que brinco:  
Ya nos hemos jorobado;  
Brabo sale diputado  
Como tres y dos son cinco !!!

¡Ya se tronó el gobierno representativo! ¡Adios córtes! ¡Adios libertad! ¿Para qué quieren mas armas los absolutistas que el ridículo que va á caer sobre nosotros convirtiendo en sainete los pasos mas dramáticos del sistema constitucional?

Yo que lleno de ilusiones sé del congreso la historia porque casi de memoria me aprendo las discusiones.

¿Qué haré ya por Barrabás viendo en el congreso á Brabo?

¿Acabo de ir ó no acabo?

¿Iré mas ó no iré mas?

Un fiero pesar me hostiga que mi desventura labra: de fijo me descalabra ese hombre de la barriga cuando pida la palabra.

¿Cómo habrá formalidad entre mozos tan bolonios?

Nos hundimos en verdad.  
 ¡Adios patria y libertad,  
 que nos llevan los demonios!

Al llegar aqui me dieron tentaciones de apelar á otras vias, porque el maldito candidato en infusion sacó otro poco mas la tripa de hombre de Estado, documento justificativo de su capacidad.

¡Mis pronósticos se iban á cumplir!

¡Hubo elecciones!!!

¡Ay! ¡Mis pronósticos se cumplieron!

¡Brabo tuvo mayoría: estaba hecho el daño! Entonces tendí la vista por encima de los árboles como quien busca las sombras de la emigracion. Creia vislumbrar á Cabrera en lontananza, y despues de otra significativa interjeccion exclamé: ¡Maldito seas, tirano del Maestrazgo, como te reirás de nuestras representaciones parlamentarias!

Brabo invadió el santuario de las leyes. Corrió por el interior del edificio largo tiempo como quien dice ¡ya me lí la cabeza! ¡estoy en mi casa! Recorrió uno por uno los bancos de terciopelo sin saber donde tomar asiento, porque todo le parecia demasiado, aunque todo le parecia poco. Fijó la vista en el banco negro, y fué á arrellanarse; pero de pronto se acordó de que no era ministro. Reparó que militaba entonces en las filas de la oposicion, y se retiró con dolor de los bancos ministeriales en busca de los de terciopelo encarnado. Esto ya era algo, era demasiado para un hombre que jamás debió pensar en otra cosa que en arrellanarse sobre un asiento de espadaña ó de pino.

Aprended flores de mi  
lo que va de ayer á hoy.

Lo primero que hizo Gonzalez Brabo luego que sus asentaderas habian probado el terciopelo de los escaños no fué pedir la palabra, sino husmear por todas partes como perro perdiguero que busca la huella de la liebre. Por fin halló la presa que se proponia cazar; pero dió la casualidad de que la presa que encontró no era liebre, ni liebro, ni conejo, ni coneja, sino un soberbio rapososo, vulgarmente conocido en el soto constitucional por el nombre de D. Salustiano Olózaga. Hacia entonces este personage un papel principal en las filas del progreso, podia decirse que era el general en jefe, porque á la circunstancia de hablar tan bien como los demas caudillos del progreso, y á su habilidad conocida, reunia un prestigio ganado por el tinte de misteriosa diplomacia con que se presentaba en la escena, que le grangeaba la benevolencia de los que creian necesario tenerle por amigo, y los respetos de los que temian contarle en el enemigo bando. Este hombre, dijo Brabo, es lo que me conviene para medrar á su sombra; voy á ganar su amistad á cualquier precio aunque para ello tenga que constituirme en criado, en lacayo ó en limpia-botas. Al fin y al cabo D. Rodrigo Calderon fué sirviente de un primer ministro y murió de primer ministro, y aunque murió en el cadalso..... En fin Brabo se resolvió, porque es mozo de mucha resolución, y acercándose no sin alguna cortedad á D. Salustiano, es fama que entabló el diálogo siguiente:

—Felices, señor de Olózaga.

—¡Ola! mozalvete, contestó el diplomático con una sonrisa irónica, ¿con que por fin hemos conseguido lo que deseábamos?

—Sí señor; para lo que V guste disponer.

—¿Vendrá V. dispuesto á defender?...

—Lo que V. quiera, interrumpió Brabo.

—¿Cómo lo que yo quiera? ¿Pues qué no tiene V. ideas propias? ¿No ha escrito V. con calor en el *Guirigay* en defensa de la libertad?

—Sí señor; para servir á V.

—¿Pues entonces?

—Quiero decir que tengo confianza en V. y en su liberalismo, y estoy dispuesto á votar lo que V. me mande.

—Bien, bien, dijo Olózaga alargando la mano al pobre mozo, que á poco rato desapareció del salón diciendo para sí:

—¡Qué fortuna! ¡Olózaga acepta mi voto! ya soy independiente.

Y hay quien sospecha que desde aquel instante Brabo se encargó de cumplir la alta misión de ir al café de la plazuela á pedir un vaso de leche amerengada de parte del señor Olózaga.

Mucho tuvo que sentir la opinión liberal de verse representada en el congreso por Luis Gonzalez Brabo, payaso parodiador de las formas oratorias de Olózaga; pero mas tuvo que sufrir Olózaga con las impertinencias de su amanuense. Desde entonces el buen D. Salustiano fué martir de su adquisicion guirigayesca, porque no se vió libre un solo instante. Si Olózaga se sentaba, se sentaba Brabo junto á él; si se marchaba, se iba Brabo detras, manifestando siempre que tenia justamente una ocupacion hácia la misma calle á que Olózaga se dirigia. Si Olózaga iba al Prado, nunca faltaba en el

Prado Luis; y llegó á tanto su machaconería, que hasta cuando el criado de Olózaga iba á tomar billete para el teatro, si le daban por ejemplo luneta de primera fila número cuatro, ya estaba detras Brabo pidiendo el número cinco de la misma fila.

Olózaga llegó á cargarse con razon de un mozo que queria suplir su falta de talento con la machaconería de sus visitas, sus servicios intempestivos y sus más intempestivas genuflexiones, y ya no le daba conversacion; pero Brabo ni por esas cedia, ó no lo entendia bien, ó se hacia el desentendido, y cada dia se presentaba á su señor con mas cortesanía, con mas deseo de utilizar sus oficios.

Cuando se anunciaba una cuestion, jamás Brabo se decidia á meter la cucharada sin decir á Olózaga por lo bajo:

—¿Me dá V licencia para hablar?

Y si Olózaga decia que no, se aguantaba en su puesto; y si le decia que si, al instante resonaba aquella voz chiflona que habia estado ensayando tres semanas para cuando se abrieran las córtes.

—¡Pido la palabra!

—¿Para qué? preguntaba el presidente á Brabo.

—¿Para qué? preguntaba Brabo á Olózaga.

—Para hablar sobre la cuestion pendiente; contestaba Olózaga por lo bajo.

—Para hablar sobre la cuestion pendiente; gritaba Brabo por lo alto.

—¿En pró ó en contra? continuaba el presidente.

—¿En pró ó en contra? repetia Brabo.

—En contra ó en pró, respondia Olózaga.

—En contra ó en pró, contestaba Brabo.

Entonces era de ver á Ibrahim Clarete; pero escuchado es decir como debía representar en el congreso con tal de que sepamos como se ensayaba en su casa. En primer lugar se colocaba frente al tocador, y se aliñaba un poco, estirándose el chaléco y las puntas de la camisa: zangoloteaba el cuerpo con cierta sandunga, pero cuidando mucho sobre todo que la tripa no perdiera el equilibrio de la gravedad diplomática; levantaba un brazo, y describiendo un espiral en el aire con el dedo índice tieso como si fuera de piedra, comenzaba: «Señores: la Nacion Española exige de nosotros.....» ¿Voy bien así? Me parece que no, y voy á probar de otro modo; y levantando ahora el otro brazo, enseñando la palma de la mano, volvía á ensayar queriendo á un tiempo observar su movimiento de brazo, su tripa y la espresion encantadora de sus ojos, cosa imposible: «Señores: la Nacion Española tiene derecho á exigir...» Tampoco va bien así, decía Brabo entonces, y levantando á la vez ambas manos dejaba caer una á puño cerrado sobre el corazon diciendo otra vez: «Señores: la Española Nacion exige de sus representantes» así va bien, decía entonces loco de contento para sí; pero al querer continuar en su discurso se detenía naturalmente, porque como no se proponia ningun objeto no sabia lo que debía decir, y no sabiendo el papel que tenia que declamar, era inútil estudiar posturas académicas.

Así como antes hablaba de prisa, ahora tenia un gran cuidado en hablar despacito: ya no se entusiasmaba prorumpiendo en bramidos sino que trataba de aparentar seso, y mucha calma sobre todo. Quería tomar por modelo á Olózaga y á Lopez; pero como le faltaba la lógica y la dignidad del primero, y el fuego y la elo-

cuencia del segundo, no podia lograr otra cosa de sus espectadores que el cansancio. Los que no silbaban era porque se dormian, y todos salian del congreso apesadados de la pesadez y de la monotonía de la fiesta, diciendo con la risa del que ve sus esperanzas burladas:

—¡Que mal cómico!!!

Puede decirse que si Gonzalez Bravo á falta de recursos propios se ha propuesto imitar á nuestros oradores, no por eso ha dejado de ser original, y tan original que no se le ha pegado nada de ellos, lo que se llama nada. Mejor para él; pues al cabo como dijo el otro: mas vale cabeza de raton que cola de leon; pero es el caso que su originalidad es tan sumamente originalísima en el género malo que no se parece á ningun otro. Todo tiene su mérito; y si las cosas se han de apreciar por su rareza, y si Mirabeau fué tan admirado por ser tan bueno que no cabe mejor, igualmente debemos asombrarnos de Gonzalez Brabo por ser orador tan malo que no cabe peor. No tartamudea, es verdad, pero habla peor que si tartamudara, porque él mismo no sabe lo que dice, escepto cuando habla por boca de ganso, es decir, cuando pronuncia el papel que le han hecho estudiar. Su accion es amanerada, porque ya trate el orador de hablar el language grave de los filósofos, ya intente escitar á las pasiones con el tono popular de esas imaginaciones vivas que producen en el corazon del auditorio los efectos de una proclama, es preciso que la parte mímica sea inspirada por las impresiones que experimenta el hombre mas ó menos ardientes, segun el carácter del sugeto y la índole de la improvisacion. Esto no puede hacerse si los discursos se estudian en casa; y cuando Bravo sale á representar

en la escena pública, á la manera de aquellos predicadores cuyas gesticulaciones están siempre en razon inversa de lo que exige el asunto que van tratando, y que una vez que en su memoria se ha roto el hilo del sermón, dan mil vueltas al argadillo sin poder hallar el cabo, se conoce á la legua que no ha dado bien el último repaso entre bastidores. Esto se supone cuando no tiene cerca el apuntador, porque en este caso cualquier actor sale del apuro, máxime si el apuntador es bueno.

Hemos dicho mas de una vez que en España todo el que se esfuerza en hacer papel, desgraciadamente lo consigue. Nuestros hombres de partido han creído siempre que son unos grandes hombres, y maldito si se les conoce que son capitanes si no es en mandar con imperio y lucir las charreteras. No debe circunscribirse á esto su cuidado. Un capitán tiene obligacion de conocer á todos los soldados de su compañía, un coronel á todos los subalternos y un general á todos los gefes superiores que sirven á sus órdenes. Y no solo conocerlos por su nombre y apellido, sino por su conducta y por su disposicion á fin de aprovechar los talentos especiales de cada uno, y atajar á tiempo la ambicion de los que jamas pueden prestar un digno servicio á la causa que defienden. Pero nuestros hombres de partido no se han cuidado nunca de eso, han juzgado por las apariencias, y sin saber si Juan como militar valia menos que Pedro, y Diego en literatura mas que Pablo, han calculado el valor real por la osadía, ofreciendo el escándalo de encumbrar á los entremetidos olvidándose de los hombres de verdadera importancia. Solo asi pudimos llegar á ver á Bravo en el congreso, y como si esto no fuera un ataque á la mo-

ral y á la civilizacion, solo asi pudimos igualmente verle elevarse al rango de vice-presidente del congreso, postergando á todos los hombres de bien que merecian ocupar aquel puesto por sus luces y sus virtudes.

¡Gonzalez Brabo diputado! ¡Gonzalez Brabo ocupando la vice-presidencia del congreso! ¡Qué afrenta! ¡Y es un Olózaga el que para mengua de España consintió tal aberracion! En verdad que esta fué una pifia que no podia esperarse del talento del señor Olózaga, digna de figurar al lado de las extravagancias del actual director de instruccion pública.

Decia Olózaga que lo consintió porque de este modo satisfacía la ambicion del jóven incauto con un cargo ilusorio, pues nunca llegaría el caso de que Brabo presidiera las sesiones. ¡Pero y la sana razon! ¡Y el buen sentido! ¡Y la moral pública! Aunque efectivamente fuera difícil que Brabo ocupára la presidencia del poder legislativo no era imposible, y aunque hubiera sido imposible, nunca, lo repetimos, un buen general debe elevar á la categoría de los primeros gefes al mas ruin de los reclutas. El señor Olózaga tiene algunos lunares en su vida, pero el hecho de consentir que se diera importancia á un hombre en quien la nulidad notoria no era el defecto mas garrafal, es un borron para su vida pública que no podrá desvanecer aunque acuda á todos los tintoreros y quitamanchas.

Harto sentimos nosotros dar importancia á un ente tan insignificante como Brabo hablando de él, pero esto es inevitable: hablamos de Brabo no por la persona, que no puede ser mas despreciable para nosotros, sino por el papel que ha hecho como instrumento vergonzoso de los moderados en los deplorables acontecimientos que

hemos presenciado y sufrido. Son los acontecimientos los que nos obligan á escribir y no el hombre, porque este ya conoce el triste concepto que nos merece, y como somos capaces de tratarle y le trataremos si la ocasion se presenta.

Como viese Brabo que Olózaga y otras personas cuya amistad necesitaba para medrar y aun mas que para medrar, para darse tono, se colocaron en la oposicion, se coló tambien en la oposicion, y hubiera pedido la canonicacion de Judas si tal disparate hubiera cabido en la mente de las personas, cuya amistad, no nos cansaremos de repetirlo, necesitaba Brabo para darse tono.

Cantó Olózaga la salve y Brabo repitió la salve: hubo la de Dios es Cristo; salió el general Serrano de Madrid con intencion de derribar á Espartero, y salió Gonzalez Brabo detras, porque tambien necesitaba darse tono acompañando á un general. Y no se crea otra cosa. Hay hombres tan originales que tienen amor al poder por las comodidades que el poder proporciona, y los hay que ambicionan el poder por hacerse visibles. Brabo lo queria por uno y por otro, pero aun mas, y eso que no tenemos el mejor concepto de él como hombre, aun mas, repetimos, por figurar, por poder decir: soy ó he sido diputado, soy ó he sido ministro, soy ó he sido amigo del general A, del ministro B ó del orador N, en una palabra, por la razon que asiste á algunas mugeres para ponerse mas majas que sus amigas, por llamar mas la atencion, por hacer papel, por darse tono. Estamos seguros de que Brabo dejando obrar á su conciencia sin agentes poderosos de ninguna especie, le hubiera sido indiferente que cayera Espartero ó que dejara de caer, y bien seguro es que el mas decidido defensor del duque

de la Victoria no sería defensor tan decidido del ilustre proscrito como Brabo si Espartero hubiera dado á Brabo uno de esos destinos que satisfacen la ambicion y lisonjean la vanidad. Esto último sobre todo. Pero Espartero no se acordó de Brabo ni podia acordarse para nada, y esto fué suficiente para que Brabo, atado á la faja del general Serreno, saliera de Madrid con objeto de pronunciarse.

Aunque digo que esta razon era suficiente para Brabo, no quiero decir que fuera la única, porque de sobra sabemos las razones de peso que impulsaron á muchos hombres de partido á tomar parte en la mas inicua de las coaliciones. Acercóse Narvaez á Madrid en la inteligencia de que no sería hostilizado por Seoane, porque todos sabemos que Narvaez no se hubiera arriesgado á llamar de otro modo á las puertas de la capital de España. Al lado de Narvaez venia Brabo deseoso de acreditar su valor..... no, su arrojo..... tampoco..... su impetuosidad..... menos..... su estrategia. Perfectamente, su estrategia era lo que queria acreditar. Llegó Seoane, se hizo la entrega consabida; hubo una farsa, una parodia de simulacro, y Brabo hizo la *brabada* de arrojar á un cañon..... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Brabo! ¡Gonzalez Brabo! ¡Luis Gonzalez Brabo arrojar á un cañon!!! ¿Seria de miedo? ¿Trataria de guarecerse detras del bronce por si algun calavera soltaba una bala imprudentemente? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! No podia ser otra cosa. ¡Qué pamema! Pero aun no fué esta la mayor pamema, sino el parte de Narvaez recomendando al *héroe* Brabo, compañero suyo en aquella *heróica* jornada. Y lo peor es que tras estas dos pamemas vino la de conceder á Brabo la cruz de San Fernando. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡A Brabo la con-

decoracion de los valientes! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!  
 ¿Quién será ya el valiente que ambicione esa cruz, y  
 quién el hombre que se envanezca de llevarla, si la ha  
 ganado del mismo modo y sobre todo si la ha ganado  
 legítimamente?

En aquellos dias vimos muchas cosas que nos llenaron de ira. Vimos desarmar la milicia, poner un Ayuntamiento de real orden que se llamó Constitucional, subir Ruinas al poder, insultar al pueblo, mofarse de la libertad, escarnecer la ley, enseñorearse los absolutistas, emplear carlinos y dar una distincion de héroe á Gonzalez Brabo. Despues vimos otras no menos peregrinas; vimos caer á Ruinas y subir Olózaga, y es fama que al encargarse Olózaga de formar el gabinete, se le presentó Brabo solicitando una cartera, y que Olózaga se echó á reir, como debia, de la loca pretension del insecto que salió avergonzado y casi llorando de que se le negára la capacidad de ser ministro. Luego hubo cosas mas serias: Olózaga, que no queria ser instrumento de los moderados, los moderados que intrigaron por derribar á Olózaga; todo lo cual dió por resultado la cuarta pamema.—¿Qué pamema? Ver á Brabo en el ministerio, y no así como se quiera, sino de primer ministro, presidente del Consejo de Ministros. Con el tiempo se maduran las uvas. Algun dia podremos decir el cómo y el por qué subió Brabo al ministerio; por ahora tendremos que contentarnos con juzgar al ministro *Guirigay* durante su calamitoso mando.



#### IV.

### BRABO MINISTRO.

---

Si las personas que murieron antes de 1843 levantáran de pronto la cabeza, y se las dijera que habia ocurrido en España un fenómeno increíble; uno de esos fenómenos que hacen dudar al que los contempla, en tales términos que cree estar soñando; una de esas aberraciones inverosímiles que no se imaginan desde que se acabó el tiempo de los milagros, estoy seguro de que harian mil conjeturas inútiles, que se romperian y devanarian los cascos, que dirian tantos despropósitos como palabras sin aproximarse al punto de la dificultad.

Preguntarian algunos si el Tajo se habia pasado al Duero, y el Duero al Ebro, y el Ebro al Guadalquivir, y el Guadalquivir al Miño, arrastrando las aguas en pos de sí á

las poblaciones que bañan en su curso, trasladando v. gr. Aranjuez á Castilla la Vieja, Zamora á Aragon, Zaragoza á Andalucía y Sevilla á Galicia.

Preguntarian otros si Madrid habia echado alas y cola, y convertido en gilguero habia subido volando hasta tomar posesion de la corte celestial.

Y estamos seguros que las personas que tales cosas preguntáran, quedarian pasmadas de que se las contestase diciendo que sí; pero se pasmarian mas si se las dijera que lo que habíamos presenciado era un fenómeno mas raro, mas milagroso, mas inverosimil que todo esto, y en tal caso volverian á calcular rarezas, y por mucho que delirasen, jamas se les ocurriria la monstruosidad de preguntar si Brabo habia llegado á ser ministro en España.

Cuéntanse cosas muy estravagantes, como por ejemplo: que Nabucodonosor despues de reinar se volvió cuadrúpedo. Se sabe además que Moisés fué pastor; Noé, labrador; Confutius, carpintero; Mahoma, arriero; Mehemet Alí, barbero; el actual emperador de Marruecos, corredor de cambios; Bernardotte, último rey de Suecia, sargento de la guarnicion de la Martinica cuando los ingleses tomaron aquella isla; madame Bernardotte, lavandera en París; Napoleon, descendiente de una familia oscura de Córeega, era comandante cuando casó con Josefina, hija de una estanquera criolla de la Martinica; Franklin, cajista; el presidente Boyer, barbero; el presidente Jhon-Tyler, capitan de milicia; Oliver Cromwel, traficante en paños; el presidente Polk de los Estados-Unidos, posadero; el rey Christopher de Haiti, esclavo de Santa Kitts; Bolivar, droguero; el general Paez, vaquero; Astor, el hombre mas rico del Nuevo Mundo, vendió manzanas por las calles de Nueva-York; José Bo-

naparte, hermano de su hermano é hijo de sus padres, tan oscuros para el uno como para el otro; Luis Felipe I, rey de los franceses, dió lecciones de francés en Suecia, Boston y la Habana; Catalina, emperatriz de Rusia, fué vivandera; Cincinato estaba cultivando sus viñas cuando le brindaron con la dictadura de Roma; el gobernador actual de la isla de Madera fué sastre; el último ex-ministro de hacienda de Portugal, tratante en vinos; y por último, Espartero, hijo de un carretero de Granátula. Sábese que hay ademas en Europa muchos duques, marqueses, condes y algo mas, los cuales han sido cocineros, amoladores, estanqueros, barrenderos, zapateros de viejo, y sin embargo nos escandalizamos de que Gonzalez Brabo haya sido ministro, y lo mas particular de todo es, que nos escandalizamos con razon; porque no somos nosotros de los que creen que para llegar á las primeras gradas del poder sea necesario haberse mecido en noble cuna; al contrario, somos de parecer que para conferir á un hombre las primeras dignidades no debe preguntársele su origen sino sus merecimientos, y en igualdad de virtudes y de saber nosotros optaríamos entre un plebeyo y un noble por el plebeyo, porque cuando menos tendria mejor educacion que el noble; pero de esto á ver á Gonzalez Brabo en el ministerio hay una diferencia inmensa. Se esplica muy bien que Napoleon, hijo de una familia oscura, empuñase el cetro de la Europa por su talento y su valor; pero repugna el considerar que Gonzalez Brabo, sin valor real ninguno y sin talento maldito, adornado por otra parte de todos los defectos que hacen despreciable á un hombre, haya llegado á ser ministro en España. Esto es una vergüenza y una falta de dignidad nacional.

¡Y qué ministro!

Ministro, para presentarse en las córtes acusando á Olózaga, á su protector, de un delito que podia conducirle al patíbulo.

Ministro, para declarar á toda la nacion en estado escepcional; él que tanto habia charlado en las córtes y en la prensa contra los estados de sitio.

Ministro, para encadenar el pensamiento, aboliendo la libertad de imprenta; él que tanto habia clamado y tanto habia abusado de la libertad de escribir.

Ministro, para desarmar la Milicia Nacional; él que tanto habia elojado y defendido la institucion de la milicia y los servicios de los milicianos.

Ministro, para traer á España á María Cristina; él que tantos folletines de insultos habia dedicado á María Cristina

Ministro, para entregar el poder á los moderados; él que tanto habia combatido á los moderados.

Ministro, para perseguir á los patriotas; él que tanto habia blasonado de patriota, que tenia cargado á todo el mundo con su patriotismo.

Ministro, para fusilar á tantos liberales; él que tanto habia deplorado los fusilamientos y los desmanes de los déspotas.

Ministro, para hundir la libertad; él que tantas pestes habia dicho de la tiranía, y se deshacia en probar su liberalismo refinado de 33 grados sobre cero.

Ministro, para hollar las leyes; él que tantas veces habia pedido la horca y el puñal para los infractores de la ley.

Ministro, en fin, para ser ministro; él que tenia por un crimen el ser ministro, y creia que las sillas ministe-

riales debian forrarse con el pellejo de los que quisieran ser ministros.

¡Vaya un ministro!

Pocos son los partidarios que ha tenido Brabo en cualquier causa que haya defendido, porque no es su persona á propósito para atraerse las simpatías del prójimo; pero como el mundo está lleno de fenómenos, como lo prueba el que Brabo haya sido ministro, no han fallado algunos, aunque muy pocos, aduladores, que en el tiempo en que Brabo fué ministro le concedían talento, diciendo que sin talento no hubiera podido luchar ventajosamente con ciertas dificultades. Este es un argumento que se destruye fácilmente.

Se sabe por regla general, que los hombres que llegan á ocupar un alto puesto obran pocas veces por inspiracion propia, y sin embargo se les concede siempre todo el lauro de la victoria, del mismo modo que la gratitud y los aplausos recaen siempre á favor del general, aunque se sepa que el arrojo de los soldados decidió el éxito de la batalla.

Dicen que Luis Felipe es un grande hombre, y yo no le negaré lo que le pertenezca; pero desco que se me permita cercenar á su cabeza la mitad de las dotes diplomáticas con que se ostenta ante el mundo político. Por ventura ¿un rey obra siempre por sí y ante sí? ¿no será deudor Luis Felipe de los triunfos que ha conseguido para asegurar la dinastía, mas que á su propio talento, al talento de los infinitos diplomáticos que le rodean? Sin embargo, nadie se acuerda de los autores de la tela, y cuando ven la trama tan bien urdida, esclaman con cierto entusiasmo de estúpida admiracion:

¡Oh! ¡Es el primer político de Europa! ¡Qué cabeza!!!

En España hemos conocido á un Cabrera, hombre á quien no negaremos las grandes cualidades del guerrillero circunscritas al valor y la actividad, pero que no podemos concederle talento ni pericia militar, aunque oigamos todos los dias á muchos tontos partidarios suyos, y á otros que no son sus partidarios, pero que tambien son tontos, decir:

«¡Cabrera es un gran militar!»

Yo creo que Cabrera no sabe mandar una compañía, cuanto menos concebir y poner en ejecucion un plan de batalla. A los que me digan que Cabrera ha dado acciones en toda regla, manifestando conocimientos poco comunes de estratèjia y táctica militar, les contestaré que Cabrera iba siempre rodeado de oficiales facultativos españoles y estrangeros, y que tal vez sin el consejo de los inteligentes hubiera sucumbido mil veces, víctima no de su temerario arrojo, sino de su temeraria ignorancia.

Pues bien: lo que he dicho de estos dos personajes puedo decirlo mejor de Gonzalez Brabo, porque Gonzalez Brabo vale infinitamente menos como hombre de talento que cualquiera de los dos.

¿Qué cosa notable ha hecho Gonzalez Brabo que pueda acreditar su cabeza? ¿Echar la zancadilla á Olózaga? Los que á Olózaga tendieron el lazo fueron los moderados, y Brabo no tuvo que hacer mas que tirar de la cuerda para apretar el nudo.

En lo demás no hemos visto nada notable; porque el encadenamiento de la prensa, los estados de sitio, las persecuciones, el desarme de la miliciá, los fusilamientos y otras proezas de este género son cuestiones de fuerza mas que de habilidad. ¿Tenia fuerza suficiente pa-

ra hacer todo esto? Sí, porque contaba con el ejército, y la Milicia nacional estaba desarmada en las principales capitales de España. Por consiguiente no tenia mas que mandar para ser obedecido. Si no hubiera contado con la fuerza, habria sucumbido al primer golpe. Ningun elogio merece la maña ó sabiduría del hombre cuya sabiduría ó maña se limita á imponer la ley al que está debajo.

Se dirá tambien que Brabo tuvo el talento de engañar á Prim, escribiéndole cartas en que le aseguraba que la libertad no corria ningun peligro, por lo que Prim fiado en estas promesas atacaba á los centralistas, hasta lograr la capitulacion de Figueras y la pacificacion del Principado. ¡Buenas y gordas! ¿Quién dice que las cartas que Brabo escribió á Prim no estaban dictadas por los moderados? ¿Quién dice que Prim no recibió muchas seguridades de otras personas? Yo estoy convencido plenamente de que Brabo no daba un solo paso que no fuera sugerido por la camarilla palaciega; pero aunque supongamos que supo engañar á Prim sin contar con nadie, ¿probará esto que Brabo tiene talento? ¿Es talento ofrecer una cosa y pensar otra? En ese caso cualquiera tiene talento, porque nada hay en el mundo mas fácil que proceder de este modo, para lo que solo se necesita carecer de conciencia.

¿En qué consiste, pues, que Brabo durase tanto tiempo en el ministerio, sino tiene talento? se me preguntará.

Consiste en qué no era Brabo el que se sostenia, que eran otros los que hacian el milagro; si á la caída de Olózaga hubieran subido los moderados al poder descaradamente, tal vez no hubieran durado veinte y cuatro

horas en el mando ; pero los moderados, que para conseguir sus fines prescinden hasta de la moralidad, los que habian entrado en España como amigos, brindando afecto y cariño á los que pensaban devorar, no podian ser francos en tanto que su situacion no estuviera del todo asegurada. Asi es que en vez de ser Narvaez el presidente del consejo que debia suceder á Olózaga, como el mismo Narvaez hubiera deseado, eligieron á un cualquiera, que teniendo todavía la reputacion de progresista, aunque progresista malo, se prestase á engañar al partido liberal con apariencias hasta asegurar el triunfo. Por esta razon estaban los moderados interesados en conservar á Brabo en el ministerio, como se tiene un espantajo en los melonares para espantar á los pájaros ; y tan pronto como el partido moderado se encontró dueño del campo y exento de temores, vimos caer á Brabo, lo que se llama de un puntapié, sin mas motivo que las ganas que Narvaez tenia de subir al ministerio.

Hemos dicho que el ver á Brabo de ministro era un escándalo, una vergüenza, una falta de decoro nacional ; hemos dicho tambien que el ver á Brabo en el ministerio era un fenómeno que parecia tan raro como el juntarse la tierra con el cielo ; pero nada habíamos dicho de los compañeros de Gonzalez Brabo. Parece mentira que este hombre fuera ministro, pero parece mas mentira todavía que este ministro encontrase quien se le asociára, y sin embargo, tal está el mundo, que halló cinco hombres que se humillaron hasta el punto de ser sus compañeros. ¿ Qué podemos decir de estos hombres ? Nada : el haberse asociado á Brabo lo dice todo.

V.

**BRABO ENBAJADOR.**

**S**ERÁ preciso que al llegar aquí hagamos un movimiento retrógrado para observar mejor el contraste que se ofrece á nuestros ojos. Retrocedamos al año 1839 y 40, y si encontramos á Gonzalez Brabo por casualidad, sigámosle la pista un ratito. Primero le veremos dirigirse á la Puerta del Sol, y al ver los numerosos corrillos de politicones que nunca faltan en las aceras, no quisiera equivocarme, van ustedes á ver cómo se para Luis ansioso de saber noticias.

—¿Qué se sabe ciudadanos? pregunta Brabo.

—Usted nos dirá, le contestan.

—Yo no sé una palabra.

—¿Sabe V. lo que ha habido en palacio esta noche?

Aquí Brabo se encoleriza, se pone furioso, se irrita; y amontonando toda la cólera, toda la furia y toda la irritacion, esclama ó por mejor decir brama de entusiasmo.

—Señores: no me pregunten ustedes á mi lo que hay en palacio, porque yo no soy ningun palaciego para saber lo que pasa allí.

—Aunque no sea V. palaciego, podia haberse acercado.....

—¿A dónde? ¿á palacio? V. me insulta. Yo no voy jamás á palacio, ni pienso ir en mi vida, ni acercarme siquiera con cien varas, porque si tal hiciera me creeria degradado, envilecido. Asi, pues, caballero, V. me insulta y me dará una satisfaccion del insulto.

—No hay tal cosa, hombre, le contestó el otro, sino que V. no me ha dejado concluir. Quiero decir que podia V. haber visto á alguna persona que entre en palacio.

—Yo no conozco á nadie que entre en palacio, no señor, ni ganas; y yo me creeria deshonorado si alguna vez hubiera visto á cien varas á una persona que entra en palacio. Repito que V. me insulta, caballero.

El otro camarada lo toma tambien por donde quema, y si no fuera por la prudencia de las personas del corro, habria la de Dios es Cristo; pero Brabo se retira y todos quedan como si tal cosa hubiera sucedido. Sigamos los pasos de Gonzalez Brabo.

Toma la Carrera de San Gerónimo, y al llegar á las Cuatro Esquinas, hace un cuarto de conversion á la derecha, y siguiendo por toda la calle del Príncipe entra en el café del Príncipe, que es donde Brabo suele concurrir desde que supo que para ser tenido por literato bastaba concurrir á este café. Allí encuentra serviles, moderados, progresistas, republicanos, pájaros de todas las especies y todos los colores, tordos, cernícalos, golondrinas, ruiseñores y gorriones. Habla con todos, disputa con todos, riñe con todos; con los serviles, porque son serviles; con los moderados, porque son moderados; con los progresistas, porque no son republicanos; y con los republicanos porque no son algo mas que republicanos.

Tolera, sin embargo, que se le hable de los ministros,

de los diputados, de los intendentes, de los gefes políticos, de los esbirros, todo, menos el que se le hable de palacio, de palaciegos y de las personas reales; porque solo la idea de que hay reyes en el mundo le horroriza.

Alli charla, perora, declama, se despepita, se descose, toma café y se inspira para escribir un folletin.

En seguida se va á casa y escribe un folletin dictado por una profunda aversion á los reyes, al palacio, á todo lo que trasciende á *real*, á todo lo que huele á palaciego.

El folletin se publica.

El fiscal denuncia el folletin.

Brabo se presenta en el jurado á defender el folletin, y en su defensa prorumpo de nuevo en terribles escomuniones contra los palaciegos y los reyes, contra todos los que los rodean, contra todos los que viven en palacio, contra todos los que se acercan á palacio. ¡Siempre contra los reyes! ¡Siempre contra palacio y los palaciegos! ¡Qué republicanismo tan hiperbólico!

.....

Han transcurrido cuatro años, cuarenta y ocho meses, que es bien poca cosa. Sigamos los pasos del demócrata; veámosle bajar del ministerio, aviar la maleta, montar en la silla de posta y dirigirse á Portugal. Miradle como se apea, y sacando de la cartera el despacho de embajador, le falta tiempo para trepar los escalones del palacio de las Necesidades. Alli vuelve á mirar la cartera por si se le han perdido los papeles; se estira el chaleco, se aprieta la corbata y echa la tripa alante, y cuando tiene la dicha de verse faz á faz con Doña María de la Gloria, no tanto porque es señora y bonita, como porque es reina, se llena de orgullo, se envanece

y tomando la palabra, pronuncia uno de esos discursos que darian vergüenza á cualquiera que toda su vida hubiera hecho profesion de servil. Habla de *su reina* y de su *sumision* como puede hablar un criado de sus *amos*. En nada se conoce que Brabo haya sido demócrata; en nada se conoce tampoco que Brabo sea embajador de una nacion constitucional. Allí no se trata de España sino del trono de España; allí no se oye hablar del bien y de la voluntad de su pais, sino del bien y voluntad de *su soberana*. Si Brabo se aparta de este tema obligado, no es para tender una mirada á su pais, sino para reparar en su persona, y habla de sí mismo con la presuncion risible que siempre tuvo de costumbre, lo mismo cuando era demócrata que cuando se hizo aristócrata..... ¡Arre allá!

Despues ha estado en Portugal mucho tiempo enseñoreándose con los renegados Costa-Cabrales, amigos suyos por las leyes de coincidencia. Dió bailes que el que menos le costaria treinta ó cuarenta mil duros, sin que se haya podido averiguar de qué sacristía salian aquellas misas; pero no dijo esta boca es mia hasta la segunda ascension de Narvaez al poder. Entonces Brabo recordó quién habia sido y quién era: es decir, se acordó de que habia sido liberal y que habia dejado de serlo, y en un arranque de liberalismo amasado con servidumbre, dirigió su dimision á la reina de España manifestándola que era su súbdito y que era constitucional.

Con dificultad se podrá escribir espresamente un documento tan servil. Los periódicos se apoderaron de aquel padron de ignominia con que Brabo creyó limpiar las manchas de su vida, y probaron suficientemente que la dimision del embajador constitucional era como se suele decir la rodilla de Valladolid, que yo me limpio en ella y ella en mi.

Hasta entonces no sabíamos de oficio que Gonzalez Brabo era moderado, porque habia tenido buen cuidado de serlo sin decirlo; tal es la condicion de ese partido que hasta los que se afilian en él tienen vergüenza de que se sepa. Entonces nos dijo Brabo que tomaba plaza en el regimiento constitucional, en el bando *conservador*, que quiere hacer compatibles los derechos del pueblo y su libertad con las prerogativas del trono. Esto era ya bastante servil, ¿por qué los que como Brabo han blasonado de liberales y se glorían de serlo han de querer y defender siempre la libertad y los derechos del pueblo á todo trance, sin cuidarse de investigar tal ó cual compatibilidad? Porque el que defiende la libertad y los derechos del pueblo obra en justicia, y la justicia debe todo ciudadano defenderla y proclamarla sin mirar los inconvenientes. Pero este pensamiento de Brabo, que era de suyo tan mezquino, le hizo doblemente servil en el desempeño de la redaccion, de modo que aun nos pareció menos liberal su autor cuando condenaba las arbitrariedades de Narvaez que cuando asaltó el poder para cometerlas tan grandes ó mayores.

¿Y qué diremos de la conducta de Brabo en los últimos días de su embajada? Dos graves acontecimientos han tenido lugar simultáneamente en las dos naciones que un día formaron una, y que volverán á ser una cuando las dos conozcan sus intereses. Dos acontecimientos; una revolucion que sucumbió en España y otra que triunfó en Portugal.

La revolucion del vecino reino dió resultados aunque miserables; porque no concebimos cómo un pueblo vencedor en la lucha contra los tiranos se conforma en la victoria con la ruina de los tiranos sin der-

rocar la tiranía; pero en fin, lanzó del poder á los Costa-Cabrales y esto siempre ha sido un bien para aquel oprimido y ultrajado suelo. En estas circunstancias Gonzalez Brabo, despojándose del carácter de embajador para adoptar el de revolucionario, se ha espuesto á que el pueblo, viendo en él mas bien á un enemigo particular que al representante de una nacion amiga, le perdiera el respeto, y si los revolucionarios liberales de todos los paises no fueran demasiado benignos y comedidos, dificilmente saldrian bien de sus empresas los hombres osados como Gonzalez Brabo.

Casi al mismo tiempo que los Costa-Cabrales se embarcaban para España, entraban en Portugal muchos emigrados de la desgraciada revolucion de Galicia. ¡Si, bien desgraciada! En ella sucumbieron muchos españoles valientes y liberales, muchos oficiales pundonorosos que merecieron la muerte en premio de sus servicios prestados á la causa de la libertad, y muchos soldados beneméritos fueron castigados á servir diez años en Ultramar. Todo el mundo conoce esta historia, todos saben de qué modo pudieron evadirse algunos infelices acojiéndose al pabellon hospitalario de nuestros hermanos de Portugal, y todos tienen noticia de la conducta observada por el embajador Ibraim Clarete.

Este hombre rencoroso, sin que sepamos qué origen pueda tener su rencor á los liberales, pareciéndole sin duda poca la sangre derramada en el Carral, y como si los desgraciados soldados no tuvieran bastante con verse en tierra estrangera, se presentó al gobierno de Lisboa con la pretension ridícula de que se le entregáran los prisioneros, en virtud de los tratados que existen por los cuales tiene derecho todo gobierno á exigir que

se le entreguen todos los desertores del ejército. ¿Y no sabía Gonzalez Brabo que los que él reclamaba no eran desertores del ejército? ¿No sabía que eran reos políticos, y como tales podian acogerse con seguridad al pabellon extranjero?

Demasiado sabia esto Gonzalez Brabo; pero afectaba desconocerlo, porque le interesaba que se aplicára todo el rigor de la ilegalidad á los que no tenian otro delito que el ser liberales. Si el gobierno portugués hubiera sido débil, ó si en lugar de ser liberal hubieran estado en el poder todavía los liberticidas, los renegados Costa-Cabrales, es indudable que la reputacion sanguinaria de los amigos de Gonzalez Brabo se hubiera enriquecido con algunas docenas de fusilamientos mas.

Convengamos en que las intenciones del nuevo *conservador* eran dignas de él como de todos los corifeos de este partido implacable. La historia de los diez años de despotismo es horrible. Ella nos ofrece los cadalsos de Riego, de Torrijos, del bravo Empecinado y otros muchos españoles pundonorosos y valientes que con tanto denuedo defendieron toda su vida la independenciam de los españoles y la santa causa de la libertad; pero en los tres años de dominacion que cuentan los amigos de Gonzalez Brabo, el cadalso ha devorado diez veces mas víctimas liberales que desde 1823 hasta el 33. Afortunadamente, repetimos, el gobierno portugués fué bastante liberal y sobradamente enérgico para impedir que los moderados españoles ofrecieran á la asombrada Europa nuevos espectáculos de horror, y nosotros á fuer de buenos españoles y de liberales, no podemos dejar de consignar en estas páginas nuestra eterna gratitud al ministerio Palmella y á todos los liberales portugueses por

sus sentimientos humanitarios, y al mismo tiempo felicitamos á los emigrados por su buena suerte en haber podido conservar su vida, que algun dia será de gran precio para la libertad y ventura del pueblo español.

Hasta aqui la historia de Brabo. ¿Cuál será el porvenir? Al escribir estas líneas ha llegado á nuestras manos el *Nacional de Cadiz* de 5 de setiembre, en el cual leemos lo siguiente:—«En el vapor, paquete ingles, llegó ayer á esta plaza, segun estaba anunciado, el *Excmo. Señor Don Luis Gonzalez Brabo*, ex-presidente del Consejo de ministros, ex-ministro de Estado, ex-embajador en Lisboa y ex-redactor del *Guirigay*, periódico apologista en 1840 de Doña Maria Cristina de Borbon. Los señores Cabrales fueron á recibirlo, hospedándole en la casa en que se hospedan los ex-ministros portugueses, calle del Rosario.»

Es decir que Gonzalez Brabo quedó de á pié. Ya era hora, ha prestado á los moderados todos los servicios que podia; ha dado de sí cuanto podia dar: ¿qué podrá prometerse en adelante? Nada, absolutamente nada. Los liberales le rechazan para siempre; los moderados deben arrinconarle ya como un ente inútil. Ni aun tendrá el consuelo de charlar en las córtes, porque es imposible que haya un solo elector tan degradado que le dé su voto. Tal es el porvenir que espera á Brabo: gran chasco nos llevaríamos si otra cosa sucediera; pero no nos le llevaremos, no. No habrá partido ni persona en España que quiera de hoy mas envilecerse dando la mano á ese hombre, que por satisfacer cuatro dias una loca ambicion se ha hecho digno del público y general desden para mientras viva.

## MARTINEZ DE LA ROSA.

*Y dijo sin cesp. tar,*

*con alusion brea discreta:*

*Es el señor de Ezpeleta,  
no le falla mas que hablar.*

(P. ISLA.—D. G. DE NAVARRA.)

Como el pincel y la paleta; D. Francisco Martinez de la Rosa está presente, y empiezo á dibujar sus facciones, que son casi las facciones de la guerra civil, aunque con el aspecto aparente de la candidez. Este trabajo exige grandes conocimientos en el dibujo, y muchos sudores nos costaria sino fuera por una copia que tengo á la vista de uno de nuestros primeros literatos, que parece ser buen discípulo de Mr. Daguerre. El señor D. Miguel Agustin Príncipe ha publicado una biografía del político que hoy vamos á poner en camisa, y la biografía del Sr. Príncipe concluye con este magnífico soneto, que nos tomamos la libertad de trasladar aqui por la exactitud del perfil. Dice así:

Orador distinguido y elocuente,  
 Correcto prosador, vate mediano,  
 Con doctrina falaz aspira en vano  
 Al nombre de político eminente.

Otro tiempo demócrata ferviente,  
 Fué despues aristócrata liviano,  
 Y hoy del trono INFALIBLE Y SOBERANO  
 El nuevo dogma vocifera ardiente.

Gefe de un bando que su genio admira  
 MODERACION proclama en voz melosa,  
 y DESPOTISMO y opresion respira:

Tal es el escritor en verso y prosa;  
 Tal el hombre de farsa y de mentira  
*D. Francisco Martinez de la Rosa.*

Me parece que el retrato es daguerreotípico, y que nadie desconocerá al gefe de ese partido, cuyas figuras parecen tan grandes cuando solamente se las ve por el prisma de los elogios interesados que se prodigan mutuamente; y tan ruines, mezquinas é imperceptibles en cuanto se las toca de cerca. Ese partido abriga la presuncion de almacenar en sus armarios toda la inteligencia habida y por haber, y es tan grande la cantidad almacenada, que hay para todos los presentes un buen trozo, sin que falte su racion á los demas que vengan. De suerte que un ciudadano cualquiera mientras es ciudadano es un camueso en concepto de los moderados; pero en cuanto se hace acreedor á la denominacion de vasallo, ó lo que es lo mismo servil, se le da su racion de inteligencia y ya tenemos en campaña un genio mas. Las razones que el

partido moderado tenga para apropiarse la cualidad de inteligente, escluyendo á las demas criaturas de carne y hueso, no son difíciles de adivinar. Sobre este particular he escrito algunas cosas en los periódicos políticos, y entre otras copiaré algunos párrafos de un artículo por tener íntima relacion con el asunto y con el político en camisola D. Francisco Martinez de la Rosa.

#### LA SUPREMA INTELIGENCIA.

« Cuando en 1833 el Sr. Martinez de la Rosa nos hizo el obsequio raquítico, como cualquiera de sus comedias, de regalarnos el *Estatuto Real*, ese enjendro maravillosamente ridículo que abortó la imaginacion del padre de los *soit dissent* inteligentes, todos creimos que aquella ley, ó como se la quiera llamar, serviria únicamente como un escalon para subir á la reforma; como un medio de trasicion sin el cual habia creido su su autor imposible avanzar un paso en el camino de la libertad. Pero á nadie se le habia ocurrido que el Estatuto pudiera ni con mucho satisfacer las necesidades del pais y de la civilizacion, y los liberales que mas se encariñaron con la comedia legislativa del Sr. Martinez de la Rosa, la consideraron como el andamio del edificio constitucional que debia levantarse en España. A nadie se le ocurrió que el Estatuto fuese el fin de la regeneracion política, sino el medio para llegar al fin; á nadie mas que á su autor, que enamorado de su obra, como se enamora toda madre de sus hijos por feos que sean, y como un poeta se enamora de sus versos, aunque sean tan flojos como los del *Edipo*, tuvo la pequeña ambicion de aspirar á perpetuar lo que ya

todos los liberales miraban con fastidio, y no porque estuviera persuadido que llenaba los deseos de la nacion, sino porque satisfacía su amor propio, prenda que el Sr. Martinez de la Rosa no puede disimular, y que ha legado con creces á los doctrinarios, como el mas digno presente sin duda con que podia premiar la aplicacion de sus discípulos.

«El *Estatuto* no era otra cosa que el absolutismo con barniz de libertad; pero barniz tan lijero, que podia deteriorarse y extinguirse con el rocío mas leve, mostrándonos en seguida su rostro descarnado y horrible, tanto mas horrible cuanto mas habia halagado nuestras ilusiones, aquella metamórfosis que nos hizo concebir fundadas esperanzas para el porvenir. Si el Sr. Martinez de la Rosa no creyó que su *Estatuto* era la realizacion del pensamiento de libertad que empezaba á dar aliento á la nacion, creyó por lo menos que tenia tendencia á la libertad; pero los que imparcialmente pudimos juzgar de aquella mala improvisacion prosáica, encontramos, al revés, que sino era el despotismo en el pleno ejercicio de sus funciones, tenia tendencias al despotismo. El *Estatuto* cayó, pero quedó su autor capitaneando á unos cuantos soldados que se habian afiliado á su sistema, tan á la ligera como se están hoy afiliando otros para la expedicion del general Flores. Y aunque el despotismo sucumbió en 1836, quedaron en pié, por desgracia, las tendencias al despotismo que mas tarde habia de realizar su inícuo pensamiento.

«El Sr. Martinez de la Rosa, fundador de la nueva secta que intentaba, y trabaja todavía por hacer posible el despotismo; el Sr. Martinez de la Rosa, que en un momento de fatal inspiracion, concibió tan

descabellada utopia sin conseguir por entonces otra cosa que la formacion del *partido moderado*, imprimió perfectamente sus debilidades personales, porque todo hombre las tiene, en el corazon de sus apóstoles; y ese partido que ha logrado caracterizarse tan prodijiosamente por su intolerancia, por sus violencias, por su falta absoluta de respeto á las leyes, por su hipocresía y por su profundo ódio á los liberales, se ha distinguido mas principalmente por un amor propio tan excesivo, que puede muy bien llamarse vanidad y vanidad exajerada. Desde luego se anunciaron como los únicos hombres capaces de conducir el timon del gobierno; los amos de las ciencias; los dominadores de la tribuna; los Júpiteres del Olimpo revolucionario; los déspotas de la literatura; los tiranos de la prensa (y esto es verdad); los infalibles; los impecables; los que debían ceñir su cabeza omnipotente con los laureles, las guirnaldas y las coronas inmarcesibles que de justicia pertenecen á los que en alas de su genio se remontan á las rejiones de la inmortalidad; los únicos hombres de provecho; en fin, los que habiendo medido su inteligencia por estadales, y encontrándola mas cerca de Dios que de las criaturas, se bautizaron con un epíteto que hasta ahora todas las naciones habian creído único é indivisible atributo de la divinidad, el de *suprema inteligencia*.

«¿Y dónde estan las pruebas de este fenómeno? ¿Están en sus continuas fútiles querellas y en el predominio que jamas han podido ni podrán ejercer sobre la opinion pública, en la perfeccion de sus obras, contando la restauracion por medios vedados á la cabeza de todas ellas? ¿En la rectitud de su justicia, en la

multiplicacion de tribunales discrecionales con todos sus sacrificios y sus víctimas? ¿En el sistema tributario, en el terror que han desplegado, en los fueros que han violado, en la nacionalidad que han comprometido, en el aire de catedráticos con que acostumbran á tratar las cuestiones, hasta las que menos comprenden?

«Ellos miran con desden á todos los que no son ellos. Todo lo encuentran defectuoso en sus contrarios; y seguros de su alta sabiduría, como que es sabiduría suprema, invaden todos los terrenos, dejando por doquier marcada la huella del genio innovador, y contra todo lo que ha dicho Copérnico, nos dicen que la eclíptica es el camino del sol, de modo que ya no nos falta mas que establecer el *ferro-carril* para que podamos ir á disipar las tinieblas de la ignorancia en la esfera esplendente del astro luminoso. Nos destruyen las verdades del álgebra, diciendo, á pesar de la opinion de Newton y otros botarates por el estilo, que cero elevado á cero, igual cero; nos confunden premiando á un camarada de su comunion que tiene el capricho de resolver, por via de pasatiempo, el problema de la cuadratura del círculo, hallando la relacion exacta del diámetro á la circunferencia (1); nos ofrecen para ejemplo de elocuencia contundente á Narvaez, el orador de cannas, menos célebre por su dictadura que por el solemne mentis dado en pleno parlamento á todas las historias y á todos los historiadores.

«Pero no estriba en esto su sabiduría, su inteligencia suprema, sino en la prodigalidad con que han en-

(1)

Cosa rara, voto á san,  
que no vieron los nacidos  
y que jamas lo verán.

riquecido el diccionario político, presentándose siempre en escena con diferente nombre; y siendo los hombres mas tenaces y mas descomedidos que ha conocido España, se nos engalanan con el epíteto fascinador de *moderados*; mas tarde, á pesar de sus esfuerzos por hacer incompatibles la Constitución y la Monarquía, se anuncian con la calificación de *Manárquico-Constitucionales*; llámáanse *parlamentarios* despues, cuando se preparan á echar por el lodo las prácticas parlamentarias, y adoptan el título de *conservadores*, sin que nos hayan dicho, y sin que ellos sepan tampoco lo que se proponen conservar. Asi es como los hombres *de la ley*, los *de paz, orden y justicia*, los *conservadores*, los *parlamentarios*, los *monárquico-constitucionales*, los *moderados*, y los de la *suprema inteligencia*, nos han demostrado su gran capacidad, con palabras, nada mas que con palabras: ni una sola obra han dado que justifique sus pretensiones, y por el contrario, todos sus dichos, desmentidos por todos sus hechos; sus continuas pifias en la ostentacion de los conocimientos humanos, y sus desaciertos, que son tantos como sus pasos en la carrera política, no han servido mas que para robustecer la opinion que teníamos formada de la pequeñez y de la insuficiencia, por no decir otra cosa, de ese que solo por antífrasis puede llamarse partido inteligente.

«¡ Los moderados! Ellos son los que proclaman el esplendor del trono con un entusiasmo que raya en delirio, y queriendo elevar á la reina adonde no alcanzan las miradas de los mortales, consiguen, por un esfuerzo de su inteligencia, hacerla descender hasta e punto de medirse frente á frente con Olózaga. Ellos

son los que queriendo elevar al cielo á Isabel II, medida en una atmósfera de incienso sacramental, la conducen, por un esfuerzo de inteligencia, á las escenas terrenales mas grotescas, á esos banquetes en que la moral aconseja espulsar á alguno de sus individuos por delitos feos; ellos son los que arrodillándose con idolatría ante la imagen de la magestad humana, creen esto compatible, por un esfuerzo de su inteligencia, con invadir el aposento réjio á balazos cuando conviene á la sed de mando que los devora; ellos son los que hicieron decir á la magestad humana que se dignaba hacer un regalo á la magestad divina; ellos son los que en la parte oficial de la *Gaceta* han dicho: «Habiéndose fugado *sin real permiso* el general Castañeda, etc., etc.»— Como si pudiera nadie fugarse *con real permiso*, ó como si en el hecho de fugarse no debiera entenderse que no tenia *real permiso* para la fuga; ellos son los que han puesto al frente de la instruccion pública á una medianía conocida por sus malos plajios y peores versos (1); ellos los que en sus obras y discursos mas notables no han hecho otra cosa que traducir malísimamente; ellos son los que para hacer frente al partido liberal, por un esfuerzo de su inteligencia, se echan en brazos de los absolutistas, sin conocer su error hasta que se sienten oprimidos y casi ahogados por la fuerza desesperada de ese partido vengativo y sangriento, que nunca perdona. Ellos son los que han tenido inteligencia para dejar de hacer todo el bien que podian haber hecho y ganar algunas voluntades *sin necesidad*

---

(1) Gil y Zárate.

de dinero, y los que han hecho todo lo que podían hacer para cubrirse de descrédito y de ridículo. Ellos son los que persisten en el mal queriendo engañarnos todavía con una inteligencia que no tienen, con sentimientos que nunca han tenido y con palabras que no piensan cumplir. Afortunadamente el país conoce demasiado la desdichada moderación de los moderados y la ignorancia de los inteligentes.»

Esto hemos escrito de los moderados, y á fe que no diran que hemos abusado cargando mucho la mano, pues bien poco decimos para lo que pudiéramos decir, y todo lo que decimos con referencia al partido en general tiene aplicacion á D. Francisco Martínez de la Rosa en particular; hombre de gran presuncion, aunque menos que mediano político; de grandes pretensiones literarias, bien que la lira de Orfeo le haya siempre negado sus melodías, como dice muy bien el Señor Príncipe en su soneto, que es un retrato exacto, un retrato perfecto, un retrato sacado al daguerreotipo, y del cual puede decirse, parodiando los versos del P. Isla, citados al principio de esta semblanza:

A un pintor de buena traza

encargaron con presteza

que pintase una cabeza

y pintó una calabaza.

Viendo el dibujo en la plaza

un *quidam particular*

esclamó sin cespitar

medio en verso medio en prosa:

« Es Martínez de la Rosa,

nó le falta mas que hablar. »

Pero si el soneto del Señor Príncipe es lo que se llama un retrato, no puede menos de faltarle alguna cosa en atencion á lo reducido del cuadro, por lo cual nosotros nos encargamos de concluirle, dando algunos brochazos sobre cada uno de sus perfiles.

*Orador distinguido y elocuente.*

Este es un rasgo de pincel que tiene algo de verdad, aunque tal vez le falta el efecto del claro oscuro. El Sr. Martinez de la Rosa ha leído, es lo que se llama un regularcito literato, y si nos permitiera meter la mano en los cajones de su bufete, habíamos de dar con el tesoro que encierran, ó no hay ley en las cartas. No crea el autor del *Estatuto* que nosotros pertenecemos á la escuela de los Quintanillas y otros de su calibre, por esto que decimos de meter la mano en los cajones y buscar tesoros, nada de eso; no nos domina tan baja ambicion, aunque somos unos pobres diablos, pues el que mas y el que menos está satisfecho de su fortuna, y yo por mi puedo decir que no tengo seis maravedis, porque tengo mas, aunque acaso no pase mi capital de dos cuartos; pero en cambio puede suceder que me caiga la lotería aunque nunca juego, y puedo heredar aunque todos mis parientes son mas pobres que yo, que es cuanto hay que decir. Sin embargo, soy mas rico que muchos, y diré que soy mas rico, porque gano lo que puedo gastar y gasto lo que puedo ganar, al paso que otros que tienen millones y millones encerrados en arcas de hierro, pasan una vida miserable, y sin tomar café hasta que encuentran una alma caritativa que les pague los diez cuar-

tos que cuesta la taza en la mayor parte de los cafes, ó trece si es el de los *Dos Amigos*. Y ahora que sale esto á colacion, no he podido nunca explicarme por qué razon en el café de los *Dos Amigos* se llevan esos tres cuartos demas. Permítaseme disertar un instante sobre esta cuestion de economía. ¿Cuánto cuesta medio cuartillo de leche?—Tres cuartos—¿Cuánto el azúcar para cada taza?—Todo lo mas tres ochavos—Pues bien, en los cafes donde llevan diez cuartos por vaso de leche ganan la miseria de cinco cuartos y medio, que es un lucro con ribetes de usura. No será mucho mas lo que cuesta de tres cuartos el café que se emplea para cada taza, porque comprándolo por mayor sale mucho mas barato; pero aun suponiendo que efectivamente valga los tres cuartos, sale la misma cuenta cuando se toma café solo que con respecto al vaso de leche. Y si se toma mezclado el café con leche, sale la cuenta tambien, porque seis maravedis de café y seis de leche hacen tres cuartos en toda tierra de garbanzos. Queda, pues, demostrado que los que despachan el café á diez cuartos deben hacerse poderosos por pocos tontos, vulgo parroquianos que tengan; con qué ¿qué será en los *Dos Amigos* llevando el exceso de tres cuartos mas por barba? No es estraño por consiguiente que los dos Amigos dueños de este café, porque deben ser dos los dueños y amigos ambos, sino miente la muestra que indica la posesion, no es estraño, repetimos, que los dos amigos ganen mucho, y que sean muy amigos si tan bien los va en el comercio, y no haya miedo que regañen mientras haya ciudadanos que no contentos con dar cinco cuartos y medio de ganancia dan un real de vellon. Confieso francamente que al ver la facilidad con

que algunas gentes se manejan, me dan ganas de buscar un amigo que quiera asociármeme, dejarme de poesías, de políticos en camisa y de periódicos, y ponerme á vender café.

— Volviendo á mis asuntos: iba diciendo que quisiera meter la mano en los cajones del bufete del señor *Martinez*, y para satisfaccion de VV. diré que lo que me propongo buscar es una coleccion de apuntaciones que debe tener este señor. En efecto; yo me atrevo á asegurar, que desde sus primeros años fué el Sr. Martinez de la Rosa extractando todo lo bueno que encontraba en los libros, y á estas horas tiene una coleccion de frases poéticas que aunque ajenas las dá por suyas cuando habla, y aunque importunas muchas veces, se esfuerza por darlas la posible aplicacion. En este concepto, sí, es orador distinguido y elocuente. Distinguido aunque no sea por otra cosa que por lo que ha hablado, y sobre todo por lo que ha hablado de mas; y elocuente, no por ciencia propia, sino por ciencia prestada; no por rasgos de poesía hijas de su imaginacion, que debe tener mas de madrastra que de madre, sino por esa mina que encierra tantos libros antiguos y tantos libros modernos, tantos escritos estrangeros y tantas obras nacionales, de lo cual se sirven con mucha frecuencia esas cabezas de naranjo, que aunque naranjas, si se las pone en una prensa hidráulica es bien cierto que no darán una gota de zumo.

Orador distinguido, sí, lo es el Señor Martinez, aunque no sea mas que por la antigüedad. El ha hablado mas de lo que la nacion quisiera en los doce años de nuestra mal llamada regeneracion política; él habló

desde 20 al 23, habló en la Guerra de la Independencia, y no me atreveré á negar, porque está en duda, si pronunciaba discursos durante las guerras de sucesion. No puede decirse que hable mal, pues tiene alguna facilidad en el decir; pero no puede pasar por orador notable, puesto que nada enseña y que nunca complace, ni entusiasma, ni conmueve. Se le oye, y se queda el auditorio como si no hubiera oido nada; se sabe su opinion y todos dicen cuando deja la palabra, «para lo que has dicho escusabas hablar tanto, pues te bastaba con votar.» En suma, Martínez de la Rosa fué orador en otros tiempos, pero no tanto fué orador por sus facultades, como por la falta de oradores que habia, y que le hacian brillar siquiera por aquello de que en tierra de ciegos el tuerto es rey; pero cuando han despuntado en España algunos oradores que merecen el nombre de tales, el Sr. Martínez de la Rosa se ve reducido á representar un papel muy secundario, y no le puede cuadrar lo de *distinguido*, si no es por la antigüedad, pues ya que no sea nuevo por la palabra, tampoco es nuevo en el uso de la palabra.

Por lo demas, nosotros que hemos oido muchas veces al orador granadino, confesamos ingénuamente que jamás le hemos admirado, y eso que todo hombre que habla tiene un momento feliz. Querrá decir esto que no nos ha tocado oírle en sus felices momentos. No hay en Martínez de la Rosa ese lenguaje sublime que distingue á los oradores, por lo mismo que no tiene inspiraciones sublimes, porque siendo las palabras los signos que representan las ideas, es preciso que haya armonía entre el pensamiento y la palabra. Hemos oido alguna que otra comparacion con pretensiones de poética, pero

por lo visto el señor Martínez no sabe que la poesía, que tanto se parece á la mentira, no está reñida con la verdad, y que es preciso en las comparaciones un compas que, manejado por la lójica y la razon, regularice la hipérbole. En una palabra, se necesita que las comparaciones ofrezcan novedad para producir el efecto que se apetece; pero es indispensable que ya que el oyente no encuentre la exactitud perciba por lo menos la relacion de los objetos.

«Esos argumentos se disipan por sí mismos como una paja en el viento» decia en cierta ocasion el señor Martínez de la Rosa. ¿Y qué quiere decir esto? Los argumentos que son contradictorios ó incongruentes pueden con efecto disiparse por sí mismos; pero nosotros jamás hemos visto una paja que se disipe en el viento, y sobre todo que se disipe por sí misma. Lo que el viento hace con una paja es llevarla, levantarla del suelo, trasladarla de un punto á otro; pero una cosa es trasladar y otra disipar, y á fe que si estos dos verbos quisieran decir una misma cosa, ya estaríamos todos disipados de tanto ir y venir adonde nos conviene, y mas el Sr. Martínez de la Rosa, que parece jugar á las cuatro esquinas recorriendo los ángulos de España y Francia.

Y es claro ¿Cómo el Sr. Martínez de la Rosa habia de ser en las imágenes tan feliz como pretenden sus panejiristas, si esto de hablar el lenguaje figurado y verdaderamente florido pertenece esclusivamente á los poetas?

«Hay, dice Cormenin, muchos modos de obrar poderosamente sobre las asambleas: ó se dirige á su lójica por el vigor y la fuerza de los razonamientos, ó á su espíritu por la vivacidad y gracia de las palabras, de las alusiones y de las respuestas, ó á sus corazones por las

emociones de la sensibilidad, ó á sus pasiones por la vehemencia de las invectivas, ó á su imaginacion por el brillo de las figuras oratorias.»

¿Hay algo de esto en el *político* de que vamos hablando? No tiene fuerza de razonamiento, porque no tiene convicciones, y solo defiende su sistema conociendo que marcha contra el torrente de la opinion general, por vanidad, por una especie de orgullo mugeril, que tiene tres partes de pequeño y una de tonto. No tiene alusiones ni respuestas vivaces, porque su carácter hipócrita se lo prohíbe. No tiene sensibilidad, porque sus hechos lo han demostrado, porque es incapaz de sentir; el hombre que no rie ni llora no puede hacer llorar ni reir. Díganlo las catástrofes que ha ocasionado su impracticable moderacion y su obstinado empeño en llevar á cabo sus teorías á medida que produce víctimas y desolacion. Dígalo la sesion en que defendiéndose Olózaga de las acusaciones de Gonzalez Brabo, recordó su posicion de esposo y padre, enterneciendo á cuantas personas le escuchaban, á todos, menos á Martinez de la Rosa, que volviendo melosamente la cabeza, entreabrió los labios de la oveja para enseñar los dientes del raposo. No tiene vehemencia en las invectivas, porque para tener vehemencia es necesario ser vehemente, y el Sr. Martinez de la Rosa es demasiado apacible, demasiado meticulouso, demasiado lánguido, y apostaria yo cualquier cosa á que de niño se divertia en pelar pájaros vivos como *le petit enfant* del Han de Islandia. No tiene brillo de figuras oratorias, porque no puede ser, y lo que no puede ser... no puede ser. «La prosopopeya de los guerreros muertos en Maraton, de Demóstenes; los ciudadanos romanos ligados al infame suplicio de Verres, de Ciceron; la noche, la noche

horrorosa en que la muerte de Enriqueta resonó como el estallido de un trueno, de Bossuet; el polvo vengador, de Mário; el apóstrofe de las bayonetas y de la Roca Tarpeya, de Mirabeau; la audacia, audacia y siempre audacia, de Danton; la república que como Saturno devora á sus hijos, de Verguiaud; la voz estrepitosa de los lagos y de las montañas, de O-Connell; el carro que lleva los funerales de la Irlanda, de Grattan; el turbante que señala en el mapa el lugar del imperio turco, de Lamartine; la Algeria, cuyo fruto no se presenta aun en flor en el arbol regado con nuestra sangre, de Berryer; los padres de la Revolucion, estos nobles espíritus que se inclinan desde lo alto de los cielos, de Guizot; esto es, dice Cormenin, la elocuencia de las imágenes.» ¿Quién hallará en Martinez de la Rosa un rasgo parecido? preguntamos nosotros. Si lo tuviera efectivamente, le citaríamos, porque no nos ciega el espíritu de partido. Berryer en Francia abunda en esas grandes imágenes, y Cormenin, que es republicano, no niega sus buenas dotes al orador realista. «¡Qué lastima, dice, que Berryer, que un orador tan poderoso no combata en nuestras filas á la cabeza del partido popular! ¿Cómo un talento semejante no siente el vacío de las doctrinas de la legitimidad? ¿Cómo no trabaja con nosotros en beneficio de la libertad y de la emancipacion del género humano? ¿Cómo no comprende que el principio de la soberanía del pueblo es el único verdadero, el único que la razon reconoce, el único que glorificará el porvenir de todas las naciones?» Nosotros no nos lamentaremos así porque Martinez de la Rosa no pertenezca á nuestra comunión liberal. Está muy bien donde está y no nos hace maldita la falta, aunque el Sr. Príncipe le haya concedido, tal vez por la obligacion de la rima

y de la medida, esas cualidades de *orador distinguido y elocuente*. Estamos mas de acuerdo con el segundo verso: *Correcto prosador, vate mediano*, sobre lo cual vamos á emitir nuestro juicio crítico.

Yo sé muy bien que no hay hombre completo, que todas las cosas tienen su lado flaco, que por consiguiénte nuestros literatos no están exentos de lunares, y esto es lo que menos importa al objeto de esta crítica, porque lunares hay que dan realce; lo que mas importa á nuestro propósito es penetrar en el fondo de las cosas, examinarlas en esqueleto, pulverizarlas por decirlo así, para analizarlas químicamente, y ponerlas en evidencia para la debida apreciación de su valor. Es menester que donde se halle una joya no se la confunda con una piedra falsa, y determinar las piedras falsas que en el orbe literario están engañando con un brillo artificial.

El Sr. Martínez de la Rosa goza en la literatura una de las primeras y mas usurpadas reputaciones.

Vamos por partes. No basta alcanzar una fama europea para convencernos del mérito de un escritor. Muchas circunstancias favorables pueden concurrir á elevar un nombre, que por los recursos propios y naturales estaria condenado á vejetar en el olvido. Martínez de la Rosa empezó su carrera poética en días tan satisfactorios para él como aciagos para la literatura española. Entonces no habia rivales con quienes luchar, ni crítica que temer; el campo estaba abandonado y los reclutas se erigian en generales. Bastaba hacer una quintilla para merecer el título de poeta, y una mala comedia para conseguir un nombre respetable y popular. Las artes, la literatura y las ciencias tienen

sus periodos de decadencia, de inercia, de muerte, y entonces es cuando levantan su cabeza las medianías, que viven y prosperan hasta que son sofocadas por la revolucion intelectual. Martinez de la Rosa, aprovechando la feliz coyuntura que le ofrecia la esterilidad de su tiempo, cobró fama y la engrandeció, y con asombro de los hombres imparciales é inteligentes, la ha conservado á traves de la revolucion literaria que ha abortado grandes y encontrados fenómenos, que ha producido Zorrillas y Esproncedas en contraposicion de Villanuevas y Ovilos; pero que encaminada á un porvenir grande, magnífico, sublime y regenerador, empieza á sacudir el yugo de las preocupaciones condenando al desden á esas estériles medianías, de las cuales es el primero y mas fiel representante el señor Martinez de Rosa.

Hay apariencias que seducen : una columna de carton llega á parecer de piedra, merced á la verdad de la pintura, y tanto mas, cuanto que esta columna tiene una solidez aparente, gracias á los cuidados que la prodigan los interesados en su conservacion ; pero esta columna abandonada á su suerte, muestra bien pronto su debilidad, y azotada por las lluvias que la quitan el barniz y bamboleada por los huracanes, á cuya violencia no puede resistir, sucumbe ignominiosamente excitando la risa y la compasion de sus antiguos admiradores. Encaramado el Sr. Martinez de la Rosa en la cúspide de la literatura, mas que por sus obras por el derecho de antigüedad, tuvo ocasiones de vender proteccion á las nuevas huestes literarias que invadieron el terreno, de las cuales vino siempre á conceptuarse el caudillo, por no decir el cabecilla. Y los

nuevos literatos, unos por gratitud y otros por respeto á los años, sino se han declarado acérrimos adula-  
dores del que tanto puede, han autorizado con su silencio el concepto equivocado que de Martinez de la Rosa tienen sus partidarios. Al poeta se le juzga desgraciadamente por su posicion social, y el que puede dispensar mas favores, tiene mas panegiristas. Ademas, que uno que llega á ser ministro, un duque ó un marques tienen mucho adelantado en su gerarquía para merecer la opinion de hombres grandes. He aqui por qué el Sr. Martinez de la Rosa ha podido conservar algun tiempo ese inmerecido renombre; pero la posteridad, y acaso la generacion actual, cuando prescindan de los atavíos con que va engalanado el renombre del poeta, cuando no se acuerde de su poder, ni de sus títulos y honores, se convencerá de que todo ha sido una ilusion óptica, y bajo los adornos del pincel descubrirá al poeta Martinez de la Rosa, es decir, la columna de carton.

Nosotros quisiéramos haber visto aparecer al vate granadino en estos últimos años en que tanto se escribe y en que sin embargo de que lo malo abunda mucho, es presiso confesar que tambien se escribe mucho bueno. En tales circunstancias hace bastante el hombre de talento que logra llamar la atencion pública; para conseguir un nombre en la confusion de tantos nombres, en el prodijioso laberinto de la anarquía literaria reinante, no basta leer ó haber leído, no es suficiente escribir obras y ostentar erudicion, se necesita ser lo que se llama un genio, y por eso nos atreveremos á decir que el Sr. Martinez de la Rosa seria hoy un hombre ignorado ó ridículamente

conocido: seria un Ovilo y Otero, con mas estudio.

Si se nos pregunta, por ejemplo: ¿El Sr. Martinez de la Rosa es literato? diremos que sí, porque realmente el señor Martinez de la Rosa creemos que tiene una instruccion poco comun, que ha leído mucho y que por consiguiente sabe mucho. Es verdad que ya tiene edad para haber leído, y que lo que no sepa á estas fechas no es hora de que lo aprenda; pero prescindiendo de todo esto, creemos y confesamos de buena fé que el Sr. Martinez de la Rosa no es poeta, aunque se lo llamen sus amigos, y aunque él á sí mismo se lo llame, que no es materia imposible.

Esta opinion la sostendremos mas adelante, donde analizaremos detenida y concienzudamente las obras de este señor, cuya reputacion inmerecida es ya tiempo de derribar.

Es preciso no confundir el genio con el talento: el hombre de genio crea; el hombre de talento ayudado del estudio, zurce, compila, amasa por decirlo así las ideas prestadas, merced á un trabajo puramente artístico y hasta mecánico, y llega á hacer las veces de poeta; porque el vulgo tiene una idea muy equivocada de la poesía. Se cree generalmente que es poeta el que hace versos, y son muchos los buenos versificadores que estan muy distantes de merecer el nombre de poetas, al paso que hay eminentes poetas que por casualidad producen un verso bueno. Y al decir esto no se entienda que tenemos por gran versificador al Sr. Martinez de la Rosa, título que con fundamento le negaremos siempre como le negamos el de poeta. El señor Martinez de la Rosa tiene buen oído; puede que estudiando música hubiera llegado á ser un escelente direc-

tor de orquesta. Conocedor de la lengua, tiene buen caudal de voces y de consonantes con que entretiene á los que gustan de la poesía, no por la originalidad ó naturaleza de los pensamientos, sino por el monótono sonsonete de un acompasado martilleo. Pero nada mas, y desde luego nos remitimos á sus obras. Nosotros analizaremos escrupulosamente, aunque esta sea larga y enojosa tarea, las obras de este pretendido vate, mariposa de la poesía, que ha recorrido con incierto vuelo todas las flores sin fijarse en ninguna; de este ingenio tan superficial como universal, que incapaz de brillar en un género de literatura, los ha hollado todos, pensando tal vez dar, como suele decirse, en el ítem de la dificultad; que ha escrito comedias, dramas y tragedias; que ha pasado como un peregrino vergonzante por todos los escalones de la poesía lírica, desde el epígrama á las composiciones eróticas y desde estas á la epopeya; pero que ha pasado como sobre ascuas, ligero como el viento ó quizá por terreno demasiado duro, pues sus delicadas plantas han dejado una huella casi imperceptible. Si el Sr. Martínez de la Rosa no fuera tan peripuesto y almibarado, diríamos que había recorrido tan largo camino con alpargatas.

Por ahora consideraremos al Sr. Martínez de la Rosa como poeta lírico; despues examinaremos sus obras dramáticas, que es donde pensamos detenernos mas, puesto que tanto se prestan á nuestra justa, aunque fuerte é inexorable censura. Vamos, pues, al asunto. ¿Presumirá? Pero esto no hay que preguntarlo, el Sr. Martínez de la Rosa es capaz de presumir cualquier cosa..... ¿presumirán sus partidarios, si es que alguno le queda, que este adalid del parnaso ha culti-

vado algun género de poesía con ventaja? ¿Y dónde? ¿Será por ventura (y no Ventura de la Vega) en la poesía elevada? Saque el Sr. Martinez para convencernos algun poema inédito que tenga en infusion desde el año 12; presente alguna muestra nueva, porque las que hemos visto hasta el dia dan una triste idea de la calidad del paño.—Ahí teneis mis obras impresas, responderá el autor del poema á Zaragoza; y nosotros le contestaremos.—Sí señor, con mucho gusto las aceptamos, porque ellas pondrán de manifiesto su incapacidad de V.; porque ellas son las armas con que vamos á combatirle; porque ellas son el mas solemne mentís á los que confunden los robustos y armoniosos acentos de la lira de los Riojas y los Quintanas, con los ásperos sonos de una destemplada carraca. Tenemos esas obras á la vista; hemos leído y releído el poema á Zaragoza, que es una eterna é insulsa ostentacion de palabrería. ¿Hay algun crítico piadosamente agradecido ó agraciado que diga lo contrario? ¿Hay algun corazon que se inflame á las pálidas llamaradas de su fuego fátauo? Pues ese corazon está ulcerado; porque á no ser asi no podria inflamarse con tan poco cáustico; porque el eco de su patriótica trompa es poco sonoro y mal sostenido; porque su poema está lleno de lugares comunes, de vulgaridades. Porque, en una palabra, su poesía de V. es como el unguento blanco, que ni mata ni sana.

Dirá á esto el Sr. Martinez de la Rosa (como si lo viéramos), pues hombre, si es tan mala mi poesía señalen VV. los defectos. Y nosotros contestaremos: pues esto es lo singular, Sr. Martinez de la Rosa; nosotros no buscamos defectos, y desde luego se los per-

donaríamos si encontráramos bellezas. Nosotros buscamos al poeta, queremos verle, y por desgracia no le encontramos. Ya sabemos que toda obra humana tiene defectos, así como no todas las obras humanas tienen bellezas, y las de V. mucho menos; pero nosotros queremos ver las bellezas, con una sola nos contentamos, aunque sea al lado de un desatino. V. nos contestará: yo no encuentro ideas nuevas, yo no tengo imaginación para crear, yo me contento con parecer lo menos defectuoso posible. Pero nosotros le replicaremos; pues tire V. la pluma, Sr. Martínez de la Rosa, porque para hacer versos y nada más que versos, hay hoy día en España muchos niños de teta que los hacen mejores que los de V.

¿Y qué diremos de los fragmentos de un poema, impresos en el tomo VI del Sr. Martínez, poema que es tal vez el sueño dorado de sus ilusiones poéticas? ¿Aquellos trozos de octavas por mayor que el autor nos presenta como los más escogidos y limados de una obra en que ha invertido toda la vida, y en que piensa invertir la poca que le queda? No encontramos un solo canto, una sola octava que merezca el honor de citarse como muestra de versificación, ya que otra cosa no fuera. Veamos cómo empieza:

«En el soberbio alcazar mahometano.»

Aquí nos daban tentaciones de cerrar el libro y no tributar al Sr. Martínez de la Rosa los honores de la crítica. Cuéntase que tratando de reconciliar á Huerta con Iriarte (á quien odiaba por sus versos prosáicos) le instaron para que asistiera á la lectura del poema de este

último, titulado LA MÚSICA, á lo cual accedió con harto trabajo el buen Huerta. Empezó Iriarte su lectura de este modo:

Las maravillas de aquel arte canto

Y oyendo Huerta este verso, sin atender á razones tomó el sombrero y se marchó. Nosotros creemos que García de la Huerta obró bien; porque ni el verso de Iriarte ni el de Martínez de la Rosa deben estar en un poema, y mucho menos siendo los versos primeros, donde parece que el autor debe procurar esmerarse mas; pero nosotros, sin embargo, menos vivos de genio que García de la Huerta, tendremos la asombrosa paciencia de esperar hasta el verso segundo de Martínez de la Rosa, que dice así:

«Del pérfido Boabdil dejado apenas»

No es posible hacer dos versos peores que los dos que he citado, precisamente los primeros de un poema del cual dice el autor que ha elegido los fragmentos mas escogidos. Continuemos la octava hasta su fin.

Cuando cayó del trono soberano  
 Despeñado á las líbicas arenas,  
 Reposaba el caudillo castellano  
 Dando tregua del mando á las faenas;  
 Y ya batiendo el sueño el alagrave  
 Le rociaba con bálsamo suave.

Este último verso endecasílabo podía sin esfuerzo

pasar por de diez sílabas. Pero queremos pasar por todo; concedamos una amnistia á ese monton de sinalefas que necesitamos estudiar para hacernos la ilusion de que el Sr. Martínez de la Rosa hace versos endecasílabos, ¿puede darse una entonacion menos épica; puede darse mayor debilidad; mayor languidez de lenguaje? ¿Cabe mayor vulgaridad que la que se descubre en toda la octava? Y no es esta octava solamente la que hallamos mala: es todo el poema. Hemos citado la primera octava, no porque es la peor, sino porque es la primera, y porque faltándonos todavía muchos políticos que poner en camisa, nos vemos imposibilitados de copiar mas versos. ¿Los fragmentos de este poema y el poema á Zaragoza, de que hemos hablado antes, son obras por ventura que en estos últimos años dieran nombre á un autor desconocido? Al contrario; son obras que desacreditarian al poeta de mayor reputacion.

No es este el género de poesia en que brilla Martínez de la Rosa, dirán algunos. Pero ¿cuál es? ¿Será tal vez mas feliz en sus inspiraciones belicosas? Leamos su cancion guerrera con motivo del levantamiento de los griegos.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,  
De la patria la voz escuchad;  
Y rompiendo las viles cadenas  
Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,  
De acero el brazo armad;

Independencia ó muerte,

¡ Muerte ;

O muerte ó libertad,

¡ O libertad !

¿ No mirais á esos fieros tiranos

Al nacer vuestros hijos sellar ;

Aherrojar vuestros padres y hermanos,

Vuestro lecho y amor profanar ?

No queremos copiar mas versos guerreros del señor Martinez de la Rosa, porque ellos dan ganas de amar la paz. ¿ Hay algun pensamiento nuevo y guerrero en esta malhadada cancion, por antífrasis llamada guerrera ? Sin embargo, esos pensamientos tan trillados y tan comunes hubieran parecido poéticos con una locucion menos prosáica. El Sr. Martinez de la Rosa no puede usar de otra locucion mas fogosa, mas animada, en una palabra, mas poética ; porque el Sr. Martinez de la Rosa no hace versos por inspiracion, sino por el estudio y el arte ; por donde no los hacen los poetas.

Tampoco es este el género favorito del Sr. Martinez, se nos dirá. ¡ Pero señor ! ¿ quien despeja esta incógnita ? ¿ Serán las anacreónticas ? ¿ Hay quien tenga la paciencia de leer estas composiciones ligeras que en el Sr. Martinez de la Rosa son tan pesadas ? No queremos hablar mal de las composiciones sin dar una muestra para que el público juzgue.

Pronto, zagalas, ea !

La lira, el tirso, el vaso :

Venderé mis cantares,

Si ofreceis dulce pago :

Por un beso una copla;  
Y dos por cada abrazo...

Cualquiera aprecia mas un beso que un abrazo; pero el Sr. Martinez de la Rosa dice lo contrario, no porque lo sienta asi, sino porque le obliga á decirlo la maldita medida y el maldito asonante.

No queremos hostilizar al Sr. Martinez de la Rosa hasta el punto de copiar aqui EL RECUERDO Á LA PATRIA, el soneto á la VICTORIA DE SALAMANCA, ni en fin, cuantas composiciones tenemos á la vista: ellas solas bastan para echar por tierra la reputacion de poeta que equivocadamente ha usufructuado algunos años el Sr. Martinez de la Rosa. Concluiremos, sin embargo, observando que este autor ha dado á luz un *arte poética*, y que el que da preceptos, tiene obligacion de no incurrir en faltas que tan fácilmente se evitan. Por ejemplo, en la composicion titulada *La mansion del amor*, dice:

«El aura semillas lleva»

Un preceptista debe huir de las cacofonías, y por lo tanto debió decir

Semillas el aura lleva.

Hemos visto tambien en los romances algun consonante por asonante, v. gr.

Los grandezuelos descubren  
Mas dañadas intenciones,

Y en vez de inocentes juegos  
Aguzan flechas y arpones.

Y en la comedia titulada LA NIÑA EN CASA.

Dió una noticia importante

Y es que á Cádiz ha llegado

Correo de Veracruz.

—Ya estaba yo con cuidado

Sin noticias de mi padre.

—Pues mi dichoso cuñado, etc!

Nada menos que tres consonantes seguidos hay aquí, y no queremos citar muchos defectos de esta naturaleza que tanto abundan en las obras del Sr. Martínez de la Rosa, porque para nosotros, que no somos clásicos, esto es insignificante. Los criticamos en este autor, porque siendo uno de los *puristas y preceptistas*, debía tener gran cuidado en no cometer tales descuidos artísticos. Pero nos hacemos cargo de que muchas veces incurre el hombre en faltas, que sabe que son faltas, pero que no las puede remediar. ¡Es tan difícil escribir bien!!!!

Hemos probado que el señor Martínez de la Rosa no tiene genio; pero al menos creíamos que tuviera talento, y nos hemos llevado chasco. En una advertencia que pone en su comedia LOS ZELOS INFUNDADOS, dice:

«Hace ya algunos años que compuse esta comedia, no con ánimo entonces de ofrecerla al público, sino por mero pasatiempo y para ejercitarme en el difícil arte del diálogo.....»

Y en el poema de que hemos dado una digna muestra en la octava que copiamos, dice:

«Hace no pocos años emprendí la composición de este poema, que ni concluí entonces, ni es probable lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he determinado á ofrecer al público estos cortos fragmentos, eligiendo para ello los que de mejor grado lo consienten, por presentar, cada uno de por sí, un cuadro completo y distinto.»

Pone otra porcion de advertencias D. Francisco, reducidas todas á probar: 1.º que ha escrito por pasatiempo; 2.º que ha leído y corregido mucho, y 3.º que ha escogido lo mas selecto de sus trabajos para darlos á la prensa. A lo cual nos ocurre hacer las siguientes observaciones: 1.ª que el Sr. Martínez es mas acreedor á la censura que otros poetas, porque el que escribe para comer, escribe solo para salir del día, sin pensar en la fama póstuma; al paso que el que escribe por pasatiempo, como D. Francisco, escribe para hacer su reputacion esclusivamente; 2.ª que el que corrige tanto y solo imprime lo escogido de sus obras, tiene obligacion de presentar modelos, y el Sr. Martínez de la Rosa solo nos ofrece cuadros incompletos y defectuosos, y 3.ª que tales advertencias le comprometen mucho ante la crítica justa; porque el crítico no puede tener tantas consideraciones con el que escribe por gusto y despues lima, corrige y escoje, como con el que dice: «Escribo para vivir, y no tengo tiempo de corregir lo que escribo.»

Por eso decimos que el Sr. Martínez de la Rosa, á quien nadie concederá genio, nos ha dado un petardo á los que le teníamos por hombre de talento.

Hemos probado que el Sr. Martínez no es poeta lirico, y por si nuestros lectores no estan bastante convencidos de esta verdad, que sí lo estarán, continuaremos nuestra tarea, prometiendo no cansarnos de criti-

car los versos malos mientras D. Francisco no se cansa de presumir que ha nacido poeta. No señor, nosotros lo repetiremos una y mil veces: D. Francisco es un poeta no nato; de hoy mas tiene San Ramon un tocayo de apellido. ¿Han visto VV. composiciones mas faltas de cacúmen que las de este buen señor? Leamos alguna mas.

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

*Madrigal.*

Rico el matriz, leve el ala  
como linda mariposa,  
vaga amor de rosa en rosa,  
mostrando viveza y gala.

Mas si una luz mira ciego  
vuela, llega, en torno gira,  
se acerca, tócala, espira  
y consúmese en su fuego.

Al leer el título de *el amor y la mariposa* creimos que el señor D. Francisco se descolgaba con alguna fábula, y nos encontramos con un madrigal; pero ¡qué madrigal! se puede cambiar pelo á pelo por la peor fábula del mundo. Si Cetina levantára la cabeza denunciaba el *madrigal* de D. Francisco en concepto de tonto. Convenimos en que el amor del Sr. Martinez de la Rosa es una escepcion, porque no se parece al de otras personas. Pues ¿y los besos?

Cien veces ciento,  
mil veces mil,

mas besos dame

Laura gentil,

que flores crian

mayo y abril

y arenas llevan

Dauro y Genil.

Mucho demandas,

Poco pedí,

¿bástete un beso?

dámelo, sí;

pero tus labios

clávense en mí

y hasta la muerte

nos halle así!

¡Vaya que estaria de ver la muerte en el acto de echar la guadaña á los dos amantes clavaditos como gallo y gallina!

Una exclamando

¡pobre de mí!

y otro cantando

¡qui quiri qui!

este sonoro

romance en i

vale mas oro

que el Potosí,

tu turu tú

ti tiri tí

cu, curu, cú

qui quiri qui!

No es esto, sin embargo, lo peor: si algo hay me-

nos peor en las obras del Sr. Martinez de la Rosa, es lo que hace en ese género majadero de las flores amorosas y los besos en verso, que son la ocupacion favorita de los aprendices de poeta. Lo malo es cuando D. Francisco se remonta, y no quiero decir que se remonte subiéndose á los cielos, lugar que le está tan vedado como el Parnaso, sino cuando toma una entonacion mas elevada, cuando se separa de esos romancillos en é y en i que marchan por estrañas veredas cayendo y tropezando como hormigas cojas; cuando la echa de filósofo, de genio incomprendible ó no comprendido y hace charadas por composiciones poéticas. Y si no leamos la siguiente:

*El sátiro.*

¡ O tú, mas feble á seductor halago  
que tierno lino al revolar el viento  
cuando mecido en la feraz llanura  
trémulo ondea!

Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,  
su negra boca á tu semblante uniendo  
de rojas moras con fealdad teñida,  
Sátiro inmundo.

No mas te acuerdes de mi amor primero,  
ni el labio mio con su blando bozo  
el pecho halague que punzaron antes  
ásperas cerdas.

Al pie del Sauce, en tu apacible baño,  
yo ví estampada la redonda huella  
del torpe amante, y del brutal retozo  
turbias las aguas.

Anda pues, falsa, y su enastada frente  
 ciñe en él bosque con lasciva hiedra;  
 mientras, oculto con mi fiel zagala,  
 pláeido rio.

Háganme VV. el favor de una luz, poque el Sr. Martinez de la Rosa nos ha dejado á oscuras y no podemos ver lo que ha dicho. ¿Estos son versos ó logogrifos? ¿Son poesías ó charadas? ¿Son conceptos ó nudos gordianos? Nada de esto: la composicion del señor Martinez es lo que se llama nada entre dos platos.

¡Qué prurito de amontonar palabras huecas y vacías de sentido! ¡Qué afan de inflamar la lengua no pudiendo inflamar el pecho con los pensamientos de un alma inspirada, con los vuelos de una rica fantasía ó con las tiernas melodías de un corazon sensible! ¿Qué tienen que echar á Góngora en cara los adula-dores de Martinez de la Rosa, despues de leer algunos versos de este coplero, donde hasta la novedad carece de atractivo? ¿Persistirán en hacernos creer que Góngora y Quevedo eran malos poetas, porque en sus delirios saltaban la valla de lo justo para encumbrarse á una altura gigantesca, para colocarse al nivel de su genio sobrehumano? El mismo Martinez de la Rosa condena inexorablemente á tan ilustres poetas algunas veces instigado por la roedora envidia. Si Góngora y Quevedo tienen sus defectos, que nosotros no lo negaremos, son defectos que harian honor á Martinez de la Rosa, porque son los delirios del genio privilegiado: son defectos hijos de un temple de alma, de una cabeza y de una imaginacion superiores á los demas, y el que delira porque quiere, es á todas luces mas

digno de respeto que el que por casualidad acierta. Sobraba á Góngora la imaginacion que falta á Martínez de la Rosa, y de una capa larga se puede cortar lo que se quiera, asi como no se puede alargar con remiendos una capa corta sin que dejen de notarse las costuras. Sostener que Martínez de la Rosa es poeta, porque entre infinitas cosas malas haya dejado escapar como por milagro una belleza, es suponer que una mujer es bella solo por tener buenos ojos. Probar que Quevedo y Góngora son malos poetas porque tienen algunos defectos, es afirmar que el sol es feo porque tiene algunas manchas. Tan temerario es el empeño de señalar las manchas del sol, como prendarse de una fea con buenos ojos.

Hemos dejado correr un poco la pluma, sino por lo que merece el poeta lírico, por lo que exige la reputacion; porque la reputacion existe y es grande, lo confesamos, y por lo mismo que la reputacion es colosal; por lo mismo que la reputacion está en razon inversa del mérito del poeta; por lo mismo que nos duele ver un hombre tan pequeño, literariamente hablando, cargado con una reputacion tan inmensa, hemos declarado guerra franca y abierta á esa reputacion desmedida, que tanto debe pesar al Sr. Martínez de la Rosa como al tonto gigante de la novela el nombre Han de Islandia. Descargar al Sr. Martínez de la Rosa de un peso que le fatiga es hacer una obra de caridad, y nosotros somos misericordiosos, porque somos justos con nuestros amigos y con nuestros enemigos.

Sentado como queda que el Sr. Martínez no tiene nada de poeta lírico, y no diremos que no sueña en ser poeta, porque tal vez, y sin tal vez, no sueña

en otra cosa, vamos á probar que tampoco es poeta dramático, para concluir que D. Francisco en la poesía es  $0 \times 0 = 0$ , cálculos que tanta gracia le hacen al señor Hartzenbusch. Analizaremos LA VIUDA DE PADILLA; pero no, no la analizaremos, porque es materia inanalizable.

Si hay alguna cosa en el mundo á que poder aplicar oportunamente aquello de que no es sal, agua ni pescado, es la *viuda de Padilla*, tragedia bautizada con este nombre por su papá, que conforme la llamó tragedia la pudo llamar leyenda, sainete, romance dramático, novela en diálogo ó copla de Calainos. Ni la dignidad de los personajes, ni el rumbo de la accion, ni la entonacion del verso autorizan al Sr. Martinez de la Rosa para llamar tragedia á su sainete serio, que tambien puede ser sainete jocoso si los cómicos quieren. Pero ya sabemos el fundamento del Sr. Martinez para llamar tragedia á su viuda: sin duda se acordó al escribirla del famoso sainete burlesco titulado *La tragedia del Manolo*, y dijo para sí: hagamos una segunda parte del Manolo sin consideracion á la memoria del ilustre Padilla y su buena viuda. Efectivamente, cuando leemos en la viuda de Padilla:

¿De una muger ilusa y delirante  
La momentánea cólera te arredra?

—¿He de sufrir su enojo?

—Pues perezca.

Se nos figura estar oyendo aquellos otros versos:

—Que mi honor vale mas de cien ducados.

—Ya te contentarás con dos pesetas.

En pocas palabras: la tragedia de D. Francisco no merece exámen, porque es una de las obras mas descabelladas de su raquítico numen; porque á la falta de conciencia y de verdad histórica reúne una inconexion, un destartalamiento que no dá lugar á interesarse por nadie. La *viuda de Padilla*, en vez de ser una heroina, se presenta como una loca ó como una rabanera: el padre de Padilla es un necio: Mendoza un mentecato sin opinion ni valor, y hay un conjunto tal de monstruosidades políticas, que en medio de que el objeto del Sr. Martinez parece que ha sido el de contentar á todos los partidos, ha tenido el talento diplomático de desagradar á todos. La *viuda de Padilla* no merece mas.

Nosotros que tantos errores combatimos en el señor Martinez de la Rosa, tal vez seremos acusados tambien de cometer errores. No lo dudamos: por de pronto confesamos que hemos cometido un error craso de que nos arrepentimos, y este error consiste precisamente en haber considerado como poeta al Sr. Martinez de la Rosa. Porque el Sr. Martinez de la Rosa, lo repetimos, no es poeta ni lo ha sido nunca, y probablemente no lo será jamás sino vuelve á nacer, cosa tan difícil como hallar un rasgo de poesía en sus obras.

Todas las lenguas son pobres, puesto que todas las lenguas espresan con unas mismas palabras cosas que en nada se parecen. En España, por ejemplo, llamamos poetas á todos los que hacen versos sin otra razon. ¿Por qué ademas de la palabra *poeta* no debia haber otra para nombrar á los que escriben en verso, pero sin dotes, sin inspiracion, sin talento de poeta? Para esto tenemos sobra de adjetivos, como

ramplon, coplero, huero, etc.; pero ¿qué hacemos con esto? calificar de mala una cualidad que no existe y que por lo mismo no habia necesidad de calificar.

El Sr. Martinez de la Rosa podemos decir que es un poeta coplero, un poeta chirle, un poeta ramplon; pero nada de esto basta á nuestra imparcialidad, porque calificándole asi le llamamos en pocas palabras *mal poeta*, y nosotros no queremos llamarle poeta bueno ni malo, porque ni bueno ni malo le encontramos poeta.

¿Cuál es la obra maestra del Sr. Martinez de la Rosa?—*La Conjuracion de Venecia*.—Hé aqui la obra dramática en que algunos suponen bien fundada la reputacion de autor tan celebérrimo, y esta es en nuestro concepto de las obras de menos importancia si atendemos á la facilidad de producir ciertos efectos.

El pueblo español acababa de salir de un sueño penoso; habia sacudido una tiranía insoportable de diez años, que quisiéramos borrar de la historia de España. La inquisicion, ese padron de ignominia que soportaron nuestros imbéciles antecesores, y que solo la ignorancia pudo sufrir y conservar tanto tiempo, se habia sepultado para no levantarse mas. Habia entusiasmado por las ideas nuevas, porque ellas ofrecian mas garantías á los ciudadanos, y sobre todo, porque ellas proscribian el vergonzoso yugo y el degradante monopolio de una cuadrilla de frailes prostituidos: las pasiones estaban agitadas, los ánimos irritados, los corazones abrasados de patrio ardor, ¿qué se necesitaba hacer, conociendo estos elementos, para producir buen efecto en las tablas? Nada mas sencillo, hablar mal de los tiranos, ridiculizar y maldecir la inqui-

sicion como hicieron los poetastros Gil y Zárate y Martínez de la Rosa; el primero en su *Cárlos II*, y el segundo en la *Conjuracion*, con lo cual sin grande esfuerzo consiguieron aplausos y se hicieron visibles en la galería dramática. Pero despojando á la obra del Sr. Martínez de todo su aparato y de los pensamientos liberales que tanto halagan al pueblo, ¿podrá prometer un éxito mediano? Una albarda ofrecemos de premio al que tenga la paciencia de no dormirse durante la representacion.

Otra de las obras que se celebran en el Sr. D. Francisco es el famoso *Edipo*, esa imitacion de tantas imitaciones, ese plagio de tantos plagios, que se puede llamar traduccion, aunque no se pueden enumerar los idiomas de que está traducido, y cuya tragedia no tiene otro mérito que el de estar en verso, si bien puede decirse que esta es su mayor falta, por ser los versos del Sr. Martínez tan malos, que no caben peores; siendo los peores de sus peores versos los que tuvo la desgracia de poner en el *Edipo*.

Ya le causaba alguna vergüenza al Sr. Martínez de la Rosa el decir que el *Edipo* fuera todo suyo, y nos dice que ha leído el *Edipo* de Sófocles, el de Voltaire y otros muchos, para darnos á entender que ha tenido modelos presentes al hacer su obra, que está muy lejos de ser modelo; pero si en España dos docenas de personas conocen la intencion del autor, hay infinidad que, lejos de creerlo así, juzgan al Sr. Martínez de la Rosa superior á Voltaire y á Sófocles, fundándose tal vez en que el Sr. D. Francisco critica á los muertos, y los muertos no salen de las tumbas para criticar á D. Francisco. Por lo demas, si se quiere

una muestra de los versos de esta obra de un preceptista, citaremos aquellos que dicen:

¿De cuándo á acá los dioses inmortales  
amparar la inocencia han defendido?

El verso primero dista mucho de la gravedad trágica, porque hay modismos que estan bien en la conversacion familiar, y pueden figurar en los sainetes y aun en las comedias, pero de ningun modo en la tragedia. Ese «de cuándo á acá» es una frase poco grave, que si se nos apura un poco solo cuadra bien en boca de un baratero; pero aun es peor el otro verso. La palabra «defendido» es un galicismo atroz que no sabemos cómo ha podido escapársele al Sr. Martinez de la Rosa, suponiéndose tan conocedor de la lengua castellana. ¿La escribiria porque no tenia otra equivalente que poder usar por la maldita traba del asonante? Pues qué ¿no tenia el «prohibido» y otros mil que sustituir para llenar el verso? A todo esto contestará D. Francisco, que en este caso no seria el verso tan bueno; y nosotros le replicaremos que el verso de ningun modo mereceria llamar la atencion, pero que en el caso de hacer malos versos ó hablar en frances á los castellanos, nosotros estamos por hablar á los castellanos en su idioma para que lo entiendan.

¿Y qué se podrá decir de la comedia en dos actos, *Lo que puede un empleo*? Esta obra del Sr. Martinez de la Rosa es de las menos malas que tiene, porque es de las menos pálidas y descoloridas. Es verdad que de ella se puede decir mucho malo; pero al cabo se puede decir mucho, lo que no sucede con la mayor

parte de sus obras, que ni aun hay por donde cogerlas, porque ni tienen color ni sabor. ¡*Lo que puede un empleo!* es una obra democrática; palabras hay en ella que no nos atrevemos á copiar porque de seguro serian denunciadas en el dia en concepto de anárquicas. Pero ¿es verosimil el D. Meliton que tan torpemente ha pintado el Sr. Martinez de la Rosa? Nosotros no nos admiramos de la apostasía de D. Meliton, que de todo prescinde menos de llenar la panza, porque acostumbrados estamos á ver muchos Melitones que hacen lo mismo. Lo que nos parece ridículo y tonto es el modo violento de abjurar un hombre tan terco sus antiguas ideas por un destino; las groserías que se permite menospreciando á sus mas queridos amigos, y la necesidad de creer una noticia tan inesperada como inconcebible, y que ni siquiera viene autorizada por el sello del correo, porque tanta estupidez supone en los que la leen y creen lo que dice, como en los que la fraguaron creyendo que pudiera surtir efecto.

En fin, no hablaremos mas de las obras del señor Martinez de la Rosa, porque ya hemos dicho que no merece tanto honor; vamos á decir algunas palabras para concluir esta impertinente materia.

Una cosa importante debemos observar y es, que acaso el Sr. Martinez de la Rosa debe en gran parte su reputacion de político á la circunstancia de ser escritor, y la fama de escritor á la cualidad de ministro. Porque ya hemos dicho que el Sr. Martinez de la Rosa se hizo un nombre literario cuando por haber pocos escritores bastaba una décima para conquistar laureles; pero una vez conquistados era muy fácil unir la reputacion de político á la de escritor, para los que

creían que un escritor era un hombre de conocimientos universales. Después subió al poder el Sr. Martínez de la Rosa, y su nombre literario se conservó á la altura del nombre político, que de otro modo nadie hablaría hoy de los escritos de este señor, como nadie habla ya de los extravagantes sonetos de Rabadan.

Se ha citado también al Sr. Martínez de la Rosa como poeta en sus discursos; nosotros no hemos encontrado jamás esa poesía, como no sea en algunas comparaciones y dichos sentenciosos, pero falsos, que ni siquiera tienen el mérito de la originalidad.

Nuestros lectores recordarán que cuando se presentó el Pretendiente en las provincias dijo el Sr. Martínez de la Rosa, que en último resultado la entrada de D. Carlos en España no era otra cosa que *Un faccioso mas*. Este pensamiento falso, que por siete años desmintió al que lo pronunció con énfasis en el seno de la representación nacional, ha valido al Sr. Martínez la nota de poeta, sino por la verdad por la agudeza del dicho; pero nosotros recordamos haber leído que al entrar en Francia con las avanzadas del ejército ruso en 1814 el conde de Artois (después Carlos X), dijo á la primera municipalidad que se presentó: «*Señores: nada hay de nuevo, nada ha variado, todo esto es para la Francia UN FRANCÉS MAS.*» No es esta la única vez que el Sr. D. Francisco engalanó sus producciones con los *bons-mots* ajenos, dándoles como procedentes de su estéril ingenio. Presiso es tener poquísimos amor propio para envidiarle los laureles tan ridículamente adquiridos.

Hemos acabado con el orador y con el poeta; vamos ahora á ver por donde le tomamos hasta acabar con

el hombre; pero esto nos lo debe indicar el soneto que sirve de patron para el vestido que vamos cortando al Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa. Dicen los dos versos siguientes:

Con doctrina falaz aspira en vano  
al nombre de político eminente.

Verdades de Perogrullo: cualquiera dirá que el señor Martinez esta reasumido en el soneto del Sr. Príncipe, y yo añadido que estos dos versos son el resumen del soneto.

¡Con doctrina falaz! ¿Hay doctrina mas falaz que no tener ninguna? Pues el Sr. Martinez de la Rosa no tiene ninguna doctrina, sino se entiende por doctrina el aspirar al nombre de político eminente, lo cual es un absurdo, porque maldito si dá palotada en política, y en cuanto á lo de eminente es posible que no alcance la *eminencia* hasta que le hagan *cardenal*, que no es difícil. ¿Pero es cierto que la política del Sr. Martinez es falaz?—Eso está fuera de duda.—¿Luego, la política del Sr. Martinez es engañosa?—Demasiado lo sabe el Sr. Martinez.—¿Pues por qué demonio no se corrije?—Porque el Sr. Martinez es incorregible.—¿Incorregible?—Sí por cierto; incorregible es el hombre que no se puede corregir, y por eso el hombre que no se puede corregir se dice que es incorregible.—¿En qué estriba esa dificultad respecto al señor Martinez?—En una cosa muy grande y muy pequeña, en la vanidad, que es la exageracion del amor propio. Si el Sr. Martinez de la Rosa no tuviera tanta vanidad, no se hubiera separado nunca de las doctrinas

que profesó en sus primeros años. Entonces era liberal y español, abrazó con entusiasmo la Constitución de 1812, que para el tiempo en que se hizo no dejó de ser una obra bastante democrática, aunque en el día no seríamos nosotros los que admitiésemos algunos de sus artículos por demasiado serviles. Aquella Constitución es sin embargo la mas liberal que han confeccionado nuestros políticos, y el Sr. Martinez, que aceptó en todas sus partes el código de Cádiz, elaborado por hombres á quienes tenia en mucho, no tardó en arrepentirse de haber acogido con benevolencia la obra de unos artífices á quienes al cabo de algun tiempo llegó á tener en poco. ¡Flaquezas de la humanidad del Sr. Martinez!

Todo el mundo sabe que este pobre hombre es el autor del *Estatuto Real*, parto raquíctico de un cerebro enfermo. Esta obra miserable, que al mismo Sr. Martinez le parecería descabellada si no fuera suya, le pareció asombrosa y digna de pasar á la posteridad. Hay quien dice que el *Estatuto*, aunque malo, no es del señor Martinez: nosotros no entraremos de lleno en esta cuestion que importa demasiado poco. Sabemos muy bien que entre las muchas faltas de que adolece el político-literato, no es la menor la de plagiario; pero á pesar de esto creemos escusado indagar si efectivamente es ó no el autor de dicha obra, y aun nos inclinamos á creer que sea toda suya, toda original, siquiera porque nada bueno encontramos en ella. ¿Y quién sino el Sr. Martinez podrá haber concebido cosa igual al *Estatuto*? Quede, pues, sentado que el Sr. Martinez es el legítimo y único autor, y que á nadie debe nada en este particular, porque aunque se echára uno á rodar por esos mundos con una linterna como Diógenes, no se hallaría un hom-

bre capaz de producir conceptos tan pobres. Dignos son estos conceptos solamente del Sr. Martínez; nadie debe disputarle la palma ni envidiarle la gloria. Pero sea como quiera, el autor del *Estatuto* está satisfecho de su obra, y tan satisfecho que no ha renunciado á ella por un momento, y que ha sido menester que hasta sus discípulos se le suban á las barbas para quitarle la monomanía estatutera que padece, y en virtud de la cual ha tratado de restablecer en parte su mal método de gobierno.

Y es claro, ¿qué le importa al Sr. Martínez que su obra fuese tan mal recibida y que le haya valido tantos murmullos y silbidos en la escena pública? Al fin y al cabo es su obra, y cualesquiera que sean los defectos de que adolezca y aunque no pudiera producir mas que guerras, enconos, miserias y despotismo, si al fin prevaleciera se diría por toda Europa que en España regia una ley fundamental que, como dicen los lugareños, habia salido de la cabeza del Sr. Martínez de la Rosa. Si la obra no merecia las simpatías del pueblo, tendria el acatamiento aparente de los subordinados, y cuando el Sr. Martínez desde su gabinete tendiera la vista al panorama de la nacion cual otro Newton en el observatorio astronómico, veria con placer el giro de todas las ruedas que constituian su máquina gubernamental, diciendo para sí: «La reina obra de este modo, porque yo se lo he prescrito; los ministros hacen esto ó lo de mas allá, porque yo se lo he prescrito tambien. Si se reúnen las cámaras, si se votan leyes orgánicas, si hay insurrecciones militares, si se aumentan los presupuestos, si se subleva media España y dá por resultado el mandar la mitad de los españoles á presidio y los res-

tantes al cadalso, todo esto es consecuencia natural de mis prescripciones. Asi, pues, el conspirador, el legislador, el contribuyente, el ministro, el general, la reina y la nacion, todo cuanto veo y mucho que no alcanzo á ver, tiene su movimiento especial, al que yo solo he dado el impulso con esta levita raída y este sombrero grasiento, y desde el fondo de este pequeño gabinete, por cuya posesion daria un inglés curioso cien millones de libras esterlinas.»

¡Ah! ¡qué ambicion tan rica! y al mismo tiempo ¡qué ambicion tan pobre! Cualquier otro hombre que el Sr. Martinez querria dar leyes buenas; pero el Sr. Martinez tiene bastante con dar leyes suyas. A otro le seria indiferente parecer autor de la felicidad de su patria con tal de que su patria fuera feliz; al Sr. Martinez le es indiferente que su patria sea ó no infeliz con tal de llevarse la palma de autor. En fin, al Sr. Martinez de la Rosa no le importaria que se observára fielmente el *Estatuto* ó que no se observára en nada, con tal de que se digera que regia; porque el Sr. Martinez no aspira á satisfacer las necesidades del pais, sino las suyas propias, y sabe muy bien que si pudiera perpetuar un código suyo, esclusivamente suyo, podria conquistar en el concepto de muchas personas el nombre de político eminente, al cual hasta hoy

*Con doctrina falaz aspira en vano.*

¿Qué tal Martinez de la Rosa? ¿Te entendemos? Es necesario ser muy topo para no entenderte, y sin embargo, apostaríamos cualquier cosa á que nos tienes ira porque te desenmascaramos, dando lugar á que te

entiendan todos los que hasta el reparto de esta entrega no habian logrado entenderte.

*Otro tiempo demócrata ferviente.*

Esto es verdad: demócrata fué el Sr. Martinez el año de 1812, y sino véanse sus discursos, sus poemas, sus obras dramáticas; aquella *viuda de Padilla* y aquel *¡Lo que puede un empleo!* Todas estas obras son propias de un demócrata y demócrata ardiente. Entonces el Sr. Martinez era liberal y patriota: no sabemos si fué liberal antes que patriota ó patriota antes que liberal; pero lo que se puede asegurar es que nadie hubiera esperado verle por un lado convertido en instrumento de los opresores contra los derechos del pueblo, ni en servidor humilde de la Francia contra nuestra independendencia nacional.

Ya hemos dicho que el Sr. Martinez fué demócrata no solo ferviente sino ardiente y caliente como se deja ver en sus producciones, aunque esto no hace regla, porque algunas comedias ha escrito despues de hacerse servil, en las cuales respira los mismos sentimientos de libertad y españolismo que alimentó su pecho *in illo tempore*. Esto parece que no debiera tener esplicacion, y sin embargo se explica muy bien. No es solo el Sr. Martinez de la Rosa el que halaga y hasta adula al pueblo en el teatro al mismo tiempo que le cañonea en las calles: son todos los poetas esclavos, lo mismo que el Sr. Martinez, los que siguen esta táctica, que si no hace honor á su moralidad, hace poderoso su bolsillo y satisface su vanidad por el aliciente de los aplausos. Sabido es que el pueblo jamas

recibe bien los acentos de opresion, y como para salvar á un drama del naufragio en su representacion la primera necesidad consiste en evitar los silbidos, debe tener todo dramaturgo buen cuidado en evitar los inconvenientes. Lo que yo no concibo es cómo un hombre de honor puede hacer tan duro sacrificio, cual es nada menos el hablar contra las inspiraciones de su conciencia, y sobre todo cómo á la vista de las exigencias del pueblo persiste en la senda de servidumbre que le separa de la virtud. Si yo hubiese sido servil, creo que hubiera modificado mis ideas en sentido liberal á la vista de la opinion pública justamente reconocida y con tanta frecuencia manifestada; pero si la firmeza de carácter, si la conviccion profunda de mis doctrinas me aconsejaban la constancia, la persistencia que da esa fé que tanto se parece al fanatismo, no me hubiera rebajado jamas, no hubiera cometido la infamia de sacrificar mis convicciones al oro y á la popularidad. Siendo absolutista, cantaria con franqueza el absolutismo arrostrando todos los peligros, asi como siendo republicano jamas he templado ni templaré mi lira como no sea para cantar la escelencia, la virtud, el porvenir y las glorias de la democracia pura. Esto es lo que la dignidad y hasta la moral exige de los hombres, y no prostituirse á miserables consideraciones de positivismo. Yo sé muy bien que el ser liberal es tan contrario á mi fortuna como halagüeño á mi corazon, y que mi situacion cambiaria de un modo sorprendente con solo improvisar un soneto á cualquier tiranuelo de la tierra. Escritores bien adocenados conozco que han medrado fácilmente en alas de la adulacion. ¡Y han medrado! ¡Y se han enriquecido! ¡No! no hay

cosa mas pobre que las cadenas aunque sean de oro; no hay tesoro mayor que la independenciam en medio de la escasez de recursos. ¡Pobres hombres los que al conseguir el derecho de usar un traje engalanado con bordados de oropel, contraen la obligacion de ir á besar la mano de su señor cada vez que se lo ponen! Es muy hermoso en ocasiones besar una blanca mano; pero es muy triste para el hombre de honor tener que besarla violentado por la ley! Sigam su rumbo los que para vivir de ilusiones necesitan entrar en un mundo sin ilusiones. Yo no tengo el derecho ni el poder de contrariar sus deseos; pero al menos, ya que son enemigos del pueblo, que no adulen al pueblo en sus comedias.

Me contestarán, como si lo viera, que si los demócratas tenemos por adulacion al pueblo las frases que los aristócratas emplean para lisongearle, ¿por qué razon nosotros le tributamos tambien esas lisonjas que pueden confundirse con las adulaciones? Distingamos. Los aristócratas creen que el pueblo es digno de la esclavitud, y le adulan con acenos de libertad: luego los aristócratas no dicen lo que sienten, y la adulacion consiste en esto precisamente, en tributar elogios á quien no los merece. Nosotros decimos que el pueblo es soberano, porque creemos que lo es y debe serlo; decimos que es justo, que es santo, que es digno de la libertad, porque asi nos lo dicta nuestra conciencia; por consiguiente no faltamos á la verdad, no adulamos sino que hacemos justicia. Nunca se ha tenido por adulacion el lisonjear á una buena moza, al paso que el que echa pipos á una fea jamás se ha librado de la nota de adulator. El pueblo, que es tan feo para los moderados, es muy hermoso para nosotros: he aqui la diferencia.

Don Francisco Martinez ha halagado en sus comedias los instintos liberales del pueblo, así cuando este escritor era liberal como cuando dejó de serlo: no es pues el recurrir á sus inspiraciones poéticas el medio de acreditar que fué en efecto en otro tiempo *demócrata ferviente*. El liberalismo antiguo del Sr. Martinez se prueba en todos los actos de aquel tiempo: como catedrático de moral esplicaba las reformas con todo el fuego de su entusiasmo juvenil; como escritor popular escitaba á sus conciudadanos á la pelea contra los sectarios del despotismo; como amigo de Argüelles y de todos los que en 1812 proclamaban los santos derechos populares, luchaba y forcejeaba por pulverizar las doctrinas de los Inguanzo, Cañedo, Gutierrez de la Huerta y otros pertenecientes á la comunión *servil*.

Cayó el sistema constitucional y empezó una era de desgracia para los liberales. El Sr. Martinez de la Rosa fué preso una noche y sumido en un calabozo subterráneo, en el cual permaneció siete meses, hasta que con dolidos de su suerte sus mismos perseguidores le conduxeron á otra carcel menos penosa, en la cual estuvo encerrado dos años. Protestó el ex-diputado granadino contra semejante tropelía, y á falta de medios legales para castigar su antiguo liberalismo, acudió el rey Fernando (1) al recurso de mandarle al Peñon de la Gómera, donde segun noticias fué tratado con mas miramiento del que podia esperar un presidiario, aunque con las atenciones que eran debidas á la desgracia y á la naturaleza del delito.

(1) Q. E. P. D.

Cualquiera creerá que el Sr. Martinez de la Rosa debia aborrecer la tiranía á medida que probaba sus rigores; pero todo al contrario. La continuidad del trato hace á veces que no parezcan desgraciadas ciertas fisonomías que inspiran repugnancia por primera vez, y presidiario hay que ama sus cadenas á fuerza de conaturalizarse con ellas. Por otra parte, Martinez de la Rosa es hombre de muy débil espíritu para que pudiera adoptar otro rumbo; quizá llegó á creer merecido un castigo dictado por el solo capricho de un tirano, y asi como la adversidad es un motivo mas de insistencia en los corazones de buen temple, asi nuestro almirado vate empezó á entibiar sus opiniones á la vista de las desgracias que le habia ocasionado su ardimiento liberal.

¿Y quién sabe si empezó á amar el despotismo por la esperanza de llegar á ser algo, y poder algun dia emplear en agravio de la humanidad los medios de opresion que sus tiranos habian empleado contra su inofensiva persona? Todo pudo ser; pero de cualquier modo, el hecho es que no tuvo toda la grandeza de alma para soportar el castigo, ni la virtud que era de esperar del acendrado patriotismo que ostentó algun dia para arros-trar dignamente la persecucion de los tiranos, y salió del Peñon arrepentido de haber amado la libertad que tantos sinsabores le habia ocasionado. Hizo muy bien. Esta pobreza de espíritu manifiesta que el Sr. Martinez no podia ser útil á ningun partido, y los liberales no necesitamos gente apocada que vuelvan la espalda al riesgo, asi como tampoco apetecemos en nuestro seno á esos otros entes ambiciosos, esos Gonzalez Brabos, que giran como las veletas al soplo del turrón. Lo cierto es

que el popular, el patriota, el demócrata diputado de Cádiz

*fué despues aristócrata liviano.*

El inmortal Riego dió el grito de libertad.

Fernando VII renunció generosamente á sus derechos de rey absolutista, como D. Simplicio á la mano de Leonor, es decir, por no haber otro remedio. El buen Fernando confesó que habia sido engañado, que no habia cosa mas santa y mas hermosa que la libertad aun para los mismos reyes, y no decia mal, porque nada gusta mas á los reyes que la libertad..... de hacer lo que les dé la gana. Volvieron las cosas al ser y estado de 1814, y los malos se convirtieron en buenos y los leales en traidores. ¡Mágica virtud de la maquinaria política! El Sr. Martínez se alegró mucho de esta mutacion; pero no se alegraba como los demas por lo que tenia relacion con el bien del pueblo sino por salir del Peñon, en el cual hubiera tenido que pasar todavía seis años. Salió del presidio y se dirigió á Granada, donde le recibieron con muestras inequívocas de aprecio, y aun hubo majaderos que se entusiasmaron creyendo que su paisano volvía de presidio tan liberal ó mas de lo que era antes de entrar en él.

Por otra parte el Sr. Martínez no dijo esta boca es mia, respecto á su pensamiento, y los buenos liberales granadinos se apresuraron á elejirle diputado, en la inteligencia de que el mismo Riego seria cangrejo al lado de su representante.

Si el Sr. Martínez fué ó no desleal á la causa de la libertad, los acontecimientos vinieron á demostrarlo. Mucha confianza debió inspirar al absolutismo, cuando

Fernando VII le nombró su primer ministro, es decir, su secretario del despacho de Estado con la presidencia del consejo, y el Sr. Martínez hizo lo que pudo, se supone para corresponder á la confianza del que siendo rey constitucional por la voluntad de Riego y de la Nación, quería ser déspota por su soberano capricho.

El papel que jugó Martínez como ministro durante los acontecimientos, y antes y despues del memorable 7 de julio, hubiera tenido consecuencias desastrosas para él en un país donde los revolucionarios no fuesen unos cacos. El Sr. Martínez lo sabia todo; sabia que se conspiraba, que Fernando VII era el primer conspirador, que amenazaba el golpe; pero nada: algunos suponen que su impericia no le consintió apelar á los infinitos recursos de que podia disponer para salvar la libertad. ¡Disparate! Los que tal pensaron, pudieron convencerse un año despues de que no era todo ignorancia, y aun en los dias de agitacion que sucedieron á la tentativa de los Guardias, se vió claramente que el Sr. Martínez siguió tratando con escesiva longanimidad al monarca, y hacia recaer todos los desastres sobre el intolerable espíritu revolucionario de los liberales. Francamente, no acertamos á comprender, los que no hemos alcanzado aquella época, cómo pudiera haber hombres tan visionarios que se asustáran del espíritu revolucionario de un pueblo que el dia 8 habia ya olvidado los agravios del 7, que habia perdonado á sus enemigos, que miraba tranquilos desempeñando sus respectivos papeles á un ministro como Martínez de la Rosa y á un rey como Fernando VII.

¡Oh! ¡El Sr. Martínez progresaba!

Lo cierto es que Angulema invadió la nacion con

cien mil franceses , y en tal situacion todos los hombres comprometidos por la causa constitucional pusieron piés en polvorosa hácia Sevilla y Cádiz , todos menos Martinez de la Rosa , que no habiendo hecho defeccion hubiera sido el que mas tuviera que temer, puesto que al delito de figurar como liberal del 20 al 23 añadia la pena de seis años de presidio que le faltaban cumplir en el Peñon de la Gomera.

¿ Y qué hizo el Sr. Martinez ? Fingirse enfermo y quedarse en Madrid tan tranquilo, esperando á los cien mil nietos de S. Luis, que al grito de *¡ vive le Roy!* venian levantando horcas para los liberales. ¿ Qué seguridad tenia el Sr. Martinez de la Rosa para aguardar con tanta frescura el peligro ? ¿ Ó es que la enfermedad no le permitia emprender el viage ? ¡ Conversacion ! Si el Sr. Martinez no hubiera ya hecho méritos mas que suficientes para ser respetado por los realistas y por los franceses , habria tomado el trote no digo yo teniendo un ligero resfriado, sino aunque estuviera con la uncion , porque entre una muerte cierta que era de esperar de los serviles, y una muerte incierta ó problemática que pudiera temerse en caso de grave enfermedad , la eleccion no era dudosa.

¿ Qué tendria , pues , el Sr. Martinez para esperar en la cama á los franceses y á los facciosos ? ¿ tendria el tifus ó el cólera ? ¿ Estaria atacado de la fiebre amarilla ó de un dolor de muelas ? Apostaríamos cualquier cosa á que D. Francisquito , el amadado, padecia histérico ó jaqueca, que son males de mugeres.

Sin embargo , el nuevo gobierno absoluto fué severo con el Sr. Martinez, y tan severo que le... ¿ á que no saben VV. qué le hizo ? le dió el castigo mas

espantoso que se puede imaginar, y allí se vió que Riego era el verdadero amigo de Fernando VII y Martinez de la Rosa el gran revolucionario, pues á Martinez de la Rosa le mandaron á paseo, en tanto que á Riego se contentaban con ahorcarle despues de haberle arrastrado; es decir, que al primero le desterraron y al segundo le dieron tierra.

Y no paró aquí el encono de los serviles. No contentos con mandar al Sr. Martinez desterrado á Granada, que ya ven VV. que debe ser cosa muy horrible desterrarle á un hombre á su patria, tuvieron la infame precaucion de enviarle al extranjero, todo con la perversa intencion de libertarle de las iras populares, y para ello le pusieron un pasaporte en la mano que decia: *para el extranjero á restablecer su salud*. La infamia de los serviles era conocida; ellos nunca perdonan al que es liberal en el mero hecho de ser liberal: algo mas que esto habia hecho el Sr. Martinez para provocar las iras del nuevo gobierno, que tiránico y vengativo con el ex-ministro de Estado, no se contentó con salvarle la vida en España, sino que se empeñó en restablecer fuera su salud. ¡Pobre Martinez de la Rosa! ¡No sabemos cómo pudiste sobrellevar una persecucion tan encarnizada!

Durante los diez años de despotismo, ignoramos qué es lo que D. Francisco hacia en el extranjero; pero es de presumir que pasase la vida literateando, y aunque el señor Martinez no ha nacido para poeta, y nunca hará cosa de provecho en las bellas letras, juzgamos que á ninguna cosa podia aplicarse con mas ventaja para el pais que á la profesion de escritor, pues si no producia grandes bienes tampoco ocasionaria grandes males. Muy malas

comedias hace ; pero con gusto le aplaudiríamos en el teatro por no vernos en la dura necesidad de silbarle en el ministerio.

«Ojos claros , serenos ;  
ya que así me mirais, miradme al menos.»

Martinez de la Rosa ,  
malas comedias das en verso y prosa.  
No es inútil tu empeño  
si te propones escitar el sueño ;  
que aunque te cause enojo  
eres lánguido y flojo , sí , muy flojo ;  
mas si tocar pretendes el registro  
de castigarnos mas siendo ministro,  
te juro como dos y dos son cuatro  
que prefiero aplaudirte en el teatro ;  
y así , caro Martinez de la Rosa ,  
aunque si escribes versos ó haces prosa  
cuando al teatro asedias  
malas comedias dás..... danos comedias.

Vamos á la tercera época del Sr. Martinez.

Murió Fernando VII. Dios le haya perdonado y allá nos espere muchos años. Los absolutistas proclamaron á D. Cárlos y los liberales á Isabel II, representante esta de los principios populares y aquel del despotismo. El pueblo que empezaba á respirar quiso que se le devolviera lo que le habian usurpado ; pero no era el ministro Cea Bermudez el mas á propósito para verificar el cambio político que se apetecia , y como no podia dejarse burlado al pueblo , y era preciso transijir caso de

no satisfacer sus justas exigencias, fué necesario ape-  
 jar á una engañifa llamando á D. Francisco Martínez  
 de la Rosa, que ya se habia aliviado de la jaqueca de 1823.  
 Es notable lo que dice el afrancesado Burgos al tratar  
 del negocio. Dice que á Martínez de la Rosa se le buscaba  
*para acallar las facciones interiores y los clamores frenéticos*  
*de la prensa estrangera, asociada al fanatismo liberal que iba*  
*cundiendo en la Península, y que exaltaban prodigiosamente*  
*los sucesos coetáneos de las armas de D. Pedro en Portugal;*  
*no el hombre que entregado esclusivamente á teorías políticas*  
*y á distracciones literarias* NO CONOCIA EL ESTADO DE LA  
 OPINION GENERAL DE SU PAIS, CON LA CUAL NUNCA HABIA  
 ESTADO EN CONTACTO, NI SUS NECESIDADES, NI LOS MEDIOS  
 DE SOCORRERLAS (1).

Burgos necesitaba el despotismo, y Martínez era el  
 instrumento de que pensaba valerse. ¿Y qué haria Mar-  
 tinez? ¿Prestarse á servir de instrumento á los absolutis-  
 tas? ¿Por qué no? Con tal de ser ministro, cualquier  
 cosa. Asi es que en una sesion celebrada en la secre-  
 taría se le propuso el plan, y contestó con ingenuidad  
 estas mismas palabras: *«Con hombres como Vds. no puedo*  
*yo dejar de estar siempre de acuerdo.»*

El Sr. Burgos fué en la Guerra de la Independencia  
 un afrancesado como una loma, y en todos tiempos un  
 absolutista del mismo tamaño. Ahora bien: si el señor  
 Martínez estaba siempre de acuerdo con semejante gente,  
 ¿qué pensaremos de su liberalismo y de su nacionalidad?  
 No hay necesidad de suposiciones; bastante nos ha demos-  
 trado desde 1834 hasta la fecha que carece ya de estas

---

(1) Biografía de D. Francisco Javier de Burgos, escrita por Don  
 N. Pastor Diaz.

prendas, que en algun tiempo eran las únicas flores de su corona política.

Aprened flores de mi  
lo que va de ayer á hoy;  
la libertad defendí  
y hoy con los déspotas voy;  
español ardiente fui  
y hoy afrancesado soy.

Y ya que se trata de poesía hablando de D. Francisco Martinez de la Rosa, soplaremos aqui que viene á pelo los dos últimos versos con que termina el segundo cuarteto del Sr. Príncipe.

*Y hoy del trono infalible y soberano  
el nuevo dogma vocifera ardiente.*

¿Cómo un hombre que ha vociferado, y no solo ha vociferado sino que ha creído en la soberanía del pueblo, puede hoy vociferar y no solo vociferar sino creer en la soberanía de los reyes? En el prólogo de esta obra manifestamos nuestra opinion con respecto á las apostasías al hacer la reseña de los partidos. Allí dijimos, y lo repetimos ahora, que en realidad no hay mas que dos partidos de principios fijos, á saber: los absolutistas y los republicanos. Partidos que no admiten modificacion alguna en sus doctrinas, y en los cuales la menor defeccion merece ciertamente el nombre de apostasía. O el pueblo ó el rey: hé aqui el punto de la cuestion. Y no se puede ceder un ápice, porque desde el momento en que los unos se pres-

tan á la transacion mas insignificante dejan de ser demócratas, y desde el instante en que los otros hacen alguna concesion dejan de ser realistas.

Los monárquico-constitucionales; los que reconocen principios tan contradictorios, tan incompatibles; los que trabajan por llevar á cabo el problema irresoluble de asegurar la libertad sin perjuicio de los tronos y hacer de los tronos el sosten de la libertad, trabajan por realizar un sueño, y dá compasion verlos tan asustados de la verdad como de la mentira, buscar un medio proporcional entre los dos, sin conocer que el que no se separa enteramente de la mentira no se aproxima á la verdad, y que el que se aparta una línea de la verdad se acerca tanto á la mentira que se confunde con ella. Dijimos que en ese término medio entre la monarquía y el pueblo, puesto que la razon constitucional no desconoce la legitimidad de los dos principios que se despedazan entre sí, es muy natural una modificacion de ideas, sin que esta modificacion merezca el nombre de apostasía. En efecto; hay circunstancias que aconsejan la exaltacion y circunstancias que reclaman la templanza. Desde el momento en que los derechos del pueblo se ven hollados por el abuso de las prerogativas reales, los que aman la libertad se exasperan, y sin abandonar enteramente sus ilusiones monárquicas, se acercan cuanto es posible á los republicanos. He aqui los progresistas. Pero si al reves, el pueblo, y no decimos el pueblo, sino cualquier ciudadano como particular comete una falta punible en momentos de revolucion, los hombres tibios, los hombres asustadizos creen ver en cada fisonomía el gérmen de la discordia, sienten la ne-

cesidad del orden para refrenar los instintos anárquicos de la multitud, aunque nunca se hayan manifestado, como sucede en España; y sin abjurar enteramente los principios liberales, se apartan todo lo posible del pueblo para acercarse al trono todo lo posible. He aquí los moderados.

Y sin embargo, cuando los moderados se acercan todo lo posible al trono, reconociendo al mismo tiempo los derechos de la nación, y cuando los progresistas avanzan en sus opiniones democráticas sin deshechar la monarquía, ¿dejan de ser los dos un solo partido? En el proceso de Luis Capeto decia el célebre Robespierre: « O Luis Capeto está ya condenado, ó la República no esta absuelta todavía » y tenia razon; porque en política sobre todo se necesitan situaciones despejadas, claras como la luz del dia. Por lo mismo decimos nosotros: « O la soberanía del pueblo es la única verdadera, ó los gobiernos mistos atacan injustamente el derecho divino. »

Nuestros moderados no se parecen mucho á los de otros paises. En España ese partido empezó por muy poco, y á la verdad no ha hecho grandes progresos, tanto porque no es el carácter español á propósito para prohijar esas medias tintas, cuanto porque la conducta servil de nuestros moderados les ha alejado todas las simpatías. Empezaron en 1834 por matar frailes, y han acabado en 1846 por matar la libertad. Cuando al principio de nuestra mal llamada regeneracion política se entregaban al desorden, sintieron á poco tiempo la necesidad de proclamar el *orden*, palabra fatídica que nunca se ha vuelto á invocar para el bien, y que desde luego anuncia una apostasía en el que la pronuncia. Se

conformaron en 1837 con la constitucion que los progresistas acababan de confeccionar, y en la cual, aunque de un modo vergonzante, se proclamaba aun el dogma de la soberanía popular; pero esta conformidad no fué mas que convencional, pues encarrilados desde mucho tiempo antes por la senda del retroceso, abrigaban la esperanza de alcanzar un dia el poder para poner en evidencia sus principios absolutistas, á que se habian refugiado asustados de la anarquía. Desde el instante en que consiguieron esto desapareció el partido moderado, y quedó mas robusto, engrosado con los nuevos prosélitos, el que en 1823 se conocia con el nombre de partido servil. El Sr. Martinez de la Rosa, uno de los ministros que propusieron á las córtes en 1843 el proyecto de reforma constitucional, fué de los mas escrupulosos en punto á soberanía, y manifestando que no debia admitirse tal como se admitia en el código de Cádiz, sino por perjudicial, por inútil, sancionó el derecho divino de los reyes, abjurando solemnemente de sus antiguas ideas liberales. Ahora cree en la soberanía y hasta en la infalibilidad de los reyes. Ahora es Martinez de la Rosa lo que eran en 1812 los Inguanzo, Cañedo y Gutierrez de la Huerta. Pero no importa. ¿Es por eso menos verdadero el principio de la soberanía nacional? ¿Ha perecido este principio? Oigamos á Cormenin:

«No: la soberanía del pueblo, de quien todo emana y á quien todo vuelve, no perecerá, á menos que las naciones sean condenadas por las naciones, y que la Europa se convierta en una inmensa soledad. La soberanía del pueblo es el principio de la libertad, fundada en la igualdad política, civil y religiosa. La soberanía del pueblo es el principio del orden, fundado en

los derechos de todos y de cada uno. Es la mas bella de las teorías, porque es la mas verdadera. Es la mas consoladora, porque no deja ninguna desgracia sin socorro, ni injusticia alguna sin reparacion. Es la mas sublime, porque es la espresion de la voluntad general. Es la mas fecunda, porque no hay ninguna perfectibilidad que no emane de ella. Es la de mas larga vida, porque, si ha habido siempre hombres reunidos en sociedad, no ha debido tener principio, y si los ha de haber en adelante, tampoco tendrá fin. Es la mas natural, porque es la ley de la mayoría, la que sin saberlo gobierna las sociedades libres. Es la mas noble, porque es la única que corresponde á la dignidad de la naturaleza humana. Es la mas legítima, porque es la única que dá la razon de la alianza del poder con la libertad, y hace que el uno sea respetable y la otra posible. Es la mas razonable, porque lleva consigo la presuncion de que muchos tienen mas razon que uno solo, y todos mas que muchos. Es la mas santa, porque es la realizacion mas perfecta de la igualdad simbólica de todos los hombres. Es la mas filosófica, porque destruye las preocupaciones de la aristocracia y del derecho divino. Es la mas lógica, porque no hay ninguna objecion séria que no pueda resolver, ni una forma de gobierno á que no pueda acomodarse sin alteracion de su principio. En fin, es la mas magnífica, porque del tronco inmenso de la soberanía del pueblo, salen á la vez todas las ramas del árbol social, abundantes de sávia, vestidas de follajes y cargadas de frutos y de flores.»

*Gefe de un bando que su ingenio admira  
 moderacion proclama en voz melosa  
 y despotismo y opresion respira.*

En cuanto á lo de *gefe* hay mucho que hablar. Eso era antiguamente; pero ya sus discípulos se le han subido á las barbas, y últimamente le hemos visto de ministro de Estado, bajo el peso mas bien que bajo la presidencia de D. Ramon María Narvaez, y en verdad que nos ha dado lástima D. Francisco durante ese malhadado periodo, juguete de los caprichos de un militar y apegado al mismo tiempo á la poltrona; por la ambicion de figurar ha tenido que someterse á los mandatos de un superior, desempeñando en todos conceptos un miserable papel. Cada dia habia una discordia y una reconciliacion, una injuria y un arrepentimiento, una satisfaccion y una crisis, hasta que se acabó la paciencia y fué necesario echar á rodar los bolos, y cada ministro se marchó por su lado. Antes de admitir el señor Martinez el ministerio de Estado, bajo la presidencia de Narvaez, era el *gefe* reconocido de su partido; pero cuando se le vió supeditado á exigencias é influencias de un militar que goza de tan pobre concepto, la popularidad y la autoridad del Sr. Martinez cayeron á un tiempo, quedando reducido sino á la condicion de recluta, todo lo mas á la categoría de oficial subalterno. Y nunca será mas. Nada importa que en recompensa de sus buenos servicios á la causa del trono le hayan tapado la boca con una rebanada de turrón. Por mas papel que haga, por mas que le veamos de embajador español cerca de Luis Felipe, no podemos olvidarnos de que ha servido á las órdenes de un hombre como Narvaez, que aun poniéndosele frente á frente hubiera sido mucho descender; y cuando todo esto recordamos nos es imposible ver en el Sr. Martinez de la Rosa el antiguo *gefe* del partido moderado, y vemos solamente

un moderado mas, un guarismo, un garbanzo que aunque se perdiera no dejaria por eso de ponerse el puchero.

Respecto de su ingenio, admirado por los de su comun , hemos dicho lo bastante. Hemos manifestado lo poco que vale el ingenio del Sr. Martinez y lo poco que valen tambien los demas moderados, al mismo tiempo que hemos tenido en cuenta ese espiritu masónico que tanto han sabido explotar para darse importancia mutuamente. Si cada moderado con solo ser moderado se juzga un Séneca y cree que los demas son tan Sénecas como él, por solo la circunstancia de ser moderados, ¿qué estraño es que el Sr. Martinez de la Rosa sea tenido por un Séneca donde tanto abundan los Sénecas?

En resúmen. El Sr. Martinez de la Rosa se ha hecho enemigo de la libertad tanto como era su partidario. Hombre de grandes pretensiones, no puede aspirar razonablemente á hacer el papel de sabio, como no sea entre los ignorantes. Sofista por sistema y retrógrado por cálculo, ha sabido ostentar una llaneza y un desinteres que no estaban en armonía con sus actos.

*Tal es el escritor en verso y prosa,  
tal el hombre de farsa y de mentira  
D. Francisco Martinez de la Rosa.*





## ISTURIZ Y GALIANO.

**Y**LA se rompió el fuego contra los moderados. Villergas ha disparado el primer tiro, y no á bulto contra ellos, sino apuntando derecho nada menos que al general en jefe, nada menos que á D. Francisco Martínez de la Rosa, porque mi camarada no es muchacho que se ande por las ramas, y pudiendo herir en la cabeza jamas dirige sus golpes á las estremidades. Es su genio; si puede matar no hiere, si puede mandar á San Isidro ó á Fuencarral al que cae en sus manos, es seguro que no le manda á Atocha. Yo por mi parte estoy que no me llega la camisa al cuerpo, y lo digo ingénuamente, si hubiese sabido que mi colaborador era tan atroz, no me hubiera asociado á él en la empresa que estamos llevando á cabo por todos los títulos, empleos, honores y condecoraciones que de Francia y España han llovido sobre los casamenteros de ambas naciones para inaugurar la nueva era de prosperidad y

de ventura que nos hace á todos chupar los dedos de gusto. Francamente, Villergas me ha comprometido; me ha metido en un berengeñal del que si salimos los dos con un hueso sano, podremos dar gracias á la providencia por no haber perdido mas que el pellejo. Ahora el mal ya está hecho, y pues dice el refran que á lo hecho pecho, y que perdidos por mil perdidos por mil y quinientos, disparado el primer tiro es ya preciso que se generalice el ataque en toda la línea. A no ser eso, los moderados podian estar seguros de que yo no les hubiera hostilizado en los **POLÍTICOS EN CAMISA**, á pesar de que esta conducta hubiera puesto muchas murmuraciones en boca de ciertos progresistas, que han llegado á dudar de la rectitud de mis intenciones y de las de Villergas, por no haber dejado en camisa á las notabilidades del partido moderado antes que á los individuos del Gobierno provisional. Esos progresistas no conocen que los moderados no tienen necesidad de nadie para desnudarse, que solos saben quitarse los pantalones (aunque los lleven con trabillas) tan bien como pudieran hacerlo con el auxilio de un par de ayudas de cámara, y que en tres años que cuentan de dominacion se han despojado de tal modo de todos los vestidos con que encubrian su fealdad, que como no les quitemos el epidérmis ya nada absolutamente tenemos que quitarles. ¿No saben nuestros numerosos y amables suscritores que este libro solo tiene por objeto arrancar la máscara á los que han engañado al pueblo para que no puedan engañarle otra vez? ¿Y acaso los moderados son todavía susceptibles de engañar al pueblo? ¿No se han quitado ya ellos mismos con toda desfachatez en medio

del baile político el dominó de paz, orden y justicia que les permitió embromar á tantos tontos? Ahora hace ya mucho tiempo que se presentan en el salon de baile como en una reunion de familia, con su traje habitual, con el mismo que usan en casa; hace ya tiempo que no hablan al pueblo con voz de máscara, sino con la misma voz con que hablan á su muger y á sus hijos, y puesto que se dan á conocer ellos mismos, no creemos que haya necesidad de darlos á conocer nosotros.

Habia, á mas de esta, otra razon no menos poderosa para no tocar á los moderados al pelo de la ropa. Este libro, si bien se medita, no es la espresion de ningun partido determinado, por mas que las opiniones políticas de sus autores se revelen en todas sus líneas. Cuando un escritor no tiene empeño en ocultar sus ideas, porque las que profesa, buenas ó malas, las profesa con conviccion, con fe, con desinterés y hasta con orgullo, las da á conocer sin advertirlo él mismo en todo lo que escribe por ageno que sea de la política, y lo que es Villergas y yo daríamos á conocer nuestras simpatías y antipatías de partido en un *manual de oficios* que escribiésemos ó en un *arte de teñir el pelo y conservar la dentadura*. No tenemos necesidad de hacer lo que la mayor parte de escritores moderados, que en tanto que son muchos de ellos instrumentos de palaciegas intrigas y en las redacciones periodísticas y en otras partes oponen á la libertad del pueblo todos los obstáculos posibles; en sus piezas teatrales, para obtener un aplauso de ese mismo pueblo á quien hacen una guerra encarnizada, le acarician, le miman, halagan sus pasiones como unos pobres hom-

bres, se hacen intérpretes de sus opiniones mas exageradas, ridiculizan los vicios y manejos de camarilla que por otro lado fomentan y celebran, hablan de libertad ni mas ni menos que si fuesen liberales, y escriben en republicano como pudiera hacerlo un Berenger ó un Olavarría. ¡Miseria humana! Y los espectadores aplauden, porque la palabra libertad es tan hermosa que ni puede dejar de serlo aunque la pronuncien bocas de serviles. No deberian aplaudir, sin embargo, á esos explotadores interesados de las creencias populares, que se ponen en contradiccion consigo mismos á trueque de una docena de palmadas. No deberian aplaudir esos execrables comercios de la conciencia que prueban de lo que son capaces los que con la conciencia trafican, pues los que siendo enemigos del pueblo adulan al pueblo para obtener de él un aplauso, que es lo único que el pueblo puede darles, ¿qué no harán para adular al gobierno que puede recompensar su servilismo con un empleo ó una cruz? Escritores hay tan corrompidos que con dificultad son acreedores á una plaza de cabo en la ronda de Francisco Chico. Jamas la literatura se habia prostituido hasta tal extremo, y es porque los que la cultivan carecen de talento ó de conciencia, ó de ambas cosas á la vez. Nosotros carecemos de talento, pero nuestra conciencia es tal que si fuésemos enemigos de la libertad, si fuese posible, decimos, que nosotros fuésemos enemigos de la libertad; sin arredrarnos la impopularidad ni intimidarnos los silbidos, en el teatro y en todas partes la combatiríamos con el mismo ardor que ahora la defendemos, y si de este modo nos indisposiésemos con el público, nos quedaria la satisfaccion de que no nos habíamos indispuesto con nuestros sentimientos. Nuestras

opiniones son desinteresadas, no proceder de ningun cálculo egoísta, llevan en nosotros el sello de una convicción profunda, y estamos por lo mismo tan persuadidos de que nos honran, que léjos de empeñarnos en disimularlas, no desperdiciamos ninguna coyuntura que nos permita hacer gala de ellas como de la joya que tenemos en mas estima. Tal vez son malas, pero nosotros las creemos excelentes, y en esta persuasión las ponemos de manifiesto como la madre que aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para hacer públicas las gracias de su hijo aunque á muchos puedan parecer desgraciadas. No es, pues, extraño que en los POLÍTICOS EN CAMISA hayamos mas de una vez consignado nuestras opiniones como en una profesion de fe. Mas no por eso es este libro la espresion esclusiva y aislada de ninguna bandería, ni tampoco la impugnacion de ningun principio de los que actualmente sirven de pendon á unos ó á otros; su objeto es mas moral que político, y si posible nos fuese hacer de este libro una insuperable barrera, no lo colocaríamos entre los partidos que se disputan la actualidad ó el porvenir, sino entre los hombres de conciencia de todos los partidos y los hombres de todos los partidos que no tienen conciencia. Pero en el partido moderado, tal como se halla en la actualidad constituido, después de las deserciones que acaba de sufrir, tan numerosas que con los desertores solos se ha podido formar un partido nuevo, ¿quedan todavía hombres que tengan conciencia? Creemos que no, y esta creencia es la otra razon que hemos indicado que teníamos para dejar al partido moderado abandonado completamente á su suerte, como un enfermo desahuciado que no tiene ni una sola entraña, ni un solo

órgano, ni un solo miembro que no esté afectado mortalmente. Con la creacion del partido conservador ha sufrido el moderado una amputacion de que apenas habrá ejemplo en los anales de la cirugía. Se le han amputado todos los miembros sanos y se le han dejado todos los enfermos. La sierra ha separado la parte del hueso todavía no dañada de la parte ya enteramente muerta, y ha dejado en el enfermo toda la porcion cariada. La cuchilla ha estirpado el miembro sin estirpar el cáncer. ¡ Fenómeno singular ! Se ha sacrificado el todo á la parte en lugar de sacrificar la parte al todo. Ni otra cosa podia hacerse estando en el toda la gangrena. Al cabo los partidos admiten esta especie de amputaciones que no son practicables en el individuo, lo que prueba que un partido está compuesto de entidades, de miembros que tienen una esencia propia, y que por lo mismo la dependencia mútua de esas entidades que componen un partido está muy lejos de ser la de las partes que constituyen un todo.

Los conservadores eran ramas vivas de un árbol podrido, que separadas del tronco antes de sentir la interceptacion de la savia, van á absorberla de la tierra por sí mismas con bastante fuerza aun y con la vitalidad suficiente para echar raices propias. No sabemos hasta qué punto se desarrollaran esos vástagos desgajados del vegetal carcomido, pero aunque no se arraiguen profundamente ni lleguen á ser jamas muy corpulentos, sobrevivirán indudablemente al tronco de que se desprendieron, y seran cuando menos escelentes injertos para dar lozanía á otro árbol mas sano y de mas vida que el primitivo á que pertenecian.

El partido moderado no presenta ya partes sanas

y enfermas que permitan al operador mas diestro separar las unas de las otras. La enfermedad está en el todo, en todos los huesos la necrosis, en todas las carnes la gangrena. Es un cáncer grande como todo el cuerpo, ó por mejor decir es el cuerpo que es ya todo cáncer. Por lo que, dejando á un lado las metáforas para que nos entienda hasta Gil y Zárate (que á pesar de ser semi-ministro de instruccion pública, se nos ha puesto en la cabeza que debe entender tanto de medicina como de todo lo demas, y de todo lo demas como nosotros de tauromaquia), no encontramos en el partido moderado ningun individuo que se haga mas acreedor que otro del mismo partido á hacer cuarentena en este lazareto, del cual nadie sale, absolutamente nadie, sin haberse antes lavado muchas veces con vinagre, con cloruro de sosa y con cuantos desinfectantes conoce la medicina desde Hipócrates á Labarraque, para que los miasmas de la corrupcion no puedan contaminar ninguna conciencia pura ni ningun corazon immaculado. En la imposibilidad de escojer un malo entre malos tan malos que todos son peores, hemos resuelto sujetar á cuarentena á todo el partido moderado en peso, y si bien transijiendo con las exigencias de nuestros suscritores y correlijionarios, espondremos al público por separado á los dos apuntes que dan título á este artículo, no tanto nos ocuparemos de ellos como de la comunión á que pertenecen, pues al cabo en la historia de esta va envuelta la suya y la de todos los demas que forman parte de la misma cofradía. Seguramente los moderados se hacen con molde, porque todos salen lo mismo. Ved lo que es uno y sabreis lo que son todos. Forman un partido que se distingue esencialmente de los demas en que no tiene como

los demas defectos inherentes al partido y defectos propios de los que lo componen. En el partido moderado los defectos de la parte son los del todo, los defectos del todo son los de cada una de sus partes. El partido moderado es egoista porque todos los moderados son egoistas, ambicioso porque todos son ambiciosos, intolerante porque todos son intolerantes, *et sic de cæteris*. ¿Qué necesidad, pues, tenemos de descomponer el todo para estudiar por separado cada una de sus partes, cuando tan simple como el de cada una de las partes se nos presenta el estudio del todo? ¿Por qué costándonos el mismo trabajo escribir una historia general que una biografía, no hemos de escribir una historia general que comprenda todas las biografías á la vez? ¿No es esto preferible á ir examinando uno tras otro á todos los moderados y uno tras otro irlos presentando en camisa, lo que daria á nuestro libro la estension y monotonía de una procesion interminable como las desgracias y la paciencia de España? ¿Quereis saber la vida y milagros políticos de cada moderado en particular? En la historia del partido está la biografía de cada individuo, y una vez os sea conocida esta historia, tomad á bulto el primer moderado que se os venga á la mano, y sabreis lo que es y lo que puede dar de sí lo mismo que si lo hubiéseis tomado á cala. Proscribimos de consiguiente el método analítico, y en lugar de estudiar las partes para conocer el todo, en obsequio á la brevedad, puesto que la naturaleza del objeto nos lo permite, vamos á estudiar el todo para conocer cada una de sus partes. En camisa, pues, todo el partido moderado, todo junto vais á verlo en camisa, y una vez lo hayais visto, no nos preguntéis por fulano, ni por mengano, ni por Juan, ni por Diego; siendo

moderado el ciudadano que deseeis conocer individualmente, estad seguros de que se halla en el grupo; y de que si habeis visto el grupo, por precision debéis haberle visto á él.

El partido moderado no siempre ha sido lo que es ahora. Como todos los seres vivientes ha pasado por varios períodos, el de formacion, el de desarrollo completo y el de decadencia, y los ha recorrido todos con una rapidez asombrosa. El partido moderado de España es casi frances de nacion, aunque nacido en la patria del Cid, pues está engendrado en Francia, es hijo de padres franceses, y en estado de embrion penetró en la Péninsula por las puertas que abrió á los emigrados la amnistía de 1832. El feto de ese partido era bien raquíptico y miserable; en un principio se necesitaba una vista muy perspicaz para distinguir en él las primeras delineaciones de sus partes. A la muerte de Fernando VII, los partidarios de Isabel II se llamaban todos liberales, y el diccionario político no se habia adicionado aun con las voces de moderado y exaltado. Entonces el partido liberal blasonaba todo entero de reformista, y era único, compacto; no se habia desenvuelto el gérmen de las funestísimas disensiones que lo dividieron posteriormente en dos bandos que se hostilizan con encarnizamiento singular. Pero el embrion existia, la larva de las teorías, que bien pronto pusieron un abismo entre unos y otros liberales, sufría un período de incubacion en el cerebro de los que luego se constituyeron gefes de las banderías mas implacables. El gérmen existia, repetimos, si bien no se habia aun desarrollado, ni habia salido de los estrechos límites de unas cuantas cabezas. Los partidos estaban en cuadro; no tenian mas que la oficialidad, y

aun esta muy incompleta ; habia que llenar muchas vacantes. Sus caudillos eran los emigrados que , al abrirles Doña María Cristina las puertas de la patria, vinieron llenos de todas las ideas que habian recojido , los unos en las márgenes del Sena , los otros en las del Támesis , y se empeñaron en aclimatarlas en España, sin hacerse cargo de que la naturaleza del clima las haria degenerar.

Así , pues , la política francesa y la inglesa se introdujeron en España desde el principio de la revolucion que Fernando VII dejó en herencia á sus *amados vasallos*, si bien ambas políticas penetraron en estado de feto en nuestra pobre patria , y ambas se desarrollaron á la vez como dos hermanas gemelas ; pero procurando constantemente desenvolverse la una á espensas de la otra. La política francesa estaba representada en un principio casi esclusivamente por Martínez de la Rosa , quien se presentó como fundador de una secta cuando en realidad no era mas que propagador, y logró por algun tiempo siendo copista ser tenido por autor ; de suerte que mas de una vez se aplicaron al instrumento las glorias del artífice. Martínez de la Rosa no tradujo del todo mal á Luis Felipe, de quien aprendió á invocar el órden contra la libertad y la ilustracion contra el absolutismo. La palabra órden le dió muchos secuaces entre los timoratos que de buena fe creyeron que el camino de la libertad, que intentaban seguir los que no la creian reñida con el órden , á cada paso presentaba un descamisado de mala catadura gritando puñal en mano *la bolsa ó la vida*. El número de los tontos es infinito y el de los pusilánimes tampoco es pequeño, y con todos los tontos y con todos los pusilánimes logró el traductor del justo medio frances formar un par-

tido dispuesto como él á contrarestar la libertad con la palabra órden, pronunciada con todos los aspavientos del avaro que cree haber oído el ruido de una ganzua en el escondite donde guarda sus tesoros. No habia de ser Martínez de la Rosa el único explotador de la pusilanimidad general; algunos hombres de mas ó menos talento se asociaron á su plan, y formaron el centro directivo de la secta bautizándose á sí propios con el modesto nombre de supremo inteligentes. A todos sus devotos les calificaron con las denominaciones no menos humildes de *hombres de bien*, *sugetos que tienen que perder*, *parte sana*, *parte ilustrada*, *parte sensata de la nacion*, y muchos con esos piropos quedaron tan contentos como si en realidad fuesen acreedores á calificaciones tan honrosas. Hombre habia tan fanático, que se creyó hombre de bien nada mas que porque le dijeron que lo era los gefes de un partido que se titulaban *supremo inteligentes*; á pesar de que tenia en sí mismo muchas pruebas de lo contrario. Hombre hubo igualmente que se hizo la ilusion de *que tenia que perder*, y era mas pobre que un subteniente retirado con cinco de familia. ¿Y eso de parte ilustrada? ¡Oh! eso les fanatizó á todos, hasta á los que no sabian leer. Arriero conocemos que se hizo moderado nada mas que por eso de la ilustracion, y que tomó tan por cosa propia lo de parte ilustrada, que consideró esta calificacion como un apellido por el cual se hacia llamar hasta de su muger, y de otra suerte no contestaba.

No es esto decir que alrededor de la bandera de Martínez de la Rosa no se agrupasen hombres que realmente eran ricos y hombres que realmente eran ilustrados. Por fuerza entre los ricos habia de encontrar prosélitos una política que apenas concede derechos mas que á la ri-

queza. En eso Martínez de la Rosa tradujo literalmente la obra de Luis Felipe. Por precisión también muchos hombres ilustrados habían de acogerse á la sombra de un partido que desde un principio les supó halagar y atraer á sus filas, mientras los prohombres de los demás partidos no ofrecían ninguna recompensa al talento, y tal vez la envidia les obligaba á deprimir á los que lo tenían. ¡Cuántos jóvenes dotados de brillantes disposiciones se hicieron moderados, porque éste era el único medio de crearse una posición! ¡Y cuántos también sin tener talento se hicieron moderados para parecer hombres de talento! Porque esa era la táctica y lo ha sido hasta ahora del partido del justo medio; procurarse partidarios entre los hombres de talento, y al mismo tiempo hacer pasar por hombres de talento á todos sus partidarios. Y no contentos con eso, negaban á sus adversarios todas las prendas que, con justicia ó sin ella, reconocían en todos los de su comunión. Hasta negaban á Lopez la calidad de tribuno, á Espartero la de valiente, á *Fray Gerundio* la de escritor y á Argüelles la de desprendido. Tamañas injusticias no arredraban á hombres que tenían demasiado la conciencia de su mérito para juzgarse á sí mismos por el juicio que de ellos hacían sus adversarios; pero aunque aplicadas á individuos como los indicados, eran impotentes para ahogar su reputación; cuando recaían sobre medianías ó sobre personas menos acreditadas menoscababan su prestigio á la par que el de todo el partido á que pertenecían.

Por otra parte, una vez hecha la conquista de los hombres acaudalados, la de la inteligencia era casi un corolario de aquella. El facultativo y el artista, como viven mas de los ricos que de los pobres, por aquello de ne-

*mo dat quod non habet*, consultando esclusivamente sus intereses, amoldaban su opinion á la que tenian los que mas les daban que ganar. Apenas les era dado hacer otra cosa. Habia entre los moderados enérgimenos que predicaban la intolerancia contra los que no pensaban como ellos, con el mismo ardor que aquellos religiosos de la edad media que cebaban á los pueblos con la sangre de los hereges. Era un crimen de lesa-moderacion tomar un emético ó un sudorífico recetado por un médico progresista, llevar una leyita hecha por un sastre progresista, aplaudir en el teatro á un actor progresista, y hasta tomar una criada cuyo hermano fuese progresista. Un moderado todo debia tenerlo moderado, hasta la modista de sus niñas, hasta la partera de su muger, hasta la planchadora de sus hijos mayorcitos. ¿Qué habian de hacer esas infelices mas que encomendarse de grado ó fuerza á San Martinez de la Rosa, decir pestes de los bullangueros, de los anarquistas, de los marañistas, y achacar su histérico y sus ataques de nervios á los desórdenes promovidos por los que nada *tienen que perder*? ¿Habian de quedarse sin parroquianos por una ó dos varas de libertad mas ó menos? Digamos, sin embargo, en honor de la verdad y de la clase proletaria y trabajadora, que esa clase tan interesante como mal juzgada, que esa clase que califican los ricos de chusma vil y despreciable, esa clase á que las constituciones modernas no otorgan ningun derecho al mismo tiempo que le imponen muchos deberes, esa clase que da soldados á la patria sin pedir á la patria empleos, contribuyó muy poco al desarrollo de las huestes moderadas. Orgullosa en su miseria, supo preferir el hambre al sacrificio de sus convicciones, y ni en los momentos de mas peli-

gro desertó de las filas de la libertad. Otros desertaron, otros que todo lo deben á la revolucion que insultan; otros á quienes la mano de ese pobre pueblo, de ese mismo pueblo que llaman díscolo y rebelde, sacó del sucio lodo de donde su propio genio no les hubiera sacado jamas.

El partido moderado llegó muy pronto al período de su mayor incremento, y por lo mismo habia tambien de llegar muy pronto al período de su decrepitud. Es un axioma fisiológico que puede aplicarse á la vida de los partidos como á la de los individuos: un desarrollo precoz señala una decadencia precoz tambien; la rapidez del decremento está en razon directa de la del incremento. Con los medios que hemos manifestado el feto raquíptico que apenas daba esperanza de vida se desenvolvió rápidamente; pero su fuerza no era proporcionada al volúmen que adquiria, su cuerpo era fofo, flojo, mal humorado, todo linfa, todo tegido celular, porque su nutricion era falsa, pues desde que empezó á vivir empezó á nutrirse de mentiras. Con el convenio de Vergara engrosó de tal modo, que casi duplicó su volúmen. Pero esta nueva nutricion no era tampoco muy saludable. Al fin y al cabo los moderados, si no son constitucionales, necesitan cierta farsa de gobierno representativo, y los que defendieron el absolutismo personificado en D. Cárlos deben ser enemigos hasta de esta farsa. Asi es que la incorporacion de los convenidos al partido moderado fué, como dicen los naturalistas, un desarrollo adquirido, cual el de los seres inertes, por *juxta-posicion* y no por *intus-suscepcion*, un conjunto de substancias inasimilables que se quedaron en la corteza del partido sin penetrar en sus partes

íntimas, como las ovas que cubren la superficie de una roca; fué una cosa accidental, heterogénea, casi postiza, que puede desprenderse del partido moderado sin alterar su esencia, por una mera solución de contigüidad, sin dejar en el partido moderado nada suyo, ni llevarse consigo nada del partido moderado. Esta incorporación dió al partido moderado mas cuerpo pero sin darle mas alma; acabó de abofellarlo, aumentó su hinchazón, extendió su perifería; pero debilitándolo al mismo tiempo, porque un partido se debilita cuando crece á espensas de su unidad, y no podia haber unidad en un partido de fusión, compuesto de ex-revolucionarios y de ex-restauradores, de hombres que habian proclamado la soberanía del pueblo, y de hombres que habian defendido el trono absoluto. Es digno de notarse que apenas se encuentra un moderado que no haya sido ultra-liberal ó ultra-absolutista; los mas rabiosos demagogos y los realistas mas furibundos se dieron un abrazo, y esta cópula monstruosa era una repugnante sodomía política que nada podia producir, ó que no podia producir mas que mónstruos.

El partido moderado está ya muerto, pues si bien todo lo que se hace se hace en su nombre, lo mismo se haria aunque no existiese uno solo de los individuos que lo componen. Se mueve, porque le mueven; pero no es él mismo el que se mueve. Luis Felipe que lo atetó en la infancia, que fué la nodriza del recién nacido, luego el pedagogo del jóven y despues el báculo del decrepito, ahora, no pudiendo volverlo á la existencia, galvaniza su cadáver para hacerle dar algunas apariencias de vida. El partido moderado era en España el vehículo de la política personal de Luis Fe-

lipo, era frances, tan frances como Mr. Guizot, y cuando Luis Felipe no lo necesite, retirará del cadáver los polos de la pila, y el cadáver, dejando de estar en relacion con la máquina, quedará inmóvil para siempre y perderá para lo sucesivo hasta la facultad de ser galvanizado de nuevo. ¡Tal es el porvenir de un partido que para restituir á la Francia la vida que de ella recibia, ha querido dar á la Francia la vida de la España!

El partido progresista con respecto á la Inglaterra se encuentra en una posicion muy distinta de la que guardan los moderados con respecto á la Francia. Los emigrados que regresaron á la Península cargados con las ideas que habian recojido en las orillas del Támesis, no se dejaron la nacionalidad olvidada en la roca de su asilo. Volvieron á España tan españoles como cuando salieron de ella, sin intencion de sacrificar los intereses de la patria á las simpatías que les unian al hospitalario pais que acababan de dejar. Esos fueron los que formaron el nucleo del partido progresista, partido que no bien hubo consignado en su bandera sus principios de independencia y libertad, se robusteció con la opinion pública que solo le ha abandonado en algunos momentos muy transitorios de extravío y de obcecacion.

El partido moderado ha sido siempre demasiado impopular para sostenerse en el pais sin un apoyo fuera del pais. El partido progresista ha tenido siempre la suficiente popularidad para sostenerse por sí mismo sin ningun apoyo extraño, y nunca una alianza inglesa hubiera formado parte de su política, si los moderados no le hubiesen puesto en la precision de neutralizar con las de la Inglaterra las influencias de la Francia. Y aun así

su política internacional ha sido muy distinta de la de los moderados. La alianza de estos les hace aparecer no como amigos sino como vasallos de Luis Felipe; han consentido que la Francia, su aliada, absorbiese toda su acción propia sin dejarles otra facultad que la de la obediencia, en tanto que los progresistas no han comprado la amistad inglesa á costa de la independendencia de su patria, ni á costa de la vida de su partido, y nunca han opuesto las simpatías de la Gran Bretaña á las pretensiones de sus enemigos interiores, sino á las antipatías é influencias que les hostilizaban desde el otro lado de los Pirineos. Los moderados han sido esclavos de la Francia; los progresistas han sido amigos de la Inglaterra. Los progresistas han cultivado sus relaciones con la Inglaterra para afirmar en España no la política inglesa sino los principios de su partido; los moderados han invocado los principios de su partido para afirmar en España la política francesa. Los primeros se han valido de una influencia extranjera para el desarrollo de su sistema, los otros se han valido de su sistema para el desarrollo de una influencia extranjera. Lo que para aquellos ha sido medio, para estos ha sido objeto y viceversa.

Los progresistas han dicho á la Inglaterra *ayúdanos*, los moderados han dicho á la Francia *mándanos*. ¿Cuáles han conservado mejor su dignidad?

Los moderados necesitan la Francia no para vencer á la Inglaterra, sino para vencer á los progresistas; los progresistas necesitan la Inglaterra no para vencer á los moderados, sino para vencer á la Francia. ¿Cuál de los dos partidos es el mas fuerte? ¿cuál de los dos el mas noble? ¿cuál de los dos el que mas de veras quiere á

su país? Mendigar una influencia extranjera para hacer frente á un partido nacional, es vender la nacion; es salvarla, valerse de una influencia extranjera para hacer frente á otra influencia extranjera. Esto es lo que han hecho los progresistas; aquello es lo que han hecho los moderados. ¡Y esos últimos son los que mas de una vez han invocado el principio de la independencia nacional contra la política inglesa, al mismo tiempo que no han considerado á los progresistas por sus simpatías hácia la Inglaterra con derecho lejítimo para invocar el mismo principio contra la política de la Francia! Seguramente su nacionalidad no es como la nuestra, ó interpretan de distinto modo que nosotros la palabra nacionalidad. Queremos que quede aqui consignado de qué modo entendemos nosotros esta palabra, con cuantas partes, si puede decirse asi, contribuye este principio á la formacion de nuestro credo político, para que nunca se nos acuse de poco patriotas si aplaudimos, lejos de rechazarlas, las influencias recíprocas y mancomunadas de las naciones que tienden á la ventura de la humanidad en globo y á los progresos de la civilizacion en general. La lógica de los partidos es tan egoista, que cada uno de ellos reprueba en los demás la conducta que observa el mismo. La independencia nacional es un principio que todo partido lo invoca contra las influencias extranjeras que favorecen á sus adversarios, ninguno contra las que le favorecen á sí propio. Sucede con las intervenciones estrañas, morales ó físicas, lo mismo que con el derecho de insurreccion. Ningun partido, cuando es dueño de la situacion, reconoce el derecho de insurreccionarse contra el poder constituido; todos, sin embargo, se insurreccionan contra el po-

constituido cuando la situación pertenece á sus contrarios y se sienten bastante fuertes para arrebatársela. Asi vimos á los absolutistas, á los que fusilaron á Torrijos por haberse insurreccionado, insurreccionarse ellos á su vez, y desafiar desde las breñas de Navarra á la España constitucional. Asi hemos visto á los moderados pedir á la insurreccion el poder cuando se lo ha negado la intriga, siendo siempre, á fuer de apóstoles de orden y de paz, los que mas han clamado contra las insurrecciones. Tambien los progresistas se han insurreccionado mas de una vez, y tambien ellos niegan á los demas el derecho de insurreccionarse. Pero ese partido tiene al menos el mérito de la franqueza, reconoce el derecho de insurreccionarse contra los abusos, y sus insurrecciones son de consiguiente aplicaciones prácticas de su teoría. Tocamos este punto accidentalmente y tan solo para patentizar la analogía en los términos de la comparacion que dejamos establecidos.

Repetimos que lo mismo que con el derecho de insurreccion sucede con las intervenciones extranjeras. ¿Qué partido no invoca la independencia de su patria, y al mismo tiempo ¿qué partido no pide á los extranjeros su triunfo ó su sosten? Casi sin volver la vista atras, sin leer en la historia mas que las páginas de nuestra crónica contemporánea, podemos ver hasta qué punto son exageradas y falsas las palabras de nacionalidad en boca de los partidos. La crónica nacional de nuestros dias nos enseña la libertad pereciendo en el año 23 en manos de la Francia, cuyas bayonetas mendigaron nuestros absolutistas, impotentes por sí solos para contrarrestar el espíritu liberal de aquella época. Mas adelante nos enseña á los mismos absolutistas luchando con te-

son por espacio de siete años alentados con la esperanza que les infundian las potencias del Norte, al mismo tiempo que sus adversarios, para aumentar las probabilidades de su triunfo, sin borrar de su bandera el lema de *independencia nacional*, escribieron en ella el de *cuádruple alianza*. ¿Y qué diremos de los moderados, que nada hacen sin el acuerdo, por no decir sin el permiso, de la Francia, que ningún plan llevan á cabo sin el *visto bueno* de las Tullerías, miserables maniqués que han conferido á la cabeza de Luis Felipe hasta la facultad de pensar por ellos? Con todo, como los esclavos miedosos, en el afán de complacer á su señor han hecho tal vez algo mas de lo que su señor les tenia mandado. Las órdenes de su señor eran sin duda terribles, y ellos se han escedido porque han querido lucirse. Asi es que su política ha escandalizado á la Europa, y cuando la Inglaterra les ha manifestado su disgusto, han tenido la ridícula pretension de hablar á los sentimientos nacionales y de despertar el espíritu patriótico de esta nacion esclava, que para romper la férula que la oprime y salir del estado de abyeccion y miseria en que se encuentra, admitiria de buena gana la intervencion de Abd-el-Kader ó de Mehemet Alí. ¡Insensatos, que no han conocido que la libertad no tiene patria, y que ella, lo mismo que el Evangelio, tiende á la unidad del género humano! ¡Insensatos, que no han conocido

» que la patria es la tierra que se pisa  
con pié que no embarazan las cadenas»

y que este concepto sublime de uno de nuestros me-

jores poetas obra desde mucho tiempo en el corazón de los pueblos ! ¡ Insensatos , que no han conocido que el amor de la patria no es un amor moral , un sentimiento de conciencia , sino un afecto puramente instintivo como el que profesa la paloma á su palomar , como el que detiene al buey delante de su cortijo , como el que obliga á la golondrina á cruzar el mar de uno á otro continente para volver al nido en que nació ! También nosotros hemos cruzado el mar para visitar de nuevo el país en que tenemos la cuna ; también nosotros queremos á la patria , y porque la queremos , la queremos libre , y porque la queremos libre , bendecimos todas las influencias que tienden á sacarla de su torpe esclavitud.

¿ Y cómo no bendecirlas cuando creemos que no solo es deber de un pueblo esclavo quedar agradecido á la nación generosa que le ayuda á romper sus cadenas , sino que es deber de toda nación generosa ayudar á romper sus cadenas á un pueblo esclavo ? No rechazamos mas influencias que las que tienden á aumentar nuestra infelicidad ó á mantenernos en ella. Una nación fuerte que emplea su poder en oprimir á una nación débil , es odiosa á nuestros ojos como el potentado que se prevale de las ventajas de su posición para abatir al pobre. Una nación que pudiendo remediar los males de otra la deja sucumbir sin auxilio , remeda la conducta del magnate que niega una limosna al hambriento que perece estenuado en el umbral de su palacio. « En Europa , dice L' Aimé Martin , debe resonar terriblemente , como una reconvención en los oídos de un fratricida , el grito de la pobre Polonia que decía á los demás pueblos : ¡ Auxilio ! ¡ auxilio ! ¡ el tiempo urge ! ¡ los verdu-

*gos se acercan , y voy á morir por la libertad del mundo!* ¡Ay! y los clamores fueron vanos , y mientras el general Sebastiani decia con una indiferencia sarcástica **VARSOVIA ESTÁ TRANQUILA** , la pobre Polonia acababa de morir por la libertad del mundo.»

Del mismo modo que nosotros comprenden todos los hombres de nuestra comunión el principio de independencia nacional , y cuando lo invocan no es por espíritu de partido sino por un verdadero sentimiento de nacionalidad. La nacionalidad misma que les hace rechazar las influencias de la Francia les hace acoger con entusiasmo las pruebas de amistad de la Inglaterra. La política francesa ha sido siempre muy funesta á la España , y está consignada con páginas muy tristes en nuestra crónica contemporánea. Males inmensos nos han venido del otro lado de los Pirineos : dos veces la libertad de la Península ha muerto en manos de la Francia; hace años y años que nuestra nacionalidad está absorbida por la influencia de las Tullerías ; constantemente nuestros déspotas han recibido todo su aliento de la corte del Sena , y tantos y tan repetidos agravios por fuerza debían dejar en todos los puntos de España huellas profundas y resentimientos inestinguibles. Asi es que aunque los moderados , siendo dueños de la situación , hayan allanado los Pirineos á la política francesa , y gobernado sin inspiración propia , y consentido en no tener mas vida que la que la Francia les presta , ni mas pensamientos que la que la Francia les impone , los recuerdos levantan otros Pirineos mas inaccesibles que los que los moderados allanan , Zaragoza es un Pirineo , Girona otro , el 2 de Mayo otro , ¿ podrán los moderados allanar esos Pirineos?

Pero no son los odios hacinados en tiempo de la *Guerra de la Independencia* los que marcan principalmente la frontera que nos separa de la Francia. Esos odios se hubieran amortiguado, si nuevos y continuos agravios no hubieran venido á exasperarlos. Las heridas que nuestra nacionalidad habia recibido se hubieran cerrado al cabo, si otros golpes no las hubieran vuelto á abrir cuando estaban ya próximas á cicatrizarse. La Francia ha sido siempre nuestra enemiga, lo mismo cuando nos ha amenazado con una invasion armada, que cuando ha encubierto sus codiciosas miras bajo el velo de una amistad fraternal; lo mismo cuando nos ha enviado sus soldados, que cuando nos ha enviado sus consejos, y seguramente nos ha causado menos daño con sus bayonetas que con los principios exóticos que á pesar nuestro ha querido aclimatar en nuestro suelo.

La Francia ha sido siempre nuestra enemiga, y ciertamente repugna á nuestras ideas tener que espresarnos de esta manera, refiriéndonos á un pueblo que mas que ningun otro ha legado hechos heróicos á la historia de la libertad. « No, la Francia no es vuestra enemiga, nos responderán acaso los que en Francia rechazan el sistema de mentiras que sobre ellos pesa, como nosotros le rechazamos en España; la Francia no es vuestra enemiga; la patria que dió cuna á Voltaire y á Rousseau acogida, la patria de Mirabeau y de Manuel, de Carrel y de Lafayette, la que ha dado á la libertad para apóstoles un Dupoty y un Laménais, no puede ser enemiga de los que con menos fuerza y talento, pero con igual brio y constancia, se oponen á la esplotacion del hombre por el hombre, profesan el santo principio de la soberanía de los pueblos, y es-

peran con ansia que el mundo se rejuvenezca y cobre nueva vida bajo los rayos benéficos del sol de la libertad. No, la Francia no es vuestra enemiga, ni la Francia puede serlo de la España; en el siglo XIX ya no hay naciones enemigas. No es la Francia, pobre España, la que se opone al desarrollo de tu felicidad y á la reconquista de tus derechos; es su gobierno, su dinastía tal vez, pero nada más que su gobierno y que su dinastía.» Si, es verdad, replicaremos nosotros, es nada más que su gobierno, nada más que su dinastía; pero son todos los gobiernos, son todas las dinastías.—Napoleon, es decir, el imperio, traspasa el Pirineo, entra en España, penetra en las fortalezas bajo amistosos pretextos, y luego desde lo alto de los adarves, con los cañones en batería y la mecha en la mano, nos intima su voluntad y nos dice: *de rodillas*. La España se llena de cadáveres.—Napoleon cae; los Borbones en Francia recuperan el trono. Durante su reinado, la España, cansada de sufrir, da un recio sacudimiento, rompe sus cadenas y se establece una lucha sangrienta entre las nuevas ideas y las rancias preocupaciones. Los liberales están abandonados á sus propias fuerzas; con todo, el entusiasmo es grande, el triunfo seguro: ya la balanza se inclina á su favor. Luis XVIII, es decir, el absolutismo, pone cien mil soldados en el platillo opuesto y triunfa el antiguo régimen. La España se llena de cadalsos.—Mas adelante la revolucion lanza á los Borbones del suelo frances, y un Orleans ocupa el trono. Lo ocupa constitucionalmente. El absolutismo frances dió bayonetas á Fernando VII para derribar la Constitucion; el constitucionalismo frances no da bayonetas á los liberales de España para derribar el absolutismo.—

Muere Fernando VII; Isabel II halla un apoyo en los constitucionales para triunfar de D. Carlos que le disputa el trono con el auxilio de los absolutistas; la causa de D. Carlos es la del absolutismo, y Luis Felipe, es decir, el constitucionalismo, lo combate nada mas que con apariencias, y mientras ofrece á Isabel II sus simpatías, los liberales españoles tienen ocasion de notar que los cañones y morteros que derraman la muerte y la destruccion sobre la heroica Bilbao son de fundicion francesa. Los absolutistas se dividen, se debilitan; ya no pueden disputar la victoria á los liberales, y en su desesperada situacion ponen fin á la guerra por medio de un convenio. Este convenio es para los liberales una victoria decisiva, la libertad queda triunfante en los campos de Vergara. A pesar de esto la libertad sucumbe despues de haber sucumbido D. Carlos; sucumbe en manos de los moderados, en manos de una pandilla que la Francia alienta, de una pandilla que el mismo Mr. Guizot designa con la calificacion fraternal de *partido frances*; sucumbe á las influencias mefíticas de la Francia. Con todo, no es la Francia la que nos ha acarreado todos los males que acabamos de enumerar; es su gobierno, es su dinastía. Sí, es su gobierno, es su dinastía; pero repetimos que son todos sus gobiernos, que son todas sus dinastías: el imperio, el absolutismo, el constitucionalismo; Napoleon, Borbon, Orleans.

Esa conducta de la Francia forma sorprendente contraste con la que respecto á nosotros ha observado la Inglaterra en estos últimos tiempos. A nada conduciria examinar si la diferencia de que nos hacemos cargo prueba solamente la mayor habilidad de la política in-

glesa, ó si en realidad depende de que hay en esta misma política cierto fondo de moralidad, que le obliga á respetar nuestra nacionalidad é independencia. Basta decir que esta diferencia existe, y que la Gran Bretaña consigue con su modo de proceder atraerse entre los liberales españoles tantas simpatías, como con el suyo se enajena la diplomacia de Luis Felipe. No hacemos mas que esponer un hecho que todos palpamos, y hasta seria poco decoroso, favoreciéndonos la conducta de la Inglaterra, buscar en ella la causa de interes propio que puede haberla trazado. No negaremos que el egoismo puede entrar en algo en la manera de obrar de la política del Támesis; pero si el que recibe un beneficio, sea un hombre, sea un partido ó sea un pueblo, se empeña en encontrar la intencion y el motivo de propia conveniencia que animan al bienhechor, la palabra gratitud podia no haberse inventado, y seguramente no hay en el diccionario otra tan supérflua.

Suponiendo que la Inglaterra y la Francia consultan esclusivamente en sus actos su utilidad particular, tendremos precisamente que conceder que los intereses de la Inglaterra no se hallan en pugna con los del pueblo español, y los de la Francia sí, y el pueblo español, tambien por egoismo, naturalmente deberia declararse amigo de aquella y enemigo de esta. ¿Qué nos importa que cuando la Francia nos hace un mal, no nos lo haga para perjudicarnos á nosotros sino para favorecerse á sí misma? Lo cierto es que nos perjudica. ¿Qué nos importa que cuando la Inglaterra nos hace un bien, nos lo haga para no perjudicarse á sí propia y no para favorecernos á nosotros? Lo cierto es que nos favorece, y esto es lo que necesitamos: nos ate-

nemos á los resultados y nada nos importa lo demas.

No sabemos si la Francia, por medio de su propia conveniencia, podria darnos la esplicacion de todos los actos que constituyen su política con respecto á nosotros; pero es lo positivo que esos actos son ingratos, y que la vuelven odiosa al corazon de todos los españoles que abrigan sentimientos humanos. No sabemos si por medio de su propia conveniencia acertaria á esplicarnos el mal trato de que han sido víctimas los liberales españoles, que lanzados de su patria por una causa política, tienen la desgracia de buscar asilo en su seno. No sabemos en qué puede convenir á la que llaman nuestra *generosa aliada* el obligar á los pobres proscritos á pasar de un punto á otro á la mas mínima exigencia de un cónsul vengativo, ni en qué le puede convenir condenar á los infelices á pasar á poblaciones donde es imposible que encuentren un modo de vivir honroso, ni en qué le puede convenir hacerles andar leguas y leguas, con una cadena en el cuello, descalzos y desnudos.

Pudiéramos citar muchas tropelías de este género, que si la Francia las comete consultando su conveniencia, nosotros, consultando la nuestra, debemos procurar que la Francia nunca logre la suya. Su conveniencia y la nuestra están en diametral oposicion. En el año 23 le convino invadir nuestro territorio á mano armada, arrancarnos la libertad y dejar á los liberales entre las garras del absolutismo. Mas adelante le convino, cuando la guerra empezaba á arder en las provincias, añadir combustibles á su llama, y al efecto dió un narcótico á toda su policia para que D. Carlos pudiera atravesar sin ser visto todo el suelo fran-

ces. Despues le convino derribar á Espartero , y por último se nos salió con que le convenia casar á la infanta de España con el duque de Montpensier , despues de haberle convenido casar á la reina con Montemolin , con Trápani ó con cualquiera de los que no convenian á los españoles.

Afortunadamente de algunos años á esta parte lo que ha convenido á la España ha convenido á la Inglaterra. A esa nacion poderosa le convino , lo mismo durante la emigracion del año 23 que durante la del 43, grangearse el afecto de los emigrados , ni mas ni menos que le ha convenido á la Francia grangearse su odio. Gracias á eso , los náufragos políticos que en esas dos épocas distintas han tenido la fortuna de ganar las playas de Inglaterra , han encontrado en aquellas playas simpáticas bondadosas que han hecho su situacion mas llevadera. A la Inglaterra le convino como á nosotros que la causa de D. Cárlos sucumbiese , y sus valientes soldados participaron mas de una vez de los riesgos y glorias de los nuestros. A la Inglaterra le convenia que la regencia de Espartero saliese victoriosa del golpe que la derribó en el año 43 , y Espartero no hubiese caido si la Inglaterra hubiera respetado tan poco como la Francia la independendencia de nuestra nacion. En todos esos puntos capitales uno mismo ha sido el interes de España y el de la Inglaterra , y el de la Inglaterra lo mismo que el de España opuesto al de la Francia.

A pesar de todo la Francia ó su corte ha conseguido entronizar su política en España , donde ha encontrado un partido dócil y sumiso que para sostenerse con el apoyo de Luis Felipe , no ha vacilado en sacrificarlo todo á la conservacion de este apoyo. Luis Felipe ha

conseguido por medio de los moderados españoles, que hasta ahora han sido su juguete, restablecer el pacto de familia y llevar á cabo los planes concebidos por Luis XIV; ha conseguido lo que ni el mismo Napoleon pudo conseguir con todo el famoso ejército que hizo temblar la Europa entera; ha conseguido ejercer sobre el gobierno español una influencia que matando nuestra nacionalidad, le ha permitido decir «*Ya no hay Pirineos.*» Y los moderados, los que componen el partido que Mr. Guizot llama frances, sin contar en nada con los sentimientos nacionales, han respondido con satisfacción: «*Ya no hay Pirineos.*» ¡Ya no hay Pirineos! ¿Qué significa en boca de los moderados esa sonora frase que tantas veces la han repetido desde que se verificó la boda de la infanta de España con el duque de Montpensier? ¡Ya no hay Pirineos! ¿Acaso pretenden decir con eso que el enlace de la hermana de la reina con un príncipe frances es símbolo de una alianza que hace de la Francia y de la España una sola nacion? Si fuese la España tan poderosa como la Francia, si la España no estuviese subordinada á la Francia como un satélite á su planeta, si pudiese haber reciprocidad en este influjo que ejerce la una sobre la otra, entonces al decir *ya no hay Pirineos*, se indicaria tal vez que ambas naciones se han unido con los vínculos de una fraternidad que las rebustece mutuamente, y esto seria un gran paso dado hácia la civilizacion del mundo, el cual, debilitando sin cesar las barreras que separan las naciones y la patriótica preocupacion que las convierte en antagonistas y rivales, se encamina poco á poco á esa decantada unidad que es la base de la felicidad general. Entonces esa espresion, que tan mal suena ahora en

los oídos de todos los españoles que tienen dignidad; esa espresion, que ahora solo significa abyeccion, dependencia, esclavitud, vibraria en nuestro corazon de una manera mágica, y tambien nosotros diríamos con entusiasmo: *¡Ya no hay Pirineos!* Pero ahora, ya no hay Pirineos quiere decir ya somos franceses, ya la Francia ha absorbido la España, ya esta queda borrada del catálogo de las naciones, ya se ha puesto en manos de un tutor que se enriquecerá con su patrimonio, ya se ha entregado á discrecion á quien la tratará como esclava cuya, ya no es mas que una colonia la que fué reina de dos mundos, ya se ha izado la bandera tricolor en el asta en que ondeaban nuestros colores nacionales. *Ya no hay Pirineos* quiere decir: ya la Francia como el Austria tiene su Italia, ya la Francia como la Rusia tiene su Polonia. Es una espresion que nadie la puede proferir sin renunciar á su patria y sin tener corazon de esclavo. Afortunadamente solo la profiere una miserable pandilla considerada por la nacion como extranjera lo mismo que los intereses que defiende, y la corte del Sena se engañó creyendo que la mision de esa pandilla le bastaba para asegurarse en la Península el apoyo de los proyectos que trata de llevar á cabo. Su dominio en España es efimero como la dominacion de los dóciles servidores que tiene en ella. Si tuviese las simpatías de la nacion como tiene las de los moderados, indudablemente podria amenazar con una guerra continental á la Inglaterra y al resto de la Europa; pero en la actualidad España es española á pesar de los que la quieren francesa, y la política de Luis Felipe se estrellará al fin y al cabo en los sentimientos de independencia que animan á los dos grandes partidos na-

cionales. El gran Napoleon de la guerra, cuando á mano armada invadia nuestro territorio, solo era dueño del pais que materialmente pisaban sus soldados; el pequeño Napoleon de la paz, invadiendo con su política nuestros gabinetes, nunca dominará mas que en el estrecho círculo de un insignificante bando, y fuera de este círculo no encontrará un solo español que no sea contrario á sus proyectos. La España liberal permanecerá siempre dispuesta á unirse á la Inglaterra y hasta á la misma Francia democrática para oponerse á todas las miras liberticidas; la España absolutista quedará siempre dispuesta á unirse á las potencias del Norte y hasta á la Francia legitimista para contrarestar ciertas pretensiones dinásticas. Y la España salvará su nacionalidad á pesar de los pesares. No basta que una pandilla quiera ser francesa para que lo sea toda la nacion, y no siendo francesa la nacion, los proyectos del Napoleon de la paz encontrarán siempre Pirineos. No son las córtes ni los gobiernos los que allanan las fronteras, sino los pueblos y nada mas que los pueblos, nada mas que el interes recíproco de unos y otros, y el principio de amor y fraternidad que constituye la esencia del Evangelio, de ese código inmortal, de esa constitucion de todo el mundo que no se somete jamas á las apasionadas deliberaciones de asambleas reformadoras. Solo no habrá Pirineos cuando sean el pueblo español y el frances los que digan: *Ya no hay Pirineos*. Por lo demas, importa poco que lo digan Isturiz y Guizot, el *Heraldo* y el *Diario de los Debates*. Pirineos hay y los habrá eternamente para impedir que la política de las Tullerías haga de la España una colonia francesa y le arrebatte esta vida propia de que ahora apenas da señales bajo la dominacion de los que tan

eruelmente la oprimen. Esos hombres se han engañado si creen que todo se consiguió con el enlace de la infanta; es muy posible que no hayan conseguido nada. Creyendo allanar los Pirineos los han hecho mas inaccesibles tal vez; han despertado sentimientos ya casi dormidos, y engrosado con antiguos odios y con muy numerosos recuerdos nuestras naturales fronteras. Sus alianzas han obligado tambien á los partidos á buscar alianzas para hacerse fuertes contra las suyas, y entregándose á la corte de Luis Felipe, han lanzado á los liberales en brazos de la Inglaterra, y han dirigido hácia el Norte las suplicantes miradas de la España absolutista.

Ni la diplomacia francesa, ni el partido moderado español, que tan dócilmente se ha prestado á ser instrumento de aquella, posponiendo á los mezquinos intereses de bandería los grandes y eternos intereses de la patria, han conseguido ventaja alguna con el enlace de la infanta. A su alianza personal con un partido desacreditado ha sacrificado Luis Felipe la alianza de la Francia con la Inglaterra, tan necesaria á la paz del mundo, al mismo tiempo que él y los moderados de España se han debilitado en el interior, enagenándose las pocas simpatías que les quedaban en el pais, por haber llevado á cabo un proyecto reprobado simultáneamente por todas las naciones de Europa y por todos los partidos de cada nacion. Por de pronto la boda de Montpensier, considerada por todas las grandes potencias como una infraccion indisculpable del tratado de Utrech, ha aumentado las repugnancias que se oponian á que las naciones del Norte reconociesen á la reina constitucional de España, y modificando, como era consiguiente, el es-

tado de la política europea, ha permitido á los carlistas echar sus cálculos acerca del porvenir, y deducir de estos cálculos resultados para ellos muy ventajosos. La Rusia, el Austria y la Prusia contestaron á la infraccion del tratado de Utrech, de que eran ellas signatarias, con la infraccion del de Viena, de que eran signatarias la España y Portugal, la Francia y la Inglaterra, y no sin razon el partido carlista consideró este acto como el primer cartel de desafío dirigido por la Santa Alianza á las potencias constitucionales. Reanimóse desde luego, y ese partido, considerado por los moderados como un cadáver incapaz de dar la mas pequeña señal de vida, se incorporó de repente con toda la fuerza de su briosa juventud, y se atrevió á augurar su triunfo con mas seguridad que en los primeros dias que sucedieron á la catástrofe de Pardiñas y á la retirada de Oráa de los muros de Morella. ¿Quién pudo galvanizar el cadáver de ese partido, cuando se hallaba en un período de descomposicion tal que era ya casi imposible reconocer lo que fué? Los mismos carlistas esplican aun ahora esa resurreccion misteriosa; ellos mismos dicen que si Montemolin hubiese dirigido la política de Francia y de España con su propia mano, no hubiera acertado á dirigirla de una manera tan favorable á sus intereses como los que en la actualidad la están dirigiendo. El tratado de la cuádruple alianza, ese tratado que oponia una barrera insuperable á todas las pretensiones absolutistas, quedó definitivamente roto con las desavenencias producidas por el enlace de Montpensier entre la Francia y la Inglaterra, en tanto que esta última se prepara tal vez para robustecer las alianzas del Norte, enemigas de todas las dinastías reinantes en el mediodía de Europa,

con objeto de mantener en continuo jaque á la corte del Sena y á los demas reyes sobre quienes Luis Felipe egeree su influencia. Impotente en su aislamiento, la Francia queda condenada á una inaccion vergonzosa, condenada á sufrir humillaciones sin poderse desquitar, condenada á devorar afrentas sin fuerza para vengarlas, condenada á ver en el suelo el guante que le echa la Santa Alianza, sin atreverse á cojerlo. Para probarle el caso que hacen de ella, las grandes potencias incorporan la Cracovia al Austria, y si no admite el reto que va envuelto en esa infraccion del tratado de Viena, prepárese para nuevos desprecios, que es seguro que las potencias del Norte no se los escasearán. Si el Napoleon de la guerra resucitase y viese el estado á que ha reducido la Francia el Napoleon de la paz, preguntaria donde está la Francia, donde está aquella nacion que resistió todas las colisiones de la Europa conjurada contra ella, preguntaria donde está aquella nacion toda ejército que al primer toque de llamada hacía de cada hombre un soldado.

Luis Felipe debe estar convencido de que la incorporacion de Cracovia al Austria es no mas que un preludio de lo que puede pasar, es el resplandor y el retumbo del rayo lejano que anuncia la tempestad que se forma en el Norte y que viene hácia el Mediodía donde producirá sus estragos. Y por terrible que sea la suerte de ciertas dinastías, resignense á ella y considérenla como una justa espiacion. Aprendan aunque tarde que no puede faltar al pueblo impunemente quien todo lo debe al pueblo, y que no es posible sostenerse mucho tiempo sino con los mismos principios que se han invocado para elevarse. Momento ha de llegar en que los

que con tanto empeño han tratado de ahogar el entusiasmo público, en que los que han secado casi todos los corazones introduciendo en ellos el indiferentismo político, retrocedan horrorizados delante de su propia obra y pidan en vano á los pueblos el ardor patriótico de otros dias. No encontrarán mas que egoismo, no mas que los mortales resultados de ese veneno inoculado en todos los miembros y que los penetra hasta la médula.

Sin duda Luis Felipe antes de enlazar uno de sus hijos con la hermana de doña Isabel II, habia medido todas las consecuencias de este paso, que no fué por cierto improvisado, pues el pensamiento de semejante enlace habia experimentado en su cabeza un largo período de fermentacion. En la imposibilidad, reconocida desde mucho tiempo, de unir un miembro de su familia con la reina de España, se afaná, como suele decirse, en sacar partido de lo perdido, y comprendió muy bien que llevándose á efecto, como se ha llevado, el enlace de la infanta de España con el duque de Montpensier, conservaria sobre nosotros su funesto predominio y tendria andada la parte del camino mas escabrosa y difícil para llegar al término de sus esperanzas en el caso de morir Isabel II sin sucesion. Esto último no pasa de ser una contingencia que ninguna probabilidad tiene en su favor; pero en asuntos tan delicados, en asuntos en que está interesada la nacionalidad y hasta la vida de los pueblos, no hay contingencia por remota que sea que no hubiera debido precaverse, y no solo debió evitarse lo probable sino tambien lo posible. Cuando menos con la boda de la infanta con un hijo de Luis Felipe, es muy fácil que el poder supremo y la tutoría del rey menor lleguen á manos de un estrangero, y este peligro es tan

grande que debian procurar evitarlo á toda costa los españoles de todos los matices políticos que no han olvidado que tienen patria.

Dos pensamientos capitales presiden la política personal de Luis Felipe, y á estos pensamientos están subordinados todos sus actos. Rey que encontró un trono perdido debajo de una barricada, se avergüenza al parecer del origen popular de su dinastía, y emplea los mayores esfuerzos en hacer inscribir su nombre en el catálogo de los reyes que se llaman de derecho divino. Pero en vano intenta borrar de su dinastía las huellas de las tres jornadas de julio; en vano sacude la cabeza para que se desprenda de ella el agua del bautismo revolucionario. Tal vez su conducta seria mas popular si su origen lo fuese menos; tal vez no opondria tantos obstáculos al triunfo de los progresistas si no tuviese necesidad de hacer méritos para grangearse la estimacion de la Santa Alianza que solo le perdonará, segun él equivocadamente cree, la popularidad de su origen si acierta á borrarla con la impopularidad de su conducta. Pero como su origen lleva consigo las condiciones de un sistema representativo, á las que no le es lícito faltar abiertamente sin esponerse á ser víctima de un sacudimiento como el que lanzó á los Borbones del trono que él ocupa, se ve obligado á transigir con exigencias diametralmente opuestas, con las exigencias populares y con las de las potencias absolutistas. Tiene talento, y sabe conservarse en esa posicion difícil con una habilidad singular, que aun cuando no acredite su buena fé, acredita al menos su cabeza. A esa necesidad de contemporizar con dos principios opuestos se debió su asociacion al tratado de la cuádruple alianza para

combátir á D. Carlos, al mismo tiempo que favorecia á éste con sus secretas simpatías, lo que dió á su política durante la guerra ese carácter de ambigüedad que tan singularmente contrastaba con la franca y abierta conducta observada á la sazón por la Inglaterra.

Y no se crea que protegiese secretamente la causa de D. Carlos con el esclusivo objeto de hacerse grato á los ojos de la Europa absolutista. Ya en aquellos tiempos le ocupaban sus funciones de casamentero, ya entonces previa que la guerra civil terminaria en España con una transaccion, y creyó que estando unido á la causa de Isabel II por el tratado de la cuádruple alianza, y á la de D. Carlos por la proteccion secreta que le dispensaba, la transaccion se verificaria bajo su influencia y le dejaria el derecho de imponer las condiciones matrimoniales que mas pudiesen favorecerle. Su primera idea fué el matrimonio de Doña Isabel II con un hijo de D. Carlos, y al mismo tiempo el de la infanta con un individuo de su familia. Gracias al españolismo de Espartero, el convenio que puso fin á la guerra civil se llevó á cabo sin la intervencion de la Francia, y de este modo Luis Felipe vió estrellarse todos sus proyectos en el patriotismo de un soldado. No por eso abandonó su pretension, al menos por lo que hace referencia al enlace de un hijo suyo con la infanta. Y es porque esta pretension era una de aquellas que no podian abandonarse, era una pretension enlazada con otro de los dos pensamientos capitales que presiden la política de las Tuñlerías. La renovacion del ominoso pacto de familia, que mantenia á los españoles supeditados y esclavos de la política francesa, es un pensamiento que está tan fijo

en la cabeza de Luis Felipe como su mismo cerebro, y el medio mas propio, el medio tal vez único para realizar este pensamiento era la boda que ha conseguido llevar á cabo.

Los moderados creyeron torpemente que con la boda de la infanta y la de la reina la causa de D. Carlos quedaba completamente desahuciada, y ciertamente así hubiera sucedido si tales enlaces se hubieran verificado con el beneplácito de la Inglaterra ó de las potencias del Norte. Entónces la situacion del partido carlista hubiera sido desesperada, porque á pesar de la division de sus adversarios, que mutuamente se aborrecen tanto que casi les falta odio para aborrecer al que antes llamaban enemigo comun, las defecciones le han debilitado de tal manera que ni el mismo Zumalacárregui que resucitase podria con su ascendiente y genio ponerle en disposicion de disputar un momento la victoria. La causa de D. Carlos recibió en los campos de Vergara un golpe tremendo; pero este golpe no mató al absolutismo en su porvenir, y todavía sus defensores alimentaron la esperanza de hacerse dueños de la situacion por medio de una boda. Verificada la de Isabel II con el hijo del infante D. Francisco, quedaron sus ilusiones disipadas, y bien pudo creerse en un principio que semejante acontecimiento seria para ellos mas funesto que el que puso término á la guerra civil. El convenio de Vergara fué la muerte de su ejército, el casamiento de la reina debió ser la muerte de sus esperanzas. Y lo hubiera sido indudablemente si al mismo tiempo que el de la reina no se hubiese verificado el de la infanta contra el consentimiento de la Inglaterra y de toda la Europa absolutista, que con el

objeto de contrarestar las miras codiciosas de Luis Felipe, prestará á los absolutistas de la Península todo el apoyo que necesiten para hacer triunfar sus principios aunque sea sobre las ruinas de mas de una dinastía.

Error fué de los moderados persuadirse de que los realistas de buena fé, los partidarios de D. Cárlos, los que siempre han defendido el trono absoluto, y absolutistas son y absolutistas se llaman y de absolutistas se precian, llevando este nombre con tanto orgullo como nosotros el de liberales, porque nunca los hombres de partido se avergüenzan del dictado que designa su opinion buena ó mala, cuando esta opinion está en la conciencia y es hija de convicciones profundas y no de cálculos egoistas; error fué de los moderados, repetimos, persuadirse de que hombres que tantas pruebas tienen dadas de valor y constancia se condenarian á una inacción absoluta despues del enlace de la reina, ó bien que separando la causa de la familia que la personifica, el principio político del dinástico, el absolutismo de don Cárlos, admitirian el sistema que con tanto teson han defendido cualquiera que fuese la persona que lo representase. Error fué de los moderados creer que los absolutistas antes de tomar consejo de la desesperacion y lanzarse á la lid sin ninguna probabilidad de triunfo, prescindirian enteramente de D. Cárlos y dirigirian todas sus tentativas á personificar su principio en la que es reina de España por la gracia de Dios y la Constitucion de la Monarquía española. Debian haber conocido que un partido que tiene principios cree que tiene razon, y que la razon que se cree tener es una cosa á que nadie renuncia. Si fuesen los absolutistas como los mode-

rados , cuya opinion ambigua , indeterminada y elástica les permite recorrer toda la distancia que separa la libertad del absolutismo, y acercarse mas ó menos á aquella ó á este segun las necesidades del momento ; si tuviesen como los moderados una política de circunstancias, tan maleable , tan dúctil que se acomoda á todas, dándole ellos la forma que á sus intereses conviene ; si como los moderados pudiesen invocar dos principios distintos sin tener ninguno , la libertad bajo el nombre de ilustracion y la tiranía bajo el nombre de órden , invocarian ahora la Constitucion reformada como invocaron los emigrados en el año 43 la del 37 , y disfrazados de constitucionales se abririan paso entre los hombres de la situacion actual , y participarian de las ventajas del poder en tanto que aguardarian una ocasion propicia para ejercerlo ellos solos. Desgraciadamente tienen los absolutistas un color tan pronunciado , un color tal de raza primitiva , si asi puede decirse , que lo mismo que nosotros no pueden confundirse con ningun otro partido , y han de pasar por lo que son sin que quieran , ni puedan aunque quieran , pasar por otra cosa. Solo los mulatos , que no son blancos ni negros, blasonan de negros y de blancos, segun sus pretensiones y segun los odios que dominan donde se encuentran. Solo los moderados, que son los mulatos del mundo político , pueden hacer gala de liberales sobre todo y realistas sobre todo, é invocar contra el pueblo la soberanía del trono , y contra el trono la soberanía del pueblo. Pero los absolutistas no pueden hacer eso ; es preciso que se presenten tales como son , y tales como son se les negará la entrada por la puerta que conduce al poder. ¿Qué hará, pues, ese partido tan terrible que con las armas en la mano sostuvo su causa

heróicamente por espacio de seis años? Cuento ó no para obtener el triunfo con suficientes elementos, el estado de la política europea, creado por la imprevisión de los moderados, le dará aliento para pedir á las armas la victoria que una vez le negaron, y no se resignará á la dura condicion de vencido sin aspirar jamas á ser vencedor. ¿Qué será de los reyes constitucionales de Europa si la Gran Bretaña compra á cualquier precio las alianzas del Norte para impedir que el tratado de Utrech sufra las interpretaciones que quiere darle Luis Felipe, tan favorables á su engrandecimiento y á sus intereses dinásticos? ¿Qué será de ellos si la Gran Bretaña protege las facciones interiores, é imposibilitándolos de este modo para sostener una guerra internacional, los abandona á la discrecion de las potencias septentrionales? Los reyes constitucionales del continente europeo, los que deben su trono á una revolucion popular, ó cuando menos á los esfuerzos de los liberales, sufren un deplorable error si creen que los monarcas del Norte confunden el principio del absolutismo con el principio del derecho divino de los reyes. Aunque Luis Felipe, doña Isabel II y doña María de la Gloria se hiciesen absolutos, no por eso merecerian de las potencias del Norte mas simpatías de las que merecen ahora. ¿Qué les importa á esas potencias que en Francia, España y Portugal haya ó deje de haber Constitucion? Ellas miran la cuestion bajo el punto de vista dinástico y no bajo el político. Para ellas el duque de Burdeos, Montemolin y D. Miguel son reyes legítimos, y á todos les reconoceran amistosamente, como reconocen á la reina de Inglaterra á pesar de ser constitucional, aunque diesen á los pueblos la mas democrática de las constituciones. Y lo que de-

cimos de las potencias, lo decimos tambien de los partidos. Los partidarios que tiene en Francia el duque de Burdeos, los que en España y en Portugal han combatido y están aun dispuestos á combatir á favor de D. Carlos y de D. Miguel, preferirian ver sentados en el trono á sus ídolos con el nombre de constitucionales, á ver en ellos á las personas que los están ocupando, aunque restableciesen el absolutismo con todas sus consecuencias. Asi, pues, todos los conatos de los reyes constitucionales para captarse la voluntad de sus adversarios, todos los pasos hácia atras que les hacen dar sus consejeros en el camino de las reformas, sirven para enagenarles las simpatías de los pueblos sin conquistarles las de los demas reyes. Se debilitan al interior para robustecerse al exterior, y consiguen lo primero sin conseguir lo segundo. Si, en lugar de eso, procurasen hacerse fuertes con el amor de sus verdaderos defensores, poco importarian las alianzas de las potencias del Norte y el abandono de la Inglaterra; los tronos constitucionales se salvarian al grito de libertad, y quedaria basado en los principios el triunfo permanente de las dinastías reinantes.

Desengañense los moderados; ni los absolutistas son impotentes, ni es posible que los partidarios de D. Carlos cedan á los halagos con que traten de atraerlos á sus filas, aunque escriban en su bandera el mismo lema político que las huestes de Zumalacárregui invocaban delante de los muros de Bilbao. Los absolutistas no son impotentes, no, y como estuviésemos tan seguros de que ellos no se apoderarán de la situacion como lo estamos de la caida de los moderados, desde luego nos atreveriamos á augurar para un próximo porvenir el completo triunfo de

la libertad. Sí, los moderados caerán, caerán á pesar del apoyo que tienen en las Tullerías, y que tanto lo robustecieron con la solucion dada al negocio de la doble boda; caerán á pesar de tener la fuerza armada para editor responsable de sus actos; caerán á pesar de que prescindiendo, como prescinden, de la ley para sostenerse, no pueden verse acorralados y obligados á capitular en el estrecho terreno de los principios, porque su conciencia les permite tomar posicion fuera de este terreno; caerán á pesar de todas esas ventajas; caerán sin crédito y sin honra, sin poder invocar un solo principio porque los han profanado todos, sin poderse abrazar á una bandera porque no tienen bandera; la que tenían, la de *paz, orden y justicia*, ellos mismos la han despedazado; ni un giron queda del estandarte que enarboló su hipocresía. Y un partido sin bandera, es decir, sin principios, cuando cae, cae para siempre. Mientras un partido no ha sido traidor á los principios que ha proclamado, aunque sucumba le queda una bandera, y no le puede faltar uno ú otro que la levante del polvo y la tremole de nuevo. Desde que el partido progresista cayó en el año 43, ¡ cuántas son las manos gloriosas que han querido levantar su pendon! Barcelona y Zaragoza lo levantaron al grito de *Junta Central*; Alicante y Cartagena lo alzaron tambien; despues lo tremoló Zurbarano; últimamente lo enarboló Solis. ¿Qué importa que la cimitarra moderada haya cortado á cercen unas tras otras todas esas manos atrevidas? Si otras manos lo levantáran, otras manos cortaria la cimitarra, y otras manos tal vez volverian á levantarlo, y al fin y al cabo dia habia de llegar en que la cimitarra estuviese bastante embotada para no poder cortar ninguna mano.

Este dia llegará indudablemente; pero antes que llegue, ¿cuántos y cuales son los tristes períodos que tenemos que recorrer?

La fraccion puritana del partido moderado, la que con el nombre de conservadora ha pasado á formar un nuevo partido, sucederá probablemente en el gobierno á los hombres de la situacion. Se nos figura que esa fraccion no aspira á otra cosa, y hasta nos atrevemos á decir que su ambicion tiene algo de noble; los puritanos moderados desean el mando, no por lo que el mando es en sí, sino para hacer ver que sus teorías no son imposibles en la práctica, y obrando conforme á ellas esperan poder devolver algun crédito al partido de que son fraccion. Creemos que á esos hombres les engañan sus buenos deseos, y que una vez colocados en la posicion que ambicionan, ya sea que se sientan dominados por una influencia oculta, ya que prácticamente reconozcan la esterilidad de las doctrinas del partido moderado, de que actualmente son ellos mismos los únicos guardadores, tendrán que renunciar á esas doctrinas y seguir las huellas de los que hoy gobiernan. En este caso su caida será como la de estos inevitable, porque las mismas causas producen siempre los mismos efectos. El partido moderado se va desplomando todo entero por falta de fuerza, y no es posible que una fraccion tenga sola la fuerza de que carece el todo. Los moderados todos caerán porque son en la nacion una minoría insignificante; y si el todo es una minoría, ¿cómo no ha de serlo una parte de este todo? ¿No es un absurdo que los miembros sanos del partido moderado pretendan comunicar su vida al cuerpo que está gangrenado hasta el corazon? La dominacion de los puritanos será transitoria, la mas tran-

sitoria de las dominaciones. Si ponen en planta su sistema de gobierno, desacreditarán su sistema: si no lo ponen en planta, se desacreditarán ellos. De todos modos caerán muy pronto. ¿Y quiénes les sucederán? Hé aquí el problema.

La situación del partido moderado es bien desesperada y aflictiva. Ese partido se ha de refundir indispensablemente en uno de los dos nacionales, en el absolutista ó en el progresista, y teme tanto al uno como al otro porque á todos les ha hecho mucho daño. Ha de salir precisamente de su posición, y se encuentra rodeado por todas partes de un mar de sangre. Quiere salir por un lado, y los invindicados manes de los sacerdotes que perecieron en los conventos y las víctimas del Maestrazgo le dicen *atrás*; quiere salir por otro, y le dicen *atrás* los invindicados manes de Zurbano y de Solís. No tiene mas remedio que entregarse á discreción á unos ó á otros, y puesto que se ha de confiar á la generosidad de los absolutistas ó á la de los progresistas, no debería meditar cual de esos dos partidos es el mas agraviado, sino cual el mas generoso. Las ofensas que de él han recibido unos y otros son terribles; y todas las pasaríamos en revista si no deseáramos que se borrasen de la historia contemporánea las inmundas páginas con que los moderados la adicionaron y la están aun adicionando. Solo les diremos por vía de consejo que teman mucho á los absolutistas, que tengan presente que los absolutistas no perdonan, y que aunque ahora encubran sus rencores bajo el velo de una resignación magnánima, el día que pudiesen desencadenar impunemente sus odios, no les valdria á los moderados haberles allanado el camino de un poder que no tardarian en ensangrentar con muy terribles venganzas.

El partido absolutista nunca ha pensado en transigir, y menos en estos momentos en que, desacreditado como se halla el sistema representativo por el mal uso que de él han hecho los moderados, rota por estos hasta cierto punto la alianza entre los tronos y los pueblos, que jamas ha sido muy sincera, y careciendo los constitucionales de todo apoyo exterior, cree que su causa puede renacer con muy fundadas esperanzas de vida, y por lo mismo jamas como ahora se habia sentido tan poco dispuesto á abandonarla. Contra este partido ha de luchar el moderado, al mismo tiempo que contra el progresista que tiene demasiada fuerza y cree tener demasiada razon para ceder de sus pretensiones. El partido progresista no cederá jamas, y los moderados lo saben, y por esto le llaman *incorregible*. La calificacion es justa si con el epíteto de *incorregible* piensan calificar á un partido que lo mismo en la prosperidad que en la desgracia se conserva firme en sus principios; que como los antiguos mártires religiosos desafia y provoca, sin mas escudo que su fé, las poderosas iras de los actuales Dilectos; que se sonrie en la proscripcion con la esperanza de que sus doctrinas darán su fruto en un próximo porvenir, y que cada dia encuentra nuevo aliento en la conviccion de que las persecuciones y martirios dejan la verdad siempre en pié por mas que se pretenda ahogarla en la sangre de sus apóstoles. ¿Es en ese sentido que los moderados le llaman *incorregible*? Pues bien; el partido progresista debe admitir con orgullo esa calificacion que prueba cuando menos su lealtad y constancia. ¿O acaso le llaman *incorregible* porque cuantas veces se ha hallado en el poder, en lugar de pedir consejo á los resentimientos, se ha asesorado con la gene-

rosidad y ha preferido mantenerse vacilante en su puesto á robustecerse con un sistema de terror, imitando la política esterminadora de sus adversarios? Tambien en este sentido pueden con razon llamarle incorregible; solo seria de sentir que el pueblo, que es el verdadero partido progresista, diese importancia á esta reconvencion para enmendarse, porque ¿qué seria de los moderados cuando llegue el dia de la justicia, si el pueblo egoista por un momento, cansado de su generosidad, tan tristemente desengañado y escarmentado tan terriblemente, les volviere persecucion por persecucion, sangre por sangre, balazo por balazo? ¿Qué seria de los moderados si el partido progresista adoptase la enmienda, y les dijese algun dia: Me llamábais incorregible y no teníais razon, pues ya veis que me he corregido?

El pueblo, siempre generoso y magnánimo, es mas pródigo de su sangre que de la de sus enemigos. Y es porque tiene tanta sangre que no la puede agotar aunque la vierta á torrentes. Es porque sabe que es eterno, y que caiga el que caiga en la lucha, él ha de sobrevivir á todas las tiranías. Es porque su vida no es la vida de dos, de cuatro ni veinte individuos, y á esta existencia inagotable debe ese ardor con que se lanza diariamente al combate en busca de un triunfo, pues sabe que este alguna vez será definitivo sin que nunca pueda serlo la derrota. ¿Qué importa que la causa popular sucumba en Alicante? El pueblo queda. El pueblo no es Boné ni ninguno de los demas mártires que perecieron por su causa; tan fuerte es despues como antes de la catástrofe. Esta no impide que el grito de libertad resuene en los valles de Ansó, casi al mismo tiempo que el eco de las descargas que hacen espigar su en-

tusiasmo á Boné y á sus compañeros. También en Ansó la causa del pueblo sucumbe; pero ¿qué importa que sucumba? El pueblo queda. El pueblo no es Zurbano, y no por perecer este renuncia á la victoria; de nuevo la disputa á sus enemigos en Galicia, y de nuevo riega con sangre heroica el campo del combate. Solis es arcabuceado; pero el pueblo no es Solis, y el pueblo queda. Decís bien que es incorregible; no comprendéis que vuestro empeño es temerario, que tratáis de acabar con una cosa eterna, de matar á un inmortal. No comprendéis que los principios liberales no están en la cabeza de un hombre ni en el corazón de un hombre, sino en la cabeza y en el corazón del pueblo, en esa cabeza y en ese corazón que son la síntesis, que son el conjunto de todas las cabezas y de todos los corazones. No comprendéis que es inútil derribar la cabeza de un hombre ó arrancar el corazón de un hombre; los principios son como el alma, no mueren con el cuerpo ni en el cuerpo.

Los moderados como partido no tienen ninguna fuerza. Ese partido, que solo existe en los países regidos constitucionalmente designándose en cada uno con un nombre distinto, es en todas partes y particularmente en España el mas impopular de todos, como lo prueban evidentemente los medios mismos que ha de emplear para sostenerse en el poder. Si tuviese su apoyo en el pueblo, robusteciendo á este se robustecería él, y puesto que en debilitar al pueblo es en lo que principalmente consiste su táctica, á cualquiera parecerá muy lógico deducir de eso que el partido moderado no tiene su apoyo en el pueblo. Para no ser vencido en el terreno de la fuerza necesita que no haya milicia; para no serlo en

el terreno electoral, necesita reducir todo lo posible el número de electores. Dé armas al pueblo, y le derribará una insurreccion; dé al pueblo la facultad de elegir á sus representantes, y en las urnas electorales hallará una muerte cierta. De eso está el partido moderado tan convencido, que no consiente por lo mismo que haya milicia, ni consentirá jamas que se amplifique la ley electoral. Si tuviese el pueblo á su favor, sus probabilidades de triunfo en las contiendas electorales estarian en razon directa del número de votos que emitiese el pueblo, y tambien en razon directa del número de armas que tuviese el pueblo sus probabilidades de triunfo en las contiendas á mano armada. ¿Cómo, pues, el partido moderado no consiente que haya milicia, ni que el pais se halle representado por el mayor número de electores posible? Es claro, porque no tiene el pueblo á su favor.

A esta conclusion no les falta á los sofistas del justo medio un argumento que oponer. Casi suponen que en materia de votos debe darse mas importancia á la calidad que á la cantidad; dicen que es menester que el elector tenga conciencia del acto que egerce, que es indispensable que conozca toda la importancia y trascendencia de su voto, y al mismo tiempo no exigen de los electores ninguna garantía de honradez para que voten con el mejor deseo de acierto, y su ley electoral excluye las capacidades, que son las que podrian dar un voto mas acertado. Esta sola observacion destruye su sofisma. Los que á sí mismos se han calificado con los modestos títulos de *hombres honrados* y de *supremos inteligentes*, buscan todas las garantías en el oro y no mas que en el oro, como si la riqueza diese inteligencia y vir-

tudes, ó como si las virtudes y la inteligencia no fuesen las únicas de que depende el acierto. Para que un cualquiera pase á ser elector basta que le caiga el primer premio de la lotería, ó que logre enriquecerse aunque sea con medios de mal género, de lo que resulta, segun la teoría de los sofistas del justo medio, que de un instante á otro puede ilustrarse la conciencia de un hombre hasta tal punto que merezca entrar hoy en el palenque electoral cuyas puertas le estaban ayer cerradas. ¿No es magnífica esa metamorfosis de la conciencia y del entendimiento, que lo mismo que la fortuna puede depender de un golpe de dados, de la falsificación de un testamento ó de la salvacion de un alijo de contrabando? Dígase que el oro da conciencia, que el oro da capacidad; hágase al oro elector y elegible, y no faltarán copias en España de los muchos repugnantes originales que ofrece la Francia, donde Lamennais, tan respetable por su talento como por sus virtudes, nunca ha sido elegible ni elector, y sin embargo era elector y elegible el verdugo que guillotiné á Luis XVI.

Con lo que hemos dicho no hemos hecho mas que deducir de la conducta de los moderados la conviccion que tienen ellos mismos de que la gran masa del pueblo les es adversa. Esponemos simplemente el hecho, sin remontarnos á las causas á que se debe; ponemos en evidencia su impopularidad sin decir porqué son impopulares. Cuando lo son, razones hay para que lo sean, y no nos será difícil encontrar estas razones. Ahora, concretándonos al hecho, añadiremos que la fuerza del partido moderado es negativa; los partidos no tienen mas fuerza real que la que les da el pueblo, y los moderados para existir necesitan que el pueblo sea débil, que

no tenga accion moral ni material, que carezca de medios de ataque y de medios de defensa. Para sostenerse en el poder no procuran robustecerse, sino debilitar á su contrario, que es siempre el pueblo. No procuran robustecerse, porque saben que robustecerse es imposible, porque saben que el pueblo es el único que pudiera darles fuerza y el pueblo se la niega. Y bien triste es por cierto la posicion de un partido que hallándose en el poder tiene la conciencia de su propia debilidad, y en la imposibilidad de crearse en la opinion pública un apoyo que esta le niega, se ve precisado á combatir esta opinion y á ponerse cada dia mas en desacuerdo con ella. Los medios mismos que siendo débil ha de emplear para sostenerse sirven para aumentar su debilidad. Si transige en sus actos con la opinion pública, él mismo da armas á esta opinion para que le derribe, y su caida es inevitable; si no transige con ella, cada dia la tiene mas contraria. En esta dura alternativa se halla colocado el partido moderado, en la actualidad dominante; se ve obligado á combatir la opinion para que no se le eche encima, é imposibilitado de adquirir fuerza porque tiene que combatir la opinion, que es la única que pudiera dársela. Tan cierta es la caida de ese partido, que si no naufragase en la tempestad que le está amenazando, caeria por sí solo bajo el peso de su descrédito, aunque no tuviese enemigos que le hostilizasen, ni golpes que contestasen á sus golpes; caeria porque no puede dejar de caer; caeria estenuado, por falta de fuerzas, porque debilitándose sin cesar ha de llegar un dia en que el marasmo sea completo y acabe de extinguirse en él completamente el principio de vida, esa *vis insita*, esa *vis innata* que en los individuos es el alma y en los partidos

es la opinion pública. Solo el pueblo es eterno como Dios, y solo eterno el partido que se apoya en el pueblo, porque ese partido es el mismo pueblo. Los demas partidos no hacen mas que disputarse los períodos de transicion, los dominios de un trienio, de un año, de un dia ó de un cuarto de hora.

La debilidad de un gobierno ó de un partido puede graduarse por la violencia de los medios que emplea para sostenerse. Esos medios violentos le dan cierta apariencia de fuerza que se asemeja mucho á las bravatas con que trata un cobarde de disimular su miedo. El que tomase por real esa fuerza aparente, se equivocaria como el que tomase por vigor las violentas pulsaciones de un físico á quien consume una calentura mortal. Un partido débil y obligado á debilitarse mas y mas, como el moderado, se encuentra en la posicion del ébrio que bebe vino para apagar la sed que le da el vino, en la posicion del infeliz cuyas fuerzas ha agotado el abuso de los licores, el cual cuando la debilidad le hace caer, pide nuevas fuerzas á los licores mismos que se las han quitado, y los licores en realidad se las dan, pero se las dan pasajeras para dejarle despues mas débil todavía que antes.

El partido moderado, débil por su falta de apoyo en el pais, ha tenido que declararse enemigo del pais mismo y con eso enagenarse mas y mas sus simpatías, cuando la falta de estas es precisamente la causa de su debilidad. Su debilidad le ha obligado á cometer atentados, y estos atentados debilitándole mas le han obligado á cometer otros nuevos. Ya no puede prolongar su existencia de otra manera, ha de pedir la vida á lo mismo que le mata. ¿Quién duda, pues, de su caída?

¿No es acaso su muerte una consecuencia natural de su mismo modo de existir?

Ya en la actualidad pudiéramos decir que está muerto ó al menos que no tiene existencia propia, esa existencia que solo la dan los buenos principios cuando tienen en la opinion su punto de partida: el partido moderado ya no tiene principios buenos ni malos; su política es puramente de circunstancias, indeterminada como estas; no sabe hoy lo que hará mañana; su voluntad nada domina; su vida no es suya; no tiene mas fuerza que la que nunca falta á los que ocupan el poder, que es el poder mismo, esa fuerza que la tendrían también seis ministros por el mero hecho de ser ministros, aunque tuviesen en contra todos los partidos. También tienen un ejército, pero esa fuerza es consecuencia de la que acabamos de indicar, y la tienen los moderados, no como moderados, sino como dueños de la situación; la tiene el gobierno porque es gobierno y los moderados porque el gobierno es moderado. Los soldados en su mayor parte no saben si es bueno ó malo lo que hace el partido dominante; ningún vínculo político les une á él; autómatas de carne, muchos de ellos hasta ignoran de qué color es el ministerio; pero sujetos á la ordenanza, son instrumentos del gobierno porque se lo manda la ordenanza. Prescindiendo de esa fuerza, los moderados no tienen ninguna, y esa no puede llamarse suya sino mientras están en el poder. Por lo demás el ejército es poderoso. Nuestros moderados, siguiendo en un todo la política de Luis Felipe, han adoptado también el sistema de la *paz armada*, la cual no es como creen algunos la aplicación práctica de aquel principio: *si vis pacem, para bellum*. Nada de eso. La misión de un ejército que al primer gesto ame-

nizador de la Inglaterra se retiró de las fronteras de Portugal, no es seguramente la de asegurar la paz haciéndose imponente para el caso de que alguno tuviese intencion de declararnos la guerra; su mision no es otra que contener la opinion pública abiertamente pronunciada contra el actual órden ó actual desórden de cosas. La opinion pública no pertenece á solo un partido, está dividida entre los carlistas y los liberales. Si mañana una guerra internacional distrajese al ejército de su objeto, los elementos de libertad y absolutismo, libres de esa masa de bayonetas que los comprime, se levantarían impetuosos y terribles, y ni rastro quedaria de la dominacion moderada, durante la cual los moderados han cometido tantos escesos y han sido tan inicuos con los caidos, que ni siquiera les queda derecho de levantar una bandera blanca en señal de capitulacion. Tendrian que rendirse á discrecion y confiarse á la generosidad de los vencedores. Y aqui volvemos á preguntar: si ese caso llegase, si atacados á la vez por los liberales y los absolutistas tuviesen que entregarse á unos ó á otros, ¿á cuáles se entregarían, á estos ó á aquellos? Creemos que no seria inoportuno que se ocupasen de eso los moderados para tener de antemano tomada su resolucion, puesto que á la que traten de tomar es menester que ya desde luego empiecen á acomodar su conducta.

Aunque los medios que emplean los moderados para apoderarse del poder y sostenerse en él fuesen menos violentos y repugnantes, no por eso su sistema adquiriria gran crédito, ni lograria popularizarse lo suficiente para conservarse por la fuerza de su solo prestigio. Su sistema es esencialmente malo, y tendrá siempre en contra la mayoría del pueblo, que no creyendo que una

cosa puede ser mala por demasiado buena, parte de principios absolutos y no quiere desembrollar la metafísica de esas doctrinas, que en lugar de buscar la verdad en la verdad, la buscan entre la verdad y la mentira. Si la libertad es un bien, ¿qué mal puede hacer por mucha que sea? Si es un mal, ¿qué bien por poca que sea puede producir? Dadnos todo el bien ó quitadnos todos el mal: esa es la lógica de los pueblos, y ciertamente su raciocinio es demasiado fuerte para estrellarse en ninguna sofistería, en ninguna argucia, en ninguna falsa sutileza.

Con todo, en la imposibilidad de alucinar al pueblo con sofismas que quedan disueltos al ponerse simplemente en contacto con la lógica natural, con esa especie de reactivo que nunca falta á los que no carecen de sentido comun para encontrar la mentira por mas que se les presente envuelta y combinada con verdades las mas alucinadoras; en la imposibilidad, decimos, de engañar al pueblo con sutilezas de espíritu que el pueblo ni se toma la molestia de discutir, los moderados debian distraer la atencion general del campo de la política llamándola á un punto de felicidad positiva, dependiente del desarrollo de los intereses materiales. En cambio de su libertad debian darle al pueblo algo bueno, algo bueno en cambio de los derechos que le han quitado. Luis Felipe, mas hábil que nuestros hombres de estado, ha conocido eso perfectamente; ha procurado entronizar una especie de indiferentismo político, que le permite obrar sin que la masa general de la nacion se ocupe de sus tendencias; ha sabido enlazar la existencia de su trono con la prosperidad nacional al menos aparente, y de este modo ha conseguido desarmar á los

numerosos enemigos de su política, dispuestos á hacerle una guerra encarnizada desde que encontró el cetro de Cárlos X perdido entre el sangriento lodo de las barricadas de julio.

Al pueblo español nada le dan los moderados para consolarle de lo que le quitan. No le compran sus derechos sino que se los roban, y por eso el pueblo los reclama, y los reclamará hasta que se los devuelvan. No teme como los franceses la palabra desórden, porque en un pais como este, sin industria, sin agricultura, casi sin comercio, el paso de las insurrecciones apenas deja huella. Por otra parte, ¿sabe el pueblo español lo que quiere decir órden? ¿No ha visto empleado siempre ese vocablo para impedir que el desórden pasagero de las calles se oponga al desórden constante del gobierno? ¿Y el desórden del gobierno no ha sido siempre en España mas sangriento que el de las calles? A mas de que no ignora el pueblo que el órden de los moderados es el traje con que se disfraza el despotismo.

La palabra órden, que en Francia es el mejor antidoto que puede oponerse al descontento del pais, no tiene eco entre los españoles que nunca han visto cadalsos levantados por la mano popular, que no tienen escrita con sangre de reyes la historia de sus revoluciones, y que jamas han sido testigos de un órden tan verdadero como en los momentos mismos en que el pueblo, apoderándose de la situacion á mano armada, ha quedado por algun tiempo sin gobierno. Muchos españoles han llegado á persuadirse no solo de que la palabra órden en boca de los moderados es una mentira, sino de que para haber órden no se necesita gobierno, y hasta de que es preciso que no haya go-

bierno para que haya orden. La mejor palabra que tenían los moderados para popularizarse, ó al menos para hacerse tolerables, está ya tan desacreditada como ellos.

Otra de las causas de las simpatías á que en España se hace acreedor el partido moderado se encuentra en su falta de filantropía y patriotismo. En Francia el justo medio es frances; en España no es español. Ni lo es en su origen, ni en sus medios de entronizarse y conservarse; ni tampoco sus partidarios son españoles de corazón. A sus mezquinos intereses individuales sacrifican siempre la patria. Eso solo levanta una barrera entre ellos y el pueblo. No hablemos de su política cruel. Cuando en Francia ó en Inglaterra se suscita una cuestion humanitaria, la abolicion del tráfico de negros, la de la pena de muerte, la reconquista de la nacionalidad polaca, los hombres mas eminentes del partido moderado defienden con su elocuencia los derechos de la humanidad ultrajada, y el pueblo, olvidando que son moderados, les bendice como á sus apóstoles. En España un Alcalá Galiano, que ha necesitado para un hijo suyo un indulto de escepcion contrario á todas las leyes, se negó á pedirlo á favor de unos desgraciados reos políticos que no habian cometido ninguno de esos crímenes que no dejen de serlo segun el prisma al trasluz del cual se miran. En el partido moderado frances no se hubiera encontrado para una cuestion como la de Rengifo ningun Alcalá Galiano. Por eso su descrédito es mucho menor, y aunque el justo medio es en todas partes esencialmente impopular, en España es mas impopular que en todas partes por el carácter de sus defensores, y tambien por los instintos del pueblo, que es demasiado franco y leal para

someterse voluntariamente á un sistema de mentiras.

Despues de probar que el partido moderado está falto de prestigio , que carece de popularidad, que como partido no tiene ninguna fuerza , no nos ha sido difícil encontrar la causa de ese descrédito , que no le permite ya rehabilitarse , en lo absurdo de sus teorías , en lo funesto de la aplicacion de sus doctrinas , y sobre todo en la falta de habilidad y de virtudes de los corifeos que principalmente lo representan. Ahora falta ver cual es el porvenir de ese partido , débil , desvirtuado , que no cuenta con mas fuerza que la que le da la actualidad del mando , el dominio del momento , la posesion pasagera del poder , la circunstancia eventual de hallarse hoy al frente de los negocios , de ese partido que dejará de existir el dia que deje de ser dueño de la situacion. Como no tiene mas existencia política que la que debe al poder , faltándole el poder por precision ha de quedar políticamente muerto. Por eso no hay medio, por repugnante que sea á la conciencia de los hombres de bien , de que los moderados no echen mano para conservar el mando ; el mando es su vida , y el dia que lo pierdan no les quedará ya aliento para reconquistarlo. De eso están ellos mismos tan convencidos , que no tienen ningun empeño en dejar para cuando caigan un solo recuerdo hermoso de su administracion que les sirva de apoyo en el pais para levantarse de nuevo. Comprenden que esa especie de resurreccion es imposible , y esta idea les hace tener en muy poca estima su reputacion, y hasta les hace perder el amor á su propio partido por lo mismo que saben que no tiene porvenir. El espíritu de partido se ha convertido en ellos en puro individualismo ; cada uno de sí no piensa mas que en adqui-

rir títulos , condecoraciones y riquezas , acabando de comprometer con su codicia el nombre de su comunión ; cada uno de por sí dice : *el partido* se pierde , pero *yo* me salvo . Ya no tratan de cohonestar como en otro tiempo con palabras bellas intenciones depravadas ; ya son arbitrarios con cinismo , ambiciosos con descaro , malos sin máscara de bondad ; ya han tirado hecho girones el manto de la hipocresía con que se encubrieron para ocultar su deformidad , y someten sin pudor á la consideracion del público los malos actos que revelan sus avaros instintos , sus tendencias despóticas , sus hábitos sanguinarios , y todo el egoismo y todos los vicios de que adolecen . Tal es hoy el partido moderado . Si hay elecciones , ya no halaga á los electores con promesas que no piensa cumplir , sino que les impone el candidato que han de votar , y pide á las amenazas el triunfo que antes pedía á los amaños . Confesemos que tampoco puede hacer otra cosa . Conocidas sus farsas , hace bien en no valerse de ellas . ¿ De qué sirve el disfraz , cuando por él es conocido el que lo lleva ? Ya lo que el partido moderado no consiga con la violencia , no lo ha de conseguir con la mentira . Ya ha perdido hasta la facultad de mentir , lo que no deja de ser una gran ventaja .

¿ Evitará su muerte el partido moderado ? Eso equivale á preguntar si el partido moderado se perpetuará en el mando . No , no se perpetuará . Como todos los partidos que , en lugar de apoyarse en los principios que son eternos , se apoyan en personas que son mortales , el partido moderado es mortal como las personas en que se apoya . Un golpe de apoplejía que mate á Luis Felipe , será un golpe de apoplejía para todo el partido moderado . Un acontecimiento cualquiera , nacional ó es-

trangero, que rompa un eslabon de esa cadena de influencias que une la política de España á la de las Tu-llerías, es suficiente para que el partido moderado deje de existir. Su vida es de consiguiente precaria; la tiene prestada, y puede muy fácilmente interceptarse la comunicacion por cuyo medio la recibe. El cree sin embargo que la boda de la infanta hará sobrevivir á Luis Felipe las influencias con que este le alimenta. Es un error. El padre de Mirabeau decia de su hijo: *Es una botella que hace veinte y un años que está tapada. Si se la destapa de repente y sin precaucion, quedará vacía.* Fernando VII parodió esta frase diciendo: *La España es una botella de cerveza cuyo tapon soy yo; el dia que yo muera vereis como hierve lo que tiene dentro.* Y en efecto, lo hemos visto y lo estamos viendo; Fernando VII tenia cuando menos la conciencia de su poder, como lo acredita muy bien su vaticinio. La Francia en la actualidad es tambien una botella de cerveza cuyo tapon es Luis Felipe. Dejemos que salte este tapon; no se encontrará otro tan ajustado, no se encontrará otro que cierre tan herméticamente la botella para que no salgan los espíritus que contiene. Luis Felipe tiene una política propia para la cual no encontrará herederos dignos; la trama que él ha empezado solo él la puede continuar. ¿Quién la continuará cuando él muera? Y si se rompiera uno de los hilos que la estienden hasta España, ¿quién lo anudaria? ¡Ay del partido moderado el dia que se rompa!

Si la dominacion de ese partido no dejase en pos de sí una huella sangrienta; si este período anómalo y desastroso que estamos atravesando no quedase escrito con lágrimas de desesperacion en el seno de muchas fa-

milias; si en esta especie de borrasca que corremos, en que hubieran naufragado los principios como fuese posible que los principios naufragasen, no hubiesen naufragado tantas personas; si al atacar las instituciones, no se hubiesen inscrito tantos nombres en el martirologio de los libres, no nos quejaríamos, no, de los inesperados sucesos que hicieron á los moderados dueños de la situacion. No nos quejaríamos, no; nos daríamos el parabien de una derrota, que poniendo al arbitrio de los moderados los destinos del pais, les ha inutilizado para lo sucesivo, ha muerto su porvenir para siempre, no les ha dejado siquiera para el dia que pierdan el poder esa esperanza de reconquistarlo que alienta sin cesar á los partidos caidos. Esa esperanza que nace de la fé en los principios no puede animar á unos hombres que han renegado de todos los principios. En la embriaguez de su triunfo creyeron que podian prescindir de los que hasta entonces habian invocado; apenas llegaron al poder trocaron en cinismo la hipocresía con que para alcanzarlo habian coonestado sus malos instintos; se apresuraron demasiado en quitarse la carela; se creyeron invencibles; se hicieron ilusiones acerca de su propia fuerza, y los miserables, como si nada tuviesen ya que temer, se presentaron á los ojos del pueblo con su fisonomía natural, harto repugnante por cierto. En vano algunos de ellos, mas cautos ó mas conciencizados, forman una fraccion que para no participar de la responsabilidad de las demasías de sus correligionarios, clama contra ellos en la tribuna y en la prensa. Esa fraccion es una mano del partido moderado impotente para deshacer lo que hace la otra. En las circunstancias de prueba, en los momentos que podria con-

seguir algun crédito , la tibieza en sus ataques , la falta de energía y hasta de espontaneidad en su oposicion, dan á conocer demasiado el todo de que formaba parte, la masa comun de que se ha desprendido. El pueblo en esta lucha apenas ve mas que el encuentro de algunas pretensiones aisladas y de algunas ambiciones enteramente personales, y por eso comprende á todas las fracciones del partido moderado en un anatema general. Poco mas espera de las unas que de las otras ; las ha visto unidas y compactas concurrir todas á un mismo fin en las cuestiones que son para él de vida ó muerte.

¿ No votaron y aplaudieron todas la reforma en un sentido retrógrado de la Constitucion de 1837, contra el voto del Estado? ¿ No son todos responsables de la reforma electoral que imprime á las instituciones un carácter enteramente oligárquico? ¿ No son todos cómplices en esa ley de Ayuntamientos que quita la vida de los pueblos para dársela al poder, que arrebatá al pais toda la fuerza de desarrollo material y todos los medios de accion para oponerse á las demasías de los que le gobiernan? ¿ No se han opuesto todos los moderados, al mismo tiempo que han clamado muchos de ellos contra la dictadura militar , á la organizacion de la Milicia nacional, única que pudiera contrarestarla? Pues si en esos puntos capitales han obrado todos de acuerdo contra el pueblo, ¿ es admirable que el pueblo no se tome la molestia de distinguir unas de otras las distintas fracciones en que el partido moderado se divide? ¿ Acaso no ha visto ocupando el puesto de Narvaez al gefe de una de las fracciones que le hacian la oposicion? ¿ Y obtuvo por eso alguna medida reparadora? ¿ Fué la política menos cruel , menos dura,

menos sanguinaria? Respondan los mártires de Galicia, respondan los que alucinadamente creían que subiendo Isturiz al poder, las cuatro provincias de Cataluña dejarían de ser un bajalato.

La generalidad del país, que todo lo juzga en globo y que habla siempre de una manera absoluta, si bien sabe que los moderados se hallan profundamente divididos, no vacila en decir que todos están conformes en una cosa, en el esterminio de los progresistas. A pesar de que lo que llevamos dicho acerca de la conducta de los moderados revela bien el origen de esas ideas, debemos manifestar que nos parecen exageradas. No hemos visto en el número de esos moderados, que pasan por tolerantes y hasta por medio liberales, ninguno que tuviese bastante resolución y firmeza para oponerse á los atentados de que diariamente son víctimas los hombres de la comunión progresista; pero algunos hemos visto intercediendo en obsequio de la humanidad á favor de Rengifo y otros reos políticos condenados á la última pena. Eso nada dice en defensa de la política de los moderados, justamente calificada de bárbara por propios y extraños; prueba sin embargo que entre ellos hay algunos en cuyo corazón el espíritu de partido no ha ahogado los sentimientos de hombre. A pesar de esas escepciones honrosas, no creemos que el país se diese por satisfecho con ver las distintas fracciones moderadas reemplazándose en el mando. El país necesita y desea que los moderados caigan del poder, y caerán irremisiblemente. Caerán, no hay entre ellos uno solo que no conozca que su caída es inevitable; que hace mucho tiempo que todo lo que su partido vive, lo vive de gracia; que rechazado por la conciencia pública, en tres

años ha envejecido , ha caducado hasta el extremo de no poderse sostener. El partido moderado caerá; ha vivido todo el tiempo necesario para colmar su descrédito. Caerá , no como caen los torys en Inglaterra y los doctrinarios en Francia , porque España en nada se parece á la Francia ni á la Inglaterra , y sobre todo porque nuestros moderados en nada se parecen á los torys y á los doctrinarios que se han propuesto remedar. Caerá para no levantarse jamas. Cuando cayó en el año 40 no estaba aun bastante desacreditado , y por lo mismo nunca dudamos que recobraría su posicion. La necesidad de contemporizar algun tanto con los progresistas para que luchasen contra D. Cárlos , con el ardor que les infundia la idea de que en la cuestion dinástica iba envuelta una cuestion de principios, no permitió á los moderados manifestar todo el odio que tenian á las reformas. Ahora ese odio es ya de todo el pueblo conocido: por espacio de tres años los moderados han abusado de las ventajas de su posicion sin contar con que podia ser precaria; han conculcado todos los principios; no han dejado uno solo intacto ; ni uno solo se han reservado que mañana pueda servirles de bandera para reconquistar su posicion perdida. Porque ¿ qué principio invocarán, qué palabra santa pronunciarán que no sea en su boca un sarcasmo ?

¿ Hablarán al pais de paz ?

El pais les dirá que á sus medidas contemporizadoras y á sus conatos de transaccion vergonzosa se debió la prolongacion de la guerra civil ; les dirá que no quiere la paz interior conservada á costa de su libertad, ni la paz exterior obtenida á espensas de la dignidad nacional ; les dirá que cuantas veces han caido del po-

der, han esparcido semillas de disensiones intestinas en todos los ámbitos de la Península, hablando á los vascos de fueros, á los andaluces de libertad de comercio, y al mismo tiempo á los catalanes de industria algodouera; les dirá que quisieron lanzar la nacion á una guerra contra Portugal, y que esa guerra hubiera tenido lugar si las bayonetas de nuestros soldados no se hubieran embotado en los santos principios que los portugueses tomaron por escudo; si el leopardo ingles no hubiera enseñado sus garras y con un espantoso rugido no hubiera dicho ¡atrás! á las invasiones liberticidas; si la nacion española no hubiera simpatizado mas con la causa de un pueblo extranjero que con la causa de su propio gobierno; si los liberales de todos los paises no se hubieran considerado como hermanos, y no hubieran levantado la enseña de sus principios comunes sobre las ruinas del egoismo nacional y de todas las preocupaciones patrióticas, repudiadas no menos por nuestro evangelio político que por nuestro evangelio religioso.

¿Hablarán al pais de orden?

El pais les dirá que no quiere un orden fundado en una inaccion política completa y en la enagenacion de todos los derechos, un orden que deporta y fusila, un orden que puebla de hombres honrados las cárceles y los presidios, un orden que premiando la delacion y condecorando á los espías se espone á recompensar la calumnia, un orden que crea una policia que en nada disminuye los crímenes, que no aumenta la seguridad individual y que la han de mantener las clases productoras con el sudor de su rostro, un orden que se afianza en una institucion de esbirros, compuesta de hombres bien nutridos, pero que valen tan poco que son esbirros, y que

en lugar de estar incrustados en las esquinas como parte constitutiva de las mismas, podrian muy bien consagrarse sus brazos á la agricultura, y trabajar en caminos y canales.

¿Hablarán al pais de justicia ?

El pais les dirá que no puede haber justicia donde las leyes no son la espresion de la voluntad general, y donde á pesar de no serlo las infringen cuando les conviene los que tienen la obligacion de hacerlas respetar; les dirá que no puede haber justicia donde todo se otorga al favor y nada al mérito; les dirá que no es justicia agoviar al pobre pueblo bajo el peso de insoportables contribuciones, y sin embargo dejar á muchos que han sido beneméritos servidores del estado pereciendo de miseria, mientras algunos *horros de ayer* lucen magníficos coches, mientras se aumentan los sueldos á los altos empleados, y mientras en suntuosos banquetes se disipan millones y millones, escarneciendo de ese modo la pobreza pública.

¿Hablarán al pais de libertad ?

El pais les dirá que él la quiere para todos y no solo para los que mandan y sus paniaguados.

¿Hablarán al pais de religion ?

El pais les dirá que la religion está fundada en el amor recíproco de los hombres, y que el sistema de los moderados es un sistema de egoismo, de exclusivismo, de avaricia, de persecuciones y venganzas. Les argüirá con el decálogo, que es la base de nuestra religion, y recorriendo uno tras otro todos los preceptos, les preguntará cuáles son los que ellos no han infringido. No, no hay una palabra santa que puedan invocarla para atraerse una simpatía, para reconquistar el poder cuando lo ha-

yan perdido. Ya no tienen caretas que ponerse, y su rostro natural es demasiado antipático. Todo lo perderán en un día, todo, hasta el porvenir.

Siga mientras tanto ese partido sacrificando á lo presente todo lo futuro. No puede dejar de hacerlo así para prolongar un poco su vida de agonía. Su debilidad le obliga á ser arbitrario, y sus arbitrariedades aumentan su debilidad. Es su destino, es una necesidad de que no puede prescindir. Nosotros así lo conocemos, y ciertamente no nos quejamos de los malos medios que emplea para sostenerse, puesto que no tiene otros, sino de que se empeñe en sostenerse teniendo que emplear tan malos medios.

Las infracciones de ley de los moderados no son más que el apoyo de otras infracciones; si cometen una ilegalidad es para dejar otra ilegalidad triunfante; sus arbitrariedades no son hijas de las circunstancias, sino que forman una parte integrante, una parte constitutiva y esencial de su sistema de todos los tiempos. Obran siempre como si las circunstancias fuesen extraordinarias, y hasta cierto punto tienen razón, porque mandando los moderados las circunstancias son extraordinarias siempre. Infringiendo las leyes, colocan al país en un estado excepcional, y luego el estado excepcional del país les obliga á infringir las leyes. Si se les pregunta por qué toman medidas extraordinarias, responden que son extraordinarias las circunstancias, á lo que se les podría replicar que lo extraordinario de las circunstancias nace de lo extraordinario de las medidas. Malo es que se creen circunstancias extraordinarias, no que se empleen medios extraordinarios contra ellas. ¿Que-  
reis, dirán, que hallándose el país en un estado anor-

mal no nos separemos de la ley? ¿Y quereis, diremos nosotros, que separándoos de la ley no se halle el pais en un estado anormal? ¿Este estado anormal no se debe acaso á vosotros mismos? ¿En vosotros acaso la infraccion de las leyes no precede siempre á la necesidad en que despues os encontrais de infringirlas?

Los progresistas no son como los moderados; reprobaban las ilegalidades innecesarias que cometen sus corifeos lo mismo que si las cometiesen los corifeos de los demas partidos. Hasta en detrimento propio el partido progresista ha combatido mas de una vez á los hombres de su comunion, y es porque para el partido progresista los hombres significan muy poco, es porque para él los principios lo son todo; pero los moderados, que no tienen principios, los moderados, que no son correccionarios sino miserables lacayos de los que salen de sus filas para subir al poder, los moderados, maniqués de sus corifeos, autómatas serviles, máquinas verdaderas de aplaudir sin voluntad propia, los moderados todos son cómplices en cuantos malos actos pueden echarse en cara á sus corifeos, y pesan sobre todos las acusaciones que se dirigen á cada uno y sobre cada uno las que se dirigen á todos. Preguntan en todas y en cada una de las cuestiones que se agitan como piensan sus caudillos para saber como piensan ellos. Son miserables. Con todo, no olviden que ese es el único medio para sostenerse, si bien les inutiliza para el porvenir. Cuando caigan caerán todos juntos, pero mientras tanto la subordinacion les permite sostenerse. Un ejército pequeño es el que mas disciplina necesita, y ellos han sido muy disciplinados. Los progresistas, al contrario, no consienten de sus cabos que les amenacen con

la vara ; cada uno de ellos tiene una conciencia que le sirve de guia, y cuando marchan todos por un mismo camino, no es por disciplina seguramente, sino porque á todos conduce á un mismo punto la conciencia de cada uno.

El partido moderado, que todo lo debe á la disciplina, ha visto con dolor en estos últimos tiempos relajarse la subordinacion en sus filas, y trabaja en vano para restablecerla. Los conservadores, si bien se considera, no son mas que soldados insubordinados, soldados que se empeñan en rescatar su voluntad empeñada en el Montepío de la situacion, y que de lleno han infringido ya la ordenanza. Aunque esto no fuese, aunque conservase el partido moderado su primitiva unidad, seria insuficiente la disciplina para evitarle una próxima derrota. Rota la cordial inteligencia entre la Francia y la Gran Bretaña por el enlace de Montpensier, el rey de la primera de estas naciones se encuentra reducido á un aislamiento que le espanta, y procurará salir de él á toda costa aunque tenga necesidad para conseguirlo de retirar su mano á los moderados de la Península, y de renunciar hasta al objeto que con la boda de Montpensier se propuso llevar á cabo. Luis Felipe preferirá mil veces disipar el dorado sueño de asegurar en España su supremacía favoreciendo á los moderados y colocando en el trono español la dinastía de Orleans, á aceptar una guerra europea que en último resultado arrojaría esa misma dinastía hasta del trono de la Francia. Por de pronto la Inglaterra y las potencias del Norte han conseguido ya meterle miedo, y están preparando su Waterloo al Napoleon de la paz por si obstinado como el de la guerra, no cede á las condiciones que se le im-

pongan y se atreve á jugar el todo por el todo. O una paz humillante por las condiciones á que se le sujetará para obtenerla, ó una guerra sin probabilidad de triunfo. Luis Felipe eligirá una paz humillante, y con eso no conseguirá mas que ganar tiempo, no mas que retardar el golpe que amenaza su dinastía. A una exigencia seguirá otra exigencia, á una humillacion otra humillacion, y cuando esté ya suficientemente humillado, se le obligará á jugar la corona en una batalla que cuanto mas tarde en aceptarla tanto mas seguro debe estar de perderla en ella. Ya hemos dicho que con el enlace de la infanta con el duque de Montpensier, Luis Felipe y los moderados creian haberlo conseguido todo, y que talvez no habian conseguido nada. Nada han conseguido en efecto; el Napoleon de la paz ha llegado á Moscow con su ejército de moderados, y ha encontrado la ciudad devorada por el incendio que le alumbra en una retirada desastrosa.

Abandonado de la mano estrangera que le sostiene, ¿quién sostendria al partido moderado no leniendo apoyo alguno en la opinion pública? Naturalmente su gobierno se va haciendo imposible, porque ha perdido la subordinacion ciega que era la que daba unidad y fuerza á sus huestes, y se halla dividido en fracciones rivales y antagonistas que no pueden reconciliarse y formar de nuevo un cuerpo único, á no ser que alguna de ellas rompa su bandera y haga una completa abstraccion de los principios que ha proclamado. Sin este sacrificio, que es un verdadero sacrificio de la conciencia, es imposible habiendo córtes como las actuales formar un gabinete que represente en el poder todas las fracciones; es necesario que todos los ministros salgan de una frac-

cion sola , y en este caso , si no es muy grande el número de tráfugas ó de desertores , el ministerio , aunque moderado , no tendrá el apoyo de la mayoría ; porque si bien constituye mayoría el partido moderado , no la constituye por sí sola ninguna de las fracciones en que se divide.

El partido moderado es dueño de la actualidad ; el partido moderado tiene tomadas todas las avenidas del poder ; el partido moderado debe al amaño , á las intrigas y á las amenazas una grande mayoría en las córtes ; el partido moderado tiene á su favor las influencias de palacio y las influencias estrangeras admitidas en nuestros negocios , y á pesar de esto es sumamente difícil en este momento organizar un ministerio moderado , conforme con las prácticas parlamentarias , y que pueda gobernar con córtes aunque sean moderadas. ¿ No quiere eso decir que el gobierno de los moderados se va haciendo imposible ? Si con todas las ventajas que les favorecen apenas se puede sacar de sus filas un ministerio , ¿ seria posible sacarlo en circunstancias que les fuesen menos propicias ? ¿ Seria posible sacarlo si la actualidad no fuese suya , si la senda que conduce al poder pudiese ser pisada por otro partido , si el parlamento les fuese adverso , si les fuesen contrarias las influencias hoy empeñadas en sostenerles á toda costa ?

Los conflictos en que ponen al partido moderado las crisis continuas que acompañan su anómala dominacion nacen de que ese partido es demasiado débil para poder resistir mucho tiempo sin perecer una lucha consigo mismo. Su falta de fuerza le obligaba á sucumbir ó á permanecer unido y compacto , porque ¿ cómo ha de sos-

tenerse dividiéndose un partido tan sumamente débil y pequeño como el moderado, cuando el carlista y el progresista, á pesar de ser tan fuertes y numerosos, no pudieron emplear impunemente en sus particulares luchas el exceso de vida que les sobraba para hacerse temer de un enemigo comun? No se diga que el partido moderado no está dividido profundamente, ni tampoco que es susceptible de recobrar la unidad antigua á que debia toda su fuerza. Los vínculos que unian á sus distintas fracciones están ya tan relajados, que es imposible que se restablezcan á su estado primitivo. No son cuestiones meramente personales el origen de sus desavenencias, sino cuestiones de principios, tan de principios como las que se oponen á una fusion entre progresistas y absolutistas, y las desavenencias que nacen de una diversidad de principios solo pueden terminar por medio de una ignominiosa defeccion. ¿Y quién duda que seria una defeccion la conducta de los conservadores si se asociasen á la política dominante? A mas de que las escisiones de un partido no se borran mientras un partido se halla en el poder; no hay mas que la adversidad, no mas que la comunidad de padecimientos que sea capaz de hacer desaparecer sus disensiones, y aun asi es necesario que la desgracia sea muy grande, tan grande como la de los progresistas, para que no quede una cicatriz mas ó menos honda y dolorosa que deje marcadas en el cuerpo del partido sus pasadas soluciones de continuidad. Es pues seguro que el partido moderado no recobrará su unidad, al menos mientras se halle en el poder, y seguro tambien que no recobrándola, su gobierno, que es ya en la actualidad tan difícil, acabará por hacerse imposible.

Hace tiempo que los conservadores no se presentan ya como una fraccion del partido moderado, sino como un partido nuevo, como un partido naciente, que tiene su bandera propia, sus principios formulados, y una independencia casi completa de la comunión de que un día formó parte. Los hombres de ley que pertenecian al partido moderado precisamente habian de abandonar una bandera manchada con iniquidades de todo género, y levantar otra nueva á cuya sombra pudiesen acogerse los principios del partido primitivo proscritos por los desafueros de los hombres que debian personificarlos en el gobierno. Los hombres de conciencia de los demas partidos vieron con satisfaccion el aislamiento á que iba quedando reducida la arbitrariedad, abandonada completamente de los que teniendo principios no quisieron que la fuerza que estos les daban sirviese de apoyo á los que los conculcaban todos. Al separarse los conservadores de los moderados se llevaron las tablas en que estaban consignados los principios de ese partido, y ese partido quedó deshecho, porque un partido se deshace cuando le faltan los principios, único lazo que une las voluntades de todos para formar de todas ellas una voluntad sintética y comun. Y los conservadores se llevaron los principios del partido moderado para no dejarlos espuestos á nuevas profanaciones.

Entre esos principios y los del partido progresista no se encuentra diferencia, como tampoco se encontraba algunas veces entre los del partido progresista y los del partido moderado. Pero es el caso que los partidos no tanto se diferencian por la esencia de sus principios como por el respeto que á ellos tienen, y este mayor ó menor respeto no lo revelan sino cuando se hallan en el

poder. En general la necesidad que tiene un partido de faltar á sus principios está en razon directa de su debilidad, y por lo mismo creemos que es deber de todo partido, cuando se ha apoderado de la situacion, renunciar al mando si no puede sostenerse en él sin menoscabo de sus creencias. Eso haria tal vez el partido conservador, demasiado débil para dominar una situacion cualquiera por la fuerza sola de sus convicciones, y demasiado amante de sus convicciones para sacrificarlas á la necesidad de dominar una situacion.

Los conservadores se han separado demasiado tarde de la comunión á que pertenecian, y se presentan como un partido nuevo en una ocasion en que es muy difícil que ningun partido nuevo adquiera suficiente desarrollo. Los indiferentes serán indiferentes siempre, y el número de los indiferentes es muy escaso. En tantos años como llevamos de disensiones y controversias, en que apenas hay ambicion que no haya encontrado algun alhago, resentimiento que no se haya provocado, ni interes individual que no se haya afectado mas ó menos profundamente, son pocos los que asisten á nuestras contiendas de simples espectadores, pocos los que contemplan la lucha desde la barrera sin tomar parte en ella, pocos, poquísimos los que impassibles dejan pasar los acontecimientos sin pedirles á favor suyo un resultado. Escasa nutricion pueden ofrecer al partido conservador esas masas insignificantes y apáticas, esos tumores indolentes y frios del cuerpo social que solo salen de su habitual inercia por medio de los veigattorios que les aplica el gobierno en determinadas circunstancias, por medio de los amaños y amenazas con que les obliga á tomar parte á pesar suyo en las bata-

llas electorales. Ya casi todos los hombres tienen tomado su partido y formadas sus convicciones, á escepcion de unos cuantos aventureros de opinion levadiza que hasta las ideas tienen de quita y pon, y que trafican con ellas como si fuesen objetos de comercio. Y aventureros quedan ya muy pocos. Los partidos se han filtrado, se han depurado mucho; los que en ellos quedan no desertarán ya de la bandera que han jurado por bella que sea la nueva que se les presente, y bien puede asegurarse que si el partido conservador adquiere algun desarrollo, solo lo adquirirá á espensas del moderado á que pertenecia. Ningun absolutista, ningun progresista abandonará sus filas para formar en las de los conservadores. Hace tiempo que han desertado de esos partidos todos los capaces de desertar; los soldados que quedan son leales y morirán abrazados con su bandera. ¿De dónde, pues, se prometen los misioneros del partido conservador sacar neófitos de su fé? ¿A quién esperan convertir cuando se han hecho ya todas las conversiones posibles? ¿Con qué reclutas piensan engrosar su ejército? Si subiesen al poder, no por su propia fuerza, porque esto es imposible, sino por la fuerza de las circunstancias, algunos de esos especuladores que tanto abundan en las huestes del moderantismo, algunos de esos que piden carta de naturaleza á todas las situaciones, se apresurarian en hacer inscribir su nombre en el rol del nuevo gobierno, y serian los únicos neófitos que contaria en su seno el partido conservador. Neófitos por la gracia de un empleo, servirian á Pacheco como á Isturiz, á quien sirven como sirvieron á Narvaez. Inútil es decir que no seria un arrepentimiento, que no seria tampoco una rectificacion de ideas la causa

que atraeria á las filas conservadoras á esos hombres sin corazon y sin cabeza , á esos hombres que no tienen mas que estómago. Ningun acto de verdadera contricion puede esperarse de los que no han abandonado hasta ahora las banderas del moderantismo. Los que no las han abandonado , no las abandonarán , ó al menos no las abandonarán á impulsos de un remordimiento ó de un sentimiento de vergüenza. Asi , pues , el partido moderado, que es el único á cuyas espensas puede desenvolverse el conservador, está muy lejos de ofrecer una nutricion suficiente. El partido conservador queda de consiguiente condenado á no salir del estado de feto. Vivirá mucho ó vivirá poco , pero vivirá siempre débil , y envejecerá y morirá tan pequeño como nació.

Como hemos dicho , esa rama del partido moderado se desgajó demasiado tarde del tronco á que pertenecia, se desgajó cuando se habia alimentado ya mucho tiempo del pernicioso jugo que sorbieron las raices del árbol malféfico , y lleva consigo ciertos vicios de linaje , tiene una mala complexion hereditaria que revela su dañado origen. Es sin embargo un partido de oposicion legítima á la dominacion actual, y sus teorías , si la práctica no las desmintiese , le acercarian al partido progresista tanto como le separan del moderado. Con todo , nunca su bandera y la progresista pueden llegar á formar una bandera sola , por mas que se confundan alguna vez por el lema de ley que está escrito en las dos , y sean ambas una enseña de guerra contra la situacion actual. Los conservadores no reconocen la soberanía en el pueblo sino en el parlamento ; califican la milicia nacional de ilusion del partido progresista, y se oponen á la reforma de la Constitucion del 45 , levantada sobre las rui-

nas de la del 37 por unas córtes ordinarias. Soberanía nacional, milicia ciudadana y reforma del código vigente: hé aqui el punto de interseccion que separa á los conservadores de los progresistas, la secante que corta el grande círculo en cuyo centro se levanta el estandarte comun de toda la oposicion constitucional, la única línea divisoria que impide que ambos partidos formen uno solo sin solucion alguna de continuidad. El principio de la soberanía popular es, al mismo tiempo que la base de las creencias del partido progresista, el objeto á que se encaminan sus esfuerzos. Es medio y fin á la vez. Es medio, porque si el pueblo pudiese hacer uso de su soberanía, se daría la libertad, que es precisamente lo que desean los progresistas. Es fin, porque si los progresistas quieren que el pueblo tenga libertad, es porque quieren que pueda hacer uso de su soberanía. La libertad del pueblo sin la soberanía del pueblo es una mentira; la libertad y la soberanía son una misma cosa.

El punto de partida de las creencias políticas de todos los que de veras quieren la libertad es la soberanía nacional, es decir, la voluntad del mayor número de individuos que componen el estado, y solo siendo un parlamento resultado legítimo del uso de esta soberanía puede concedérsele la importancia que le dan los conservadores, quienes pretenden que tenga una fuerza casi omnipotente, la cual del modo que está constituido no pasa de ser una usurpacion ó cuando mas un atributo conferido á algunos hombres por otros que no tenian derecho para ello. Si todos se han de someter á las leyes; ¿por qué se hacen las leyes al gusto esclusivo de una pequeña parte? Si las leyes son para la generalidad,

¿por qué no son la espresion de la voluntad general? ¿No es un absurdo pretender que el todo se subordine á una parte insignificante de sí mismo y que para dar vida á esta parte se desprenda de toda la que él tiene? Tambien los progresistas como los conservadores profesan el principio de la soberanía parlamentaria ; pero es solo cuando , como hemos dicho , esta soberanía la recibe el parlamento de quien se la puede dar , que es la nacion. Lo demas es organizar un pais como un regimiento á quien se imponen los gefes que á pesar suyo ha de obedecer.

Bien se conoce que nosotros somos partidarios del voto universal, á pesar de ciertos inconvenientes exagerados por algunos, bastantes para arredrar á unos cuantos pusilánimes que se cuentan en el número de los mismos que quisieran verlo establecido. Sabemos que cuando la civilizacion allane los inconvenientes que al voto universal se atribuyen, los gobiernos del pais por el pais serán una verdad, y habrán llegado al mayor grado de perfeccion de que son susceptibles. Asi, pues, los que quieren el gobierno del pais por el pais, en la imposibilidad de hacerle llegar desde luego á la perfeccion, desean que se acerque á ella todo lo posible, y sus conatos se dirigen á hacerle dar un paso tras otro en este camino, único que conduce á los pueblos á la recuperacion definitiva de sus derechos, y en el cual cada huella que marca un paso hácia delante señala una conquista popular.

Algunos que blasonan de liberales, y que realmente lo son, reaccionados contra lo que llaman las farsas y mentiras del sistema representativo, que en su concepto tan pocos intereses representa, olvidan que á

pesar de sus grandes defectos no deja de ser un punto de procedencia de la humanidad hácia su emancipacion, y afectan preferir á él el mismo absolutismo. A la poca libertad que tenemos preferirian ninguna. Nosotros no nos hemos reaccionado hasta este punto contra esa parodia de sistema constitucional, que en realidad se diferencia muy poco del sistema de los absolutistas. Al absolutismo preferimos la parodia constitucional por mala que sea. Preferimos el Estatuto al despotismo ilustrado, la Constitucion de 37 al Estatuto, la Constitucion del año 12 á la del 37. Queremos toda la libertad posible, y luchamos con tanto teson para defender la poca que nos queda, como para conquistar la mucha que quisiéramos tener. Y lo que decimos de la libertad lo decimos de la ley electoral, que es la reguladora de aquella. Profesando el principio de la soberanía nacional, no podemos dar al parlamento, resultado de la ley electoral vigente, la importancia que le dan los conservadores; sin embargo, preferimos un parlamento cualquiera á no tener ninguno, y el principio mismo que profesamos nos obliga á desear que su voluntad prevalezca sobre la de los ministros, porque al cabo, por mezquina que sea la ley electoral, el parlamento que á ella se debe es siempre el conjunto de un número de voluntades mayor que las que representa el gobierno.

Con respecto á la milicia nacional, los conservadores la hacen entrar en el catálogo de las ilusiones del partido progresista, y sin embargo la reaccion retrógrada que experimenta el país, durante la guerra civil y despues de ella se habia ensayado mas de una vez, y si no pudo llevarse á cabo debióse á que planes

tan funestos se estrellaron en la actitud imponente del pueblo armado. Sin milicia nacional, ¿quién duda que el ominoso sistema de fusion de Martínez de la Rosa hubiera triunfado de todas las antipatías y de todas las muestras de reprobacion de los pueblos? Sin milicia nacional, ¿quién duda que no hubieran abortado en el año 1835 los proyectos de retroceso concebidos en elevadas regiones, para cuya ejecucion las fuerzas que operaban en la Mancha fueron llamadas á la capital, pretestando una inminente asonada? Sin milicia nacional, ¿quién duda que cuando D. Carlos se acercó á Madrid, atraído por ciertas promesas que despues no se le pudieron cumplir, hubiera penetrado hasta en el alcázar mismo de los reyes de Castilla, cuyas puertas le abrió de antemano el marques de Lagrua, que era el secreto agente que ponía en contacto la córte de España con la de Nápoles? Por último, ¿quién duda que sin milicia nacional los grandes medios de soborno que hubiera empleado quien podía disponer de todos, hubieran vencido en el año 40 las repugnancias del ejército que se negó á servir de instrumento á conatos de camarilla, y se hubiera planteado la ley de ayuntamientos, que hubiera sido entonces como es ahora el punto de partida de una completa restauracion, el primer paso dado en la senda de la reaccion, el eslabon primero de esta larga cadena de golpes de Estado que sujeta al país al yugo de la dominacion actual? Disolvióse la milicia nacional, y desde entonces ningun proyecto siniestro ha encontrado obstáculos que no los haya superado. Sin milicia nacional ha podido plantearse la ley de ayuntamientos; sin milicia nacional se ha organizado la nacion por decretos; sin milicia nacional se ha esclavizado la im-

prenta ; sin milicia nacional se ha arcabuceado al pueblo impunemente; sin milicia nacional el pais ha sido tratado como un pais de conquista ; sin milicia nacional se ha puesto en planta el actual sistema tributario; sin milicia nacional se ha llevado á cabo la boda de la infanta que nos ha hecho casi esclavos de la Francia y casi enemigos de la Inglaterra, que hace que en este instante todas las naciones se miren de reojo, que las obliga á mendigar alianzas que darán sangre por fruto, que ha abierto al pié de los tronos y de las naciones una mina espantosa cuya pólvora puede inflamar una chispa, cuya esplosion resonará en todo el mundo, y cuyo empuje es capaz de arrojar muy lejos hechas pedazos constituciones y dinastías. Con milicia nacional ninguno de los planes que hemos espresado se hubiera llegado á realizar, ninguno se hubiera perpetrado de los atentados cometidos, ninguna desgracia tendríamos que lamentar de las que estamos lamentando, ningun riesgo de los que nos cercan nos amenazaria. Digan, pues, los conservadores, ya que no quieren milicia nacional, si no reprueban como los progresistas los planes que se han realizado, si no maldicen como los progresistas los atentados que se han cometido, si no lamentan como los progresistas las desgracias que está sufriendo el pais, si como los progresistas no se horrorizan á la aproximacion de los riesgos que nos cercan por todas partes. Digan si todos los males que hubiera podido producir la milicia peor organizada, hubieran sido comparables á los males que la milicia hubiera evitado.

Decir que la milicia nacional es una ilusion cuando son tantos los desastres que ella hubiera evitado, es

casi decir que es una ilusion el desprecio que se ha hecho de las leyes , que es una ilusion la desdichada suerte que ha cabido á las víctimas de los tres años, que el hambre del pueblo desangrado por el fisco es una ilusion tambien. Pero no , demasiado saben los conservadores que todo esto no son ilusiones ; bien conocen que no son ilusiones las ventajas que de la milicia nacional esperan reportar los progresistas, puesto que ellos mismos han confesado que es una garantía contra los abusos del poder y los instintos de arbitrariedad. ¿ Es esto poco ? ¿ Los instintos del poder y los abusos de arbitrariedad no son acaso los males mas horribles que pesan sobre esta nacion desventurada ? Dicen que, segun el estado de nuestras costumbres, la milicia no es una garantía para la práctica de la libertad legal; pero no dicen en qué se oponen nuestras costumbres á que con la práctica de la libertad legal pueda conciliarse la institucion de la milicia ciudadana. Seria muy lógico, puesto que reconocen las ventajas de la institucion, que estudiasen medios para conseguir estas, evitando al mismo tiempo los males que pudieran de ella originarse. No es justo proscribir una cosa que produce bienes, aunque produzca tambien males, sino despues de haber comparado aquellos con estos, y haberse convencido de que los últimos, si esceden á los primeros, no pueden evitarse ni disminuirse por ser una condicion esencial, un resultado preciso de la cosa que los produce.

Sin milicia nacional no es posible que ningun partido se sostenga en el poder mas tiempo del que tenga á bien concederle la elevada influencia que todo lo domina. Si al caer, por egemplo, el ministerio actual, no precipitase en su caída esa influencia que hasta ahora le ha sos-

tenido á pesar de hallarse en pugna con todos los deseos y con todos los intereses verdaderamente nacionales, otros seis autómatas reemplazarían á los seis ministros nominales que hoy están en apariencia al frente de los negocios, y ninguna ventaja reportaría el país de esa mudanza, á no ser que la causa que obligase á la influencia á valerse de otros instrumentos para llevar á cabo sus fines, fuese bastante poderosa para obligarle también á adoptar otra política. Podría muy bien suceder que un acontecimiento cualquiera nacional ó extranjero aconsejase á la influencia omnipotente á que todo se somete una transacción falsa con las exigencias del país, y en semejante caso, aunque se entresecasén los nuevos ministros de las mismas filas á que pertenecen los actuales, obrarían de un modo distinto del que han obrado éstos, porque distintas serían también las órdenes que impondría la influencia. Esa influencia, por elevada que esté, permanece subordinada á otra que está más alta que ella. Si, en el estado de aislamiento en que se halla, la corte de las Tullerías tuviese necesidad de popularizarse y de anudar el hilo roto de la antigua propaganda liberal para hacer frente á una liga absolutista, exigiría tal vez de los dóciles servidores que tiene en la Península una modificación en la marcha que ella misma les había trazado cuando las circunstancias eran otras, y no sería extraño ver á los conservadores y hasta á los progresistas subir al poder á impulsos del mismo agente que sostiene la presente situación. No siendo á beneficio de una revolución, ni los conservadores ni los progresistas pueden llegar al poder sino por medio de esa rara anomalía que acabamos de indicar. Por medios legales, mientras permanezca en pie la influencia secreta, unos

y otros deben conocer que es imposible. Para conquistar el poder en el terreno legal, ¿cuál es la primera necesidad de unos y otros? ¿No es acaso triunfar en unas elecciones? Pues eso no pueden ignorar que es imposible, contando como cuenta una pandilla que nada respeta con tantos elementos para forzar á las urnas á que le den siempre la victoria. No siendo de consiguiente efecto la subida al poder de los conservadores ó de los progresistas de una transaccion de cualquiera de las influencias que todo lo avasallan con las necesidades del pueblo liberal, es imposible que ni unos ni otros se apoderen jamas de la situacion. Ahora, suponiendo que unos ú otros alcanzasen el poder del modo indicado, que es el único para alcanzarlo, ateniéndonos á los principios que cada uno de los dos partidos ha proclamado, y siendo cada cual fiel á los suyos, veamos cuál de los dos contaria con mas elementos de vida.

Colocado uno de los dos partidos al frente de los negocios contra el gusto de la influencia que hubiese echado mano de él para temporizar con determinadas circunstancias, luego que estas cesasen, la influencia se apresuraria en derribarlo para coger de nuevo el hilo de su antigua política solo momentáneamente abandonada, aunque al efecto tuviese necesidad de un golpe de estado estrepitoso. En este caso, ¿qué haria el partido conservador si perteneciese á sus filas el ministerio que la influencia intentase derribar? ¿Le serviria de algo su teoría para evitar su caida y la reproduccion de las actuales calamidades? ¿Se resistiria á abandonar vergonzosamente su puesto, animado por el apoyo que tuviese en las córtes, por la popularidad que con sus actos hubiese sabido grangearse y por la conviccion de que su perma-

nencia en el poder favorecería los intereses y el bienestar del país? La influencia colocaría la cuestión en el terreno de la fuerza material, y los conservadores no tendrían fuerza para rechazar la fuerza.

Los progresistas sería ya muy diferente. Colocados en el mismo caso en que hemos puesto á los conservadores, opondrían á la fuerza armada la opinión pública armada también, opondrían al ejército de la influencia un ejército de ciudadanos. Y cuenta, en fin, que entonces la influencia no tendría tal vez ejército. Mandando los progresistas, el ejército, sin dejar de ser ejército y ejército subordinado, recibiría una organización más adecuada á los principios de los progresistas. Esos millares de oficiales cubiertos de cruces y de heridas adquiridas en el campo de batalla en defensa de Isabel II contra muchos de los que en la actualidad afectan ser sus defensores, esos millares de oficiales, víctimas hoy de la más negra ingratitud, regresarían á las filas del ejército español, y no serían ellos quienes derramasen la sangre del pueblo después de haber á favor del pueblo derramado la suya propia. Los progresistas, lo mismo que los conservadores, no admitirían el poder sino con la condición de que desde luego habían de ponerse en práctica sus teorías, y los primeros sobrevivirían á las circunstancias que hubiesen hecho necesaria á la influencia su colocación al frente de los negocios, porque en la realización de su teoría se encuentran los medios para evitar su caída. Los conservadores todo quieren deberlo á los principios sin el apoyo de la fuerza física, que cuando consiste en la razón armada es un principio también; los conservadores si suben al poder, acaso adquieran algún crédito, pero no permanecerán en él más tiempo del que

la influencia tenga á bien concederles. La influencia no cede á la sola fuerza de los principios consignados en la profesion de fé de los conservadores.

Por lo que se refiere á córtés constituyentes, nos limitaremos á decir que los progresistas deben considerar necesaria la reforma de la Constitucion ó no son dignos del nombre que llevan, y que habiendo considerado inconducente la del 37 por haber procedido á ella unas córtés ordinarias sin tener al efecto poderes especiales, poco consecuentes serian con sus principios si sin esos poderes procediesen á la reforma de la del 45. Por esta razon deseáramos para ese caso córtés constituyentes. Sin embargo, los reformadores del año 45 dieron un ejemplo funesto de que los demas partidos podrian aprovecharse: unas córtés ordinarias levantaron la Constitucion del 45 sobre las ruinas de la del 37; unas córtés ordinarias podrian tambien, con arreglo á ese precedente, derribar la del 45 y levantar otra sobre sus escombros. Ese mal ejemplo ha abierto un abismo sin fondo que no es fácil se llene aunque unas tras otras se vayan precipitando en él instituciones y mas instituciones. Deseamos que los partidos olviden esa leccion fatal que les dieron los moderados, y por lo mismo hasta para reformar la Constitucion actual pediríamos poderes especiales, aunque sin poderes especiales nos la dieron las córtés del 45.

A pesar de que los principios de los conservadores son por sí solos insuficientes y estériles para crear una situacion estable y superior á las maquinaciones retrógradas y á los embates revolucionarios, si ese partido se hubiese separado del antiguo á que pertenecia antes de participar de su descrédito y haber autorizado mas

de una vez con su silencio y su conformidad las iniquidades de todo género que han caracterizado las dominaciones moderadas, hubiera adquirido algun desarrollo y recogido en el pais el fruto de muchas simpatías. Ahora el pueblo mira á ese partido con recelo y desconfianza, y si ese partido un dia ú otro desmiente con su conducta el lema de oposicion al despotismo que ha escrito en su bandera electoral, el pueblo dirá que no hay diferencia alguna entre los conservadores y los hombres de la situacion que con tanto ardor los conservadores han combatido; dirá que al partido moderado ya no le queda ni un solo guardador de su crédito; que los moderados todos son iguales; que Pacheco es igual á Isturiz, Isturiz á Martínez de la Rosa; que ninguno tiene principios; que los invocan todos cuando se lo aconseja su ambicion y no cuando se lo ordena la conciencia; por último, dirá, y dirá la verdad, que los conservadores no son mas que moderados descontentos que se han desgajado del tronco podrido, no á impulsos de sus convicciones políticas, sino de mezquinos resentimientos particulares; que odian la arbitrariedad, no por ser arbitrariedad, sino por no ser ellos los que la egercen, y la nacion colocará su programa al lado del tan famoso de las tres palabras *paz, orden y justicia*. Si los conservadores han traficado con el sagrado lema de una bandera sin mas objeto que arrastrar á algunos crédulos para que les sostengan en el camino que una innoble ambicion les haya trazado, poco tardarán ellos mismos en arrancarse la máscara de legalidad con que momentáneamente pensaron encubrir su verdadera fisonomía, y poco tardará el pais en decir que ninguna diferencia existe entre los moderados y los conservadores,

como no se busque en la hipocresía que caracteriza á los últimos, desde algun tiempo trocada ya por los primeros en un escandaloso cinismo. El pais dirá mas ; dirá que prefiere los primeros á los segundos, los cínicos á los hipócritas.

Mientras tanto el partido conservador sirve cuando menos para revelar el estado de disolucion del partido moderado. Si los conservadores no han engañado al pueblo, si la conciencia es la única que ha tomado parte en la confeccion de su credo político, si no forman en las filas de la oposicion al despotismo impelidos por un resentimiento mezquino ó por un deseo insaciable de mando, entre ellos y el resto de los moderados se ha interpuesto un abismo, y no hay ya fuerza alguna que pueda poner en contacto los bordes harto encogidos y separados de esa grande solucion de continuidad del partido dominante.

La historia del partido conservador es todavía muy corta, pero nos ha servido para completar la del moderado, que sin duda habrá parecido muy triste, porque es la historia misma de la corrupcion de la época, y de la degradacion y esclavitud del pais. Ahora, aunque en el conjunto que hemos trazado se encuentra la fisonomía de cada moderado en particular, para legitimar el título que hemos dado á este artículo transigiendo con el capricho de nuestros suscritores, vamos á aislar un par de detalles, á separar dos facciones, á cubrir todo el cuadro de suerte que no aparezcan mas que dos figuras de las muchas que constituyen la composicion. Hijos del pueblo, amigos del pueblo, escritores que no escribimos mas que para el pueblo, nos hemos familiarizado con él lo suficiente para conocer sus antojos y sus instintos, y sabemos

de consiguiente cuales son los mamarrachos que mas desea que se destaquen del grupo para tomarles las filiaciones. Bajemos pues el telon para dar tiempo á los moderados de retirarse de la escena, y al volverlo á levantar, hagamos que salgan á las tablas Isturiz y Alcalá Galiano.

—Don Antonio Alcalá Galiano.—Presente.

—Don Francisco Javier Isturiz.—Presente.

(Ya sabíamos nosotros que estaban en el grupo).

—Tres pasos al frente y firmes. Uno, dos, tres. Alto. Por su izquierda alinear. Firmes.

Ahí los tienes pueblo. ¿Que tal te parecen? Muy feos ¿no es verdad? Pues hazte cruces, porque, como dijo Moratin, lo mejor que tienen es la figura.

La rara coincidencia de haber defendido Isturiz y Alcalá Galiano en el parlamento los mismos principios, haber ambos á la vez subido al ministerio, caido ambos á la vez, y ambos á la vez desertado de las banderas progresistas, ha dado lugar á que el pueblo los nombre siempre á la vez, á que los cronistas de nuestros sucesos contemporáneos se ocupen de ellos á la vez, y á que á la vez nosotros les pongamos en camisa y les sometamos juntos á la pública espectacion. A pesar de esta larga cadena de simultaneidades, Isturiz y Alcalá Galiano son dos tipos distintos que pueden estudiarse sin confundirse, ofreciendo cada uno de ellos caracteres propios, capaces de producir en la comparacion recíproca una completa antítesis, un verdadero contraste.

Verdad es que ambos desertaron á un mismo tiempo de la comunión progresista, tambien es verdad que una misma es la causa inmediata y eficiente de la desercion del uno y del otro; ambos empezaron á separarse de los progresistas para ser ministros, y ambos acabaron de sepa-

rarse de los progresistas porque los progresistas se empeñaron en que no habian de ser ministros los que para serlo habian empezado á separarse de ellos. Los progresistas salieron airosos de su empeño , como sucedia siempre en aquella época en que habia milicia nacional, es decir, en que la libertad y la justicia, teniendo el poderoso ausiliar de la fuerza física, contestaban con la *ultima ratio populi* á la *ultima ratio regum*. Con fusiles y cartuchos la libertad y la justicia son omnipotentes, y es porque son omnipotentes los fusiles y los cartuchos. Sin tales admículos, la libertad y la justicia pueden muy poco, y sino preguntárselo á Portugal y á Cracovia y á nosotros mismos, que sabemos desde niños aquel refran que dice: *Fíate de la Virgen y no corras*, y aquel otro *A Dios rogando y con el mazo dando*, y las palabras de Jesucristo *Ayúdate y te ayudaré*, y aquella tan famosa redondilla:

*Vinieron los sarracenos  
y nos molieron á palos,  
que Dios ayuda á los malos  
cuando son mas que los buenos.*

Traslado á los conservadores que no quieren milicia nacional, fiados en la fuerza sola de sus principios. Fíense en la Virgen y no corran.

En la época á que se refiere esta verdadera historia, Dios , que siempre se inclina á la buena parte, protegió á los buenos sin duda porque eran mas que los malos. Hubo una tremenda asonada con casi honores de revolucion , que en Málaga costó la vida á San Just y al conde de Donadio, y en Madrid al general Quesada, quien lo mismo que los que perecieron en Málaga mu-

rió despues de haber cumplido valerosamente los deberes que la ordenanza militar le imponia. La responsabilidad de tales atentados se reparte entre los asesinos que los perpetraron y los ministros tráfugas que convertidos en instrumentos de planes reaccionarios provocaron las iras populares. La historia de los apóstatas, si no estuviese escrita con sangre, se escribiría con la saliva mas fétida que puede hacer segregar el desprecio. Los apóstatas causarian asco si no causasen horror.

Isturiz y Galiano, que para subir al ministerio habian ya dado un cuarto de conversion, al abandonar sus puestos á impulsos de la execracion pública volvieron enteramente la espalda al partido progresista, y tan precipitado fué su escape que hubieran podido aspirar al primer premio en cualquier corrida de la Casa de Campo, disputándolo á la yegua de Bresson, al mejor potro de Salamanca, de Rianzares y de Osuna, y á todos los descendientes de sangre pura del famoso Arabian Godolphin. Rápida fué su marcha y no se detuvieron hasta llegar al cuartel general del ejército moderado. El partido moderado es el *consolatrix afflictorum* de todos los resentidos. Inútil es decir que nuestros héroes obtuvieron un feliz recibimiento en su nuevo ejército; como á los convenidos de Vergara se les reconocieron todos los empleos, condecoraciones y grados obtenidos en las filas del progreso, y hasta se les confirió mando y se les respetó como gefes. De gefes del partido progresista pasaron ambos á gefes del partido moderado, en el cual, como se ve, no sentaron plaza de soldados sino de generales. El partido moderado les acogió, porque el partido moderado lo acoge todo. El partido mode-

rado es la espuerta comun de la basura de todos los partidos, es la alcantarilla, el sumidero, la cloaca donde se recoge todo lo inmundo que se tira; cada partido tiene una especie de conducto por el cual arroja el agua con que se ha lavado al encontrarse algo sucio, y todos estos conductos van á parar á un depósito comun que es la alcantarilla á que nos referimos. Por esto en el partido moderado se encuentra lo malo de todos los partidos; su bandera está formada de los retazos mas viejos de todas las banderas, y sus cuerpos, hasta los de preferencia, no están compuestos mas que de pasados. El moderado que no ha sido realista hasta desear la inquisicion, ha sido demagogo hasta desear la guillotina. No hay uno solo que haya aprendido el ejercicio en las mismas filas moderadas, ninguno ha entrado en ellas de quinto, todos tienen algunos años de servicio prestados en otros ejércitos.

No es estraño que un partido que lo acoge todo, acogiese favorablemente y con entusiasmo á Isturiz y Galiano, quienes si no valen tanto como suponian los progresistas cuando los dos eran progresistas, ni tanto como suponen los moderados ahora que los dos son moderados, tienen ciertas prendas personales que honrarán y favorecerán mucho á cualquiera comunión á que pertenezcan. Galiano ha sido uno de los primeros oradores del partido progresista, y es indudablemente el primero del partido moderado. Nadie, como no sea Lopez, habla con tanta facilidad. Lo mismo que Lopez no tiene siempre la conciencia de lo que dice; lo que dice lo dice siempre bien, pero dice lo que dice y no lo que quiere decir. Hace los grandes discursos como hacia Ovidio los grandes versos, los hace sin quererlos hacer. Es, si asi puede

decirse, una máquina de hacer discursos. Dice muchas cosas de lo que sabe. Cuando después de haber pronunciado una arenga la lee en el *Diario de las Sesiones*, él mismo queda sin duda admirado de su improvisación; ve que ha dicho cosas que ignoraba que las supiese, y aprende en sí mismo, aprende en las peroraciones mismas que han salido de su boca, concibiendo apenas que se hayan engendrado en su cabeza. ¡Magnífico orador, si hubiese menos énfasis en sus palabras, más naturalidad en la entonación y no tanta afectación en los gestos! ¡Magnífico orador sobretodo si tuviese mejor figura y el prestigio que dan los antecedentes gloriosos. Galiano es feo, tan feo como Mirabeau; pero su fealdad es de otro género que la de Mirabeau. Es una fealdad que no impone, una fealdad que nada tiene de magestuosa y aterradora, una fealdad que casi hace reír. Se presenta tan feo como es delante de un auditorio cuyas prevenciones le son contrarias, manchada la frente con el lodo de la apostasía. Se presenta delante del público á defender una causa que no es la del público. A pesar de tantas desventajas consigue producir un favorable efecto. Sus defectos mismos hablan de consiguiente á favor de su elocuencia, pues por precisión ha de ser muy grande un orador que cautiva la atención teniendo tantos defectos. ¡Cuán terrible sería el poder de Galiano si le favorecieran las simpatías públicas, el *subrisus audientium* tan recomendado por Cicerón! ¡Cuán inmenso si fuese su figura como la de Olózaga, si le acompañase la belleza de Hortensio, el físico agradable, *præstantia*, que, según el orador romano, debe ser condición de todo tribuno! ¡Qué triunfo no podría pedir á su lengua si pudiese presentarse delante del auditorio sin riesgo de que nada se

le echase en cara, conquistados de antemano los ánimos por la fama de su probidad! Nada prueba tanto la elocuencia de Galiano como el ver que no se le silba ni aun defendiendo con ardor la mala causa de los moderados. Nada prueba tanto cuan mala es la causa de los moderados como el ver que ni Galiano es aplaudido aunque sea Galiano quien la defienda con su elocuencia.

Galiano es muy erudito porque tiene mucha memoria, y sus discursos son amenos y variados porque es muy erudito. La erudicion le da ideas que sabe en la tribuna combinarlas y desleirlas de modo que hacen olvidar la fuente en que las ha bebido. Se presenta original hasta en la copia; sabe mas que crea, ha aprendido mas que inventado, pero parece que crea lo que sabe, que inventa lo que ha aprendido. Viste las ideas ajenas con un traje que las hace tomar por propias, porque en realidad es propio suyo el traje con que las viste. La memoria no es genio, pero muchas veces lo parece.

Isturiz no es orador como Galiano, pero aunque carece de severidad de principios, puesto que si la tuviese no tendria el honor de figurar en los *Políticos en Camisa*, ostenta cierta rigidez de carácter hija de su orgullo, cierta aspereza, cierta displicencia, cierto mal genio y mal humor de maestro de escuela, cierto aire de superioridad nacido del alto concepto que se ha formado de sí mismo, que le vuelve muy propio para presidir una asamblea y dirigir una discusion. Sentado en la silla de la presidencia, no se reiria aunque le hiciesen cosquillas. Toca la campanilla perfectamente como si la tocase con solfa. Imparcial, impassible, siempre

grave, deferente nunca, no consiente que nadie, sea amigo ó sea enemigo, se aparte de la cuestion; sabe mientras preside imponer silencio á sus afecciones políticas y particulares, y en medio de las borrascas parlamentarias, armado de la campanilla como de un cetro, parece el Eolo de Virgilio obligando á los vientos á someterse á su imperiosa voz. *Mollit animos et temperat iras*. Con su gravedad de Napoleon de rinconera tiene á raya á todos los individuos de una fraccion, á todas las fracciones de un partido, á todos los partidos de un congreso. Es el coco del parlamento, el domador de las fieras que rujen en el salon de Oriente, de suerte que el diputado que tiene hijos les dice cuando se emperran: *mira que viene Isturiz*. ¡Qué hombre tan escelente para alcalde de un lugar, para provincial de una órden, para pasante de un colegio de primeras letras, para hacer bailar el oso y sobre todo para destetar chiquillos!

Ya hemos dicho que una misma fué la causa de la defeccion de Isturiz y de la de Galiano, pero los sucesos que determinaron su caida, designados en la historia con la denominacion genérica de *revolucion de la Granja*, no hirieron á los dos en un mismo sentimiento. Esto era imposible atendida la diferencia de carácter de cada uno de ellos. Los efectos de una misma causa están siempre modificados por el temperamento y disposicion particular de cada individuo. La caida del ministerio en Isturiz afectó el amor propio, en Galiano escitó la rabia. Isturiz es hombre de orgullo, Galiano hombre de reaccion. El primero, despues de caer, no se acordó mas que de la posicion que habia perdido y que tanto halagaba su vanidad; el segundo no tanto se acordó de su posicion como de los que le habian arrojado de ella.

Isturiz se acogió á las filas moderadas para recobrar algun dia el ministerio; Galiano para vengarse algun dia de los que le habian derribado del ministerio.

Isturiz todo lo sacrifica á su orgullo, pero hasta su orgullo á sus deseos de ser ministro, tal vez porque en ser ministro funda principalmente su orgullo. No aborrece á los progresistas, ni aborrece tampoco los principios de estos que fueron un tiempo los suyos y que mañana lo volverian á ser si mañana tuviese necesidad de ellos para ser ministro. Tal vez el sistema de los progresistas le acomoda mas que el de los moderados; tal vez quisiera que estos profesasen las doctrinas de aquellos. Pero no; todos los sistemas le son indiferentes, todo esto de principios es para Isturiz una cuestion accidental y de nombre; Isturiz, lo repetimos, lo que quiere es ser ministro. Asi es que le hemos visto hacer oposicion á un ministerio para ser él ministro, y luego que ha sido ministro, para conservarse ministro ha seguido las huellas del mismo ministerio á que ha hecho la oposicion. A pesar de su orgullo ha consentido, á trueque de ser ministro nominal, en dejarse avasallar por una influencia oculta, misteriosa, invisible, superior de hecho á todos los poderes reconocidos, que manda á los que mandan, que gobierna á los que gobiernan; por una influencia que es la causa de los males de la patria, ó por mejor decir que no es la causa, sino que es el mismo mal, la enfermedad misma que á la patria aflige, pues los calamitosos ministerios que se van sucediendo son no mas que otros tantos síntomas de la enfermedad; ha consentido en ser ministro *sub conditione*, en recitar el papel que se le apunta, en representar la misma comedia representada por los que ha procurado derribar. Sometido á un po-

der que mecaniza su voluntad, se conforma con presidir un ministerio autómata, que obra ciegamente y sin examen, un ministerio dócil, subordinado, pasivo, que hace lo que se le dice sin querer saber lo que hace, pues esta es *conditio sine qua non* que se ha exigido á todos los ministerios desde el que presidió el redactor del *Guirigay*. Demasiado sabe Isturiz que el día que un ministerio, por pruebas de docilidad que tenga dadas, se atreve á desplegar su accion propia, á manifestar que su voluntad no se halla enteramente absorvida, corre un riesgo muy inminente, si no se da prisa en moderar desde luego sus imprudentes arranques de independencia y amor propio, tomando de nuevo la actitud pasiva y humilde que se ha comprometido en guardar desde el día primero de su existencia.

12 Pero lo que Isturiz quiere es ser ministro.

13 Demasiado sabe Isturiz que esos arranques de independencia y de amor propio son los que han costado la vida á todas las administraciones que han precedido á la suya de tres años á esta parte, pudiendo por el tiempo de duracion de cada una medirse con exactitud sus grados de servilismo.

14 Pero lo que Isturiz quiere es ser ministro.

15 Demasiado sabe Isturiz que un ministerio deja de ser ministerio el día que deja de ser instrumento, y que en ciertas regiones no se hace mas que explotar la gana que tienen ciertos hombres de parecer y de llamarse ministros.

16 Pero lo que Isturiz quiere es ser ministro.

17 Demasiado sabe Isturiz que no son ya los encargados de la formacion de un gabinete los que presentan su programa de gobierno, sino los que se someten al que

se les presenta á ellos ; demasiado sabe que los que quieren ser ministros, en lugar de decir *seremos ministros bajo tales condiciones*, consienten que se les diga *bajo tales condiciones sereis ministros*.

Pero lo que Isturiz quiere es ser ministro.

Demasiado sabe Isturiz que en realidad los ministros solo son ministros aceptando estas condiciones, y que solo dejan de serlo por faltar á ellas.

Pero lo que Isturiz quiere es ser ministro, ministro, ministro, ó al menos parecerlo, ó al menos llamarse ministro. Es una manía como cualquier otra.

No sabemos si Galiano está afectado de la misma manía que Isturiz ; pero hasta ahora no hemos notado en él síntomas mas que de *hidrofobia*. No se interprete mal este vocablo, ni se tome en su rigurosa acepcion etimológica. Hidrofobia quiere decir horror al agua, y si bien algunos la han dado en sospechar que no es este líquido la bebida predilecta de D. Antonio, no creemos que pueda tenerle horror todo un ex-ministro de marina y todo un descendiente del famoso Alcalá Galiano que murió gloriosamente en la batalla de Trafalgar. En su significacion mas lata, cuando se emplea para espresar una enfermedad y no un síntoma determinado, hidrofobia es sinónimo de rabia, que es precisamente la enfermedad que padece el orador de la Fontana. No creemos habernos equivocado en el diagnóstico. Galiano está rabioso contra los progresistas, y libre Dios de un mordisco suyo á todos los que de tales se precian. Nosotros no nos acercariamos á él, aunque le viésemos con bozal. Para manifestar el estado de reaccion en que se encuentra, necesario es que recordemos un hecho que hemos ya indicado en la historia que llevamos escrita del

partido á que actualmente pertenece nuestro héroe. Nos referimos al coronel Rengifo. Este benemérito militar fué condenado á muerte por conspirador. En unos tiempos como los que alcanzamos, en que apenas se encuentra un hombre que habiendo hecho algun papel en política no haya sufrido persecuciones mas ó menos atroces, un reo político es objeto de las simpatías y de la conmiseracion general. Muchos fueron los enemigos políticos de Rengifo que intercedieron á favor suyo y de los demas desgraciados que se hallaban en su mismo terrible trance para que la pena capital se les conmutase en otra menos severa. Hasta para los delitos comunes la civilizacion se dirige á abolir la pena de muerte, y la prerogativa de perdonar al condenado á sufrirla es la que principalmente envidian á los reyes los hombres de bien. Imposible parece; Galiano hombre de talento, Galiano hombre de partido, Galiano que acaso ha conspirado tambien alguna vez, Galiano que ha sufrido tambien persecuciones, se negó á hacer uso de su influencia para salvar á Rengifo y á sus compañeros. Fué el único; nos complacemos en dejarlo aqui consignado en honor de la patria y de la humanidad. ¿Qué otro hecho necesitamos esponer para caracterizar á Galiano? Un rasgo solo es á veces la biografía de un hombre.

Ya ahora todos los colores que empleásemos para retratar á Galiano, serian pálidos y casi desaparecerian al lado de la pincelada que acabamos de trazar. ¿Qué nos importa que Galiano beba ó deje de beber vino, cuando la intolerancia y los odios políticos de ciertos hombres son capaces de hacerles beber sangre? No falta quien atribuya al vino su elocuencia, como se han atribuido al aroma escitador del café las inmortales páji-

nas de Fontenelle y de Delille. A los que tal piensan les diremos que envidien, porque son envidiables, los prodigiosos efectos que produce el vino en Galiano. Si en nosotros los produjese iguales, daríamos al agua un eterno adios.

Creemos que la fama de bebedor que se ha dado á Galiano es, ya que no inmerecida, tan exagerada como la que Martínez de la Rosa obtuvo de poeta. Tal vez en alguna época de su vida, entregado momentáneamente á la crápula por odio hasta á sí mismo, ha bebido mas de lo regular, y esto solo ha bastado para formarle una reputacion poco favorable. Porque Galiano, escéptico y sin creencias, pues todas han naufragado en las borrascas de su vida, debe haber sido capaz de cualquier cosa. El estado de reaccion permanente en que se ha hallado su espíritu debe haber ennegrecido su alma. Tal vez desde que nació se nutrió de odios. Es muy posible que, como suele suceder, su fealdad nativa le atragese los sarcasmos de los compañeros de su infancia, y que los que rodearon su cuna sembrasen en su corazon los gérmenes de esa reaccion que forma hoy su principal carácter. A mas de que Galiano no ha sido feliz en la familia, y su vida privada ha sido tan tempestuosa como su vida pública. Uno de sus hijos fué condenado á una muerte vergonzosa de que le libró la espatriacion; otro tiene, enfermizo y caquético, con pocas esperanzas de larga vida, y ambos de su padre han heredado el talento suficiente para acabar de ilustrar un apellido desde mucho tiempo célebre y que hubiera podido ser mas glorioso. D. Antonio Alcalá Galiano ha sido muy desgraciado, y la desgracia deja siempre huella en la moral de sus víctimas; la desgracia vuelve

al hombre ó muy bueno ó muy malo. Hace un condenado de un escéptico ; hace un santo del que tiene fe.

Para colmo de infortunio D. Antonio Alcalá Galiano tiene un sobrino que hace poesías , que no nos parecen de las mejores , y las firma con su nombre y apellido, que son precisamente los mismos de su tío. ¡ Cuántos atribuyen á este los versos de aquel ! Ya se vé ; el mismo nombre y apellido. Seria menester tomar una providencia.





---

## D. FRANCISCO JAVIER DE QUINTO.

---

**CUANDO** en 1843 se formó la coalicion que tan larga colita ha traído, habia muchos liberales que no estando de acuerdo con la marcha de Espartero se asustaban y con razon ante la idea de una alianza moderado—progresista. Creian á los hombres de Espartero demasiado serviles con arreglo á lo que la civilizacion y el espíritu público reclamaban, y bastante liberales en comparacion de los que cayeron el 1.º de Setiembre. En aquel estado de duda, de incertidumbre, vacilaban los progresistas acerca del partido que debian tomar, bien persuadidos de que cualquiera que fuese el éxito de la lucha, la libertad iba á ganar muy poco por entónces. En tales casos nunca falta á cada ciudadano un santo de su devocion, un ídolo, un oráculo, que del mismo modo que puede hacer mucho bien guiando por buen camino á sus admiradores,

puede conducirles á la perdicion, sin que tengan tiempo de reparar en el abismo que una ciega idolatría les abre hasta que han caido en él de patas ó de cabeza. Hay hombres que se han hecho notables por su saber, su valor, su elocuencia ó por la casualidad de haber salido una vez diputados, que es suficiente para asegurarse la diputacion para siempre aunque sean como el progresista Angulo, diputado flamante de la oposicion, hombre acometido de la fiebre tribunicia, que segun los rasgos de su oratoria conocidos hasta la presente, dudamos si será posible hablar peor; pero estamos ciertos de que no se puede hablar menos. Sin embargo, á este pobre hombre, de quien podria decirse con mas justicia lo que dijo un escritor á un comerciante que se hizo millonario vendiendo bacalao, sugeto por otra parte muy recomendable: «Amigo mio: V. en bacalaos es un Meternich; pero en política es V. un bacalao;» á este pobre hombre, repetimos, le acometió hace poco el hambre canina de sentarse en los escaños del Congreso, creyendo sin duda que le habian elegido diputado del colegio de *sordo-mudos*, porque allí está y estará sin decir esta boca es mia, no porque tenga malos deseos ó deje de tenerlos, que eso ya lo trataremos mas despacio, sino porque el pobrecito no sabe hablar sin esponerse á dar una coz, y es bien seguro que ni aun por escrito dándole quince dias de término será capaz de formular una proposicion, pues hay quien dice que no sabe hacer una O con un vaso. ¿Para que sirve allí este hombre? ¿Para decir Angulo *si* ó Angulo *no*? Esto es lo único, y sin embargo, falta de perspicacia y de talento para conocer la dificultad de algunas cuestiones, yo sé muy bien que el señor Angulo seria capaz de

una barbaridad, y que no viendo como Lujan y Cortina y otros votan, seria muy abonado para abstenerse de votar no sabiendo por que lado decidirse, y aun para decir Angulo *no*, cuando debiera decir Angulo *si*, ó Angulo *si* debiendo decir que *no*.

Pero dejemos á Angulo para mas despacio y volvamos á tomar el hilo de nuestra madeja. Iba diciendo que hay hombres que por sus méritos ó por casualidad llegan á figurar en la escena política, y que estos hombres que inspiran confianza á algunos de sus amigos, ejercen un poder tal sobre ellos que les arrastran á donde quieren. En este caso se hallaba D. Francisco Javier de Quinto en 1843. Era diputado de la fraccion progresista mas avanzada, y cuando, los que veíamos de lejos el nublado, combatíamos la coalicion vaticinando la ruina de la libertad, habia muchos liberales de fe y de conciencia que decian: «Muy cargado está el horizonte; pero qué demonio, cuando Quinto entra en la coalicion nada debemos temer por la libertad.»

En aquel tiempo era muy frecuente el tramar disputa en la calle dos amigos políticos que veian por diferente prisma las cosas del momento.

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿No sabe V. que se ha pronunciado Castilla? La libertad se ha salvado.

—Sí, se ha pronunciado Castilla movida y dirigida por los moderados; de consiguiente la libertad se ha hundido.

—Se trata de hacer efectivo el principio de la soberanía nacional.

—Será cierto; pero Narvaez y Fulgoso han entrado en Valencia.

—¿Qué importa? No le dé á V. cuidado : nosotros tenemos á Quinto ; cuando Quinto se ha metido en el jaleo podemos vivir tranquilos.

—¿Y V. se fia de Quinto ?

—¿Qué tiene V. que decir en contra de él ?

—Toma , que es un turroneo , y que se irá con el Moro Muza si se lo paga bien.

—Quinto no lo necesita , está bien acomodado , y además su patriolismo nunca desmentido.....

—Allá lo veremos.

—Allá lo veremos.

Y cada cual se separaba compadeciéndose de la ceguera del otro ; el coaligado resentido de que se pusiera el liberalismo de Quinto en problema , y el esparterista asombrado de que se creyera en la buena fe de Quinto. El diputado aragones entretanto marchaba á Zaragoza á sublevar á sus amigos , consiguiendo que le siguieran algunos , aunque pocos , de sus paisanos , cuya credulidad pensaba explotar muy en grande.

Tal era la reputacion de Quinto en 1843. No diremos nada de sus primeros años , porque carecemos de noticias , aunque no falta quien dice que el padre del señor Quinto fué uno de los *afrancesados* mas acérrimos en la Guerra de la Independencia. Siendo esto asi , no extrañamos que el hijo haya olvidado la dignidad del nombre español ante el turrón que le ofrecia la dominacion francesa , fruto amargo del pronunciamiento de junio ; porque asi como asi el *estrangerismo* puede ser un vicio hereditario como cualquiera otro.

No sabemos lo que dira á esto D. Javier ; pero desde luego incluirá nuestras verdades en el número de las que no se deben decir , como si tratándose de asuntos

públicos no debiera decirse todo y levantar la voz cuanto fuese posible y necesario para atronar al mundo. Pero ya se ve : hay cosas tan feas que á ninguno le gusta que se las digan , y á muchos políticos conocemos que son franceses de corazon , franceses por inclinacion , franceses por sistema y franceses por interes , que sienten haber nacido en España , que se avergüenzan , que les remuerde la conciencia de llevar el nombre español , y sin embargo , á los ojos del pueblo quieren pasar por españoles , y lo que es mas por españoles buenos. Es como aquellos serviles que han nacido mas para esclavos que para hombres , y mas que para ciudadanos para domésticos , que confesando sus tendencias retrógradas en la práctica aseguran ser republicanos en teoría. ¿Dónde está la conciencia y la razon de esos hombres? Necesario es ser muy malvado ó muy estúpido para decir que la suma no es el conjunto de los sumandos , y asegurar que las consecuencias son falsas siendo ellas legítimas , que la oportunidad y la conveniencia deben fundarse en la verdad á medias ó en el engaño por entero , y que el bien de muchos debe postergarse á la felicidad y á la opulencia de unos pocos. Si la teoría es buena , ¿por qué no ha de dar resultados felices en la práctica ?

A esto contestan que reconocen la escelencia de las teorías democráticas , porque encuentran buenos todos los sistemas de gobierno , siempre que los encargados del poder sean hombres de bien. Hé aqui el ateismo político , la mas terrible de las plagas , el arma poderosa de los déspotas para eternizar su funesta dominacion. Matad la fe y matareis el entusiasmo; matad el entusiasmo y enjendrareis el egoismo; dad rienda suelta al egoismo y hallareis defensores de todas las monstruosidades,

con tal que tengais empleos que darles y oro que repar-  
tirles. Si efectivamente todos los sistemas fuesen bue-  
nos, con tal que los hombres no fuesen malos, seria un  
pecado, un crimen el afiliarse en ninguna bandera. Lo  
mismo importaria el absolutismo que la república para la-  
brar la felicidad del pueblo, y no habria que hacer otra  
cosa que buscar hombres buenos ó fundirlos. Verdad es  
que hay hombres que hacen malas las instituciones por  
buenas que sean; pero tambien es cierto que hay ins-  
tituciones que hacen malos á los hombres. Con mala her-  
ramienta no hay buen obrero; con la sífilis en la mé-  
dula de los huesos no hay hombre sano. Con malas ins-  
tituciones, con sistemas de engañifa, buscad, esco-  
ged ángeles para el poder y los derribareis por diablos;  
buscad sabios y os parecerán tontos; buscad hombres  
pobres y os parecerán ladrones, porque buscareis impo-  
sibles, y el que busca imposibles busca amargos engaños  
ó amargos desengaños. Al contrario; estableced el me-  
jor orden de cosas, y para que prevalezca la verdad  
á la mentira, la lójica al sofisma, no os contenteis  
con cortar el cáncer que asoma en un lado del cuer-  
po porque volverá á reproducirse, ni creais haberle es-  
tirpado tapándole la salida porque respirará por otro lado.  
Si quereis combatir el mal combatidle por entero, es-  
terminadle, no dejeis un átomo de su existencia y alcan-  
zareis la curacion. Reformad el sistema de gobierno, ó  
mas bien, porque en la reforma podria quedar algo viejo  
que cuando no fuera perjudicial seria inútil, dad al pue-  
blo instituciones que sean una garantía para sus sacri-  
ficios, que contengan todo lo necesario para aliviar el  
dolor y aumentar el placer; labrad las virtudes de los  
hombres públicos en el laboratorio de la justicia gene-

ral, y los buenos obrarán como lo que son, los malos como los buenos, los diablos se volverán ángeles.

— Pero esto es precisamente lo que menos quieren algunos hombres, no porque la reforma fuera mala para la nacion, sino porque lo existente es bueno para ellos; y sin embargo en teoría se jactan de ser demócratas asi como quieren parecer buenos españoles aunque sean afrancesados. ¿En qué consiste esto? En que las doctrinas democráticas son tan bellas que hasta sus enemigos las rinden el merecido tributo. Algo malo ven en su bandera los enemigos del pueblo cuando tanto afan muestran en parecer liberales y tanta vergüenza les causa llamarse retrógrados ó realistas. Algo les dice tambien la poca conciencia que les queda, cuando no quieren manifestarse ostensiblemente afrancesados, y aun para envilecer á la nacion española no saben renunciar al grito de ¡viva España!

— Ahí está el señor Quinto que no nos dejará mentir. De cuatro años á esta parte ha sancionado con sus actos algunas veces, con su aprobacion esplicita las mas, y con su silencio cuando menos todo lo que ha contribuido á sofocar el entusiasmo nacional, á encadenar la prensa, á oprimir al pueblo, á amarrar la nacion española al yugo extranjero; y apostaríamos cualquier cosa á que si le dejan hablar tratará de probarnos que es tan español como Pelayo y tan liberal como Torrijos. Pero por mucha ciencia que tenga, por grandes que sean sus recursos oratorios no podrá convencernos de todo esto: lo que no le costará gran trabajo será el persuadirnos de su desinteres, de su increíble abnegacion, y la prueba está en que no ha querido turrón, ó si lo ha tomado es tan poco que se ha contentado con la miseria

de cincuenta mil reales de sueldo en la direccion de correos.

Y si ahora no quiere el señor Quinto que se le juzgue como afrancesado despues de lo que hemos visto; si á la vista de su conducta pugna todavía por llamarse liberal, ¿qué seria hace cuatro años cuando sembraba el fruto que está recojiendo ahora? ¿qué seria hace cuatro años, cuando para pensar en el menor movimiento popular era preciso inspirar confianza ciega dando pruebas inequívocas de patriotismo y de ideas avanzadas? Por eso el señor D. Javier pertenecia á la fraccion mas exajerada del progreso, por esta razon militaba al lado de Gonzalez Brabo, que si no era republicano no le faltaba un palmo de terreno que andar; y por eso los liberales de buena fe se entregaban llenos de esperanza á la funesta coalicion, diciendo á cualquiera que les indicaba el peligro.—No haya miedo, que si la coalicion fuera retrógrada no se habria metido en ella don Francisco Javier de Quinto.

La farsa estaba bien urdida y fué bien desempeñada. Apenas los moderados invadieron la capital de España, empezaron como era consiguiente á repartirse el botin. Pero como que no entraban como señores todavía, como que era necesario aun fascinar al pueblo con la mentira de la fusion, creyó oportuno el gobierno encomendar los principales cargos á hombres de uno y otro matiz político. Asi, pues, hubo dos nombramientos inmediatamente, de los cuales el uno mereció la reprobacion mas completa del pueblo madrileño, que fué el de D. Ramon María Narvaez para la capitanía general de Castilla la Nueva, y el otro, que dió algunas esperanzas y consuelo á los patriotas, que fué el cargo de

gefe político de Madrid á favor de D. Francisco Javier de Quinto. Este último nombramiento era una especie de contrapeso, de equilibrio y aun de rebancha que halagaba un poco á los ciudadanos que no podían, ni han podido todavía decir aquel piropo de sangre *vil y traidora*; y muy satisfechos de las pocas posiciones que ocupaban aun, decían para sí: bueno, nosotros tenemos que tragar á Narvaez de capitán general; pero Narvaez tiene que tragar á Quinto de gefe político. ¡Que se fastidie!

—Veremos las disposiciones que toma D. Ramon Narvaez, decían algunos.

—Pobres de nosotros si Quinto no fuera gefe político, decían otros.

—Narvaez viene lleno de odio.

—Quinto sabrá poner límites á sus rencores.

—Narvaez es hombre de carácter.

—Quinto es hombre de entereza.

A las pocas horas empezó el pueblo á recibir pruebas del carácter de los unos como moderados y de la entereza de los otros como progresistas; pues no tardó en parecer por las esquinas un bando firmado por D. Francisco Javier de Quinto, en el cual la autoridad elejida para contrapesar los odios de Narvaez mandaba que todos los nacionales entregasen las armas en el término de *cuatro horas*, bajo las penas mas severas.

Este fué el primer acto liberal del señor Quinto luego que se apoderó de la gefatura política de Madrid. Los nacionales creían que el señor Quinto seria defensor de la libertad, ó por lo menos nadie creyó que fuese enemigo de ella, la primera prueba fué sorprendente: desde entonces se juzgó al tal Quinto, políticamente con-

siderado, tan malo como Narvaez. En lo que el señor Quinto dió mas chasco no fué precisamente en el cambio de sus opiniones, y eso que la broma era demasiado pesada y el desengaño bastante amargo.

—¿Cómo se explicará esto? ¿Con que el mayor chasco del señor Quinto no consistió en el cambio de opiniones políticas? ¿Con que hay en él borriones mas oscuros que la apostasía? ¡No puede ser! La apostasía es uno de los pecados mas feos que puede cometer el hombre; sí, es pecado tan feo que no se comprende como haya hombre que dé la mano á un apóstata ni que le salute, porque cualquiera persona decente se degrada saludando á un apóstata. ¿Cómo puede el señor Quinto haber hecho otra cosa peor que la apostasía?—Señores lectores, yo no he dicho que el señor Quinto haya hecho cosa ninguna peor que apostatar, porque peor que apostatar no hay nada, lo que digo es que el año 1843 hizo una cosa que dió mas chasco que la apostasía.

—¿Y cual fué?

—El aceptar un destino.

—¡Toma! Eso era una consecuencia natural de hacerse moderado.

—Ya lo comprendo, pero no está ahí el busilis, sino en la clase de destino que tomó; primeramente se hizo ó le hicieron gefe político, y esto no nos estraña que lo aceptára, porque hay cargos que se apetecen no tanto por lo que valen cuanto por lo que en ellos se puede trabajar en favor de las ideas que profesa el individuo; y por eso cuando al señor Quinto le hicieron ó se hizo gefe político no lo estrañamos mucho, porque dijimos: «Este hombre ha vuelto la casaca, ha abjurado de sus anteriores doctrinas; tal vez tema que los desaciertos de los

moderados den al traste en pocos dias con la situacion creada por el pronunciamiento militar de 1843, y á fin de consolidar esa situacion desea contribuir trabajando sin descanso en un puesto principal, es decir, formando una de las primeras ruedas de la máquina política.» Nadie podia imaginar que el señor Quinto buscase en el destino de gefe político el sueldo, esclusivamente el sueldo; pero el señor Quinto se encargó de probarnos que al aceptar un destino, buscaba el sueldo mas que la posicion, y mas que los medios de ser útil á la causa que abrazaba, pues á los pocos dias le vimos transplantarse á la direccion de Correos, destino de turrón, porque solo el turrón podia inclinar al señor Quinto á dejar el cargo que desempeñaba para zambullirse en una oficina. Está visto, pues, que lo que el señor Quinto apetecia era no tanto servir á la nueva situacion como servirse á sí mismo, que con tal que le dieran turrón lo mismo le importaba ocupar un puesto brillante que oscurecerse entre los legajos de un archivo, y que si hubiera creido que valia mas una tesorería, una contaduría ó una intendencia de rentas, hubiera desdenado la direccion de Correos para hacerse tesorero, contador ó intendente. ¡Político de especulacion!

Y decimos esto, porque no podemos creer que el señor Quinto pensase aceptar la direccion de Correos con el objeto de prestar servicios al nuevo gobierno; pues bien mirado ¿qué servicios podia prestar en Correos? Esto seria atroz, seria el colmo de la inmoralidad, seria mucho peor que la apostasía; porque realmente en Correos se puede servir al gobierno violando el secreto de la correspondencia, faltando á los mas sagrados deberes, convirtiéndose en pesqui-

sidor, en esbirro inquisitorial. ¡Oh! esto no es creíble. Si tal hubiera sido el pensamiento del señor Quinto merecería..... Pero no puede creerse, lo repetimos; por muy mala idea que hayamos formado de este señor, no creemos ni podemos concebir que llevara hasta tal punto el servilismo de su apostasía y el apego al turrón.

De otro modo pensó sin duda el señor Quinto ser útil á sus amos, asi como Gil y Zárate imaginó y con razon servir á su patria metiendo el cuevo en las oficinas del ministerio de la Gobernacion. Uno y otro lo miraron tal vez por el lado de las reformas; aquel en el arreglo de correos y este en el plan de estudios: efectivamente ambos han dado pruebas de sus conocimientos, haciéndose dignos intérpretes de Mon, autor del Sistema Tributario. El señor Gil y Zárate, sobre todo, hizo un plan de estudios con el cual es muy difícil encontrar en España hombres capaces de optar á una cátedra, porque para ello es preciso saber tanto como Mr. Arago, es decir, sesenta millones de veces mas que Gil y Zárate, que solo sabe hacer quintillas, y aun para eso, segun dicen, necesita ponerse pantalon de mahon. Decimos que es casi imposible hallar catedráticos en España con arreglo al plan de estudios de Gil y Zárate, porque ó no saben lo suficiente, y en tal caso no merecen una cátedra, ó saben lo suficiente, y en este caso no querran depender de nadie por ganar la miseria de seis ú ocho mil reales anuales. ¡Gran batalla hemos ganado! ¡Tal general hubo en ella! El plan de estudios es malo, en efecto; ¿pero qué podia esperarse de la cabeza redonda de su autor? ¡Cosas de España! El discípulo mas atrasado de cualquier colejio de veterinaria sabe mas que Gil y Zárate, y sin embargo ha habido un gobierno que

ha puesto á Gil y Zárate, que no sabe gramática (1), al frente de la instruccion pública, con facultades de hacer y deshacer, poner y quitar á hombres que el que menos le puede dar cien vueltas. Pero en efecto, Gil y Zárate prestó un gran servicio á su patria aceptando su puesto en el ministerio de la Gobernacion; porque al menos, desde que se hizo empleado no ha vuelto á escribir comedias, y no haciendo comedias nos ha librado de oír en el teatro aquellas eternas tiradas de quintillas á puerta cerrada, capaces de destruir el tímpano menos delicado. El mayor servicio que podia prestar Gil y Zárate á España, era retirarse de la literatura y abandonar las quintillas, que solo tenían de celestiales lo mucho que en ellas se nombraba el cielo, como por ejemplo:

Y en vez de que al espirar  
nuestros amores se acaben  
se verán acrecentar  
de cuanto los cielos saben  
mas que los hombres, amar.

Y ya que hemos nombrado á Gil y Zárate, recordaremos ciertas cosas que este buen señor dijo en 1843, tratándose del nombramiento de Quinto para la direccion de Correos.—¡Qué extraño es, decia Gil y Zárate, todo lo que sucede en España! ¡Con qué rapidez hacen los hombres su carrera! ¿No es escandaloso que á un *quinto*, que es como si dijéramos á un *recluta*, le hagan Director de Correos de un golpe? Y no decia mal

---

(1) Y se lo probaremos cuando quiera.

Gil y Zárate, porque prescindiendo del equívoco, el señor Quinto era un novicio, un *recluta* en la carrera de las carreras, y no deja de ser chocante que sentase plaza nada menos que de Director general, de gefe supremo, que es como si habiendo sido efectivamente *quinto* ó soldado en ciernes le dieran á las primeras de cambio la faja de mariscal de campo ó la cruz de S. Hermenegildo. Mal muy grave, incorregible, va siendo este en España. Cualquier Luis de las Viñas ( que no siempre ha de ser *Juan* ) intriga para ser diputado, y con tal que tenga suficiente aptitud, no para ser diputado, sino para hacer una travesura, me lo plantan de ministro de Estado, aunque nunca las haya visto mas gordas. Lo mismo sucede en todo: un militar, solo porque se ha batido bien, en lo cual cumple con su obligacion, y porque ha obtenido una graduacion superior, lo cual es su única y lejílima recompensa, deja el servicio y se cree apto para desempeñar cargos que requieren una instruccion teórica y práctica de muchos años; y sin mas que *yo lo quiero porque he prestado servicios á la patria*, cualquier teniente se cree con derecho á pasar de oficial de ejército á oficial de una biblioteca, de coronel á intendente de rentas y de general á magistrado del Tribunal Supremo. ¡ Qué! ¿hay alguno que se escandalice de lo que decíamos? Discutamos.

El hombre que sirve á su patria no hace nada de mas y nada merece. El que se distingue se hace digno de premio ó recompensa, y la recompensa ó el premio deben ser análogos á los servicios que presta el individuo. Si un literato escribe una obra que es modelo de correccion, pureza de lenguaje, estilo florido y ameno, etc.,

nada mas propio que darle un título honorífico en la Academia ó cosa semejante, y si al título se añadiese una pension seria mucho mejor en nuestro concepto. Del mismo modo, cuando un oficial se distingue en el campo del honor, se hace acreedor á un grado ó á una cruz pensionada; pero nada hay tan ridículo como ver premiar una accion de guerra con un cargo civil y el mérito literario de una comedia con la cruz de Carlos III. En el ejemplo que pusimos antes ¿hay nada mas tonto que ver á un militar de bibliotecario, de rentista ó de magistrado? ¿Las penalidades de una marcha ó de una contramarcha le habrán dado ciencia literaria? ¿El himno de los combates le habrá enseñado el teje maneje de una oficina? ¿Los laureles de la victoria le habrán dado ese aplomo, ese buen juicio, esa penetracion, esa severidad que son el producto de muchos años de estudios y desvelos, y es justo que los asuntos mas graves hayan de resolverse á veces por el voto de un hombre, tal vez benemérito, pero con la conciencia poco ilustrada por la esperiencia y el estudio? ¿Qué se diria si á un médico en recompensa de una buena curacion se le hiciera ministro de la guerra, y á un pintor por el parecido de un retrato coronel de ingenieros?

—Es que el batirse tiene mucho mérito.

—Tambien lo tiene el manejar bien el pincel, y abundan tan poco los Rafaeles como los Napoleones.

—Pero un médico salva á un enfermo, y un militar salva á una nacion.

—La razon es buena, pero no prueba la supremacia de la última clase. Al contrario, á un militar cuando mas se le encomienda la paz de un pueblo, y á un médico la salud de la humanidad.

De todos modos insistimos en anatematizar la incongruencia de algunos premios, y nosotros, que queremos el castigo para el que no cumple con su deber y la recompensa para el que cumple bien, no admitimos en nuestro diccionario social la palabra gracia, porque en el servicio del país nadie ha hecho todavía *mas* de lo que debe. Las gracias caben muy bien en los servicios particulares, en los cuales un *obsequio* no pasa de ser una recompensa; pero cuando la Universidad de Valencia quiso recompensar á Espartero con una borla de doctor, no le hizo un *obsequio*, le hizo un *epígrama*.

¿Qué resulta de todo lo que está pasando? Serian menester muchos volúmenes para apuntar los defectos en que incurre un hombre cuando ingresa con grado superior en una carrera que no conoce. Por de pronto, como le ha costado poco trabajo el empleo, no sabe lo que cuesta un puesto conquistado á fuerza de años por rigurosa escala; y nosotros hemos conocido á sugetos muy apreciables, que han encanecido en el servicio del ramo de Correos, que desempeñaban sus cargos con inteligencia y rectitud, que eran dignos de todas las consideraciones por su ilustracion y su carácter, y de una pluma del señor Quinto, verdaderamente *quinto* ó *recluta* en el ramo de Correos, quedaron cesantes. Dígase si hay justicia para privar á un padre de familia del sustento que necesita y que ha sabido ganar y conservar á fuerza de trabajos, y dígase si esto puede hacerlo ningun gefe que sepa querer á sus subalternos, porque conozca las dificultades que cada uno tiene que vencer para lograr un puesto en su carrera. Por eso decia bien Gil y Zárate, que á un *quinto* no se le debe hacer general de un golpe, y fué muy lójico el autor de la *Rosmunda*

cuando, para recompensar los buenos oficios revolucionarios de Quinto, quiso someter á la aprobacion de la reina el siguiente proyecto de decreto:

*En atencion á los méritos y circunstancias que concurren en D. Francisco Javier de QUINTO, vengo en elevarle á la clase y dignidad de D. Francisco Javier de SESTO. Dado en Madrid, etc.*

Pensamiento excelente, de los pocos que le ocurren á Gil y Zárate, y en verdad que no merecia mucho mas el señor Quinto. Por que ¿cuáles son los servicios que este señor ha prestado á la patria para improvisarse una posicion tan elevada? Ya hemos dicho que Gil y Zárate, en el hecho de aceptar un destino, prestaba un servicio grande á la literatura, porque lo mejor que Gil y Zárate podia hacer para merecer bien de la patria era dejar de escribir comedias. Pero Quinto antes de tomar el empleo, ni era útil ni perjudicial; era lo que llamamos indiferente. Tomando el empleo hizo mal al ramo de Correos, á su reputacion, al gobierno, á la patria, á todos menos á su bolsillo. Hizo mal á su reputacion porque se desacreditó para siempre, *sí, para siempre* como político, como patriota y como hombre que descubre el flaco de la avaricia á los que le juzgaban desinteresado; hizo mal al ramo de Correos, porque entrando como Pedro por su casa, dió el ejemplo de que un advenedizo diese al traste de una sola plumada con los derechos adquiridos de muchos que habian servido á la patria mas dignamente que él, y no destruyó su porvenir porque no pudo, pues el porvenir es una cosa que ni Quinto ni todos los *quintos, séptimos y novenos* pueden alcanzar. Ademas hizo mal al ramo de Correos, introduciendo reformas calamitosas para España por bien que hayan

probado entre sus nuevos camaradas los franceses. Hizo mal á la patria, porque estas mismas reformas, principalmente la de la tarifa, han cortado en gran parte las vías de comunicacion, perjudicando á muchas empresas; y por último, hizo mal al gobierno, porque todo esto refluye siempre en contra del que tan poco aprecia su confianza que la entrega al primero que llega. Ya se ocupó la prensa de todos colores de la reforma del señor Quinto á su debido tiempo, probando con sólidas razones lo perjudicial, lo inoportuno de tal reforma. Habia entonces por parte del gobierno, como siempre, su empeño decidido de acabar con la prensa periódica, y el señor Quinto se hizo instrumento del gobierno para este solo objeto. No bastaba que se persiguiera y se deportára á los escritores independientes, ni el continuo secuestro de los periódicos, ni las repetidas denuncias; era preciso evitar la circulacion de los impresos, y esto solo podia hacerlo el señor Quinto subiendo el precio de franqueo hasta tal punto, que las suscripciones de provincia no bastasen á satisfacer el porte de Correos. Asi se verificó en efecto, y para manifestar con esa hipocresía que solo pertenece á los moderados la necesidad de la reforma, y probar que no habia sido dictada por el espíritu de partido, el perjuicio ocasionado á los periódicos se hizo extensivo á todas las obras, á todos los impresos, al Caton lo mismo que á la novela, á las poesías lo mismo que á las ciencias, con lo cual no probó nada el señor Quinto, y si probó algo fué que para destruir la parte queria destruir el todo, que sus tiros no se encaminaban solo á la prensa, es decir, al periodismo que hace guerra á un partido, sino á la imprenta, es decir, á la civilizacion que hace daño á los tiranos.

Aquí fué donde nosotros, que tambien tuvimos algun dia buen concepto del señor Quinto, como hombre ilustrado y como patriota, hicimos un nuevo descubrimiento, á saber: que el señor Quinto no era ilustrado, y que aborrecia ó temia la ilustracion. Porque si su encono se hubiera limitado á la prensa periódica, se concebia fácilmente, una vez que habia ingresado en el partido de la intolerancia; pero fué mas lejos, hirió á la imprenta sobrecargando despiadadamente á la parte mas inofensiva y útil, impidiendo ó tratando de impedir la circulacion de las obras científicas y literarias, de necesario estudio las unas, de puro recreo las otras; pero todas convenientes á un pueblo que quiere aprender, que desea saber aunque no sea mas que para sacudir la calificacion de estúpido que le dan los franceses, compatriotas del señor Quinto. Pero nada tiene de estraño, bien mirado, el designio de entontecer al pueblo en un hombre que pertenecia al bando moderado, á ese partido necio que siendo el que menos sabe, que componiéndose de ignorantes se aplica constantemente el dictado de *supremo-intelijente*. El señor Quinto siendo moderado no puede apetecer la ilustracion, porque la ilustracion y los moderados, asi como la razon y la tiranía, son cosas incompatibles, y por eso perjudicando á la imprenta, interceptando las luces del ingenio y de la ciencia, procurando hacer retrogradar la inteligencia de los españoles dos ó tres siglos, el señor Quinto era consecuente con sus principios, con los principios de esa escuela jesuítica y torpe que todo lo quiere para sí, y que tiene tan poco seso que sabiendo distinguir lo verdadero de lo falso, y conociendo sobradamente lo que conviene y lo que no conviene, no alcanza á comprender lo que es posible y lo que es imposible.

Para invadir el negro laberinto  
de la *suprema inteligencia* es pronto  
si tus escasos méritos confronto.

Yo te diré en lenguaje muy sucinto  
que eres un tonto, tonto, sí, muy tonto,  
¡oh Quinto de los quintos el mas quinto!

A Zárate le encantas, no te asombre  
que de tí se prometa maravillas;  
porque el bueno de Gil es un pobre hombre  
que tan solo de *Quinto* aprecia el nombre  
por la pasión que tiene á las *quintillas*.

Jugar con el equívoco es su instinto,  
ciencia de analogía es ciencia vana,  
si están distantes Quintanilla y Quinto,  
nada tienen que ver Quinto y Quintana.

Si del número cinco alguna cosa  
mi mente anhela triste y enojosa,  
para aliviar la pena sempiterna  
de gastar á destajo pluma y tinta,  
es sacar, cuando juegue, una *quinterna*  
y pasar el verano en una *quinta*.

Pero ya basta y sobra, con mil diablos,  
de jugar los vocablos.

La suerte infausta de la pobre Iberia  
ruega ya dando gritos á mi musa  
que si quiera una vez se ponga seria,  
y al grito de la patria no hay excusa.

¡Oh cara patria! Quinto que algun día  
juramentos de amor te prodigaba  
sin piedad te desdeña. ¡Quién diría  
que el que amor sempiterno te juraba  
*juramentos y amor olvidaría!*

Desde los tiempos, patria, mas prolijos  
 de los cartajineses y los godos,  
 ¡qué poco debes á tus buenos hijos!  
 ¡Tan buenos como Quinto han sido todos!  
 ¡*Siempre lo mismo!* la perfidia avanza,  
 ya el conde D. Julian ¡oh qué desdoro!  
 torpe olvidando el español decoro,  
 sació una triste personal venganza  
 entregándote al moro.

En nuestros dias la pandilla insana  
 que impotente se afana  
 por dar vida al difunto fanatismo;  
 conociendo lo poco que valia  
 y hallándose en los bordes del abismo,  
 para saciar una venganza impía  
 te ha entregado al frances. ¡Siempre lo mismo!  
 ¿Qué astro alumbra, fatal, tu independencía?

Y no digan algunos  
 que del francés al moro hay diferencia:  
 muy malos son los otros y los unos.

Mas donde hallo por Dios malicia tanta  
 una cosa me espanta,  
 que es, y lo siento á fe como lo digo,  
 ver trocados el premio y el castigo.

El pueblo que sufrió tantos baldones,  
 el pueblo castellano,  
 ve morir cual bandidos y ladrones  
 á Torrijos, á Riego y á Zurbano.

Mas..... nada importa, el corazon se ensancha  
 contemplando del hado la revancha,  
 pues de otros campeones  
 las hazañas magníficas

premia con distinciones honoríficas.  
 ¿Qué importa desde luego  
 que Torrijos sucumba y muera Riego  
 y otros héroes sin fin? Soy su devoto,  
 mas de mi patria la justicia alabo,  
 puesto que al fin y al cabo  
 ya del honor la recompensa noto  
 en la casaca de *Gonzalez Brabo*  
 y en los pechos de *Quinto* y de *Maroto*.

Ahora para terminar este libro en que hemos presentado tales como son ó tales como les hemos visto con los ojos de la conciencia á los principales camaleones de la patria, veamos el antídoto que podría oponerse á tanta corrupcion, á tanta apostasía, á tanta falta de fe, á tantas ambiciones como van á satisfacerse mas allá de los límites trazados por la moral.

Creemos haber encontrado el antídoto maravilloso; creemos que basta en los hombres de bien una voluntad enérgica para poner coto á tanta degradacion. En la imposibilidad de librar á la sociedad de los especuladores que la infestan, se debe procurar impedir que se propague el contagio y que las apostasías se multipliquen. Es necesario aislar á los ya infestados; es necesario que unidas las conciencias de los que la tienen pura y sin

mancha, formen una especie de cordon sanitario para que no cunda el mal ejemplo. No pedimos para castigar á los apóstatas hogueras ni puñales; no pedimos mas que el desprecio de todos los hombres consecuentes y honrados.

Hasta ahora los que han traficado con las opiniones no han sido condenados por los hombres de bien al aislamiento perpétuo que seria su mayor castigo. Haya tolerancia para todas las opiniones, para todos los errores indulgencia, pero sea el bien inexorable con el mal; rómpanse todos los vínculos, todo comercio íntimo, entre los leales y las tráfugas, y al hacer estos ostentacion de su deslealtad, premiada con títulos, honores y riquezas, no encuentren una mirada, ni tan siquiera el saludo de un hombre honrado por pobre que sea. No sonrian al apóstata, aunque nade en brillantes, mas que las prostitutas y los apóstatas como él. Sean los tráfugas considerados como hombres de una raza distinta, degenerada y abyecta, y como antiguamente los judíos no tengan trato mas que ellos entre sí. Cada cual con su cada cual. ¿Qué importa que como los judíos hayan atesorado inmensos caudales? Con todos sus caudales vivirán proscritos en medio de la sociedad.

Lo mismo vale trescientos veinte reales una onza robada que una onza ganada honradamente, decia un famoso bandido, y la misma cuenta echarán tal vez algunos apóstatas. La defeccion les enriquece, la defeccion les eleva á los puestos mas culminantes del Estado, y el hombre de probidad respeta al rico aunque se haya enriquecido con la defeccion, y tiene en mucho al alto dignatario aunque deba á la defeccion sus dignidades. Eso no debe ser asi. Si se ha de cortar al-

gun dia el tráfico ilícito de esos contrabandistas de patriotismo que se enriquecen con alijos de todos los principios, hombres de bien, sed inexorables con los tránsfugas ; que nunca una sonrisa vuestra les hialague , que nunca una palabra vuestra les adule. Haya tolerancia para todas las opiniones , para todos los errores indulgencia , para la apostasía no mas que desprecio , desprecio , siempre desprecio.

**FIN DEL TOMO SEGUNDO.**

# FE DE ERRATAS.

---

## TOMO PRIMERO.

Página 75, línea 24, besarla.....	léase....	besarlas
Página 80, línea 30, <i>instructi</i> .....		<i>instructus</i>
Página 82, línea 1, concesion.....		concepcion
Página 244, línea 11, tantos.....		santos

## TOMO SEGUNDO.

Página 64, línea 25, cantores.....	léase...	aduladores
Página 72, línea 29, hallaban.....		hallaba
Página 97, línea 7, debido.....		bebido
Página 262, línea 12, toda.....		todo
Página 313, línea 5, simpatías.....		antipatías
Página 314, línea 32, de sí.....		de por sí
Página 325, línea 11, empeñan.....		esfuerzan

INDICE

TOMO PRIMERO

Página 75, línea 24, *beata*..... *beata*  
 Página 80, línea 30, *beata*..... *beata*  
 Página 82, línea 4, *comensal*..... *comensal*  
 Página 244, línea 14, *landos*..... *landos*

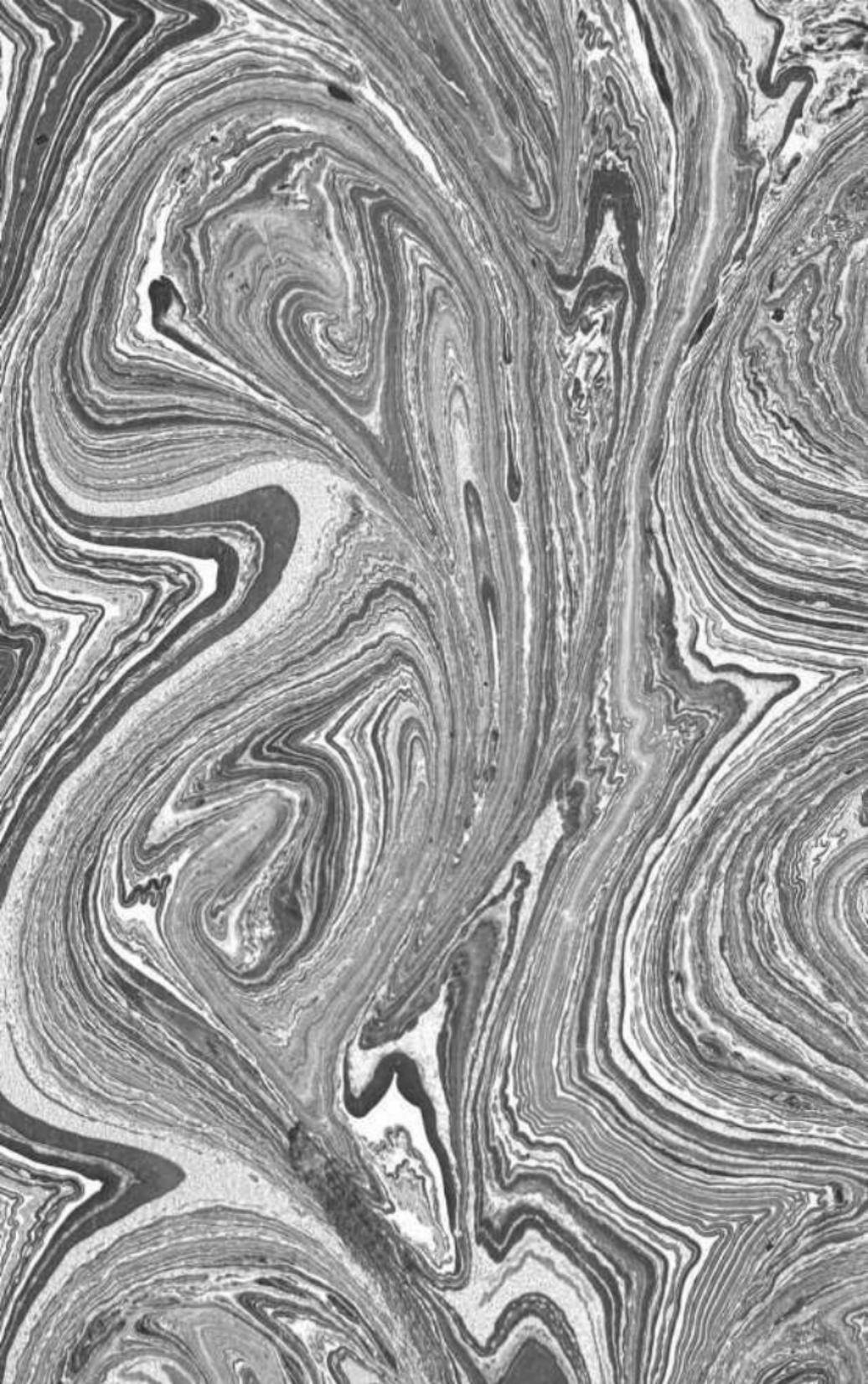
TOMO SEGUNDO

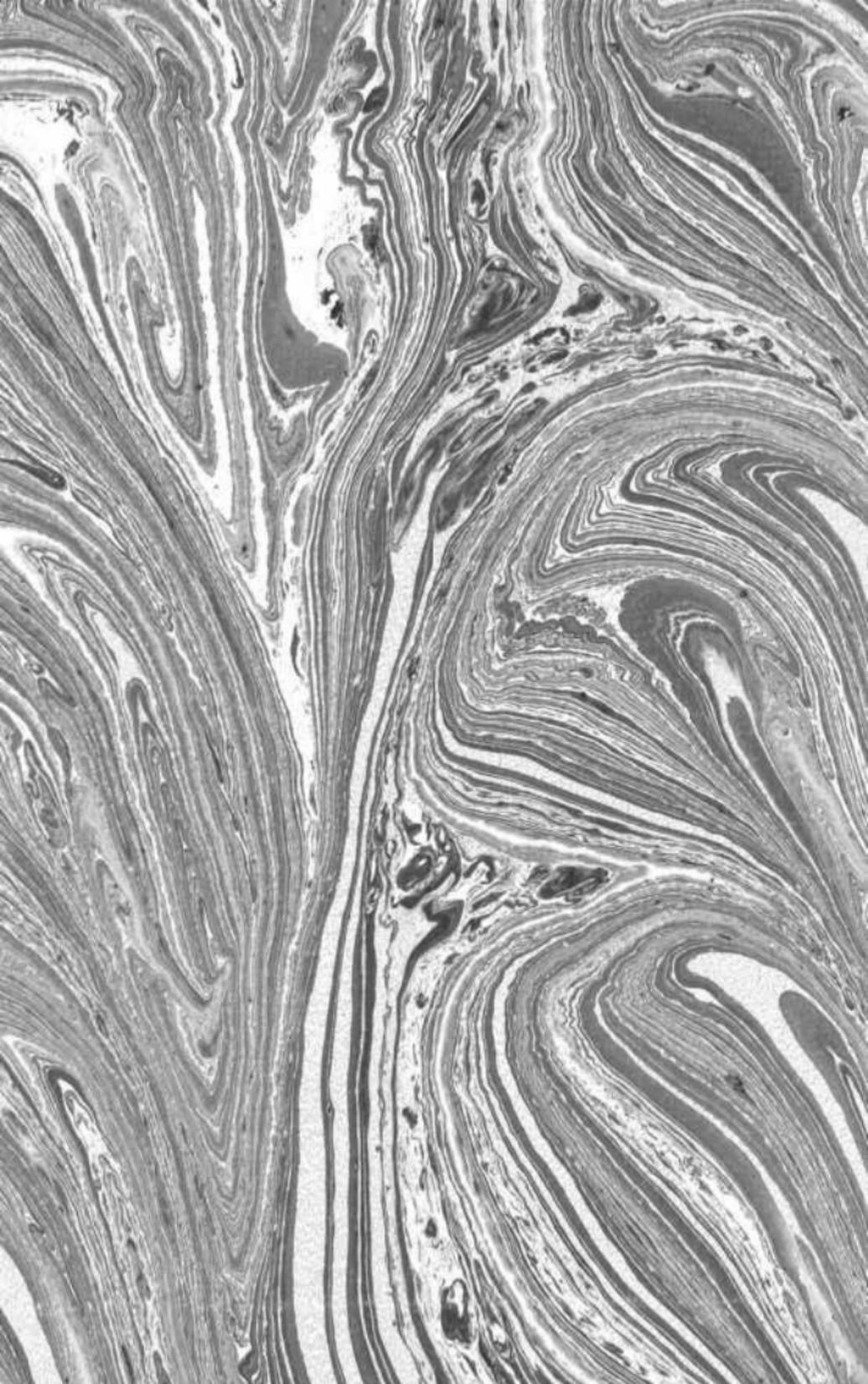
Página 67, línea 27, *comensal*..... *comensal*  
 Página 72, línea 29, *beata*..... *beata*  
 Página 97, línea 7, *beata*..... *beata*  
 Página 202, línea 12, *beata*..... *beata*  
 Página 213, línea 5, *simples*..... *simples*  
 Página 214, línea 22, *de*..... *de*  
 Página 222, línea 11, *simples*..... *simples*













J. MARTINEZ  
VILLERGA

—

LOS  
POLITICOS  
EN CAMISA

I-II

G 43697